

El anticuario

Walter Scott



Una espléndida mañana de verano a finales del siglo XVIII, mientras Europa se bate en guerra y en las islas Británicas se teme una invasión de las tropas revolucionarias francesas, dos viajeros coinciden en Edimburgo en la parada de la diligencia con destino a Fairport, en la costa oriental de Escocia. Uno de ellos es el señor de Monkbarns, cuya pasión son la arqueología y los libros antiguos: está convencido de que en sus posesiones se oculta un campamento romano. El otro es un joven apuesto y callado que solo dice llamarse Lovel y viajar tanto por negocios como por placer. Una vez en Fairport, la identidad y los propósitos del joven no solo serán la comidilla de la población sino que conducirán a arrebatados y peligrosos lances. En *El anticuario* (1816), una de las obras maestras de Walter Scott —en nueva traducción de Francisco González, Arturo Peral y Laura Salas—, la imaginación romántica despliega espectacularmente todos sus personajes, paisajes y conflictos: desde imprevistas subidas de marea en una playa al borde de un acantilado hasta duelos en las ruinas de un monasterio, pasando por tesoros enterrados, cultos secretos y apariciones fantasmales. La galería de figuras es, por lo demás, impresionante: mendigos por vocación, condes lánguidos con un espantosa culpa en su pasado, capitanes pendencieros, baronets en la ruina, nigromantes alemanes y una muchacha enamorada que cree que es su «deber» no casarse por debajo de su condición. Es ésta una novela, sin embargo, en la que no es romántico todo lo que lo parece, y en la que el humor y la lucidez brillan con genialidad.



Walter Scott

El anticuario

ePub r1.0
Titivillus 15.12.17

Título original: *The Antiquary*
Walter Scott, 1816
Traducción: AA. VV.
Francisco González López, Arturo Peral Santamaría y Laura Salas Rodríguez

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



Nota al texto

El anticuario es la tercera novela de Walter Scott (después de *Waverley* y *Guy Mannering*) y se publicó por primera vez el 4 de mayo de 1816 (Archibald Constable & Co., Edimburgo). La primera edición constaba de tres volúmenes, como era costumbre editorial de la época. El primer volumen comprendía los capítulos I al XV, el segundo del XVI al XXIX y el tercero del XXX al XLV. El texto utilizado para la traducción es el de la primera edición con correcciones a partir del manuscrito, según la edición conocida como Edinburgh Edition establecida por David Hewitt en 1995 y que publicó Edinburgh University Press.

Capítulo I

me a un coche y permita que al coche lo llamen,
ıe el hombre que lo llamó sea quien lo llame;
ıe cuando lo llame, no llame sino
ı coche. ¡Coche! ¡Coche! ¡Oh, Dios, un coche!

Chrononhotonthologos[1]

Aquella espléndida mañana de verano, a finales del siglo XVIII, un joven de aspecto gentil viajaba rumbo a Escocia nororiental; había adquirido un billete para uno de esos carruajes públicos que recorren la ruta entre Edimburgo y Queensferry, desde donde, como su propio nombre indica, y como bien saben todos mis lectores del norte, parte un ferry que cruza el estuario de Forth. Era un carruaje con cabida para seis pasajeros de corpulencia media, además de los polizones que el conductor podía recoger por el camino y que importunaban a aquellos que tenían plaza legalmente. Una anciana señora de rasgos angulosos expedía los billetes que daban derecho a un asiento en este incómodo vehículo. Llevaba los anteojos apoyados en una finísima nariz y vivía en una *laigh shop*, es decir, una especie de covachuela que comunicaba directamente con High Street a través de una estrecha y empinada escalera; allí vendía cinta, hilo, agujas, madejas de estambre, tejido de lino grueso y todo tipo de mercancías femeninas a quien mostrase valor y habilidad para descender a las profundidades de su morada sin darse de bruces o tropezar con alguno de los innumerables productos apilados a ambos lados de la bajada que indicaban la profesión de comerciante.

El programa manuscrito, colgado del tablón, anunciaba que la diligencia de Queensferry, o Hawes Fly, partiría a las doce en punto del martes, 15 de julio de 17…, garantizando así que los viajeros cruzarían el estuario de Forth durante la pleamar. Letra muerta, pues aunque sonaron las campanas de Saint Giles y repicaron las de Tron, ningún coche se presentó en el lugar acordado. Era cierto que solo se habían vendido dos billetes, y probablemente la señora de la mansión subterránea tuviera cierto acuerdo con su automedonte, que podría, en estos casos, contar con cierto margen para llenar los asientos vacantes; o el citado automedonte podría haber tenido que asistir a un funeral y haberse retrasado al tener que quitar los adornos fúnebres del vehículo; quizá se estuviera tomando un traguito de más con su amigo el mozo de cuadras; el caso es que no aparecía por ninguna parte.

Al joven caballero, que empezaba a sentir cierta impaciencia, se le unió un compañero en aquella insignificante miseria de la vida humana: la persona que había adquirido la otra plaza. Es fácil distinguir a un viajero de los demás ciudadanos. Las botas, el abrigo grande, el paraguas, el fardo en las manos, el sombrero que le cubre la frente resuelta, el paso firme y decidido, las respuestas parcas a los tranquilos saludos de sus conocidos son las señas que permiten al avezado viajero en correo o

diligencia distinguir, de lejos, al compañero de un futuro viaje según se acerca al lugar del encuentro. Es entonces cuando, con sabiduría mundana, el primero en llegar se apresura a asegurarse el mejor asiento del coche y a hacer los arreglos más convenientes para su equipaje antes de que le alcance su competidor. Nuestro joven, dotado de poca prudencia, por no decir ninguna, y habiendo perdido además la prioridad de elección por culpa de la ausencia del carruaje, se entretuvo especulando sobre la ocupación y personalidad del individuo que acababa de llegar a la cochera.

Era un hombre de buen aspecto, de unos sesenta años, quizá mayor, pero su complexión fuerte y su paso firme indicaban que la edad no había minado su fuerza ni su salud. Tenía un semblante de auténtica casta escocesa, muy marcado, con rasgos algo duros y mirada astuta y penetrante y una expresión habituada a la gravedad, curtida, no obstante, por cierto humor irónico. Llevaba una peluca bien colocada y empolvada, coronada por un sombrero de ala ancha que le daba un aire profesional. Podría tratarse de un pastor, pero su aspecto era más el de un hombre de mundo que el de quien suele formar parte de la Iglesia de Escocia, y su primer exabrupto despejó cualquier duda.

Llegó a paso apresurado, lanzó una mirada alarmada al reloj de la iglesia, después al lugar donde debía estar el coche y exclamó:

—¡Por todos los diablos! ¡Al final llego tarde!

El joven calmó su inquietud explicándole que el carruaje todavía no había llegado. Al principio, el caballero de mayor edad, aparentemente consciente de su propia impuntualidad, no se vio con el valor suficiente de criticar al cochero. Tomó un paquete que parecía contener un infolio de grandes dimensiones de manos de un muchacho que le seguía y, tras acariciarle la cabeza, le pidió que regresara y le dijera al señor B. que, si hubiera sabido que dispondría de tanto tiempo, habría cambiado las condiciones de su acuerdo; después le dijo al niño que se ocupara de sus propios asuntos, y que sería un próspero mozalbete, más de lo que pudieran revelar jamás las polvorientas páginas de una octavilla. El chiquillo no se alejo, quizá con la esperanza de recibir un penique para canicas; pero al final tuvo que irse con las manos vacías. El caballero apoyó su paquete en uno de los postes al principio de la escalera y, volviéndose hacia el viajero que había llegado antes que él, aguardó en silencio unos cinco minutos la llegada de la esperada diligencia.

Finalmente, tras mirar una o dos veces con impaciencia el progreso del minutero del reloj y compararlo con el que llevaba —un enorme y antiguo reloj de repetición de oro—, arrugó el rostro como para recalcar su irritación y mal humor y se dirigió a la anciana de la caverna.

—¡Buena mujer! ¿Cómo d…s se llama? ¡Señora Macleuchar!

La señora Macleuchar, consciente de que debía adoptar una posición defensiva en el encuentro que se avecinaba, no mostró prisa alguna por dar una respuesta y comenzar la discusión.

—Señora Macleuchar, buena mujer —exclamó alzando el tono, y después añadió

más bajo—: Vieja bruja de tres al cuarto, está más sorda que una tapia. ¡Señora Macleuchar!

—Estoy atendiendo a una clienta. De verdad, querida, no encontrará nada más barato que esto.

—¡Mujer! —insistió el viajero—. ¿Cree que podemos esperar aquí el día entero hasta que desplume a esa pobre sirvienta de la mitad de su salario anual?

—¡Desplumar! —replicó la señora Macleuchar, dispuesta a continuar la discusión desde una posición defensiva—. Desprecio sus palabras, caballero. Es usted un grosero y le agradecería que no me insultara en mi propia escalera.

—Esta mujer —dijo el anciano mirando con las cejas arqueadas a su futuro compañero de viaje— no entiende lo que es una difamación.

Y, dirigiéndose de nuevo a la cripta, exclamó:

—Señora, no estoy juzgando su carácter, pero quiero saber qué ha sido de mi coche.

—¿Qué es lo que desea? —respondió la señora Macleuchar, cada vez peor de la sordera.

—Señora, tenemos plaza en su diligencia a Queensferry —dijo el desconocido más joven.

—Y a esta hora deberíamos estar a mitad del camino —añadió el mayor y más impaciente de los viajeros, encolerizándose a cada palabra—. Ahora lo más seguro es que no podamos aprovechar la marea, y tengo negocios muy importantes que tratar en la otra orilla. Y su maldito coche…

—¿El coche? ¡Dios nos asista! Caballeros, ¿aún no está en la parada? —contesto la vieja, en un tono agudo menos desafiante y más parecido a una disculpa—. ¿Están esperando el coche?

—¿Qué otra cosa nos tendría asándonos al sol en la cuneta, mujer descreída? ¿Eh?

La señora Macleuchar subió por la escalerilla-trampilla (ya que, aunque estaba hecha de piedra, no era una escalera propiamente dicha) hasta que su nariz llegó al nivel del suelo; después de limpiar sus anteojos para buscar lo que de sobra sabía que no iba a encontrar, exclamó con asombro fingido:

—¡Dios nos asista! ¡Cómo es posible!

—Pues sí, mujer abominable —vociferó el viajero—, es posible y seguirá siendo posible mientras su vulgar sexo se siga ocupando de este negocio.

Después empezó a andar con gran indignación, pasando una y otra vez frente a la puerta de la tienda, cual navío que pasa de costado frente a una fortaleza hostil, profiriendo quejas, amenazas y reproches, todas dirigidas a la avergonzada señora Macleuchar. Decía que tendría que ir en una silla de posta, o en carruaje de alquiler de cuatro caballos; no le quedaba más remedio, tenía que llegar a la orilla norte hoy mismo… y todos los gastos del viaje, además de los perjuicios ocasionados por el retraso, ya fueran directos o indirectos, recaerían sobre la santa cabeza de la señora

Macleuchar.

Había algo tan cómico en su mal humor que el joven viajero, que no tenía tanta prisa por partir, no podía dejar de divertirse, especialmente al darse cuenta de que el caballero de mayor edad, a pesar de su mal genio, se reía de vez en cuando de su propia vehemencia. Pero, cuando la señora Macleuchar se unió a las risas, el anciano puso punto y final a su inoportuna alegría.

—Mujer, ¿es este anuncio suyo? —dijo. Y, después de enseñarle un pedazo de papel impreso arrugado, prosiguió—: ¿No deja claro que, Dios mediante (como usted hipócritamente expresa), el Hawes Fly, o diligencia de Queensferry, partiría hoy a las doce en punto? Y ¿acaso no son ya las doce y cuarto, falsísima criatura, y la diligencia no aparece por ninguna parte? ¿Sabe las consecuencias que pueden acarrearle estas mentiras? ¿No sabe que pueden ser consideradas fraude por la ley? Conteste, y, por una vez en su larga, inservible y malvada vida, hágalo con palabras sinceras y verdaderas: ¿tiene realmente un carruaje? ¿Existe *in rerum natura*[2]? O ¿este anuncio es tan solo una estafa para incautos con el fin de robarles el tiempo, la paciencia y tres chelines? ¿Tiene realmente tal carruaje? ¿Sí o no?

—¡Sí lo tengo, señor! Los vecinos conocen bien la diligencia, pintada de verde y rojo, con tres ruedas amarillas y una negra.

—Mujer, por precisa que sea, su descripción no basta. Podría no ser más que una mentira bien adornada.

—Oh, señor —dijo la señora Macleuchar, agotada de ser tanto tiempo el blanco de su retórica—, tome sus tres chelines y déjeme tranquila.

—No tan deprisa, mujer. ¿Acaso tres chelines bastarán para llevarme a Queensferry según su traicionero programa? ¿Compensarán los perjuicios por dejar desatendidos mis negocios, o cubrirán los gastos en caso de verme obligado a esperar un día en South Ferry? ¿Bastarán para alquilar, digamos, una pinaza, cuyo precio regular suele ser de cinco chelines?

Su parlamento fue interrumpido por un fuerte ruido que resultó ser el avance del vehículo esperado; se acercaba a toda la velocidad que sus fatigados caballos le permitían. Con placer inefable, la señora Macleuchar vio como su torturador subía a la diligencia; sin embargo, incluso cuando el coche se alejaba, pudo ver cómo la cabeza del viajero se asomaba por la ventana para recordarle, con palabras ahogadas por el ruido de las ruedas, que, si la diligencia no llegaba al ferry a tiempo para cruzar el estuario con marea alta, sería ella quien cargaría con las responsabilidades y consecuencias.

El carruaje avanzó una o dos millas antes de que el extraño recuperara por completo la calma, como demostraban las tristes afirmaciones que hacía de vez en cuando sobre las posibilidades, por no decir sobre la certeza, de que no llegarían a tiempo para cruzar aprovechando la marea. Pero poco a poco su ira se fue aplacando. Bajó las cejas, dejó de fruncir el ceño y, tras abrir el paquete que tenía en la mano, sacó un infolio y lo miró durante un tiempo con la mirada entendida de un aficionado,

admirando sus dimensiones y condición y asegurándose con una inspección minuciosa de cada página de que el volumen estaba intacto y completo desde la portada hasta el colofón. Su compañero de viaje se tomó la licencia de preguntar por el tema de tal obra. El caballero alzó los ojos con mirada sarcástica, como suponiendo que el joven no disfrutaría o no entendería la respuesta. Dijo que se trataba de *Itinerarium septentrionale* de Sandy Gordon[3], un libro sobre los yacimientos romanos en Escocia. El joven, sin amedrentarse por el título, hizo varias preguntas que mostraron que había hecho buen uso de su educación y, aunque no disponía de información minuciosa sobre arqueología, en el curso de la conversación resultó tener el conocimiento suficiente para ser un interlocutor interesado e inteligente. El viajero de mayor edad, viendo con gusto la capacidad de su compañero temporal para entenderle y contestarle, se lanzó sin miedo a una discusión repleta de urnas, vasijas, altares votivos, campamentos romanos y normas de castrametación.

El placer de esta conversación tuvo un efecto tan dulcificante que, aunque se produjeron dos incidentes que retrasaron el viaje, ambos más largos que el que desató su ira contra la señora Macleuchar, nuestro ANTICUARIO apenas soltó algún que otro «¡puf!» que más parecía causado por la interrupción de su discurso que por el retraso del viaje.

La primera de estas paradas se debió a la ruptura de un resorte que, al cabo de media hora de trabajo, fue reparado a duras penas. El anticuario fue cómplice de la segunda, por no decir el causante principal: advirtió que uno de los caballos había perdido la herradura de una pata delantera e informó al cochero de tan importante deficiencia.

—Contratamos los caballos a Jamie Martingale. Él se encarga de su cuidado —contestó John—. No puedo hacer ninguna parada ni sufrir perjuicio alguno por este tipo de accidentes.

—Pues como le mande al lugar que se merece, so sinvergüenza, ya veremos quién le va a contratar. Si no para inmediatamente y lleva a esta pobre bestia a la herrería más cercana, haré que le castiguen, si es que hay juez de paz en Mid-Lothian. —Y, abriendo la puerta del carruaje, salió de un salto mientras el cochero obedecía sus órdenes, mascullando que, si los caballeros no llegaban a tiempo para la marea, no podrían decir sino que era culpa de ellos, ya que por él habrían continuado.

Me interesa tan poco analizar el laberinto de causas que pueden influir en las acciones de los hombres que no intentaré averiguar si la compasión del anticuario por el pobre caballo estuvo motivada en cierta medida por el deseo de mostrar a su compañero un castro picto —tema del que habían discutido largamente y del que existía un ejemplo «muy curioso y perfecto, sin duda» a apenas cien yardas de allí—. Si tuviera que analizar las motivaciones de mi respetable amigo (pues tal era el caballero de traje sobrio, peluca empolvada y sombrero de ala ancha), tendría que decir que, aunque sin duda no habría permitido que el cochero prosiguiera con un caballo no apto para el servicio, a pesar de llevar mucha prisa, el hombre del látigo se

libró de una reprimenda y una lluvia de reproches gracias al buen humor del que gozaba el viajero cuando se produjo el retraso.

Tanto tiempo se perdió en estas interrupciones del viaje que, cuando descendieron por la colina que se eleva sobre el Hawes (de donde toma el nombre la posada en la ladera sur de Queensferry), el experimentado ojo del anticuario distinguió a lo largo de la orilla una gran extensión de arena mojada e innumerables piedras y rocas negras cubiertas de algas, por lo que supo que la hora de la marea había pasado. El joven viajero esperaba un estallido de indignación, pero, como diría Croaker en *El hombre de buen temperamento*[4], nuestro héroe había agotado toda su energía anticipándose tanto a sus desventuras que no las sintió cuando llegaron de verdad. O bien podría ser que creyera que iba en compañía demasiado agradable para castigarla con quejas contra todo lo que retrasara su viaje. Lo cierto es que aceptó su suerte con resignación.

—¡Al d…o con la diligencia y la arpía de su dueña! ¿Diligencia he dicho? «Pereza» sería más adecuado. El coche de esa arpía tiene la misma diligencia que una mosca en un bote de pegamento, como diría un irlandés. No obstante, el tiempo y la marea no esperan a nadie. Querido amigo, tomemos un tentempié en Hawes, una posada bastante decente, y así podré terminar mi explicación sobre la diferencia entre las zanjas usadas en *castra stativa* y *castra æstiva*[5], conceptos confundidos por demasiados historiadores. ¡Dios mío! ¡Ojalá se molestasen en mirar lo que tienen delante de los ojos en vez de seguirse unos a otros como ciegos! En cualquier caso, estaremos muy cómodos en Hawes; además, al fin y al cabo, hay que cenar en alguna parte, y será más agradable viajar con el reflujo de la marea y la brisa de la tarde.

Con esta cristiana actitud de sacar provecho de cualquier incidencia, nuestros viajeros se apearon en Hawes.

Capítulo II

or, qué escándalo es éste,
triste costilla de cordero asado
no la suela de un zapato! Ni con cerveza
che mezcladas baja el condenado.
en contra de mis bienes, de mi herencia.
s *vino* es la palabra que recrea
leita el corazón de los hombres;
cidad y jerez, ellos son mi poesía.

BEN JONSON, *New Inn*

Cuando el mayor de los viajeros bajó por los irregulares estribos de la diligencia frente a la posada, fue recibido por el posadero, un hombre gordo, gotoso y asmático, con la mezcla de familiaridad y respeto que los posaderos escoceses de la vieja escuela adoptaban ante sus clientes predilectos.

—Bienvenido, Monkbarns —utilizó su epíteto territorial, siempre agradable a oídos del terrateniente escocés—. ¿Realmente es usted? No imaginé que nos honraría con su presencia antes de que terminase la sesión de verano del tribunal.

—¡Silencio, viejo diablo! —contestó el huésped, cuyo acento escocés, de otro modo inadvertido, se hacía perceptible con la ira—. ¡Silencio, idiota tullido! ¿Qué tendré yo que ver con el tribunal, o con los gansos que se reúnen en él, o con los halcones que allí les acechan?

—Sí, es cierto —dijo el anfitrión, quien, de hecho, basaba sus palabras en recuerdos muy generales sobre la educación del viajero, pero que se habría arrepentido de no ser preciso en la posición y profesión de éste o de cualquier otro huésped—. Sin duda es cierto, pero pensé que tendría algún asunto legal del que ocuparse. Yo mismo tengo uno, un juicio pendiente que heredé de mi padre y que él heredó del suyo. Es por nuestro patio trasero, seguramente haya oído hablar de él en el tribunal, Hutchinson contra Mackitchinson, un caso muy conocido. Se presentó cuatro veces ante los quince jueces del tribunal, y ni el más sabio supo qué hacer aparte de devolverlo al juzgado. ¡Es maravilloso ver con qué prisa y esmero funciona la justicia en este país!

—Cuide sus palabras, mentecato —dijo el viajero, aunque con buen humor—, y díganos qué nos puede ofrecer de cena a este joven caballero y a mí.

—Oh, pues tenemos pescado, por supuesto. Trucha marina, abadejo fresco —respondió Mackitchinson mientras estrujaba un trapo—. También hay chuletas de cordero, tarta con deliciosa confitura de arándanos, y, bueno, tenemos todo lo que deseen.

—Es decir, que no tiene nada más aparte de esto, ¿verdad? Bueno, bueno, el pescado, las chuletas y la tarta serán suficientes. Eso sí, no imite la cautelosa demora que alaba de nuestros tribunales de justicia. Que nada se remita del juzgado al

tribunal, ¿entendido?

—No, no —dijo Mackitchinson, después de leer atentamente muchos volúmenes de juicios, había aprendido algunos términos legales—. La cena estará servida *quam primum*, es decir, de inmediato.

Con una carcajada lisonjera, el prometedor anfitrión les dejó en el comedor de suelo arenoso decorado con grabados de las cuatro estaciones.

A pesar de que había asegurado lo contrario, los gloriosos retrasos de la ley tuvieron su equivalente en la cocina de la pensión. El viajero más joven tuvo así ocasión de dar una vuelta y preguntar a la gente de la casa por el rango y posición de su compañero. La información que recabó era de naturaleza general y poco fiable, pero bastó para enterarse del nombre, la historia y circunstancias del caballero. En pocas palabras intentaremos presentárselo a nuestros lectores.

Jonathan Oldenbuck u Oldinbuck, o en su forma contraída más habitual, Oldbuck, de Monkbarns, era el segundo hijo de un caballero que poseía una pequeña finca en las inmediaciones de una próspera ciudad portuaria de la costa nororiental de Escocia que, por diversas razones, denominaremos Fairport. Llevaban allí varias generaciones como terratenientes, y en cualquier condado de Inglaterra habrían gozado de cierto prestigio. Pero el condado de… estaba lleno de caballeros de descendencia más antigua y de mayor fortuna. Además, en la última generación, prácticamente toda la nobleza había sido jacobita, mientras que los propietarios de Monkbarns, al igual que los burgueses de la ciudad más próxima, eran fieles partidarios de la sucesión protestante[6]. Sin embargo, estos últimos pertenecían a un linaje propio del que se enorgullecían del mismo modo que sus enemigos se jactaban de sus propias genealogías, ya fuese sajona, normanda o celta. El primer Oldenbuck, que se instaló en la mansión familiar poco después de la Reforma, era, según decían, descendiente de uno de los primeros impresores de Alemania, que huyó de su país por las persecuciones dirigidas contra quienes profesaban la religión reformada. Encontró fácilmente refugio en la ciudad cercana a la residencia de sus descendientes, no solo por ser víctima de la causa protestante, sino también porque trajo consigo suficiente dinero para comprar la pequeña finca de Monkbarns, que un terrateniente disipado puso en venta tras recibirla de manos de su padre, así como otras tierras de la Iglesia tras disolverse el extenso y rico monasterio al que pertenecían. Por eso, los Oldenbuck siempre fueron súbditos leales en los períodos de insurrección y, gracias a observar una postura prudente con respecto al municipio, el *laird* de Monkbarns —título señorial que floreció en 1745— ejerció de preboste de la ciudad en ese fatídico año; empleó todos sus esfuerzos en favor del rey Jorge, incluso invirtió bienes por su causa, pero éste nunca le recompensó, siguiendo la conducta liberal del gobierno existente con sus amigos. A fuerza de solicitarlo, y en beneficio del municipio, consiguió un puesto en la aduana y, como era un hombre frugal y cuidadoso, fue capaz de aumentar considerablemente su fortuna paterna. Solo tuvo dos hijos, de los que el actual laird era el menor, así como dos hijas, una de las cuales todavía florecía

en bendición solitaria, mientras que la otra, que era mucho más joven, se casó por amor con el capitán del cuadragésimo segundo regimiento de infantería, sin más fortuna que su linaje norteño. La pobreza perturbó un matrimonio que de otro modo habría sido feliz y el capitán MacIntyre, para ser justo con su mujer y sus dos hijos —un niño y una niña—, se vio obligado a buscar fortuna en las Indias Orientales. Fue enviado a una expedición contra Hyder Ali, pero el destacamento del que formaba parte se perdió y su desdichada mujer no recibió noticia alguna de su paradero y jamás llegó a saber si cayó en la batalla, si fue asesinado en prisión, o si vivió en desesperado cautiverio bajo el dominio del tirano indio. Ella se fue apagando por la pena y la incertidumbre, y dejó a su hijo y a su hija al cuidado de su hermano, el laird de Monkbarns.

La historia de este terrateniente se cuenta rápidamente. Al ser, como hemos dicho, el segundo hijo, su padre quiso que participara en un negocio mercantil importante que dirigían algunos parientes de su madre. Pero Jonathan se rebeló contra esta medida de forma irreconciliable. Después fue aprendiz de un escribano o abogado para aprender la profesión; la relación fue provechosa y aprendió todas las formas de investidura feudal; mostraba tanto placer en reconciliar las incongruencias y en rastrear el origen de dichas formas que su maestro albergó durante un tiempo la esperanza de que algún día se convirtiera en un hábil notario. Pero su carrera nunca llegó a tomar ese rumbo; aunque adquirió bastantes conocimientos sobre el origen y sistema de las leyes de su país, nadie logró convencerle de que aplicara sus conocimientos a fines lucrativos y prácticos. No era desconsideración ni despreocupación por las ventajas de poseer dinero lo que le llevaba a defraudar las esperanzas de su maestro.

—Si fuera desconsiderado o frívolo, o *rei suæ prodigus*[7] —decía su instructor—, sabría qué hacer con él. Pero nunca da un chelín sin comprobar rápidamente el cambio, una moneda de seis peniques le cunde más que a otro media corona, y prefiere reflexionar días y días sobre una copia en letra gótica de las leyes del Parlamento que ir al golf o a la casa de cambio; sin embargo, no parece llegar el día en que dedique su tiempo a un pequeño negocio rutinario que pondría veinte chelines en su bolsillo… Es una mezcla de frugalidad, diligencia e indolencia despreocupada… No sé qué hacer con él.

Pero con el tiempo su alumno consiguió el modo de hacer lo que le placía: su padre murió, y su hijo mayor no le sobrevivió demasiado tiempo. Era un pescador y cazador empedernido que abandonó esta vida a raíz de un resfriado que cogió mientras practicaba su vocación, cazando patos en el pantano Kittlefitting-moss, a pesar de haber tomado una botella de coñac para proteger su estómago del frío. Por tanto, Jonathan le sucedió y con el patrimonio pudo subsistir sin el odiado engorro de la abogacía. Sus deseos eran muy moderados y, al aumentar la renta de su pequeña heredad gracias al progreso del país, no tardó en exceder en gran medida sus ambiciones y gastos; y, a pesar de ser demasiado indolente para ganar dinero, no era

en absoluto insensible al placer de verlo acumularse. Los burgueses de la ciudad cercana le observaban con cierta envidia, como a alguien que pretendía separarse de su rango social y cuyos estudios y placeres parecían incomprensibles. Sin embargo, persistía una especie de respeto hereditario por el propietario de Monkbarns, que aumentaba con la certidumbre de que era un hombre que pagaba al contado y de que era consecuente con su clase y sus vecinos. Los señores de la región solían estar por encima de él en fortuna y por debajo de él en intelecto, y a excepción de uno que tenía con él cierto trato íntimo, se relacionaban poco con el señor Oldbuck de Monkbarns. No obstante, disponía de los recursos habituales, la compañía del pastor y del médico cuando la solicitaba, además de sus actividades y gustos; mantenía correspondencia con la mayoría de los virtuosos de su época que, al igual que él, medían fortificaciones deterioradas, trazaban planos de castillos en ruinas, leían inscripciones ilegibles y escribían ensayos sobre medallas en una proporción de doce páginas por cada letra de la leyenda. Se irritaba fácilmente, hábito que en parte había adquirido, según se decía, en la ciudad de Fairport, a causa de un desengaño amoroso de juventud, por lo que había desarrollado una actitud misógina, según sus propias palabras, pero que se debía en mayor medida a las atenciones serviles que le dispensaban su hermana soltera y su sobrina huérfana, que habían aprendido a considerarle el hombre más importante sobre la faz de la tierra. Él solía alabarlas diciendo que eran las únicas mujeres que estaban bien domadas y adiestradas en la obediencia, aunque hay que decir que la señorita Grizzy Oldbuck algunas veces se rebelaba contra la severidad de su hermano. El resto de su carácter habrá de intuirse a lo largo de la presente historia y, de este modo, podremos abandonar con gusto la agotadora tarea de la recapitulación.

Durante la cena, el señor Oldbuck, guiado por la misma curiosidad que mostró su compañero de viaje por el relato de su vida, hizo algunas averiguaciones sobre el nombre, destino y cualidad de su joven compañero, ya que su edad y situación le permitían hacer preguntas de forma más directa.

El joven caballero dijo llamarse Lovel.

—¿Cómo? ¿El gato, el ratón y nuestro perro Lovel[8]? ¿Es descendiente del favorito del rey Ricardo?

Dijo que no tenía tanta pretensión como para llamarse a sí mismo cachorro de esa camada; su padre era un caballero del norte de Inglaterra. Se dirigía a Fairport (la ciudad más cercana a Monkbarns) y, si encontraba el lugar agradable, quizá se quedara allí varias semanas.

—Y ¿la excursión del señor Lovel es exclusivamente de placer?

—No del todo.

—¿Es posible que venga por negocios con algunos comerciantes de Fairport?

—En parte por negocios, pero no tienen nada que ver con el comercio.

Aquí se detuvo; el señor Oldbuck había llevado sus preguntas hasta donde le permitía la buena educación, así que se vio obligado a cambiar el tema de la

conversación. El anticuario, a pesar de no estar en contra de pasar un buen rato, era enemigo acérrimo de cualquier gasto de viaje innecesario, así que, cuando su compañero mencionó una botella de oporto, dijo que la bebida que se solía vender con tal denominación era una mezcla horrible y, después de proponer que un poco de ponche era más auténtico y se ajustaba mejor a la época, echó mano de la campanilla para pedirlo. Pero Mackitchinson había pensado por su cuenta qué bebida iban a tomar y trajo en la mano una enorme botella de medio galón, o como se dice en Escocia, una *magnum*, cubierta de serrín y telarañas, prueba de su antigüedad.

—¡Ponche! —dijo al oír la conversación cuando entró en el comedor—. No verá hoy una gota de ponche, Monkbarns, de eso puede estar seguro.

—¿Qué quiere decir, granuja desvergonzado?

—Bueno, bueno, dejemos el tema. Pero ¿no recuerda la que me hizo la última vez que estuvo aquí?

—¿La que yo le hice?

—Sí, usted mismo, Monkbarns. El dueño de Tamlowrie, sir Gilbert Grizzlecleugh y el viejo Rossballoh, además del alguacil, estaban ya listos para pasar la tarde aquí y usted, con alguna de sus historias del mundo antiguo, de esas que el entendimiento de un hombre no llega a alcanzar, los llevó detrás de la casa para que vieran el viejo campamento romano. —Y, dirigiéndose a Lovel, añadió—: ¡Oh, señor! Si hasta los pájaros caen desplomados con las historias que cuenta… Podría haberles vendido seis pintas de buen vino clarete, pero nada, al final no tuve ocasión con tanto hablar de antigüedades.

—¿Se puede creer lo que está diciendo este canalla desvergonzado? —replicó Monkbarns, aunque riendo al mismo tiempo, ya que el buen posadero, y eso era algo de lo que solía presumir, sabía de qué pie cojeaba cada uno de sus huéspedes como si fuera el mejor zapatero de este lado de Solway—. Bueno, bueno, tráiganos una botella de oporto.

—¿Oporto? ¡De eso nada! Dejen el oporto y el ponche para la gente como nosotros, que nosotros les dejamos a ustedes el clarete; y me atrevo a decir que ninguna de las personas de las que tanto habla ha llegado a beber una cosa u otra.

—¿Se da cuenta de lo categórico que es este truhán? Bueno, mi joven amigo, por una vez tendremos que elegir un *Falerno* en vez del vil *Sabinum*[9].

El posadero descorchó la botella al instante, vertió el vino en un recipiente a la medida y, declarando que perfumaba toda la estancia, dejó que sus huéspedes disfrutaran con él.

El vino de Mackitchinson era realmente bueno, y tuvo un fuerte efecto en el ánimo del huésped de mayor edad, que conto interesantes historias y chistes pícaros y acabó discutiendo sobre dramaturgos antiguos, tema que conocía bien; resultó que su nuevo amigo estaba tan versado en el tema que el caballero acabó sospechando que lo había estudiado profesionalmente. «¿Un viajero que se desplaza por negocios y por placer? Pues el escenario tiene parte de ambas; es un negocio para los actores y

aporta, o debe aportar, placer a los espectadores. Por sus modales y rango se diría que está por encima de la clase de jóvenes que toman ese camino; pero recuerdo haber oído que el teatro de Fairport iba a abrir sus puertas con la actuación de un joven caballero y que ésta sería su primera vez sobre el escenario. ¿Será él, Lovel? ¿Lovel? Sí, Lovel o Belville son solo nombres que los jóvenes suelen adoptar para tales ocasiones… De verdad que lo siento por el muchacho.»

El señor Oldbuck era normalmente ahorrador, pero en ningún caso mezquino; su primer pensamiento fue evitar que su compañero de viaje corriera con cualquier gasto de la velada, ya que pensó que en su situación podría ser una verdadera inconveniencia. Y así aprovechó un momento de descuido para pagar en privado al señor Mackitchinson. El joven viajero protestó contra esta libertad y solo la consintió en deferencia a su edad y posición.

La satisfacción que les producía la mutua compañía llevó al señor Oldbuck a proponer un plan para viajar juntos hasta el final de su trayecto, lo que Lovel aceptó de buen grado. El señor Oldbuck dio a entender que deseaba pagar dos tercios del alquiler de una silla de posta, diciendo que necesitaría ocupar la parte proporcional durante el recorrido, pero el señor Lovel lo rechazó decididamente. Sus gastos al final fueron iguales, excepto cuando Lovel deslizaba de cuando en cuando un chelín en la mano de un postillón gruñón, ya que Oldbuck, fiel a las viejas costumbres, no pagaba más de dieciocho peniques por cada posta. De este modo viajaron hasta que llegaron a Fairport sobre las dos del día siguiente.

Probablemente Lovel esperaba que su compañero de viaje le invitara a cenar nada más llegar, pero, consciente de que no tenía listos los preparativos necesarios para recibir invitados, y quizá por otras razones, Oldbuck no le dedicó tal atención. Solo le pidió que volvieran a verse lo antes posible, por la mañana, y le recomendó recurrir a una viuda que tenía habitaciones para alquilar y a una persona que tenía un comedor decente; por su lado, avisó a ambos de que no estaba dispuesto a ser garante de las facturas que pudiera contraer el viajero a lo largo de su estancia en Fairport. Pero probablemente los modales y el aspecto del joven caballero, por no hablar de un baúl bien provisto que no tardó en llegar por barco hasta su dirección de Fairport, dijeron más en su favor que las limitadas recomendaciones de su compañero de viaje.

Capítulo III

ıcias baratijas tenía a mansalva,
ılados sacos de hierro y resplandecientes chaquetas
apuntalan Lothian con tres clavos
ıño entero,
ɛrdigones y viejas tachuelas
ıo para sujetar mareas.

ROBERT BURNS

Tras instalarse en su nueva habitación en Fairport, el señor Lovel pensó que debía ir a visitar a su compañero de viaje. No lo había hecho antes porque, a pesar del buen humor y disposición del anciano caballero, había atisbado en su lenguaje y actitud cierto aire de superioridad, algo que le parecía que iba más allá de lo que la diferencia de edad justificaba. Por tanto, esperó a que llegara su equipaje de Edimburgo para poder vestirse según la moda del momento y que su apariencia exterior se correspondiera con el rango social que suponía o sentía que debía representar.

Habían pasado cinco días desde su llegada cuando, tras hacer las preguntas necesarias para conocer el camino, se puso en marcha para presentarse en Monkbarns. Un sendero que pasaba por una colina cubierta de brezo y dos o tres prados le llevó hasta la mansión, que se encontraba al otro lado de la colina antes citada. Tenía una hermosa vista sobre la bahía y las embarcaciones. Apartada de la ciudad por la elevación del suelo, que además la protegía del viento del noroeste, la casa ofrecía un aspecto solitario y protegido. El exterior decía poco en su favor. Era un edificio irregular y pasado de moda, parte del cual había pertenecido a una *grange*, o granja solitaria, habitada por un bailío, o administrador del monasterio, cuando las tierras estaban en manos de los monjes. La comunidad almacenaba aquí el grano que recibía como renta de sus vasallos, ya que, gracias a la prudencia propia de su orden, todos los beneficios conventuales eran canjeables en especie y de ahí, como le gustaba contar al actual dueño, venía el nombre de Monkbarns[10]. Los habitantes laicos fueron haciendo sucesivas ampliaciones de acuerdo con las necesidades de su familia sobre los restos que quedaban en pie de la casa del bailío; y puesto que esto se realizó con idéntico desprecio tanto hacia la comodidad interior como a la armonía arquitectónica exterior, el conjunto tenía un aspecto de caserón detenido en medio de un baile campestre dirigido por Anfión u Orfeo. La casa estaba rodeada de altos setos cortados, compuestos en su mayor parte por tejos y acebos; algunos de ellos todavía mostraban la habilidad de un artista de la *topiaria*[11], pues representaban curiosos sillones, torres y las siluetas de san Jorge y el dragón. El gusto del señor Oldbuck no había alterado estos monumentos pertenecientes a un arte ahora desconocido, y tenía pocas tentaciones de hacerlo, ya que podría romperle el corazón al viejo jardinero. Bajo la sombra de un acebo muy alto y frondoso que se había librado de la poda,

sentado en una silla de jardín, Lovel pudo ver a su anciano amigo con anteojos sobre la nariz y la bolsa al lado, leyendo con detenimiento el *London Chronicle*, mecido por la brisa estival que hacía crujir las hojas y por el susurro de las olas al acariciar la arena.

El señor Oldbuck se levantó inmediatamente y avanzó para recibir a su compañero de viaje con un caluroso apretón de manos.

—Le doy mi palabra —dijo—, empezaba a pensar que había cambiado de idea, que habría considerado que la estúpida gente de Fairport era tan aburrida que no merecía su talento y que se habría marchado a la francesa, como hizo mi viejo amigo y hermano anticuario, Mac-Cribb, cuando se fue con una de mis monedas sirias de época romana.

—Espero, señor, que nunca me culpen de tal cosa.

—Deje que le diga que sería tan malo como marcharse y privarme del placer de verle de nuevo. Habría preferido que se llevara mi otón de cobre[12]. Pero venga, deje que lo lleve a mi sanctasanctórum, es decir, a mi morada, ya que, a excepción de dos ociosas y pícaras mujeres —con estas despectivas palabras, prestadas de un colega anticuario, el cínico Anthony Wood, el señor Oldbuck solía referirse al sexo femenino en general y a su hermana y sobrina en particular— que, con el mero pretexto del parentesco, se han establecido en mis posesiones, llevo una vida de cenobita, al igual que mi predecesor, John de Girnell, cuya tumba le enseñaré dentro de un rato.

Hablando de este modo, el anciano caballero se dirigió hacia una puerta baja pero, antes de entrar, se detuvo repentinamente para señalar los vestigios de lo que él consideraba una inscripción. Movió la cabeza como si fuera completamente ilegible y dijo:

—¡Ah! ¡Si usted supiera, señor Lovel, el tiempo y el esfuerzo que estas letras desgastadas me han costado! Ninguna madre ha sufrido tanto por un hijo, y todo en vano, aunque estoy casi seguro de que estas dos últimas marcas representan las figuras, o letras, LV, y podrían darnos alguna pista sobre la verdadera fecha del edificio, ya que sabemos, *aliunde*[13], que fue fundado por el abad Waldimir hacia mediados del siglo XIV. Estoy seguro de que el ornamento central podrá ser descifrado por ojos más jóvenes que los míos.

—Creo —contestó Lovel, deseoso de complacer al anciano— que se parece a una mitra.

—¡Parece que tiene razón! ¡Sí, tiene razón! Nunca se me había ocurrido. Ve qué útil es tener ojos más jóvenes… una mitra, una mitra, encaja perfectamente en todos los aspectos.

El parecido no era mucho mayor que el existente entre la nube de Polonio y una ballena o un mirlo[14], pero fue suficiente para poner el cerebro del anticuario en marcha.

—Una mitra, querido amigo —prosiguió mientras conducía a su invitado por un laberinto de incómodos y oscuros pasillos y completaba su digresión con ciertos

avisos necesarios—, una mitra, querido amigo, que le iría bien tanto a nuestro abad como a un obispo. Era un abad mitrado, y en lo más alto de la lista. Tenga cuidado con estos tres escalones. Sé que Mac-Cribb lo niega, pero es tan cierto como que se llevó mi Antígono[15] sin preguntar. Verá el nombre del abad de Trotcosey, *Abbas Trottocosiensis*, en lo alto de las listas del parlamento de los siglos XIV y XV… Aquí hay muy poca luz y estas malditas mujeres siempre se dejan las cubas en medio… Vaya con cuidado por la esquina… Ahora doce escalones y estará a salvo.

Para entonces, el señor Oldbuck había alcanzado lo alto de la escalera de caracol que conducía a sus aposentos; después de abrir una puerta y apartar un tapiz que la cubría, lo primero que exclamó fue:

—Pero ¿qué hacéis aquí, degeneradas?

Una camarera sucia y descalza escondió el plumero al ser sorprendida en la abyecta tarea de limpiar el sanctasanctórum y huyó del furioso rostro de su señor por la puerta opuesta. Una mujer joven de aspecto amable, que había estado supervisando la operación, siguió en sus sitio con cierta timidez.

—Sin duda, tío, su habitación no estaba en condiciones de ser vista, y he venido a ver que Jenny lo dejara todo en su lugar.

—Pero ¿cómo te atreves, al igual que Jenny, a meterte en mis asuntos privados? —El señor Oldbuck odiaba ordenar tanto como el doctor Orkborne[16] o cualquier estudioso reconocido—. Ocúpate de tus labores, bobalicona, y que no vuelva a verte por aquí, si es que valoras tus orejas. Le aseguro, señor Lovel, que la última incursión de estas supuestas amigas de la limpieza fue tan fatal para mi colección como la visita de Hudibras a Sidrophel[17], y desde entonces echo de menos:

lámina de cobre grabada
ılmanaques, y otros cachivaches;
reloj lunar, los huesos Napier
is piedras astrales;
pulga, el piojo, la chinche
compré para mi propia comodidad.

»Etcétera, como cuenta el viejo Butler.

La muchacha, tras hacerle una reverencia a Lovel, aprovechó la ocasión para escabullirse durante la enumeración de objetos perdidos.

—Aquí se envenenará con la cantidad de polvo que han levantado —prosiguió el anticuario—, pero le aseguro que era un polvo muy antiguo, tranquilo y sosegado hace unas horas y aún lo sería si estas gitanas no lo hubieran molestado, cosa que hacen con todo lo que hay en este mundo.

Efectivamente, pasó un tiempo antes de que Lovel pudiera, a través de la densa atmósfera, distinguir en qué tipo de estudio había buscado refugio su amigo. Era una habitación de tamaño normal y techo alto, que recibía una tenue iluminación gracias a altas y estrechas ventanas enrejadas. Un extremo estaba completamente cubierto de estanterías poco espaciosas para el número de volúmenes que contenían; los libros

que había en ellas estaban ordenados en dos o tres filas, y un sinfín más se amontonaba en el suelo y las mesas en medio de un caos de mapas, grabados, pedazos de pergamino, fajos de papel, piezas de armaduras viejas, espadas, dagas, cascos y escudos de las Tierras Altas. Detrás del asiento del señor Oldbuck —un sillón antiguo tapizado en cuero muy gastado por el uso constante— había un armario de roble con querubines holandeses decorando cada esquina, con sus alas de pato desplegadas y enormes rostros haciendo muecas. La parte superior del armario estaba abarrotada de bustos, lámparas romanas y *paterœ*[18] mezcladas con una o dos figuras de bronce. Las paredes estaban en parte cubiertas por viejos tapices que contaban la memorable boda de sir Gawain, en el que se hace justicia a la fealdad de la Dama Horrenda[19]; claro que, a juzgar por su propio aspecto, el amable caballero tenía pocas razones para distinguirse de su pareja en cuanto a gracia externa, comparado con lo que nos cuenta el romancero. El resto de la habitación estaba revestido con paneles de roble negro, de los que colgaban dos o tres retratos de caballeros con armadura que representaban a los personajes de la historia de Escocia preferidos del señor Oldbuck y varios retratos de sus más ilustres antepasados, vestidos con pelucas y abrigos bordados. Una amplia mesa de roble pasada de moda estaba cubierta de multitud de papeles, pergaminos, libros, tinteros corrientes y bagatelas con poco que destacar aparte del óxido y la antigüedad que éste revela. En medio de tal naufragio de libros viejos y artilugios se veía un gato negro, con la gravedad que Mario mostró en las ruinas de Cartago[20]; cualquier mirada supersticiosa habría visto en él al *genius loci* o demonio tutelar de la estancia. El suelo, así como la mesa y las sillas, estaba desbordado por ese mismo maremágnum de trastos, en el que sería tan imposible encontrar algo deseado como utilizarlo una vez hallado.

En medio de ese caos no era tarea fácil encontrar el camino hasta la silla sin tropezar con un infolio tumbado o, en caso de mayor infortunio, con una cerámica inglesa o romana antigua. Y, una vez en la silla, había que librarla cuidadosamente de grabados que podrían deteriorarse, así como de viejas espuelas y hebillas que sin duda dañarían a cualquier súbito ocupante. El anticuario hizo especial hincapié en prevenir de esto a Lovel, añadiendo que un amigo suyo, el reverendo doctor Heavystern, de los Países Bajos, sufrió una herida grave por sentarse brusca e incautamente en tres viejos abrojos recién desenterrados de la ciénaga de Bannockburn, los cuales habían sido utilizados por Robert Bruce para lacerar los pies de la carga inglesa[21], y que acabaron hiriendo las posaderas del ducho profesor de Utrecht.

Tras acomodarse, Lovel no tuvo reparos en hacer todo tipo de preguntas sobre los extraños objetos que le rodeaban, preguntas a las que el anticuario respondía, en la medida de lo posible, con las explicaciones oportunas; así pues, le enseñó un largo garrote o porra con una punta de hierro en su extremo que, al parecer, había sido hallado recientemente en un campo de la hacienda de Monkbarns, no lejos de un antiguo cementerio. Se parecía sin duda a los bastones que los segadores de las

Tierras Altas llevaban en sus peregrinaciones anuales desde las montañas; pero el señor Oldbuck creía que, debido a su peculiar forma, podría tratarse de uno de esos garrotes con los que los monjes armaban a sus campesinos a falta de otras armas más marciales, cuando a los campesinos se les denominaba *colve-carles*, o *kolb-kerle*, es decir, *clavigeri* o portadores de clavas. Para demostrar la verdad de esta costumbre, citó la crónica de Amberes y la de san Martín, a cuya autoridad Lovel no podía oponerse, ya que no había oído hablar de ellas hasta entonces.

El señor Oldbuck después le mostró empulgueras utilizadas para machacarles los dedos a los *covenanters*[22] de antaño, y un collar de metal con el nombre de un tipo condenado por robo cuyo castigo, según decía la inscripción, fue servir a un barón de la zona, en lugar del castigo escocés moderno que, según Oldbuck, destierra a los malhechores a Inglaterra para enriquecerla con su trabajo y a sí mismos con sus habilidades. Muchas y variadas fueron las curiosidades que le mostró, pero sentía un orgullo especial por sus libros; repetía los versos de Chaucer con aire complaciente al abrir paso hasta las abarrotadas estanterías:

s habría preferido tener en la cabecera
veintena de libros vestidos de negro o rojo
Aristóteles o de su filosofía
ricas ropas, rabel o salterio.[23]

Recitaba estos famosos versos meciendo la cabeza y pronunciando cada gutural con auténtico acento anglosajón, ahora olvidado en la parte meridional del reino.

La colección era, sin duda, curiosa, y bien podría ser envidiada por un aficionado. Pero no había sido adquirida al desorbitado precio de los tiempos modernos, que habría amedrentado tanto al más determinado como al más antiguo bibliófilo que se recuerda, que es nada menos que el famoso don Quijote de la Mancha, el cual, según cuenta su primer historiador, Cide Hamete Benengeli, dio leves muestras de debilidad de juicio al intercambiar campos y fincas por infolios y cuartillas de caballería. El buen caballero andante ha sido imitado en este tipo de intercambios por señores, caballeros e hidalgos actuales, aunque todavía no hemos oído de nadie que haya confundido una venta con un castillo, o que la haya emprendido con su lanza contra molinos de viento. El señor Oldbuck no siguió el ejemplo de estos coleccionistas en lo que a dispendio se refiere; sino que, mirando en todo momento por su bolsillo, dedicándole todos los esfuerzos necesarios, disfrutó de crear poco a poco su biblioteca personal. No era partidario de aquella raza ingeniosa de vendedores peripatéticos que median entre un aislado tendero y un ansioso aficionado para beneficiarse de la ignorancia de uno y del cuidadoso criterio y buen gusto del otro. Cuando estos vendedores eran mencionados en su presencia, rara vez dejaba de manifestar la necesidad de detener cuanto antes la curiosidad de uno y aprovechaba también para contar su historia favorita, la de Davie el Narigón y el *Tratado de ajedrez* de Caxton[24].

—Davie Wilson —dijo—, conocido como Davie el Narigón por su empedernida adicción al rapé negro, era el príncipe de los cazadores de libros raros en callejones sin salida, sótanos y tenderetes. Tenía el olfato de un sabueso y la fuerza de un bulldog. Era capaz de encontrar un poema antiguo escrito con letras góticas entre una montaña de documentos judiciales, y descubrir una *editio princeps* enmascarada como una gramática Corderius[25]. Davie el Narigón compró el *Tratado de ajedrez* de 1474, el primer libro impreso en Inglaterra, en un puesto en Holanda por dos *groschen*, que corresponden a dos de nuestros peniques. Se lo vendió a Osborne por veinte libras y el equivalente a otras veinte en libros. Osborne revendió esta ganga única al doctor Askew por sesenta guineas.

»En la tienda del doctor Askew —prosiguió cada vez más animado el anciano caballero—, este tesoro incalculable alcanzó su precio completo y la mismísima familia real lo compró por ciento setenta libras.

Suspiró y exclamó con las manos en alto:

—Si apareciera ahora un ejemplar, Dios sabe cuánto costaría; y, sin embargo, fue comprado originalmente, con habilidad e investigación, por el equivalente a dos peniques. ¡Qué grande era Davie el Narigón! Y ¡benditos los tiempos en los que esta actividad podía ser tan gratificante!

»Incluso yo —continuó—, aunque soy muy inferior a aquel gran hombre en habilidad, discernimiento y capacidad intelectual, puedo enseñarle varias cosas que he recopilado, no a fuerza de dinero como harían los ricos (quienes, como dice mi amigo Luciano[26], puede que tiren su dinero solo para demostrar su ignorancia), sino que las he conseguido de un modo que demuestra que conozco el tema. Mire este fardo de poemas, todos de antes del año 1700, algunos cien años más antiguos. Persuadí a una anciana para que me los diera, y eso que les tenía más apego que a su viejo salterio. Y ¡el precio, señor, fue tabaco, rapé, y *The Complete Syren*[27]! Por ese ejemplar mutilado de *Complaynt of Scotland*[28] tuve que beberme dos docenas de botellas de cerveza fuerte con su anterior propietario, el cual, en agradecimiento, me lo dejó en su última voluntad. Estos pequeños volúmenes de Elzevir[29] son recuerdos y trofeos de muchos paseos de noche y de día por las calles Cowgate, Canongate, Bow, Saint Mary’s Wynd, dicho de otro modo, por donde quiera que hubiera intermediarios y comerciantes, dispares comerciantes de cosas extrañas y curiosas. ¡Cuántas veces habré regateado por medio penique, ya que, de aceptar el primer precio, el vendedor habría sospechado el valor que yo le daba al artículo! ¡Cuántas veces habré temblado por temor a que el primero que pasara se interpusiera entre mi objetivo y yo, y cuántas veces habré mirado a pobres estudiantes de teología que se paraban a ver los libros como si fueran aficionados rivales, o libreros disfrazados merodeando en otro puesto! Y ¡qué maliciosa satisfacción produce, señor Lovel, pagar el precio y guardarse el artículo fingiendo fría indiferencia, sintiendo cómo tiembla la mano de placer!

»Y qué placer es deslumbrar a los rivales más ricos y ambiciosos exhibiendo un

tesoro así —dijo, mostrando un librito ennegrecido del tamaño de un octavo menor— y disfrutar de su sorpresa y envidia, ocultando tras un velo de conciencia misteriosa mi superior intelecto y mi destreza… éstos son, amigo mío, éstos son los mejores momentos de la vida, los que compensan el esfuerzo, el dolor y la asidua atención que nuestra profesión, más que cualquier otra, exige.

Lovel estaba muy entretenido escuchando al viejo caballero hablar de este modo y, aunque era incapaz de comprender el mérito de lo que tenía delante, expresó toda su admiración ante los diversos tesoros que Oldbuck le mostraba, tal y como la situación requería. Por un lado había libros considerados primeras ediciones, por otro las últimas y mejores; aquí había un libro valioso porque tenía las correcciones del autor, y allí otro que —aunque suene raro— era importante porque no las tenía. Uno era especial por ser un folio, otro por ser un dozavo; unos por ser alargados, otros por ser pequeños; el mérito de éste radicaba en la portada, el de aquél en la disposición de las letras de la palabra *Finis*. Según parecía, no había ninguna distinción peculiar, por insignificante o diminuta que fuera, que no diera valor a un volumen, además de la indispensable cualidad de la escasez, o poca frecuencia, que lo acompañaba.

No menos fascinantes eran los pliegos impresos originales como *El discurso moribundo, Asesinato sangriento* o *La maravillosa maravilla de las maravillas* en su estado primario, ahora rasgados, que antaño se pregonaban por la calle y se vendían por el barato y asequible precio de un penique, aunque ahora cuestan el peso de un penique en oro. Sobre estas hojas, el anticuario se extendió con emoción; leyó con voz entusiasta los elaborados títulos, cuya relación con el contenido era equiparable a la de los carteles de circo con el espectáculo real. El señor Oldbuck, por ejemplo, se vanagloriaba de poseer un pliego impreso único y exclusivo, titulado *Extrañas y maravillosas noticias de Chipping-Norton, en el condado de Oxon, sobre ciertas apariciones horribles avistadas en el aire el 26 de julio de 1610 de nueve y media de la mañana a once, cuando aparecieron varias espadas de fuego y extraños movimientos en las orbes superiores; todo ello acompañado del inusual parpadeo de las estrellas y de su espantosa prolongación; seguido del relato de la apertura de los cielos, de las extrañas apariciones que se produjeron junto a otras prodigiosas circunstancias inauditas en cualquier época, para asombro de sus testigos, según contó en una carta un tal señor Colley, habitante de West Smithfield y atestiguado por Thomas Brown, Elizabeth Greenaway y Anne Gutheridge, espectadores de las horribles apariciones; y si alguien quisiera obtener más información acerca de la veracidad de este relato, que acuda al señor Nightingale, en la Taberna del Oso, y será satisfecho.*

—Puede reírse si quiere —dijo el propietario de la colección— y se lo perdono. Comprendo que los encantos que percibimos aquí no son tan obvios a los ojos de los jóvenes como la mirada de una hermosa mujer, pero usted se hará más sabio y verá con más justicia cuando empiece a necesitar anteojos. Pero quédese, tengo una antigüedad que quizá valore más.

Dicho esto, el señor Oldbuck abrió un cajón y sacó un manojo de llaves, luego retiró una parte del tapiz que ocultaba la puerta de un pequeño gabinete en el que se adentró, bajó cuatro escalones de piedra y, tras un tintineo de botellas y botes, sacó dos copas acampanadas de vino como las que aparecen en los cuadros de Teniers[30], así como una pequeña botella de lo que llamaba rico y alegre vino canario, junto con un pedacito de pastel ligero, en una bandeja de plata de exquisita manufactura antigua.

—No hablaré de la bandeja —dijo—, aunque se dice que fue trabajada por el viejo loco florentino, Benvenuto Cellini[31]. Pero, señor Lovel, nuestros antepasados bebieron jerez. Usted, que admira el teatro, sabe dónde lo puede encontrar. ¡Brindemos por el éxito de sus esfuerzos en Fairport!

—Y por usted, señor, y que aumente su tesoro sin más esfuerzo de su parte que el estrictamente necesario para que la adquisición sea valiosa.

Tras una libación tan pareja a la diversión en que se veían envueltos, Lovel se dispuso a partir y el señor Oldbuck se preparó para acompañarle parte del camino y enseñarle algo digno de su curiosidad en el trayecto de vuelta a Fairport.

Capítulo IV

de el prado se acerca el astuto viajero,
lirige hacia mí, sombrero en mano,
ce: «Señor, se lo ruego,
dría dar cobijo a este pobre anciano?».

El mendigo[32]

Nuestros dos amigos caminaron por un pequeño huerto donde los viejos manzanos, bien cargados de fruta, indicaban, como es habitual en las inmediaciones de edificios monásticos, que los monjes no siempre malgastaban sus días en la holganza, sino que se dedicaban a menudo a la horticultura y la jardinería. El señor Oldbuck no olvidó señalarle a Lovel que los cultivadores de aquella época conocían el secreto moderno de evitar que las raíces de los frutales penetraran en la toba y de obligarlos a extenderse de forma lateral; lo conseguían colocando losas debajo de los árboles cuando los plantaban para interponerlas entre sus fibras y el subsuelo.

—Este viejo amigo —dijo—, que fue abatido por el viento el verano pasado, sigue repleto de fruta a pesar de estar medio tumbado en el suelo; como puede observar, fue plantado con una de estas barreras entre sus raíces y la hostil toba. Aquel árbol también tiene historia: su fruto se llama la manzana del abad; la mujer de un barón, a quien le gustaba mucho este fruto, solía venir a Monkbarns de vez en cuando por el placer de recogerlo del árbol. Su marido, un hombre celoso, quizá sospechaba que un gusto tan parecido al de Eva podía pronosticar una caída similar. Para no manchar el honor de una familia noble, no diré más sobre este tema, excepto que las tierras de Lochard y Cringlecut todavía pagan una multa de seis medidas de cebada al año para expiar la culpa de su atrevido dueño, que se entrometió en el retiro del abad y su penitente. Admire el pequeño campanario que se alza sobre el porche cubierto de hiedra… Allí había un *hospitium*, *hospitale* u *hospitamentum* (porque de estas diversas formas lo recogen las escrituras antiguas y otros documentos) donde los monjes recibían a los peregrinos. En el *Índice eclesiástico,* nuestro párroco dijo que el *hospitium* se situaba o bien en tierras de Haltweary o en las de Halfstarvet; pero se equivocó, señor Lovel: esta puerta todavía se llama la Puerta de los Peregrinos y mi jardinero ha encontrado muchas piedras labradas al arar la tierra para plantar apio, algunas de las cuales he enviado como muestra a amigos expertos y a vanas sociedades de anticuarios de las que soy miembro indigno. Pero ya no diré nada más; reservaré algo para la próxima visita. Además, tenemos ante nosotros un objeto de lo más curioso.

Hablando de este modo, dirigió el paso decididamente por uno o dos prados de pasto, luego salieron a un matorral o llanura sin cercar y por allí hasta una suave colina.

—Este sitio —dijo—, señor Lovel, es muy especial.

—Tiene unas vistas magníficas —añadió su compañero mientras miraba a su alrededor.

—Cierto, pero no le he traído aquí por las vistas. ¿No hay nada más que llame su atención? ¿En la superficie del suelo?

—Oh, sí, veo algo que parece un foso, aunque resulta vagamente apreciable.

—¿Vagamente? Tiene que perdonarme, señor, pero esa vaguedad estará en su capacidad visual. Nada puede estar mejor trazado. Es un verdadero *agger* o *vallum* con su *fossa* correspondiente. Que los cielos nos asistan, si hasta mi sobrina, con la cabeza de chorlito propia de su sexo, vio el trazado del foso a la primera. ¡Vagamente! Puede que el asentamiento de Ardoch o el de Burnswark en Annandale se distingan mejor, sin duda, porque eran campamentos permanentes, pero éste no lo era. ¡Vagamente! ¡Quizá haya supuesto que necios, brutos e idiotas han arado la tierra y, como bestias y salvajes ignorantes, hayan destruido dos lados del cuadrado y dañado seriamente el tercero; pero, como puede observar, el cuarto lado está intacto!

Lovel intentó pedir disculpas y explicar su desafortunada frase alegando inexperiencia. Pero no tuvo éxito inmediato. Su primera impresión había sido demasiado franca y natural para no alarmar al anticuario, el cual trataba de superar la sorpresa que aquel comentario le había causado.

—Querido amigo —prosiguió—, sus ojos no son inexpertos: o ¿debo pensar que no distingue un foso del nivel del suelo? ¡Vagamente! Pero si hasta el más común de los mortales, hasta el más insignificante niño capaz de arrear vacas lo llama Campamento de Kinprunes; si esto no es un campamento antiguo, yo soy un ignorante.

Después de que Lovel volviera a disculparse y finalmente lograra adormecer la vanidad irritada y desconfiada del anticuario, éste prosiguió su tarea de cicerone.

—Ha de saber que los anticuarios escoceses han estado muy divididos sobre el lugar donde se libró la última batalla entre Agrícola y los caledonios. Unos la sitúan en Ardoch, cerca de Strathallan, otros en Innerpeffrey, otros en Raedykes, junto a Mearns, incluso algunos trasladan el escenario del acontecimiento más al norte, en Blair, no lejos de Athole. Después de todas estas discusiones —continuó el anciano caballero, con una de sus miradas más maliciosas y satisfechas—, ¿qué pensaría usted, señor Lovel, repito, qué pensaría si resultara que la memorable batalla se hubiera librado en el lugar llamado Campamento de Kinprunes, propiedad del apartado y humilde individuo que le está hablando ahora?

Después de una pausa para permitir a su invitado asimilar esta importante información, retomó su discurso alzando el tono:

—Sí, amigo mío, mucho me equivoco si este emplazamiento no se corresponde con la descripción de la zona donde se produjo la batalla. Fue cerca de los montes Grampianos. ¡Mire! ¡Allí están, mezclándose y compitiendo con el cielo al borde del horizonte! Fue en un *conspectu classis*, es decir, a la vista de la flota romana; y ¿no desearía cualquier almirante, romano o británico, una bahía tan cómoda para navegar

como la que está a mano derecha? Es sorprendente lo ciegos que algunas veces estamos los supuestos anticuarios. No se le ocurrió ni al señor Robert Sibbald[33], ni a Saunders Gordon[34], ni al general Roy[35], ni al doctor Stukeley[36], a ninguno. No quise decir una palabra sobre esto hasta hacerme con el terreno, porque pertenecía al viejo Johnie Howie, un pequeño propietario testarudo con el que hablé largo y tendido antes de que consiguiéramos ponernos de acuerdo. Al final, y casi me avergüenza decirlo, me decidí a dar un acre tras otro de la mejor tierra para cultivar grano a cambio de este paraje infértil. Pero después se convirtió en un tema de interés nacional; y, al haber adquirido el escenario de un acontecimiento tan célebre, salí ganando. ¿A quién no se le encendería el sentimiento patriótico, como decía Johnson, en las llanuras de Maratón? Empecé a excavar la tierra para ver qué podría aparecer; y al tercer día, señor, encontramos una piedra que he transportado a Monkbarns para hacer un modelo con yeso de París; en ella están representadas una vasija de sacrificios y las letras A. D. L. L., que podrían significar, sin forzar demasiado, *Agricola Dicavit Libens Lubens*[37].

—Sin duda, señor, al igual que los anticuarios holandeses afirman que Calígula fue el fundador de un faro, tomando como prueba las letras C. C. P. F., que interpretan como *Caius Caligula Pharum Fecit*[38].

—Cierto, y la exposición nunca ha sido tan clara. Veo que todavía se puede hacer algo con usted, antes incluso de que necesite anteojos, aunque a primera vista considerara vagos los restos de este hermoso campamento.

—Con el tiempo, señor, y con buena instrucción…

—Se volverá usted más capaz. No me cabe duda. En su próxima visita a Monkbarns le mostraré mi trivial *Ensayo sobre castrametación, así como observaciones sobre los vestigios de antiguas fortificaciones descubiertas recientemente por el autor en el Campamento de Kinprunes*. Creo haber dado con la piedra de toque infalible de la supuesta antigüedad. Expongo varias reglas generales, sobre todo en la naturaleza de las pruebas que se encuentran en estos casos. Entretanto, conténtese con observar, por ejemplo, que podría servirme de la famosa frase de Claudio:

> *Ille Caledoniis posuit qui castra pruinis*.[39]

»Ya que *pruinis*, aunque suele interpretarse como “helada blanca”, algo a lo que estamos sometidos en esta costa nororiental, también es el nombre de una localidad, la de Prunes. *Castra pruinis posita* haría por tanto referencia al Campamento de Kinprunes. Pero yo lo descarto, ya que ciertos caballeros podrían aprovecharlo para datar mi castro en la época de Teodosio, enviado a Britania por Valentiniano alrededor del año 367. No, querido amigo, yo apelo a los ojos de la gente. ¿No está aquí la puerta decumana? Y, si no fuera por los destrozos del horrible arado, como dice un sabio amigo mío, allí estaría la puerta pretoriana… A mano izquierda puede

ver unos pequeños vestigios de la *porta sinistra*, y a la derecha un lado de la *porta dextra* está casi entero. Venga, coloquémonos en este túmulo, que muestra los cimientos de edificios en ruinas, el punto central, sin duda el *prætorium*[40] del campamento. Desde este sitio, que se percibe con dificultad y solo destaca por su ligera altura y por la hierba, que aquí es más verde que en el resto de la fortificación, podemos suponer que Agrícola observó el inmenso ejército de caledonios ocupando la ladera de la colina que hay justo enfrente. La infantería estaría dispuesta de forma escalonada, ya que la forma del terreno ofrecía a su posición enorme ventaja; ocupando los niveles más bajos estarían la caballería y los *covinarii*, es decir, los conductores de carros, muy diferentes de la gente de moda que recorre Bond Street en carros de cuatro caballos:

'e, Lovel, mire
re el enorme ejército desplazándose desde las montañas,
doradas armaduras brillan como escamas de dragón;
)aso es como una tormenta. Mírelos, obsérvelos
.ego pierda Roma de vista!

»Sí, querido amigo, probablemente desde aquí, bueno, más bien con toda seguridad, Julio Agrícola observó lo que Beaumont tan admirablemente nos describió. Desde este mismísimo *prætorium*…

Detrás de ellos sonó una voz que interrumpió esta extática descripción:

—Pretoriano esto, pretoriano aquello, pero yo recuerdo cuándo se construyó.

Ambos se volvieron a la vez, Lovel asombrado y Oldbuck entre sorprendido e indignado por una interrupción tan incivil. Un oyente se había unido a ellos sin ser visto u oído durante el discurso enérgico y entusiasta del anticuario que Lovel escuchaba con atenta urbanidad. Tenía pinta de mendigo. Llevaba un enorme sombrero de ala ancha y una larga barba blanca que se unía a su encanecido cabello. Era un hombre de avanzada edad, con un rostro muy marcado y expresivo, endurecido por el clima y el aire libre, por lo que su tez era del color del ladrillo cocido. Vestía una casaca larga y azul con una insignia de peltre en el brazo derecho; llevaba tres bolsas colgadas del hombro, dos de las cuales le servían para guardar distintos alimentos que recibía de la caridad de quienes eran algo más ricos que él. Todos estos distintivos revelaban que era un mendigo de profesión, miembro de la clase privilegiada que en Escocia se llamaba «mendigos del rey» o, más vulgarmente, «casacas azules».

—¿Qué estás diciendo, Edie? —dijo Oldbuck, quizá esperando que sus oídos no hubieran cumplido con su deber—. ¿De qué estás hablando?

—De este montículo, señor —contestó—. Recuerdo cuándo se construyó.

—¡Vete al diablo! Viejo idiota, ¡estaba aquí antes de que nacieras y seguirá aquí cuando te ahorquen!

—Ahorcado o ahogado, aquí o allí, vivo o muerto, recuerdo cuándo se construyó.

—Pero… tú… —exclamó el anticuario tartamudeando de confusión y rabia—.

Viejo vagabundo, ¿qué diablos sabrás tú de esto?

—Pues sí que sé, Monkbarns. ¿Qué beneficio iba a sacar mintiendo? Lo que sé es que, hace unos veinte años, varios mendigos como yo, los albañiles que construían la acequia que baja por el prado, dos o tres pastores y yo nos pusimos manos a la obra y construimos esta cosa que usted llama el… el… pretoriano. No fue más que un refugio para la boda del viejo Aiken Drum y bien a gusto que estuvimos con toda la lluvia que cayó. Créame, Monkbarns, si excava el montículo, y parece que ya ha empezado, encontrará, si es que todavía no lo ha encontrado, una piedra sobre la que uno de los canteros grabó una cuchara para burlarnos del novio y puso cuatro letras en ella: A. D. L. L., *Aiken Drum's Lang Ladle*, es decir, la Gran Cuchara de Aiken Drum, porque Aiken era uno de los más grandes tragones de sopa de col rizada de Fife.

Lovel pensó que ésta era una excelente contrapartida de la historia de *Kiep on this syde*[41]. Después se aventuró a lanzar una mirada a nuestro anticuario, pero la apartó por pura compasión; ya que, estimado lector, le puedo asegurar que la expresión de Jonathan Oldbuck de Monkbarns no parecía más sabia que la de una dama de dieciséis años cuya historia de amor verdadero salta por los aires al hacer un descubrimiento inoportuno, ni menos desconcertada que la de un niño de diez años cuyo castillo de naipes se derrumba tras ser golpeado por un compañero malvado.

—Debe tratarse de un error —dijo dándole la espalda bruscamente al mendigo.

—Que me lleve el diablo si me equivoco —contestó el testarudo mendigo—. No me entrometería si no estuviese seguro, las dudas siempre traen desventuras. Bueno, Monkbarns, al joven caballero que le acompaña no le preocupa un viejo como yo; pero apuesto a que puedo decirle dónde estuvo ayer al anochecer, a no ser que no quiera hablar de ello en público.

La sangre de Lovel afluyó a sus mejillas con el vivo rubor de sus veintidós años.

—No haga caso a este pícaro —le dijo el señor Oldbuck—; no crea que pienso mal de su trabajo, solo los estúpidos con prejuicios y los necios lo hacen. Recuerde lo que dijo el viejo Tulio en su discurso *Pro Archia poeta* sobre un miembro de su confraternidad: *Quis nostrum tam animo agresti ac duro fuit… ut… ut… ut…* Se me olvida el latín… significa: «Quién de nosotros fue tan grosero y bárbaro como para quedarse inmóvil ante la muerte del gran Roscio[42], cuya edad avanzada estaba tan alejada de prepararnos para su muerte que casi habríamos preferido que una persona tan elegante, tan excelente en su arte, hubiera sido excluida del destino común de la muerte». Así habló el príncipe de los oradores del escenario y los actores.

Las palabras del anciano entraron por los oídos de Lovel, pero su entendimiento no logró sacar ninguna idea precisa, ya que estaba ocupado pensando en cómo el viejo mendigo, que seguía mirándole con un semblante astuto e inteligente, había conseguido inmiscuirse en sus asuntos. Metió la mano en el bolsillo como si fuera la mejor manera de manifestar su deseo de que la persona a quien miraba le entendiera y guardara silencio; le dio una limosna proporcional a sus miedos y no a su caridad, y

le lanzó una mirada penetrante que el mendigo, fisonomista de profesión, pareció entender perfectamente.

—No se preocupe por mí, señor, no soy de los que hablan. Pero en el mundo hay más ojos que los míos —dijo metiéndose la recompensa de Lovel en el bolsillo, pero en un tono que solo éste podía oír y con una expresión que decía todo lo que no se habían dicho. Después se volvió hacia Oldbuck—. Voy a la casa del pastor, ¿quiere que le diga algo, o a sir Arthur, puesto que también iré al castillo de Knockwinnock?

Oldbuck pareció salir de un sueño; con palabras apresuradas e intentando ocultar su irritación, echó una moneda en el suave y grasiento sombrero sin forro de Edie y le respondió:

—Baja hasta Monkbarns, pide algo para cenar, o quédate. Si vas a casa del pastor o a Knockwinnock, no digas nada de esta estúpida historia.

—¿Quién, yo? —respondió el mendigo—. Que Dios le bendiga; nadie sabrá una palabra de mí, será como si el montículo hubiera estado aquí desde el diluvio de Noé. Pero me han dicho que usted ha cambiado acres de tierra fértil por esa loma cubierta de brezo. Si realmente le han convencido de que este montículo es una obra antigua, creo que el trato es nulo y podría presentarlo ante la ley y decir que le han engañado.

—¡Sinvergüenza! —masculló el indignado anticuario—. Haré que la espalda de ese provocador conozca el látigo del verdugo por esto. —Y añadió en voz alta—: No te preocupes, Edie, se trata de un malentendido.

—Tiene razón —prosiguió su atormentador, que parecía disfrutar hurgando en la herida que acababa de abrir—, tiene toda la razón. No hace mucho le dije a la señora Gemmels: «No piense, señora, que el señor Monkbarns habría hecho una cosa tan tonta como dar una tierra que vale cincuenta chelines el acre a cambio de un terreno que si costara una libra escocesa sería caro. Apuesto a que ese diablo de Johnie Howie ha engañado al señor». «¡Que el Señor nos asista! ¿Cómo puede ser? —dijo ella—, si el propietario es tan instruido, más que nadie en esta región, y Johnie Howie apenas tiene sentido común para sacar sus vacas de la huerta.» «Bueno, bueno —respondí yo—, se dice que lo ha engatusado con alguna historia de antigüedades, como la otra vez.» ¿Se acuerda de la moneda de dos peniques escoceses que usted pensó que era una antigua…?

—¡Vete al diablo! —exclamó Oldbuck, y luego con un tono más suave, como quien se da cuenta de que su reputación está a merced de su antagonista, añadió—: Baja a Monkbarns y cuando yo vuelva haré que te lleven una botella de cerveza a la cocina.

—¡Que el cielo se lo pague, señor! —gimoteó como suelen hacer los mendigos y, poniendo el bastón por delante, empezó a avanzar hacia Monkbarns, pero se paró y añadió—: ¿Recuperó usted el dinero que dio al vendedor ambulante a cambio de la moneda?

—¡Maldito seas, ocúpate de tus asuntos!

—Bueno, bueno, Dios le bendiga, señor… Espero que castigue a Johnie Howie y

que yo viva para verlo. —Y, dicho esto, el viejo mendigo se marchó, librando al señor Oldbuck de recuerdos que eran cualquier cosa menos agradables.

—¿Quién es ese caballero tan entrometido? —preguntó Lovel cuando el mendigo se hubo alejado lo suficiente.

—Una de las plagas de este país. Siempre he estado en contra del impuesto para los asilos para pobres. Pero creo que ahora votaré a su favor para que encierren a ese sinvergüenza. Si invita a un mendigo de este tipo, el pobre lo conocerá tanto como conoce su plato; será familiar y mostrará amor a quien le dé cariño o conversación[43]. ¿Quién es? Pues ha sido un poco de todo… ha sido soldado, cantor, latonero ambulante y ahora es un mendigo. La insensata nobleza lo ha consentido al reírle las bromas y recordar las gracias de Edie Ochiltree con tanta frecuencia como las de Joe Miller[44].

—Parece hacer uso de la libertad, la cual es el alma del ingenio —respondió Lovel.

—Oh, sí, libertad no le falta —dijo el anticuario—. Siempre está inventando chismes inverosímiles con el único fin de provocar, como las estupideces que acaba de decir… Ni que yo fuera a publicar mi tratado antes de haber examinado el asunto a fondo.

—En Inglaterra —exclamó Lovel— un mendigo así no duraría mucho.

—Sí, los guardianes de sus iglesias y sus látigos para perros serían poco indulgentes con ese tipo de humor. Pero aquí, maldita sea, es una especie de incordio con privilegios, uno de los últimos especímenes del rancio mendigo escocés que recorría una zona concreta y hacía de noticiero, de bardo y en ocasiones de historiador del distrito. Este granuja sabe más romances y tradiciones que nadie en esta parroquia o en las cuatro siguientes. Y, al fin y al cabo —prosiguió, ablandándose a medida que describía las virtudes de Edie—, es un zorro con sentido del humor. Ha soportado un difícil destino con espíritu inquebrantable, y es cruel negarle el consuelo de reírse de los más afortunados. El placer de haberme interrogado, como la gente alegre diría, significa para él comida y bebida para un día o dos. Pero tengo que volver a cuidar de él o sembrará todo el país con su maldita y endiablada historia.

Dicho esto, nuestros héroes se separaron; el señor Oldbuck se dirigió a su *hospitium* en Monkbarns y Lovel de vuelta a Fairport, donde llegó sin percances.

Capítulo v

LAUNCELOT GOBBO: Ponedme atención ahora: voy a hacer correr las lágrimas.

El mercader de Venecia[45]

El teatro de Fairport había abierto, pero el señor Lovel no aparecía en el cartel; tampoco había en los hábitos o la conducta del joven así llamado nada que apoyara la conjetura del señor Oldbuck según la cual su compañero de viaje era candidato al favor del público. El anticuario solía preguntar a un barbero tradicional que repartía su tiempo arreglando las tres últimas pelucas que la moda había dejado en la parroquia, las cuales pertenecían a tres clientes que seguían sujetos a la actividad de empolvar y encrespar. Como he dicho, el señor Oldbuck solía preguntar a esa persona sobre las noticias relacionadas con el pequeño teatro de Fairport con la esperanza diaria de oír algo sobre la aparición del señor Lovel; para tal ocasión, el anciano caballero había decidido hacer ciertos gastos que honraran a su joven amigo: no solo pretendía asistir personalmente a la función, sino que quería llevar también a sus mujeres consigo. Pero el viejo Jacob Caxon no le ofreció información alguna que justificara el paso decisivo de reservar un palco.

Sin embargo, tenía noticias sobre el joven residente en Fairport, del que la «ciudad» (quería decir los chismosos, que, al no tener asuntos propios, llenaban sus ratos de ocio preocupándose por los asuntos de los demás) no sabía qué pensar. No tenía relaciones sociales, más bien las evitaba, aunque, muchos eran los que le proponían amistad, gracias a sus modales y llevados en cierto modo por la curiosidad. Su modo de vida no podía ser más normal o menos parecido al de un aventurero; era tan sencillo y bien ordenado que cualquiera que tuviera alguna relación con él lo elogiaba con energía.

«Éstas no son las virtudes de un héroe de la escena», se dijo Oldbuck; y, aunque solía ser de ideas fijas, había tenido la tentación de abandonar la imagen que se había formado de su amigo si no hubiera sido por un detalle en el informe de Caxon.

—Han visto al joven —dijo— hablando consigo mismo algunas veces y dando vueltas enfurecido en su habitación, igual que la gente de teatro.

Nada, aparte de esta única circunstancia, confirmaba la suposición del señor Oldbuck, y seguía siendo incierto el motivo por el cual un joven culto, sin amigos, sin relaciones y sin trabajo, vivía en Fairport. No parecía interesarse por el vino de oporto o el juego. Rechazó la invitación para cenar con el ejército voluntario[46] que acababa de formarse, y rehuyó los dos partidos en que Fairport estaba dividido, lo mismo que otras ciudades importantes. El municipio tenía la suerte de disponer de dos clubes, pero el joven no era lo bastante aristocrático para unirse al club de los Incondicionales Monarquistas, ni tampoco lo bastante demócrata para confraternizar con una sociedad afiliada autoproclamada Los Amigos del Pueblo[47]. Odiaba los

cafés y, aunque me apene decirlo, tenía la misma opinión de las salas de té. En resumen, desde que su nombre empezó a ponerse de moda en novelas —hace ya bastante tiempo—[48], nunca se había dado un Lovel del que se supieran tan pocas cosas por acción y que fuese tan universalmente conocido por omisión.

No obstante, una de sus acciones negativas u omisiones fue determinante: nadie sabía nada malo de Lovel. De hecho, si algo malo hubiera existido, no habría tardado en hacerse público, ya que el deseo natural de hablar mal de nuestros vecinos podría en este caso estar marcado por la ausencia de simpatía por un sujeto tan poco sociable. Solo una cosa le hizo sospechoso. Como usaba libremente el lápiz en sus paseos solitarios y había hecho varios dibujos del puerto que incluían la torre de vigilancia y la batería de cuatro cañones, algún celoso amigo del interés público hizo correr el rumor de que el misterioso forastero era sin duda un espía francés. Por tanto, el sheriff visitó al señor Lovel, pero en la entrevista que tuvieron las sospechas del oficial parecieron disiparse; no solo le pidió que retomara su retiro sin más interrupciones, sino que llegó a enviarle dos invitaciones a cenar que fueron rechazadas. Pero el sheriff oculto la naturaleza de la explicación que había recibido, no solo al público en general, sino también a su suplente, su secretario, su mujer y sus dos hijas, a quienes solía consultar aspectos de sus deberes oficiales.

Todos estos detalles que el señor Caxon le contó fielmente a su patrón en Monkbarns sirvieron para mejorar la opinión que su antiguo compañero de viaje tenía de Lovel.

«Un joven sensible y decente —se dijo— que evita entrar en las estupideces y naderías de los idiotas de Fairport… Tengo que hacer algo por él. Lo invitaré a cenar, e invitaré a sir Arthur a que venga a Monkbarns para que lo conozca. Tengo que preguntar a mis mujeres.»

Hecha la consulta, un mensajero especial, que no era otro que el mismo Caxon, recibió la orden de prepararse para ir hasta el castillo de Knockwinnock con una carta «dirigida al honorable baronet sir Arthur Wardour de Knockwinnock», que decía:

Estimado sir Arthur:

El martes 17 del corriente, *stilo novo*[49] se celebrará un simposio cenobítico en Monkbarns al que espero que asista a las cuatro en punto. Si mi bella enemiga, la señorita Isabella, puede y nos honra con su compañía, mi familia estará en extremo orgullosa de contar con usted como ayudante en su causa de resistencia contra la respetable autoridad y la legítima supremacía. Si no, enviaré a mis familiares femeninas a casa del pastor a pasar el día. Tengo un joven amigo que presentarle, de un espíritu más elevado de lo normal en estos tiempos frívolos. Respeta a sus mayores y tiene buen conocimiento de los clásicos; como un joven así siente un natural desprecio por la gente de Fairport, quiero mostrarle una sociedad racional y digna de respeto. Atentamente, etc.

—Vuela con esta carta, Caxon —dijo el anciano, tendiéndole la epístola, *signatum atque sigillatum*[50]—, vuela hasta Knockwinnock y traeme una respuesta. Ve tan rápido como si el consejo municipal estuviera esperando al preboste, y el preboste estuviera esperando su peluca recién empolvada.

—¡Oh, señor! —contestó el mensajero con un profundo suspiro—. Esos días pasaron hace mucho. El último preboste que llevó peluca en Fairport fue Jervie y tenía una joven sirvienta que se la arreglaba personalmente con las gotas de una vela y una caja de perfumería. Pero yo conocí una época, Monkbarns, en la que el consejo de Fairport habría prescindido de su secretario o de su medio litro de coñac después de los abadejos, antes que prescindir de una gruesa peluca, decente e impresionante sobre la cabeza. ¡Sí, señor! No me cabe duda de que los comunes se sentirán insatisfechos y se alzarán en contra de la ley cuando vean a magistrados, concejales, diáconos e incluso al preboste con la cabeza tan calva y desnuda como mis maniquíes.

—E igual de bien amueblada por dentro, Caxon. Pero márchate ya… Tienes una visión excelente de las cosas públicas y me atrevería a decir que has tocado el tema de la causa del descontento popular casi del mismo modo que lo habría hecho el propio preboste. Márchate ya, Caxon.

Y Caxon comenzó su camino de tres millas…

eando… pero su corazón era bueno;
podría ir más deprisa de lo que iba?[51]

Mientras dura el viaje de ida y vuelta del mensajero, no parece inoportuno informar al lector sobre la mansión a la que ha sido enviado.

Ya hemos dicho que el señor Oldbuck tenía poca relación con los caballeros de su entorno, a excepción de una sola persona. Se trataba de sir Arthur Wardour, un baronet de vieja familia y gran fortuna, aunque algo dilapidada. Su padre, sir Anthony, fue un jacobita que mostraba todo su entusiasmo al partido siempre que el servicio no implicara ir más allá de las palabras. Nadie exprimía una naranja[52] con un gesto más significativo, nadie podía ofrecer un brindis peligroso con más destreza sin caer bajo el peso de la ley y, sobre todo, nadie bebía por el éxito de la causa con tanta asiduidad y devoción. Pero, al acercarse el ejército de las Tierras Altas en 1745, el valioso fervor del baronet se volvió más moderado precisamente cuando su ardor habría sido más conveniente. Sin duda hablaba mucho de ir al campo de batalla por los derechos de Escocia y de Carlos Estuardo[53], pero su silla solo le iba bien a uno de los caballos y el animal no estaba en condiciones de tomar parte en un conflicto. Quizá el admirable dueño había simpatizado con los escrúpulos del astuto cuadrúpedo y había empezado a pensar que algo que su caballo tanto temía no podía ser bueno para el jinete. En cualquier caso, mientras sir Anthony Wardour hablaba, bebía y dudaba, el intrépido preboste de Fairport (el cual, como ya se ha dicho antes,

era el padre de nuestro anticuario) partió de su viejo municipio liderando un ejército de vecinos liberales y tomó de una vez, en nombre de Jorge II, el castillo de Knockwinnock, cuatro caballos y a su señor. Sir Anthony fue poco después enviado a la Torre de Londres por orden judicial de un ministro, y con él fue su hijo Arthur, entonces solo un niño. Pero, como nada indicaba un acto de traición, padre e hijo fueron liberados poco después y regresaron a su propia mansión de Knockwinnock a ahogarse en brindis y a hablar de sus sufrimientos por la causa real. Esto se convirtió en un hábito para sir Arthur quien, incluso tras la muerte de su padre, había establecido que el capellán no juramentado[54] rezara con cierta frecuencia por la restauración del soberano legítimo, por la caída del usurpador y por la liberación de sus enemigos crueles y sanguinarios. Aunque la idea de una oposición seria a la casa de Hannover[55] había sido descartada, esta desleal liturgia se mantuvo más como cuestión de forma que como mensaje con sentido específico. Y, aunque esto fuera así, hacia el año 1770, en el curso de unas elecciones muy disputadas en el país, el valeroso caballero tuvo que tragarse el juramento de abjuración y lealtad para servir a un candidato que le interesaba; rechazó así al heredero por cuya restauración había pedido al Cielo cada semana y aceptó al usurpador, por cuyo destronamiento nunca había dejado de rezar. Y, para añadir una nota a este melancólico ejemplo de incoherencia humana, sir Arthur siguió rezando por la casa de Estuardo incluso después de que la familia se extinguiera y, aunque en su lealtad teórica se hubiera contentado con verlos vivos, en materia de servicios y deberes prácticos se mostraba celoso y devoto súbdito de Jorge III.

Por lo demás, sir Arthur Wardour vivía como la mayoría de los caballeros escoceses que habitaban en el campo: cazaba y pescaba, organizaba y participaba en cenas, acudía a las carreras y a las asambleas del condado, era subteniente regional y administrador de impuestos de carreteras. Pero, con el paso de los años, se fue haciendo cada vez más perezoso para los deportes campestres, así que llenó su tiempo con lecturas frecuentes sobe la historia de Escocia; y al crecer en él el gusto por la arqueología, aunque no fuera ni muy profundo ni muy correcto, se hizo amigo y compañero de trabajo en la búsqueda de antigüedades de su vecino, el señor Oldbuck de Monkbarns.

Sin embargo, había diferencias de carácter entre estos dos individuos que en algunos casos causaban discordia. Como anticuario, la fe de sir Arthur era ilimitada, mientras que el señor Oldbuck (a pesar del asunto del *prætorium* del Campamento de Kinprunes) era mucho más escrupuloso a la hora de dar por válidas las leyendas que circulaban por el país. Sir Arthur se habría sentido culpable de un crimen de lesa majestad si hubiera dudado de la existencia de un solo miembro de la formidable lista de ciento cuatro reyes de Escocia confeccionada por Boece y convertida en clásica por Buchanan[56], usada por Jacobo VI para afirmar que gobernaba su legítimo reino y cuyos personajes están retratados en las paredes de la galería del palacio de Holyrood con el ceño fruncido. Oldbuck, hombre astuto y suspicaz que no respetaba

el derecho hereditario divino, podía poner reparos a esta sagrada lista y afirmar que aquel desfile de descendientes de Fergus[57] por los pasajes de la historia de Escocia era tan vano e insustancial como el pomposo desfile de los descendientes de Banquo en la cueva de Hécate[58].

Otro tema delicado era la buena fama de la reina María[59], de la que sir Arthur era un defensor de lo más gallardo, mientras que Oldbuck la condenaba, a pesar de su belleza y su mala fortuna. Cuando por desgracia su conversación trataba sobre tiempos recientes, los motivos de discordia surgían en casi todas las páginas, de la historia. Oldbuck era por principio un presbiteriano acérrimo, miembro importante de su parroquia y amigo de los principios revolucionarios y de la sucesión protestante[60], mientras que sir Arthur era todo lo contrario. Sin duda estaban de acuerdo en el sumiso amor y lealtad al rey que en ese momento ocupaba el trono, pero ése era su único punto en común. Por eso surgían riñas frecuentes entre ellos en las que Oldbuck no siempre lograba reprimir su humor cáustico; en otras ocasiones, el baronet pensaba que el descendiente del impresor alemán, cuyos antepasados «habían buscado la amistad de los míseros burgueses», se dejaba llevar y en su discurso se tomaba libertades inadmisibles para el rango y antigua descendencia de su antagonista. Todo esto sumado al viejo conflicto de los caballos, la toma del castillo y la torre protagonizado por el padre del señor Oldbuck le venía de vez en cuando a la cabeza a sir Arthur y entonces sus mejillas y argumentos se encendían. Y, por último, cuando el señor Oldbuck pensaba que su valioso amigo y compañero era en algunos aspectos poco más que un tontorrón, se acercaba demasiado a transmitirle este desfavorable juicio, vulnerando las leyes modernas de educación. En tales casos, se separaban con gran indignación y con una especie de resolución de evitar la compañía mutua en el futuro.

> Pero, con la mañana, llegaba también la reflexión tranquila.[61]

Y, como ambos eran conscientes de que su amistad, gracias al hábito, se había convertido en algo esencial para su bienestar, sus diferencias se solucionaban rápidamente. En estas ocasiones, Oldbuck, considerando que el enojo del baronet se parecía al de un niño, mostraba su superior sensatez dando compasivamente los primeros pasos hacia la reconciliación. Pero una o dos veces el orgullo aristocrático del caballero de vieja familia adquirió un tono demasiado ofensivo para los sentimientos del descendiente del tipógrafo. En esos casos, el conflicto entre estos dos individuos podría haber sido eterno, de no haber sido por la sensata mediación de la hija del baronet, la señorita Isabella Wardour. Sir Arthur tenía dos hijos: la dama antes citada y un hijo que estaba cumpliendo el servicio militar en el extranjero. Isabella era consciente de lo necesario que el señor Oldbuck era para el entretenimiento y bienestar de su padre y nunca fallaba en la mediación entre las bromas satíricas de uno y la supuesta superioridad del otro. Gracias a la suave

influencia de Isabella, su padre olvidaba los ultrajes contra la reina María y el señor Oldbuck perdonaba la blasfemia contra la memoria del rey Guillermo. No obstante, como ella solía ponerse del lado de su padre juguetonamente en estas disputas, Oldbuck le daba a Isabella el apelativo de «bella enemiga», aunque de hecho la apreciaba más que a las demás mujeres, que, como ya se ha visto, no gozaban de su admiración.

Existía otro punto de conflicto entre estas dos personas, que ejercía en su relación una influencia de rechazo o de atracción alternativamente. Sir Arthur siempre quería tomar de prestado; el señor Oldbuck no siempre estaba dispuesto a prestar. El señor Oldbuck, *per contra*, siempre esperaba ser pagado con puntualidad; sir Arthur no siempre, o más bien con poca frecuencia, estaba listo para cumplir tan razonable deseo. Como es difícil el acuerdo entre tendencias tan opuestas, solían producirse ciertas tiranteces. Pero aun así predominaba el espíritu de conciliación, así que avanzaban como dos perros uncidos al mismo yugo, con algunas dificultades y gruñidos ocasionales, pero sin detenerse o estrangularse el uno al otro.

Uno de estos pequeños desacuerdos que ya hemos comentado, surgido de negocios o de política, había dividido las casas de Knockwinnock y Monkbarns cuando el mensajero de Oldbuck llegó para cumplir su misión. En su antiguo salón gótico, cuyas ventanas daban por un lado al incansable océano y por otro a la recta avenida, el baronet estaba hojeando las páginas de un infolio y mirando de vez en cuando las oscuras hojas que temblaban al sol y los suaves troncos de los altos y frondosos tilos plantados a los lados de la avenida. Y ¡entonces una visión feliz! Vio un objeto en movimiento que hizo surgir las preguntas habituales. ¿Quién es y qué viene a hacer aquí? El abrigo viejo y gris, la cojera y el sombrero entre torcido y levantado delataban al triste peluquero. Quedaba por resolver una pregunta, y la respuesta la daría un sirviente al entrar en el salón:

—Carta de Monkbarns, sir Arthur.

Sir Arthur tomó la epístola con exagerada dignidad para la ocasión.

—Lleva al viejo a la cocina y que coma algo —ordenó la joven dama cuando su compasiva mirada reparó en su pelo cano y su cojera.

—Hija mía, el señor Oldbuck nos invita a cenar el martes 17 —dijo el baronet y, tras una pausa, prosiguió—: Parece haber olvidado que no se ha portado con la debida educación.

—Querido padre, usted supera tanto en virtudes al pobre señor Oldbuck que es normal que él se enfade un poco; pero sé que tiene mucho respeto por usted y por su conversación; nada le produciría más dolor que perder las atenciones que se prestan mutuamente.

—Cierto, cierto, Isabella, y es que hay que tener en cuenta su origen: algo de la barbarie alemana sigue fluyendo en su sangre, algo del espíritu liberal que se opone a las clases y a los privilegios. Habrás observado que nunca me aventaja en una disputa a no ser que se aproveche de una especie de conocimiento abogadil de fechas,

nombres y hechos nimios, con una cansina y frívola exactitud mental que debe por completo a sus maquinales antepasados.

—Debe considerarlo conveniente en sus investigaciones históricas, ¿no cree?

—Conduce a un modo de discutir incivil y categórico. Y nada parece menos razonable que oírle criticar incluso la excepcional traducción de Bellenden de Hector Boece[62], un infolio en escritura gótica que tengo el privilegio de poseer, basándose en la autoridad de un pedazo de pergamino viejo que salvó de su bien merecido destino de servir para cortar patrones de sastre. Por no hablar de esa exactitud y esa minuciosidad tan mercantil cada vez que acomete cualquier empresa; resulta tan impropio de un terrateniente, cuya familia se remonta dos o tres generaciones. Me pregunto si habrá en Fairport algún empleado de banco que sume y cuente mejor que Monkbarns.

—¿Aceptará su invitación?

—Pues sí, claro; no tenemos otro compromiso a la vista, creo. ¿Quién será el joven del que habla? Casi nunca hace nuevas amistades y, que yo sepa, no tiene más familiares.

—Probablemente sea algún familiar de su cuñado, el capitán MacIntyre.

—Probablemente. Sí, aceptaremos; los MacIntyre son una familia muy antigua de las Tierras Altas. Puedes contestar a su carta afirmativamente, Isabella; yo no tengo ganas de escribir ni el «Estimado señor».

Habiendo zanjado este importante asunto, la señorita Wardour escribió:

> Saludos de parte de la señorita Wardour y de la de sir Arthur, que tendrán el honor de aceptar la invitación del señor Oldbuck. La señorita Wardour aprovecha la ocasión para renovar su hostilidad contra el señor Oldbuck en razón de su larga ausencia en Knockwinnock, donde sus visitas son motivo de tanto placer.

Con este paño caliente terminó su nota y el viejo Caxon, ahora con los miembros y el aliento recuperados, partió con ella hacia la mansión del anticuario.

Capítulo VI

Odín, dios de los sajones,
quien el miércoles proviene,
to es lo que siempre mantendré
ta el día en que me arrastre
ta el sepulcro.

WILLIAM CARTWRIGHT, *The Ordinary*[63]

Lovel, nuestro joven amigo, que había recibido la correspondiente invitación, llegó a Monkbarns puntual a la hora de la cita, a las cuatro menos cinco del día 17 de julio. Era un día en extremo bochornoso y de vez en cuando caían grandes gotas de lluvia, aunque la amenaza de tormenta ya había pasado.

El señor Oldbuck le recibió en la Puerta de los Peregrinos con un traje completo marrón, medias de seda gris y la peluca empolvada con toda la habilidad del veterano Caxon, el cual, al haber olido la cena, se entretuvo en sus quehaceres hasta que la hora de comer estuvo cerca.

—Bienvenido a mi *symposion*, señor Lovel; y ahora, permítame presentarle a mi Clogdogdo[64], como diría Tom Otter; las desafortunadas e inútiles mujeres de mi familia, *malæ bestiæ*, señor Lovel.

—Me sentiré defraudado, señor, si no encuentro a las damas muy desmerecedoras de su sátira.

—Sandeces, señor Lovel; por cierto, hay quien sostiene que el origen de la palabra «sandez» tiene conexiones religiosas; pues se deriva de «sandio» y éste, según parece, de «san Dios». En cualquier caso, démosle tregua a su amabilidad. Verá que no son más que ejemplos del sexo femenino. Aquí están, señor Lovel. Le presento, siguiendo el orden lógico, a mi discretísima hermana Griselda, que desprecia la sencillez así como la paciencia asociada al antiguo nombre de Grizzel[65]; y a mi exquisita sobrina María, cuya madre se llamaba Mary (aunque algunas veces la llamábamos Molly).

La mujer mayor vestía de crepitantes sedas y satenes y llevaba sobre la cabeza una estructura que parecía salida del memorándum femenino para el año 1770[66]; era una obra arquitectónica soberbia, comparable a un castillo gótico moderno, en la que los rizos podrían representar las torretas, las negras pinzas serían los *chevaux de frize*[67] y los lazos, los estandartes. Su rostro, que parecía el de las antiguas estatuas de Vesta, coronado de este modo con torres, era ancho y alargado, con la nariz y la barbilla afiladas, y en ciertos aspectos mostraba un parecido tan exagerado a la fisonomía del señor Jonathan Oldbuck que, si no hubieran aparecido a la vez, al igual que Sebastián y Viola en la última escena de *Noche de Reyes*, Lovel podría haber pensado que la persona que tenía delante era su viejo amigo disfrazado de mujer. De seda estampada de flores era el vestido de la persona que lucía tan singular *tête*,

considerada por su hermano más apta para llevar el turbante de Mahoma o de Termagante que el tocado de una criatura razonable o de una dama cristiana.

Tenía los largos y huesudos brazos cruzados por delante, con los codos decorados con un triple frunce de volantes y rematados por guantes largos de brillante color bermellón que se parecían mucho a un par de langostas gigantes. Unos zapatos de tacón alto y una capa de seda colocada con cierto descuido sobre sus hombros completaban el atuendo de la señora Griselda Oldbuck.

Su sobrina, a quien Lovel vio brevemente en su primera visita, era una bella joven graciosamente vestida según la moda de la época. Tenía un aspecto travieso que la favorecía y que quizá era fruto del particular humor cáustico de la familia de su tío, aunque suavizado por la herencia.

El señor Lovel saludó a ambas mujeres. La mayor le respondió con una prolongada cortesía de 1760, época en que:

gente concebía una gracia
media hora duraba
sfrutaba con el pescado del viernes.[68]

La más joven hizo una reverencia moderna que, al igual que la bendición festiva de un sacerdote moderno, fue mucho más corta.

Mientras intercambiaban saludos, sir Arthur, llevando del brazo a su hermosa hija, apareció por la puerta después de despedir el coche y mostró los debidos respetos a las señoras.

—Sir Arthur —dijo el anticuario—, mi bella enemiga, permítanme presentarles a mi joven amigo el señor Lovel, un caballero que, durante la escarlatina que se extiende como una epidemia en nuestra isla, tiene la virtud y decencia de aparecer con un abrigo de corte civil[69]. Parece que el color de moda está en sus mejillas y no en su vestido. Sir Arthur, permítame presentarle a este joven caballero que considerará serio, sabio, cortés, estudioso, bien parecido, muy leído y con enorme conocimiento de los ocultos misterios que hay a ambos lados del telón desde la época de Davie Lindsay hasta la de Dibdin[70]. Se ha vuelto a sonrojar, lo cual es señal de gracia.

—Mi hermano —dijo la señora Griselda dirigiéndose a Lovel— tiene una forma de expresarse muy cómica. Nadie da importancia a lo que Monkbarns dice, así que le ruego que no se deje confundir por sus tonterías. Habrá soportado el calor durante su paseo bajo este sol abrasador. ¿Quiere tomar algo? ¿Quizá un vaso de vino aromático?

Antes de que Lovel pudiera contestar, el anticuario se interpuso:

—¡Aléjate, bruja! ¿Acaso quieres envenenar a nuestro invitado con tus pociones infernales? ¿O es que no recuerdas lo que ocurrió con el sacerdote al que convenciste para tomar ese engañoso brebaje?

—¡Oh, basta, hermano! Sir Arthur, ¿alguna vez ha oído algo así? Todo tiene que

estar a su gusto o se inventa estas historias. Allí está Jenny; seguramente vaya a tocar la vieja campana para avisarnos de que la cena está lista.

El señor Oldbuck era de economía estricta, por lo que no tenía varones a su servicio. Lo justificaba alegando que el sexo masculino era demasiado noble para ser empleado en actos de servidumbre personal que, en épocas tempranas de la sociedad, recaían siempre en las mujeres. Solía decir:

—¿Por qué Tam Rintherout, aquel muchacho que tomé de prueba por la insistencia de mi hermana y mi propio mal juicio, por qué hurtaba manzanas, cogía los nidos de los pájaros, rompía copas y acabó robándome los anteojos, sino porque sentía aquella emulación que crece en el pecho del sexo masculino y le conduce a Flandes con un mosquete al hombro y sin duda puede llevarle al honor o a la horca? Y ¿por qué su hermana, Jenny Rintherout, avanza en la misma profesión, vaya o no calzada, con paso seguro, silencioso y blando como el de un gato y con la docilidad de un spaniel? ¿Por qué? Pues porque es su vocación. Deje que nos sirvan, sir Arthur, deje que nos sirvan, digo, pues es lo único para lo que valen. Todos los legisladores antiguos, desde Licurgo a Muhammad, mal llamado Mahoma, han estado de acuerdo en ponerlas en su lugar subordinado, y solo los locos de nuestros antepasados caballerescos erigieron a sus Dulcineas en princesas despóticas.

La señorita Wardour protestó en voz alta contra esta doctrina descortés, pero entonces la campana sonó para avisar que la cena estaba lista.

—Permítame cumplir con los oficios de la cortesía con tan hermosa antagonista —dijo el anciano ofreciéndole su brazo—. Recuerdo, señorita Wardour, que Muhammad (vulgarmente llamado Mahoma) tuvo dudas sobre el modo de convocar a los musulmanes a rezar. Rechazó las campanas tañidas por los cristianos, las trompetas que tocaban los mazdeístas y acabó adoptando la voz humana. Yo tuve una duda similar sobre la llamada de la cena. El gong, muy usado actualmente, es demasiado moderno y pagano, y rechacé la voz de una mujer porque me resulta igual de estridente y discordante. Así pues, a diferencia de Muhammad, o Mahoma, me decidí por la campana. Tiene una cualidad local, ya que era la señal del convento para anunciar la comida en el refectorio y aventaja a la lengua de la sirvienta principal de mi hermana, Jenny, porque, aunque su llamada no es tan fuerte o aguda, deja de sonar en cuanto se suelta la cuerda, mientras que, como demuestra la experiencia, cualquier intento de acallar a Jenny solo despierta el coro de voces partidistas de la señorita Oldbuck y de Mary MacIntyre.

Con estas palabras dirigió la comitiva al comedor, que Lovel aún no había visto. Las paredes estaban revestidas con tablas de madera y de ellas colgaban algunos cuadros curiosos. Jenny atendía la mesa, pero una vieja encargada, una especie de mujer mayordomo, de pie junto al aparador cargaba con el peso de escuchar los reproches del señor Oldbuck y las indirectas de su hermana, no tan marcadas pero no menos hirientes.

La cena estaba hecha a la medida de un anticuario profesional; constaba de

sabrosos y abundantes ejemplos de la cocina escocesa, ahora poco frecuentes en las mesas de quienes afectan elegancia. Estaba el sabroso alcatraz, cuyo olor es tan fuerte que nunca se cocina en el interior. En esta ocasión resultó estar crudo, así que Oldbuck casi amenazó con lanzar la grasienta criatura marina a la cabeza de la sirvienta incompetente que actuó de sacerdotisa al presentar tan olorosa ofrenda. Pero por fortuna tuvo más suerte con el caldo de verduras, que todos consideraron inimitable.

—Sabía que sería un éxito —dijo Oldbuck jubiloso— porque Davie Dibble, el jardinero, un viejo soltero como yo, se encarga de que las mujeres no deshonren nuestras hortalizas. Y ahora viene el pescado en salsa y cabecitas de eglefino rellenas. Tengo que dar las gracias a mis mujeres por este excelente plato, que les da el placer de discutir al menos media hora dos veces a la semana con la vieja Maggy Meiklebackit, nuestra pescadera. El pastel de pollo, señor Lovel, está hecho según una receta que me legó mi difunta abuela, que en paz descanse. Y, si quiere tomar un vaso de vino, lo considerará merecedor de quien profesa la máxima del rey Alfonso de Castilla de quemar viejos leños, leer viejos libros, beber viejos vinos y tener viejos amigos, como sir Arthur, y también jóvenes amigos con los que conversar, señor Lovel.

Cuando terminaron la cena y los decantadores ocuparon su lugar en la mesa, el señor Oldbuck propuso un brindis por el rey, que fue aceptado rápidamente por Lovel y el baronet. El jacobismo del noble no era ya más que una especie de opinión especulativa, la sombra de una sombra.

—¿Qué nuevas nos trae de Edimburgo, Monkbarns? —preguntó sir Arthur—. ¿Cómo está todo en *Auld Reekie*[71]?

—La cosa está que arde, sir Arthur, que arde… Está irremisiblemente frenético, peor que bañarse en el mar, afeitarse la coronilla o beber eléboro. El peor frenesí se ha apoderado de hombres, mujeres y niños.

—Son tiempos difíciles, creo —dijo la señorita Wardour—, ya que hay amenazas de invasión del exterior[72] y de insurrección en casa.

—Oh, no me cabe duda de que se uniría a la hueste escarlata contra mí; las mujeres, al igual que los pavos, se someten siempre a un trapo rojo. Pero ¿qué opina sir Arthur, que sueña con ejércitos permanentes y opresión alemana[73]?

—Pues mire, señor Oldbuck —contestó el caballero—, hasta donde llega mi entendimiento, deberíamos resistir *cum toto corpore regni*[74], si es que se dice así y no se me ha olvidado el latín, a un enemigo que viene a proponernos un gobierno liberal, un sistema republicano que tiene el respaldo de una especie de fanáticos de la peor calaña en nuestra propia casa. Le aseguro que ya he tomado medidas de acuerdo con mi posición social. He pedido a los alguaciles que se lleven al viejo sinvergüenza de Edie Ochiltree por sembrar descontento contra la Iglesia y el Gobierno en toda la parroquia. Le dije claramente al viejo Caxon que Willie Howie tenía más sentido común debajo del sombrero que las tres pelucas de la parroquia juntas. Creo que es

una insinuación muy clara. Pero el pícaro aprenderá mejores modales.

—Oh, no, padre —exclamó la señorita Wardour—, el viejo Edie no, lo conocemos desde hace tanto… Les aseguro que ningún alguacil gozará de mi simpatía si cumple tal orden.

—Ahí lo tiene —dijo el anticuario—. Sir Arthur, para ser un conservador acérrimo, ha alimentado un hermoso brote liberal en su seno, y es que la señorita Wardour se basta para controlar un tribunal trimestral. ¿He dicho un tribunal trimestral? Más bien una asamblea general o incluso una congregación; es una Boudica, una amazona, una Zenobia[75].

—Pues con toda mi alma le diré, señor Oldbuck, que me alegro de que la gente haya tomado las armas.

—¡Tomar las armas, que Dios lo ampare! ¿Nunca ha leído la historia de la hermana Margaret[76], fruto de una mente que, aunque ahora esté vieja y algo encanecida, tiene más sentido común e inteligencia política que todo un sínodo moderno? ¿No recuerda cuando, en aquella exquisita obra, la enfermera le cuenta con tanto sufrimiento su sueño a Hubble Bubble? Cuando en su visión tomaba un pedazo de tela de algodón, ¡pum!, explotaba como un cañón de acero; cuando alargaba la mano para tomar una bobina de hilo, ésta cobraba vida frente a sus narices como si fuera una pistola. Mis propias visiones de Edimburgo fueron algo parecidas: fui a consultar a mi abogado; lo encontré vestido con uniforme de dragón, con cinturón y casco, y estaba a punto de montar el caballo que su secretario había estado paseando de aquí para allá frente a la puerta. Entonces fui a reprender a mi agente por mandarme a pedir consejo a un loco; se había puesto en el sombrero la pluma que en época más sobria sostenía entre los dedos y vestía de oficial de artillería. Mi mercero tenía su espontón en la mano, como si midiera la tela con ese instrumento en lugar de un metro. El ayudante del banquero, que tenía que hacer mis cuentas, se equivocó tres veces porque le despistaban los recuerdos de las órdenes de la instrucción de aquella mañana. Después estuve enfermo y llamé al cirujano,

e vino, pero con tanto fuego en la mirada
ı sable tan brillante en la cintura,
, por los dioses, con tanto acero encima
sé que venía a matar, no a curar!

»Después recurrí a un médico de cabecera, pero él también estaba practicando un modo de matar más sistemático que el que su profesión le había permitido nunca. Y ahora, desde que he llegado aquí, incluso los vecinos de Fairport parecen poseídos por este intrépido humor. Odio las armas tanto como un pato salvaje herido, odio los tambores tanto como un cuáquero, y truenan y repiquetean por toda la ciudad, de tal modo que cada descarga y cada redoble me llegan al alma.

—Querido hermano, no hables de esa forma de los voluntarios… Estoy segura de que tienen un uniforme de lo más adecuado. Sé que la semana pasada se calaron hasta

los huesos. Los vi marchando de ese horrible modo y más de uno tenía una tos muy mala. El trabajo que se toman merece sin duda nuestra gratitud.

—Estoy segura —dijo la señorita MacIntyre— de que mi tío envió veinte guineas para ayudarles con el equipo.

—Eran para comprar regaliz y caramelos —dijo el anticuario con cinismo—, para fomentar el comercio de la zona y para refrescar las gargantas de los oficiales, que de tanto berrear al servicio de su país se están quedando afónicos.

—¡Tenga cuidado, Monkbarns! Está usted yendo demasiado lejos.

—No, sir Arthur, soy un gruñón inofensivo. Solo reclamo el privilegio de quejarme en mi propio rincón, sin unir mi croar al coro de las marismas. «Ni quito rey, ni pongo rey», como dice Sancho, pero rezo por nuestro soberano, pago mis impuestos y refunfuño al recaudador. Pero el queso de cabra llega justo a tiempo; se digiere mejor que la política.

Cuando las mujeres abandonaron la estancia, el terrateniente y sir Arthur comenzaron varias discusiones exquisitas en las que el joven invitado, ya fuese por la abstrusa erudición que implicaban, o por cualquier otra razón, participó poco hasta que una apelación a su juicio lo sacó de sus ensoñaciones.

—Yo confío en lo que diga el señor Lovel; nació en el norte de Inglaterra y probablemente conozca el lugar en cuestión.

Sir Arthur pensó que era poco probable que un caballero tan joven hubiera prestado atención a cuestiones de ese tipo.

—No estoy de acuerdo —dijo Oldbuck—. ¿Qué dice usted, señor Lovel? Hable por su propio crédito.

Lovel se vio obligado a confesar que estaba en la ridícula situación de quien ignora durante una hora el tema de conversación y polémica de su compañía.

—¡Dios, ayuda al muchacho, el pobre está en la luna! Sabía que esto pasaría si venían las mujeres. No se puede sacar nada con sentido de un joven hasta pasadas seis horas. Pues verá, hace mucho hubo un pueblo llamado *piks*…

—*Pictos,* para ser más precisos —interrumpió el baronet.

—Le digo que *pikar, pihar, piochtar, piaghter o peughtar* —vociferó Oldbuck—, y hablaban un dialecto gótico.

—Céltico genuino —aseveró el caballero.

—¡Gótico! ¡Gótico, me dejaría la vida en ello! —respondió el señor.

—Caballeros —dijo Lovel—, creo que los filólogos podrán solucionar esta disputa, si es que queda algún indicio de ese idioma.

—Solo queda una palabra —exclamó el baronet—, y por muy pertinaz que sea el señor Oldbuck, es decisiva para esta cuestión.

—Sí, pero juega a mi favor —dijo Oldbuck—. Señor Lovel, usted será juez. Tengo al sabio Pinkerton de mi lado.

—Del mío tengo al infatigable Chalmers.

—Gordon comparte mi opinión.

—Sir Robert Sibbald apoya la mía.

—¡Innes está de mi parte! —vociferó Oldbuck.

—¡Ritson[77] no tiene dudas! —gritó el baronet.

—Realmente, caballeros —dijo Lovel—, antes de que gasten sus fuerzas y me abrumen con autoridades, me gustaría conocer la palabra que se disputa.

—*Benval* —dijeron los dos contrincantes a la vez.

—Significa *caput valli* —añadió sir Arthur.

—La parte superior de la empalizada —explicó Oldbuck.

Hubo una larga pausa.

—Es una base muy estrecha para fundar en ella una hipótesis —dijo el árbitro.

—En absoluto, en absoluto —exclamó Oldbuck—. Los hombres luchan mejor en poco espacio. Una pulgada es tan válida como una milla para un buen golpe.

—Es decididamente celta —dijo el baronet—, el nombre de todas las colinas en las Tierras Altas empieza por *Ben*.

—Y ¿qué dice de *Val*, sir Arthur? ¿No proviene claramente del término sajón *wall*?

—Es del término romano *vallum* —contestó sir Arthur—. Los pictos tomaron prestada esa parte de la palabra.

—Nada de eso. Si tomaron algo prestado, debió ser su *Ben*, que podrían haber tomado de sus vecinos britanos de Strath Cluyd.

—Los *piks* o pictos —dijo Lovel— debían hablar un dialecto especialmente pobre, ya que la única palabra que ha quedado de su vocabulario consta solo de dos sílabas y se vieron obligados a tomar prestada una de ellas de otra lengua. En mi humilde opinión, caballeros, la polémica no difiere de aquella en la que dos caballeros se enfrentaron por un escudo que tenía un lado blanco y otro negro. Cada uno de ustedes se disputa una parte de la palabra y parece renunciar a la otra. Pero lo que más me sorprende es la pobreza de una lengua que ha dejado tan leves vestigios.

—Se equivoca —dijo sir Arthur—, era una lengua rica y un pueblo grande y poderoso. Construyeron dos torres, una en Brechin y otra en Abernethy. Las damas pictas de sangre real se refugiaban en el castillo de Edimburgo, por eso se le llama *Castrum Puellarum*.

—Una leyenda infantil —interrumpió Oldbuck—, inventada para dar importancia a los embustes de las mujeres. Se llamaba el Castillo de las Doncellas, *quasi lucas a non lucendo*[78], porque resistía cualquier ataque, mientras que las mujeres no.

—Existe una lista de reyes pictos —prosiguió sir Arthur— bien documentada, desde Crentheminachcryme, cuyas fechas de reinado son algo inciertas, hasta Drusterstone, cuya muerte puso fin a la dinastía. La mitad de ellos llevaba el patronímico celta *Mac* prefijado; *Mac, id est filius*[79]; ¿qué me dice de esto, señor Oldbuck? Está Drust Macmorachin, Trynel Maclachlin (el primero de ese antiguo clan, como se puede observar) y Gormach Macdonald, Alpin Macmetegus, Drust Mactallargam… —Llegado a este punto, le interrumpió un ataque de tos—: Cof, cof,

cof… Golare Machan… cof, cof… Macchanan… cof… Macchananail… Kenneth… cof… cof… Macferedith… Eachan Macfungus… y otros veinte más, sin duda nombres celtas, que podría repetir si no fuera por esta maldita tos.

—Tome un vaso de vino, sir Arthur, y tráguese esa lista de nombres paganos que atragantaría al mismo diablo. El último nombre es el único inteligible de los que ha dicho. Macfungus, de la dinastía de los hongos todos ellos; brotaron de los vapores de la presunción, la locura y la mentira y fermentaron en el cerebro de algún cronista loco de las Tierras Altas.

—Me sorprende escucharle, señor Oldbuck; como usted sabe o debería saber, la lista de estos potentados fue copiada por Henry Maule[80] de Melgum de las *Crónicas de Loch-Leven y san Andrés*[81] y publicada por él en su breve pero convincente historia de los pictos, impresa por Robert Freebairn en Edimburgo y comercializada en su propia tienda cerca del Parlamento en el año del Señor de 1705, o 6, no estoy muy seguro. Tengo un ejemplar en casa, justo al lado de un dozavo de las Leyes de Escocia, con el que convive en la estantería muy bien. ¿Qué me dice de esto, señor Oldbuck?

—¿Decir? Me río de Henry Maule y de su historia —contestó Oldbuck— y cumplo así con su petición de que su obra sea tratada de acuerdo con sus méritos.

—No se burle de un hombre mejor que usted —dijo sir Arthur con cierto desprecio.

—No creo que esté haciendo eso, sir Arthur, al reírme de él o de su…

—Henry Maule de Melgum era un caballero, señor Oldbuck.

—Creo que no me aventajaba en ese aspecto —contestó el anticuario con cierta acritud.

—Permítame, señor Oldbuck, pero era un caballero de noble y antigua familia, por tanto…

—Y ¿el descendiente de un impresor de Westfalia debería hablar de él con deferencia? Puede que en su opinión sí, sir Arthur, pero no en la mía. Considero que descender de ese entregado e industrioso tipógrafo, Wolfbrand Oldenbuck, que en diciembre de 1493, bajo el patronazgo de Sebaldus Scheyter y Sebastian Kammermaister, terminó la impresión de la grandiosa *Crónica de Núremberg*[82]… Le digo que considero que descender de aquel gran restaurador de la cultura tiene mayor crédito para mí como hombre de letras que tener en mi genealogía a todos esos soberbios barones góticos, de cabeza dura y puños de acero, que ha habido desde los días de Crentheminachcryme, que, según creo, no eran capaces ni de escribir su propio nombre.

—Si con esa observación se está burlando de mis antepasados —dijo el caballero, adoptando una postura de superioridad y dignidad—, tengo el placer de informarle de que el nombre de mi antepasado, el noble Gamelyn de Guardover, está escrito casi seguramente por su propio puño en la copia más antigua del *Ragman-roll*[83].

—Lo cual solo sirve para demostrar que fue uno de los primeros en dar mal

ejemplo y someterse a Eduardo I. ¿Qué tiene que decir de la intachable lealtad de su familia, sir Arthur, tras un acto así?

—Ya basta, señor —exclamó sir Arthur incorporándose violentamente y empujando su silla hacia atrás—. A partir de ahora procuraré no honrar con mi presencia a alguien que se muestra tan desagradecido por mi condescendencia.

—Haga lo que le parezca mejor, sir Arthur; espero que, como yo no era consciente de la magnitud del honor que me ha otorgado al visitar mi humilde casa, perdone que no haya llevado mi gratitud al extremo del servilismo.

—Muy bien, muy bien, señor Oldbuck. Le deseo una buena tarde. Señor… Eh… esto… Shovel… Le deseo buenas noches.

El furioso sir Arthur salió rápidamente por la puerta del salón como si el ánimo de toda la Tabla Redonda ardiera en su pecho y se internó a grandes zancadas en el laberinto de pasadizos que conducían a la recepción.

—¿Alguna vez ha visto un burro viejo tan cabezota? —dijo Oldbuck dirigiéndose a Lovel—. Pero tampoco puedo dejarle marchar así, como si fuera un loco.

Dicho esto, se lanzó tras el baronet en retirada, y lo siguió por el ruido de las puertas que este último iba abriendo en busca del salón de té y que de un portazo cerraba al ver que no daba con él.

—Se va a hacer daño —gritaba el anticuario—. *Qui ambulat in tenebris, nescit quo vadat*[84]. Se va a caer por la escalera de servicio.

Sir Arthur estaba inmerso en la oscuridad, cuyo efecto sedante es bien conocido por las enfermeras e institutrices que suelen tratar con niños malhumorados. El paso del irritado baronet se había aminorado, aunque no así su resentimiento, y el señor Oldbuck, más acostumbrado al *locale*, lo alcanzó cuando el caballero llegaba al tirador de la puerta del salón de té.

—Quédese un minuto, sir Arthur —dijo Oldbuck oponiéndose a que entrara de forma tan brusca—, no tenga tanta prisa, viejo amigo. He sido un poco grosero con usted por sir Gamelyn. Si es un viejo amigo mío, y uno de mis favoritos: estuvo en compañía de Bruce y Wallace[85], y juraría sobre una Biblia gótica que solo firmó el *Ragman-roll* con la intención legítima y justificable de engañar al falso del sur. Un acto muy escocés, querido caballero. Cientos lo hicieron. Venga, venga, olvide y perdone. Seguramente le habremos hecho pensar a nuestro joven amigo que somos un par de viejos idiotas y gruñones.

—Hable por usted, señor Jonathan Oldbuck —dijo sir Arthur con mucha majestad.

—Bueno, bueno, la gente obstinada no cambia de parecer.

Y así abrieron la puerta y la alta y adusta silueta de sir Arthur entró en la sala, seguido por Lovel y el señor Oldbuck, los tres con la cara algo descompuesta.

—Le he estado esperando, sir —dijo la señorita Wardour—, para proponerle que caminemos hasta llegar al coche, ya que hace una tarde espléndida.

Sir Arthur aceptó de buena gana esta propuesta, pues se ajustaba bien al rabioso

humor en el que estaba y, habiendo rechazado, como suelen hacer las personas enfadadas, el té y el café, tomó a su hija del brazo. Tras despedirse con gran ceremonia de las damas y con sequedad de Oldbuck, se marchó.

—Creo que a sir Arthur le han vuelto las malas pulgas —dijo la señorita Oldbuck.

—¿Malas pulgas? ¡Pulgones del diablo es lo que tiene! Es más absurdo que una mujer… ¿No cree, Lovel? Vaya, el muchacho también se ha ido.

—Se marchó, tío, mientras la señorita Wardour se estaba preparando, pero creo que no lo vio.

—¡La gente está endiablada! Esto es lo que uno consigue preocupándose por las cosas pequeñas, por ir y venir y por salir de lo habitual para organizar cenas, además del gasto que conlleva. ¡Oh, Seged, emperador de Etiopía! —exclamó sosteniendo una taza de té en una mano y un volumen de *The Rambler*[86] en la otra, pues tenía el hábito de leer mientras comía o bebía en presencia de su hermana, práctica que le servía al mismo tiempo para mostrar su desprecio por la compañía femenina y su deseo de no pasar un momento sin estudiar—. ¡Oh, Seged, emperador de Etiopía! ¡Cuán acertadas eran tus palabras cuando dijiste que ningún hombre podrá decir que éste es un día feliz!

Oldbuck prosiguió con sus estudios casi una hora sin ser interrumpido por las mujeres, que, en profundo silencio, continuaron con sus actividades femeninas. Pero después se oyó un ligero golpe en la puerta del salón.

—¿Eres tú, Caxon? Pasa, hombre, pasa.

El viejo abrió la puerta, por la que asomó una cara delgada coronada con rizos canos y la manga de su abrigo blanco, y dijo con voz sumisa y misteriosa:

—Tengo que hablar con usted, señor.

—Pasa, viejo idiota, y dime lo que tengas que decir.

—Puede que asuste a las damas.

—¿Asustarlas? ¿A qué te refieres? No te preocupes por ellas. ¿No habrás visto otro fantasma en Humlock-knowe?

—No, señor, esta vez no es un fantasma. Pero estoy preocupado.

—¿Alguna vez has conocido a alguien que no lo estuviera? —contestó Oldbuck —. ¿Qué privilegio tiene un viejo y maltrecho empolvador como tú para estar menos preocupado que el resto del mundo?

—No es por mí, señor; parece que hará mala noche y sir Arthur y la señorita Wardour, pobre criatura…

—¿Por qué, si habrán llegado al coche al final del camino, o en los alrededores? Deben estar en casa desde hace tiempo.

—No, señor; no fueron por el camino hacia el coche, sino por la playa.

Estas palabras tuvieron un efecto eléctrico en Oldbuck.

—¿La playa? ¡Imposible!

—Eso le dije al jardinero, señor, pero él asegura que los vio doblar por Mussel-craig. «En verdad —le dije—, si es así, Davie, me temo que…»

—¡Un almanaque! ¡Un almanaque! —gritó Oldbuck muy alarmado. Y, apartando el almanaque de bolsillo que su sobrina le ofrecía, exclamó—: Esa tontería no. ¡Dios santo! ¡Mi pobre señorita Isabella! Necesito inmediatamente el *Almanaque de Fairport*.

Se lo dieron, lo consultó y su agitación fue en aumento.

—Iré yo mismo. Que vengan el jardinero y el labrador, y que traigan cuerdas y escaleras. Y que traigan a cualquiera que pueda ayudar. Que vayan por lo alto de los acantilados y los llamen desde arriba. Yo mismo les acompañaré.

—Pero ¿qué ocurre? —preguntaron la señorita Oldbuck y la señorita MacIntyre.

—¡La marea! ¡La marea! —contestó el anticuario preocupado.

—Mandaré a Jenny… No, mejor iré corriendo yo misma —dijo la mujer de menor edad, compartiendo el miedo de su tío—. Iré a buscar a Saunders Mucklebackit para que saque su barca.

—Gracias, querida, son las palabras más sensatas que se han dicho hasta ahora. ¡Corre, corre! ¡Ir por la playa! —exclamó mientras cogía el sombrero y el bastón—. ¡Habrase oído una locura así!

Capítulo VII

›mese un momento para ver
alvaje danza de las aguas,
ahora se retiran y dejan espacio,
s crecientes orillas;
a luego volver y contraer la escena,
echando el camino entre ellas.[87]

La información de Davie Dibble, que había causado la alarma general en Monkbarns, resultó ser totalmente cierta. La primera idea de sir Arthur y su hija fue salir a tomar la carretera de regreso a Knockwinnock; pero cuando llegaron al final del sendero, es decir, al camino que por un lado forma una especie de avenida hacia la casa de Monkbarns, vieron a Lovel caminando delante de ellos; avanzaba muy despacio, como buscando una oportunidad para acompañarlos. La señorita Wardour propuso inmediatamente a su padre que tomaran otra dirección. Como hacía buen tiempo, decidieron volver por la playa, que se extendía bajo una pintoresca cresta de piedra y que solía ser un paseo más agradable entre Knockwinnock y Monkbarns que la carretera.

Sir Arthur aceptó gustoso.

—Sería desagradable —dijo— que nos acompañara ese joven al que el señor Monkbarns se ha tomado la libertad de presentarnos.

La anticuada cortesía de sir Arthur distaba mucho de la facilidad con que hoy en día es posible cortar lazos con una persona en cuanto se percibe que la situación es desagradable. Sir Arthur solo dispuso que un niño andrajoso fuera a buscar a su cochero y lo mandara volver a Knockwinnock a cambio de un penique.

Tras disponer esto y ver al emisario marchar, el caballero y su hija dejaron la carretera y, siguiendo el sendero arenoso entre suaves montículos parcialmente cubiertos de tojo y de larga hierba llamada *agrostis*, pronto llegaron a la orilla del mar. La marea no estaba en absoluto donde ellos habían calculado, pero no se preocuparon: apenas había diez días al año en que se acercaba tanto a los acantilados que no dejaba un pasaje seco. Sin embargo, en algunos momentos de marea viva, o cuando la crecida habitual se aceleraba por fuertes vientos, el mar cubría por completo el camino; la tradición recogía varios accidentes fatales ocurridos en tales ocasiones. No obstante, estos peligros se consideraban tan remotos como improbables, y se utilizaban habitualmente, al igual que otras leyendas, para entretenerse junto a la lumbre y no para prevenir a quien quisiera ir de Knockwinnock a Monkbarns por la playa.

Mientras sir Arthur y su hija iban andando y disfrutando de pisar la arena fresca, mojada y dura, la señorita Wardour no pudo dejar de observar que la última marea había subido considerablemente por encima del habitual nivel del mar. Sir Arthur se

fijó en lo mismo, pero a ninguno de los dos les preocupó tal circunstancia. El sol apoyaba su enorme disco en el horizonte marino y doraba las impresionantes nubes a través de las que había viajado a lo largo del día, ahora arremolinadas en torno al astro como las desgracias y los desastres rodean el hundimiento de un imperio o la caída de un monarca. Sin embargo, este agónico esplendor dio una sombría magnificencia a los cúmulos vaporosos, donde parecía formarse en su sombra insustancial un espectáculo de pirámides y torres, algunas cubiertas de oro, otras de púrpura, otras de tonos rojo intenso. El mar lejano, que se extendía bajo este palio casi inmóvil, variado y hermoso, parecía portentosamente quieto y reflejaba los deslumbrantes rayos de la luminaria descendente y el espléndido color de las nubes entre las que se estaba poniendo. Más cerca de la playa, la marea se deshacía en forma de olas de plata centelleantes, ganando terreno a la arena rápida pero imperceptiblemente.

Con el pensamiento ocupado admirando la escena romántica, o quizá por otro asunto más perturbador, la señorita Wardour caminaba en silencio junto a su padre, cuya dignidad —tan recientemente ofendida— no estaba dispuesta a doblegarse para entablar una conversación. Siguieron las sinuosidades de la playa, pasaron un cabo de piedra tras otro hasta llegar a los pies de una enorme y continuada extensión de precipicios desde donde, antiguamente, aquella costa impenetrable había sido defendida. Los largos arrecifes que se extendían ocultos bajo el agua —tan solo delatados por pequeños picos desnudos o por grandes olas espumosas— hacían de la bahía de Knockwinnock un lugar temido por marinos y capitanes. Los peñascos que se alzaban entre la playa y tierra firme, que alcanzaban una altura de doscientos o trescientos pies, tenían grietas que servían de abrigo a las innumerables aves marinas que allí se protegían fuera del alcance de la rapacidad humana. Muchas de estas especies salvajes, guiadas por el instinto de ir a tierra antes de que empezara la tormenta, aleteaban hacia sus nidos emitiendo ruidos estridentes y disonantes, muestra de miedo e inquietud. El disco solar se oscureció casi por completo antes de hundirse tras la línea del horizonte, y una sombra anticipada y oscura cubrió el sereno crepúsculo de aquella tarde de verano. Después el viento empezó a levantarse, aunque su inquietante y quejumbroso rumor se había iniciado hacía tiempo, y sus efectos se habían hecho visibles en la superficie del mar antes de que el vendaval llegara a tierra. La masa de agua, ahora oscura y amenazante, formaba enormes crestas que se hundían en surcos cada vez más profundos, y se levantaban altas olas que rompían unas contra otras o sobre la arena, con un ruido parecido a un trueno lejano.

Asustada por el repentino cambio de tiempo, la señorita Wardour se aproximó a su padre y agarró su brazo con fuerza.

—Teníamos que haber vuelto por el camino que habíamos pensado —dijo, pero casi en un susurro, como si se avergonzara de expresar su creciente aprensión—, o haber esperado al coche en Monkbarns.

Sir Arthur miró a su alrededor pero no vio o no reconoció signo alguno de una tormenta próxima. Dijo que llegarían a Knockwinnock antes de que comenzara la tormenta. Pero la velocidad a la que caminaba, que Isabella a duras penas podía seguir, revelaba un sentimiento de inquietud por cumplir tan consoladora predicción.

Se encontraban cerca del centro de una estrecha bahía formada por dos cabos rocosos, largos e inaccesibles, que se introducían en el mar como una luna creciente. Ninguno de los dos se atrevía a compartir el miedo que sentían al ver que el insólito y rápido avance de la marea podría impedirles llegar al promontorio que tenían enfrente o retroceder por el camino que les había llevado hasta allí.

Al apresurarse, sin duda con la esperanza de cambiar la sencilla línea curva que la sinuosa bahía les obligaba a seguir por un camino más recto y rápido, aunque menos hermoso, sir Arthur observó una figura humana en la playa avanzando hacia ellos.

—¡Gracias a Dios —exclamó—, lograremos pasar Halket-head! Aquel hombre ha debido atravesarlo.

De este modo permitió que creciera en él el sentimiento de esperanza, aunque también ocultara el de temor.

—Sí, ¡gracias a Dios! —repitió su hija a media voz, casi de forma imperceptible, expresando la enorme gratitud que sentía.

La persona que avanzaba hacia ellos hacía muchas señas, pero la atmósfera, enturbiada por la calina, el viento y la llovizna, les impedía verla o entenderla con claridad. Poco antes de que se encontraran, sir Arthur reconoció al viejo mendigo vestido de azul, Edie Ochiltree. Se dice que hasta las bestias dejan de lado sus diferencias y antipatías cuando las acecha un peligro inminente y común. La playa que había debajo de Halket-head, cuya extensión se reducía por la invasión de la marea viva y por el viento del noroeste, era una especie de campo neutral donde incluso un juez de paz y un mendigo errante podían encontrarse en condiciones de concordia.

—¡Den la vuelta! ¡Den la vuelta! —exclamó el vagabundo—. ¿Por qué no se han dado la vuelta cuando les he hecho señas?

—Pensábamos —contestó sir Arthur muy agitado— que podríamos pasar Halket-head.

—¿Halket-head? La marea debe estar corriendo ahora por Halket-head como por las cascadas de Fyers. Yo conseguí pasar por allí hace veinte minutos y ya estaba al menos a tres pies dentro del agua. Quizá podamos regresar a Bally-burgh Ness Point. Que el Señor nos ayude, es nuestra única opción. Tenemos que intentarlo.

—¡Dios mío, hija mía!

—¡Oh, padre, querido padre! —exclamaron padre e hija, y con la fuerza y la velocidad que les dio el miedo, volvieron sobre sus pasos para superar el cabo que formaba el extremo norte de la bahía.

—El muchacho que mandaron al coche me dijo que estaban aquí —dijo el mendigo mientras avanzaba resueltamente uno o dos pasos detrás de la señorita

Wardour— y no pude evitar pensar en el peligro que corría la delicada y joven señorita, que ha sido siempre amable con todos los corazones desafortunados que a ella se han acercado. Al ver cómo subía el nivel de la marea pensé que si llegaba a tiempo para avisarles, todo iría bien, pero ahora lo dudo, lo dudo, me he equivocado. ¿Qué mortal ha visto una subida de la marea como ésta? Miren, allí está el Ratton's Skerry; en mis tiempos siempre estuvo por encima del agua, pero ahora está sumergido.

Sir Arthur miró allí donde le indicaba el viejo. Una enorme roca, que parecía el casco de un gran navío, incluso con marea viva, estaba completamente sumergida y su situación solo se adivinaba por la espuma y el romper de las olas bravías que se encontraban con su resistencia submarina.

—Dese prisa, dese prisa, querida señorita —prosiguió el viejo—, dese prisa y quizá lo consigamos… Agárrese a mi brazo, ahora viejo y débil, pero que ya conoce situaciones así. ¡Agárrese de mi brazo, bella señorita! ¿Ve aquella pequeña punta negra entre las agitadas olas de allí? Esta mañana estaba alta como los mástiles de un bergantín y ahora está bastante baja. Pero, mientras vea un punto negro como el extremo de mi sombrero, creeré que podemos llegar a Bally-burgh Ness, aunque aún nos queda mucho por delante.

Isabella aceptó en silencio la ayuda del viejo, ayuda que sir Arthur apenas podía ofrecer. Las olas habían invadido la playa hasta tal punto que tuvieron que cambiar el firme y llano camino que habían seguido hasta entonces por una senda más agreste que recorría el pie de los acantilados y que en algunos lugares ascendía por la parte baja de sus salientes. Habría sido imposible para sir Arthur o su hija avanzar por aquel camino sin la orientación y el aliento del mendigo, que había estado allí otras veces con marea alta, pero nunca, según dijo, una tarde como aquélla.

Era, sin duda, un atardecer horrible. Los aullidos de la tormenta se mezclaban con los gritos de las aves marinas, que sonaban como un canto fúnebre por las tres personas que, atrapadas entre dos de los objetos de la naturaleza más magníficos y temibles —la marea creciente y un precipicio inaccesible— avanzaban dificultosamente por el peligroso camino, azotadas de vez en cuando por la espuma de una ola gigante que adelantaba a las demás sobre la playa. A cada minuto su enemigo ganaba terreno perceptiblemente. Pero, aferrándose a la última esperanza, dirigieron su mirada a la roca negra que había señalado Ochiltree. Todavía se la distinguía entre el oleaje, y así continuó hasta que el precario camino efectuó un giro y una roca la ocultó. Al perder el faro del que dependían, sintieron la doble agonía de la incertidumbre del miedo. Pero siguieron adelante. No obstante, al llegar a un punto desde el que se podría haber visto la roca, comprobaron que ya no era visible. El símbolo que les aportaba seguridad se había perdido entre las miles de olas blancas que chocaban contra el promontorio, alzándose como prodigiosas capas de espuma nívea, tan altas como el mástil de un navío de guerra de primera categoría, y chocaban contra la oscura cima del elevado precipicio.

El ánimo del viejo se derrumbó. Isabella gritó débilmente y el guía dijo con solemnidad:

—¡Dios, ten piedad de nosotros!

—¡Hija mía! ¡Hija mía! —se lamentó sir Arthur—. Morir de esta manera…

—¡Padre! ¡Padre! —exclamó su hija aferrándose a él—. Y ¡usted también, que ha perdido su vida por intentar salvar la nuestra!

—Eso no es importante —dijo el viejo—. He vivido bastante para estar cansado de la vida; da igual aquí o allí, ya sea en el fondo de una zanja, cubierto de nieve o arrastrado por una ola… ¿qué más da cómo muera un viejo mendigo?

—Buen hombre —interrumpió sir Arthur—, ¿no se le ocurre nada? ¿Ninguna solución? Lo haré rico, le daré una granja, le…

—Nuestra riqueza pronto se verá igualada —dijo el mendigo mirando las agitadas aguas—; de hecho ya lo está, puesto que yo no tengo tierras y usted daría todas las suyas y su baronía por una yarda cuadrada de roca seca para las próximas doce horas.

Mientras intercambiaban estas palabras, se detuvieron en el saliente de piedra más alto que pudieron alcanzar, ya que parecía que cualquier intento por avanzar solo serviría para adelantar su destino. Ahí esperarían el seguro pero lento avance del furioso elemento; era una situación parecida a la de los mártires de la iglesia primitiva cuando los tiranos paganos los dejaban morir en las garras de fieras salvajes, ya que debían ser testigos de la impaciencia y rabia que agitaban a los animales mientras esperaban la señal que abriría las jaulas y les dejaría libres para caer sobre sus víctimas.

Esta terrible pausa le dio a Isabella tiempo para reunir las fuerzas de su espíritu, por naturaleza enérgico y valiente, para concentrarse ante esta terrible situación.

—¿Tenemos que abandonar la vida —dijo— sin luchar? ¿No hay ningún camino, aunque sea durísimo, por el que subir el peñasco o al menos alcanzar cierta altura sobre la marea para poder esperar a la mañana o a que venga ayuda? Seguramente los vecinos estén al corriente de la situación y harán lo que haga falta para salvarnos.

Sir Arthur oyó pero apenas comprendió las palabras de su hija. Sin embargo, se volvió instintiva y ansiosamente hacia el viejo, pues sus vidas estaban en sus manos. Ochiltree reflexionó y dijo:

—Antes era un escalador audaz, y más de una vez he cogido nidos de gaviota y de uria en estas negras rocas. Pero hace mucho de eso y nadie podría subir sin cuerdas. Y aunque yo tuviera cuerdas, y la buena vista de entonces, así como fuerza en las manos que me falla desde hace tanto tiempo, ¿cómo lograría salvarles a ustedes? Antes había por aquí una vía, pero, si pudieran verla, preferirían quedarse donde están. ¡Alabado sea su nombre! —gritó de repente—. ¡Alguien está bajando el peñasco ahora mismo!

Después, alzando la voz, fue dando instrucciones de su antigua práctica al temerario aventurero, fruto de los recuerdos de aquel lugar que se agolpaban repentinamente en su pensamiento:

—A la derecha, a la derecha… Por ahí, por ahí, asegure la cuerda por el Cuerno de Crummie, esa gran piedra negra. Que dé dos vueltas alrededor… Eso es. Avance un poco hacia el este, un poco más, hasta la próxima roca, la que llamábamos la Oreja del Gato. Allí solía estar la raíz de un roble. ¡Eso es! Ahora tenga cuidado, muchacho, cuidado, tenga cuidado, vaya despacio. ¡Por Dios, tenga cuidado! ¡Muy bien! Ahora intente llegar al Delantal de Bessy, esa piedra grande y plana de color azulado. Después, con su ayuda y la cuerda podremos subir a la joven y a sir Arthur.

El aventurero, siguiendo sus indicaciones, le lanzó el extremo de la cuerda y el viejo Edie ató con fuerza a la señorita Wardour tras haberla cubierto con su casaca azul para intentar protegerla de todo daño. Después, ayudándose con la cuerda, que estaba bien asegurada en la parte superior, empezó el ascenso de la pared del acantilado, una empresa dura y vertiginosa que, al cabo de una o dos arriesgadas peripecias, concluyó al llegar sano y salvo junto a nuestro amigo Lovel, que estaba en la roca plana. Entre los dos lograron subir a Isabella hasta la seguridad donde ellos estaban. El tiempo se acababa, puesto que sir Arthur y su hija ya habían sido azotados por una o dos enormes olas y, agarrándose a las rocas, habían conseguido evitar que el reflujo los arrastrara. Después Lovel descendió para ayudar a sir Arthur a ajustar la cuerda; regresó al refugio y, con la ayuda del viejo Ochiltree y la que el propio sir Arthur pudo aportar, lo subieron hasta que estuvo fuera del alcance del oleaje.

La sensación de haber escapado de la muerte, que hasta entonces parecía cernirse sobre ellos de forma inevitable, tuvo su efecto habitual. Padre e hija se abrazaron, se besaron y lloraron de alegría, a pesar de que su salvación estuviera unida a la posibilidad de pasar una noche tempestuosa en una roca que sobresalía de un precipicio y que apenas ofrecía espacio a los cuatro temblorosos seres que, como las aves marinas que los rodeaban, se aferraban a la roca con la esperanza de encontrar refugio frente al devorador elemento que rugía más abajo. Las olas salpicaban en su temible sucesión el pie del precipicio y se desbordaban sobre la playa en la que nuestros amigos habían estado no hacía mucho, alzándose tan alto como su refugio temporal; el sordo ruido que producían al estrellarse contra las piedras parecía reclamar a los fugitivos, su presa destinada, con la voz del trueno. Aunque era una noche de verano, había pocas posibilidades de que una persona tan delicada como la señorita Wardour sobreviviera hasta la mañana después de haber sido empapada por el mar. Además, la lluvia, que ahora caía con toda su violencia acompañada de fuertes y huracanados vientos, aumentaba la dificultad y el peligro de su situación.

—La señorita, la pobre y dulce señorita —dijo el viejo—. Yo he vivido muchas noches de temporal a cubierto y a la intemperie, pero ¿cómo va ella a sobrevivir?

Sus temores fueron comunicados a Lovel en voz baja, puesto que entre ellos se había establecido la confianza que surge de ese entendimiento con el que los espíritus audaces y dispuestos se corresponden en momentos de peligro y les hace conocerse casi de forma intuitiva.

—Volveré a escalar el acantilado —exclamó Lovel—. Todavía hay bastante luz

para ver dónde pongo los pies. Volveré a subir y buscaré ayuda.

—¡Hágalo, hágalo, por Dios! —dijo sir Arthur ansiosamente.

—¿Está loco? —exclamó el mendigo—. Francis de Fowlsheugh, que era el mejor escalador de riscos (y que, por otra parte, se rompió el cuello en Dunbuy of Slaines) no se habría aventurado a subir el acantilado de Halket-head tras ponerse el sol. Gracias a Dios no está en mitad del feroz mar después de lo que ha hecho, ha sido un verdadero milagro. No pensaba que hubiera ser vivo capaz de bajar por el acantilado como usted. Quisiera saber si yo habría podido hacerlo a estas horas y con este tiempo si fuera más joven y tuviera la fuerza de entonces. Pero volver a subir es sencillamente tentar a la Providencia.

—No tengo miedo —contestó Lovel—; me fijé en todos los agarres cuando bajé, y todavía hay bastante luz, podría encontrarlos. Estoy seguro de que lo lograré sin peligro. Quédese aquí, querido amigo, con sir Arthur y la joven dama.

—Que me lleve el diablo —contestó el mendigo con terquedad—. Si sube, yo subo también, porque entre los dos tenemos fuerza suficiente para llegar a lo alto del acantilado.

—No, no; quédese aquí y ocúpese de la señorita Wardour. Como ve, sir Arthur está exhausto.

—Entonces quédese usted, que yo subiré —respondió el viejo—, y que la muerte perdone al fruto verde y se lleve el maduro.

—Quédense los dos, se lo ruego —masculló Isabella—, estoy bien, puedo pasar la noche aquí sin dificultad. Ya me siento mejor.

Al decir esto, la voz le falló y se desplomó; se habría caído del peñasco de no haber sido por Lovel y Ochiltree, que la sostuvieron y la colocaron en una posición entre sentada y tumbada junto a su padre, quien, exhausto por el cansancio físico y mental tan extremo e inusitado, ya se había sentado sobre la roca presa del estupor.

—Es imposible abandonarles —dijo Lovel—. ¿Qué vamos a hacer? ¿Oyen eso? ¿Oyen eso? ¿Eso son voces?

—Es el grito de un frailecillo —contestó Ochiltree—. Conozco bien su canto.

—¡No, por todos los cielos —replicó Lovel—, es una voz humana!

Se repitió una llamada lejana, un sonido que se distinguía claramente entre el rumor de los elementos y los graznidos de las gaviotas que les rodeaban. El mendigo y Lovel alzaron sus voces con fuerza, y el primero agitó un pañuelo atado al extremo de su bastón para que los vieran desde arriba. Aunque los gritos se repetían, pasó un tiempo antes de que se oyeran como respuesta exacta a su propia llamada, por lo que, mientras la oscuridad y la tormenta iban en aumento, los desafortunados se quedaron un tiempo dudando si habían logrado indicar su refugio a las personas que al parecer bordeaban el precipicio para acudir en su ayuda. Al final sus llamadas recibieron respuesta clara y regular, por lo que su confianza aumentó al saber que se les oía y, quizá, que estaban al alcance de asistencia amistosa.

Capítulo VIII

se alza un peñasco, cuya alta y colgante cabeza
nira pavorosamente en el confinado mar.
ame siquiera hasta su mismo borde,
pararé la miseria que soportas.

El rey Lear[88]

El sonido de voces humanas que venían de arriba aumentó y el brillo de las antorchas empezó a mezclarse con las luces de la tarde, que todavía perduraban en medio de la oscura tormenta. Se intentó establecer contacto entre los que venían a ayudar por arriba y los desafortunados de abajo, que seguían aferrados a su precario refugio. Sin embargo, el aullido de la tormenta limitaba su comunicación, haciéndola tan imprecisa como la de los alados pobladores del acantilado, que chillaban a coro, alarmados al oír el creciente vocerío humano en un lugar donde casi nunca sonaba.

En la cresta del precipicio se había reunido un grupo de ansiosos rescatadores. Oldbuck, en primera fila, estaba especialmente preocupado: avanzaba con desesperación involuntaria hasta el mismo borde del peñasco y asomaba la cabeza (con el sombrero y la peluca asegurados con un pañuelo atado debajo de la barbilla) en aquella vertiginosa altura con tanta determinación que hacía temblar a sus auxiliares más temerosos.

—¡Tenga cuidado, tenga cuidado, Monkbarns! —gritó Caxon agarrado a la ropa de su patrón, apartándole del peligro con todas sus fuerzas—. ¡Por Dios, tenga cuidado! Sir Arthur ya se ha ahogado y, si usted también se cae del peñasco, solo habrá una peluca en la parroquia: la del pastor.

—Miren aquel pico —exclamó Meiklebackit, un viejo pescador y contrabandista —, miren el pico. Steenie, Steenie Wilkes, sube el aparejo. Apuesto a que pronto los tendremos a bordo, Monkbarns, pero quítese ya de en medio.

—Puedo verlos —dijo Oldbuck—, puedo verlos, están allí abajo, en la roca plana. ¡Eh! ¡Aquí! ¡Aquí!

—Yo también puedo verlos —dijo Meiklebackit—; están sentados como cornejas grises en medio de la bruma. Pero ¿cree que los va a ayudar gritando de ese modo, como un viejo cormorán cuando cambia el tiempo? Steenie, muchacho, trae el mástil. ¡Por Dios! Los subiré como solíamos subir antiguamente los barriles de ginebra y coñac. Agarra el pico y haz un pie para el mástil. Asegura la silla con la cuerda, llévala con cuidado y átale un cabo.

Los pescadores habían traído consigo el mástil de un barco y, como había acudido la mitad de los habitantes de la zona, ya fuera por preocupación o por curiosidad, entre todos lo fijaron rápidamente al suelo de forma bastante segura. Una verga cruzando el mástil vertical y una cuerda tendida a lo largo de ella formaron una grúa improvisada que permitía bajar una silla de brazos, bien atada y segura, hasta la

plataforma donde estaban los desafortunados. Su alegría al oír los preparativos para rescatarles disminuyó al ver el precario vehículo con el que iban a ser elevados. Se balanceaba hasta una yarda más allá del lugar donde ellos estaban, obedeciendo a cada impulso de la tormenta y al espacio vacío que los rodeaba; además, dependía de la seguridad de la cuerda, que, con el aumento de la oscuridad, parecía menguar hasta convertirse en un hilo imperceptible. Aparte del riesgo de comprometer una vida humana al tener que cruzar ese abismo en tan precario medio, existía el peligro temible de que la silla y su ocupante se hicieran añicos contra la escarpada superficie del precipicio por culpa del viento o de la vibración de la cuerda. Pero, para reducir el riesgo al máximo, los experimentados marineros habían bajado con la silla otra cuerda que, atada al mueble y sostenida por las personas que fueran a quedarse abajo, podría servir de eje, según palabras de Meiklebackit, para hacer el ascenso más estable y regular. A pesar de todo, encomendarse uno mismo a un vehículo así en medio de una tempestad terrible de viento y lluvia, con un escarpado precipicio arriba y un abismo furioso abajo, requería el valor que solo la desesperación puede inspirar. Y, aunque las pruebas de peligro estuvieran arriba, abajo y por todas partes, y el modo de escapar pareciera tan dudoso y arriesgado, Lovel y Ochiltree acordaron que lo mejor sería asegurar a la señorita Wardour en la silla y confiar en la ternura y cuidado de quienes estaban arriba para subirla sana y salva a lo alto del peñasco, no sin antes consultarlo brevemente y de que el joven comprobara —bajo su propio riesgo— que la cuerda era fiable con un tirón fuerte y repentino.

—Dejen que mi padre suba primero —exclamó Isabella—, por el amor de Dios, amigos, pónganle a salvo primero.

—No puede ser —dijo Lovel—, hay que asegurar primero su vida, señorita Wardour. La cuerda que soportará su peso puede…

—No escucharé una razón tan egoísta.

—Pero debe escucharla, señorita —dijo Ochiltree—, porque nuestra vida depende de ello. Además, cuando llegue a lo alto de aquel peñasco podrá contarles lo que está ocurriendo en nuestro Patmos. Creo que sir Arthur no sería capaz de ello.

Sorprendida por este razonamiento tan acertado, exclamó:

—Están en lo cierto; estoy lista y con ganas de ser la primera en correr este riesgo. ¿Qué debo decirles a nuestros amigos de arriba?

—Pídales que su cuerda no roce la superficie del peñasco, que bajen más la silla y que la suban con suavidad y cuidado. Los avisaremos cuando estemos listos.

Con la diligente atención de un padre con su hijo, Lovel ató a la señorita Wardour con su pañuelo, con su corbata y con el cinturón de cuero del mendigo al respaldo y los brazos de la silla, apretando cuidadosamente cada nudo, mientras Ochiltree intentaba que sir Arthur se callara.

—¿Qué hacen con mi hija? ¿Qué hacen? Que no se separe de mí. Isabella, quédate conmigo, te lo ordeno.

—Por Dios, sir Arthur, conténgase y dé gracias a Dios, porque hay gente más

sabia que usted organizando esta tarea —gritó el mendigo, cansado de las irracionales palabras del pobre baronet.

—Adiós, padre —murmuró Isabella—. Adiós, amigos míos.

Dicho esto, cerró los ojos siguiendo las recomendaciones del experimentado Edie, dio la señal a Lovel y éste a los de arriba. La dama se elevó en la silla, estabilizada gracias a la cuerda que Lovel manejaba desde abajo. Con el corazón palpitante, el joven observó cómo ondeaba el vestido blanco de Isabella hasta que el vehículo superó el borde del precipicio.

—¡Ahora con cuidado, muchachos, con cuidado! —exclamó Meiklebackit, que actuaba de comodoro—. Girad la verga un poco. ¡Ya está! ¡Por fin está segura en tierra firme!

Un fuerte grito anunció a los compañeros de penuria de la señorita Wardour que el experimento había sido un éxito, y contestaron con voces prontas y alegres desde abajo. Monkbarns, en aquel éxtasis de alegría, se quitó el gran abrigo para cubrir con él a la joven dama, y se habría desprendido de la chaqueta y del chaleco si el cauto Caxon no se lo hubiera impedido.

—Tenga cuidado o morirá de un resfriado. No saldrá del camisón en quince días, y eso sería muy malo. No, no. El coche está más abajo. Que dos personas lleven allí a la señorita.

—Tienes razón —dijo el anticuario, recolocándose las mangas y el cuello de la chaqueta—, mucha razón, Caxon; la noche no está para nadar en ella. Señorita Wardour, deje que la acompañe al coche.

—No hasta que vea a mi padre a salvo.

En pocas y claras palabras que mostraban cómo su resolución había superado el miedo mortal, explicó la situación de abajo y transmitió los deseos de Lovel y Ochiltree.

—Bien, bien, eso está también bien. Quisiera ver al hijo de sir Gamelyn de Guardover en tierra firme con mis propios ojos. Estoy seguro de que el desdichado firmaría el juramento de abjuración e incluso el *Ragman-roll*, y de que reconocería que la reina María no fue mejor de lo que fue, por estar junto a la botella de oporto añejo de la que huyó y dejó recién empezada. Pero ya está a salvo, ya viene, ya viene —dijo al ver que la silla volvía a descender y sir Arthur, apenas consciente, era asegurado a ella—. Todos atentos, muchachos, cuidado con él. Un hombre con un linaje de cien eslabones cuelga de una grúa de dos peniques. Toda la baronía de Knockwinnock pende de tres cabos de cáñamo; *respice finem, respice funem*[89]… Cuidado con el final… Cuidado con el final de la cuerda. Bienvenido, mi querido amigo, bienvenido a tierra firme, aunque no podamos decir que sea cálida o seca… Mejor una cuerda que cincuenta brazas de agua, aunque no sea en el sentido del viejo proverbio, que no vale un comino… Mejor *sus. per funem*, que *sus. per coll*.[90]

Mientras el señor Oldbuck seguía hablando de este modo, sir Arthur, sano y salvo, fue envuelto en los cariñosos abrazos de su hija. La muchacha, asumiendo la

autoridad que las circunstancias exigían, ordenó a algunos de los asistentes que lo llevaran hasta el coche, prometiendo que les seguiría al cabo de unos minutos. Se quedó en el acantilado agarrada al brazo de un viejo campesino, probablemente para ser testigo del rescate de las personas con las que había compartido peligros.

—¿Qué tenemos aquí? —dijo Oldbuck cuando el vehículo volvió a ascender—. ¿Qué es este montón de harapos viejos?

Entonces, cuando las antorchas iluminaron el duro rostro y el cabello cano del viejo Ochiltree, añadió:

—¡Cómo! ¡Es usted! Venga aquí, viejo bufón, ¿acaso voy a tener que ser su amigo? ¿Quién diablos es entonces la persona que falta?

—Alguien que vale más que nosotros dos juntos, Monkbarns: el joven forastero al que llaman Lovel. Y esta noche bendita se ha comportado como si contara con tres vidas y estuviera dispuesto a perderlas antes que dejar que los demás corriesen peligro. ¡Súbanle con cuidado, señores, si quieren ganarse la bendición de este viejo! Piensen que no hay nadie abajo para sujetar la cuerda. Tengan cuidado con la esquina de la Oreja del Gato. ¡Que no se acerque al Cuerno de Crummie!

—Sí, tengan cuidado —repitió Oldbuck—. ¡Cómo! ¿Es mi *rara avis*, mi cisne negro, el fénix de mi compañero de postas? Cuide bien de él, Meiklebackit.

—Como a una barrica de coñac, ni al mismo John Harlowe le cuidaría mejor. ¡Vamos, amigos, subámosle ya!

De hecho, Lovel corría un riesgo mucho mayor que los demás. Su peso no era suficiente para estabilizar el ascenso con aquel tormentoso viento, por lo que se balanceaba como un péndulo agitado. Corría el riesgo mortal de chocar contra las rocas. Pero era joven, atrevido y activo; con ayuda del fuerte bastón del mendigo, que había guardado siguiendo el consejo de su propietario, logró no tocar la superficie del precipicio ni partes del acantilado todavía más peligrosas por su superficie afilada. Suspendido en el vacío cual pluma lenta y ligera, con un movimiento que producía en su cabeza miedo y mareo, estuvo alerta en cuerpo y alma; cuando alcanzó tierra en lo alto del acantilado empezó a marearse. Recuperando levemente la conciencia, echó un vistazo a su alrededor. El objetivo que probablemente buscaba con más ansia se alejaba ya. Su vestido blanco aún se distinguía por el camino que había tomado su padre. La dama había esperado hasta ver al último de sus compañeros fuera de peligro, cuando la voz fuerte de Meiklebackit le aseguró que el joven había vuelto con los huesos intactos y solo estaba cansado. Pero Lovel no sabía que ella hubiera expresado tanto interés por su suerte, aunque no fuera más que el debido a un extraño que había prestado su ayuda en momento tan peligroso; sin embargo, el joven se habría enfrentado de buen grado a muchos más peligros. La señorita Wardour ya había ordenado al mendigo que fuera a pasar la noche a Knockwinnock. Él se excusó para no ir.

—Entonces lo veré mañana.

El viejo prometió obedecer. Oldbuck puso algo en su mano. Ochiltree lo miró a la

luz de las antorchas y lo devolvió.

—No, no, nunca acepto oro. Además, Monkbarns, quizá se arrepienta mañana. —Y después, volviéndose hacia el grupo de pescadores y campesinos, dijo—: Señores, ¿quién me ofrecería algo para cenar y paja limpia para dormir?

—Yo.

—Y yo.

—Y yo —contestaron muchos a la vez.

—Bueno, pues, si es así, y yo solo puedo dormir en un pajar cada vez, me iré con Saunders Meiklebackit, ya que en su casa siempre hay buena sopa. Amigos, quizá viva para recordaros la promesa que habéis hecho esta noche. —Y, dicho esto, se marchó con el pescador.

Oldbuck agarró a Lovel con fuerza.

—Ni se le ocurra volver a Fairport esta noche. Debe venir conmigo a Monkbarns, muchacho. Se ha comportado usted como un héroe, como un auténtico William Wallace[91] en todos los aspectos. Venga, buen hombre, apóyese en mi brazo; no es que sea un buen apoyo con este viento, pero Caxon nos ayudará… Venga aquí, idiota, póngase a mi lado. Y ¿cómo diablos consiguió bajar hasta el Delantal de Bessy, según parece llamarse aquel lugar? Bessy, dicen, que ha desplegado la bandera de la feminidad y, como todas las de su sexo, atrae a sus admiradores a la muerte o a la ruina.

—Estoy muy acostumbrado a escalar; además he observado a cazadores recorriendo ese paso por el acantilado.

—Pero ¿cómo, en nombre de Dios, descubrió el peligro que acechaba al baronet cascarrabias y a su estimada hija?

—Los vi desde el borde del precipicio.

—¡Desde el borde! Vaya… Y ¿qué le poseyó, *dumosa pendere procul de rupe*[92]? Aunque *dumosa* no es el epíteto apropiado. Pero, hombre, ¿qué demonios le llevó al borde del precipicio?

—Pues me gusta ver cómo se forman y rugen las tormentas, o en su propia lengua clásica, señor Oldbuck, *suave est mari magno*[93]… Etcétera… Hemos llegado al camino de Fairport. Le deseo buenas noches.

—No dé ni un paso, ni uno solo, ni una pulgada, ni un *shathmont*[94], como suele decirse por aquí. El significado de esta palabra ha inquietado a muchos que se consideran anticuarios. Estoy seguro de que *shathmont* se refiere a la longitud de un salmón. Como ya sabrá, el espacio asignado al paso de un salmón a través de una presa, dique o esclusa, es normalmente el espacio en el que un cerdo adulto puede darse la vuelta. Tengo que demostrar una teoría según la cual los objetos terrestres se utilizaron para realizar mediciones submarinas, así que deduzco que los productos del agua se utilizaron para medir el tamaño de la tierra. *Shathmont*, salmón, puede comprobar el enorme parecido del sonido. Basta eliminar letras como la *h* y la *t* e incorporar una *l*, la diferencia es muy pequeña. Pido a los cielos que ninguna

derivación anticuaria necesite más concesiones.

—Pero, señor, debería irme a casa… Estoy calado hasta los huesos.

—Le prestaré mi camisón, hombre, y mis zapatillas, y sufrirá la fiebre del anticuario, como los hombres sufren la peste, por llevar ropa infectada. No, sé lo que piensa, teme cargar con su presencia al viejo solterón. Pero ¿no tenemos el resto de un delicioso pastel de pollo que, *meo arbitrio*[95], está mejor frío que caliente? ¿Y la botella de oporto añejo, del que el estúpido cerebro enfermo del baronet, al que no puedo perdonar por escapar sin partirse el cuello, solo tomó una copa antes de que su mollera le llevara a recoger algodón siguiendo los pasos de Gamelyn de Guardover?

Dicho esto, avanzó arrastrando consigo a Lovel hasta que fueron recibidos por la Puerta de los Peregrinos de Monkbarns. Es posible que nunca hubiera acogido a caminantes tan necesitados de descanso, ya que la fatiga de Monkbarns alcanzaba un grado muy superior a sus hábitos y su joven y robusto acompañante había sufrido tales emociones que su agotamiento iba mucho más allá de sus extraordinarios esfuerzos físicos.

Capítulo IX

valiente —dijo ella—, quédese como invitado,
s capaz, claro, de sostener la visión
sábanas danzantes, de cadenas que tintinean.
s capaz, claro, de articular palabra
ndo el fantasma deambule alrededor de su cama,
s capaz de preguntarle por qué abandonó su tumba,
onces, con gusto, le enseñaré la estancia.

Historia real[96]

Llegaron al comedor, donde fueron recibidos con alegría por la señorita Oldbuck.

—¿Dónde está la pequeña? —preguntó el anticuario.

—Sin duda, hermano, entre tanta conmoción, María no quiso escucharme y se fue al acantilado de Halket-head. ¿Acaso no la viste?

—¡Eh! ¿Qué has dicho, hermana? ¿La niña fue a Halket-head una noche como ésta? ¡Dios mío! ¡Las miserias de esta noche aún no han acabado!

—Espera, Monkbarns, siempre eres tan imperativo e impaciente…

—Basta de cháchara, mujer —exclamó el impaciente y agitado anticuario—. ¿Dónde está Mary?

—Donde deberías estar tú ahora mismo, Monkbarns. En la planta superior, al calor de la cama.

—Ya lo sabía —dijo Oldbuck riendo, pero sin duda mostrando alivio—, ya lo sabía… Esa niña perezosa no se habría preocupado aunque nos hubiésemos ahogado todos. Entonces, ¿por qué has dicho que salió?

—Quizá quieras esperar a oír mi historia, Monkbarns. Porque salió, pero regresó con el jardinero en cuanto vio que nadie se había caído por el acantilado y que la señorita Wardour estaba a salvo en el coche. Llegó a casa hace un cuarto de hora, puesto que ya son casi las diez. La pobre estaba tan empapada que le puse un vaso de jerez en las gachas.

—Bien, Grizzel, bien. Que las mujeres se consuelen entre ellas. Escucha, venerable hermana… pero no empieces con lo de la palabra «venerable»; implica muchas cualidades loables aparte de la edad, claro que también los años son algo honorable, aunque a las mujeres no les guste que las honren por tal motivo. Pero presta atención a mis palabras: trae las sobras del pastel de pollo y del oporto para que Lovel y yo nos las comamos.

—¿El pastel de pollo y el oporto? ¡Oh, Dios mío! Hermano, apenas quedan unos huesos y poco más que unas gotas de vino.

El rostro del anticuario se nubló, pero demasiado bien educado para dar rienda suelta, en presencia de un extraño, a su disgusto y sorpresa al saber de la desaparición de la vianda con la que había contado con tanta seguridad. Pero su hermana comprendió su mirada de ira.

—¡Oh, Señor! Monkbarns, ¿para qué montar ahora un numerito?

—Yo no monto ningún numerito como dices, mujer.

—¿Para qué estar tan enfadado y enfurruñado por un montón de huesos? A decir verdad, debes saber que el bueno del pastor ha venido a casa. Estaba preocupado, sin duda, por tu precaria situación; eso dijo (ya sabes lo bienhablado que es), y decidió quedarse hasta recibir información veraz sobre cómo os iba. Dijo cosas hermosas sobre la resignación ante la voluntad de la Providencia. ¡Qué buen hombre!

Oldbuck respondió con el mismo tono:

—¡Buen hombre! Lo que él quiere es saber cuándo las tierras de Monkbarns recaerán en manos de su heredera, ya me lo imagino. Y supongo que, mientras ejercía el oficio cristiano del consuelo, el pastel de pollo y el buen oporto desaparecieron, ¿no es cierto?

—Querido hermano, ¿cómo puedes hablar de tales frivolidades después de escapar de los peligros del acantilado?

—Conseguí salvarme, cierto; mi cena, en cambio, no ha corrido la misma suerte en el acantilado del pastor. Grizzie… Está todo dicho, ¿verdad?

—Alto, Monkbarns, hablas como si no hubiera más carne en toda la casa. ¿Es que no me vas a dejar ofrecer un refrigerio a un hombre honrado después de todo lo que ha andado?

Entre silbando y canturreando, Oldbuck recitó la vieja cancioncilla escocesa:

primero comieron el blanco pudín,
espués comieron el negro, oh,
ensó el buen hombre para sí
se lo lleve todo el diablo, oh.

Su hermana se apresuró a acallar sus murmullos trayendo algunos restos de la cena. El anticuario habló de otra botella de vino, pero optó finalmente por un vaso de coñac que resultó ser excelente. Como no consiguió convencer a Lovel de ponerse el gorro de noche de terciopelo ni el batín estampado de su anfitrión, Oldbuck, que presumía de ciertos conocimientos médicos, insistió en que se fuera a la cama lo antes posible y propuso enviar un mensajero (el infatigable Caxon) a Fairport a primera hora de la mañana a buscarle ropa limpia.

Ésta fue la primera noticia que tuvo la señorita Oldbuck de que el joven forastero iba a ser su huésped aquella noche; tal fue su sorpresa ante aquella infrecuente propuesta que, si su ostentoso peinado, antes descrito, hubiera sido menos exagerado, sus grises rizos se habrían puesto de punta y el peinado entero de pie.

—¡Que el Señor nos asista! —exclamó la dama sorprendida.

—¿Qué pasa ahora, Grizzel?

—¿Podemos hablar un momento, Monkbarns?

—¿Hablar? ¿De qué tenemos que hablar? Quiero ir a la cama, al igual que este pobre muchacho. Que le preparen una cama inmediatamente.

—¿Una cama? ¡Que el Señor nos proteja! —prosiguió Grizzel.

—Pero ¿qué pasa ahora? ¿No hay camas y estancias suficientes en la casa? ¿Acaso no es este lugar un antiguo *hospitium* donde se puede decir que las camas se hacían cada noche para grupos enteros de peregrinos?

—¡Oh, querido Monkbarns! ¿Qué más da lo que se hiciese antiguamente? En nuestro tiempo… Camas… Sí, es cierto que hay camas suficientes, y estancias suficientes también, pero tú mismo sabes que hace mucho que nadie duerme en ellas, y las habitaciones no han sido ventiladas. Si lo hubiera sabido antes, Mary y yo habríamos ido hasta la casa del pastor… A la señorita Beckie siempre le gusta vernos, al igual que al pastor, querido hermano, pero ahora… ¡Oh, Señor!

—¿Qué hay de la Habitación Verde, Grizzel?

—Es cierto, y está bien ordenada, pero nadie ha dormido allí después del doctor Heavystern, y…

—Y ¿qué?

—Y ¿qué? Pues estoy segura de que recuerdas la noche que pasó… No querrás que el joven lo pase igual, ¿verdad?

Lovel intervino cuando oyó esta discusión y protestó diciendo que prefería volver a casa a ocasionarles tantos inconvenientes, que el ejercicio le sentaría bien, que conocía bien el camino a Fairport, ya fuera de día o de noche, y que la tormenta estaba amainando. Añadió todo lo que la educación le permitía para escapar de una hospitalidad que parecía más bien un contratiempo inimaginable para su anfitrión. Pero el aullido del viento y el repiqueteo de la lluvia contra las ventanas, así como el conocimiento de las fatigas de la tarde, no habían permitido a Oldbuck dejar que se fuera, incluso si hubiera sido una persona por quien se preocupara menos. Además, no quería mostrarse gobernado por las mujeres.

—Siéntese, siéntese, siéntese, hombre —repitió—; si se va, nunca descorcharé botellas como ésta, que es una de nuestras mejores cervezas… *Anno domini*… Nada de decocciones Wassia Quassia[97], sino fabricada con cebada de Monkbarns. John de Girnell nunca invitó con mejor bebida a un pastor errante o peregrino con noticias frescas de Palestina. Y, para que desista de toda intención de partir, debe saber que si lo hace, su reputación de valiente caballero desaparecerá para siempre. Sí, porque dormir en la Habitación Verde de Monkbarns es una aventura, hombre. Hermana, encárgate de que esté lista. Y, aunque Heavystern, un intrépido aventurero, padeciera miedo y dolor, no hay razón para que un caballero galante como usted, que casi mide el doble y pesa la mitad que él, no se enfrente al hechizo y lo rompa.

—¿Cómo? ¿Está hablando de una habitación encantada?

—Por supuesto, por supuesto… Toda mansión de este país con cierta antigüedad tiene a su fantasma en la habitación encantada, y no creerá que nuestra casa iba a ser menos que las de nuestros vecinos. Sin embargo, cada vez son menos populares. Recuerdo la época en que, si alguien dudaba de la existencia del fantasma de una vieja casa señorial, corría el riesgo de acabar convertido en uno de ellos, como decía

Hamlet. Sí, si usted no creyera en la existencia de Redcowl, en el castillo de Glenstyrim, el viejo sir Peter Pepperbrand le sacaría al patio, le haría tomar el arma y, si sus habilidades en esgrima no fueran superiores, le atravesaría como a un sapo en su propio muladar. En una ocasión me libré por poco de una situación así, pero me humillé y pedí disculpas a Redcowl, porque ni siquiera en mi juventud he sido amigo de la *monomachia*, o duelo, y prefería caminar con el señor sacerdote que con el señor caballero; poco me importa quién sabe hasta dónde llega mi valor. Gracias a Dios ya soy viejo y puedo dar rienda suelta a mi irritación sin necesidad del frío acero.

En ese momento la señorita Oldbuck volvió con cierta expresión de sabiduría en el rostro.

—La cama del señor Lovel está lista, hermano, sábanas limpias, bien aireada, fuego en la chimenea… Señor Lovel, esté seguro —dijo dirigiéndose a él— de que no ha sido una molestia. Espero que pase una buena noche. Pero…

—Estás dispuesta a hacer lo que sea para evitarlo.

—¿Yo? Pero si no he dicho nada, Monkbarns.

—Querida señorita —dijo Lovel—, si me permite que le pregunte: ¿a qué se debe tanta preocupación por mí?

—Oh, Monkbarns no quiere oír hablar de eso… Pero sabe que esa estancia tiene muy mala fama. Todos recordamos cuando vino el viejo Rab Tull, el secretario del ayuntamiento, que durmió ahí en la época del pleito que teníamos contra los inquilinos de Mussel-craig. Había costado mucho dinero, señor Lovel, ya que los procesos legales costaban entonces mucho más que ahora, y el Monkbarns de entonces, nuestro abuelo, señor Lovel, como ya he dicho, estaba a punto de perder ante el tribunal por falta de un documento. Monkbarns sabe bien de qué papel hablo, pero está claro que no va a ayudarme con la historia. Era un documento muy importante e íbamos a perder por no tenerlo. El caso iba a presentarse ante el tribunal… en su presencia, como suele decirse… y el viejo Rab Tull, el secretario del ayuntamiento, vino por última vez a buscar el papel que faltaba antes de que nuestro abuelo fuera a Edimburgo a asistir al juicio, así que había poco tiempo que perder. Rab era un tipo simplón y malhumorado, según he oído, pero era el secretario de Fairport, y los herederos de Monkbarns lo contrataron para sus asuntos legales, y así seguir relacionados con el ayuntamiento, ya sabe.

—Hermana Grizzel, esto es abominable —interrumpió Oldbuck—; por Dios, que en el tiempo que tardas en contar la introducción de un solo fantasma habrás despertado a las ánimas de todos los abades de Trotcosey desde tiempos de Waldimir. Aprende a ser breve en tu narración. Imita el estilo conciso del viejo Aubrey[98], un vidente experimentado que hablaba de los fantasmas con un tono mercantil, *exempli gratia*: «En Cirencester, 5 de marzo de 1670, hubo una aparición. Tras preguntarle si era un espíritu bueno o malo, en lugar de contestar, desapareció dejando un curioso perfume y emitiendo un gangueo extraño». *Vide* su libro *Miscellanies*, página

dieciocho, si no recuerdo mal, hacia la mitad de la página.

—Oh, Monkbarns, ¡qué hombre! ¿Crees que todo el mundo ha leído tanto como tú? Pero te gusta tratar a la gente como si fuera idiota. Pues hazlo con sir Arthur y con el mismísimo pastor.

—La naturaleza ha sido generosa conmigo, Grizzel, en estas dos cosas así como en otra que no nombraremos… Toma un vaso de cerveza, hermana, y sigue con tu historia o se hará tarde.

—Jenny está calentando tu cama, Monkbarns, y seguramente querrás esperar a que termine. Bueno, estaba contando la búsqueda de nuestro abuelo con ayuda del viejo Rab Tull, pero que me lleve el diablo si consiguieron lo que querían. Y así, después de vaciar un montón de bolsos de cuero llenos de papeles, el secretario necesitó un vaso de ponche para limpiarse el polvo de la garganta… Nunca hemos sido grandes bebedores en esta casa, señor Lovel, pero el tipo tenía la costumbre de beber con los concejales y con los diáconos, algo que ocurría casi todas las noches, al reunirse para discutir sobre el bien común del municipio, y no podía dormir bien sin beber. Así que se tomó el ponche, se fue a la cama y en mitad de la noche se despertó aterrorizado. Nunca volvió a ser el mismo, y la parálisis mortal que le sacudió aquella noche le persiguió durante años. Creyó oír señor Lovel, cómo corrían las cortinas, por lo que el pobre hombre fue a mirar creyendo que era el gato. Pero vio… Dios nos asista, me dan escalofríos aunque haya contado esta historia veinte veces… Vio a un caballero bastante viejo de pie junto a su cama, bajo la luz de la luna, vestido con extraños ropajes, con muchos botones y una banda, y esa parte de su traje que una mujer no sabe describir estaba llena de pliegues a lo largo y a lo ancho, como si fuera un capitán de Hamburgo. Además llevaba barba y patillas que apuntaban hacia arriba, hacia su labio superior, como los de un gato. Rab Tull contaba muchos más detalles que se me han olvidado ya… Es una historia muy antigua. Pues bien, Rab, que era un hombre valiente para ser un secretario de provincias, tenía menos miedo de lo que cabría esperar, así que le preguntó a la aparición qué quería. Y el espíritu contestó en una lengua desconocida. Entonces Rab probó en gaélico, ya que había pasado la infancia en Braes of Glenlivat, pero tampoco consiguió nada. Llegados a este punto intentó decir las dos o tres palabras que sabía de latín por hacer las escrituras municipales; en cuanto se dirigió al espectro en esta lengua, éste le soltó parrafadas enteras en latín; el pobre Rab Tull, que no era muy erudito, se sintió completamente abrumado. Es raro, pero el tipo recordó una palabra latina de las que le estaba diciendo. Al parecer el fantasma gritaba algo así como *carter, carter.*…

—*Carta*, no reformes el idioma —exclamó Oldbuck—; puede que mi antepasado no haya aprendido ninguna lengua en el otro mundo, pero por lo menos no habrá olvidado el latín que tanta fama le dio en éste.

—Bueno, bueno, será *carta*, pero los que me contaron la historia decían *carter*. Gritó *carta*, si es que fue eso lo que dijo, y le hizo señales a Rab para que le siguiera. Rab Tull, con auténtico valor escocés, saltó de la cama, se medio vistió y siguió al

espectro escaleras arriba hasta el lugar que llamamos el palomar, que no es otra cosa que una torreta en una esquina de la vieja casa donde había un montón de cajas y arcones inservibles; allí el fantasma le dio a Rab una patada con un pie y con el otro golpeó un cajón del armario que mi hermano tiene al lado de la mesa de la biblioteca. Entonces desapareció como humo de tabaco, dejando a Rab en una situación penosa.

—*Tenues secessit in auras* —citó Oldbuck—, verdaderamente, señor, *mansit odor*[99]… Sin embargo, el documento estaba en el cajón de aquel armario olvidado, así como otros muchos viejos y curiosos papeles, ahora bien etiquetados y ordenados, que parecen haber sido de mi antepasado, el primer dueño de Monkbarns. La escritura, hallada de forma tan curiosa, era la carta original de construcción de la abadía, de las tierras y demás posesiones de Trotcosey, que incluían Monkbarns y otras fincas otorgadas por favor real al primer conde de Glengibber, un favorito de Jacobo VI. Está suscrito por el rey en Westminster el día 17 de enero de 1612 o 1613. No vale la pena repetir los nombres de los testigos.

—Quisiera… —dijo Lovel con creciente curiosidad—. Quisiera saber su opinión sobre el modo en que el documento fue hallado.

—Si quisiera un patrón para mi leyenda, podría elegir nada menos que a san Agustín, que cuenta la historia de un difunto que se le apareció a su hijo, acusado de no saldar una deuda ya pagada, para mostrarle dónde estaba el recibo. Pero más bien opino lo mismo que lord Bacon, que dice que la imaginación es muy similar a la fe que obra milagros. Siempre se ha contado con ligereza que el cuarto estaba habitado por el espíritu de Aldobrand Oldenbuck, mi antetatarabuelo. Es una pena que en nuestra lengua no exista una forma menos patosa de expresar un parentesco que mencionamos y usamos con tanta frecuencia. Era un forastero y vestía su traje nacional, del que la tradición guardó una descripción precisa; y, por supuesto, hay un grabado suyo, supuestamente realizado por Reginald Elstracke, cuando accionaba la prensa con sus propias manos para estampar las páginas de la rara edición de las Confesiones de Augsburgo. Era químico además de buen mecánico, y ambas cualidades eran consideradas por lo menos magia blanca en aquella época y tiempo. El supersticioso escribano debió oír todo esto y probablemente creerlo, y seguramente, mientras dormía, relacionó la imagen de mi antepasado con el viejo armario que, como nuestros ancestros no mostraron interés o cuidado por las reliquias y la memoria de nuestra historia, había acabado en el palomar para no estorbar. Si a esto añade un *quantum sufficit*[100] de exageración, hallará la clave de todo el misterio.

—¡Oh, hermano, hermano! ¿Qué hay del doctor Heavystern? Su sueño se vio interrumpido con tanta amargura que afirmó que no pasaría otra noche en la Habitación Verde aunque le regalaran todo Monkbarns, así que Mary y yo nos vimos, obligadas a ceder nuestra…

—Bueno, Grizzel, el doctor es un alemán bueno, honrado y sencillo, un hombre que a su manera tiene grandes méritos, pero amigo de lo místico, como muchos de

sus conciudadanos. Ambos tuvisteis una conversación que duró toda una tarde y en ella tú oíste historias de Mesmer, Shropfer, Cagliostro[101] y otros amigos de los fantasmas y los tesoros escondidos a cambio de tus historias de la Habitación Verde. Y si pensamos que el *Illustrissimus* cenó una libra y media de filetes a la escocesa, se fumó seis pipas y bebió cerveza y coñac en abundancia, no me sorprende que tuviera una terrible pesadilla. Pero creo que ya está todo listo. Permítame que le ilumine el camino hasta su habitación, señor Lovel, sin duda lo necesitará. Estoy seguro de que mi antepasado será consciente de los deberes de la hospitalidad y no interferirá en el reposo que probablemente merece por su aguerrido comportamiento.

Diciendo esto, el anticuario cogió un candelero antiguo de plata maciza. Comentó que había sido forjado con plata encontrada en las montañas del Harz y que había sido propiedad del protagonista de la conversación. Con estas palabras, condujo a Lovel por muchos pasillos oscuros y enrevesados, ora ascendentes, ora descendentes, hasta llegar a la habitación destinada al joven invitado.

Capítulo x

ındo la noche el cielo sin luna
ende sobre nosotros su mortaja
mortales duermen, los espectros danzan
ılo los muertos deambulan;
; estas figuras nada me importan,
s fantasmas no me molestan,
s una visión más triste me acecha:
isión del goce vivido, que lejos queda.

WILLIAM ROBERT SPENCER[102]

Cuando llegaron a la Habitación Verde, Oldbuck colocó el candelero sobre el aguamanil que había delante de un enorme espejo con un marco lacado de negro, rodeado de cajones del mismo estilo, y echó un vistazo con una expresión algo turbada.

—Casi nunca entro en esta habitación —dijo—, y siempre me produce un sentimiento melancólico, por supuesto no por culpa de las niñerías que Grizzel le ha contado, sino por razones emotivas, algo que queda ya lejos. Es en momentos como éste, señor Lovel, cuando sentimos el paso del tiempo; los mismos objetos aparecen ante nosotros, las cosas inanimadas que mirábamos en la infancia, la impetuosa juventud y la intrigante madurez son permanentes e iguales, pero, cuando las miramos con la frialdad de la vejez, ¿es posible que, después del cambio sufrido en nuestro temperamento, nuestros objetivos, nuestros sentimientos, nuestro físico, nuestros miembros y nuestra fuerza, sigamos siendo los mismos? ¿Acaso no nos produce cierta sorpresa mirar hacia atrás y vernos a nosotros mismos como seres distintos de lo que somos ahora? El filósofo, que apeló al Filipo embriagado de vino en oposición al Filipo sobrio, no pudo haber elegido a un juez tan distinto; es como si hubiese apelado al Filipo joven en oposición al Filipo viejo. No puedo dejar de conmoverme ante un sentimiento tan hermosamente expresado en un poema que tantas veces he oído:

; ojos nublan lágrimas infantiles,
corazón está agitado,
s en mis oídos resuenan
ıores de días pasados.

es cuando llega la vejez,
cluso el más sabio entendimiento
a menos por lo que se lleva el tiempo
por lo que deja atrás.[103]

»Bueno, el tiempo cura cualquier herida, y aunque la cicatriz persista y haga daño de vez en cuando, no se vuelve a sentir la agonía de los primeros días.

Dicho esto, dio un cordial apretón de manos a Lovel, le deseó buenas noches y se

marchó.

Lovel oyó cada paso de su anfitrión mientras éste se iba alejando por los diversos pasillos; cada puerta que cerraba producía un ruido cada vez más sordo y distante. El huésped, separado de este modo del mundo animado, cogió el candelero e inspeccionó la habitación. El fuego brillaba con fuerza. La atenta señorita Grizzel había dejado algo de leña en caso de que quisiera avivar las llamas. La habitación parecía cómoda, aunque algo triste. Estaba revestida de tapices confeccionados en los telares de Arrás del siglo XVI que el maestro tipógrafo —tantas veces citado aquella noche— había traído consigo como muestra del arte continental. El motivo era una cacería; y, puesto que las frondosas ramas del bosque se extendían por todo el tapizado, el color predominante era el verde y de ahí procedía el nombre de la estancia. Adustos personajes, vestidos a la antigua moda flamenca, con jubones cubiertos de cintas, capas cortas y calzas, aparecían tirando de la correa de galgos y lebreles o animándolos a alcanzar el objetivo del juego. Otros, con picas, espadas y fusiles antiguos, atacaban a ciervos o jabalíes acorralados. Aves de todo género, pintadas con su plumaje correspondiente, abarrotaban las ramas del frondoso bosque. Parecía que la prolija y rica obra de Chaucer hubiera inspirado al artista flamenco por su profusión, y Oldbuck, en consecuencia, había hecho bordar en una especie de borde que había añadido al tapiz los siguientes versos del antiguo y excelente poeta en letras góticas:

rad! Aquí están los robles, altos cual tilos,
sus pies las hierbas, tan frescas
brotan y crecen ocho o nueve pies.
la árbol de su hermano creció,
ramas anchas, bien cargadas de hojas nuevas,
brotaron por los rayos del sol,
nas de un rojo dorado, otras brillantes y verdes.[104]

Y en el otro extremo se podía leer una leyenda semejante:

uchos ciervos y muchas ciervas
ía a mi alrededor.
cervatos, gamos y sus hembras
ba lleno el bosque, y muchos corzos
uchas ardillas saltarinas
o alto de los árboles nueces comían.[105]

La cama era de color verde oscuro y apagado para combinar con el tapiz, pero de factura más moderna y menos hábil. Las sillas, grandes y macizas, tenían respaldo de ébano negro y estaban tapizadas con los mismos motivos; el majestuoso espejo, colocado sobre la chimenea, iba a juego con un antiguo tocador.

«He oído decir —pensó Lovel mientras observaba la curiosa dependencia y sus muebles— que los fantasmas suelen elegir la mejor habitación de una mansión para aferrarse a ella, y no puedo dudar del buen gusto del incorpóreo impresor de las

Confesiones de Augsburgo.» Pero le costó tanto concentrarse en las historias que le habían contado de una habitación con la que parecían mantener tan singular correspondencia que casi se arrepintió de carecer de esos sentimientos agitados, esa mezcla de miedo y curiosidad que se aviene con las viejas leyendas de terror y sorpresa, ya que la inquieta realidad de sus propias e irresistibles pasiones le apartaba de ellas.

ı, cruel dama que me has cambiado
umor y el pensamiento!
corazón, por ti a todo ajeno,
ero como tú se ha vuelto.[106]

Se esforzó por experimentar algo parecido a las emociones que, en otras circunstancias, habrían sido que requería su situación, pero su corazón no tenía sitio para estos caprichos de la fantasía. El recuerdo de la señorita Wardour, decidida a no hacerle caso cuando se veía obligada a estar en su compañía, dejando claro su deseo de guardar las distancias, ocupaba completamente su pensamiento. Pero a esto se sumaban recuerdos más agitados y menos dolorosos: su salvación casi milagrosa en el acantilado, la oportuna ayuda que él le pudo brindar. Sin embargo, ¿cuál había sido su recompensa? Ella se había ido del acantilado cuando el destino de Lovel seguía siendo dudoso, cuando aún no sabía si su salvador había perdido la vida después de haberla puesto en peligro por ella. Sin duda, si ella tuviera un mínimo de interés por su destino, él habría recibido al menos cierta gratitud de su parte. Pero no, el orgullo o la injusticia no podían ser cualidades suyas. Ella solo quería cerrar la puerta a la esperanza y apagar —movida seguramente por compasión— una pasión que no podía corresponder.

Pero este razonamiento de enamorado no lograría reconciliarle con su destino, pues, cuanto más amable imaginaba a la señorita Wardour, mayor desconsuelo sentía al ver arruinadas sus esperanzas. Era consciente de que podía vencer algunos de los prejuicios de ella, pero aun así estaba decidido a aferrarse a su postura original: antes de darle una explicación tenía que estar seguro de que ella quisiera recibirla. Si actuaba de este modo, su actitud no podría considerarse desesperada. Hubo cierta vergüenza y mucha sorpresa en su mirada cuando Oldbuck les presentó y, quizá, pensándolo mejor, una cosa era para ocultar la otra. No iba a renunciar a una búsqueda que ya le había causado tanto dolor. En su cabeza se sucedía un plan tras otro, todos acordes con el romántico humor del entendimiento que los albergaba, tan endebles e inestables como una mota en un rayo de sol; había transcurrido mucho tiempo desde que se había acostado, pero se resistía al descanso que tanto necesitaba. Después, harto de la incertidumbre y de las dificultades que presentaba cada ardid, decidió sacudirse ese amor «como gotas de rocío de la melena del león»[107] y retomar los estudios y la carrera que su afecto no correspondido había interrumpido. Con esta última resolución decidió también fortalecerse con cada argumento que le

sugiriesen el orgullo y la razón.

«No pensará —se dijo a sí mismo— que por el servicio accidental que les he ofrecido tanto a su padre como a ella pretendo inmiscuirme en su familia, de la que no me considera digno. No volveré a verla. Volveré a mi tierra, donde hallaré mujeres igual de bellas y menos altivas que la señorita Wardour. Mañana me despediré de estas costas septentrionales y de esta mujer, tan fría e implacable como su clima.»

Después de meditar un tiempo esta dura decisión, el cansancio se apoderó de él y, a pesar de la ira, la duda y la ansiedad, se durmió.

El sueño casi nunca es profundo o reparador después de tan violenta agitación. El de Lovel se vio turbado por miles de visiones infundadas y confusas. Primero se vio a sí mismo convertido en un pájaro, después en pez, y volaba como el uno y nadaba como el otro (ambas cualidades habrían sido muy útiles apenas unas horas antes). Después vio a la señorita Wardour trasformada en una sirena o un ave del paraíso; su padre era un tritón o una gaviota; el señor Oldbuck cambiaba de marsopa a cormorán. Estas imágenes curiosas se mezclaban con los caprichos típicos del sueño febril, el aire se negaba a sostener a Lovel, el agua parecía quemarle, las rocas semejaban almohadas cuando chocaba contra ellas, todo lo que hacía acababa fracasando de forma inesperada, y cualquier cosa que llamara su atención sufría una metamorfosis extraordinaria en cuanto él mostraba cierto interés por ella. Su cabeza era en cierto modo consciente de las alucinaciones y trataba de despertarse, en vano, para liberarse de ellas. Todos estos síntomas febriles son muy familiares para aquellos a quienes atormenta el demonio nocturno o Efialtes, como lo suelen llamar los más leídos. Al final, tan burdas alucinaciones fueron convirtiéndose en cosas más normales; si bien también es posible que la imaginación de Lovel —que no era precisamente su facultad mental menos fecunda— fuese ordenando la escena al despertarse, de forma gradual, inapreciable e involuntaria, diferenciándola de la escena aparecida en sus sueños. O quizá fuese su agitación febril la que le ayudó a formar esa visión.

Dejando esta discusión a los más versados, digamos que después de la sucesión de imágenes extrañas que ya hemos descrito, nuestro héroe, pues así tenemos que considerarlo, fue recuperando la conciencia del lugar donde estaba y todo el mobiliario de la estancia se fue dibujando ante él. En este punto y, en alusión a los miembros de esta generación escéptica y perspicaz que quizá conserven algún retazo de fe antigua y que habrían suscrito que lo que sigue a continuación apareció realmente ante los ojos de Lovel y no fue fruto de su imaginación, permítanme aclarar que no seré yo quien impugne dicha doctrina. Lovel estaba o imaginaba estar despierto en la Habitación Verde, mirando las temblorosas y esporádicas llamas que se desprendían de un tronco que poco a poco se iba deshaciendo en forma de ascuas rojas. De forma inconsciente, la leyenda de Aldobrand Oldenbuck y sus misteriosas visitas a los huéspedes de aquella habitación despertó su pensamiento y con él, como suele ocurrir en sueños, una expectación viva y temerosa que suele conducir a la aparición del objeto de nuestros temores. En la chimenea, las chispas empezaron a

brillar con más intensidad, hasta iluminar toda la habitación. El tapiz ondeó con violencia sobre la pared de modo que sus oscuras figuras parecieron cobrar vida. Los cazadores tocaban los cuernos, el venado parecía volar, el jabalí se resistía y los perros asediaban a uno y perseguían al otro; el grito del ciervo se mezclaba con los ladridos de los perros, las voces de los hombres y el chacoloteo de los cascos de los caballos parecían envolver a Lovel; todos los personajes cumplían con furia el papel que el artista les había asignado en la cacería. Lovel observó esta extraña escena sin asombro (el cual pocas veces se entromete en la imaginación de quien duerme), pero con una inquietante sensación de miedo. Al final, una figura entre los cazadores de tela empezó a mirarlo fijamente; pareció abandonar el Arrás y se acercó a la cama del durmiente. A medida que se aproximaba, la figura parecía cambiar. El cuerno de caza se convirtió en un volumen cerrado con broches; su gorra se transformó en el típico tocado voluminoso de los burgomaestres de Rembrandt; su vestido flamenco no cambió, pero sus rasgos, que ya no se agitaban por la furia de la cacería, adoptaron una compostura tan temible y severa como la del primer propietario de Monkbarns, según había sido descrito aquella tarde por sus descendientes. En el curso de la metamorfosis, el alboroto de los demás personajes del tapiz desapareció de la visión del durmiente, que ahora dedicaba toda su atención a la figura que tenía delante. Lovel se propuso interrogar a esta temible persona con el tono de exorcismo que tal ocasión merecía, pero su lengua, como suele ocurrir en las pesadillas, se negó a actuar y se le quedó pegada al paladar. Aldobrand alzó el dedo pidiendo silencio al huésped que ocupaba su habitación. Abrió el antiguo libro que llevaba en la mano izquierda. Una vez abierto, buscó rápidamente entre sus páginas y, sosteniendo el volumen con la misma mano, mostró a Lovel un pasaje en la página elegida. A pesar de que estaba escrito en una lengua desconocida para el joven, sus ojos y su atención cayeron bajo el poder de la línea que el espectro señalaba; las palabras produjeron un resplandor sobrenatural y quedaron grabadas en su memoria. Cuando el espectro cerró el volumen, el son de una música maravillosa envolvió el dormitorio. Lovel se estremeció y se despertó por completo. Sin embargo, la música seguía sonando. No tardó mucho en distinguir aquella vieja melodía escocesa.

Se sentó en la cama e intentó librarse de las fantasías que lo habían perturbado durante la noche. Los rayos de sol empezaban a entrar a través de los postigos a medio cerrar, iluminando de forma más clara la estancia. Observó las telas de las paredes, pero los diversos grupos de cazadores bordados en seda estaban tan estáticos como los había dejado el ganchillo, y solo temblaban ligeramente por la brisa de la mañana que se deslizaba sobre ellos y se abría paso a través de una grieta en la ventana enrejada. Lovel saltó de la cama y, enfundándose en una bata dispuesta atentamente junto al lecho, avanzó hacia la ventana que daba al mar, cuyo rumor trajo a su memoria la ruidosa tormenta de la tarde pasada, aunque la mañana era tranquila y serena. Había una ventana entreabierta en una torreta que formaba un ángulo con la pared de la habitación de Lovel; de ella surgía la misma música que había

interrumpido su sueño. Su carácter misterioso perdió parte de su encanto; ahora no era más que una melodía interpretada pasablemente al arpa. Así es el capricho de la imaginación con las bellas artes. Una voz femenina cantaba con buen gusto y sencillez algo a caballo entre canción e himno. Decía:

or qué estás aún en esa ruinosa sala,
viejo serio y gris?
caso recuerdas su pasada gloria,
ensas en cómo se marchitó?»

o me conoces! —respondió la Voz Profunda—.
tas veces querido, tan a menudo despreciado…
he sido en tu voluble orgullo
eado, ignorado y acusado?

nte mi aliento, como lino en llamas,
ombre y sus maravillas desaparecen;
s imperios menguan o crecen,
veo nacer, florecer y marchitarse.

rovecha mis horas, queda poco,
ntras en el reloj tiembla aún la arena;
nitas serán las alegrías o las penas
ndo el TIEMPO y tú os vayáis para siempre.»

La canción aún no había terminado cuando Lovel regresó a la cama; las ideas que aquellos versos habían despertado eran gratas y románticas, muy en consonancia con el gusto de su espíritu; posponiendo voluntariamente la dudosa tarea de determinar su futura estrategia, se dejó llevar por una agradable languidez inspirada por la música, cayendo en un profundo y reparador sueño del que se despertó más tarde, cuando el viejo Caxon entró en el dormitorio para ofrecerse como ayudante de cámara.

Al percatarse de que Lovel estaba despierto, el viejo le dijo:

—He cepillado su abrigo, señor, el que han traído esta mañana de Fairport, ya que el que llevaba puesto ayer todavía no está seco, a pesar de haber estado toda la noche junto al fuego de la cocina. También he dado lustre a sus zapatos. Dudo que desee que le arregle el pelo, porque —añadió con un suspiro— todos los jóvenes llevan ahora el pelo corto, pero tengo las tenacillas por si quiere que le haga un rizo en el flequillo antes de que baje con las damas.

Lovel, que para entonces ya estaba listo, rechazó los servicios del viejo profesional con tanta *douceur* que embelesó por completo al mortificado Caxon.

—Es una pena que no lleve el pelo recogido y empolvado —dijo el viejo *friseur*[108] cuando regresó a la cocina, lugar donde pasaba tres cuartas partes de su tiempo libre, es decir, todo el tiempo—. De verdad que es una pena, porque es un joven muy atractivo.

—Ya basta, viejo idiota —dijo Jenny Rintherout—. ¿Cubrirías su hermoso cabello castaño con tu sucio aceite para dejarlo como la peluca del viejo pastor? ¿Por qué no te tomas el desayuno? Toma, aquí tienes gachas de avena. Seguro que se te

dan mejor esto y la nata que la cabeza del señor Lovel. Arruinarías la cabeza más natural y hermosa que el municipio y el condado de Fairport hayan visto jamás.

El pobre barbero suspiró ante el descrédito universal en el que había caído su arte, pero Jenny era una persona demasiado importante para ofenderla con protestas; se sentó en silencio en la cocina y se tragó a la vez la humillación y un gran cuenco de gachas de avena.

Capítulo XI

eces cree que es el Cielo
ue estas maravillas envía:
ıs veces que es la imaginación,
reliquias dispersas del día.[109]

Tenemos que pedir a nuestros lectores que se dirijan a la sala de desayuno del señor Oldbuck, quien, despreciando los modernos brebajes del té y del café, estaba regalándose sustanciosamente, *more majorum*[110], con carne asada fría y un vaso de una especie de bebida llamada *mum*, una cerveza densa fabricada con trigo y hierbas amargas desconocida para las nuevas generaciones, excepto nominalmente por su aparición en las cuentas del Parlamento, donde aparece junto a la sidra, la perada y otros productos sujetos a impuestos. Lovel sintió la tentación de probarla; la encontró repugnante, pero logró frenar sus deseos de manifestarlo para no ofender a su anfitrión, que cuidaba la producción de la bebida cada año con especial cuidado, siguiendo la receta que el famoso Aldobrand Oldenbuck le había legado. La hospitalidad femenina ofreció a Lovel un desayuno más acorde con el gusto moderno y, mientras le hacía justicia, fue asediado por preguntas indirectas sobre cómo había pasado la noche.

—No podemos felicitar al señor Lovel por su aspecto esta mañana, hermano. Pero dudo que quiera compartir con nosotros si ha tenido motivo de disgusto durante la noche. Estoy segura de que está pálido, y cuando vino estaba fresco como una rosa.

—Hermana, piensa que esta rosa tuya fue zarandeada por el mar y el viento toda la tarde de ayer como si fuera un alga enmarañada. ¿Cómo diablos quieres que tenga color?

—Lo cierto es que aún me siento cansado —dijo Lovel—, a pesar de los excelentes cuidados que me ofrecen con su hospitalidad.

—¡Ah, señor! —exclamó la señorita Oldbuck mirándole con lo que parecía o debía parecer una sonrisa de complicidad—. Su educación no le permitirá compartir con nosotros ninguna inconveniencia.

—Realmente, señora, no he sufrido perturbación alguna, ya que así no llamaría a la música con la que algún hada me ha favorecido.

—Me preguntaba si Mary le despertaría con sus chillidos; ella no sabía que yo había dejado la ventana de la Habitación Verde entreabierta; fantasma aparte, es un cuarto que no se airea bien ni en los días de viento. Pero creo que anoche oyó usted algo más que el cantar de Mary. Bueno, los hombres son seres fuertes, pueden sobrellevar lo que sea. Yo estoy segura de que, si hubiera tenido que enfrentarme a cosas de esa naturaleza, es decir, del más allá, me habría puesto a gritar al instante, habría despertado a toda la casa sin pensar en las consecuencias. Y me atrevo a decir que el pastor habría hecho lo mismo, como ya le dije en su momento. No sé de nadie

que pueda pasar por algo así aparte de mi hermano, el mismo Monkbarns, y usted, señor Lovel.

—Un hombre tan versado como el señor Oldbuck, señora, no podría haber pasado por lo mismo que aquel caballero de las Tierras Altas que mencionó usted ayer.

—Exacto, exacto, ahí es donde está el quid de la cuestión. En la lengua. Tiene su propia forma de hacer que ese tipo de demonios se alejen de él como si fuese Gedeón y ellos madianitas[111], como diría el señor Blattergowl; solo una persona podría ser maleducada con un antepasado suyo, aunque fuera un fantasma. Seguramente pruebe la receta que una vez me mostraste en un libro, hermano, si alguien vuelve a dormir en esa habitación. Aunque desde el punto de vista de la caridad cristiana, más nos valdría arreglar el dormitorio. Está muy húmedo y oscuro, por supuesto, pero es que no solemos necesitar una cama de más.

—No, no, hermana, la humedad y la oscuridad son mucho peor que los espectros: los nuestros son espíritus de luz. Y no me importaría que probaras tu conjuro.

—Lo haría con gusto, Monkbarns, si tuviera los ingredientes, como los llama mi libro de cocina. Lleva verbena y eneldo, todavía me acuerdo. Davie Dibble seguro que sabe encontrar estas plantas, aunque puede ser que les dé nombres latinos. También lleva hierbabuena, y tenemos bastante…

—¡Hierba de san Juan, mujer estúpida! —bramó Oldbuck—. ¿Crees que estás haciendo *haggis*[112]? ¿O crees que un espíritu, aunque compuesto de aire, puede ser expulsado con una receta contra el viento? Esta sabia Grizzel, señor Lovel, recuerda con más o menos precisión un encantamiento del que una vez hablé y que aparentemente le tocó la fibra supersticiosa. Por eso lo recuerda mejor que cualquier cosa útil que yo haya podido decir en los últimos diez años. Pero muchas mujeres viejas aparte de ella…

—¡Mujer vieja! Monkbarns —dijo la señorita Oldbuck alzando la voz por encima de su habitual tono sumiso—, eres peor que maleducado conmigo.

—No más de la cuenta, Grizzel; sin embargo, no me incluyo en la misma clase de personalidades, desde Jamblichus hasta Aubrey, que han perdido el tiempo inventando remedios para enfermedades que no existen. Pero espero, joven amigo, que, esté o no encantada, con la hierba de san Juan,

verbena y con eneldo detendrá
s brujas y su mal.

»O quizá quede desarmado e indefenso en el interior del mundo invisible y decida quedarse otra noche en los terrores de la habitación encantada y otro día en compañía de sus fieles amigos.

—Ojalá pudiera, pero…

—No, no habrá peros que valgan. Lo deseo de verdad.

—Se lo agradezco mucho, querido señor, pero…

—Fíjese, ha vuelto a decir «pero». Odio los «peros». No conozco expresión

alguna en la que pueda aparecer de forma amable, excepto el pero en botánica. El «no» es de personas honradas que dicen lo que piensan a la primera. «Pero» es una conjunción sospechosa, evasiva, mestiza e indefinida que le quita a uno la copa cuando roza los labios,

atenúa
buenas palabras precedentes… ¡Fuera ese «pero»!
«pero» es como un carcelero que hace avanzar
gún malhechor espantoso.[113]

—Bueno —contestó Lovel, cuyos próximos pasos aún no estaban definidos—, no quiero que recuerde mi nombre junto a tan grosera práctica. Me temo que pronto tendré que marcharme de Fairport y espero, ya que tal es su voluntad, poder aprovechar la oportunidad de quedarme otro día aquí.

—Y será recompensado, muchacho… En primer lugar, verá la tumba de John de Girnell, y después pasearemos por las dunas cuando nos hayamos cerciorado del estado de la marea, pues no queremos más aventuras al estilo de Peter Wilkins ni más obras como las de Glum y Gawrie[114]. Por ese camino llegaremos hasta el castillo de Knockwinnock para averiguar cómo se encuentran el viejo caballero y mi bella enemiga. Será lo más cortés, y después…

—Disculpe, señor, pero es posible que sea mejor posponer la visita a mañana. Ya sabe que soy un forastero.

—Precisamente por eso tiene la obligación de ser más cortés. Pero pido disculpas por mencionar una palabra que quizá solo sea propia de un coleccionista de antigüedades. Ya sabe que soy de la vieja escuela,

cuando los pretendientes galopaban cuatro condados
a ver a sus hermosas parejas de baile,
speraban humildemente que no se resfriasen.

—Bueno, si… si… si usted cree que es de recibo, pero creo que es mejor que me quede.

—No, no, amigo mío, tampoco soy tan antiguo como para obligarle a hacer algo que le desagrade. Me basta con ver que hay alguna *remora*, alguna causa de retraso, algún impedimento del que no tengo derecho a preguntar. Quizá siga usted cansado. Estoy seguro de que puedo entretener su intelecto sin fatigar sus miembros, yo mismo soy enemigo de los grandes esfuerzos: un paseo diario por el jardín es ejercicio suficiente para cualquier ser pensante; solo un idiota o un cazador de zorros necesita más. Bueno, ¿qué vamos a hacer? Quizá repasar mi ensayo sobre castrametación, pero lo tenía *in petto*[115] para la conversación de la tarde. Puedo mostrarle la controversia entre Mac-Cribb y yo sobre los poemas de Ossian[116]. Yo estoy del lado del agudo investigador de las Orcadas[117], el del lado de los que defienden su autenticidad. La polémica comenzó con palabras suaves, untuosas y femeninas, pero

ahora se está volviendo cada vez más amarga y encarnizada. Se parece al estilo del viejo Escalígero[118]. Me temo que el asunto acabará oliendo igual que la historia de Ochiltree. Pero, en el peor de los casos, tengo con él una conversación pendiente sobre el Antígono robado. Puedo enseñarle su última carta y mi respuesta. Cambia de opinión como una veleta.

Al decir esto, el anticuario abrió un cajón y empezó a revolver entre un variado montón de papeles antiguos y modernos. Pero este sabio caballero (al igual que otros más o menos cultos) solía experimentar en estos casos, para su desgracia, lo que Arlequín llama *l'embarras des richesses*, es decir, la abundancia de su colección con frecuencia le impedía encontrar lo que buscaba.

—¡Malditos papeles! —exclamó mientras los revolvía—. Parece que se ponen alas de saltamontes y se van volando. Pero, mientras tanto, observe este pequeño tesoro.

Dicho esto, cogió con las manos una caja de roble decorada en las esquinas con rosas de plata y tachuelas.

—Por favor, ábrala —dijo mientras miraba cómo Lovel intentaba torpemente abrir el broche. Cuando lo logró, vio en su interior un libro delgado en holandesa, encuadernado de forma curiosa con cuero negro—. Observe, señor Lovel, es la obra de la que le hablé anoche, el raro volumen de las Confesiones de Augsburgo, pilar y baluarte de la Reforma, redactado por el venerable Melanchthon, protegido por el elector de Sajonia y otros corazones valientes que se alzaron por su fe contra un poderoso y victorioso emperador, e impreso por el no menos venerable y digno Aldobrand Oldenbuck, mi antepasado, durante los ataques aún más tiránicos de Felipe II por suprimir de un plumazo la libertad civil y religiosa. Sí, señor, aquel eminente personaje fue expulsado de su desagradecido país por imprimir esta obra, por lo que tuvo que instalarse con sus dioses del hogar aquí, en Monkbarns, junto a las ruinas de la superstición y la dominación papal. Observe su venerable efigie, señor Lovel, y aprecie la honorable actividad que desempeña en ella, pues trabajó personalmente en la imprenta por la difusión del conocimiento cristiano y político. Lea su lema, prueba de su independencia y de la confianza que tenía en sí mismo, pues desdeñaba cualquier patrocinio y todo lo que se gana sin mérito. Expresa también la firmeza mental y la tenacidad de su determinación, como recomendaba Horacio; sin duda era un hombre que se habría mantenido firme aunque hicieran pedazos su imprenta, sus prensas, sus fuentes, sus letras mayúsculas y minúsculas. Cada impresor tenía su propio lema cuando empezó a practicarse este ilustre arte, así que lea el suyo. Mi antepasado se expresaba con la frase teutónica *Kunst macht Gunst*, es decir, la habilidad o la prudencia que empleemos en servirnos de nuestros talentos naturales ganarán favor y apoyo aun donde se encuentren el prejuicio y la ignorancia.

—Y ¿ése —preguntó Lovel después de un momento en silencio para reflexionar — es el significado de estas palabras alemanas?

—Indudablemente. Mi antepasado era consciente de su valor interior y de la eminencia y utilidad del honorable arte que practicaba, y lo aplicaba apropiadamente, como usted podrá observar. Ya he dicho que cada impresor de la época tenía su propio lema, del mismo modo que los valientes caballeros de la época, que frecuentaban justas y torneos. Mi antepasado se enorgullecía tanto del suyo como si lo hubiera levantado en un campo de batalla recién conquistado, aunque hablaba de la difusión del conocimiento no del derramamiento de sangre. Sin embargo, una tradición familiar afirma que lo adoptó por circunstancias más románticas.

—Dígame, señor, ¿cuál fue la razón?

—Pues contarla reduciría en cierto modo la fama de mi antepasado como hombre prudente y sabio… *Sed semel insanivimus omnes*, es decir, todos hacemos el idiota alguna vez. Cuentan que mi antepasado, durante su aprendizaje con el descendiente del viejo Fust, a quien la tradición popular mandó al diablo con el nombre de Fausto, se sintió atraído por una mala mujer, la hija de su maestro, llamada Bertha. No sé si se entregaron alianzas o si se celebró alguna estúpida ceremonia, como suele hacerse en esos casos en los que se promete amor verdadero, y después Aldobrand se marchó de viaje por Alemania para convertirse en un buen *Handwerker*, pues era costumbre entre los mecánicos de la época recorrer el Imperio y trabajar una temporada en todas las ciudades más importantes antes de instalarse permanentemente. Era una costumbre sabia, ya que los viajeros, al llegar a las ciudades, eran recibidos como hermanos por quienes se dedicaban a la misma industria, conscientes de que iban a aprender o a enseñar. Cuando mi antepasado regresó a Núremberg, descubrió que su maestro había muerto y que dos o tres jóvenes pretendientes (algunos, hijos de familias nobles muertas de hambre) deseaban casarse con *Jungfrau* Bertha, que presuntamente había recibido de su padre una dote que podía tener hasta dieciséis divisiones en el escudo de armas. Pero Bertha, que no era un mal ejemplo de mujer, juró que solo se casaría con un hombre que supiera utilizar la prensa de su padre. En esa época, aquella habilidad era tan rara como maravillosa; además, el recurso le sirvió para librarse de un plumazo de casi todos sus pretendientes, tan gentiles todos ellos, ya que habrían manejado del mismo modo una varita mágica y un componedor. Algunos tipógrafos corrientes lo intentaron, pero ninguno contaba por completo con la pericia. Creo que le estoy cansando.

—En absoluto. Por favor, continúe, señor Oldbuck. Le escucho con enorme interés.

—¡Ah! Es una tontería. Pues bien, Aldobrand llegó vestido con un traje corriente, es decir, con el atuendo de un impresor viajero, el mismo con el que había recorrido Alemania y conversado con Lutero, Melanchthon, Erasmo y otros sabios que supieron valorar su conocimiento y el poder que tenía para difundirlo, aunque se ocultara bajo un aspecto tan humilde. Pero lo que parecía respetable ante los ojos de la sabiduría, la religión, la cultura y la filosofía tenía un aspecto claramente malvado y desagradable ante los de las estúpidas y afectadas mujeres. Bertha se negó a

reconocer a su antiguo enamorado vestido con un viejo jubón, una gorra de piel, unos zapatos claveteados y un delantal de cuero de artesano o mecánico. Él solicitó el privilegio de ser admitido en la prueba y, después de que los demás pretendientes se negaran a participar o hubieran hecho un trabajo ilegible incluso para el mismo diablo, todos los ojos cayeron sobre el forastero. Aldobrand avanzó graciosamente, colocó los tipos sin omitir una sola letra, coma o guión, las prensó sin descolocar ni un solo espacio y sacó la primera impresión tan limpia y correcta que parecía una tercera prueba. Todos aplaudieron al sucesor del inmortal Fausto. La joven, avergonzada, reconoció su error por confiar más en los ojos que en el intelecto, y el elegido novio desde entonces decidió usar en su imprenta la apropiada expresión «La habilidad gana el favor». Pero ¿qué le ocurre? ¿Por qué está tan pensativo? Venga, ya le dije que esta conversación carece de importancia para personas inteligentes. Ya tengo a mano la polémica ossiánica.

—Le pido disculpas —dijo Lovel—, ya que va pensar que soy un necio de ideas volubles, señor Oldbuck, pero ¿realmente cree que sir Arthur espera que le haga una visita para cumplir con las normas de cortesía?

—Bueno, bueno, puedo disculparle en su nombre; si tiene que marcharse con tanta prisa como dice, ¿qué más da lo que piense de usted? Le advierto de que el ensayo sobre castrametación es un tema prolijo que ocupará toda la sobremesa, así que tendremos que abandonar la polémica ossiánica si no le dedicamos la mañana. Podemos cobijarnos bajo el perenne verdor de mi emparrado, junto a aquel acebo, donde disfrutaremos del *fronde super viridi*[119].

ıtemos, ¡oh! al verde acebo,
s la amistad es falsa y el amor, locura.

»Pero cuidado —prosiguió el caballero—, que ahora que me fijo en usted creo que ha cambiado de idea. Amén, con todo mi corazón. No me opongo a la voluntad de nadie siempre que no se oponga a la mía, y, si lo hace, que ande con mucho ojo. Entonces, ¿qué dice? Si puede descender a una esfera tan humilde, hable en la lengua del mundo y de sus seres, ¿vamos o nos quedamos?

—Lo diré en la lengua del egoísmo, que es por supuesto la lengua del mundo: vayamos, sin duda.

—Amén, amén, como diría el conde Marshal —respondió Oldbuck cambiando sus zapatillas por un par de zapatos de caminar con polainas de tela negra o *cutikins*, como decía él. Solo interrumpió el paseo para desviarse y ver la tumba de John de Girnell, recordado como el último bailío de la abadía que residió en Monkbarns. Bajo un viejo roble, sobre una loma que descendía apaciblemente hacia el sur, con vistas lejanas al mar, a dos o tres prósperas fincas y al Mussel-crag, había una lápida cubierta de musgo en memoria de aquel respetable hombre; en las borrosas letras de una inscripción, según afirmaba el señor Oldbuck (algo dudoso para muchos), podía leerse lo siguiente:

ıí yace John de Girnell.
ierra tiene su cáscara y el cielo su almendra.
su tiempo las gallinas daban huevos a las damas
s hijos no faltaban en el corazón del hombre bueno.
idía en cinco partes la cerveza,
tro para la santa Iglesia y una para las esposas pobres.

—Puede ver la simpleza del autor de estos elogios sepulcrales… Nos habla de la honradez de John, que podía dividir una medida en cinco, y no en cuatro, como suele hacerse; daba la quinta parte a las mujeres de la parroquia y distribuía las otras cuatro entre el abad y el cabildo. Además dice que en su tiempo las gallinas de las mujeres siempre ponían huevos. No podrían quejarse, porque se quedaban con la quinta parte de la renta de la abadía. Y el honrado corazón de los hombres era siempre bendecido con un vástago, un añadido al milagro que él, igual que yo, consideraría perfectamente descabellado. Pero sigamos, dejemos a John de Girnell y paseemos por la amarilla arena; el mar, cual enemigo repelido, se está retirando del campo donde nos dio batalla anoche.

Dicho esto, se encaminó hacia las dunas. En los campos que había cerca se podían ver cuatro o cinco casitas habitadas por pescadores cuyos barcos, varados en la playa, exhalaban el hediondo vapor de la brea derritiéndose al sol abrasador. El olor se mezclaba con el de las tripas de pescado y otros despojos que solían amontonarse alrededor de las cabañas escocesas. Impasible ante esta abominación de complejos vapores, una mujer de mediana edad, con el rostro sesgado por mil tormentas, arreglaba una red sentada a la puerta de una de las cabañas. Llevaba un pañuelo atado a la cabeza y un abrigo que parecía pertenecer a un hombre, ya que le otorgaba un aspecto masculino, acentuado por su gran estatura y fuerte voz.

—¿Qué va a ser hoy, señor? —preguntó a Oldbuck casi gritando—. Tengo abadejos, pescadillas, un rodaballo y un lumpo.

—¿Cuánto por el rodaballo y el lumpo? —preguntó el anticuario.

—Cuatro chelines y seis peniques —contestó la nereida.

—Cuatro demonios y seis diablillos —replicó el anticuario—. ¿Crees que estoy loco, Maggie?

—¿Usted se piensa —exclamó la virago poniendo los brazos en jarras— que mi macho y mis niños van a salir a faenar estando la mar como está, y encima no van a ganar nada por el pescado, Monkbarns? No es pescado lo que está pagando, sino la vida de unos hombres.

—Bueno, Maggie, te propongo un trato: te doy un penique por el rodaballo y el lumpo, y seis peniques por el resto, y así tu pescado estará bien pagado y el viaje de tu macho, como dices, y de tus hijos no será en balde.

—El día que el barco choque contra Bell-Rock sí que va a ser un viaje en balde. ¿Un penique por dos peces tan hermosos? ¡Ni pensarlo!

—Bueno, bueno, mujer, lleva tu pescado a Monkbarns a ver qué te puede dar mi hermana a cambio.

—No, no, Monkbarns, mejor malo conocido… Mejor trato con usted, porque, aunque es muy agarrado, la señorita Grizzel lo es más —y, ablandando el tono, añadió—: Se los vendo por tres chelines y seis peniques.

—¡Dieciocho peniques o nada!

—¡¡¡Dieciocho peniques!!! —exclamó la mujer aumentando asombrada el tono, que decayó en una especie de compungido lloriqueo cuando vio que el comprador se disponía a marcharse—. ¿Ya no quiere el pescado? —Y, en voz más alta, al ver que se marchaba, añadió—: Se los daré, y… y… Y media docena de cangrejos para la salsa por tres chelines y un trago de whisky.

—Por media corona, Maggie, y un trago.

—Bueno, pues no se hable más, como el señor diga, pero un trago vale mucho ahora que la destilería ha cerrado.

—Y espero que nunca vuelva a abrir —dijo Oldbuck.

—Sí, sí, es fácil para usted y la gente de su posición decir eso, que tienen cerveza y abundancia, fuego y provisiones, carne y ropa, y están tan a gusto y cómodos en sus hogares. Pero si usted necesitase fuego, y carne y ropa seca y se estuviera muriendo de frío con el corazón apenado, que es lo peor de todo, y tuviera dos peniques en el bolsillo, ¿no querría un traguito de whisky y poder sentir al menos que tiene combustible, ropa, cena y tranquilidad en el corazón hasta el día siguiente?

—De verdad te debo una disculpa, Maggie. ¿Ha salido tu marido hoy al mar, después del esfuerzo de anoche?

—Así es, Monkbarns, se fue esta mañana a las cuatro, cuando el mar espumaba y crecía como si tuviera levadura tras los vientos de ayer; el bote bailaba como un corcho.

—Es un hombre trabajador. Lleva el pescado a Monkbarns.

—Eso haré, o mandaré a la pequeña Jenny, que corre más rápido. Pero le pediré el trago a la señora Grizzy yo misma y diré que usted me envía.

Una criatura indescriptible que podría haberse confundido con una sirena, que chapoteaba en una charca entre las rocas, volvió a tierra llamada por los gritos de su madre y, después de adecentarse, como dijo su madre (es decir, después de ponerse una capa corta y roja sobre un traje que apenas le cubría por encima de las rodillas), la niña partió con el pescado en una cesta y con la petición de Monkbarns de que estuviera todo listo para la cena.

—Las mujeres de mi familia —dijo Oldbuck con autocomplacencia— habrían tardado mucho más en conseguir un precio tan bueno de ese hueso duro de roer. Algunas veces discuten con ella una hora en la ventana de mi estudio como tres gaviotas chillando en un vendaval. Pero pongámonos en marcha ya hacia Knockwinnock.

Capítulo XII

endigo? El único hombre libre de la comunidad,
:o libre en la libre Escocia,
ıo a religión, gobierno y leyes,
› a sus costumbres obedece.

RICHARD BROME[120]

Con el permiso de nuestros lectores, adelantaremos al lento pero firme anticuario, cuyo paso se retrasaba considerablemente, ya que se paraba una y otra vez para señalar a su compañero algo sorprendente en el paisaje, o para hacer mayor hincapié en algún asunto de lo que el ejercicio de andar permitía.

A pesar de las fatigas y peligros de la tarde anterior, la señorita Wardour logró levantarse a la hora habitual y dedicarse a sus quehaceres cotidianos después de calmar la preocupación por la salud de su padre. Sir Arthur solo sufría el efecto de la enorme agitación y la infrecuente fatiga, pero eso bastaba para que se quedara en cama.

A Isabella, pensar en los acontecimientos del día anterior le resultaba muy desagradable. Le debía su vida y la de su padre a la persona a la que menos quería estar obligada, puesto que le resultaba difícil mostrar una gratitud corriente sin alentar esperanzas perjudiciales para ambos. «¿Por qué mi destino es recibir tanto beneficio, fruto de un riesgo personal enorme, de una persona cuya pasión romántica he intentado desalentar constantemente? ¿Por qué el azar le ha dado tanta ventaja sobre mí? Y ¿por qué, por qué, un sentimiento casi sojuzgado en mi propio pecho casi se alegra de que haya sido así a pesar de lo que dicta mi sobria razón?»

Mientras la señorita Wardour se acusaba a sí misma por tan súbito cambio de parecer, vio avanzar por la avenida, no a su temido salvador, sino al viejo mendigo que desempeñó un papel tan importante en el melodrama de la tarde precedente.

Tocó la campanilla para llamar a su criada.

—Que suba el anciano.

La sirvienta llegó al cabo de unos minutos.

—Dice que de ningún modo, señorita, que sus zapatos claveteados nunca han pisado una alfombra y, Dios mediante, nunca lo harán. ¿Lo llevo a la sala de los criados?

—No, espera, quiero hablar con él. ¿Dónde está? —preguntó, ya que le había perdido de vista cuando se acercaba a la casa.

—Tomando el sol en el banco de piedra del patio, junto a la ventana de la sala de recepción.

—Pídele que se quede allí. Bajaré a la sala y hablaré con él por la ventana.

Bajó a la sala de recepción y encontró al mendigo recostado en el banco junto a la ventana. Edie Ochiltree, aunque era un mendigo viejo, parecía ser consciente de la

impresión favorable que producía su alta estatura, sus rasgos dominantes y sus canosas barba y cabellera. Se decía de él que casi nunca adoptaba una postura que no sacara partido a sus atributos personales. En este momento estaba casi tumbado, con sus mejillas arrugadas aunque rubicundas, y sus sagaces ojos grises apuntando al cielo; su bastón y su bolsa yacían junto a él. Echó un vistazo por el patio con un aire de sabiduría familiar e ironía sarcástica y luego volvió a mirar hacia arriba; un artista le habría tomado por un modelo de viejo filósofo de la escuela cínica, absorto en la frivolidad de las actividades de los mortales y lo efímero de los bienes humanos, admirador de la única fuente de la que el bien permanente podría emanar. La joven dama, asomando su alta y elegante figura por la ventana abierta, aunque separada del patio por un enrejado de estilo antiguo, de esos que protegen las ventanas bajas de los castillos, ofrecía a la imaginación romántica una estampa diferente: parecía una doncella prisionera contando su historia a un peregrino para que éste se la transmitiera a un galante caballero que encontrara en su camino y que la salvara de su opresivo cautiverio.

Después de que la señorita Wardour diera las gracias al mendigo del modo que consideró más aceptable y de que éste las rechazara por exceder sus méritos, trató de buscar palabras más emotivas que rebajasen la aprensión del anciano. Dijo que no sabía qué quería hacer su padre por su salvador, pero sin duda sería algo que le facilitaría la vida; si quisiera residir en el castillo, ella daría órdenes para…

El anciano sonrió y negó con la cabeza.

—Sería tanto una carga como una desgracia para sus sirvientes, querida señorita, y no he sido una carga para nadie, que yo sepa.

—Sir Arthur daría órdenes estrictas…

—Es usted muy amable, y no lo dudo, no lo dudo, pero hay algunas cosas que un señor puede ordenar y otras que no. Seguramente les prohibiría ponerme la mano encima, y es cierto que ninguno se atrevería a hacer algo así; también les ordenaría que me dieran gachas y un poco de carne. Pero escúcheme, ¿cree que las órdenes de sir Arthur podrían atarles la lengua y dominar su miradas, u obligarlos a darme la comida con la sonrisa amable que hace que la digestión sea buena, o a abstenerse de desprecios o burlas que hieren más que el maltrato? Además, soy el viejo más holgazán que ha existido; no quiero estar atado a horas de comer y de dormir. A decir verdad, sería muy mal ejemplo para una familia de bien.

—Bueno, Edie, ¿qué le parecería una casita con un jardín y un subsidio diario, y nada que hacer aparte de cavar en la tierra cuando le apetezca?

—Y ¿cuántas veces cree que eso ocurriría, señorita? Puede que ni una vez de Pascuas a Ramos. Y, aunque las cosas se hicieran a mi manera, aunque yo fuera el mismo sir Arthur, no soportaría quedarme siempre en el mismo lugar, ver las mismas vigas y los mismos techos sobre mi cabeza noche tras noche. Y además tengo un extraño y particular humor que va bien con la vida del mendigo errante cuyas palabras no importan a nadie; pero ya sabe que sir Arthur tiene sus propias maneras,

y yo me burlaría de ellas, y entonces usted se enojaría; y entonces yo solo pensaría en ahorcarme.

—Qué hombre tan obstinado… Le daremos de todas formas un margen razonable, así que reconsidérelo y no olvide que tiene ya una edad.

—Pero aún no estoy tan maltrecho… Por Dios, que ayer demostré tener la agilidad de una anguila a pesar de mi edad. Y ¿qué sería de la comarca sin el viejo Edie Ochiltree, que trae las noticias y los chismorreos de la región de una granja a la otra, da galletas de jengibre a las damas, ayuda a los muchachos a arreglar sus violines y a las señoras a arreglar las cacerolas, hace espadas de juguete y gorras de granadero a los chiquillos, prepara las moscas de los anzuelos, sabe cuidar de las vacas y los caballos, sabe más canciones y cuentos que toda la baronía junta y hace reír a todos cuando viene? Además, mi señora, no puedo abandonar mi vocación, sería una pérdida para todos.

—Bueno, Edie, si se considera tan importante como para no titubear siquiera ante la perspectiva de independencia…

—No, no, señorita, es que soy más independiente tal y como soy; lo más que pido en una casa es un plato o un bocado de carne. Si me lo niegan en un sitio, me lo dan en otro. Así se puede decir que no dependo de nadie en particular, sino de la comarca en general.

—Bueno, entonces prométame que me avisará si al hacerse más viejo decide asentarse por verse incapaz de hacer sus recorridos habituales. Mientras tanto, tome esto.

—No, no, señorita, no quiero tomar mucho dinero de una vez, va en contra de nuestras normas y, aunque sea poco educado decir algo así, cuentan que el propio sir Arthur anda un poco escaso y que se ha arruinado buscando minas de plomo y cobre por ahí.

Isabella, que tenía ciertas inquietudes sobre este particular, se sorprendió al oír que los excesos de su padre eran un asunto público, como si el escándalo pudiera dejar escapar una presa tan apetecible como los errores del buen hombre, el declive del poderoso o la decadencia del rico. La señorita Wardour suspiró profundamente.

—Bueno, Edie, tenemos lo suficiente para pagar las deudas contraídas, y que la gente diga lo que quiera, pero corresponderte es una de las más importantes. Acepta esta suma.

—¿Para que me roben o asesinen alguna noche entre una granja y otra? O, lo que es peor, ¿para tener que vivir constantemente con miedo de que eso ocurra? Además —añadió casi susurrando y mirando a un lado y a otro—, tampoco soy tan pobre; y, aunque tenga que morir detrás de un seto, encontrarán en esta casaca azul bastante dinero para un entierro cristiano y para que los hombres y las mujeres se reúnan en un velatorio; así es el entierro de un mendigo y no necesito más. Pero, si alguna vez me vieran cambiando un billete, ¿qué idiota me daría después una limosna? Un rumor así acerca del viejo Edie se propagaría por todas partes como un reguero de pólvora, y le

aseguro que tendría que suplicar con todo mi corazón o nadie me echaría ni un hueso ni una moneda.

—¿No hay nada que pueda hacer por ti?

—Oh, sí, vendré a pedir limosna, como siempre. Y me contentaría con un poco de rapé, y, si pudiera usted hablar con el condestable y con el oficial para que hagan la vista gorda conmigo, y además pedirle a Sandie Netherstanes, el molinero, que ate a su perro, aunque no quisiera que hiciera daño a la pobre criatura, que cumple con su deber de ladrar a un mendigo como yo. Y quizá una cosa más, pero creerá que es muy descarado por mi parte decirlo.

—¿De qué se trata, Edie? Si es por ti, haré lo que esté en mi mano.

—Es por usted y está en su mano y puede que salga de ella. Usted es una mujer muy bonita y buena, y probablemente con buena dote… Pero no desprecie al joven Lovel como hizo en el paseo bajo Briery-bank, cuando los vi a ambos, y también los oí, aunque ustedes no me vieron. Sea amable con el muchacho, porque a usted la quiere mucho y gracias a él, y no a mí, sir Arthur y usted se salvaron.

Pronunció estas palabras en voz baja pero clara y, sin esperar respuesta, se fue hacia una puerta baja que conducía a los aposentos de los criados y entró en la casa.

La señorita Wardour se quedó un momento apoyada contra los barrotes de la ventana, en la misma posición en la que había oído al viejo decir aquellas extraordinarias palabras. No habría sido capaz de decir nada sobre un tema tan delicado con el mendigo delante. Sin duda, era difícil decidir qué hacer. La conversación privada que había tenido con aquel joven y desconocido forastero era ahora un secreto en manos de la persona menos indicada, un secreto a merced de alguien que difundía de forma profesional los chismes de todo el vecindario, motivo por el que empezó a sentir una gran inquietud. En realidad no tenía ninguna razón para creer que el viejo fuera a hacer algo para herir sus sentimientos, y menos para perjudicarla, pero la mera libertad de hablar con ella de ese asunto mostraba, como cabía esperar, una falta total de delicadeza; y ella estaba segura de que un hombre que tanto admiraba y practicaba la libertad podía decidir hacer o decir en el futuro cualquier cosa sin escrúpulos. Tanto le dolía y avergonzaba esta idea que en cierto modo deseó que Lovel y Ochiltree no le hubieran prestado su oficiosa ayuda la horrible tarde anterior.

Mientras pensaba todo esto, vio entrar en el patio a Oldbuck y a Lovel. Inmediatamente se apartó todo lo que pudo de la ventana sin ser vista. Observó al anticuario detenerse frente al edificio y, señalando los escudos de sus anteriores propietarios, parecía estar dando a su interlocutor información curiosa y erudita; la audaz Isabella adivinó que caía en saco roto por la ausente mirada de Lovel. La necesidad de tomar una decisión se hizo instantánea y urgente. Llamó a un criado y le ordenó que llevara a los visitantes a la sala de recepción mientras ella, por otra escalera, fue a sus aposentos a pensar cómo debía comportarse cuando se presentara ante ellos. Los invitados, de acuerdo con las instrucciones que les dieron, fueron

conducidos a la estancia donde se solía recibir.

Capítulo XIII

ɔo un tiempo en que te odiaba.
in embargo, no es esto decirte que sienta amor por ti;
ɜ, tu compañía, que al principio me era insoportable,
ɾé sufrirla…
ɔ no esperes mayor recompensa.

Como gustéis[121]

La tez de la señorita Isabella Wardour tenía un tono mucho más vivo cuando, después de retrasarse lo necesario para ordenar sus ideas, se presentó en la sala de recepción.

—Me alegro de que haya venido, mi bella enemiga —dijo el anticuario, saludándola con mucha amabilidad—, ya que mi joven amigo ha sido un interlocutor de lo más refractario, o al menos descuidado, cuando intentaba darle a conocer la historia del castillo de Knockwinnock. Creo que los peligros de anoche han dejado aturdido al pobre hombre. Pero en su caso, señorita Wardour, da la impresión de que volar por el aire de la noche fuera una ocupación de lo más natural y agradable. Tiene mucho mejor color que cuando honró mi *hospitium* ayer. ¿Qué hay de sir Arthur? ¿Cómo se encuentra mi viejo amigo?

—Bastante bien, señor Oldbuck, pero me temo que no podrá recibir sus saludos, o dar… dar… al señor Lovel las gracias por su esfuerzo incomparable.

—¡No me extraña! Una buena almohada es mucho más conveniente para su blanca cabeza que el grosero Delantal de Bessie. ¡Que Dios la maldiga!

—No pensaba importunarles —dijo Lovel mirando el suelo con voz vacilante y emoción reprimida—. No quería… No quería importunar a sir Arthur o a la señorita Wardour con la presencia de alguien que… que sin duda no es bien recibido… es decir… Por estar ligado a recuerdos dolorosos.

—No crea que mi padre es tan injusto o ingrato —dijo la señorita Wardour compartiendo la vergüenza de Lovel—. Me atrevería a decir… estoy segura de que… mi padre mostraría gustoso su gratitud… de cualquier modo… Es decir, de la manera que el señor Lovel considere más oportuna.

—Maldito diablo —interrumpió Oldbuck—, ¿qué clase de condición es ésa? Les aseguro que eso me recuerda a nuestro viejo pastor, el cual, como buen petimetre que es, decidió brindar por los deseos de mi hermana, aunque consideró necesario añadir la cláusula salvífica «Siempre y cuando, señora, sean virtuosos». Bueno, dejemos ya estas tonterías. Estoy seguro de que sir Arthur nos recibirá cualquier otro día. ¿Qué noticias tenemos de los reinos de la oscuridad subterránea y las esperanzas de aire? ¿Qué dice el oscuro espíritu de la mina? ¿Ha recibido sir Arthur alguna buena noticia de su aventura en Glen-Withershins?

La señorita Wardour negó con la cabeza.

—Me temo que nada nuevo, señor Oldbuck; pero ahí hay algunas muestras que le

han enviado hace poco.

—Ah, mis pobres cien libras, las que sir Arthur consiguió que le diera como participación en el esperanzado plan, con ellas podría haber comprado un saco de muestras. Pero déjeme verlas.

Dicho esto, se sentó en la mesa del rincón sobre la que estaban las muestras y procedió a examinarlas, refunfuñando y murmurando cada vez que levantaba y separaba una.

Mientras tanto, Lovel, obligado por el alejamiento de Oldbuck a tener un *tête-à-tête* con la señorita Wardour, aprovechó la ocasión para hablar con ella en un tono bajo e ininterrumpido:

—Confío en que la señorita Wardour achacará a circunstancias casi inexorables la intromisión de una persona que tiene razones para considerarse… un visitante inaceptable.

—Señor Lovel —contestó la señorita Wardour con el mismo tono cauteloso—, confío en que… Estoy segura de que es incapaz de aprovecharse de las ventajas que ha recibido por los servicios que nos ha prestado, y que, como afectan a mi padre, nunca podrán ser recompensados de forma suficiente. Si el señor Lovel pudiera verme sin que su paz se altere, si pudiera verme como una amiga, una hermana, nadie sería mejor recibido (y según lo que he oído sobre el señor Lovel, nadie merecería tanto serlo). Pero…

El anatema de Oldbuck contra la conjunción «pero» resonó en el interior de Lovel.

—Perdone que la interrumpa, señorita Wardour; no tema mi intromisión en un asunto en el que ya he sido reprimido severamente, pero no añada a la severidad de rechazar mis sentimientos el rigor de obligarme a repudiarlos.

—Estoy muy avergonzada, señor Lovel, por su (no quisiera recurrir a una palabra fuerte) pertinacia romántica y sin esperanza; es por usted por quien suplico que tenga en cuenta que su país solicita su talento, que no debe perder el tiempo en vanas e ilusorias indulgencias por mor de una inclinación desatinada; ese tiempo, bien invertido en su actividad, sería sin duda la base de futuras distinciones. Le suplico que tome una decisión seria.

—Ya basta, señorita Wardour, sé claramente que…

—Señor Lovel, está resentido, y créame, comprendo el dolor que le he infligido, pero ¿cree que puedo actuar de otro modo y ser fiel a mí misma y sincera con usted? Sin la aprobación de mi padre, me es imposible entablar relaciones con nadie, y es imposible que apruebe la parcialidad con la que me honra, como usted bien sabe, y de hecho, si…

—No, señorita Wardour, no prosiga. ¿No le parece bastante destruir toda esperanza en nuestra situación actual? No prosiga con sus resoluciones. ¿Por qué determinar cuál sería su conducta si las objeciones de sir Arthur pudieran ser eliminadas?

—Sin duda es en vano, señor Lovel, porque eliminarlas es imposible; solo espero, como amiga suya que soy, una amiga que le debe su propia vida y la de su padre, que por favor desista de este apego desafortunado, que deje un país que no ofrece oportunidades a su talento y que retome el honorable camino de la profesión que parece haber abandonado.

—Bien, señorita Wardour, sus deseos serán obedecidos. Tenga paciencia conmigo otro mes y, si al cabo de ese tiempo no consigo su aprobación para prolongar mi estancia en Fairport, me despediré con el mismo aliento del vecindario y de todas mis esperanzas de felicidad.

—No diga eso, señor Lovel; confío en que ante usted se extiendan muchos años de merecida felicidad, fundados en una base más racional que sus presentes deseos. Pero ya es hora de terminar esta conversación: no puedo obligarle a adoptar mis consejos, ni puedo cerrar la puerta de la casa de mi padre al salvador de su vida y de la mía. Pero cuanto antes controle su pensamiento y acepte que los deseos que ha formado tan precipitadamente se verán frustrados de forma inevitable, mayor será la estima que le profesaré; y, mientras tanto, por su bien y por el mío, tendrá que entender que prohíba esta conversación de tema tan doloroso.

Un criado anunció en ese instante que sir Arthur quería hablar con el señor Oldbuck en el vestidor.

—Permita que le muestre el camino —dijo la señorita Wardour, que parecía temer que su *tête-à-tête* con Lovel continuara, y acompañó al anticuario al aposento de su padre.

Sir Arthur estaba tumbado en la cama con las piernas cubiertas por una manta de franela.

—Bienvenido, señor Oldbuck —dijo—. Espero que haya salido mejor parado que yo de las inclemencias de la tarde de ayer.

—Claro, sir Arthur, no estuve tan expuesto como usted… me mantuve en *terra firma,* mientras que usted se lanzó literalmente al aire de la noche. Pero aventuras tales como alzarse sobre las alas del viento nocturno o bucear en las entrañas de la tierra corresponden a un caballero galante y no a un humilde escudero. ¿Qué noticias tenemos de nuestra Buena Esperanza subterránea, la *terra incognita* de Glen-Withershins?

—Todavía nada bueno —dijo el baronet, volviéndose rápidamente como si sintiera una repentina punzada de gota—. Pero Dousterswivel no desespera.

—¿De veras? —preguntó Oldbuck—. Yo sí, aunque espero que tenga razón. El viejo doctor H. me dijo cuando estuve en Edimburgo que no encontraríamos bastante cobre, a juzgar por las muestras que le enseñé, ni para hacer unas hebillas de seis peniques, y no veo que las muestras que hay en la planta inferior difieran mucho en cuanto a calidad.

—El sabio doctor no es infalible, ¿verdad?

—No lo es, pero es uno de nuestros mejores químicos, mientras que su filósofo

errante, Dousterswivel, es, según creo, uno de esos aventureros versados descritos por Kircher, *Artem habent sine arte, partem sine parte, quorum medium est mentiri, vita eorum mendicatum ire*[122], es decir, señorita Wardour…

—No hace falta que lo traduzca —dijo la señorita Wardour—. Entiendo el sentido general… Pero espero que el señor Dousterswivel resulte ser una persona más fiable.

—No lo dudo —exclamó el anticuario—, pero vamos por mal camino como no encontremos ese endiablado filón que profetizó hace unos dos años.

—Tampoco tiene usted tanto que perder en este negocio, señor Oldbuck —dijo el baronet.

—Sí que tengo, sí que tengo, sir Arthur; y sin embargo, por el bien de mi bella enemiga, estaría dispuesto a perderlo todo con tal de que usted no arriesgue más.

Hubo un incómodo silencio durante un rato, ya que sir Arthur era demasiado orgulloso para aceptar la caída de sus sueños de oro, aunque no podía seguir engañándose a sí mismo y no ver que así sería el final de su aventura. Al cabo de un rato, dijo:

—Tengo entendido que el joven caballero con el que estamos endeudados por su gallardía y presencia de ánimo anoche ha venido a visitarme. Siento mucho no ser capaz de verlo, o de ver a cualquiera que no sea un viejo amigo como usted, señor Oldbuck.

El anticuario inclinó su rígida espalda en agradecimiento por el trato privilegiado.

—Conoció al joven caballero en Edimburgo, ¿no es así?

Oldbuck le contó las circunstancias de su primer encuentro.

—Entonces mi hija conoció al señor Lovel antes que usted.

—¿De veras? No lo sabía.

—Conocí al señor Lovel —dijo Isabella sonrojándose ligeramente— la pasada primavera, cuando visité a mi tía, la señora Wilmot.

—¿En Yorkshire? Y ¿cómo era entonces y a qué se dedicaba? —preguntó Oldbuck—. Y ¿por qué no lo reconoció cuando los presenté?

Isabella contestó a la pregunta menos difícil y evitó las demás.

—Tenía un cargo en el ejército, y creo que tenía muy buena reputación en el servicio. Era un joven muy respetado, amable y prometedor.

—Dígame, si tal es el caso, ¿por qué no habló con el muchacho en cuanto les presenté en mi casa? Creí que tenía menos orgullo femenino, señorita Wardour.

—Hay una razón para eso —dijo sir Arthur con dignidad—. Ya sabe la opinión que tenemos (quizá usted lo considere un prejuicio) en esta casa en cuanto a la pureza de nacimiento; este joven caballero es, según parece, el hijo ilegítimo de un hombre rico; mi hija eligió no renovar este contacto hasta saber si yo estaba de acuerdo en que hablaran.

—Si en lugar de él hubiese sido su madre, podría ver una razón excelente para eso. ¡Ah, pobre muchacho! ¡Por eso parecía tan ausente y confuso cuando le expliqué la razón por la que había una banda de bastardía sobre el escudo de armas de la torre

de la esquina!

—Cierto —exclamó el baronet con autocomplacencia—, pues es el escudo de Malcolm el Usurpador. La torre que construyó se llama como él, la Torre de Malcolm, pero más frecuentemente la Torre de Misticot, que según creo es la corrupción del término *Misbegot*. En el linaje latino de nuestra familia se llama *Milcolumbus Nothus*[123]. Se apoderó temporalmente de nuestra propiedad en un injustísimo intento por establecer su propia línea ilegítima en el patrimonio de Knockwinnock, desencadenando tantos conflictos familiares y desgracias que fundó en nosotros el temor y la antipatía por la sangre impura y la ilegitimidad, algo que he heredado de mi respetable antecesor.

—Conozco la historia —dijo Oldbuck— y se la estaba contando a Lovel en este preciso momento, así como las sabias máximas y consecuencias que ha injertado en la política de su familia. ¡Pobre muchacho! Seguramente debe de sentirse dolido. Creí que no me prestaba atención por descuido y estaba algo resentido por eso, cuando en realidad se trataba de un exceso de sentimiento. Espero, sir Arthur, que no menospreciará su vida porque se la haya salvado una persona así.

—Tampoco menosprecio a mi salvador —dijo el baronet—; mis puertas estarán siempre abiertas y mi mesa lista para él como si descendiera del más noble linaje.

—Me alegro; sabrá dónde tiene que ir si alguna vez le falta la cena. Pero ¿qué expectativas tiene en este vecindario? Tengo que interrogarle, y si veo que quiere… Bueno, quiera o no, la verdad es que recibirá mi consejo.

Tras hacer esta liberal promesa, el anticuario se despidió de la señorita Wardour y su padre, deseoso de empezar su trabajo con el señor Lovel. Le dijo bruscamente que la señorita Wardour le enviaba saludos y que debía quedarse cuidando a su padre. Cogiéndolo del brazo, se lo llevó fuera del castillo.

Knockwinnock conservaba casi todos los atributos exteriores de un castillo señorial. Tenía un puente levadizo, aunque nunca lo levantaban, y un foso seco, cuyos lados estaban cubiertos de matas perennes. Sobre estas plantas se alzaba el antiguo edificio, cimentado entre las rocas rojizas que descendían hacia la playa y el profundo borde del verde foso. Los árboles de la avenida ya mencionados se sumaban a muchos más de enorme tamaño que refutaban el prejuicio de que no se puede producir madera junto al mar. Los caminantes se detuvieron para volver la vista al castillo cuando llegaron a lo alto de una pequeña loma sobre la que pasaba el camino de vuelta, ya que no estaban dispuestos a tentar a la suerte con la marea regresando por la playa. El edificio proyectaba su amplia sombra sobre el frondoso follaje de los arbustos a sus pies mientras las ventanas de la fachada brillaban al sol. Los caminantes las miraron con sentimientos muy diferentes. Lovel —con la cariñosa impaciencia de una pasión que se nutre de nimiedades, como el camaleón, del que se cuenta que vive del aire o de los invisibles insectos que lo habitan— intentaba adivinar cuál de las numerosas ventanas correspondía a la estancia ahora agraciada por la presencia de la señorita Wardour. Las conjeturas del anticuario eran de un corte

más melancólico, basadas en *cito peritura*[124], la frase que exclamó cuando dio la espalda a dicho paisaje. Lovel, saliendo de sus ensoñaciones, lo miró interrogativamente para saber el significado de aquella expresión tan siniestra. El viejo movió negativamente la cabeza.

—Sí, mi joven amigo —dijo—, mucho me temo, y me duele en el alma decirlo, que esta gran familia se está arruinando rápidamente.

—¿De veras? —contestó Lovel—. Me sorprende mucho…

—En vano nos esforzamos —prosiguió el anticuario, siguiendo el hilo de sus propios pensamientos y sentimientos— por afrontar los cambios de este engañoso y tornadizo mundo con la indiferencia que merecen. Intentamos en vano convertirnos en ese ser invulnerable y autosuficiente, ese *teres atque rotundus*[125] del poeta, esa exención estoica que propone la filosofía para superar los dolores y las vejaciones de la vida humana y que es tan imaginaria como el estado de quietud mística y perfección que algunos locos entusiastas buscan.

—Y ¡Dios nos libre de que fuera de otro modo! —asintió Lovel afable—. ¡Dios nos libre de procesos filosóficos capaces de cauterizar o endurecer nuestros sentimientos hasta que nada pueda agitarlos salvo intereses egoístas! Preferiría tener las manos callosas como cuernos, y así ser insensible a cortes o rasguños, que ansiar la ambición estoica que convertiría mi corazón en una piedra de molino.

El anticuario miró a su joven compañero con una mirada a medio camino entre la pena y la simpatía y se encogió de hombros cuando respondió:

—Espere, joven. Espere que su corteza sea azotada por las tormentas de sesenta años de vicisitudes mortales; para entonces habrá aprendido a rizar sus velas para que su nave obedezca al timón, o, en un lenguaje más mundano, serán tantas las aflicciones, vividas y por vivir, que sus sentimientos y simpatías seguirán en plena forma, pero sin inquietarse por el destino de los otros más allá de lo inevitable.

—Bueno, señor Oldbuck, quizá sea así, pero me parezco a usted más en la práctica que en la teoría, pues no puedo evitar sentirme muy preocupado por el destino de la familia que acabamos de visitar.

—Y no le falta razón —contestó Oldbuck—. Las cuitas de sir Arthur son últimamente tantas y tan urgentes que me sorprende que no haya oído hablar de ellas. Sin olvidar las absurdas y costosas operaciones acometidas por Dousterswivel, el aventurero alemán.

—Creo que he visto a esa persona cuando, por casualidad, estaba en un café en Fairport; un hombre alto, de cejas tupidas y de extraña complexión. Trataba de temas científicos, según mi ignorante opinión, con más seguridad que conocimiento; era muy arbitrario a la hora de exponer y afirmar sus opiniones y mezclaba los términos científicos con una jerigonza mística; un joven sencillo me susurró que era un *illuminé* y que tenía relaciones con el mundo invisible.

—El mismo, el mismo. Tiene los suficientes conocimientos prácticos para hablar de forma erudita y sabia a aquellos cuya inteligencia es temerosa; y, a decir verdad,

esta facultad, unida a su insolencia sin igual, me engañó cuando lo conocí. Pero después comprendí que, cuando está rodeado de idiotas y mujeres, se muestra como el charlatán perfecto: habla de *magisterium*, de simpatías y de antipatías, de la cábala, de la horquilla del zahorí y de todas las falsedades con las que los rosacruces engañaban en una época más oscura y que, para eterna desgracia, han revivido en la nuestra. Mi amigo Heavystern conoció a este tipo en el extranjero y sin querer, puesto que ya sabe que es una especie de creyente en estas cosas, que Dios lo perdone, me reveló mucho de su verdadero carácter. ¡Ah! Si yo fuera califa por un día, tan honrado como Abul Hasán deseaba ser, expulsaría de la sociedad a estos tramposos con azotes y escorpiones. Seducen el espíritu del ignorante y crédulo con basura mística, es como si le aturdiesen el cerebro con ginebra, y después le vacían los bolsillos con la misma facilidad. Y ¡ahora este canalla vagabundo y charlatán ha dado el golpe de gracia para terminar de arruinar a una familia antigua y honorable!

—Pero ¿cómo ha podido llevar a sir Arthur al borde de la ruina?

—Pues no lo sé. Sir Arthur es un hombre bueno y honorable, pero, como puede haber observado por la inexactitud de sus ideas sobre la lengua picta, no es de buenas entendederas. Sus propiedades están limitadas y siempre ha sido un hombre de mucho gasto. Este embustero le prometió montañas de oro, y encontró una compañía inglesa para adelantar grandes sumas de dinero y mucho me temo que sir Arthur fue el garante. Algunos caballeros, yo fui lo bastante tonto para estar entre ellos, compraron modestas acciones y sir Arthur realizó el mayor desembolso. Apariencias especiosas y mentiras aún más hermosas nos convencieron, y ahora, como John Bunyan, despertamos para descubrir que no es más que un sueño.

—Me sorprende que usted, señor Oldbuck, haya animado a sir Arthur con el ejemplo.

—Pues —dijo Oldbuck bajando sus largas y grisáceas cejas— yo mismo me siento algo sorprendido y avergonzado. No me motivaba el lucro; a nadie le importa el dinero menos que a mí, y soy un hombre sensato, pero decidí arriesgar una pequeña cantidad. Esperaba, aunque el porqué me resulta desconocido, que diera lo suficiente para librarme de mi sobrina, Mary MacIntyre; y quizá también pensé en ayudar al mequetrefe de su hermano, que está en el ejército. Aparte de esto, yo siempre he pensado que en ese mismo lugar los fenicios extraían cobre antiguamente. Ese ingenioso sinvergüenza, Dousterswivel, descubrió mi punto débil: me contó extrañas historias, maldito sea, de hallazgos de viejas astas y vestigios de operaciones mineras muy diferentes a las actuales, y yo… En resumidas cuentas, fui un necio. Hablar de mi pérdida no es para tanto, pero los compromisos de sir Arthur son, por lo que creo, muy grandes y mi corazón sufre por él y por la joven dama con quien comparte su aflicción.

Aquí la conversación se interrumpió para continuar en el siguiente capítulo.

Capítulo XIV

creer en la aduladora visión del sueño,
sueños presagian próximas y alegres noticias.
eñor de mi pecho se halla en su trono
rante todo el día una desusada animación
eleva por encima de la tierra con pensamientos acariciadores.

Romeo y Julieta[126]

La historia de la desafortunada aventura de sir Arthur había distraído a Oldbuck un tanto de su propósito de interrogar a Lovel sobre la causa de su estancia en Fairport. Sin embargo, ahora estaba resuelto a retomar el tema.

—La señorita Wardour me ha dicho que ya se conocían, ¿no es así, Lovel?

—Tuve el placer —contestó Lovel— de conocerla en casa de la señora Wilmot en Yorkshire.

—¡En efecto! Nunca me lo comentó y no la trató como a una conocida.

—Pues… No supe que era la misma dama hasta que la vi, y entonces mi deber fue esperar a que ella me reconociera.

—Soy consciente de su delicadeza; el baronet es un viejo quisquilloso y un memo, pero le aseguro que su hija está por encima de los ridículos prejuicios y ceremonias. Y ahora, puesto que ha encontrado un nuevo grupo de amigos, ¿me permite preguntarle si va a abandonar Fairport tan pronto como se propuso?

—¿Qué ocurriría si tuviera que contestar a una pregunta con otra —respondió Lovel— e intentara averiguar su opinión sobre los sueños?

—¿Sueños, muchacho insensato? ¿Qué puedo pensar sino que son engaños de la imaginación cuando la Razón suelta las riendas? No sé de ninguna diferencia entre ellos y las alucinaciones de la locura: en ambos casos los caballos sin guía corren con el carro, solo que en uno el cochero está borracho y en el otro está dormido. Como dice Marco Tulio: *Si insanorum visis fides non est habenda, cur credatur somniantium visis, quæ multo etiam perturbatiora sunt, non intelligo*[127].

—Sí, señor, pero Cicerón también nos dice que quien pasa el día lanzando la jabalina algunas veces da en el blanco, por lo que, entre la maraña de sueños nocturnos, es posible que alguno sí guarde relación con acontecimientos del futuro.

—Ajá… ¿quiere decir que usted ha dado en el blanco, según su sabia opinión? ¡Señor! ¡Señor! ¡Qué mundo de locos! Bueno, aceptaré por una vez la ciencia onírica, creeré en la exposición de los sueños y diré que ha surgido un Daniel[128] que los interpreta si consigue demostrarme que su sueño ha inducido un comportamiento sensato.

—Dígame —dijo Lovel—, ¿por qué cuando me preguntaba si debía abandonar una empresa en la que me embarqué de forma quizá algo precipitada se me apareció anoche en sueños su antepasado señalando un lema que anima a la perseverancia?

¿Por qué habría pensado en esas palabras que no recuerdo haber oído antes en una lengua que desconozco y, sin embargo, una vez traducidas, transmiten una lección que puedo aplicar sencillamente a mis propias circunstancias?

El anticuario soltó una carcajada.

—Perdone, mi joven amigo, pero así es como los infelices mortales nos engañamos a nosotros mismos y buscamos en el exterior los motivos que surgen de nuestra propia voluntad. Creo que puedo ayudarle a explicar la causa de su visión. Ayer estaba usted tan absorto en sus pensamientos después de la cena que no prestó atención a la discusión que hubo entre sir Arthur y yo hasta que le preguntamos por la polémica sobre los pictos que terminó de forma tan brusca. Pero recuerdo que le enseñé a sir Arthur un libro que mi antepasado imprimió, e hice, además, mención al lema. Su cabeza estaba en otra parte, pero su oído recibió maquinalmente el sonido y lo retuvo. Supongo que su activa imaginación, mezclada con la leyenda de Grizzel, introdujo este fragmento alemán en su sueño. Y esa sabiduría que se apodera de uno en este tipo de circunstancias frívolas como una disculpa para perseverar en una actividad que no puede ser justificada con una razón mejor, no es más que otro de esos trucos a los que recurren los más sabios de nosotros de vez en cuando para satisfacer nuestra inclinación a expensas de nuestro entendimiento.

—La verdad es —dijo Lovel ruborizándose— que creo que tiene razón, señor Oldbuck, y debería perder su aprecio por creer por un momento en tales frivolidades. Pero me han zarandeado deseos y resoluciones contradictorios, pues ya sabe que una cuerda remolca con ligereza un barco cuando flota sobre las olas pero difícilmente esa misma cuerda sirve para arrastrarlo sobre la arena.

—Bueno, bueno, ¿perder mi aprecio? Ni una pizca; ahora le aprecio más, hombre. Ahora nuestras historias están equilibradas y podré pensar con menos vergüenza en cómo me expresé sobre aquel maldito *prætorium*; aunque sigo convencido de que el campamento de Agrícola debió estar en algún lugar cercano. Y ahora, señor Lovel, querido amigo, sea sincero conmigo… ¿Qué le ha traído de Wittenberg? ¿Por qué ha abandonado su país y sus objetivos profesionales a favor de una estancia ociosa en un lugar como Fairport? ¿La inclinación a la vagancia, como a Horacio?

—De un modo u otro, estoy tan desapegado de todo el mundo y son tan pocos los que me interesan o que se interesan por mí, que el mismo hecho de estar desapegado me da independencia. Y aquel cuya buena o mala fortuna a nadie afecta salvo a sí mismo es quien más derecho tiene a buscarla según sus propios anhelos.

—Discúlpeme, muchacho —dijo Oldbuck apoyando amablemente la mano en su hombro y deteniéndose por completo—, *suflamina*[129], un poco de paciencia, por favor. ¿Es que no tiene amigos con los que compartir o celebrar sus éxitos en la vida? ¿Acaso no debe gratitud a los que le precedieron, y protección a quienes están por venir? ¿No es responsabilidad suya seguir con firmeza por el camino del deber? Recuerde que su actividad no se debe solo a la sociedad, sino que también ha de realizarla en humilde gratitud al Ser que le hizo parte de ella y le dio facultades para

servirse de ellas y servir a los demás.

—Pero no soy consciente de estar dotado de esas facultades —exclamó Lovel con cierta impaciencia—. No le pido a la sociedad nada excepto el permiso para recorrer de forma inofensiva el camino de la vida sin empujar ni ser empujado. No le debo nada a nadie. Tengo lo suficiente para mantenerme con total independencia, y mis deseos son tan moderados que los medios de los que dispongo, más que faltarme, me sobran.

—Bueno —añadió Oldbuck quitando la mano y volviéndose hacia el camino—, si es un filósofo tan auténtico que cree que tiene bastante dinero, no hay más que decir. No puedo pretender darle consejo; ha alcanzado el *acmé*, la cima de la perfección. Y ¿por qué es Fairport la morada de una filosofía tan abnegada? Se diría que un fiel de la religión verdadera hubiera puesto su cayado en medio de una multitud de idólatras de Egipto. Todo el mundo en Fairport es devoto adorador del Becerro de Oro o de Mammon[130] el pérfido. Incluso yo estoy tan infectado por el malvado vecindario que algunas veces siento la tentación de convertirme en un idólatra también.

—Puesto que mi principal entretenimiento es la literatura —respondió Lovel— y ciertas circunstancias que no puedo mencionar me indujeron, al menos durante un tiempo, a abandonar el servicio militar, pensé que Fairport sería un buen lugar donde poder seguir en mi búsqueda sin las tentaciones de la sociedad que en un círculo más elegante se me habrían presentado.

—¡Ajá! Empiezo a entender la aplicación que le da al lema de mi antepasado; es usted un candidato al favor del público, pero no del modo que pensé inicialmente. Usted desea brillar como un personaje literario y desea ganar mérito gracias al trabajo y la perseverancia.

Lovel, que se sentía asediado por el tono inquisitivo del viejo caballero, pensó que sería mejor no sacarle del error en el que tan gustosamente había incurrido.

—Algunas veces he sido lo bastante insensato —replicó— para alimentar pensamientos de ese tipo.

—¡Oh, pobre muchacho! Nada podía ser más melancólico, a no ser que, como suelen hacer los jóvenes, se crea enamorado de un artificioso espécimen del sexo femenino, lo que, sin duda, y como bien dijo Shakespeare, equivale a la muerte, al azotamiento y a la ahorcadura, todo a la vez.

Después continuó haciéndole preguntas, a las que a veces él mismo respondía amablemente, pues el viejo caballero había adquirido, gracias a sus investigaciones de anticuario, el gusto por elaborar teorías a partir de premisas que a menudo apenas podían sostenerse por sí mismas. Al lector, además, le quedará claro que era un hombre bastante dogmático al que no le gustaba demasiado que le corrigieran, ya fuera en cuestiones de hecho o de opinión, ni siquiera los que estaban especialmente interesados por los asuntos sobre los que especulaba. Prosiguió, por tanto, dibujando por su cuenta la carrera literaria de Lovel.

—Y ¿con qué tiene previsto comenzar su carrera de hombre de letras? Aunque me lo imagino: poesía, poesía, la dulce seductora de la juventud. ¡Sí! Sus ojos y sus maneras le delatan. Y ¿cuál es su estilo? ¿Tiende a ascender a las zonas más elevadas del Parnaso o a revolotear al pie de la colina?

—Hasta ahora solo he probado con unas pocas obras líricas.

—Justo lo que pensaba; probando las alas, saltando de rama en rama. Pero imagino que tendrá previsto un vuelo más ambicioso. Fíjese, de ninguna manera le recomendaría que perseverara en esta actividad tan poco rentable; y ¿afirma usted ser totalmente independiente del capricho del público?

—Por completo —contestó Lovel.

—Y ¿está decidido a no adoptar una vida más activa?

—Tal es mi resolución actualmente —respondió el joven.

—Entonces lo único que me queda por hacer es aconsejarle lo mejor posible para que logre sus objetivos. Yo mismo he publicado dos ensayos en *Antiquarian Repository*, por lo que soy un autor experimentado. El primero analiza observaciones sobre la edición de Hearne de Robert de Gloucester, firmado «Scrutator»; el otro, firmado «Indagator», trata de un pasaje de Tácito… Y hay que decir que un artículo muy celebrado en su época fue el que publiqué en *Gentleman's Magazine* sobre la inscripción de Œlia Lelia en el que firmé como «Edipo». Como puede ver, no soy un aprendiz ante los misterios de la autoría, y entiendo perfectamente el gusto y el genio de la época. De nuevo le pregunto, ¿con qué piensa empezar?

—De momento no tengo previsto publicar.

—¡Ah! Pero así no llegará a ningún lado. Debe tener presente el miedo al público en todo lo que emprenda. Veamos: una colección de obras breves; pero no, sus poemas breves acabarían arrumbados en los estantes de un librero. Tendría que empezar con algo sólido y atractivo, nada de romances o de novedades anómalas. Mejor embarcarse de inmediato en una obra de altos vuelos. ¿Qué le parece una auténtica epopeya? El gran poema histórico de la Antigüedad que recorría doce o veinticuatro libros; así será, yo le proporcionaré un tema: la batalla entre caledonios y romanos. *Epopeya de Caledonia, o la invasión rechazada*, ése podría ser el título; se ajustará al gusto actual y usted le dará el toque de la época.

—Pero la invasión de Agrícola no fue rechazada.

—No, pero usted es un poeta… Está apartado de la sociedad y está tan desligado de la verdad o de la probabilidad como el mismo Virgilio. Podría vencer a los romanos a pesar de Tácito.

—Y ¿situar el campamento de Agrícola en Kimpru-como-se-llame, contradiciendo a Edie Ochiltree?

—Si me tiene algo de aprecio, deje de hablar de eso. No obstante, puede que sin darse cuenta esté diciendo la mayor verdad en ambos casos, por mucha toga que lleve el historiador y a pesar de la casaca azul del mendigo.

—Da usted consejos osados. Está bien, haré lo que pueda. Y gracias a su

generosidad seguro que podré contar con la información local necesaria.

—Por supuesto, hombre… Escribiré notas críticas e históricas para cada canto y me encargaré personalmente de trazar la historia de la obra. Creo tener cierto genio poético, aunque nunca he sido capaz de escribir versos.

—Es una pena, señor, que carezca de un requisito tan esencial para el arte.

—¿Esencial? En absoluto, no es más que una actividad mecánica. Un hombre puede ser poeta sin medir espondeos y dáctilos como los antiguos, o hacer que el final de los versos coincidan y rimen como los modernos, al igual que uno puede ser arquitecto sin haber trabajado nunca como cantero… O ¿cree que Paladio o Vitruvio alguna vez llevaron capacho?

—En ese caso, cada poema debería tener dos autores: uno para pensar y planear y el otro para ejecutar.

—Pues no sería un desatino. En cualquier caso, pondremos en práctica el experimento; no es que quiera que mi nombre sea conocido por el público, puede agradecer la ayuda de un amigo culto en el prefacio junto con lo que su naturaleza haga florecer. Soy completamente ajeno a la vanidad de autor.

Lovel se estaba divirtiendo con la negativa incoherente de su amigo a la ocasión de publicar, ya que parecía querer agarrarse a la parte de atrás de un carro en vez de subirse a él. El anticuario estaba sin duda extrañamente contento, ya que, al igual que muchas personas que pasan su vida en la oscura investigación literaria, tenía la secreta ambición de verse en letra impresa, frustrada por la falta de confianza, el miedo a la crítica y el hábito de la indolencia y la postergación. «Pero ahora —pensó —, como un segundo Teucro[131], descargaré mis flechas cubierto por el escudo de mi aliado; y, si resultara no ser un poeta de primera categoría, en ningún caso podría responder por sus deficiencias y las buenas notas podrían ayudar a mejorar el texto. Pero él es, debe ser un buen poeta, tiene la verdadera abstracción del Parnaso; casi nunca contesta a las preguntas hasta que no son formuladas por segunda vez, bebe el té hirviendo y come sin saber lo que se lleva a la boca. Se trata del verdadero *æstus*, el *awen* de los bardos galeses, el *divinus afflatus*[132] que transporta al poeta más allá de los límites de las cosas sublunares. Sus visiones, además, son sintomáticas de furia poética. Hay que enviar a Caxon a que apague la vela de su cuarto esta noche, los poetas y los visionarios pueden ser descuidados en estas cosas.»

Después, volviéndose hacia su compañero, prosiguió en voz alta:

—Sí, querido Lovel, tendrá notas completas, y creo que además podremos incluir todo el ensayo sobre castrametación en el apéndice, le dará gran valor a la obra. Después reviviremos las viejas formas, tan vergonzosamente descuidadas en época moderna. Usted invocará a la musa, y sin duda será favorable a un autor que, en tiempos de apostasía, se adhiere con la fe de Abdiel[133] a las antiguas formas de adoración… Después necesitamos tener una visión, en la que el genio de Caledonia se aparecerá a Calgaco[134] mostrándole una procesión de los verdaderos monarcas escoceses; y en las notas podré atacar a Boece. No, mejor no tocar ese tema, ahora

que sir Arthur va a sufrir bastante vergüenza por otras razones. Pero aniquilaré a Ossian, a Macpherson y a Mac-Cribb.

—Pero hay que tener en cuenta el gasto de la publicación —dijo Lovel buscando saber si esta idea caería como un jarro de agua fría sobre el incandescente fervor de quien se proclamaba su coadjutor.

—¡Gasto! —exclamó el señor Oldbuck, deteniéndose y buscando mecánicamente en su bolsillo—. Es cierto, habría que hacer algo. ¿No le interesaría publicar por suscripción?

—De ninguna manera —repuso Lovel.

—¡No, no! —consintió complacido el anticuario—. Eso no es respetable. Le diré una cosa: conozco a un librero que valora mi opinión y que arriesgará tinta y papel; yo haré que se vendan todos los ejemplares que pueda.

—Oh, no soy un autor mercenario, solo deseo evitar el riesgo de las pérdidas.

—¡Calle, calle! Ya nos ocuparemos de eso, que se encarguen los editores. Estoy ansioso por que empiece. Escribiría verso libre, ¿no es así? Es el idóneo para un tema histórico por su grandeza y magnificencia y, en cuanto a usted, querido amigo, creo que le resultará más fácil.

Con esta conversación llegaron hasta Monkbarns, donde el anticuario sufrió una reprimenda de su hermana que, aunque no era filósofa, le esperaba para darle un discurso desde el pórtico.

—Explícanos, Monkbarns, con lo caras que están las cosas, vas tú y subes también el precio del pescado. ¿A quién se le ocurre aceptar la oferta de la señora Meiklebackit, con lo ladina que es?

—Bueno, Grizzel, pensé que era una ganga.

—¿Una ganga? ¡Pero si le diste a esa mujerzuela el doble de lo que merecía! Si quieres cuidar de las mujeres y comprar pescado con tus propias manos, nunca deberías pagar mucho más de un cuarto. Y la muy descarada tuvo el valor de venir a pedir un trago de whisky… Pero, créeme, Jenny y yo nos encargamos de ella.

—De verdad —dijo Oldbuck lanzando una maliciosa mirada a su compañero—, creo que hemos sido afortunados al no tener que presenciar la discusión. Bueno, bueno, Grizzel, me he equivocado por una vez en mi vida *ultra crepidam*[135], lo admito. Pero no hurgues en cosa de gastos, que la curiosidad mató al gato. Nos comeremos el pescado sin pensar en el dispendio. Por otra parte, Lovel, debe saber que he insistido para que se quede porque la alegría será mayor que de costumbre; si bien ayer fue un día particular, admito que disfruto más de la recreación del día festivo que de la fiesta en sí. Disfruto de las *analecta*, las *collectanea* de la cena precedente, como se las puede llamar, que surgen en tales ocasiones. Mire, por ahí va Jenny a tocar la campana de la cena.

Capítulo XV

e esta carta sea entregada con prisa, mucha prisa.
rre, villano, corre! ¡Por tu vida! ¡Por tu vida!

Antigua nota que se escribía en el dorso de cartas importantes

Dejemos al señor Oldbuck y a su amigo disfrutar de su carísimo pescado, y pidamos al lector que nos permita transportarle a la oficina del cartero de Fairport, donde su mujer, por hallarse él ausente, estaba ordenando las cartas que habían llegado de Edimburgo para su posterior distribución. Es frecuente que en pequeñas ciudades los chismosos aprovechen ese momento del día para hablar con la persona encargada de las cartas y tratar de averiguar qué es lo que dicen —bien analizando el exterior, bien mirando incluso el interior—; de este modo, matan el aburrimiento recopilando información o elaborando conjeturas sobre los asuntos de sus vecinos. Dos mujeres de estas características estaban, en este preciso momento, ayudando —o inmiscuyéndose— en el deber oficial de la señora Mailsetter.

—¡Dios nos asista! —dijo la mujer del carnicero—. Hay diez, once… Doce cartas para Tennant y Compañía. Esa gente hace más negocio que el municipio entero.

—Sí, pero mire —replicó la mujer del panadero—, hay dos que están muy dobladas y selladas a ambos lados. Seguro que llevan cheques devueltos.

—¿Ha llegado alguna carta para Jenny Caxon? El lugarteniente ya lleva tres semanas fuera.

—Solo una, el martes pasado.

—¿Una carta por barco?

—Así es.

—Entonces debe ser del lugarteniente. No pensé que se acordaría de ella.

—¡Oh, Señor, aquí hay otra! —dijo la señora Mailsetter—. Una carta por barco, sellada en Sunderland.

Todas se lanzaron a cogerla y, a continuación, la señora Mailsetter prosiguió:

—No, no, señoras, ya he tenido bastante con este trabajo. ¿Saben que el señor Mailsetter recibió una buena reprimenda del secretario de Edimburgo por una queja relacionada con la carta de Aily Bisset, la que usted abrió, señora Shortcake?

—¿Que yo abrí? —exclamó la mujer del maestro panadero de Fairport—. Usted no es tonta, señora, y sabe que la carta llegó abierta a mis manos. ¿Qué iba a hacer yo? La gente tendría que sellar sus cartas con mejor cera.

—Bueno, eso es muy cierto —dijo la señora Mailsetter, que tenía una tienda de artículos diversos—, y tengo cera que puedo recomendar si es que saben de alguien que quiera comprarla. El caso es que perderemos el empleo si hay más quejas así.

—Calle, mujer. El preboste se encargará de eso.

—No, no. No me fiaría ni del preboste ni del alguacil. Pero siempre seré atenta y

cordial. La verdad es que no tengo nada en contra de que miren por fuera una carta. Fíjense, el sello tiene un ancla; creo que lo ha hecho con uno de sus botones.

—¡A ver! ¡A ver! —exclamaron las mujeres del carnicero y del panadero, abalanzándose sobre la supuesta carta de amor como las brujas de Macbeth cuando se abalanzaron sobre el pulgar del piloto, con la misma curiosidad y ansia, aunque algo menos de malicia. La señora Heukbane, que era una mujer alta, alzó la epístola, y la puso entre sus ojos y la ventana. La señora Shortcake, una persona más rechoncha y baja, se puso de puntillas para poder participar en la investigación.

—Es de él, seguro. Puedo leer Richard Taffril en una esquina, y está escrita de cabo a rabo, igual que la alforja de John Tamson.

—Bájela un poco, señora —exclamó la señora Shortcake en un tono más elevado que el suspiro prudente que requería su actividad—, bájela un poco. ¿Cree que es la única que sabe leer aquí?

—¡Silencio, silencio, por el amor de Dios! —dijo la señora Mailsetter, y añadió, más alto—: hay alguien en la tienda; ve a ver quién es, Baby.

Baby contestó desde fuera con voz chillona:

—Es Jenny Caxon, señora. Quiere saber si hay carta para ella.

—Dile —exclamó la fiel cartera, guiñando el ojo a sus compañeras— que vuelva mañana a las diez y se lo diré. Todavía no hemos tenido tiempo de ordenar el correo. Qué prisa tiene, ni que sus cartas fueran tan importantes como las de los mejores comerciantes de la ciudad.

La pobre Jenny, una muchacha de belleza y modestia poco comunes, solo pudo cubrirse con la capa para ocultar un suspiro desilusionado; se volvió humildemente a casa a pasar otra noche sufriendo el tormento del corazón que ocasiona la esperanza que se demora.

—Dice algo de una aguja y del norte —dijo la señora Shortcake, a quien su rival en el fisgoneo había permitido por fin echar un vistazo al objeto de su curiosidad.

—Bueno, debería darle vergüenza —exclamó la señora Heukbane— despreciar de ese modo a esa pobre cabra loca, después de que ella le haya hecho compañía tanto tiempo y después de haber hecho con ella su voluntad, como sin duda habrá sido.

—No cabe duda —dijo la señora Shortcake—: le está echando en cara que su padre es un barbero, y que ella no es más que una costurera, y que por eso abandona estas tierras del norte. ¡Qué vergüenza!

—¡Cállense, señoras! —gritó la señora Mailsetter—. Se equivocan por completo. Es una frase de una canción de marineros que él cantaba; habla de ser sincero como la aguja que busca el norte.

—Bueno, bueno, espero que sea así, pero no me parece bien que una dama como ella tenga correspondencia con un oficial del rey.

—No lo niego —dijo la señora Mailsetter—, pero estas cartas de amor son muy beneficiosas para la oficina de correos. Mire, aquí hay cinco o seis cartas para sir

Arthur Wardour, la mayoría selladas con obleas, no con cera. Créanme, es un mal augurio.

—Sí, esas cartas con los llamados escudos heráldicos serán de negocios, no solo de sus buenos amigos —informó la señora Heukbane—. La cosa no va bien, todavía no ha saldado las deudas de los últimos doce meses con mi marido, el diácono. Creo que está hundido.

—Ni con el mío en los últimos seis meses —añadió la señora Shortcake—. Parece que está en las últimas.

—Aquí hay una carta —interrumpió la fiel cartera— de su hijo, el capitán, o eso creo, a juzgar por el sello, que tiene las mismas cosas que el escudo de Knockwinnock. Tendrá pensado volver para ver qué consigue salvar del fuego.

Tras despachar al baronet, pasaron a hablar de otro señor.

—Dos cartas para Monkbarns. Son de sus amigos cultos. Fíjense, la letra está tan apretada que llega hasta el mismo sello, y ésta es doble para ahorrar un envío, igual que Monkbarns, que si tiene un sobre ya pagado lo llena hasta que pese una onza, y no se pasa ni un gramo. Bueno, yo me arruinaría si tuviera que andarme con medidas tan precisas con la gente que viene a comprarnos pimienta, azufre y dulces.

La señora Heukbane apostilló:

—El señor de Monkbarns es un viejo quisquilloso. Estaría dispuesto a pagar lo mismo por un cuarto de cordero en agosto que por un lomo de ternera. Denos un poco más de agua de Cayena —tal vez quiso decir canela—, señora Mailsetter, querida… ¡Ah, señoras! Si hubiesen conocido a su hermano como yo… Cuántas veces vino a verme con un par de patos salvajes en el saco cuando mi marido estaba fuera en una feria… Pero, bueno, no hablemos ahora de eso.

—Yo no diré nada contra Monkbarns —dijo la señora Shortcake—. Su hermano nunca me trajo patos salvajes, pero es un hombre bueno y respetable; nosotros vendemos pan a su familia y nos paga cada semana. Solo una vez se enfadó, cuando le mandamos un libro en vez del tradicional palo con muescas que, según dijo, era la verdadera y antigua forma de distinguir entre comerciantes y clientes, y no cabe duda de que tenía razón.

—Pero miren esto, señoras —interrumpió la señora Mailsetter—, algo interesante para la vista. ¿Qué darían por leer esta carta? Esto es algo nuevo, nunca lo había visto. Para el señor William Lovel, alojado en casa de la señora Hadoway, High Street, Fairport, alrededores de Edimburgo, Escocia. Es la segunda carta que recibe desde que está aquí.

—¡Por Dios, mujer, déjenos ver! ¡Por Dios, mujer, déjenos ver! Es del que nadie sabe nada, ese que es tan bien parecido. ¡Déjenos ver, déjenos ver! —vocearon las dos distinguidas representantes de su antepasada Eva.

—No, no, señoras —exclamó la señora Mailsetter—, apártense, les digo que se alejen. Con sus cortes de cuatro peniques no recuperaríamos el valor de la oficina postal si ocurriera alguna desgracia. Lleva un sello de veinticinco chelines y es un

envío expreso por orden del secretario para que se la entreguemos al caballero directamente si no está en casa. No, no, señoras, no haremos las cosas sin cuidado.

—Pero mujer, déjenos verla aunque solo sea por fuera.

El exterior no aportaba nada aparte de las propiedades que los filósofos adscriben a la materia: longitud, anchura, profundidad y peso. El envío era de papel fuerte y grueso, impermeable a los curiosos y casi a los desorbitados ojos de las chismosas mujeres. El sello estaba marcado con profundidad y representaba un escudo de armas que desafiaba cualquier manipulación.

—Oh, señoras —dijo la mujer del panadero pesándola en la mano y deseando, sin duda, que la dura cera se derritiera y disolviera—, cuánto me gustaría saber lo que hay aquí dentro, porque desde que Lovel puso el pie en tierras de Fairport ha demostrado ser raro y nadie sabe qué pensar de él.

—Bueno, bueno, señoras —dijo la mujer del cartero—, sentémonos a charlar. Baby, trae el agua para el té. Me siento en deuda con usted por las galletas, señora Shortcake; cerraremos la tienda, avisaremos a Baby y echaremos mano a las cartas hasta que mi marido vuelva a casa. Entonces probaremos las mollejas de ternera que la señora Heukbane ha sido tan amable de traer.

—¿No va a entregar primero la carta del señor Lovel? —preguntó la señora Heukbane.

—Lo cierto es que no puedo entregarla hasta que mi marido vuelva, porque me dijo el viejo Caxon que el señor Lovel esta pasando el día en Monkbarns. Está con fiebre después de salvar a sir Arthur del mar.

—Menuda panda de idiotas —dijo la señora Shortcake—, ¿quién les mandaría ir por allí en una noche como la de ayer?

—Tengo entendido que en realidad les salvó el viejo Edie —añadió la señora Heukbane—, Edie Ochiltree, el casaca azul, ya saben… Y que los sacó a los tres de una auténtica pecera donde se habían metido, guiados por Monkbarns, para ver la obra de los monjes antiguos.

—Tonterías —replicó la cartera—. Se lo contaré todo en cuanto Caxon me lo cuente. Parece ser que sir Arthur, la señorita Wardour y el señor Lovel cenaron en Monkbarns…

—Pero, señora Mailsetter —interrumpió la señora Heukbane—, ¿no tendría que entregar esta carta inmediatamente? Nuestro poni y el jinete ya han hecho los envíos y el poni no ha recorrido más de treinta millas hoy. Jock está cuidando de él.

—Señora Heukbane —dijo la mujer de las cartas frunciendo los labios—, ya sabe que a mi marido le gusta entregar el expreso personalmente, y no vamos a tirar piedras sobre nuestro propio tejado. Se lleva media guinea cada vez que monta la yegua; además, estoy segura de que no tardará y estoy segura de que al caballero le dará igual recibir el envío expreso esta noche o mañana temprano.

—Pero el señor Lovel estará en la ciudad antes de que salga el envío expreso —explicó la señora Heukbane—, y ¿dónde estará usted? Usted sabe mejor lo que se

hace…

—Bueno, bueno, señora Heukbane —contestó la señora Mailsetter un poco malhumorada y con rostro enojado—, nunca he estado en contra de ser buena vecina, y de vivir y dejar vivir, pero, como he sido tan estúpida que le he enseñado la orden de la oficina postal, sin duda hay que cumplirla. Eso sí, no necesito su jinete, muchas gracias. Mandaré al pequeño Davie en su poni, así cada una se queda la mitad de la guinea.

—¿Davie? ¡Que el Señor nos asista! El chiquillo no tiene ni diez años. Además nuestro poni ofrece resistencia y no le gusta nada el camino: nadie puede controlarle más que Jock.

—¡Qué mala suerte! —contestó la cartera seriamente—. Resulta que tendremos que esperar a que vuelva mi marido, pero no quisiera responsabilizarme de dar las cartas a un tipo como Jock. En cambio Davie es en cierto modo parte de la oficina.

—Bueno, bueno, señora Mailsetter, ya veo lo que quiere decir, pero, si usted quiere arriesgarse con el niño, yo me arriesgaré con la bestia.

Dieron las órdenes oportunas. Sacaron al indócil poni de su lecho de paja y volvieron a prepararlo para el servicio. Colocaron a Davie (con una cartera de cuero de correos ceñida a los hombros) sobre la montura con lágrimas en los ojos y un látigo en la mano. El bueno de Jock condujo al animal hasta las afueras de la ciudad y, con el chasquido de su látigo y con las indicaciones que dio su voz familiar, lo envió por el camino que llevaba a Monkbarns.

Mientras tanto, las chismosas, como sibilas después de consultar sus hojas, ordenaron y combinaron la información de la tarde, que por la mañana voló por todo Fairport por cientos de canales y de cien formas diferentes. Los rumores y conjeturas que originaron fueron muchos, extraños y contradictorios. Algunos decían que Tennant y Compañía estaba arruinada y que les habían devuelto todas las facturas; otros, que había recibido un buen contrato con el Gobierno y una carta de los principales comerciantes de Glasgow pidiendo participaciones en la empresa. Un rumor afirmaba que el lugarteniente Taffril había concertado un matrimonio secreto con Jenny Caxon; otro, que por su origen y educación humildes, se despedía de ella eternamente. Era generalmente aceptado que los negocios del sir Arthur Wardour habían caído en una confusión irreparable, y solo los juiciosos expresaban sus dudas, pues el rumor venía de la tienda de la señora Mailsetter, una fuente más famosa por la propagación de noticias que por su veracidad. Pero todos coincidían en que el correo de la secretaría de Estado dirigido al señor Lovel había sido enviado por un oficial de caballería del cuartel general de Edimburgo. Éste habría atravesado Fairport a caballo sin detenerse más que para preguntar por el camino a Monkbarns. Había varias explicaciones para tan extraordinario envío a un individuo tan tranquilo y reservado. Algunos decían que Lovel era un emigrante noble llamado a dirigir una insurrección originada en La Vandea; otros, que era un espía; también se decía que era un oficial general de visita extraoficial en la costa, o incluso que era un miembro de la familia

real que viajaba de incógnito.

Mientras tanto, el envío que había originado tantas especulaciones de camino a Monkbarns se enfrentaba a peligros e interrupciones. El portador, Davie Mailsetter, imaginado por muchos como un valiente jinete, avanzó hacia su paradero mientras duraron en la memoria del animal las indicaciones del mozo de la carnicería y el chasquido de su látigo. Pero, viendo cómo Davie, con sus cortas piernas, mantenía difícilmente el equilibrio y se balanceaba de un lado al otro sobre su lomo, el poni empezó a desobedecer las indicaciones que le habían dado. Primero redujo su carrera a un paseo. Discutir con el jinete no tenía sentido, ya que se había descompuesto por la velocidad del principio de la marcha y ahora aprovechaba el cambio de velocidad para comerse las galletas de jengibre que su madre le había puesto en las manos para recompensar al joven correo por cumplir con su deber. Al final el fuerte poni consiguió con su indisciplina que Davie soltara las riendas y se dedicó a pastar en el prado junto al sendero. Sorprendido por estos signos decididos de rebelión, y temiendo tanto seguir sentado como caerse, el pobre Davie rompió a llorar amargamente. El poni, al oír este ruido junto a sus orejas, pareció pensar que era mejor para él y para el jinete volver por donde habían venido, por lo que retomó el camino a Fairport. Pero, como suele ocurrir, la marcha atrás acabó en una derrota total y el animal, alarmado por los llantos del niño y por el roce de las riendas en sus patas delanteras, se lanzó a toda velocidad a fin de, si Davie conseguía aferrarse a la montura (algo extremadamente dudoso), no tardar en llegar a la puerta del establo de Heukbane. Pero en una curva del camino apareció un auxilio en forma del viejo Edie Ochiltree, que agarró las riendas y detuvo el avance del animal.

—¿Quién eres, jinete, y qué forma es esa de montar?

—¡No pude evitarlo! Soy el pequeño Davie.

—Y ¿a dónde vas?

—A Monkbarns.

—Pues por aquí no se va a Monkbarns.

Pero Davie no pudo contestar más que con suspiros y lágrimas.

El viejo Edie siempre se conmovía con los niños. «Yo no iba hacia allí, —pensó —, pero lo bueno de mi forma de vida es que puedo cambiar de dirección. En Monkbarns me darán unos cuartos, y si no voy yo con el niño, si nadie dirige al poni, la pobre criatura acabará con los sesos fuera.» Después dijo:

—¿Dices que tienes una carta? ¿Me la enseñas?

—No dejaré que nadie vea la carta —balbució el muchacho— hasta que se la dé al señor Lovel, porque soy un sirviente de correos fiel. Si no fuera por el poni…

—Así me gusta, muchacho —dijo Ochiltree, tirando de la cabeza del animal y encaminándola hacia Monkbarns—, pero yo lo guiaré, porque es un poco desobediente.

En lo alto de Kinprunes, donde Monkbarns había llevado a Lovel después de cenar, el anticuario, de nuevo reconciliado con el lugar antes desacreditado, estaba

sermoneando sobre el escenario que ofreció Agrícola en su descripción del campamento al alba, cuando su mirada cayó sobre el mendigo y su *protegé*.

—¡Qué demonios! Parece que viene Edie con la casa a cuestas.

El mendigo explicó la situación y Davie, que insistía en cumplir su misión de ir hasta Monkbarns literalmente, fue persuadido con dificultad de que entregara el correo a su dueño, a pesar de hallarse a una milla antes de su destino.

—Mi madre dijo que me asegurara de recibir veinticinco chelines por el envío y diez chelines por ser expreso. Aquí está el papel.

—Déjame ver, déjame ver —dijo Oldbuck poniéndose los anteojos y examinando la arrugada copia del reglamento que Davie había citado—. El porte por hombre y caballo en un día no excede de diez chelines y seis peniques. ¿Un día? ¡Si no es ni una hora! ¿Hombre y caballo? ¡Si son un mono y un gato famélico!

—Padre habría venido personalmente —contestó Davie— con la gran yegua alazana, pero habría llegado mañana.

—¿Veinticuatro horas después del envío? Menudo piojo, qué pronto aprendes el arte del engaño.

—Alto, Monkbarns, no se ponga así con el muchacho —dijo el mendigo—, piense que el carnicero se juega su animal y la madre a su hijo, y estoy seguro de que diez chelines y seis peniques no son para tanto. No se puso así cuando Johnie Howie…

Lovel, que estaba sentado en el supuesto *prætorium*, echó un vistazo a la carta y puso fin a la discusión pagando lo que Davie pedía. Después se volvió hacia el señor Oldbuck con una mirada inquieta y se excusó por no volver con él aquella tarde a Monkbarns.

—Debo ir de inmediato a Fairport y quizá tenga que marcharme de allí sin dilación. No olvidaré su amabilidad, señor Oldbuck.

—Espero que no se trate de malas noticias —dijo el anticuario.

—Es difícil de explicar —contestó su amigo—. ¡Hasta pronto! Para bien o para mal, no olvidaré sus atenciones.

—No, no, espere un momento. Si… si… —haciendo un esfuerzo, continuó—. Si hay algún inconveniente pecuniario, tengo cincuenta, incluso cien guineas a su disposición hasta el domingo de Pentecostés. O cuando las necesite.

—Se lo agradezco mucho, señor Oldbuck, pero tengo bastante. Disculpe, no puedo seguir hablando ahora. Le escribiré o le veré antes de abandonar Fairport, si es que me veo obligado a hacerlo.

Dicho esto, dio un caluroso apretón de manos al anticuario, se dio la vuelta y se fue andando rápidamente a la ciudad sin añadir nada más.

—Es de lo más extraordinario —dijo Oldbuck—, y aunque hay algo en este joven que no logro entender, no imagino nada malo en él. Tengo que volver a casa y apagar el fuego de la Habitación Verde, ya que las mujeres de la casa no se atreverían a entrar después de la caída del sol.

—Y ¿quién me lleva a casa? —balbució el cartero desconsolado.

—Hace buena noche —dijo el casaca azul mirando el cielo—. Yo volveré a la ciudad y cuidaré del niño.

—Hazlo, Edie, hazlo —añadió el anticuario rebuscando en el enorme bolsillo de su abrigo hasta encontrar el objeto que buscaba—. Aquí tienes seis peniques para rapé.

Capítulo XVI

Estoy como hechizado en la sociedad de este bribón. Que me cuelguen, si el canalla no me ha dado drogas para que lo quiera, no puede ser de otra forma: he bebido drogas.

Primera parte de Enrique IV[136]

Durante quince días fueron frecuentes las preguntas del anticuario al veterano Caxon sobre la situación del señor Lovel; e igual de frecuentes fueron las respuestas de Caxon, «que en la ciudad no se sabía nada de él, excepto que había recibido una o dos cartas del sur bastante grandes, y que nunca se le veía por las calles».

—¿Cómo vive, Caxon?

—Oh, la señora Hadoway le prepara un filete de ternera o una chuleta de cordero, o le hace algún caldo de pollo Friar[137], o lo que ella quiera, y él se lo come en la salita roja de al lado de su habitación. No consigue que él le diga qué prefiere; y le prepara té por la mañana, y él paga religiosamente cada semana.

—Pero ¿nunca sale?

—Ha dejado de salir por completo, y se pasa el día en su dormitorio, leyendo o escribiendo; ha escrito gran número de cartas, pero no las lleva a nuestra casa de postas, aunque la señora Hadoway se ofreció a llevárselas, sino que se las ha enviado todas en un sobre al juez; y la señora Mailsetter cree que el juez envió a su criado a que las llevara a la oficina del correo de Tannonburgh; mi humilde opinión es que recelaba de que alguien curioseara en Fairport; y de hecho estaba en lo cierto, porque mi pobre hija Jenny…

—Ah, no me fastidies con tus mujeres, Caxon. Y este pobre joven ¿escribe solo cartas?

—Oh, no; cantidad de hojas con otras cosas. Lo dice la señora Hadoway. A ella le gustaría que lo pudieran sacar a dar un paseo; cree que tiene una pinta deplorable, y ha perdido todo el apetito; pero no quiere ni oír hablar de cruzar el umbral, con lo que él andaba antes.

—Eso es malo. Tengo una sospecha sobre qué le tiene ocupado, pero tampoco debe trabajar demasiado. Iré a verle hoy mismo. Está embebido, sin duda, en la *Epopeya de Caledonia*.

Tras haber tomado esta valiente resolución, el señor Oldbuck se equipó para la expedición con su grueso calzado de marcha y su bastón de empuñadura de oro, murmurando mientras tanto las palabras de Falstaff que hemos escogido como introducción de este capítulo; pues hasta el anticuario estaba sorprendido del apego que confesaba sentir por ese extraño. El enigma tenía, sin embargo, fácil solución. Lovel tenía muchas cualidades atractivas, pero se había ganado el corazón de nuestro anticuario por ser, en la mayoría de las ocasiones, un fabuloso oyente.

Un paseo hasta Fairport se había convertido en una especie de aventura para el

señor Oldbuck, una aventura que no se molestaba en emprender con frecuencia. Odiaba las reverencias en la plaza pública; y normalmente había vagabundos que le perseguían por la calle, fuera para enterarse de las novedades dél día, fuera por asuntos triviales. Así que, en esta ocasión, no bien se adentró en las calles de Fairport, empezaron:

—Buenos días, señor Oldbuck, qué alegría verle, digo yo: ¿qué piensa acerca de las noticias de *The Sun*? Dicen que la gran ofensiva[138] será dentro de quince días.

—Ojalá hubiese sido ya, para no tener que oír hablar de ella.

—Monkbarns, señor —dijo el empleado del semillero—, espero que quedara satisfecho con las plantas. Y, si quiere alguna raíz fresca de flores de Holanda, o una jarra o dos de ginebra de contrabando, uno de nuestros bergantines llegó ayer por la noche.

Esto último se musitó en voz más baja.

—Gracias, gracias; no es momento ahora, señor Crabtree —se excusó el anticuario, y siguió con decisión su camino.

—Señor Oldbuck —dijo el secretario (una persona más importante, que se adelantó y se atrevió a parar al viejo caballero)—, el preboste, que ha sabido que está usted en la ciudad, le ruega que no se marche bajo ningún concepto sin verle; quiere hablar con usted de traer el agua del manantial de Fairwell a través de una parte de sus tierras.

—¡Demonios! ¿No pueden excavar otras tierras que no sean las mías? No lo consentiré, dígaselo.

—Y el preboste —continuó el secretario sin hacer caso al exabrupto— y el consejo estarían de acuerdo en que se llevara usted las viejas losas de la capilla Donagild, que deseaba usted tener.

—¡Eh! ¿Cómo? ¡Uh! Eso es otra cosa… Bien, bien, visitaré al preboste y hablaremos.

—Pero debe usted pronunciarse inmediatamente, Monkbarns, si quiere las losas; pues el diácono Harlewalls cree que las losas podrían quedar muy bien en la fachada del nuevo Ayuntamiento; es decir, las dos figuras de piernas cruzadas que los jóvenes dieron en llamar Robin y Bobbin, uno en cada jamba de la puerta; y la otra losa, que llamaban Ailie Dailie, encima de ella. Será muy elegante, dice el diácono, y muy del estilo gótico moderno.

—¡Que Dios me libre de esta generación gótica! —exclamó el anticuario—. El monumento de un caballero templario a cada lado de un pórtico griego, y una madonna en la parte superior. ¡Oh *crimini*! Bien, dígale al preboste que deseo tener las losas, y nos pondremos de acuerdo en el curso de agua. Qué suerte haber pasado por aquí hoy.

Se despidieron los dos satisfechos; pero el taimado secretario tenía más razones para sentirse exultante por su destreza, ya que toda la proposición de intercambiar monumentos (que el consejo había decidido quitar por molestos, pues invadían tres

pies de la vía pública) y el privilegio de llevar el agua a la ciudad a través de las tierras de Monkbarns era una idea que se le había ocurrido a él en aquel mismo momento.

Después de estos enredos diversos, Monkbarns (por llamarlo con el nombre por el que se le conocía en la región) acabó por llegar a casa de la señora Hadoway. La buena mujer era la viuda de un difunto pastor de Fairport, que se había visto arrastrada, por la prematura muerte de su marido, a ese estado de estrechez y dificultad en el que se encuentran demasiado a menudo las viudas de los pastores escoceses. El inmueble que ocupaba y los muebles que poseía le proporcionaban los medios de alquilar una parte de su casa; y, como Lovel había sido un inquilino tranquilo, formal y lucrativo, y se había distinguido en el necesario trato que tenían por una gran amabilidad y cortesía, la señora Hadoway, no muy acostumbrada quizá a un trato tan afable, le había cogido mucho cariño y le prodigaba todas las atenciones personales que las circunstancias le permitían. Cocinar un plato algo mejor de lo acostumbrado para la cena «del pobre caballero», hacer uso de su influencia sobre quienes recordaban a su marido, o la querían por sí misma o por él, con objeto de obtener algunas escasas verduras, o algo cuya sencillez pudiera tentar el apetito de su inquilino, eran labores que le encantaban, aunque lo ocultaba nerviosamente de su destinatario. No escondía su benevolencia para evitar las risas de quienes pudieran pensar que un rostro oval, unos ojos oscuros y una piel canela, aunque pertenecieran a una mujer de cuarenta y cinco años encerrada tras un ajustado sombrero de viuda, podían quizá aspirar a hacer conquistas; pues, como, para ser sinceros, tal ridícula sospecha nunca se le había pasado por la cabeza, no podía anticiparse a su nacimiento en la de nadie más. Ocultaba sus atenciones únicamente por delicadeza con su invitado; de la posibilidad de que éste correspondiera a ellas dudaba tanto como creía en su inclinación a hacerlo, y en que sería muy capaz de dolerse por dejar sin reciprocidad cualquiera de sus cortesías. En ese momento la señora Hadoway le abrió la puerta al señor Oldbuck, y la sorpresa de verlo le llenó los ojos de lágrimas que apenas podía contener.

—Estoy encantada de verlo, señor, encantadísima de verlo. Mi pobre caballero no se encuentra, me temo, nada bien; y, oh, señor Oldbuck, no quiere ver ni a un médico ni a un sacerdote, ni a un notario. Y ¡piense en lo que sería, como decía mi pobre señor Hadoway, que un hombre muriera sin consejo de las tres doctas facultades!

—Mucho mejor que con ellas —gruñó el cínico anticuario—. Le diré, señora Hadoway, que la iglesia vive de nuestros pecados, la medicina de nuestras enfermedades, y la ley de nuestras desgracias.

—¡Pardiez, Monkbarns, cómo puede salir algo así de su boca! Pero va a subir usted a ver al pobre joven, ¿verdad, señor? Tan joven y bien parecido, y cada día come menos, y ahora apenas toca la comida, y solo pone un poco en el plato para disimular, y sus mejillas están cada día más delgadas y pálidas, tanto que parece ahora tan viejo como yo, que podría ser su madre (no es que pudiera serlo realmente,

pero casi).

—¿Por qué no hace ejercicio? —dijo Oldbuck.

—Creo que lo hemos convencido para que haga, porque le ha comprado un caballo a Gibbie Golightly, el mozo de cuadras. Nuestra criada nos dijo que Gibbie era un buen juez de caballos, porque le ofreció una bestia que pensaba que le respondería bien, dado que es un hombre de letras, pero el señor Lovel no quería ni verlo, y compró uno que podría servir al maestro Morphie[139] (lo guardan en Graeme's Arm, al otro lado de la calle); salió a cabalgar ayer por la mañana y esta mañana, antes del desayuno. Pero ¿quiere usted subir a verlo?

—Ahora mismo, ahora mismo. Pero ¿no recibe visitas?

—Oh, querido señor Oldbuck, ni una; si no las recibía cuando estaba bien y activo, ¿qué persona de Fairport le va a poner ahora la vista encima?

—Sí, sí, muy cierto. Me habría sorprendido que fuera de otro modo. Vamos, guíeme hasta arriba, señora Hadoway, no vaya a tropezarme, o acabe donde no tengo que ir.

La buena casera llevó al señor Oldbuck por la escalera estrecha, avisándolo de cada curva, y lamentando todo el camino que se viera en la necesidad de subir tanto. Finalmente tocó con suavidad a la puerta de la sala de su inquilino.

—Entre —dijo Lovel; y la señora Hadoway hizo pasar al propietario de Monkbarns.

Las pequeñas dependencias estaban limpias y ordenadas, y decentemente amuebladas —adornadas, también, con reliquias de las artesanías juveniles de la señora Hadoway, que ésta había guardado de la época en que era costurera naval—; pero estaban cerradas, demasiado caldeadas, y, según le pareció a Oldbuck, era un ambiente insalubre para una persona joven de salud delicada —observación que le empujó a llevar a cabo un proyecto que ya tenía ideado en nombre de Lovel—. Delante de un escritorio sobre el que yacían cantidad de libros y papeles, Lovel estaba sentado en un sofá, en bata y zapatillas. A Oldbuck lo conmocionó el cambio que se había operado en su apariencia. Sus mejillas y su frente habían adoptado una tremenda palidez, excepto donde algún punto de rojez febril formaba un fuerte y doloroso contraste, totalmente diferente del halo general de salud y resistencia que antes rodeaba y de algún modo oscurecía su rostro. Oldbuck observó que su atuendo pertenecía a un traje de luto, y que un abrigo del mismo color colgaba de una silla a su lado. Cuando entró el anticuario, Lovel se levantó y se acercó para recibirlo.

—Es muy amable por su parte —dijo, estrechando su mano, y agradeciéndole efusivamente su visita—, es muy amable por su parte, y se anticipa usted a una visita con la que pensaba molestarle. Debe usted de saber que me he convertido últimamente en jinete.

—Eso me ha dado a entender la señora Hadoway: solo espero, mi joven amigo, que haya tenido la fortuna de adquirir un caballo tranquilo. Yo también le compré uno imprudentemente del mismo Gibbie Golightly, una bestia que corrió encabritada dos

millas conmigo tras una jauría de sabuesos, con los que yo tenía tanto que ver como con la nieve del año pasado; y, tras procurar infinito esparcimiento, supongo, al resto de la batida de caza, fue tan amable de soltarme en una zanja sucia. Espero que la suya sea una bestia más pacífica.

—Espero, al menos, que hagamos nuestras excursiones en un clima de mayor acuerdo mutuo.

—¿Es decir, que se considera un buen jinete?

—No diría que soy muy malo —respondió Lovel.

—No, claro. Ustedes los jóvenes creen que podrían hacerse sastres de repente. Pero ¿tiene usted experiencia? Porque, *crede experto*[140], un caballo desbocado no bromea.

—Bueno, debería sentirme avergonzado por vanagloriarme de ser un gran jinete; pero cuando hice de edecán para sir…, en la maniobra de caballería del año pasado, vi desmontados a muchos jinetes mejores que yo.

—¡Ah! Entonces ¿ya ha visto el siniestro rostro del dios de las armas? ¿Le resulta familiar el ceño del armipotente Marte? Esa experiencia potenciará sus aptitudes para la epopeya. Los británicos, sin embargo, como recordará, lucharon en cuadrigas (*covinarii* en palabras de Tácito)… recuerde la hermosa descripción de su airosa infantería entre los romanos… aunque el historiador nos cuenta lo malo que era el agreste suelo para el combate ecuestre… y, de veras, siempre me ha asombrado pensar en el tipo de carros que podrían conducirse en Escocia fuera de rutas de portazgo. Y, ahora bien, ¿lo han visitado las musas? ¿Tiene usted algo que enseñarme?

—He dedicado mi tiempo a cuestiones menos agradables —dijo Lovel, echando una mirada a su atuendo de luto.

—¿La muerte de un amigo? —preguntó el anticuario.

—Sí, señor Oldbuck. De casi el único que podía enorgullecerme de tener.

—¿De veras? Bueno, joven —replicó el visitante, en un tono de seriedad muy distinto de su afectada gravedad—, consuélese. Haber perdido a un amigo por muerte, mientras aún se miraban el uno al otro con calidez y afecto, mientras la lágrima puede caer sin la amargura de un doloroso recuerdo de traición o desconfianza, es quizá una salida a un designio más duro. Eche una ojeada: ¿a cuántos ve usted envejecer rodeados del afecto de aquellos con los que formó temprana amistad? Las fuentes de satisfacción común se secan gradualmente según avanzamos por este valle de lágrimas, y nos construimos nuevas cisternas de las que están excluidos los primeros compañeros de nuestro peregrinaje; las envidias, las rivalidades, los celos intervienen para apartar a los otros de nuestro lado, hasta que solo quedan quienes están atados a nosotros más por habito que por aprecio, o quienes, aliados más por sangre que por disposición, se limitan a hacer compañía al viejo en su vida, con la esperanza de no ser olvidados a su muerte.

Haec data poena diu viventibus.[141]

»¡Ah, señor Lovel! Si es su destino alcanzar el frío, nuboso e incómodo atardecer de la vida, recordará las soledades de su juventud como las nubes ligeramente sombrías que interceptaron un momento los rayos del sol mientras se alzaba. Le abato los oídos con palabras que le turban[142].

—Soy consciente de su bondad —respondió el joven—. Pero la herida recientemente infligida debe causar siempre un intenso dolor, y me consolaría poco de esta presente calamidad (perdóneme por hablar así) la convicción de que la vida no me reserva más que una cadena de sucesivas soledades. Y permítame añadir que usted, señor Oldbuck, tiene menos razones que la mayoría de los hombres para tener una idea tan sombría de la vida. Tiene una fortuna suficientemente holgada, es respetado en general, y podría, según su propia frase, *vacare musis*, permitirse investigar lo que su gusto le dictara; podría formar su propia sociedad sin puertas; y por dentro goza de la afectuosa y diligente atención de sus parientes más cercanos.

—Sí, bueno. Las mujeres (pues las mujeres son, gracias a mi educación, muy correctas y dóciles) no me molestan en mis lecturas mañaneras, y se deslizan por el suelo con el paso silencioso de un gato cuando me quedo dormido en el sillón después de la cena o el té. Todo esto está muy bien; pero quiero a alguien con quien intercambiar ideas, alguien con quien hablar.

—Y ¿entonces por qué no invita a su sobrino, el capitán MacIntyre, de quien todo el mundo dice que es un joven lleno de ingenio, a formar parte de su familia?

—¿Quién? —exclamó Monkbarns—. ¿Mi sobrino Hector? ¿El temerario norteño? Por el amor de Dios, antes invitaría a un incendiario a mi granero. Es un Almanzor, un Chamont[143]; tiene un pedigrí de las Tierras Altas tan largo como su *claymore*[144], y un *claymore* tan largo como la calle principal de Fairport; lo desenfundó ante el cirujano la última vez que estuvo en la ciudad. Lo espero uno de estos días; pero lo alojaré con el servicio, se lo aseguro. ¡Él, residente de mi casa! Para hacer temblar mis sillas y mis mesas con sus querellas. No, no, ni hablar de Hector MacIntyre. Pero escuche, Lovel; usted es un joven tranquilo, de carácter amable; ¿por qué no se instala en Monkbarns un mes o dos, ya que concluyo que no tiene intención de abandonar inmediatamente este país? Abriré una puerta al jardín (no costará nada, está la forma de una que fue condenada hace mucho), por la que podrá pasar una y otra vez a la Habitación Verde según su deseo, así que no tendrá que cruzarse con este viejo, ni este viejo con usted. En cuanto a su comida, la señera Hadoway dice que es usted, según sus palabras, de apetito muy moderado, así que no disentirá de mi humilde mesa. La colada…

—Deténgase, querido señor Oldbuck —interrumpió Lovel, incapaz de reprimir una sonrisa—; y, antes de que su hospitalidad organice toda mi comodidad, déjeme expresarle mi más sincero agradecimiento por una oferta tan generosa, aunque no esté en mi mano aceptarla en este momento; pero muy probablemente, antes de decir

adiós a Escocia, tenga la oportunidad de hacerle una visita de cierta duración.

El rostro del señor Oldbuck se ensombreció.

—Vaya, pensaba haber dado con un acuerdo que nos conviniera a los dos; y ¿quién sabe qué podría ocurrir en el camino, y si nos separamos? Soy dueño de mis acres (ésa es la ventaja de descender de un hombre con más sentido común que orgullo), no pueden obligarme a transmitir mis bienes de otro modo que el que yo desee. No quiero que un hatajo de supuestos herederos, tan vacío e insustancial como los despojos de la cometa de un niño atados a un tren, pese sobre el vuelo de mi voluntad y de mis predilecciones. Bien, ya veo que de momento no le tienta, pero la *Epopeya de Caledonia* sigue, espero.

—Por supuesto —dijo Lovel—. No podría abandonar un plan tan esperanzador.

—Lo es, ciertamente —dijo el anticuario, levantando la vista con gravedad, pues, aunque era lo bastante agudo y sutil para calibrar la vanidad de los planes ideados por los demás, tenía una opinión muy natural, aunque desproporcionadamente buena, de la importancia de los que él mismo ideaba—, es ciertamente una iniciativa que, de llevarse a cabo con el mismo espíritu que dicta su concepción, podría redimir a la literatura de la generación actual de su carga de frivolidad.

Un golpe en la puerta lo interrumpió; traían una carta para el señor Lovel. El criado esperaba, dijo la señora Hadoway, una respuesta.

—Este asunto le concierne, señor Oldbuck —dijo Lovel, después de echarle una mirada al documento, y se lo tendió al anticuario.

Era de sir Arthur Wardour, en términos extremadamente correctos, que presentaba sus excusas porque un ataque de gota le había impedido hasta la fecha dispensarle al señor Lovel las atenciones que le debía por su proceder en una reciente situación peligrosa. Se excusaba por no ofrecer sus respetos en persona, pero confiaba en que el señor Lovel no necesitara de tal ceremonia, y en que formara parte del pequeño grupo que visitaría las ruinas del priorato de Saint Ruth al día siguiente, para cenar y pasar la velada después en el castillo de Knockwinnock. Sir Arthur concluía diciendo que había instado a la familia Monkbarns a acompañarle en el día de campo que proponía. El lugar de encuentro se había fijado en una barrera de portazgo, que estaba a igual distancia de todos los puntos desde los que acudirían los invitados.

—¿Qué hacemos? —dijo Lovel mirando al anticuario, pero bastante seguro de la decisión que tomaría.

—Iremos, hombre, iremos, por supuesto. Déjeme ver. Pero habrá que alquilar un carruaje que nos lleve a usted y a mí, y a Mary MacIntyre, muy bien, y las demás mujeres podrían ir a la casa del pastor, y usted puede venir con el carruaje hasta Monkbarns, puesto que lo alquilaré para el día.

—Creo que preferiría ir a caballo.

—Cierto, cierto, había olvidado a su Bucéfalo. Es usted un inconsciente, por cierto, por haber comprado la bestia en el acto; podría haber pagado dieciocho peniques por costado, si va a confiar más en las piernas de otra criatura que en las

suyas.

—Bueno, puesto que las del caballo tienen la ventaja de ser considerablemente más rápidas, y son, además, dos pares contra uno, me inclino…

—De acuerdo, ya hemos dicho bastante; haga lo que crea conveniente. Entonces, traeré bien a Grizzel o al pastor, pues me gusta amortizar hasta el último penique de los carruajes, y nos encontramos en el portazgo de Tirlingen el viernes, a las doce en punto.

Y, con este acuerdo, los dos amigos se separaron.

Capítulo XVII

olan de asientos, donde los sacerdotes, entre tenues velas,
alaban la cálida oración, o entonaban el himno de medianoche
escenas como las que retiraban las desvanecidas almas;
Venganza y la Ira expiraban en estas celdas:
iado por la Piedad, el Remordimiento perdió la mitad de sus temores,
suavizado Orgullo dejó caer lágrimas de penitencia.

GEORGE CRABBE, *The Borough*

La mañana del viernes era tan serena y hermosa que parecía que no se hubiese organizado ninguna excursión; y esto es un hecho extraño, tanto en la ficción novelesca como en la vida real. Lovel, bajo el maravilloso influjo del buen tiempo y la posibilidad de encontrarse de nuevo con la señorita Wardour, trotó hacia el lugar de la cita con mejor ánimo del que últimamente disfrutaba. Sus perspectivas parecían en muchos aspectos abrirse y brillar ante él; y la esperanza —aunque irrumpía como el sol de la mañana entre brumas y chaparrones— parecía ahora iluminar su camino. Como cabía esperar de un estado de ánimo semejante, fue el primero en llegar y, como también podríamos haber anticipado, su atención estuvo tan centrada en la carretera del castillo de Knockwinnock que tan solo advirtió la llegada de la división de Monkbarns por los arres del postillón, cuando la silla de posta apareció bamboleante a su espalda. En este vehículo se amontonaban, en primer lugar, la imponente figura del señor Oldbuck; en segundo lugar, la figura —casi igual de corpulenta— del reverendo Blattergowl, pastor de Trotcosey, parroquia a la que pertenecían Monkbarns y Knockwinnock. El reverendo llevaba una enorme peluca rizada sobre la que descansaba un tricornio equilátero. Era la más exquisita de las tres pelucas que aún quedaban en la parroquia, y que diferían entre ellas, como Monkbarns solía señalar, tanto como los tres grados de la comparación: la frondosa peluca de sir Arthur sería el positivo, su propia peluca rizada, el comparativo, y la gris, imponente, del respetable pastor, el superlativo. El supervisor de estos antiguos aderezos, al juzgar, o afectando juzgar, que de ninguna manera podía no estar presente en una ocasión que los reunía a los tres, se había sentado en la culata del carruaje «solo por estar a mano en caso de que los caballeros necesitasen un retoque antes de sentarse a cenar». Entre las dos macizas presencias de Monkbarns y el clérigo estaba incrustada como un estilete la delgada figura de Mary MacIntyre, pues su tía había preferido una visita a casa del pastor, y una charla social con la señorita Beckie Blattergowl, antes que investigar las ruinas del priorato de Saint Ruth.

Después de que los miembros del grupo de Monkbarns intercambiasen saludos con el señor Lovel, hizo su presencia el carruaje del baronet —una calesa—, con sus sudorosos bayos, sus elegantes conductores, varales y paneles con blasones, precedido además por un par de escoltas. El conjunto contrastaba enormemente con el maltrecho vehículo y los jadeantes lomos que habían traído hasta allí al anticuario

y a sus seguidores. El asiento principal del carruaje estaba ocupado por sir Arthur y su hija. A la primera mirada que cruzaron Lovel y la señorita Wardour, ésta se ruborizó considerablemente; pero, al parecer, había decidido recibirlo como a un amigo, nada más, y hubo, a partes iguales, compostura y cortesía en el modo de responder a sus respectivos saludos. Sir Arthur paró la calesa para estrechar amablemente la mano de su salvador, dando a entender el placer que le causaba poder expresarle su agradecimiento en persona, tras lo cual procedió apresuradamente a las presentaciones oportunas:

—Señor Dousterswivel, señor Lovel.

Por supuesto, Lovel ya había reparado en el adepto alemán, que ocupaba el asiento frontal del carruaje, normalmente reservado para familiares o subalternos. La sonrisa ya preparada y la servil inclinación con la que el extranjero respondió a su breve saludo incrementaron la íntima antipatía que Lovel ya había concebido por él; y estaba claro, por el fruncido del poblado ceño del anticuario, que él también miraba con disgusto este aumento de la partida. Poco más que distantes saludos intercambiaron el resto de viajeros, hasta que, después de tres millas de viaje, los carruajes se detuvieron por fin bajo el letrero de Los Zapatos de los Cuatro Setos, una pequeña posada de tercera. El humilde Caxon abrió la puerta y bajó el estribo para que los demás ocupantes pudiesen salir del carruaje con la ayuda del servicio.

Aquí se reiniciaron los saludos: las jóvenes damas se estrecharon las manos; y Oldbuck, como pez en el agua, se adelantó como guía y cicerone a la cabeza de la comitiva, que se disponía a seguir a pie hasta el objeto de su curiosidad. Se aseguró de retener a Lovel a su lado, como mejor oyente del grupo, y ocasionalmente lanzaba una palabra de explicación e instrucción a la señorita Wardour y a Mary MacIntyre, que iban inmediatamente después. Al baronet y al pastor más bien los evitaba, pues era consciente de que ambos creían entender de tales asuntos tanto o más que él; en cuanto a Dousterswivel, además de ser a sus ojos un charlatán, estaba tan relacionado con la noticia de la pérdida de sus acciones en la compañía minera que no podía soportar verlo siquiera. Estos dos últimos satélites giraban en torno a la órbita de sir Arthur, quien, al ser además la persona más importante de los presentes, ejercía sobre ellos una atracción natural.

Ocurre con frecuencia que los rincones más bellos del paisaje escocés se esconden en algún valle aislado; es más, uno puede estar paseando sin rumbo fijo por el campo sin ser consciente de la cercanía de estos hermosos parajes, a no ser que la intención o el accidente le conduzca hasta ellos. Esto es particularmente cierto en los alrededores de Fairport, donde abundan los campos abiertos, despejados y pelados. Sin embargo, el cauce de arroyos y riachuelos ha ido formando por todas partes numerosos valles, cañadas o, como se llaman en la región, *dens*, en cuyas altas y rocosas riberas encuentran refugio árboles y arbustos de todo tipo que crecen con exuberante profusión, lo cual resulta, cuando menos, gratificante, pues crean un inesperado contraste con la faz general de la región. Éste es sin duda el caso del

camino que lleva a las ruinas de Saint Ruth, que en su primer tramo no resultó ser más que un cabañal sobre la ladera de una encrespada y árida colina. Gradualmente, sin embargo, según descendía el camino y se enroscaba alrededor de la colina, empezaba a aparecer algún que otro árbol solitario, enjuto y enfermo, con hebras de lana sobre los troncos y huecas raíces que formaban cavidades en donde gustaban de reposar las ovejas: un espectáculo mucho más gratificante para el ojo de quien admira lo pintoresco que para el de un terrateniente o guardabosques. A medida que el camino avanzaba, los árboles iban apareciendo por grupos, cercados en sus bordes y llenos en el centro de espinos y avellanos. Finalmente, estos grupos de árboles se acercaban tanto entre sí que, aunque bajo sus ramas se abrían de cuando en cuando anchos claros, o se encontraba una pequeña ciénaga o páramo que se había negado a alimentar las semillas que esparcían, el escenario en su conjunto podría definitivamente llamarse bosque. Las vertientes del valle empezaban a aproximarse cada vez más; se oía más abajo el rumor de un regato y, en las aberturas que formaban los claros en el bosque natural, se veían correr sus cristalinas aguas bajo su cabecero silvestre.

Oldbuck ejerció toda la autoridad del cicerone, y ordenó angustiado al grupo que no se alejara ni un paso del camino que les marcaba, si querían disfrutar plenamente de lo que venían a ver.

—Es usted afortunada de tenerme como guía, señorita Wardour —exclamó el veterano, balanceando la mano y la cabeza cadenciosamente mientras recitaba una y otra vez:

ıozco cada camino, cada verde sendero,
e, o frondosa cañada, de este bosque virgen,
a boscoso enramado de lado a lado.[145]

»¡Ah, diablos! Esa rama de arbusto ha echado a perder toda la labor de Caxon, y por poco se lleva mi peluca al río; eso me pasa por recitar *hors de propos*[146].

—No se preocupe, querido señor —dijo la señorita Wardour—, aquí tiene a su fiel ayudante para arreglar desastres así, y una vez que su peluca quede restablecida en su esplendor original, yo continuaré la cita:

se hunde la estrella del día en el lecho oceánico,
e inmediato arregla su lánguida cabeza,
anipula sus rayos, y con llamas
olvoreadas de minerales en la frente…[147]

—¡Oh, basta! ¡Basta! —respondió Oldbuck—. Tendría que haberme imaginado que era usted un duro rival. Pero he aquí algo que pondrá fin a su sátira, puesto que es usted admiradora de la naturaleza, lo sé.

En efecto, tras seguir sus pasos a través de la brecha de un bajo, antiguo y ruinoso muro, se encontraron de repente ante una escena tan inesperada como interesante.

Estaban en un punto bastante alto de la ladera de la cañada, la cual se abría repentinamente en una especie de anfiteatro que alojaba las puras aguas de un profundo lago de varios acres, rodeado por una franja de terreno elevado. Las riberas describían elevados ascensos que alternaban con rocas en algunos puntos, y con frondosas arboladas en otros, rompiendo así la uniformidad del pastizal. Más allá, el lago descargaba sus aguas en el tumultuoso regato que se acurrucaba junto a él y que los había acompañado desde que se adentraron en el valle. En el punto en que éste se separaba del «padre lago» se alzaban las ruinas que habían ido a visitar. No eran demasiado extensas; pero su singular belleza, así como el carácter salvaje y aislado del paraje en el que se emplazaban, les daba un interés e importancia superior a la de restos arqueológicos de mayor trascendencia, pero localizados en parajes más corrientes, desprovistos de un marco tan romántico. La ventana este de la iglesia permanecía intacta, con todos sus ornamentos y tracería; y los laterales, apuntalados por arbotantes con elevados apoyos —despegados del muro contra el que descansaban y decorados con pináculos y labrados—, dotaban de originalidad y ligereza a la construcción. La techumbre de la iglesia estaba completamente en ruinas, al igual que el extremo oeste, el cual parecía constituir el lado de una plaza: las ruinas de los edificios conventuales formaban otros dos, y los jardines, un cuarto. Los laterales de estos edificios que sobresalían de las aguas del arroyo se sostenían en parte en una escarpada y abrupta roca; pues el priorato había servido en ocasiones para propósitos militares, y había sido escenario de una gran matanza durante las campañas de Montrose[148]. En el terreno ahora ocupado por el jardín había aún unos cuantos árboles hortenses. A mayor distancia de las construcciones crecían desperdigados multitud de robles, olmos y castaños. El resto del espacio entre las ruinas y la colina era un prado de hierba rala, que el pasto diario de las ovejas mantenía en mucho mejor estado que si lo cuidaran la guadaña y el rastrillo. Del conjunto de la escena se desprendía una calma silenciosa y conmovedora, pero no monótona. La oscura y profunda cuenca en la que reposaba el transparente lago azul, con el reflejo de los nenúfares que crecían en su superficie, y los árboles que lanzaban por todas partes sus brazos desde la orilla creaban un espléndido contraste con la rapidez y el tumulto del regato, que liberaba sus aguas a través de una desembocadura, como si escapara del confinamiento, y se precipitaba hacia el valle, rodeando la base de la roca sobre la que se extendían las ruinas, peleando con espuma y furia contra el sedimento y la piedra que obstaculizaban su paso. Un contraste similar podía apreciarse entre la llana y verde pradera, por una parte —en la que se encontraban las ruinas y los grandes árboles maderables distribuidos sobre ella—, y las abruptas riberas, por otra, las cuales se alzaban a escasa distancia, con algunas partes delimitadas por ligeros matorrales, otras que terminaban en escabrosas pendientes cubiertas de brezos púrpura, y otras que se elevaban más abruptamente en frentes de roca gris, sobre la que el liquen y ciertas plantas muy resistentes —de las que hunden sus raíces incluso en las grietas más áridas de las peñas— habían

formado curiosos estampados.

—¡Aquí se daba cita el conocimiento en aquella era de oscuridad, señor Lovel! —dijo Oldbuck, alrededor del cual se habían reunido todos mientras admiraban la inesperada irrupción de un paisaje tan romántico—; ahí reposaban los sabios que se hastiaban del mundo, y se dedicaban, bien a lo que estaba por venir, bien al servicio de las generaciones que seguirían su ejemplo. Ahora les enseñaré algo importante: fíjense en ese tramo de muro que tiene ventanas con parteluces. Allí estaba la biblioteca, equipada, según asegura un viejo manuscrito que tengo en mi haber, con cinco mil volúmenes. Y en este punto podría reproducir el lamento del erudito Leland[149], quien, afligido por el declive de las bibliotecas conventuales, exclama, como Raquel sollozando por sus hijos, que si las leyes, decretos, decretales y clementinas pontificias y otras drogas diabólicas por el estilo, sí, si los sofismas de Haytesbury, los universales de Porfirio, la lógica de Aristóteles, y la divinidad de Duns Scotus, junto con otros cochinos malabarismos por el estilo (con perdón, señorita Wardour) y frutos de ese abismo sin fondo, hubieran salido de las bibliotecas, para alojar en su lugar a verduleros, fabricantes de velas, vendedores de jabón y otros gremios mundanos, habríamos sido mucho más felices. Pero someter nuestras antiguas crónicas, nuestras nobles historias, nuestros leídos comentarios y monumentos nacionales a esos oficios de desprecio y control ha degradado en gran medida nuestra nación, y nos ha deshonrado a los ojos de la posteridad. ¡Oh, negligencia, tan injusta con nuestra tierra!

—Y ¡oh, John Knox[150] —dijo el baronet—, bajo cuya influencia y auspicios se cumplió la patriótica tarea!

El anticuario, en cierto modo como un pájaro atrapado en su propio cepo, se dio la vuelta y carraspeó para excusar un ligero sonrojo mientras fraguaba su respuesta:

—En cuanto al apóstol de la Reforma escocesa…

Pero la señorita Wardour interrumpió tan peligrosa conversación.

—Por favor, señor Oldbuck, ¿quién era el autor que citó?

—El erudito Leland, señorita Wardour, que perdió la razón al presenciar la destrucción de las bibliotecas conventuales en Inglaterra.

—Pues es posible —replicó la joven— que su infortunio haya salvado de la demencia a muchos anticuarios modernos, que de seguro se habrían ahogado si tan vasto lago de conocimiento no hubiese sido drenado.

—Bien, gracias al cielo, ya no existe tal peligro. Apenas nos han dejado una cucharada para cumplir nuestra ominosa tarea.

Y, diciendo esto, el señor Oldbuck se dirigió orilla abajo, a través de un camino escarpado pero seguro, que pronto los dejó en la verde pradera donde se alzaban las ruinas.

—Ahí vivían —continuó el anticuario—, sin nada más que hacer aparte de dedicar el tiempo a investigar detalles de remota antigüedad, transcribir manuscritos, y componer nuevos trabajos para informar a la posteridad.

—Y —añadió el baronet— a ejercer los ritos de devoción con una pompa y ceremonia digna del oficio del sacerdocio.

—Y, si su excelencia *sirr Arthurr* lo *perrmite* —dijo el alemán, con una leve reverencia—, los monjes también *harrían* muchos *curriosos experrimentos* en sus *laborratorrios*, tanto en química como en *magia naturalis*.

—Creo —dijo el clérigo— que tendrían bastante con recoger los diezmos de la parroquia y la vicaría de tres buenas parroquias.

—Y todo —añadió la señorita Wardour, dirigiéndose al anticuario con un gesto de asentimiento— sin ser interrumpidos por las mujeres.

—Cierto, mi bella enemiga —dijo Oldbuck—; éste era un paraíso en el que no se admitía a ninguna Eva, y nos podríamos preguntar qué pasó para que los padres lo perdieran.

Con tales críticas a las ocupaciones de los anteriores inquilinos de las ruinas, estuvieron deambulando entre los musgosos sepulcros bajo la guía de Oldbuck, que les explicó, con gran plausibilidad, el plano del edificio, y les descifró las deterioradas inscripciones que podían hallarse sobre las tumbas de los muertos o bajo las vacías hornacinas de las santas imágenes.

—¿Cuál es la razón —preguntó finalmente la señorita Wardour al anticuario— de que la tradición nos haya deparado tan escasas explicaciones sobre estas impresionantes construcciones, erigidas con tanto trabajo y gusto, y cuyos propietarios fueron en su tiempo personajes de tanto poder e importancia? La torre más mezquina de cualquier barón o terrateniente filibustero que viviera de su lanza y espada no deja de tener su correspondiente leyenda, y el pastor le dirá con exactitud los nombres y hazañas de sus habitantes; pero pregunte a un campesino sobre estos hermosos y preciados restos, estas torres, estos arcos, y arbotantes, y estas ventanas con parteluces, alzados con tanto esfuerzo, y su respuesta se limitará a tres palabras: fueron construidos por los monjes hace tiempo.

La pregunta los dejó a todos sorprendidos. Sir Arthur elevó la vista, como buscando inspiración para responder, Oldbuck se recolocó la peluca, el clérigo fue de la opinión de que sus parroquianos estaban demasiado inmersos en la verdadera doctrina presbiteriana para registrar algún recuerdo relacionado con los gravámenes papales de la tierra, vástagos como eran del gran árbol de la iniquidad, cuyas raíces se hundían en las profundidades de las siete colinas de la abominación, y Lovel pensó que la pregunta se resolvería mejor si se consideraba cuáles son los acontecimientos que hacen más mella en la memoria de los comunes mortales.

—Estos sucesos —afirmó— no son similares al progreso gradual de un fecundo río, sino a la impetuosa y precipitada furia de una portentosa inundación. Las eras por las que el vulgo cuenta el tiempo siempre se refieren a algún período de temor y tribulaciones, y son fechadas con una tormenta, un terremoto, o una explosión de disturbios civiles. Cuando tales son los hechos que más vivos se guardan en la memoria de los comunes mortales, no debe extrañarnos que la ferocidad guerrera sea

recordada, y que los pacíficos abades se vean desterrados al olvido.

—Si no les *imporrta, señorras* y *caballerros,* y con las disculpas de *sirr Arthurr* y la *señorrita Wardourr*, y este noble *caballerro*, y mi buen amigo el *señorr* Oldenbuck, que es mi *compatrriota,* y del buen joven *señorr* Lovel, yo *crreo* que todo esto se debe a la mano de *glorria*.

—¿A la mano de quién? —exclamó Oldbuck.

—La mano de *glorria*, mi buen *maestrro* Oldbuck, un *secrreto grrande* y terrible que conocían los monjes *parra esconderr* sus *tesorros* cuando lo que ustedes llaman la Reforma les echaba de los *claustrros*.

—¡Ah, de veras! Cuéntenos —dijo Oldbuck—, pues esos secretos merecen ser conocidos.

—Bien, mi buen *maestrro* Oldenbuck, *búrrlese* usted de mí. *Perro* la mano de *glorria* es muy conocida en los países en que *vivierron* sus respetables *prrogenitorres,* y es la mano *corrtada* de un *hombrre muerrto, ahorrcado porr* asesinato, y muy bien seca al humo de *enebrro*; y si pone un poco de tejo en el *enebrro*, no lo *harrá* mejor (es *decirr*, tampoco *peorr*) y luego coge algo de *grrasa* de osos, y de tejón, y de jabalí, como llaman ustedes al *cerrdo* salvaje, y de niño de pecho que no haya sido bautizado (eso es esencial), y hace una vela, y lo pone en la mano de *glorria* a la *horra* y el minuto *prrescrritos*, con la *cerremonia prrescrrita*, y el que busque *tesorros* nunca *encontrrarrá* ninguno.

—Me atrevo a jurarlo solemnemente —dijo el anticuario—. Y ¿era la costumbre, señor Dousterswivel, en Westfalia usar ese elegante candelabro?

—*Siemprre, señorr* Oldenbuck, cuando no se *querría* que nadie *hablarra* de lo que uno estaba haciendo, y los monjes *siemprre* lo hacían cuando escondían las bandejas, y sus *grrandes* cálices, y los anillos de *piedrras prreciosas* y las joyas.

—Pero, no obstante, ustedes, los caballeros de la Rosa Cruz, tienen medios, sin duda, de romper el hechizo, y descubrir lo que los pobres monjes han puesto tanto empeño en esconder.

~Ah, buen *señorr* Oldenbuck —respondió el adepto, moviendo misteriosamente la cabeza—, no me *crree* usted; *perro* si *hubierra* visto las *enorrmes* piezas de plata maciza, *sirr Arthurr*, tan *herrmosas, señorrita Wardourr*, y la *crruz* de plata que *encontrramos (es decirr,* Schroepfer y yo mismo) para Herr Freygraf, como llaman ustedes al Barón von Blunderhaus, *crreo* que entonces me *habrría crreído*.

—Ver para creer, cierto. Pero ¿cuál era su arte, cuál era su misterio, señor Dousterswivel?

—¡Ajá, *señorr* Oldenbuck! Ése es mi pequeño *secrreto*, mi buen *señorr; disculparrá* usted que no se lo cuente. *Perro* le *dirré* que hay *varrios* modos; sí, de *verras*, está el sueño que se sueña *trres* veces, y ése es un buen modo.

—Me alegro mucho —dijo Oldbuck, mirando de reojo a Lovel—; tengo un amigo especialmente favorecido por las visitas de la reina Mab[151].

—También están las simpatías, y las antipatías, y las *extrrañas prropiedades y*

virrtudes naturrales de *diferrentes hierrbas*, y las *varras* de los *zahorríes*.

—Me encantaría ver alguna de esas maravillas en vez de oír hablar de ellas —dijo la señorita Wardour.

—Ah, *perro*, mi *honorrable señorrita*, no es el momento o el modo de *hacerr* la *grran marravilla* de *encontrrar* todas las bandejas y *tesorros* de la iglesia, *perro parra complacerrla* a usted, y a *sirr Arthurr*, mi mecenas, y al *reverrendo pastorr*, y al buen *señorr* Oldenbuck, y al joven *señorr* Lovel, que es también muy buen *caballerro*, les *enseñarré* que es posible, muy posible, *descubrirr* una fuente de agua, y una pequeña fuente escondida bajo el suelo, sin azada, ni pala, ni tener que *cavarr* en absoluto.

—¡Hummm! —murmuró el anticuario—, he oído hablar de ese enigma. No sería un arte muy productivo en nuestro país; debería llevar esa habilidad a España o Portugal, y sacarle algún partido.

—¡Ah, mi buen *maestrro* Oldenbuck, están la Inquisición y los autos de fe! ¡Me *quemarrían*, a mí, un simple filósofo, como si *fuerra* un *grran* mago!

—Estarían malgastando el carbón —dijo Oldbuck; y continuó, en un susurro dirigiéndose a Lovel—: pero, si lo pusieran en la picota por ser uno de los mayores granujas que haya hecho uso de su lengua, darían con el castigo más ajustado a sus hazañas. Pero veamos: creo que está a punto de enseñarnos una de sus prestidigitaciones.

En realidad, el alemán se había acercado a una pequeña arboleda algo apartada de las ruinas, donde simulaba buscar afanosamente una varita mágica que sirviera a su propósito: y tras cortar, examinar, y rechazar algunas, por fin se armó de una ramita de avellano que se bifurcaba como una horquilla; declaró que ésta tenía la virtud exigida para el experimento que iba a enseñarles. Tomó ambos lados de la horquilla entre el pulgar y el índice, y con la vara recta, pues, procedió a recorrer las naves y claustros en ruinas, seguido en admirativa procesión por los demás.

—*Crreo* que no hay agua aquí —dijo el experto, que había terminado la ronda de varias de las construcciones, sin percibir ninguna de las indicaciones que decía esperar—, *crreo* que estos monjes escoceses *encontrraban* el agua demasiado *frresca parra* el clima, y bebían *siemprre* vinos del Rin, *mejorres* y más cómodos. *Perro* ¡ajá! *¡Mirren!* Ahí hay agua, eso es *segurro*.

Como correspondía, los asistentes observaron que la varita giraba entre sus dedos, aunque fingía estar agarrándola con fuerza. Y, girando para un lado y para otro, según la agitación de la vara fuera en aumento o no, finalmente se encontró en medio de un recinto vacío y sin techo que había sido la cocina del priorato, hasta que la vara giró hasta el punto de llegar a apuntar casi en línea recta hacia el suelo.

—Éste es el *lugarr* —dijo el adepto—, y si no *encuentrran* aquí agua, les *darré* a todos *perrmiso parra* que me llamen insolente *trruhán*.

—Yo me tomaré esa licencia —susurró el anticuario a Lovel—, encontremos agua o no.

Un criado, que había subido con una cesta llena de refrigerios, fue enviado entonces a la cabaña cercana del guardabosque a por una azada y un pico. En cuanto hubieron apartado las piedras sueltas y los escombros del lugar indicado por el alemán, pronto encontraron los laterales de un pozo uniformemente construido; y cuando, con la ayuda del guardabosque y de sus hijos, hubieron despejado unos pocos pies de escombros, el agua empezó a fluir con rapidez, para deleite del filósofo, asombro de las damas, el señor Blattergowl y sir Arthur, sorpresa de Lovel y confusión del incrédulo anticuario. Sin embargo, no pudo evitar susurrar al oído de Lovel protestas contra el milagro.

—Esto es un simple truco —dijo—; el granuja se había asegurado de la existencia de este viejo pozo, de algún modo, antes de hacernos este número de malabarismo. A ver qué dice ahora. Estoy muy equivocado si éste no es el preludio de un fraude mucho más grande. Mire cómo el granuja se da importancia, y se pavonea de su éxito, y cómo el pobre sir Arthur se traga la vorágine de absurdos que le presenta como principios de las ciencias ocultas.

—Ya ve usted, mi buen mecenas, ya ven ustedes, buenas *señorras*, ya ve usted, *respetable doctorr* Botaratowl, e incluso el *señorr* Lovel y el *señorr* Oldenbuck pueden *verr* si lo desean, que el *arrte* no tiene más enemigo que la *ignorrancia. Mirren* esta *varra* de avellano, que no *sirrve parra* nada más *que parra azotarr* a un niño…

—Pues yo elegiría un gato de nueve colas para él —murmuró Oldbuck en un aparte.

—Si la ponemos en manos de un filósofo —prosiguió el alemán—, ¡zas!, tenemos un *grran descubrrimiento. Perro* esto no es nada, *sirr Arthurr* nada de nada, respetable *señorr doctorr* Bobalicowl, nada de nada, *señorras* nada de nada, joven *señorr* Lovel y buen *señorr* Oldenbuck, en *comparración* con lo que puede *hacerr* el *arrte*. ¡Ah! Si *hubierra* un *hombrre* que *tuvierra* el *espírritu* y la valentía, le *enseñarría* cosas *mejorres* que lo del pozo de agua, le *enseñarría.*…

—Y quizá necesitara un poco de dinero, ¿no es así? —dijo el anticuario.

—¡Bah! Se *necesitarría* una pizca, no *merrece* la pena *siquierra mencionarrlo* —respondió el adepto.

—Eso pensaba —replicó con sequedad el anticuario—; pues yo, mientras tanto, sin vara alguna, les enseñaré un excelente pastel de venado, y una botella de madeira especial de Londres, y creo que todo eso casará de maravilla con todo el arte que el señor Dousterswivel desea exhibir.

El festín fue desplegado *fronde super viridi*, como lo expresó Oldbuck, bajo un viejo árbol llamado el Roble del Prior, y la comitiva, sentándose a su alrededor, hizo grandes honores a lo que les deparaba la cesta.

Capítulo XVIII

no el grifo, que avaro guarda su tesoro;
ndo el diestro Arimaspio su tesoro
a robado, los montes, y los llanos
las alas, y rápido corre,
ta arrancarlo a sus rapaces manos.

Paraíso perdido[152]

Cuando terminaron su colación, sir Arthur reemprendió la explicación de los misterios de la varita, tema que había discutido con anterioridad con Dousterswivel.

—Mi amigo Oldbuck estará ahora preparado, señor Dousterswivel, para escuchar con más respeto las historias que nos ha contado sobre los últimos descubrimientos de los hermanos de su asociación en Alemania.

—Ah, *sirr* Arthurr, no *erra necesarrio hablarr* a esos *caballerros*, pues es la falta de *crredulidad* (lo que ustedes llaman fe) lo que *estrropea* las *grrandes emprresas*.

—Sin embargo, permita al menos que mi hija lea la narración que ha compuesto a partir de la historia de Martin Waldeck.

—¡Ah! Eso es una *historria* real, pero la *señorrita Wardourr* es tan astuta e ingeniosa que la ha *escrrito* como un romance, como Goethe o Wieland la *habrrían escrrito*, doy mi *sincerra palabrra*.

—La verdad es, señor Dousterswivel —respondió la señorita Wardour—, que en la leyenda predominaba tanto lo romántico sobre lo probable que era imposible que una amante de lo mágico como yo se contuviera de añadir unos toques para hacerla perfecta en su estilo. Pero aquí está y, si no tienen prisa por dejar esta sombra hasta que el calor del día decline, y tienen compasión por mi mala composición, quizá sir Arthur o el señor Oldbuck nos la lean.

—Yo no —dijo sir Arthur—, nunca me gustó leer en voz alta.

—Yo tampoco —dijo Oldbuck—, he olvidado mis anteojos. Pero aquí está Lovel, de ojos agudos y buena voz; pues el señor Blattergowl, lo sé, nunca lee nada, para que no sospechen que lee sus sermones.

La tarea quedó pues en manos de Lovel, que recibió con cierta ansiedad el papel que la señorita Wardour le dio con algo de embarazo; en él estaban las líneas trazadas por esa hermosa mano cuya posesión anhelaba como la mayor bendición que la tierra podría otorgarle. Pero debía reprimir sus emociones; y, tras echar una mirada al manuscrito, como para familiarizarse con la grafía, se contuvo, y le leyó al grupo el cuento siguiente:

LAS FORTUNAS DE MARTIN WALDECK

Las soledades del bosque del Harz en Alemania, pero especialmente las montañas

llamadas Blocksberg, o también Brockenberg, son escenarios comúnmente elegidos para cuentos de brujas, demonios y apariciones[153]. La naturaleza del oficio de sus habitantes, que o bien son mineros o bien guardabosques, los hace especialmente inclinados a la superstición, y a menudo atribuyen los fenómenos naturales que presencian en el curso de su solitaria o subterránea labor a la intervención de trasgos o poderes mágicos. Entre las diferentes leyendas que circulan por esa región agreste, la más popular cuenta que el Harz está hechizado por una especie de demonio tutelar que adopta la forma de un hombre salvaje de enorme estatura, con la cabeza y la cintura coronadas por hojas de roble, y que lleva en la mano un pino arrancado de raíz. Es cierto que muchas personas declaran haber visto una forma de estas características recorriendo a enormes zancadas montañas divididas por estrechos valles; y la aparición está tan generalmente admitida, que el escepticismo moderno solo ha encontrado refugio en achacarlo a una ilusión óptica[154].

En tiempos antiguos, el trato entre el demonio y los habitantes era más corriente, y las tradiciones del Harz contaban que este espíritu interfería en los asuntos de los mortales, en ocasiones para su fortuna, otras para su desgracia, con la inconstancia que a menudo se les atribuye a estos poderes de la tierra. Pero se observó que incluso sus regalos a menudo resultaban a largo plazo fatales para aquellos que los habían recibido, y no era poco frecuente que los pastores, mientras cuidaban el ganado, compusieran largos sermones destinados a advertir contra cualquier trato, directo o indirecto, con el demonio del Harz. Los ancianos a menudo referían el destino de Martin Waldeck a sus hijos atolondrados, cuando los oían mofarse de un peligro que parecía imaginario.

Una vez, un fraile capuchino que estaba de paso se subió al púlpito de la rústica iglesia de una pequeña aldea llamada Morgenbrodt, que se encontraba en el distrito del Harz; desde allí arremetió contra la maldad de los habitantes, y su comunicación con diablos, brujas y hadas, y, en particular, con el espíritu del bosque del Harz. Las doctrinas de Lutero ya habían empezado a extenderse entre los labradores (pues este incidente se sitúa bajo el reinado de Carlos V), que se mofaron del celo con el que el venerable hombre insistía en este asunto. Al final, como su vehemencia aumentaba con la oposición, ésta aumentó también en proporción a la vehemencia. A los habitantes no les hizo gracia oír que un demonio tranquilo y familiar, que llevaba tanto tiempo viviendo en el Brockenberg, fuese sumariamente confundido con el Baal de Peor, Astaroth y con el propio Belcebú, y fuese además condenado sin indulto al insondable Tofet[155]. La aprensión de que el espíritu pudiera vengarse de ellos por escuchar sentencia tan poco generosa se sumó al interés nacional que sentían por él. «Un fraile nómada —decían—, que está hoy aquí y mañana allí, puede decir misa; pero somos nosotros, y es nuestro pueblo, que ha habitado esta región durante siglos, el que se queda aquí, a merced del demonio ofendido, y tendremos, por supuesto, que pagar los platos rotos.» Bajo la irritación causada por esas reflexiones, los campesinos pasaron del lenguaje injurioso a las piedras y, tras haber apedreado

generosamente al sacerdote, lo condujeron fuera de la parroquia para que se fuese a otra parte a predicar contra los demonios.

Tres jóvenes que habían presenciado estos hechos estaban a punto de emprender el regreso a la cabaña donde se dedicaban a la laboriosa y humilde labor de preparar el carbón vegetal para los hornos de fundición. Max y George Waldeck, los dos hermanos mayores, si bien sostenían que el lenguaje del capuchino había sido indiscreto y digno de censura, por su pretensión de determinar el carácter y la morada del espíritu, admitían por otra parte que era peligroso, en el más alto grado, aceptar regalos de dicho espíritu o tener cualquier comunicación con él. Era poderoso, concedían, pero díscolo y caprichoso, y aquellos que se relacionaban con él raramente encontraban buen fin. ¿No le había dado al valeroso caballero Ecbert de Rabenwald aquel célebre corcel negro, con ayuda del cual venció a todos los campeones en el gran torneo de Bremen? Y ¿no fue ese mismo corcel el que después se precipitó, con su jinete, a un abismo tan terrible y escarpado que ni hombre ni caballo fueron vistos de nuevo? ¿No le había dado a la dama Gertrude Trodden un curioso hechizo para fabricar mantequilla? Y ¿no había sido quemada como bruja por el gran juez del Electorado, por hacer uso de ese regalo? Pero todo esto, y muchos otros casos de desventura y calamidades que resultaban de los aparentes beneficios otorgados por el espíritu del Harz, distaba mucho de impresionar a Martin Waldeck, el más joven de los hermanos.

Martin era joven, imprudente e impetuoso; sobresalía en todas las actividades que distinguen a un montañero, y se mostraba arrojado e impávido en las repetidas ocasiones en que los peligros lo acechaban. Se reía del temor de sus hermanos.

—No digáis majaderías —decía—; ese demonio es bueno, vive entre nosotros como si fuera un campesino más, frecuenta los riscos y los escondrijos de la montaña como un cazador o un cabrero, y el que ama el bosque del Harz y su agreste paisaje no puede mostrarse indiferente al destino de los resistentes hijos de la región. Pero, si el demonio fuera tan malvado como decís, ¿cómo es que transmite poder a los mortales, que apenas hacen uso de sus regalos, sin comprometerlos a someterse a su capricho? Cuando lleváis el carbón al horno, ¿no es tan bueno el dinero que paga el blasfemo Blaize, el viejo capataz réprobo, como el del propio pastor? No son los regalos de los espíritus los que os ponen en peligro: es del uso que hacéis de ellos de lo que debéis dar cuenta. Y, si el demonio se me apareciera en este momento, y me indicara una mina de oro o de plata, empezaría a cavar antes siquiera de que me diera la espalda, y me consideraría bajo la protección de alguien mucho más grande que él, mientras hiciera buen uso de la riqueza que me hubiera mostrado.

A esto respondió el hermano mayor que la riqueza mal ganada era pocas veces bien empleada; mientras que Martin, presuntuosamente, declaraba que la posesión de todos los tesoros del Harz no alteraría en lo más mínimo sus costumbres, su moral ni su carácter.

Su hermano exhortó a Martin a no hablar con tanta ligereza de este asunto, y con

cierta dificultad logró desviar su atención hacia la próxima temporada de caza del jabalí. Con esta charla llegaron a su maltrecha cabaña, en la ladera de un estrecho, salvaje y romántico valle en lo más recóndito de Brockenberg. Eximieron a su hermana de asistirlos en la tarea de carbonizar la leña, que necesita una atención constante, y dividieron entre sí la labor de vigilarla por la noche, según su costumbre, uno en vela mientras los otros dormían.

Max Waldeck, el mayor, veló las dos primeras horas de la noche, y se alarmó considerablemente al observar, al otro lado del valle, una gran hoguera rodeada por algunas figuras que parecían girar a su alrededor con gestos extravagantes. Max, en un principio, pensó en despertar a sus hermanos; pero, recordando el atrevido carácter del más joven, y al ser imposible despertar al mayor de los dos sin molestar también a Martin, e imaginando también que lo que veía era una ilusión del demonio, enviado quizá en respuesta a las audaces expresiones de Martin al anochecer, pensó que sería mejor buscar protección en todas las oraciones que pudiera murmurar, y observar con gran terror e irritación esta extraña y alarmante aparición. Después de un tiempo resplandeciendo, el fuego se apagó poco a poco en la oscuridad, y el resto de la guardia de Max fue solo interrumpida por el recuerdo de sus temores.

Después George ocupó el lugar de Max, que se retiró a descansar. Durante la guardia se vio de nuevo una gran hoguera resplandeciente, en la otra orilla del valle. Como antes, estaba rodeada de figuras que se distinguían por sus formas opacas y se encontraban entre el espectador y la fulgurante luz roja, y se movían y flotaban como si celebraran alguna ceremonia mística. George, aunque también cauto, tenía un carácter más temerario que el de su hermano mayor. Resolvió examinar más de cerca aquello que tanto le sorprendía; y, así, tras atravesar el riachuelo que dividía el valle, subió a la otra orilla y quedó a un tiro de piedra de la hoguera, que refulgía con el mismo ardor que cuando la vio por primera vez.

La apariencia de los asistentes que la rodeaban recordaba la de los fantasmas que se ven en sueños inquietos, y rápidamente confirmó la idea que había tenido desde el primer momento, es decir, que no pertenecían al mundo humano. Entre esas extrañas formas sobrenaturales George Waldeck distinguió la de un gigante cubierto de pelo, sin más indumentaria que una corona de hojas de roble sobre su frente y sus riñones: sostenía en la mano un abeto arrancado de raíz con el que, de vez en cuando, parecía avivar la resplandeciente hoguera. El corazón de George se encogió al reconocer la famosa aparición del demonio del Harz, tal y como la habían descrito a menudo los pastores y cazadores que habían visto su forma a su paso por las montañas. Se dio la vuelta, estuvo a punto de salir corriendo, pero, pensándolo dos veces, y maldiciendo su cobardía, recitó mentalmente los versos de los salmos, «¡Alabadle, vosotros todos sus ángeles!», que en aquella región se consideraba un poderoso exorcismo, y se volvió de nuevo hacia el lugar en el que había visto el fuego. Pero ya no estaba.

Solo la pálida luna alumbraba ese lado del valle; y, cuando George, con paso tembloroso, la frente húmeda y el pelo erizado bajo el cuello de la camisa, llegó al

lugar donde había visto el fuego, marcado por un roble chamuscado, no había en el brezal ningún vestigio de lo que había visto. El musgo y las flores silvestres estaban intactos, y las ramas del roble, que apenas unos instantes antes estaban envueltas en coronas de fuego, estaban húmedas del rocío de medianoche.

George volvió a su cabaña con paso tembloroso y, con el mismo pensamiento que su hermano mayor, resolvió no decir nada de lo que había visto, no fuera a despertar en Martin esa atrevida curiosidad que a él le parecía casi aliada de la impiedad.

Luego llegó el turno de Martin. El gallo de la casa había entonado ya los primeros avisos del alba, y la noche casi había terminado. Al examinar el estado del horno en el que depositaban la madera para que se carbonizara, se sorprendió al encontrar que el fuego no estaba lo suficientemente vivo; pues, con la excursión y sus consecuencias, George había olvidado el objetivo principal de hacer guardia. El primer pensamiento de Martin fue despertar a los durmientes; pero, al observar que ambos hermanos dormían con una inusitada profundidad, respetó su reposo, y empezó a llenar el horno de combustible sin pedirles ayuda. Lo que añadió estaba al parecer húmedo y no servía para su propósito, pues el fuego más parecía decaer que revivir. A continuación, Martin fue a recoger algunos leños de un montón que había sido cuidadosamente cortado y secado para este propósito; pero, cuando volvió, se encontró el fuego completamente apagado. Éste era un grave contratiempo, y suponía perder su mercancía más de un día. El vigía, molesto y mortificado, quiso encender de nuevo el fuego, pero la yesca estaba húmeda, y su labor fue en vano. Estaba a punto de llamar a sus hermanos, pues las circunstancias acuciaban, cuando vio unos destellos de luz no solo a través de la ventana, sino también de todas las grietas de una cabaña de tan tosca construcción, y observó la misma aparición que había alarmado antes a sus hermanos en sus sucesivas guardias. Su primera idea fue que los Muhllerhausser, sus rivales comerciales, con los que habían tenido tantas riñas, podían haber invadido sus tierras para quitarles madera; decidió despertar a sus hermanos, y vengarse de ellos por su atrevimiento. Pero una breve reflexión y observación de los gestos y maneras de los que parecían «trabajar el fuego» le indujo a desechar esta opinión, y, aunque era bastante escéptico en tales cuestiones, concluyó que lo que estaba viendo era un fenómeno sobrenatural.

—Pues sean hombres o demonios —dijo el osado guardabosques— esos que tan ocupados están en gestos y ritos fantásticos, iré a pedirles un fuego para reavivar el horno.

Abandonó entonces la idea de despertar a sus hermanos. Existía la creencia de que este tipo de aventuras no podían ser emprendidas por más de una persona a la vez; también temió que sus hermanos, con su escrupuloso temor, pudieran intervenir para impedir que continuara las pesquisas que había decidido emprender; y, por tanto, arrancando su lanza para jabalíes de la pared, el intrépido Martin Waldeck se embarcó solo en la aventura.

Con el mismo éxito que su hermano George, pero con mucho más valor, Martin

cruzó el regato, subió la colina y se acercó tanto a la fantasmal comitiva que pudo reconocer, en la figura principal, los atributos del demonio del Harz. Por primera vez en su vida le asaltó un helado escalofrío; pero el recuerdo de que necesitaba e incluso buscaba el trato que ahora iba a establecer confirmó su asombroso valor; y, con el orgullo como sustituto de la necesaria resolución, avanzó con tolerable firmeza hacia el fuego. A medida que se iba acercando a la comitiva, las figuras que lo rodeaban se volvían aún más salvajes, fantásticas y sobrenaturales. Lo recibió una fuerte carcajada discordante e innatural que, a sus estupefactos oídos, pareció más alarmante que la combinación de los más sombríos y tristes sonidos que cupiera imaginar.

—¿Quién eres tú? —dijo el gigante, tensando sus rasgos salvajes y exagerados en una suerte de forzada seriedad que aún agitaba la convulsión de la risa que intentaba reprimir.

—Martin Waldeck, el guardabosques —respondió el tenaz joven—; y tú, ¿quién eres?

—El rey del Páramo y de la Mina —respondió el espectro—; ¿cómo te atreves a perturbar mis misterios?

—Vengo en busca de fuego para reavivar mi hoguera —respondió Martin con perseverancia, y después preguntó resueltamente a su vez—: ¿Qué misterios son los que celebráis aquí?

—Celebramos —contestó el complaciente demonio— las bodas de Hermes con el dragón negro[156]. Pero llévate el fuego que viniste a buscar y ¡fuera de aquí! Ningún mortal puede vernos y seguir viviendo.

El campesino clavó la punta de su lanza en un gran madero en combustión que levantó con alguna dificultad y después se dio la vuelta para volver a su cabaña; nuevas risotadas de aguda violencia resonaron tras él por el estrecho valle. Cuando Martin llegó a la cabaña, su primera preocupación, pese al gran asombro por lo que acababa de contemplar, fue disponer el carbón incandescente entre el combustible para poder encender el fuego de su horno; pero, al cabo de muchos esfuerzos e intentonas con el fuelle y el atizador, el carbón que había traído de la hoguera del demonio se apagó totalmente sin haber encendido ninguno de los otros. Se volvió y observó la hoguera, aún incandescente en la colina, aunque los que se congregaban en torno a ella habían desaparecido. Imaginó que el espectro había querido reírse de él, dio rienda suelta a la audacia natural de su temperamento y, decidido a poner fin a la aventura, retomó el camino a la hoguera, de donde, sin la oposición del demonio, logró traer de la misma manera otro pedazo de carbón incandescente; pero tampoco esta vez tuvo éxito al encender el fuego. Puesto que la impunidad había aumentado su imprudencia, intentó un tercer experimento, y tuvo el mismo resultado que antes; pero, cuando se hubo de nuevo apropiado de otro pedazo de carbón ardiente, y se daba la vuelta para marcharse, oyó la voz áspera y sobrenatural que antes se había dirigido a él pronunciar estas palabras:

—¡No te atrevas a volver una cuarta vez!

El intento de encender el fuego con este último carbón fue tan poco eficaz como en las pasadas ocasiones, por lo que Martin abandonó sus desesperados intentos y se echó en su cama de hojas, decidido a retrasar hasta entrada la mañana la comunicación de su sobrenatural aventura a sus hermanos. Lo despertaron del pesado sueño en que se había sumido, debido a la fatiga del cuerpo y a la agitación del espíritu, sonoras exclamaciones de sorpresa y alegría. Sus hermanos, atónitos al encontrar el fuego apagado cuando se despertaron, habían procedido a disponer el combustible para renovarlo, cuando encontraron entre las cenizas tres enormes masas en las que sus habilidades (puesto que la mayoría de los campesinos del Harz son mineralogistas en la práctica) reconocieron oro.

Sus alegres felicitaciones se ensombrecieron cuando supieron por Martin cómo había obtenido ese tesoro, al que su propia experiencia nocturna inducía a dar crédito. Pero no pudieron resistirse a disfrutar con su hermano de su nueva fortuna. Convertido en cabeza de la casa, Martin Waldeck compró tierras y bosques, construyo un castillo, obtuvo un título nobiliario y, para gran indignación de la rancia aristocracia de la región, fue investido con todos los privilegios de un hombre de linaje. Su valor en la guerra pública, así como en los pleitos privados, junto con el número de criados que tenía en pago, lo protegió un tiempo del odio que habían sembrado su rápida ascensión y la arrogancia de sus pretensiones. Y ahora podía verse en la persona de Martin Waldeck, como había ocurrido con muchos otros, lo poco que pueden los mortales prever los efectos de la prosperidad repentina. La mala inclinación de su naturaleza, que la pobreza había contenido y frenado, maduró y dio su inmoral fruto bajo la influencia de la tentación y los medios que le procuraba el lujo. Y como un abismo llama a otro, una mala pasión despertaba otra: el demonio de la avaricia invocaba al del orgullo, y el orgullo se veía respaldado por la crueldad y la opresión. El carácter de Waldeck, desde siempre audaz y atrevido, pero endurecido y ensoberbecido por la riqueza, pronto le hizo odioso no solo a los ojos de los nobles, sino también a las clases más bajas, que veían, con doble desagrado, los opresivos derechos de la nobleza feudal del imperio tan despiadadamente ejercidos por alguien que se había alzado desde lo más bajo del pueblo. Su aventura, aunque cuidadosamente ocultada, empezó a ser objeto de rumores, y el clero estigmatizó como mago y cómplice de los demonios al miserable que, habiendo adquirido una enorme fortuna de tan extraña manera, ni siquiera había intentado santificarla dedicándole una parte considerable a la Iglesia. Rodeado de enemigos, públicos y privados, atormentado por miles de pleitos, y amenazado de excomunión por la Iglesia, Martin Waldeck, o, como debían ahora llamarlo, el barón von Waldeck, recordaba a menudo con amargura los trabajos y entretenimientos de una vida pobre, ajena a las envidias. Pero, aun con todas estas dificultades, su audacia no le falló, y parecía más bien aumentar en proporción a los peligros que le amenazaban, hasta que un accidente precipitó su caída.

Una proclama del poderoso duque de Brunswick invitó a un solemne torneo a

todos los nobles alemanes de insigne e ilustre cuna; y Martin Waldeck, espléndidamente armado, acompañando por sus dos hermanos y un séquito de gallardo equipaje, tuvo la arrogancia de comparecer entre los caballeros de la región, y pedir permiso para inscribirse. Esto fue la gota que colmó el vaso de su presunción. Miles de voces exclamaron: «No permitiremos que un cribador de escoria participe en nuestro torneo». Irritado hasta el frenesí, Martin blandió su espada y abatió al heraldo, que, conforme con la protesta general, se oponía a su inscripción. Cientos de espadas fueron desenvainadas para vengar lo que en aquellos días era considerado un crimen solo inferior al sacrilegio o el regicidio. Waldeck, tras una denodada defensa, fue aprehendido, juzgado inmediatamente por los jueces de la inscripción, y condenado, como castigo por romper la paz de su soberano y profanar al sagrado heraldo de armas, a perder la mano izquierda, a ser ignominiosamente desprovisto del honor de la nobleza, del que no era digno, y a ser expulsado de la ciudad. Cuando le despojaron de sus armas, y sufrió la mutilación que le imponía la severa sentencia, abandonaron a la desgraciada víctima de la ambición a merced de la plebe, que le siguió con amenazas y protestas alternativamente contra el hechicero y contra el opresor, y que al final terminaron en violencia. Sus hermanos (pues su séquito se había dispersado en la huida) consiguieron rescatarle al fin de las manos del populacho cuando, saciados de su crueldad, lo dejaron más muerto que vivo a raíz de la pérdida de sangre, y de las atrocidades a las que lo habían sometido. No les permitieron, tal fue la ingeniosa crueldad de sus enemigos, servirse para recogerlo más que de un carro minero como el que ellos mismos utilizaban antes, en el que depositaron a su hermano sobre un haz de paja, con escasas esperanzas de encontrar un refugio antes de que la muerte lo liberase de sus desdichas.

Cuando los Waldeck, en este miserable viaje, se acercaron al límite de su región natal por un camino ahuecado entre dos montañas, divisaron una figura que avanzaba hacia ellos; a primera vista parecía un anciano. Pero, según se acercaba, sus extremidades y estatura aumentaron, cayó el manto de sus hombros, su bastón de peregrino se transformó en un pino arrancado de raíz, y la gigantesca figura del demonio del Harz pasó ante ellos, para terror suyo. Cuando llegó al carro que llevaba al desdichado Waldeck, sus enormes rasgos se dilataron en una mueca de indecible desdén y malevolencia, y le preguntó al sufriente:

—¿Qué te parece el fuego que encendieron mis carbones?

La energía de su coraje pareció devolver a Martin la facultad del movimiento, que el terror había paralizado en sus dos hermanos. Se irguió en el carro, frunció el ceño y, apretando el puño, lo blandió ante el espectro con una aterradora mirada de odio y desafío. El espíritu desapareció con su acostumbrada risa explosiva y tremebunda, y dejó a Waldeck exhausto tras ese esfuerzo desesperado.

Los aterrorizados hermanos condujeron el carrito hasta las torres de un convento que se alzaba en un pinar cercano al camino. Recibieron la caritativa acogida de un capuchino descalzo de larga barba, y Martin sobrevivió solo para confesarse por

primera vez desde el día de su súbita prosperidad y recibir la absolución precisamente del sacerdote al que, tres años antes, había ayudado a expulsar a pedradas de la aldea de Morgenbrodt. Los tres años de mudable prosperidad tenían una misteriosa correspondencia con el número de visitas a la hoguera espectral en la colina.

El cadáver de Martin Waldeck fue enterrado en el convento donde expiró, en el que sus hermanos, tras tomar el hábito de la orden, vivieron y murieron practicando actos de caridad y devoción. Sus tierras, que nadie reclamó, permanecieron yermas hasta que el emperador volvió a apropiarse de ellas como feudo devuelto, y los campesinos y mineros aún rehúyen las ruinas del castillo que Waldeck había bautizado con su nombre, por estar embrujadas por malos espíritus. Éstas son las desdichas que conlleva la riqueza rápidamente adquirida y mal empleada, ejemplificada en las fortunas de Martin Waldeck.

Capítulo XIX

ıí ha habido una escandalosa agarrada
'e mi primo el capitán y este soldado.
no sé nada de eso! Realmente nada;
ıpeticiones, grados y comparaciones
ɜoldadesca.

A Fair Quarrel[157]

El atento público dio las gracias que la cortesía requería a la gran transcriptora de la leyenda precedente. Solo Oldbuck arrugó la nariz y observó que la habilidad de la señorita Wardour era parecida a la de los alquimistas, pues había logrado extraer una sana y valiosa moraleja de una frívola y ridícula leyenda.

—Es la moda, según creo, admirar estas ficciones extravagantes; en cuanto a mí,

ʒo un corazón inglés,
o proclive a fantasmas y huesos que crujen[158].

—Con su *perrmiso*, mi buen Oldenbuck —dijo el alemán—, la *señorrita Wardourr* ha *trransforrmado* la *historria*, como todo lo que toca, de *herrmoso* modo; *perro* toda la *historria* del demonio del Harz, lo de que camina *porr* las desoladas montañas con un *grran* abeto como bastón, y con el *grran arrbusto alrrededor* de su cabeza y su *cinturra*, eso es tan *verrdad* como que soy un *hombrre* honrado.

—No cabe discusión sobre una afirmación tan bien garantizada —respondió secamente el anticuario. Pero en ese momento un forastero que se acercaba interrumpió su conversación.

El recién llegado era un joven apuesto, alrededor de los veinticinco años, vestido de uniforme militar de diario, y que tenía, tanto en su físico como en sus maneras, mucho de la profesión marcial. Fue inmediatamente saludado por la mayor parte del grupo.

—¡Mi querido Hector! —dijo la señorita MacIntyre, al levantarse para estrechar su mano.

—Hector, hijo de Príamo, ¿de dónde vienes? —dijo el anticuario.

—De Fife, gran rey[159] —respondió el joven soldado, y, cuando hubo saludado cortésmente al resto del grupo, y especialmente a sir Arthur y a su hija, continuó—; supe, por uno de los criados, cuando iba hacia Monkbarns a presentarle mis respetos, que aquí les encontraría reunidos, y abracé con entusiasmo la posibilidad de presentar mis respetos a tantos amigos a la vez.

—Y a uno nuevo también, mi fiel troyano —dijo Oldbuck—. Señor Lovel, éste es mi sobrino, el capitán MacIntyre; Hector, te presento al señor Lovel.

El joven clavó sus vivos ojos en Lovel, a quien saludó con más reserva que cordialidad y, como nuestro conocido consideró su frialdad casi soberbia, fue

igualmente gélido y arrogante en su necesaria respuesta; y así pareció alzarse entre ellos un prejuicio desde el primer momento de su presentación.

Lo que Lovel observó el resto del día de campo no le ayudó a reconciliarse con el nuevo miembro de la partida. El capitán MacIntyre, con la galantería que podía esperarse de su edad y profesión, se puso al servicio de la señorita Wardour, y le brindó, siempre que fue posible, las muestras de atención que Lovel habría dado el mundo por poder ofrecer, y que solo el temor a disgustarla le disuadía de hacerlo. Con desesperada tristeza en algunos momentos, y con una irritada susceptibilidad en otros, vio al joven y apuesto caballero adoptar y ejercer todos los privilegios de un *cavaliere servante*. Le daba los guantes a la señorita Wardour, la ayudaba a ponerse el chal, se colocaba a su lado en los paseos, tenía la mano presta a retirar cualquier obstáculo en su camino, y el brazo para que pudiera apoyarse cuando fuera irregular o difícil; su conversación se dirigía principalmente a ella, y, cuando las circunstancias lo permitían, exclusivamente a ella. Todo esto, Lovel lo sabía bien, podría ser solo esa suerte de galantería egoísta que induce a algunos jóvenes de ahora a darse el aire de cautivar la atención de las mujeres más bellas de un grupo, como si los demás fueran indignos de su atención. Pero creyó observar en la actitud del capitán MacIntyre cierta característica y peculiar ternura, calculada para despertar los celos de un amante. La señorita Wardour también recibía estas atenciones; y, aunque el candor de Lovel admitía que eran de tal naturaleza que no podían ser rechazadas sin afectación, le abrasaba el corazón ver que las aceptaba.

La quemazón que estas reflexiones le producían tejieron un velo de indiferencia sobre las secas conversaciones de anticuario con las que Oldbuck, que continuaba requiriendo su atención particular, le perseguía sin descanso; y sufrió, con ataques de impaciencia que llegaban casi a la aversión, una serie de conferencias sobre arquitectura monástica, en todos sus estilos, desde el macizo sajón al florido gótico, y de ahí a la arquitectura mixta y compuesta de la época de Jacobo VI[160], en la que, según Oldbuck, se mezclaban todos los órdenes, y se erguían columnas de varios tipos una al lado de otra, o se apilaban una encima de otra, como si hubieran olvidado la simetría, y los principios elementales del arte se disolvieran en una primitiva confusión.

—¿Qué puede ser más desgarrador para el corazón que el contemplar los males —dijo Oldbuck, en un rapto de entusiasmo— que estamos obligados a observar, sin la facultad de remediarlos?

Lovel respondió con un gruñido involuntario.

—Ya veo, querido amigo, y espíritu congenial, que deplora usted estas enormidades tanto como yo. ¿Se ha acercado alguna vez a ellas, o se las ha cruzado, sin tener ganas de llorar, de destruir algo tan deshonroso?

—¡Deshonroso! —se hizo eco Lovel—. ¿Deshonroso en qué sentido?

—Bueno, vergonzoso para el arte.

—¿Dónde? ¿Cómo?

—En el pórtico, por ejemplo, de las escuelas de Oxford, donde, a un enorme coste, el bárbaro, fantasioso e ignorante arquitecto ha decidido representar el conjunto de los cinco órdenes arquitectónicos en la fachada de un edificio.

Con tales ataques, Oldbuck, ignorante del tormento que infligía, obligaba a Lovel a brindarle una parte de su atención, al igual que un habilidoso pescador, por medio de su caña, domina los más frenéticos movimientos de su agonizante presa.

Resulta inconcebible la cantidad de veces que, en el trayecto de regreso al lugar donde habían dejado los carruajes, Lovel, exhausto por la incesante cháchara de su ilustre compañero, le habría ofrecido mentalmente al diablo, o a cualquiera que lo hubiera librado de escuchar al menos una parte del dilatado discurso, todos los órdenes y desórdenes arquitectónicos que habían sido inventados o combinados desde la construcción del Templo de Salomón. Se produjo, sin embargo, un ligero incidente que roció de paciencia el ardor de su destemplanza.

La señorita Wardour y su caballero, o quien así se había proclamado, iban bastante delante de los demás por el estrecho camino, cuando al parecer la joven tuvo ganas de unirse al resto del grupo y, para truncar su *tête-à-tête* con el joven oficial, hizo una clara pausa hasta que les alcanzó el señor Oldbuck.

—Quería preguntarle algo, señor Oldbuck, sobre las fechas de estas interesantes ruinas.

Sería cometer una injusticia con el *savoir faire* de la señorita Wardour suponer que no era consciente de que tal pregunta conllevaría una respuesta de duración ilimitada. El anticuario, con el arranque de un caballo de guerra al son de la trompeta, se sumergió inmediatamente en los diversos argumentos a favor y en contra de la fecha de 1273, asignada al priorato de Saint Ruth por una reciente publicación sobre antigüedades arquitectónicas escocesas. Sacó a la luz los nombres de todos los priores que habían dirigido la institución, de los nobles que les habían donado tierras y de los monarcas que habían dormido su último sueño entre sus claustros descubiertos. Del mismo modo que un vagón en llamas acaba propagando con toda seguridad el fuego a los vagones contiguos, el baronet, tomando como pretexto el nombre de uno de sus ancestros que apareció en la disquisición de Oldbuck, inició el relato de sus guerras, sus conquistas y sus trofeos; y el insigne doctor Blattergowl se vio inducido, gracias a la mención de la concesión de unas tierras, *cum decimis inclusis tam vicariis quam garbalibus, et nunquam antea separatis*[161], a emprender una larga explicación relativa a la interpretación dada por el Tribunal de Diezmos[162] a una cláusula que había surgido en un proceso para atribuirle su último aumento de estipendio. Los oradores, como tres atletas, corrían hacia la meta sin muchos miramientos con sus oponentes. La perorata del señor Oldbuck, la declamación del baronet y la cháchara legislativa del señor Blattergowl mezclaban las formas latinas de las cesiones feudales con la jerga heráldica y la aún más bárbara palabrería del Tribunal de Diezmos de Escocia.

—Era —exclamó Oldbuck, hablando del prior Adhemar— realmente un prelado

ejemplar; además, a la severidad de su moral y la rígida ejecución de las penitencias se unía su caritativa disposición, y las dolencias sufridas por su avanzada edad y sus ascéticos hábitos…

Aquí tosió por casualidad, y sir Arthur irrumpió, o más bien continuó:

—… lo apodaban Infierno en Armadura; llevaba un escudo, gules con una faja sable, que ya no usamos desde entonces, y cayó en la batalla de Vernoil, en Francia, después de matar a seis de los ingleses con su propio…

—Decreto de certificación[163] —prosiguió el pastor, en su tono prolongado, firme y monótono, que, pese a verse aventajado en un principio por la vehemencia de sus competidores, prometía, a largo plazo, alcanzar la victoria en esta querella de narradores—, al haberse promulgado un decreto de certificación, con acuerdo de las partes, el juicio parecía haber concluido, cuando su abogado intentó reabrirlo, alegando que tenía que presentar unos testigos que habían llevado a las ovejas a pastar a la tierra libre de diezmos; lo que era un puro subterfugio, pues…

Pero a estas alturas el baronet y el señor Oldbuck ya habían recuperado el aliento, y seguían con sus respectivos parlamentos; las tres hebras de conversación, para decirlo en términos de cordelería, se entrelazaban de nuevo en una indistinguible cuerda de confusión.

Sin embargo, por poco interesante que pareciera esta jerga multicolor, era obvio que el propósito de la señorita Wardour era brindarle su atención, antes que conceder al capitán MacIntyre una oportunidad de renovar su tertulia en privado. Así pues, Hector, tras esperar un rato con una desgana que delataban sus arrogantes rasgos, la dejó para que disfrutara de su mal gusto y, tomando a su hermana del brazo, la retuvo algo más atrás.

—Ya veo, Mary, que tus vecinos no se han vuelto más alegres ni menos instruidos en mi ausencia.

—Nos faltaba la instrucción de tu paciencia y sabiduría, Hector.

—Gracias, querida hermana. Pero tenéis un nuevo miembro en el grupo, más sabio que tu indigno hermano, si bien no tan alegre. A ver, ¿quién es este señor Lovel, a quien nuestro tío tiene en tan alta estima con tanta rapidez?

—El señor Lovel, Hector, es un joven muy caballeroso.

—Ya… Y eso quiere decir que se agacha cuando entra por la puerta y que lleva un abrigo sin parches en los codos.

—No, hermano, quiere decir mucho más. Quiere decir que sus maneras y sus palabras expresan los sentimientos y la educación de las clases elevadas.

—Pero yo querría saber cuál es su cuna y su posición en sociedad, y cuál es su título para entrar en el círculo en el que lo encuentro adoptado.

—Si quieres decir que cómo es que nos visita en Monkbarns, debes preguntarle al tío, que te dirá que él invita a su propia casa a la compañía que le da la gana; y, si pretendes preguntar a sir Arthur, debes saber que el señor Lovel les prestó un servicio de lo más importante.

—¡Cómo! Entonces ¿esa romántica historia es cierta? Y, dime, ¿aspira el valeroso caballero, como es apropiado en tales casos, a la mano de la joven a la que salvó del peligro? Es la regla del romance, soy consciente; y he creído que ella estaba anormalmente seca conmigo mientras paseábamos juntos, y me ha parecido a ratos como si vigilara no estar ofendiendo a su galante caballero.

—Querido Hector —dijo su hermana—, si realmente continúas alimentando afecto por la señorita Wardour…

—¿Qué, Mary? ¿Qué me quieres decir?

—Pues que me parece que tu perseverancia no tiene esperanzas.

—Y ¿por qué no tiene esperanzas, mi sabia hermana? —preguntó el capitán MacIntyre—. La señorita Wardour, en el estado en que se encuentran los negocios de su padre, no puede aspirar a demasiada fortuna; y, en cuanto a la familia, considero que la de MacIntyre no es inferior.

—Pero, Hector —continuó su hermana—, sir Arthur sigue considerándonos miembros de la familia Monkbarns.

—Sir Arthur puede considerar lo que quiera —respondió con arrogancia el montañés—, pero cualquier persona con sentido común considerará que la esposa toma la posición del marido, y que el linaje de quince inmaculadas generaciones de mi padre habría ennoblecido a mi madre aunque sus venas estuvieran llenas de tinta de impresor.

—Por Dios, Hector —replicó su hermana con nerviosismo—, ¡ten cuidado! Si alguien le va con un chisme así a nuestro tío, habrás perdido su favor para siempre, y perderás cualquier oportunidad de heredar sus propiedades.

—Que así sea —contestó el irreflexivo joven—; tengo una profesión que es de las que el mundo nunca ha podido prescindir, y que mucho menos resistirá perder en el próximo siglo y medio; y mi buen tío puede atar con pinzas sus bienes y su plebeyo nombre a la cinta de tu delantal si quiere, Mary, y tú te puedes casar con ese nuevo favorito suyo si quieres, y podéis los dos llevar una vida tranquila, en paz y de acuerdo con las normas, si el cielo lo quiere. Mi decisión está tomada: no adularé a ningún hombre por una herencia que me corresponde por nacimiento.

La señorita MacIntyre apoyó su mano en el brazo de su hermano, y lo exhortó a que contuviera su vehemencia.

—¿Quién —dijo— te daña o pretende dañarte, sino tu propia irritabilidad? ¿Qué peligros desafías, sino los que tú mismo evocas? Nuestro tío ha sido siempre de lo más paternal y amable en su conducta hacia nosotros. ¿Por qué crees que en el futuro las cosas serán diferentes de como siempre han sido desde que nos dejaron como huérfanos bajo su tutela?

—Es un excelente caballero, debo admitirlo —respondió MacIntyre—, y me enfado conmigo mismo cuando por casualidad lo ofendo; pero sus eternos discursos sobre temas que no merecen siquiera el gasto de saliva, sus investigaciones sobre jarras inútiles y recipientes y prensadores de tabaco en desuso, todo eso agota mi

paciencia. Hay algo de Hotspur[164] en mí, hermana, debo confesarlo.

—¡Demasiado, hermano, demasiado! ¡A cuántos peligros, y, perdóname por decirlo, muchos de ellos poco encomiables, te ha conducido ese carácter tuyo, tan violento y rotundo! No dejes que esas nubes oscurezcan el tiempo que vas a pasar en nuestra región; deja que nuestro benefactor vea a su pariente como es: generoso, amable y vivaz en vez de impertinente, testarudo e impetuoso.

—Bueno —respondió el capitán MacIntyre—, ya he recibido la lección. ¡Que os vaya bien con los buenos modales! Seré civilizado con vuestro nuevo amigo. Hablaré un rato con el señor Lovel.

Con esta determinación, que en ese momento era completamente sincera, se unió al grupo que estaba delante de él. La triple disquisición había llegado ya a su fin, y sir Arthur estaba hablando ahora de las noticias del extranjero y la situación política y militar del país, temas sobre los que cualquier hombre se cree cualificado para dar una opinión. Salió a la luz una batalla del año anterior y Lovel, mezclándose accidentalmente en la conversación, hizo una afirmación sobre cuya exactitud el capitán MacIntyre no parecía convencido, aunque sus dudas fueron expresadas con cortesía.

—Tendrías que reconocer tu error en este punto, Hector —dijo su tío—, aunque no conozco a ningún hombre con menos disposición a abandonar una discusión; pero estabas en Inglaterra por entonces, y el señor Lovel conoce el asunto posiblemente de primera mano.

—¿Estoy hablando, pues, con un militar? —preguntó MacIntyre—; ¿puedo preguntar a qué regimiento pertenece el señor Lovel?

El señor Lovel le dio el número del regimiento.

—Es extraño que no nos hayamos encontrado antes, señor Lovel. Conozco muy bien su regimiento, y he servido a su lado en varias ocasiones.

Lovel se ruborizó.

—Últimamente no he estado con mi regimiento —respondió—; serví en la última campaña junto con el Estado Mayor del general sir…

—¡De veras! ¡Eso es aún más extraordinario! Pues aunque no serví con el general sir…, tuve sin embargo la oportunidad de conocer los nombres de los oficiales que ocupaban cargos en su división, y no recuerdo el de Lovel.

Tras esta observación, Lovel, volvió a ruborizarse tan intensamente que atrajo la atención de todos, mientras que una risa desdeñosa pareció indicar el triunfo del capitán MacIntyre.

«Hay algo extraño en todo esto —dijo Oldbuck para sí—, pero no daré por perdido al fénix de los compañeros de carruaje; todos sus actos, lenguaje y comportamiento son los de un caballero.»

Lovel, mientras tanto, había sacado su cartera y, seleccionando una carta, cuyo sobre retiró, se la tendió a MacIntyre.

—Conoce usted la letra del general, con toda probabilidad. Confieso que no

debería mostrar estas exageradas expresiones de la consideración y aprecio que me profesa.

La carta incluía un hermoso elogio del oficial en cuestión por algún servicio militar realizado hacía poco. El capitán MacIntyre, al echar un vistazo, no pudo negar que estaba escrito por la mano del general, pero observó secamente que faltaba la dirección.

—La dirección, capitán MacIntyre —respondió Lovel, en el mismo tono— estará a su disposición cuando quiera usted preguntar por ella.

—No dejaré de hacerlo —replicó el soldado.

—Vamos, vamos —exclamó Oldbuck—, ¿qué sentido tiene todo esto? ¿No tenemos a Irene aquí[165]? Aquí no caben los pendencieros. ¿Han venido ustedes de las guerras del extranjero para instigar querellas en nuestra pacífica tierra? ¿Son ustedes, pues, como los cachorros de bulldog, que, cuando sacan al pobre toro de la plaza, caen uno sobre otro con violencia, se mordisquean y muerden la espinilla de la gente de bien que tienen alrededor?

Sir Arthur expresó su confianza en que los jóvenes caballeros no se dejaran llevar tan lejos por un asunto tan trivial como el reverso de una carta.

Ambos contendientes negaron tener tales intenciones; encendidos y con ojos que echaban chispas, aseguraron que nunca habían estado tan tranquilos en su vida. Pero un claro desánimo se cernió sobre todos los presentes; a partir de ese momento, las conversaciones se limitaron a fórmulas de cortesía, y Lovel, considerándose objeto de frías y suspicaces miradas por parte de los demás, y consciente de que sus evasivas habían propiciado opiniones extrañas sobre él, tomó la valiente determinación de sacrificar el placer de pasar el día en Knockwinnock.

Fingió, pues, una violenta jaqueca, ocasionada por el calor del día, al que no había estado expuesto desde su enfermedad, y se disculpó formalmente ante sir Arthur, quien, movido más por la reciente suspicacia que por la gratitud debida por los favores pasados, no lo apremió más de lo que la buena educación estrictamente exigía para cumplir su palabra.

Cuando Lovel se despidió de las damas, la actitud de la señorita Wardour pareció más nerviosa de lo que el joven había apreciado hasta ese momento. Indicó con una mirada al capitán MacIntyre, perceptible solo para Lovel, el objeto de su alarma, y añadió, en una voz mucho más tenue que su tono normal, que esperaba que no fuese un compromiso menos agradable lo que los privaba del placer de su compañía.

No se trataba de ningún compromiso, le aseguró él; era solo el regreso de una dolencia que le aquejaba de vez en cuando.

—El mejor remedio en estos casos es la prudencia, y yo, como cualquier amigo del señor Lovel, espero que haga uso de ella.

Lovel hizo una profunda reverencia y se sonrojó, y la señorita Wardour, como si tuviera la impresión de haber hablado más de la cuenta, se dio la vuelta y entró en el carruaje. Lovel debía despedirse a continuación de Oldbuck, que mientras tanto había

estado, con la ayuda de Caxon, arreglando su desordenada peluca y cepillando su abrigo, en el que podían verse algunos recuerdos del arduo camino que habían recorrido.

—¡Qué, hombre! —dijo Oldbuck—. ¿No irá a dejarnos por culpa de la indiscreta curiosidad y vehemencia del insensato de Hector? Es un chico atolondrado, un niño malcriado desde el día en que estaba en brazos de la niñera; un día me tiró el sonajero a la cabeza por negarle un poco de azúcar; y usted tiene demasiado sentido común para tener en cuenta a un chiquillo de mal carácter: *æquam servare mentem*[166] es la máxima de nuestro amigo Horacio. Luego le echaré un sermón a Hector, y todo se arreglará.

Pero Lovel insistió en su intención de volver a Fairport.

El anticuario adoptó entonces un tono más grave.

—Tenga cuidado, joven, con sus presentes sentimientos. La vida le ha sido dada por motivos útiles y válidos, y debería reservarla para dar lustre a la literatura de su país, si es que no se le llama a arriesgarla en defensa de éste, o a rescatar a los inocentes. Las querellas personales, una práctica desconocida para las antiguas civilizaciones, es, de todas las absurdidades introducidas por las tribus godas, la más burda, impía y cruel. No hablemos más de esas absurdas disputas, y le enseñaré el tratado sobre el duelo que compuse cuando el secretario y el alcalde Meiklewame eligieron usurpar los privilegios de caballeros y se retaron. Pensé en imprimir mi ensayo, firmado «Pacificator»; pero no fue necesario, ya que el consejo comunal de la ciudad se ocupó del asunto.

—Pero le aseguro, querido señor, que no hay nada entre el capitán MacIntyre y yo que pueda justificar tan respetable intervención.

—Espero que así sea; pues, en caso contrario, seré el padrino de ambas partes.

Diciendo esto, el caballero entró en el carro, cerca del cual la señorita MacIntyre había retenido a su hermano, con el mismo proceder que el dueño de un perro irritable, que lo retiene a su lado para evitar que ataque a otro. Pero Hector planeaba eludir tales preocupaciones, pues, como estaba a caballo, se rezagó detrás de los carruajes hasta que éstos hubieron doblado la esquina camino a Knockwinnock, y entonces, dando la vuelta a su caballo, lo espoleó en dirección contraria.

Pocos minutos después se reunía con Lovel, que, quizá por anticiparse a las intenciones de su rival, llevaba su caballo a ritmo de paseo cuando el ruido de los cascos que le seguían anunció al capitán MacIntyre. El joven soldado, cuyo colérico temperamento venía exacerbado por la velocidad de sus movimientos, frenó a su caballo repentina y violentamente al lado de Lovel, y, con un ligero toque a su sombrero, preguntó en un tono hinchado de soberbia:

—¿Qué debo entender, señor, por su respuesta de que la dirección está a mi disposición?

—Es simple, señor —respondió Lovel—. Que mi nombre es Lovel, y mi residencia es, en este momento, Fairport, como verá usted en esta tarjeta.

—Y ¿ésa es toda la información que está dispuesto a darme?

—No veo qué derecho tiene a exigir más.

—Lo encuentro, señor, en compañía de mi hermana —dijo el joven soldado—, y tengo derecho a saber a quién se le permite frecuentar a la señorita MacIntyre.

—Me tomaré la libertad de dudar de ese derecho —respondió Lovel, con unos modales tan soberbios como los del joven soldado—; me encuentra en una compañía que está satisfecha con el grado de información que les he proporcionado respecto a mis asuntos, y usted, un simple desconocido, no tiene derecho a preguntar más.

—Señor Lovel, si ha servido usted en el ejército, como dice…

—¿Qué quiere decir con si he servido? —interrumpió Lovel.

—Sí, señor, tal es mi expresión, si es que ha servido; probablemente sabrá que me debe una reparación, de una manera u otra.

—Si ésa es su opinión, estaré orgulloso de dársela, capitán MacIntyre, del modo en que suele decirse esa palabra entre caballeros.

—Muy bien, señor —replicó Hector, y, dando la vuelta a su caballo, se alejó al galope para reunirse con los demás.

Su ausencia ya los había alarmado, y su hermana, con el carruaje detenido, había asomado la cabeza por la ventana para ver dónde estaba.

—¿Qué te ocurre? —dijo el anticuario—. ¿Por qué cabalgas de un lado a otro como si te fuera la vida en ello? ¿Por qué no vas al paso con el carruaje?

—Olvidé mi guante, señor —dijo Hector.

—¡Que olvidaste el guante! Supongo que quieres decir que fuiste a arrojarlo. Pero ya me ocuparé de ti, joven caballero. Volverás conmigo esta noche a Monkbarns.

Y, diciendo esto, dio al postillón la orden de continuar.

Capítulo XX

ıierde aquí su honor,
ca más piense en servir a su dama,
pídase por completo de las armas,
ıe el honorable nombre de soldado
ga, cual corona de laurel tembloroso
ına frente fulminada por un rayo.

A Fair Quarrel

A la mañana siguiente, a primera hora, se presentó un caballero que deseaba ver al señor Lovel, el cual estaba despierto y listo para recibirlo. Era un caballero militar, un amigo del capitán MacIntyre, que se encontraba en Fairport en el servicio de reclutamiento. Lovel y él tan solo se conocían de vista.

—Supongo, señor —dijo el señor Lesley (tal era el nombre del visitante)—, que imagina el motivo por el que le molesto tan temprano.

—Supongo que se trata de un mensaje del capitán MacIntyre.

—Exacto. Se siente agraviado por el modo en que se negó usted a responder a ciertas preguntas que se consideraba autorizado a hacer a un caballero al que encontró en compañía de su familia.

—¿Puedo preguntarle, señor Lesley, si habría usted estado dispuesto a satisfacer un interrogatorio efectuado con tanta soberbia y brusquedad?

—Quizá no; y, además, como conozco la vehemencia de mi amigo MacIntyre en tales ocasiones, mi deseo es actuar como conciliador. Dadas sus caballerosas maneras, es lógico que la gente desee que el señor Lovel desmienta cualquier calumnia, propiciada por lo confuso de su situación, que pese sobre él. Si el señor Lovel me permite, como conciliación amistosa, informar al capitán MacIntyre de su nombre real, pues nos vemos obligados a concluir que Lovel es falso…

—Le pido disculpas, caballero, pero no puedo permitir tal injerencia.

—O, al menos —continuó Lesley—, que no es el mismo por el que el señor Lovel ha sido conocido siempre. Si el señor Lovel tiene la bondad de explicar esta circunstancia, cosa que, en mi opinión, debería hacer por justicia a su propio carácter, responderé del acuerdo amistoso para zanjar este desagradable asunto.

—Es decir, señor Lesley, que si yo tengo la condescendencia de responder a preguntas que nadie tiene derecho a realizar, y que ahora me exponen a la pena del resentimiento del capitán MacIntyre, ¿éste tendrá la condescendencia de quedar satisfecho? Señor Lesley, tengo solo una palabra que decir: no me cabe duda de que mi secreto, si tuviera alguno, estaría a buen recaudo en su honor, pero no siento la inclinación de satisfacer la curiosidad de nadie. El capitán MacIntyre me encontró en una compañía que por sí misma constituye garantía para cualquier persona de que soy un caballero, y que debería de serlo particularmente para él. No tiene derecho, en mi opinión, a ir más lejos, ni a preguntar por el linaje, posición, o circunstancias de un

desconocido que, sin buscar ninguna conexión íntima con él, resulta que cena con su tío, o pasea en compañía de su hermana.

—En tal caso, el capitán MacIntyre pide que se le informe a usted de que debe renunciar a sus visitas a Monkbarns, y a cualquier contacto con la señorita MacIntyre, porque resultan desagradables para él.

—Por supuesto, visitaré al señor Oldbuck —dijo Lovel— cuando me plazca, sin hacer el menor caso de las amenazas o los sentimientos irritados de su sobrino. Respeto demasiado el nombre de la joven señorita (aunque nada puede ser menor que nuestro trato) para sacarlo a colación en una discusión semejante.

—En tal caso, si es ésa su resolución, señor —respondió Lesley—, el capitán MacIntyre solicita que el señor Lovel, si quiere evitar que le acusen de individuo sospechoso, lo honre con un encuentro esta tarde, a las siete, en el espino del pequeño valle cerca de las ruinas de Saint Ruth.

—Sin ninguna duda, allí lo esperaré. Solo tengo un inconveniente: debo encontrar a un amigo que me acompañe, y saber de dónde sacarlo en tan corto plazo, pues no tengo conocidos en Fairport; estaré, sin embargo, en el lugar convenido, el capitán MacIntyre puede estar seguro.

Lesley había cogido su sombrero, y ya había llegado a la puerta de la habitación, cuando, como conmovido por la peculiaridad de la situación de Lovel, se volvió y se dirigió a él de este modo:

—Señor Lovel, hay algo tan singular en todo esto que no puedo dejar de prolongar la conversación. Supongo que es usted consciente de cuán inconveniente resulta en las presentes circunstancias preservar su incógnito, para el que, estoy convencido, no puede haber ninguna razón deshonrosa. Aun así, este misterio dificulta que se procure usted la asistencia de un amigo en una crisis tan delicada (sí, permítame añadir que muchas personas considerarán incluso una quijotada por parte de MacIntyre haberle retado cuando usted y sus circunstancias se encuentran en semejante oscuridad).

—Comprendo su insinuación, señor Lesley —respondió Lovel—; y, aunque podría ofenderme por su dureza, no lo haré, puesto que tiene buena intención. Pero, en mi opinión, está autorizado a ejercer todos los privilegios de un caballero quien, en todo el tiempo que ha sido conocido en la compañía que habitualmente frecuenta, nada puede achacarse que sea indecoroso o descortés. En cuanto al amigo, me atrevo a decir que encontraré a alguno que me haga ese favor; y, si su experiencia es menor de la deseable, estoy seguro de no sufrir por ese motivo si usted se encuentra en el campo con mi rival.

—Confío en que no —dijo Lesley—; pero ya que debo, por mi propio interés, velar por dividir tan gravosa responsabilidad con un compañero capaz, permítame decirle que el bergantín del lugarteniente Taffril ha llegado a la rada, y está ahora en casa del viejo Caxon, donde se aloja. Supongo que lo conoce usted tan bien como a mí, y, ya que estoy seguro de que yo le habría concedido mi ayuda, si no estuviera

comprometido con la otra parte, estoy convencido de que él lo hará en cuanto se lo pida.

—En el espino, entonces, señor Lesley, a las siete de la tarde; ¿debo presumir que las armas son pistolas?

—Exacto. MacIntyre ha elegido la hora a la que puede con más facilidad escaparse de Monkbarns. Estuvo conmigo esta mañana sobre las cinco, con el fin de volver y hacer acto de presencia antes de que su tío se levantara. Buenos días, señor Lovel.

Y Lesley salió de la habitación.

Lovel era un joven valiente, tanto o más que muchos; aun así, nadie puede hacer frente a una crisis como la que ahora se aproximaba sin sentir cierto temor e incertidumbre. En unas pocas horas podría estar en el otro mundo y tener que dar cuentas por una acción que su pensamiento, ahora calmado, consideraba injustificable desde un punto de vista religioso; o bien podría acabar vagando por el presente como Caín, con la sangre de un hermano en las manos. Y todo esto podría evitarse con una simple palabra. Sin embargo el orgullo parecía susurrarle que decir esa palabra en aquel momento supondría una degradación aún mayor que las más injuriosas razones a las que se imputara su silencio. Todos, incluso la señorita Wardour, lo tomarían por un rastrero pusilánime sin honor, que ofrecía por miedo al capitán MacIntyre la explicación que había negado a la tranquila y cortés disuasión del señor Lesley. El comportamiento insolente que MacIntyre había tenido con él, los aires que se daba frente a la señorita Wardour, y la extrema injusticia, arrogancia e incorrección de sus exigencias a un completo desconocido parecían justificar que se opusiera a su grosero interrogatorio. En definitiva, tomó la resolución que podía esperarse de un hombre tan joven: a saber, cerrar los ojos de la razón y seguir los dictados del orgullo herido. Con este propósito buscó al lugarteniente Taffril.

El lugarteniente lo recibió con las buenas maneras de un caballero y la franqueza de un marinero, y escuchó, con no poca sorpresa, hasta el mínimo detalle de lo que antecedió a la petición de honrarlo con su compañía en el duelo con el capitán MacIntyre. Cuando terminó, Taffril se levantó y recorrió con largos pasos sus aposentos.

—Ésta es una circunstancia de lo más singular —dijo—, y de veras…

—Soy consciente, señor Taffril, de cuán poco autorizado estoy a elevar esta petición, pero la urgencia de las circunstancias me deja pocas alternativas.

—Permítame hacerle una pregunta —dijo el marinero—; ¿hay algo de lo que deba avergonzarse en las circunstancias que se ha negado a desvelar?

—Por mi honor que no; no hay nada aparte de lo que, en breve, confío en poder desvelar a todo el mundo.

—Espero que el misterio no provenga de una imprudente vergüenza por la humildad de sus amigos o de sus relaciones.

—No, le doy mi palabra —respondió Lovel.

—Siento poca simpatía por esta locura —dijo Taffril—, y de veras no puede esperarse que sienta alguna; pues, si hablamos de mi familia, podría decirse de mí que me he elevado desde lo más bajo, y quiero creer que pronto estableceré un vínculo que a muchos parecerá demasiado humilde, con una bondadosa joven a la que estoy unido desde que éramos vecinos, cuando me hallaba lejos de pensar siquiera que la buena fortuna pudiera depararme la situación de la que actualmente disfruto en la Marina.

—Le aseguro, señor Taffril —respondió Lovel—, que cualquiera que fuera la posición de mis padres, nunca pensaría en ocultarla por una trivial cuestión de orgullo. Pero, en la situación actual, no puedo bajo ningún concepto entrar en el tema de mi familia.

—Me basta —dijo el honrado marinero—, deme la mano; lo apoyaré lo mejor que pueda en este trance, aunque sea desagradable. Pero… ¿y qué? Defender, después de nuestro país, nuestro honor, es nuestra principal obligación. Es usted un joven de espíritu; y considero al señor Hector MacIntyre, con todo su ilustre linaje y sus aires de familia, un mequetrefe. Su padre fue un soldado de fortuna como yo soy marinero, y él mismo, supongo, es poco mejor; y hay poca diferencia, supongo, entre buscar fortuna por tierra o por mar.

—Ninguna en absoluto, ciertamente —respondió Lovel.

—Bien —dijo su nuevo aliado—, cenaremos juntos y arreglaremos los asuntos de esta escaramuza. Espero que domine el uso de las armas.

—No particularmente —respondió Lovel.

—Lo lamento. Dicen que MacIntyre es un buen tirador.

—Yo también lo lamento —dijo Lovel—, tanto por él como por mí; pues tendré, en defensa propia, que apuntar lo mejor que pueda.

—Bien —añadió Taffril—, llevaré al campo a nuestro cirujano, un joven avisado que tiene buena mano para contener las hemorragias causadas por heridas de bala. Le diré a Lesley, muchacho honrado para ser de tierra, que se encargue él de los intereses de la otra parte. ¿Hay algo que pueda hacer por usted en caso de accidente?

—No tengo mucho con que molestarle —dijo Lovel—. En este pequeño sobre guardo la llave de mi escritorio, y mi breve secreto. Hay una carta en el escritorio que le ruego que entregue en mano.

A Lovel se le encogió el corazón mientras hablaba.

—Lo entiendo —dijo el marinero—. Sí, amigo mío, no se avergüence, un corazón sensible puede aflorar un instante a los ojos, cuando el navío se prepara para entrar en acción; y, confíe en mí, sean cuales sean sus instrucciones, Dan Taffril las tendrá por el testamento de un hermano moribundo. Pero esto son majaderías; debemos considerar los asuntos en orden de combate. Cenará usted conmigo y con el cirujano en el Graeme’s Arm a las cuatro.

—De acuerdo —dijo Lovel.

—De acuerdo —dijo Taffril; y así se zanjó el asunto.

Era una hermosa tarde de verano, y la sombra del solitario espino se extendía sobre el escaso prado del estrecho valle, rodeado por bosques que se cerraban sobre las ruinas de Saint Ruth.

Lovel y el lugarteniente Taffril, acompañados por el cirujano, llegaron al campo con un propósito de naturaleza muy poco compatible con el carácter pacífico y suave de la hora y el escenario. Las ovejas, que durante el ardiente calor del día se habían refugiado en los resquicios y cavidades de la pedregosa loma, o bajo las raíces de los añosos y enclenques árboles, se habían esparcido ahora sobre la faz de la colina para disfrutar del pasto de la tarde, y se balaban unas a otras con esa voz melancólica que inmediatamente da vida a un paisaje y acentúa su soledad. Taffril y Lovel estaban enfrascados en su conversación y habían mandado, por miedo a ser descubiertos, los caballos de vuelta a la ciudad con el criado del lugarteniente. La otra parte aún no había hecho su aparición. Pero cuando llegaron, en las raíces del viejo espino se sentaba una figura, tan vigorosa en su deterioro como las ramas cubiertas de musgo pero fuertes y retorcidas que le servían de dosel. Era el viejo Ochiltree.

—Esto es muy embarazoso —dijo Lovel—. ¿Cómo nos libraremos de este anciano?

—Oiga, padre Adán[167] —dijo en voz alta Taffril, que conocía desde hacía tiempo al mendigo—, aquí tiene media corona. Vaya a Las Cuatro Herraduras, la pequeña posada, ya sabe, y pregunte por un criado con librea azul y amarilla. Si no ha llegado, lo esperará allí, y le dirá que estaremos con su señor en una hora más o menos. En cualquier caso, que nos espere hasta que volvamos; márchese, vamos, vaya, leve anclas.

—Le agradezco su limosna —dijo Ochiltree, y se embolsó la moneda—; pero le ruego que me perdone, señor Taffril, no puedo ir ahora.

—¿Por qué no, amigo? ¿Qué se lo impide?

—Deseo cambiar unas palabras con el joven señor Lovel.

—¿Conmigo? —respondió Lovel—; ¿qué tiene que hablar conmigo? Venga, hable, y sea breve.

El mendigo lo llevó a un aparte.

—¿Ha contraído usted alguna deuda con el señor de Monkbarns?

—¡Deuda! No, no. ¿A qué viene eso? ¿Qué le hace pensar tal cosa?

—Quizá sepa que estuve en casa del juez hoy; pues, que Dios me ayude, vago por las puertas como un alma en pena; y qué vi pasar como una exhalación pues nada más y nada menos que a Monkbarns, mostrando gran agitación, y no es poca cosa la que debe mover al señor a alquilar un coche y un caballo para dos días.

—Bien, bien; pero ¿eso qué tiene que ver conmigo?

—Oh, escuche, escuche. Bien, Monkbarns se encerró con el juez, aunque hubiera gente fuera: no hay duda, pues, de que la agitación se debe a algo que ocurre entre ellos.

—En nombre de Dios, amigo…

—¿No sería mejor mandarme al diablo, señor Lovel? Sería más útil que hablar de Dios con tal impaciencia.

—Pero tengo asuntos personales con el lugarteniente Taffril aquí.

—Bien, bien, en buena hora —dijo el mendigo—, puedo permitirme cierta liberalidad con el señor Daniel Taffril; muchas son las peonzas que hice para él hace tiempo, pues fui ebanista además de hojalatero.

—O está usted loco, viejo Adán, o pretende volverme loco a mí.

—Ninguna de las dos cosas —dijo Edie, cambiando súbitamente del deje arrastrado de mendigo a un tono decidido y breve—. El juez mandó buscar a su secretario, y como éste tiene la lengua larga, me enteré de que era para redactar una orden de detención contra usted. Pensé que sería una orden de detención por deudas; pues todo el mundo sabe que al terrateniente no le gusta que le metan la mano en el bolsillo. Pero ahora me callaré, pues veo que vienen MacIntyre y el señor Lesley, y supongo que el propósito de Monkbarns era bueno, y que el suyo es bastante peor de lo que debería ser.

Se acercaba ahora el rival y saludó con la austera urbanidad que requería la ocasión.

—¿Qué hace aquí este anciano? —preguntó MacIntyre.

—Soy un anciano —dijo Edie—, pero también soy un antiguo soldado de su padre, con el que serví en el regimiento 42.

—Sirviera donde sirviera, no tiene derecho a interrumpirnos. O… —Y levantó su bastón *in terrorem*[168], aunque sin intención de tocar al viejo.

Pero el insulto azuzó el valor de Ochiltree.

—¡Baje su bastón, capitán MacIntyre! Soy un soldado veterano, como dije antes, y aguantaría muchas cosas del hijo de su padre; pero no que me toquen, mientras mi bastón me sostenga.

—Bien, bien, ha sido un error —dijo MacIntyre—; aquí tiene una corona, vaya a atender sus asuntos. ¿Qué pasa ahora?

El anciano se irguió en todo el esplendor de su desacostumbrada altura y, pese a su atuendo, que en realidad tenía más de peregrino que de vulgar mendigo, parecía gracias a su estatura, modales, y énfasis de voz y gestos, más un viejo palmero o un predicador eremita, fantasmal consejero de los jóvenes que estaban a su alrededor, que el objeto de su caridad. Sus palabras, cierto es, fueron tan sencillas como su atavío, pero tan audaces y poco ceremoniosas como su digna y erguida postura.

—¿A qué han venido aquí, jóvenes? —dijo, dirigiéndose a su sorprendido auditorio—. ¿Se han reunido entre las más hermosas obras de Dios para romper sus leyes? ¿Han dejado las obras del hombre, las casas y las ciudades que no son más que arcilla y polvo, como aquellos que las construyeron, y han venido aquí, entre las pacíficas colinas, junto a las tranquilas aguas, que seguirán aquí cuando todo lo terrestre se haya esfumado, a destruir las vidas de otros, que no tendrán más que un rato, según dispone la naturaleza, para hacer recuento de ella? ¡Oh, señores! ¿Tienen

hermanos, hermanas, padres, que los han cuidado, madres que han trabajado por ustedes, amigos que los han querido como a su propio corazón? ¿Y ésta es la manera de dejarlos sin hijos, sin hermanos, sin amigos? Es una lucha indigna en la que el que gane se llevará la peor parte. Piénsenlo, hijos. Soy un hombre pobre, pero también soy un hombre viejo, y lo que la pobreza resta del peso de mi consejo, mis canas y un corazón sincero se lo añaden veinte veces. Váyanse a casa, váyanse a casa, como hombres buenos; los franceses vendrán a invadirnos uno de estos días, ya tendrán bastantes luchas, y quizá hasta el viejo Edie salga cojeando si tiene a mano un muro firme sobre el que apoyar su pistola, y quizá viva para decirles quién de ustedes es mejor cuando es por una buena causa.

Había algo en la actitud determinada e independiente, el intrépido sentimiento, y la abrupta y masculina elocución del anciano que afectó a los presentes, y particularmente a los testigos, cuyo orgullo no tenía el menor interés en poner un fin sangriento a la disputa, y que, por el contrario, buscaban con impaciencia una oportunidad para alcanzar una reconciliación.

—Palabra, señor Lesley —dijo Taffril—, que el viejo Adán se expresa como un oráculo. Nuestros amigos estaban muy enfadados ayer, y por supuesto aturdidos; hoy deberían estar tranquilos, o al menos nosotros debemos estarlo en su lugar. Creo que ambas partes tendrían que olvidar y perdonar, y todos tendríamos que estrecharnos las manos, lanzar esos imprudentes cohetes e irnos a cenar todos juntos al Graeme's Arm.

—Yo lo recomendaría de todo corazón —añadió Lesley—; pues, aparte de una gran cantidad de fervor e irritación por ambas partes, me confieso incapaz de entrever algún motivo racional de pelea.

—Caballeros —intervino MacIntyre, gélido—, todo esto tendríamos que haberlo pensado antes. En mi opinión, personas que han llevado este asunto tan lejos como nosotros y que se fueran sin llevarlo aún más lejos podrían irse a cenar al Graeme's Arm con mucha alegría, pero se levantarían al día siguiente con la reputación tan manchada como la de nuestro amigo, que nos ha hecho un gran favor con ese despliegue de oratoria tan poco oportuno. Hablo por mí al decir que me veo obligado a pedirles que procedamos sin mayor dilación.

—Y yo —dijo Lovel— debo pedirles también a estos caballeros que procedan a los preliminares lo antes posible, pues nunca deseé ninguno.

—¡Hijos! ¡Hijos! —gritó el viejo Ochiltree; pero, al darse cuenta de que ya nadie le prestaba atención, dijo—: O debería decir locos, ¡que vuestra sangre caiga sobre vuestras cabezas![169]

Y el anciano se alejó del campo, que los padrinos habían empezado a medir; continuó balbuciendo, hablando para sí con una huraña indignación mezclada con nerviosismo y un fuerte sentimiento de dolorosa curiosidad. Sin prestar más atención a su presencia o sus quejas, el señor Lesley y el lugarteniente se dedicaron a los preparativos necesarios para el duelo y fue acordado que ambas partes dispararan

cuando el señor Lesley dejara caer su pañuelo al suelo.

Se dio la seña fatal, y dispararon casi al mismo tiempo. La bala del capitán MacIntyre rozó el costado de su adversario, pero no le hizo sangrar. La de Lovel estuvo más cercana a su objetivo; MacIntyre se tambaleó y cayó. Apoyándose sobre el brazo, su primera exclamación fue:

—No es nada, no es nada, dennos las otras pistolas. —Pero en breve dijo—: Creo que basta; y lo que es peor, creo que me lo merezco. Señor Lovel, o cualquiera que sea su nombre, huya y sálvese. Llévese a los testigos, yo soy el causante de este asunto. —E, incorporándose de nuevo sobre su brazo, añadió—: Deme la mano, Lovel, creo que es usted un caballero. Perdone mis malos modales, y yo le perdono mi muerte. ¡Mi pobre hermana!

El cirujano apareció para desempeñar su papel en la tragedia, y Lovel se quedó mirando el mal del que había sido causa activa, aunque involuntaria, con ojos extraviados y perplejos. Lo despertó de su trance una sacudida del mendigo.

—¿Por qué se queda contemplando su hazaña? Lo que está condenado está condenado; a lo hecho, pecho. Pero márchese, márchese si quiere salvar su joven sangre de una muerte vergonzosa; por allí ya vienen a buscarlo. Pero ¡márchese, por Dios! Que vienen, se acercan, para llevarlo a prisión.

—Tiene razón… Tiene razón —exclamó Taffril—; no intente llegar a la carretera principal, escóndase en el bosque hasta la noche. Mi bergantín estará levando anclas a esa hora, y a las tres de la mañana, cuando la marea esté subiendo, tendré el barco esperándole en Mussel-craig. ¡Váyase, váyase, por Dios!

—¡Sí! ¡Huya, huya! —repetía el hombre herido, cuyos sollozos compulsivos entrecortaban sus palabras.

—Venga conmigo —dijo el mendigo, casi arrastrándolo—; el plan del capitán es el mejor. Lo llevaré a un lugar donde podría ocultarse hasta entonces aunque le buscaran con sabuesos.

—Váyase, váyase —le urgió el lugarteniente Taffril—, quedarse aquí es una locura.

—Peor locura fue venir aquí —dijo Lovel, estrechando su mano—, pero ¡adiós!

Y siguió a Ochiltree a los recovecos del bosque.

Capítulo XXI

d Abbott tenía un corazón
l, rápido, penetrante como el fuego;
escaleras mágicas bajó al infierno,
el demonio guardaba oro en sus posesiones,
uro que trajo algo y lo escondió en cuevas,
conocidas para todos, excepto para mí.

The Wonder of a Kingdome[170]

Lovel siguió casi mecánicamente al mendigo, que abría el camino con paso rápido y firme a través de arbustos y zarzas, evitando el sendero trillado, y parándose de vez en cuando a comprobar si oía ruidos de persecución tras ellos. A veces bajaban al propio lecho del torrente, a veces seguían un estrecho y abrupto sendero que las ovejas (a las que se les permitía vagar por las arboledas, dada la desidiada negligencia con la propiedad generalizada en Escocia) habían trazado al filo mismo de las salientes riberas. Alguna vez Lovel echaba un vistazo al camino que había recorrido el día anterior en compañía de sir Arthur, el anticuario, y las jóvenes señoritas. Descorazonado, avergonzado y absorto por mil inquietudes como estaba, habría dado cualquier cosa por recuperar el sentimiento de inocencia, el único que puede acallar a los demonios.

«Y, sin embargo, entonces —ésta fue su apresurada e involuntaria reflexión—, incluso entonces, libre de culpa y apreciado por todos, me consideraba infeliz. ¿Qué soy ahora, con las manos manchadas de la sangre de ese joven? El sentimiento de orgullo que me condujo a la hazaña me ha abandonado ahora, como dicen que hace el demonio con los que ha tentado.»

Incluso su afecto por la señorita Wardour se hundía ante las primeras punzadas de remordimiento, y pensó que podría haberse enfrentado a todas las agonías del amor herido de haber tenido la conciencia limpia de sangre, como por la mañana.

Estas dolorosas reflexiones no fueron interrumpidas por ninguna conversación por parte de su guía, que iba desbrozando la espesura delante de él, y que unas veces retiraba las ramas para facilitarle el camino, otras le exhortaba a darse prisa, y otras aún musitaba para sí, según la costumbre de su avanzada, solitaria y descuidada edad, palabras que el oído de Lovel no habría captado aunque las hubiera oído, o que, incluso aunque las hubiera aprehendido y retenido, eran demasiado aisladas para transmitir un significado coherente (hábito que puede observarse con frecuencia entre gente de edad avanzada y vocación tardía).

Al poco, Lovel, exhausto por su indisposición, los martirizados sentimientos que lo agitaban y el esfuerzo de seguirle el paso a su guía, empezó a tambalearse y quedarse atrás, y dos o tres pasos mal dados lo llevaron frente a un precipicio cubierto por la maleza y la arboleda. Allí se insinuaba, a través de una pequeña fisura

en la roca, una cueva de entrada tan estrecha como una madriguera, escondida por las ramas de un viejo roble, que, anclado por sus gruesas y torcidas raíces en la parte superior de la grieta, lanzaba sus ramas casi directas al acantilado, y la hacía de este modo invisible a cualquiera. Podría de hecho haber escapado a la atención incluso de aquellos que se encontraban en su misma entrada, tan poco acogedora era la abertura por la que se introdujo el mendigo. Pero, por dentro, la caverna era más grande y espaciosa, y estaba dividida en dos partes que se cruzaban en ángulo recto formando de este modo el emblema de la cruz, indicio de que había sido la morada de un anacoreta en tiempos antiguos. Hay muchas cuevas de este tipo en diferentes partes de Escocia. Basten como ejemplo las de Gorton, cerca de Rosslyn, en un paraje bien conocido por los admiradores de la naturaleza romántica.

Dentro de la cueva la luz configuraba un sombrío crepúsculo que se apagaba ya en las cavidades más internas.

—Muy pocos conocen este lugar —dijo el anciano—; por lo que sé, solo un par están vivos, y son Jingling Jock y Lang Linker. Más de una vez he pensado que, cuando fuera viejo y decrépito, y no pudiera disfrutar ya del bendito aire libre, me vendría aquí con unas gachas de avena; mire, hay una bonita fuente que brota por la misma abertura, en invierno y en verano. Me tumbaría ahí fuera, y esperaría mi muerte, como un viejo sabueso que arrastra su asqueroso esqueleto entre los arbustos y los helechos para no asquear a los seres vivos con su presencia cuando esté muerto. Sí, y entonces, cuando los perros ladraran en la solitaria granja, la dueña de la casa gritaría: «Shh, muchachos, ése debe de ser el viejo Edie», y los niños se despertarían, y, pobres criaturas, gatearían hasta la puerta a recibir al viejo casaca azul que les arregla los juguetes, pero de Edie no habría ni rastro.

Después condujo a Lovel, que lo siguió sin resistirse, a una de las ramificaciones de la cueva.

—Ahí —dijo— hay una escalera de caracol que lleva a la iglesia de arriba. Algunos dicen que este lugar fue construido por los monjes hace tiempo para esconder sus tesoros, y otros dicen que solían llevar a la abadía de noche, por este camino, las cosas que no se atrevían a llevar de día y por la entrada principal. Y algunos dicen que uno de ellos se hizo santo (o eso pensó la gente) y lo instalaron en esta celda de Saint Ruth, como lo llamaban los viejos, y agrandaron la escalera para que pudiera subir a la iglesia cuando estuvieran en el servicio eclesiástico. El señor de Monkbarns tendría mucho que decir, como de la mayoría de las cosas, si conociera esta cueva. Pero está hecha para los trucos de los hombres o para servicio de Dios, yo he visto cometer en ella mucho pecado, y de aún más he sido partícipe, sí, incluso en esta oscura cueva. Muchas señoras se habrán preguntado por qué no cantaba el gallo por la mañana, mientras el pobre gallo era asado en este agujero. Y, por desgracia, eso no es lo peor. Se nos debía de oír hasta en las entrañas de la tierra cuando Sanders Aikwood, el padre de Ringan, que era guardabosques en aquellos días, iba por el bosque para cuidar la caza del terrateniente y vio un rayo de luz procedente de la

entrada de la cueva proyectado contra los avellanos de la otra orilla; menudas historias las de Sanders: que si había demonios y ogros que rondaban los viejos muros por la noche, que si salían luces y gritos de la cueva, de los cuales él era el único testigo, y que erizaban cada vello del cuerpo; y, según lo iba contando, al lado del fuego, yo le daba lamento por lamento, y cuento por cuento, porque yo sabía muchos más de los que sabía él. Sí, sí, fueron días divertidos, pero eran pura vanidad, y algo peor; es normal que hayan llevado después una vida ligera y abyecta, y, mientras abusaron de la caridad cuando eran jóvenes, quizá les faltó cuando fueron viejos.

Mientras Ochiltree iba contando de esta suerte las hazañas y trucos de su vida anterior en un tono en el que se alternaban la diversión y la aflicción, su desafortunado oyente se había sentado en el asiento del eremita labrado en la roca, para abandonarse a esa lasitud de cuerpo y alma que sigue generalmente a una serie de eventos perturbadores. El efecto de su indisposición, que había debilitado su sistema, contribuía a tan letárgico abatimiento.

—¡Pobre muchacho! —dijo el viejo Edie—. Como duerma en este húmedo agujero, quizá no se despierte nunca más, o tal vez coja alguna enfermedad. No es lo mismo para él que para nosotros, que podemos quedarnos dormidos inmediatamente donde sea si tenemos la barriga llena. ¡Incorpórese, señor Lovel! Ahora que todo ha pasado, seguro que el capitán estará mejor, y, después de todo, no es usted el primero en padecer esta desgracia. He visto morir a muchos hombres, e incluso he contribuido a matarlos, aunque no hubiese disputa alguna entre nosotros; y, si no está mal matar a gente con la que no tenemos disputas, solo por llevar una escarapela diferente y hablar otra lengua, entonces no puede no haber excusa para un hombre que acaba con un enemigo mortal que viene armado al campo de duelo para matarlo. No digo que esté bien, Dios me salve, o que no sea un pecado quitar algo que no se puede devolver, como el aliento de un hombre, que está en las fosas nasales; pero yo digo que ése es un pecado que se perdona si uno se arrepiente. Somos pecadores; pero, si usted creyera a un viejo y canoso pecador que ha visto lo abyecto de su vida, la promesa que está en las dos tablas del Testamento[171] bastaría para salvar al peor de nosotros, de veras.

Con tales retazos de consuelo y divinidad, cuantos poseía, el mendigo siguió de este modo solicitando y ganándose la atención de Lovel, hasta que el crepúsculo empezó a volverse noche.

—Ahora —dijo Ochiltree— lo llevaré a un sitio más conveniente, donde me he sentado muchas veces a escuchar las lechuzas desde la hiedra, y a ver la luz de la luna salir por las ventanas de las ruinas. No hay nadie que vaya allí después de esta hora de la noche; y, si los oficiales del juez y los alguaciles han intentado buscarnos, habrá sido hace rato. Pero, por Dios, son tan cobardes como la gente normal, con sus órdenes de detención y sus llaves de rey[172]; a algunos ya les di más de un susto en su día, cuando se acercaban a mí, pero ¡bendito sea Dios!, ahora no pueden acusarme

de nada más que de ser viejo y vagabundo, y mi insignia es una buena protección, y además la señorita Isabella Wardour es un ejemplo de fuerza, sabe usted.

Lovel suspiró.

—Bueno, no se desespere: quizá todo salga bien; dele tiempo a la muchacha para que se decida. Es la más hermosa del país, y una buena amiga mía; yo ando por las cárceles con tanta seguridad como andaría por la iglesia en sábado. Que uno de ellos se atreva a tocarle un pelo de la cabeza al viejo Edie ahora; ando con la frente bien alta cuando voy a la ciudad, y me codeo con el magistrado con tanta tranquilidad como si fuera un peón.

Mientras el mendigo se expresaba de este modo, se entretuvo en apartar en un ángulo de la cueva unas cuantas piedras flojas que obstruían la entrada de la escalera de la que había hablado, y después empezó a subirla, seguido por el silencioso Lovel.

—Hay bastante aire —dijo el anciano—; los monjes cuidaron bien de que así fuera, parece ser que se quedaban sin aliento con facilidad; fabricaron extraños agujeros que se abren al aire libre, y así la escalera está tan fresca como una hoja de col.

Lovel también encontró la escalera bien aireada, y, aunque estrecha, no estaba en mal estado ni era larga, sino que rápidamente los condujo a una estrecha galería proyectada para llegar hasta el muro lateral del presbiterio, desde el que recibía aire y luz a través de aberturas ingeniosamente escondidas entre la florida decoración de la arquitectura gótica.

—Este pasaje secreto rodeaba antes gran parte de la construcción, así como el lugar que he oído a Monkbarns llamar el refractorio —posiblemente Edie quería decir el refectorio—, y seguía hasta los mismísimos aposentos del prior. Es posible que lo utilizara para saber qué decían los monjes a la hora de la comida, y luego podía venir aquí y verlos desgañitándose con los salmos ahí abajo; después, cuando comprobaba que todo estaba en orden, podía alejarse y recibir a una hermosa muchacha en la cueva (menudas piezas, los monjes, a no ser que todo lo que dicen sea mentira). Pero nuestros amigos pasaron muchas calamidades entonces para construir el pasaje por algunas partes, y derruirlo por otras, por miedo a que entrara por él algún elemento amenazador y encontrara el camino hacia la cueva: habría sido un asunto peligroso… Seguramente algunos de nuestros cuellos estarían ahora colgando.

Entonces llegaron hasta un ensanchamiento circular de la galería que albergaba un asiento de piedra. Una hornacina, construida exactamente frente a él, comunicaba con el presbiterio; como sus laterales disponían de celosía, ofrecía una vista completa desde cualquier ángulo, y posiblemente hubiera sido construido, como Edie insinuó, para servir como torre de vigía, desde la cual el prior, sin ser visto, podría vigilar el comportamiento de sus monjes, y comprobar personalmente que asistían con puntualidad a los ritos de devoción en los que su posición le eximía de participar. Como esta hornacina era solo una de las piezas de la larga serie que se extendía por el muro del presbiterio, y no difería en nada de las otras si se miraba desde abajo, el

observatorio secreto, tapado por la figura de san Miguel y el dragón y por la tracería que rodeaba la hornacina, no estaba a la vista. El pasaje secreto, limitado a su primitiva amplitud, continuaba originalmente más allá del asiento; pero la celosa precaución de los vagabundos que frecuentaban la cueva de Saint Ruth los había empujado a cerrarlo cuidadosamente con piedras talladas de las ruinas.

—Estaremos mejor aquí —dijo Edie, tomando asiento en el banco de piedra, y extendió la solapa de su casaca azul sobre él para invitar a Lovel a sentarse a su lado — que más abajo; el aire es fresco y suave, y la fragancia de los alhelíes y de los arbustos que crecen en las ruinas es mucho más refrescante que el húmedo olor de ahí abajo. Esas flores desprenden un olor más dulce por la noche, y se suelen ver en construcciones derruidas. Bueno, maestre Lovel, ¿puede alguno de ustedes los instruidos darme una buena razón para eso?

Lovel dijo que no.

—Estoy pensando —continuó el mendigo— que serán como los dones de mucha gente, que a menudo muestran más su encanto en la adversidad, o quizá sea una parábola, que nos enseña a no despreciar lo que está en la oscuridad del pecado y en la decadencia de la tribulación, puesto que Dios nos envía olores para refrescar las horas más oscuras, y flores y hermosos arbustos para vestir los edificios en ruinas. Y ahora me gustaría a mí que un hombre sabio me dijera si el cielo se complace más en el panorama que estamos contemplando (esos gratos y apacibles rayos de luna que se posan sobre el suelo de esta antigua iglesia, y brillan entre las imponentes columnas y puntales de las ventanas labradas, y parecen bailar sobre las hojas de la hiedra cuando el viento las sacude), o cuando está iluminado con lámparas, velas sin duda, y antorchas, y con la mirra y el incienso de los que hablan las Santas Escrituras, y la música, y los hombres y mujeres del coro, y el sacabuche y el dulcémele, y todos los instrumentos musicales… Quisiera saber si todo eso era aceptable[173], o si formaba parte de las ostentosas ceremonias de las que las Sagradas Escrituras dicen «me es abominación»[174]. Estoy pensando, señor Lovel, si la petición de dos pobres espíritus contritos como usted y yo encontrará la gracia…

En ese momento Lovel, agitado, cogió del brazo al mendigo, y dijo:

—¡Chis! He oído hablar a alguien.

—Soy algo duro de oído —respondió Edie en un susurro—, pero estamos seguros aquí. ¿De dónde venía el ruido?

Lovel señaló la puerta del presbiterio, que ocupaba, con su densa ornamentación, el extremo oeste de la construcción, con la ventana labrada por encima, por la que entraba un rayo de luz de luna.

—No puede ser ninguno de nuestros amigos —dijo Edie en el mismo tono cauteloso y quedo—; solo dos de ellos conocen este sitio y están a muchas millas, si es que aún siguen con vida. Nunca creeré que los agentes de la justicia vengan aquí a esta hora de la noche. Y tampoco soy ningún ingenuo que crea en cuentos de viejas sobre fantasmas, aunque éste es buen lugar para ellos. Pero, mortales o de otro

mundo, aquí vienen, dos hombres y una luz.

Y en efecto, mientras el mendigo hablaba, dos figuras humanas oscurecieron con su sombra la entrada del presbiterio, que antes se había abierto hacia el prado bañado de luz de la luna, y el pequeño farol que llevaba una de ellas parpadeaba a la clara y fuerte luz de la luna, como la estrella de la noche luce entre los rayos del sol en el crepúsculo. La primera y más obvia idea era que, pese a las aseveraciones de Ochiltree, las personas que se acercaban a las ruinas a una hora tan intempestiva debían de ser agentes de la justicia en busca de Lovel. Pero nada de lo que hacían confirmaba esta sospecha. Un roce y un susurro del anciano alertaron a Lovel de que lo mejor que podían hacer era guardar silencio y vigilar sus movimientos desde su escondrijo actual. Si algo hacía necesaria la retirada, tenían detrás de ellos la escalera secreta y la cueva, por la cual podían escapar al bosque antes de que cualquier peligro los amenazara. Estuvieron, pues, lo más quietos posible, y observaron con nerviosa e impaciente curiosidad cualquier particularidad o movimiento de esos merodeadores nocturnos.

Después de hablar en susurros durante un tiempo, las dos figuras avanzaron hasta la mitad del presbiterio; y una voz, que Lovel reconoció al momento, por su tono y su dialecto, como la de Dousterswivel, pronunció en un tono más fuerte, aunque aún tenue:

—En efecto, mi buen *señorr*, no puede *haberr horra mejorr* ni estación *parra* esta *grran emprresa. Verrá* usted, buen *señorr*, que el *señorr* Oldenbuck no hace más que *hablarr* sin ton ni son, y que hasta un niño sabe más que él. ¡Santo Cielo! *Esperra hacerrse* tan rico como un judío con sus lastimosas cien *librras*, que no me *imporrtan* más que cien *stuiver*[175], por mi *honorr. Perro* a usted, mi más magnánimo y *reverrenciado* mecenas, le *enseñarré* todos los *secrretos* que el *arrte* puede *mostrarr*, sí, el *secrreto* del gran *Pimandro*[176].

—El otro —susurró Edie— podría ser, por el parecido, sir Arthur; no conozco a nadie más capaz de venir aquí a esta hora con ese canalla alemán, pensaría uno que lo ha hechizado. Podría hacerle decir que un gato es una liebre. Vamos a ver qué están haciendo.

Esta interrupción, y el tono quedo de sir Arthur, hicieron que Lovel se perdiera la respuesta de sir Arthur, excepto las últimas tres palabras, pronunciadas con gran énfasis: «un gran coste», a las que Dousterswivel respondió inmediatamente:

—¡Coste! *Porr* supuesto. Hay *grran* coste. No *esperarrá recogerr* la cosecha antes de *haberr sembrrado*; el coste es la semilla, las riquezas y las minas de buen metal, y los *grrandes arrcones* de plata son la cosecha, una *grran* cosecha, en mi opinión. *Ahorra, sirr Arthurr*, ha *sembrrado* usted esta noche una pequeña semilla de diez guineas, del tamaño de un pellizco de rapé, más o menos; y si no recoge la *grran* cosecha, es *decirr*, la *grran* cosecha correspondiente al pellizco de rapé, *porrque* debe usted *saberr* que es *prroporrcional*, no llame nunca *hombrre honrrado* a Herman Dousterswivel. *Mirre* usted, mi mecenas (pues no le *esconderré* ningún *secrreto*),

mirre este pequeño sello de plata; sabe usted que la luna mide todo el zodiaco en el espacio de veintiocho días, hasta un niño sabe eso. Bien, yo cojo un sello de plata cuando se *encuentrra* en la decimoquinta casa, que es del signo de *Librra*, y le *grrabo* en un lado las *palabrras Sbedbarschemot Schartachan*[177], es *decirr*, los emblemas de la inteligencia de la luna, y dibujo la *serrpiente* alada con cabeza de pavo, muy bien. Después, *porr* el *otrro* lado, la tabla de la luna, que es un *cuadrrado* de nueve, multiplicado por él mismo, con veintiocho *númerros* en cada lado, y nueve de *diámetrro*, ahí está, muy bien hecho. Esto me *servirrá* en el cambio de cada *cuarrto* de luna que *encontrrarré* en las mismas *proporrciones* del gasto que emplee en la sufumigación, como nueve, hasta el *prroducto* de nueve multiplicado por sí mismo. Pero esta noche no *encontrrarré* más de dos o *trres* veces nueve, quizá, *porrque* hay un *poderr* opuesto en la casa de ascendencia.

—Pero, Dousterswivel —dijo el simple baronet—, ¿esto no parece magia? Soy un fiel aunque indigno seguidor de la Iglesia episcopal, y no quiero tener nada que ver con el inmundo demonio.

—¡Bah! ¡Bah! No hay ni una pizca de magia en esto, ni una pizca. Todo está fundado en la influencia *planetarria*, y la afinidad y *fuerrza* de los *númerros*. Le *enseñarré* cosas mucho más *imporrtantes* que ésta. No digo que no haya ningún *espírritu* en esto, a causa de la sufumigación, pero, si usted no tiene miedo, él no *serrá* invisible.

—No tengo ninguna curiosidad por verlo —dijo el baronet, cuya valentía parecía, a juzgar por un cierto temblor en su voz, haber sufrido un ataque de malaria.

—Es una lástima —dijo Dousterswivel—; me *hubierra* gustado *enseñarrle* el *espírritu* que *guarrda* este *tesorro* como *fierro perro guarrdián* (pero yo sé *manejarrlo*); ¿de *verras* no le *gustarría verrlo*?

—En absoluto —respondió el baronet, en un tono de fingida indiferencia—; creo que tenemos poco tiempo.

—*Perrdóneme*, mi mecenas; aún no son las doce, y las doce en punto es *nuestrra horra planetarria; y podrría* muy bien *enseñarrle* el *espírritu*, *mientrras* tanto, solo por *diverrsión*. Ya ve, *dibujarría un pentagrrama dentrro* de un *círrculo*, que no es ninguna molestia, y *sahumarría* el *interiorr*, y allí *estarríamos* como en un castillo *forrtificado*, y usted *cogerría* la espada *mientrras* yo digo las *palabrras necesarrias*. Entonces *verría* usted el sólido *murro abrirrse* como la *puerrta* de una ciudad, y después, déjeme *verr*, sí, *verría* usted al *prrincipio* un venado *perrseguido* por tres sabuesos, y después lo *derribarrían* como hacen en las *parrtidas* de caza del *electorrado*; y después un pequeño, feo y malvado *negrro aparrecerría* y les *arrebatarría* el venado, y paf, todo *desaparecerría*; luego escucharría *tocarr cuerrnos* que *harrían agitarrse* a todas las ruinas, *palabrra*, *tocarrían* una buena pieza de caza, tan bien como lo *harría* Fischer[178] con su oboe; muy bien, luego viene el *herraldo*, como llaman a Ernhold, tocando su *cuerrno*, y luego el *grran* Peolphan[179], llamado el *poderroso Cazadorr* del *Norrte*, montado en su *negrro corrcel*. *Perro* ¿no le

gustarría verr todo eso?

—Bueno, no es que tenga miedo —dijo el pobre baronet—, pero… ¿y si pasa alguna desgracia?

—¡Bah! *¿Desgrracia?* ¡No! A veces, si el *círrculo* no es exacto, o el *espectadorr* es un *cobarrde*, y no sostiene la espada *firrme y derrecha*, el *Grran Cazadorr* se *aprrovecha* de la *cirrcunstancia, y arrastrra* al *exorrcista fuerra* del *círrculo* para *estrrangularrlo*. Eso sí *ocurrre*.

—Bien, entonces, Dousterswivel, con plena confianza en mi valentía y su habilidad, prescindiremos de esa aparición, y seguiremos con nuestros asuntos de esta noche.

—De todo *corrazón*, no es nada, es la *horra*; sostenga la espada hasta que encienda lo que usted llama astillas.

Dousterswivel prendió una pequeña pila de astillas, rociadas y preparadas con una sustancia bituminosa que las hizo arder con violencia; y, cuando la llama se alzó con su corto resplandor e iluminó todas las ruinas, el alemán arrojó un manojo de perfumes que desprendieron un fuerte y penetrante olor. El exorcista y su alumno se vieron tan afectados por él que empezaron a toser y estornudar con persistencia; y, como el vapor flotaba por los pilares del edificio, y penetraba por todas las aberturas, produjo el mismo efecto en el mendigo y Lovel.

—¿Eso ha sido el eco? —preguntó el baronet, asombrado por el estornudo que resonó desde arriba; y acercándose al experto, preguntó—: O ¿es el espíritu del que hablaba, que se burla de nuestro intento de alcanzar sus tesoros ocultos?

—N-n-no —farfulló el alemán, que estaba empezando a compartir los temores de su alumno—, *esperro* que no.

En ese momento, un violento estornudo que el mendigo fue incapaz de contener, y, que de ningún modo podía considerarse la agonizante resonancia de un eco, acompañado de una tos ahogada, dejó perplejos a los buscadores de tesoros.

—Que Dios tenga piedad de nosotros —dijo el baronet.

—*Alle guten Geister loben den Herm!*[180] —exclamó el temeroso experto—. Estoy empezando a *pensarr* que lo *mejorr serría* que *hiciérramos* esto a la luz del día, que *serría mejorr* que nos *fuerramos*.

—¡Tahúr canalla! —dijo el baronet, en quien estas expresiones despertaron una sospecha que vencía su temor, ya que estaba relacionada con la sensación de desesperación que suscitaba en él la inminente ruina—. ¡Tahúr charlatán! Éste es otro juego de manos suyo para no cumplir con su promesa, como ha hecho hasta ahora tan a menudo. Pero ¡por el cielo, que esta noche sabré en qué confié cuando le permití que me llevara a la ruina! Vamos, pues, ven, espíritu, ven, demonio: me enseñará ese tesoro, o confesará ser un felón, o, por la fe de un hombre desesperado y arruinado, le mandaré a un lugar donde verá espíritus continuamente.

El buscador de tesoros, temblando de pavor, creyéndose rodeado de espíritus y temiendo por su vida, ya que parecía estar a merced de un hombre desesperado, solo

pudo musitar:

—¡*Querrido* mecenas, éste no es el *mejorr prrocedimiento! Considerre*, mi *honorrable señorr*, que los *espírritus.*…

En este momento, Edie, que empezaba a captar el humor de la escena, emitió un extraordinario aullido, una exaltación prolongada del gemido más quejumbroso con el que solía pedir limosna.

Dousterswivel cayó de rodillas.

—¡*Querrido sirr Arthurr, marrchémonos*, o al menos déjeme *marrcharr!*

—¡No, granuja, embustero! —dijo el caballero, desenfundando la espada que había traído para el exorcismo—, esa estratagema no le servirá. Hace tiempo que Monkbarns me venía avisando de sus trucos; ¡veré ese tesoro antes de que se marche, me confesará que es un impostor, o por el cielo que le atravesaré con esta espada, aunque se alcen contra nosotros todos los espíritus de los muertos!

—*Porr* el *amorr* de Dios, sea paciente, mi *honorrable* mecenas, y le *darré* todos los *tesorros* que conozco, de *verras*. Pero no hable de los *espírritus*, les *harrá enfadarr*.

Edie Ochiltree se estaba preparando para lanzar otro quejido, pero Lovel lo contuvo, pues empezaba a preocuparse viendo la reacción grave y casi desesperada de sir Arthur. Dousterswivel, atemorizado por una parte por el abyecto demonio y, por otra, por la violencia de sir Arthur, desempeñó con bastante torpeza el papel de mago, pues dudaba de armarse con el grado necesario de confianza para engañar al segundo, por miedo a ofender a la invisible causa de su alarma. Sin embargo, tras entornar los ojos, susurrar y farfullar exorcismos germanos con contorsiones faciales y corporales, más por impulso del terror que del meditado fraude, se acercó por fin a una esquina del edificio donde yacía una piedra lisa con una efigie grabada en bajorrelieve de un guerrero armado en postura de descanso. Le murmuró a sir Arthur:

—*Querrido* mecenas, está aquí. ¡Que Dios nos *guarrde* a todos!

Sir Arthur, que, después de superar sus primeros miedos, parecía haber concentrado todas sus facultades en resolver y concluir la aventura, prestó ayuda al adepto para mover la piedra, que desplazaron con dificultad pese a la ayuda de una palanca que el alemán había traído. No brotó de abajo ninguna luz sobrenatural para indicar el tesoro subterráneo, ni apareció ningún espíritu, fuera terrestre o infernal. Pero cuando Dousterswivel hubo, con gran aprensión, dado un par de golpes de azadón, y sacado con rapidez un par de paletadas de tierra (pues venían equipados con las herramientas necesarias para cavar), se oyó un ruido parecido al que produce un trozo de metal al caer, y Dousterswivel, cogiendo a toda prisa el objeto que lo producía, y que la pala había extraído junto con la tierra, exclamó:

—Por mi *bonorr, querrido* mecenas, hemos terminado, de *verras; quierro decirr*, todo cuanto podemos *hacerr* esta noche. —Y miró a un lado y a otro con pavor y cobardía, como para ver de dónde saldría el vengador de su impostura.

—Déjeme verlo —dijo sir Arthur, y luego repitió, con más severidad—: quiero

quedarme satisfecho, juzgaré con mis propios ojos.

Y, de este modo, acercó el objeto a la luz de la antorcha. Era una pequeña caja o cofre (Lovel no podía, a la distancia en que se encontraba, distinguir exactamente la forma), que, a juzgar por la exclamación del baronet al abrirla, estaba llena de monedas.

—Sí —dijo—, ¡esto es de veras un golpe de suerte! Y, si augura un éxito proporcional a nuestra empresa, habrá que acometerla. Esas seiscientas libras de Goldiewords, junto con las demás reclamaciones, me habrían llevado a la ruina. Si usted cree que podemos eludirlas repitiendo este experimento (por ejemplo, cuando vuelva a cambiar la fase de la luna), arriesgaré los ahorros necesarios, sacándolos de donde sea.

—Oh, mi *querrido* mecenas, no hable de todo eso *ahorra* —dijo Dousterswivel —, más bien ayúdeme a *colocarr* la *piedrra* como estaba, y vayámonos de aquí.

Y, de este modo, en cuanto hubieron puesto la piedra de nuevo en su sitio, el adepto acució a sir Arthur, de nuevo confiado a su guía, para que se alejaran de aquel lugar en el que la mala conciencia y los miedos supersticiosos del alemán imaginaban duendes que acechaban detrás de cada columna con objeto de castigar su perfidia.

—¡Habrase visto! —dijo Edie, cuando desaparecieron como sombras a través de la puerta por la que habían entrado—, ¡habrase visto! Pero ¿qué podemos hacer por ese pobre baronet? Aunque manifestó mucho más temperamento del que pensé haber visto en él: por un momento creí realmente que lo atravesaría con su espada; sir Arthur no fue la mitad de valiente en el Delantal de Bessie la otra noche; pero hoy la sangre se le había subido a la cabeza, vaya diferencia. He visto muchos hombres capaces de derribar a otro en un momento de ira, y que no habrían salido tan bien parados de Crummies-horn en esa ocasión. Pero ¿qué vamos a hacer?

—Supongo —dijo Lovel— que el canalla ha vuelto a ganarse su confianza después de este truco, que, incuestionablemente, había planeado de antemano.

—¡Qué! ¿El dinero? Sí, por supuesto. Los que esconden saben bien dónde buscar. Quiere desplumarle hasta la última guinea, y después irse a su país, el muy canalla. Me habría gustado mucho haber salido en el momento crítico y haberle dado un buen golpe con la empuñadura de mi bastón; lo habría tomado por la bendición de uno de los abades muertos. Pero es mejor no apresurarse; más vale maña que fuerza. Ya nos las veremos con él algún día.

—¿Y si informara usted al señor Oldbuck? —preguntó Lovel.

—No sé, no sé. Monkbarns y sir Arthur se parecen sin parecerse. Monkbarns tiene a veces influencia sobre él, y otras veces sir Arthur le hace tan poco caso como el que me haría a mí. Monkbarns tampoco es tan sabio en algunas cosas; se creería que una moneda de cobre que ha encontrado es una antigua moneda romana, o una zanja un campamento, si alguien se toma el trabajo de convencerlo. Yo mismo le he hecho tragarse algún cuento, que Dios me perdone. Pero aun así, no tiene mucha simpatía a sus semejantes; y es mordaz y severo cuando les reprocha a los demás sus

torpezas, como si él no cometiera ninguna. Puede escuchar días enteros historias sobre Wallace, Blind Harry[181], o Davie Lindsay; pero no le hable usted ni de fantasmas ni de hadas, espíritus que vagan por la tierra ni de nada parecido. Casi tira a Caxon por la ventana (y podría haber tirado su mejor peluca tras él) por afirmar que había visto un fantasma en Humlock-knowe. Si lo planteara de ese modo, solo conseguiría enfadar a sir Arthur, y de ahí no se sacaría nada bueno. Ya se ha enfadado dos o tres veces con las obras de las minas; se diría que, cuanto más le advertía Monkbarns, más disfrutaba sir Arthur enterrándose en ellas.

—¿Qué le parecería entonces —dijo Lovel— si informamos a la señorita Wardour de la situación?

—Oh, pobre, ¿qué podría hacer ella para evitar que su padre haga lo que le plazca? Y, además, ¿para qué? Corren rumores sobre esas seiscientas libras, y hay un abogado en Edimburgo que espolea la ley contra sir Arthur para que pague, y, si no puede, quizá tenga que ir a prisión o abandonar el país. Es un hombre desesperado, y se agarra a un clavo ardiendo con tal de escapar de la perdición; así que ¿qué sentido tiene afligir a la pobre muchacha con algo que no puede remediar? Y además, para ser sinceros, no me gustaría revelar el secreto de este lugar. Verá usted, es muy conveniente tener un escondrijo para uno solo; y, aunque puede que ahora no me vea en circunstancias de necesitarlo, y espero por todos los santos que nunca más me haga falta uno, nadie sabe a qué tentación se puede sucumbir; y además, no soporto la idea de que otra persona conozca este sitio. Como se suele decir, guarda una cosa siete años, y ya le encontrarás uso: y quizá necesite la cueva, sea para mí o para otro.

Lovel no podía contradecir con facilidad este argumento —en el que Edie Ochiltree, pese a sus retazos de moralidad y divinidad, parecía tener un interés personal—, pues en ese momento él mismo se estaba beneficiando del secreto que el viejo guardaba tan celosamente.

Este incidente, sin embargo, fue de gran utilidad a Lovel, porque lo distrajo del desgraciado suceso de la tarde, y aumentó de modo apreciable sus energías, que se habían idiotizado en su primera consideración de la calamidad. Concluyó que una herida peligrosa no tenía por qué ser fatal, que él había abandonado la escena antes siquiera de que el cirujano expresara opinión alguna sobre el estado del capitán MacIntyre, y que, aunque ocurriese lo peor, tenía cosas que hacer en la tierra que, si bien no podrían restituirle la paz interior o la sensación de inocencia, le darían un motivo para sobrellevar la existencia, y consagrarla a actos de generosidad. Éstos eran los sentimientos de Lovel cuando, según los cálculos de Edie (que, gracias a un proceso particular de observación de los cuerpos celestes, no precisaba del uso de reloj ni de cronómetro), llegó la hora de salir del escondrijo y dirigirse a la bahía para encontrarse con el lugarteniente Taffril.

Dieron la vuelta por el mismo pasadizo que los había llevado hasta el puesto de observación secreto del prior, y cuando salieron de la caverna, los pájaros anunciaron con su canto que la aurora estaba ya avanzada. La luz y las nubes de color ámbar que

flotaban al final del mar lo confirmaron, en cuanto la salida de la cueva les permitió ver el horizonte. Dicen que la mañana es favorable a las musas, y seguramente tal cualidad se deba al efecto que causa en el ánimo y los sentimientos de los hombres. Incluso a aquellos que, como Lovel, habían pasado la noche en vela, presa de sus angustias, la brisa del alba les trae fuerza y aligera su cabeza y su corazón. Así pues, Lovel, con renovada salud y vigor, atravesó guiado por el leal mendigo las orillas que dividían el valle de Saint Ruth de la costa.

El primer rayo de sol, cuando el brillante disco empezó a surgir del océano, alumbró de lleno el pequeño bergantín que se mecía a lo lejos; un bote estaba ya esperando junto a la orilla del mar, y el propio Taffril, con su capa de marinero, estaba sentado en la popa. Al ver acercarse al mendigo y a Lovel, saltó a tierra.

Les dijo que la herida de MacIntyre era de pronóstico incierto, pero en ningún caso desesperado. Con toda cortesía, mandó discretamente que el equipaje de Lovel fuera llevado al bergantín. Y esperaba que, si Lovel decidía quedarse en la nave, un corto viaje en barco fuera la única consecuencia desagradable del duelo. Por su parte, su tiempo y movimientos estaban en buena parte a disposición del joven, exceptuando la necesaria obligación de permanecer en su puesto.

—Hablaremos de nuestros próximos movimientos —dijo Lovel— cuando subamos a bordo.

Y después, volviéndose hacia Edie, quiso poner algo de dinero en su mano.

—Creo —dijo Edie, mientras se lo devolvía— que la gente o bien se ha vuelto loca, o bien ha hecho votos para aguarme el negocio. Me han ofrecido más oro esta semana de lo que he visto en toda mi vida. Guarde las monedas, amigo, le van a hacer falta, se lo garantizo, y mis vestiduras no son gran cosa, me dan una casaca azul al año, y tantas monedas como años tiene el rey[182], que Dios le bendiga. Usted y yo servimos al mismo propósito, ya lo sabe, capitán Taffril. Estoy provisto de alojamiento, y la comida y la bebida la consigo pidiendo en mis rondas, y, en un momento dado, puedo pasar un día sin ella, puesto que mi principio es no pagar por nada; de modo que el único dinero que necesito es para comprar tabaco y rapé, y un vasito de whisky de vez en cuando los días de calor; no soy uno de esos mendigos beodos. Así que tome su oro y deme un chelín blanco como un lirio.

Edie era, respecto a estos caprichos suyos —en los que percibía una íntima relación con el honor de su profesión de vagabundo—, tan firme que no lo conmovían ni la retórica ni la súplica; así que Lovel se vio obligado a reembolsarse el botín, y se despidió del mendigo con un amistoso apretón de manos y la expresión de su cordial gratitud por los importantes favores prestados, así como con la petición de que guardara en secreto lo que aquella noche habían presenciado.

—No necesita dudarlo —dijo Ochiltree—; nunca cuento lo que veo en esa cueva, y he visto cosas muy extrañas.

El bote se fue. El anciano lo siguió con la mirada mientras se alejaba gracias al impulso de seis fornidos remeros, y Lovel lo distinguió mientras agitaba su gorro azul

en señal de despedida antes de darse la vuelta y empezar a andar por la arena como si reanudara sus acostumbrados paseos.

Capítulo XXII

ʳmondous, en su encierro, se cree muy sabio,
íe de los peligros y peripecias ajenos;
tierras se han esfumado buscando oro,
crisol de sus esperanzas se ha roto por segunda vez,
ɔ aun así, si la tercera hornada sale buena,
vertirá todas sus ollas y sartenes en oro.

Antigua obra[183]

Alrededor de una semana después de las aventuras relatadas en nuestro último capítulo, el señor Oldbuck descubrió al bajar a la sala del desayuno que las mujeres no estaban dedicadas a sus tareas, su tostada estaba sin preparar, y que la jarra de plata que destinaba a sus libaciones de cerveza *mum* no estaba debidamente aireada para recibirlas.

«¡Este maldito muchacho de cerebro calenturiento! —se dijo—; ahora que empieza a estar fuera de peligro, no puedo tolerar más esta vida. Todo está patas arriba, parece que se hubiera proclamado una saturnal generalizada en mi ordenada y pacífica familia. Llamo a mi hermana, y no contesta. Vuelvo a llamar, grito, invoco a quienes viven conmigo con más nombres de los que los romanos dieron a sus deidades y, al final, Jenny, cuya estridente voz llevo escuchando media hora hablando con tono cantarín en las regiones tartáreas de la cocina, se digna escucharme y responderme, pero sin subir, de modo que la conversación debe continuar a pleno pulmón.»

Y aquí reanudó sus gritos.

—Jenny, ¿dónde está la señorita Oldbuck?

—La señorita Grizzy está en la sala del capitán.

—Mmm… Lo suponía. Y ¿dónde está mi sobrina?

—La señorita Mary está preparándole el té al capitán.

—Mmm… También lo suponía. Y ¿dónde está Caxon?

—Ha ido a la ciudad a por la escopeta del capitán y su perro de caza.

—Y ¿quién diablos va a peinar y empolvar mi peluca, majadera? Si sabías que la señorita Wardour y sir Arthur iban a venir justo después del desayuno, ¿por qué has dejado que Caxon se fuera a hacer un recado tan estúpido?

—¡Yo! ¿Cómo podría yo impedírselo? ¿Querría el señor que contradijéramos al capitán, cuando quizá esté al borde de la muerte?

—¡Al borde de la muerte! —exclamó alarmado el anticuario—. ¡Eh! ¿Qué ocurre? ¿Está peor?

—No, no está peor que yo sepa.[184]

—Entonces debe de estar mejor, y para qué quiere una perra y una escopeta, sino para destrozar mis muebles, asaltar mi despensa y quizá darle un susto al gato con la

una y dispararle a alguien en la cabeza con la otra. Ya ha tenido bastantes escopetas y armas de momento, creo.

En este momento la señorita Oldbuck entró en la sala por la puerta por la que su hermano tenía esta conversación, gritándole a Jenny desde arriba, y ella a su vez respondiéndole a voces desde abajo.

—Querido hermano —dijo la vieja señora—, te vas a quedar ronco como un cuervo de tanto gritar. ¿Te parece que hay que dar esas voces cuando tenemos a un enfermo en casa?

—Palabra de honor que el enfermo tiene la casa entera para él; me voy sin desayunar, y me veo yéndome sin peluca; y no debo, supongo, decir que tengo hambre o frío, por miedo a molestar al caballero encamado que yace seis aposentos más allá, y que se siente lo bastante bien para mandar a buscar su perra y su escopeta, aunque sabe que detesto tales accesorios desde que nuestro hermano mayor, el pobre Williebald, dejó este mundo con los pies húmedos en la ciénaga de Kittlefitting. Pero eso es lo de menos; supongo que se espera de mí que de vez en cuando eche una mano para sacar al caballero Hector de su lecho, mientras él satisface sus aficiones deportivas matando mis palomas, o mis pavos; creo que ninguna de las *feræ naturæ*[185] estará a salvo de él por un tiempo.

Entró en ese momento la señorita MacIntyre, la cual, en cumplimiento de sus usuales faenas mañaneras, empezó a preparar el desayuno de su tío, con la viveza de quien sabe que se ha retrasado, y está ansioso por recuperar el tiempo perdido… algo que no bastó para salvarla.

—Ten cuidado, estúpida mujer, esa cerveza está demasiado cerca del fuego, va a estallar la botella; imagino que estás intentando reducir la tostada a cenizas como ofrenda a Juno, o como se llame ese perro hembra con nombre de Panteón que tu sabio hermano ha pedido, en sus primeros momentos de madura reflexión, como huésped digno de mi casa (se lo agradezco), y para aumentar el número de mujeres que lo rodean en esta morada.

—Querido tío, no se enfade por la pobre spaniel; ha estado atada en las habitaciones de mi hermano en Fairport, y en dos ocasiones ha roto la cadena para venir corriendo hasta él; ¿no querría que echáramos a golpes de la casa a la pobre bestia? Lloriquea como si supiera de las desventuras de Hector, y apenas se mueve de la puerta de su habitación.

—¡Cómo! —dijo su tío—. Pero si me han dicho que Caxon había ido a Fairport a buscar su escopeta y su perra.

—Oh, no, querido señor —respondió la señorita MacIntyre—, fue a por algunas prendas de vestir que faltaban, y Hector solo quería que cogiera su escopeta, ya que iba a ir a Fairport de todos modos.

—Bien, entonces no es un asunto tan estúpido, si tenemos en cuenta la majadería de las mujeres que lo han organizado. ¿Prendas de vestir, has dicho? Y ¿quién va a arreglarme la peluca? Supongo que Jenny se ocupará de adecentarla —continuó el

viejo solterón mirándose en el espejo—. Desayunemos, pues, con apetito. Bien podría decirle yo a Hector, como sir Isaac Newton le dijo a su perro Diamond, cuando el animal (detesto los perros) arrojó el candil sobre los cálculos que habían ocupado al filósofo veinte años y destrozó todo el material: «¡Diamond, Diamond, no sabes el destrozo que has ocasionado!».

—Le aseguro, señor —respondió su sobrina—, que mi hermano es bastante consciente de la rudeza de su comportamiento, y admite que el del señor Lovel, en cambio, fue excelente.

—Y bien que hará, teniendo en cuenta que el pobre ha tenido que marcharse de la región. Te digo, Mary, que el entendimiento de Hector, más aún que el de las mujeres, es incapaz de comprender la pérdida que ha infligido a la edad actual y a la posteridad (*aureum quidem opus*[186]): un poema sobre tan hermoso asunto, con notas ilustrativas de todo lo que está claro y todo lo confuso, y todo lo que ni está claro ni es confuso, sino que flota en la sombría zona de la antigüedad caledonia habría hecho volver la cabeza a los panegiristas celtas. Fingal, como erróneamente llaman a Fin-MacCoul, se habría desvanecido ante mi investigación como el espíritu de Loda[187]. Tal oportunidad difícilmente se volverá a brindar a un hombre viejo y lleno de canas, y ¡perderla por culpa del alocado corazón de un impetuoso joven! Pero me resigno. ¡Que se haga la voluntad de Dios!

Así continuó el anticuario (divagando, como decía su hermana), durante todo el desayuno, y, pese al azúcar, la miel y todas las comodidades de una mesa escocesa, sus reflexiones consiguieron amargar a quienes las escuchaban. Pero bien conocían la naturaleza del hombre.

—Los ladridos de Monkbarns —decía la señorita Griselda Oldbuck, cuando habla en privado con la señorita Rebecca Blattergowl— son mucho peores que sus mordiscos.

En realidad, el señor Monkbarns había conocido un tremendo sufrimiento interior mientras su sobrino estaba en verdadero peligro, y ahora se sentía libre, ya que había recobrado la salud, de expresar sus quejas por las molestias que le había causado, y la interrupción de su trabajo de anticuario. Puesto que su sobrina y su hermana, sin embargo, lo escuchaban en respetuoso silencio, él descargaba su malhumor refunfuñando como se ha dicho, derrochando sarcasmos contra mujeres, soldados, perros y escopetas, todos ellos complemento de bullicios, discordias y tumultos, hacia los cuales profesaba la más abominable aversión.

Esta expectoración de fastidio fue repentinamente interrumpida por el ruido de un carruaje; entonces, deshaciéndose de toda hosquedad, Oldbuck corrió escaleras arriba con agilidad para volverlas a bajar acto seguido, pues ambas operaciones eran necesarias antes de poder recibir a la señorita Wardour y a su padre en la puerta de la mansión.

Ambas partes se saludaron con cordialidad. Sir Arthur, aludiendo a sus cartas y mensajes anteriores, pidió información particular del estado de salud del capitán

MacIntyre.

—Mejor de lo que se merece —fue la respuesta—, mejor de lo que se merece, por molestarnos con sus querellas, y romper la paz de Dios y del rey.

El joven caballero había sido imprudente, dijo sir Arthur, pero consideraba que estaban en deuda con él por advertirlos del carácter sospechoso del joven Lovel.

—No más sospechoso que él —respondió el anticuario, en una ardiente defensa de su favorito—; el joven fue un poco testarudo e imprudente al negarse a responder al impertinente interrogatorio de Hector, nada más. Pero debe saber, sir Arthur, que Lovel sabe muy bien cómo elegir a sus confidentes. Sí, señorita Wardour, míreme cuanto quiera, pero es bien cierto; fue a mí a quien confió la causa secreta de su residencia en Fairport. Y yo no habría dejado piedra sin remover para ayudarlo en su propósito.

Al oír tan magnánima declaración del viejo anticuario, la señorita Wardour cambió de color más de una vez, y apenas podía creer lo que oía. Porque de todos los confidentes que se hubieran podido elegir en cuestiones amorosas (pues de tales asuntos creía ella que se trataba), Monkbarns parecía, junto a Edie Ochiltree, el más torpe e impensable; y no podía más que admirarse o incomodarse ante la extraordinaria combinación de circunstancias que habían desvelado un secreto de naturaleza tan delicada a personas tan poco indicadas para custodiarlo. Así pues, temía el modo en que Oldbuck sacaría el asunto delante de su padre, pues ésa era su intención, no cabía duda. Sabía bien que el honrado caballero, aunque vehemente en sus prejuicios, no tenía demasiada simpatía por los de los demás, y temía una desagradable explosión ante el *éclaircissement*[188] que pudiera darse entre ellos. Así pues, sintió un gran nerviosismo al oír que su padre solicitaba una conversación en privado y ver a Oldbuck levantarse de buena gana y señalar el camino hacia la biblioteca. Ella se quedó atrás e intentó charlar con las señoras de Monkbarns, pero con los inquietos sentimientos de Macbeth al verse obligado a disimular su mala conciencia, escuchar y responder a las observaciones de los barones presentes en la tormenta de la noche anterior, mientras toda su alma espera de un momento a otro que quienes han entrado en los aposentos de Duncan[189] alerten del asesinato. Pero la conversación de los dos virtuosos giró en torno a un tema muy distinto al que la señorita Wardour se temía.

—Señor Oldbuck —dijo sir Arthur, cuando, tras algunas ceremonias, se hubieron sentado en el sanctasanctórum del anticuario—, a usted, que sabe tanto de los asuntos de mi familia, quizá le sorprenda la pregunta que voy a formularle.

—Bien, sir Arthur, si se trata de dinero, lo siento mucho, pero…

—En efecto, se trata de asuntos de dinero, señor Oldbuck.

—Entonces, de veras, sir Arthur —continuó el anticuario—, en el presente estado del mercado, y con las acciones tan bajas…

—No me entiende, señor Oldbuck —dijo el baronet—; querría pedirle consejo sobre la inversión de una enorme suma de dinero.

—¡Demonios! —exclamó el anticuario; y, consciente de que su involuntaria interjección de sorpresa no entraba dentro de la corrección, procedió a mejorarla expresando su alegría de que sir Arthur tuviera en su poder una suma de dinero que invertir cuando la situación era tan mala—. Y, en cuanto a su uso, la cotización de los fondos es baja en este momento, y hay buenas ofertas de tierra que pueden aprovecharse. Pero ¿no debería empezar por liquidar alguna deuda? Está la cantidad de la fianza, y los tres pagarés —continuó, sacando del cajón derecho de su escritorio una agenda roja, cuya simple vista desagradó sobremanera a sir Arthur, a raíz de sus pasadas experiencias con ella—, que con los intereses ascienden a… déjeme ver…

—Alrededor de mil libras —dijo apresuradamente sir Arthur—, me comunicó usted el importe el otro día.

—Pero se añade otro plazo de intereses desde entonces, sir Arthur, que nos hace un total de, si no me equivoco, mil ciento trece libras, siete chelines, cinco peniques, y tres cuartos de penique esterlino. Pero compruébelo usted mismo.

—Me atrevo a decir que está usted en lo cierto, querido señor —dijo el baronet, mientras apartaba de un manotazo el libro, como quien rechaza la anticuada cortesía que le empuja a comer tras haber engullido hasta las náuseas—, completamente en lo cierto, me atrevo a decir; y, en el plazo de tres días o menos tendrá usted la cantidad completa, es decir, si la acepta usted en lingotes.

—¡Lingotes! Supongo que habla usted de plomo. ¡Qué diablos! ¿Hemos encontrado por fin la veta? Pero ¿qué puedo hacer con más de mil libras de plomo? Los antiguos abades de Trotcosey podrían haber techado la iglesia y el monasterio con él, cierto, pero en mi caso…

—Cuando hablo de lingotes —dijo el baronet—, hablo de metales preciosos, de oro y plata.

—¿De veras? Y ¿de qué El Dorado piensa importar el tesoro?

—De uno no muy lejano —dijo sir Arthur con importancia—. Y, ahora que lo pienso, será usted testigo de todo el proceso, con una pequeña condición.

—Y ¿cuál es? —rogó el anticuario.

—Bien, será necesario que me proporcione una amistosa ayuda mediante el préstamo de alrededor de cien libras.

El señor Oldbuck, que estaba mentalmente acariciando la cantidad principal y los intereses de una deuda que durante mucho tiempo había dado casi por perdida, quedó tan asombrado de que las tornas cambiaran tan repentinamente en su contra que solo pudo repetir, en un tono de aflicción y sorpresa, las palabras:

—¡Prestarle cien libras!

—Sí, buen amigo —continuó sir Arthur—, pero con la mayor seguridad posible de que le serán reembolsadas en el curso de dos o tres días.

Se hizo una pausa; o bien la mandíbula de Oldbuck aún no había recobrado su posición original, para ser capaz de murmurar una negativa, o bien su curiosidad lo obligaba a guardar silencio.

—No le propondría —continuó sir Arthur— que me hiciera ese favor si no dispusiera de pruebas fehacientes de la realidad de esas esperanzas. Y le aseguro, señor Oldbuck, que mi propósito al tratar tan abiertamente este asunto es hacer gala de mi confianza en usted, y de mi reconocimiento a la amabilidad que ha demostrado en anteriores ocasiones.

El señor Oldbuck expresó su agradecimiento, pero puso el mayor cuidado en evitar cualquier compromiso de ayuda futura.

—El señor Dousterswivel ha descubierto… —dijo sir Arthur.

En este momento explotó el señor Oldbuck.

—Sir Arthur —interrumpió, echando chispas por los ojos—, le he advertido en tantas ocasiones de la vileza de ese canalla, ese granuja, que realmente me sorprende que lo saque a relucir.

—Pero escuche, escuche —interrumpió sir Arthur a su vez—, no le perjudicará. En resumen, Dousterswivel me convenció para presenciar un experimento que había hecho en las ruinas de Saint Ruth, y ¿qué cree que encontramos?

—Otra fuente de agua, supongo, cuya ubicación y origen el bellaco había comprobado previamente.

—No. Un cofre de oro y monedas de plata; aquí están.

Y sir Arthur extrajo de su bolsillo un gran cuerno de carnero, con una tapa de cobre, que guardaba una considerable cantidad de monedas, en su mayor parte de plata, pero mezcladas con algunas de oro. Los ojos del anticuario brillaron al extenderlas con ansia sobre la mesa.

—¡En efecto, monedas escocesas, inglesas y extranjeras, de los siglos XV y XVI, y algunas de ellas *rari, et rariores, etiam rarissimi*[190]! Aquí está el gorro de Jacobo V, el unicornio de Jacobo II, y, sí, el testón de oro de la reina María, con su efigie y la del delfín. Y ¿esto lo encontraron en las ruinas de Saint Ruth?

—Por supuesto. Lo vi con mis propios ojos.

—Bien —respondió Oldbuck—, pero debe decirme cuándo, cómo y dónde.

—Cuándo —respondió sir Arthur— fue a medianoche, la pasada luna llena; dónde, como ya le he dicho, en las ruinas del priorato de Saint Ruth; cómo, en un experimento nocturno de Dousterswivel, en el que le acompañaba solo yo.

—¡De veras! —dijo Oldbuck—. Y ¿a qué medios recurrieron para descubrirlo?

—Una simple sufumigación —dijo el baronet—, y aprovechar la hora planetaria adecuada.

—¿Una simple sufumigación? ¿Simple fanfarrón? ¡Hora planetaria, paparruchas planetarias! *Sapiens dominabitur astris*[191]. Querido sir Arthur, ese hombre le ha tomado el pelo, le ha tomado tanto el pelo que le ha dejado la cabeza más pelada que Halket-Head.

—Bien, señor Oldbuck, le agradezco su opinión indiferente sobre mi discernimiento; pero supongo que me dará crédito cuando aseguro que he visto lo que digo que vi.

—Ciertamente, sir Arthur —dijo el anticuario—; al menos hasta el punto de reconocer que sir Arthur Wardour no dice que vio otra cosa que lo que creyó ver.

—Bien, pues —replicó el baronet—, por el cielo que está sobre nosotros, señor Oldbuck, vi, con mis propios ojos, cómo sacaba estas monedas del coro de Saint Ruth a medianoche. Y, en cuanto a Dousterswivel, pese a que el descubrimiento se debe a su ciencia, para serle sincero, no creo que hubiese tenido la firmeza de llevarlo a cabo si no hubiese estado yo a su lado.

—¿Sí? ¿De veras? —dijo Oldbuck, en el tono de quien quiere conocer el final de una historia antes de hacer ningún comentario.

—Sí, de veras —continuó sir Arthur—, le aseguro que estaba muy atento. Oímos, eso es cierto, unos ruidos muy extraños que provenían de las ruinas.

—¿Sí? —dijo Oldbuck—. ¿Había un cómplice escondido, pues?

—En absoluto —dijo el baronet—; los ruidos, aunque de carácter sobrenatural y horrible, se parecían más a los de un hombre que estornudara violentamente que a otra cosa, aunque también oí un profundo lamento; y Dousterswivel me aseguró que había visto al espíritu Peolphan, el gran Cazador del Norte (búsquelo en su Nicolaus Remigius, o en su Petrus Thyraeus[192], señor Oldbuck), que imitó el movimiento de tomar rapé y sus efectos.

—Estas indicaciones, aunque sea extraño que procedan de tal personaje, parecen ser *à propos* con el asunto —dijo el anticuario—; pues verá usted que la caja que guarda las monedas tiene toda la apariencia de ser un antiguo molinillo de rapé. Y ¿siguieron adelante, pese al terror de los estornudos demoniacos?

—Pues creo que un hombre de inferior sensatez o consecuencia habría abandonado, pero me temía una impostura, y era consciente de que era mi deber como cabeza de familia observar valentía ante cualquier eventualidad, así que obligué a Dousterswivel, con amenazas reales y violentas, a proceder con lo que estaba a punto de hacer; y, señor, la prueba de su habilidad y honradez es este montón de monedas de oro y plata, de las cuales le ruego que elija las que más convengan a su colección.

—Bien, sir Arthur, puesto que muestra tanta generosidad, y con la condición de que me permita establecer su valor según el catálogo y el criterio de Pinkerton[193] y descontarlo de su cuenta en el libro rojo, elegiré con mucho gusto…

—No —dijo sir Arthur Wardour—, no pretendo que las considere más que un amistoso regalo, y aún menos confiaría en la valoración de su amigo Pinkerton, que ha impugnado la autoridad antigua y digna de confianza sobre la que se asentaba el crédito de las antigüedades escocesas como sobre venerables pilares cubiertos de musgo.

—Supongo —replicó Oldbuck— que se refiere a John Mair y Hector Boece[194], los Jaquín y Boaz[195], no de la historia, sino de la falsificación y del fraude. Y, pese a todo lo que me ha contado, considero que su amigo Dousterswivel es tan apócrifo como cualquiera de ellos.

—Bien, entonces, señor Oldbuck —dijo sir Arthur—, para no revivir viejas rencillas, supongo que piensa usted que porque creo en la historia antigua de mi país no tengo ni ojos ni oídos para comprobar qué acontecimientos reales se producen ante mí.

—Discúlpeme, sir Arthur —replicó el anticuario—; pero, a mi entender, todo el despliegue de terror que este honorable caballero, su ayudante, eligió exhibir ante usted no es más que una parte de sus trucos o misterios. Y, con todo el respeto a las monedas de oro o de plata, su procedencia y cronología están tan mezcladas que no puedo conceder que formen parte de un tesoro genuino, y más bien pienso que, como el dinero sobre la mesa del abogado de Hudibras, es

ero colocado para ostentar,
o señuelo para convencer clientes
or sus falsas opiniones hacerles pagar.

»Es el truco de todas las profesiones, querido sir Arthur. Por favor, ¿le importaría decirme cuánto le costó este descubrimiento?

—Alrededor de diez guineas.

—Y ha ganado usted el equivalente a veinte en metal real, y aún más a los ojos de los necios como nosotros, que estamos dispuestos a pagar por nuestra curiosidad. Esto le otorga una tentadora ganancia en este primer intento, debo admitirlo. Y ¿cuál es la siguiente aventura que propone?

—Ciento cincuenta libras; le he dado un tercio del dinero, y pensé que era probable que me ayudara usted con lo restante.

—Diría que éste no es su último truco; no tiene el peso y la importancia suficientes. Posiblemente nos deje ganar esta mano también, como los tahúres manejan a un novato. Sir Arthur, supongo que cree usted que le ayudaré.

—Por supuesto, señor Oldbuck; creo que mi confianza en usted en estas ocasiones no deja lugar a dudas.

—Bien, entonces permítame hablar con Dousterswivel; si el préstamo puede serle a usted favorable, entonces no le faltará; pero, si, como creo puedo recuperar el tesoro por usted sin hacer tal préstamo, presupongo que no tendrá objeción.

—Sin duda, no puedo tener ninguna.

—¿Dónde está, pues, Dousterswivel? —continuó el anticuario.

—Para serle franco, está abajo, en mi carruaje. Pero, sabedor de los prejuicios que usted alberga en su contra…

—Gracias a Dios, no tengo prejuicios contra ningún hombre, sir Arthur: son los sistemas, no los individuos, los que merecen mi reprobación. —Agitó la campanilla —. Jenny, sir Arthur y yo presentamos nuestros respetos al señor Dousterswivel, el caballero que está en el carruaje de sir Arthur, y le rogamos que nos dispense el placer de hablar con él aquí.

Jenny salió y llevó el mensaje. Introducir al señor Oldbuck en el supuesto

misterio no formaba ni por asomo parte del plan del señor Dousterswivel. Había confiado en que sir Arthur obtendría el préstamo sin discusiones sobre en qué iba a emplearse, y solo esperaba abajo con la intención de hacerse lo más pronto posible con el dinero, pues preveía que su carrera se acercaba a su fin. Pero, cuando lo llamaron en presencia de sir Arthur y el señor Oldbuck, decidió valientemente confiar en su capacidad de engaño, en la que, como el lector ya habrá observado, su naturaleza era generosa.

Capítulo XXIII

Y ¿tu compadre es ese doctor sucio de hollín y con la barba ahumada, que abarrota de oro la redoma y, en un descuido, la cambia por otra llena de mercurio sublimado que, bien calentada, estallará para que todo se transforme en humo?

El alquimista[196]

—¿Cómo está, *señorr* Oldenbuck? *Esperro* que su joven *caballerro*, el capitán MacIntyre, se esté reponiendo. ¡Ah! Es mal asunto que los jóvenes *caballerros* se dediquen a *meterr* balas de plomo en el *cuerrpo* de los *otrros*.

—Todas las peripecias relacionadas con el plomo son arriesgadas, señor Dousterswivel; pero me alegro de enterarme —contestó el anticuario—, por mi amigo sir Arthur, de que ha emprendido usted un negocio mejor, y se ha convertido en descubridor de oro.

—Ah, *señorr* Oldenbuck, mi *generroso* y *honorrable* mecenas no *deberría haberr* dicho ni una *palabrra sobrre* ese asuntillo; *porrque*, aunque tengo confianza, *porr* supuesto, en la *prrudencia* y la *discrreción* del *señorr* Oldenbuck, y en la *grran* amistad que *prrofeso* a *sirr Arthurr*, aun así, ¡cielos!, es un *secrreto onerroso*.

—Más oneroso que los metales que obtendremos mediante él, me temo —respondió Oldbuck.

—Eso es solo hasta que tenga la fe y la paciencia *parra* el *grran experrimento*. Si se une usted a *sirr Arthurr*, que ha puesto ciento cincuenta, (*mirre*, hay ciento cincuenta en el vil billete del banco de *Fairrporrt*) y pone usted *otrros* ciento cincuenta en viles billetes, *tendrrá* usted *orro* y plata, no puedo *decirrle* cuánto.

—Ni nadie puede decirlo por usted, supongo —dijo el anticuario—. Pero fíjese, señor Dousterswivel: suponga que, sin molestar al mismo espíritu de los estornudos con más sufumigaciones, fuéramos todos juntos, a la luz del día y bajo la protección de nuestra buena conciencia, sin más herramientas de conjuro que unas buenas y sólidas piquetas y palas, y excaváramos el área del coro de las ruinas de Saint Ruth, de un extremo a otro, y así comprobáramos la existencia del supuesto tesoro, sin tomarnos más trabajo. Las ruinas pertenecen al propio sir Arthur, así que no hay objeción alguna por ese lado. ¿Cree que podríamos de este modo llevar a buen término nuestra empresa?

—¡Bah! Así no *encontrarrá* ni un dedal de *cobrre*. *Perro sirr Arthurr* puede *hacerr* lo que desee… Yo le he *mostrrado* que es posible, muy posible, *conseguirr* la suma que *requierre*. Le he *prresentado* el *experrimento* real. Si no le place *creerrlo, señorr* Oldenbuck, a Herman Dousterswivel le da igual; solo *pierrde* usted el *dinerro*, el *orro* y la plata, y ya está.

Sir Arthur Wardour miró intimidado a Oldbuck, que ejercía no poca influencia en sus sentimientos, especialmente si estaba presente, pese a sus frecuentes divergencias de parecer. En realidad, el baronet sentía, aunque no lo habría admitido de buen

grado, que su genio se veía depuesto ante el del anticuario. Lo respetaba por su carácter astuto, agudo y sarcástico, temía su sátira, y otorgaba confianza a la firmeza general de sus opiniones. Así pues, lo miró como si le pidiera permiso antes de dejarse llevar por la credulidad. Dousterswivel vio que estaba en peligro de perder a su víctima, a no ser que fuera capaz de causar una impresión favorable en su consejero.

—Sé, mi buen *señorr* Oldenbuck, que es una vanidad *hablarrle* a usted de *espírritus* y demonios. *Perro observve* este *currioso cuerrno*; sé que conoce usted *curriosidades* de todos los países, y cómo el *grran cuerrno* de *Oldemburrgo*[197], que aún se *conserrva* en el museo de Copenhague, fue *ofrrecido* al duque de *Oldemburrgo porr* un *espírritu* femenino del bosque. No *podrría*, pues, *engañarrle* aunque *quisierra*, pues conoce usted todas las *curriosidades*; y aquí está el *cuerrno*, lleno de monedas. Si *fuerra* una caja o un *cofrre*, no le *dirría* nada.

—El hecho de que sea un cuerno —dijo Oldbuck— refuerza de veras su argumento. Fue una herramienta de adorno de la naturaleza, y por ello muy usada entre las naciones toscas, aunque, quizá, la frecuencia de los cuernos, en su sentido metafórico, sea proporcional al progreso de la civilización. —Y añadió, frotándolo contra su manga—: Y este cuerno de aquí es una reliquia curiosa y venerable, y sin duda estaba pensado para ser una cornucopia o cuerno de la abundancia para alguien; pero lo dudoso es si lo será para el adepto o su mecenas.

—Bien, *señorr* Oldenbuck, veo que sigue desconfiando; *perro penmítame asegurarrle* que los monjes entendían el *magisterrium*.

—No hable tanto del *magisterium*, señor Dousterswivel, y piense un poco en los magistrados. ¿Está usted al corriente de que su profesión va en contra de las leyes de Escocia, y de que tanto sir Arthur como yo formamos parte de la comisión de jueces de paz?

—¡Cielo santo! Y ¿qué relación tiene eso conmigo, que estoy intentando *hacerrles* todo el bien que puedo?

—Bien, debe usted saber que, cuando la legislatura abolió las leyes contra la brujería, no albergaba la esperanza de destruir los sentimientos supersticiosos de la humanidad en cuyas quimeras se fundaba; y, para evitar que esos sentimientos fueran manipulados por personas arteras e intrigantes, se incluyó en el capítulo quinto del decreto nono de Jorge II que quien pretenda, alegando conocimiento de ciencias ocultas, descubrir bienes perdidos, robados u ocultos, será condenado a la picota y a prisión, por impostor.

—Y ¿eso dicta la ley? —preguntó Dousterswivel, presa de agitación.

—Mire el texto usted mismo —respondió el anticuario.

—Entonces, *caballerros*, me *despedirré* de ustedes, sencillamente; no tengo ningún deseo de que me pongan en la picota, no es el *mejorr* modo de *tomarr* el *airre*, y tampoco tengo ningún deseo de *entrarr* en sus *prrisiones*, donde uno no puede *tomarr* el *airre*.

—Si es lo que desea, señor Dousterswivel —dijo el anticuario—, le conmino a no moverse de donde está, pues no puedo dejarle ir más que en compañía de un alguacil; y, además, espero que nos acompañe en este momento a las ruinas de Saint Ruth, y nos señale el lugar donde propone usted encontrar el tesoro.

—¡*Porr* todos los santos, *señorr* Oldenbuck! ¡Qué *trrato* dispensa a su viejo amigo, si le estoy diciendo más *clarro* que el agua que, si va *ahorra*, no *conseguirrá* más *tesorro* que una *desprreciable* moneda de seis peniques!

—Aun así, lo intentaré, y usted será tratado según lo que consiga… Siempre que sir Arthur lo permita.

Sir Arthur, durante este examen, parecía enormemente avergonzado, y, para decirlo con una frase popular pero expresiva, con el rabo entre las piernas. El obstinado descreimiento de Oldbuck le llevaba a sospechar de la impostura de Dousterswivel, y el modo en que el adepto se defendía era menos resuelto de lo que él esperaba. Sin embargo, no lo abandonó por completo.

—Señor Oldbuck —dijo el baronet—, le hace poca justicia al señor Dousterswivel. Ha hecho el descubrimiento gracias a su arte, y a la aplicación de caracteres descriptivos de la Inteligencia que preside la hora planetaria en la que se lleve a cabo el experimento; y usted le exige que proceda, bajo amenaza de recibir castigo, y sin permitirle los preliminares que él considera indispensables para consumar su tarea.

—No he dicho eso exactamente; solo le he pedido que esté presente cuando hagamos la búsqueda, y que no se marche mientras tanto. Me temo que es usted más inteligente que las Inteligencias de las que habla, y que lo que está ahora escondido en Saint Ruth podría desaparecer antes de que nosotros lleguemos.

—Bien, *caballerros* —dijo Dousterswivel con hosquedad—, no *opondrré* resistencia a *irr* con ustedes, *perro* les digo de antemano que no *encontrarrán* nada que *merrezca* el paseo.

—Lo someteremos a un juicio justo —dijo el anticuario; y mientras llamaban al coche del baronet, la señorita Wardour recibió un comunicado de su padre para que esperara en Monkbarns hasta su regreso. A la joven le costaba trabajo encajar este mandato con la comunicación que ella suponía que se había producido entre sir Arthur y el anticuario; pero se veía obligada, de momento, a permanecer en la mayor de las incertidumbres.

El viaje de los buscadores de tesoros fue bastante melancólico. Dousterswivel guardó un mohíno silencio, mientras meditaba sobre las expectativas incumplidas y el riesgo del castigo; sir Arthur, cuyos sueños dorados se habían esfumado gradualmente, consideraba sombrío las inminentes dificultades de la situación; y Oldbuck, que sabía que su intervención en los asuntos de su vecino daba a sir Arthur el derecho a esperar una ayuda real y eficaz, sopesaba con tristeza hasta qué punto sería necesario abrir su cartera. Así pues, sumidos todos en sus propias reflexiones desagradables, apenas pronunciaron una palabra hasta que llegaron Las Cuatro

Herraduras, como rezaba el letrero de la pequeña pensión. Allí se procuraron la ayuda y las herramientas necesarias para cavar, y, mientras estaban ocupados con estos preparativos, se les unió repentinamente el viejo Edie Ochiltree.

—¡Que Dios bendiga a los ilustres señores —saludó el casaca azul, con su gimoteo particular de mendigo—, y les dé larga vida! Me complace saber que el capitán MacIntyre estará de nuevo en pie. Piensen hoy en su pobre *bedesman*[198].

—¡Ah, buena pieza! —respondió el anticuario—. No has venido a Monkbarns desde que corres peligro por tierra y por mar. Aquí tienes para comprar rapé.

Y, hurgando en busca de su cartera, sacó al mismo tiempo el cuerno de las monedas.

—Sí, y ahí hay algo para guardarlo —dijo el mendigo, echando una ojeada al cuerno de carnero—; ese recipiente es un viejo conocido mío. Podría reconocer ese cuerno de tabaco entre cientos; lo llevé muchos años, hasta que se lo cambié por esta lata al viejo George Glen, el pocero y constructor de embalses, cuando se le antojó en el Glen-Withershins.

—¿De veras? —dijo Oldbuck—. Así que ¿se lo cambiaste a un minero? Pero apuesto a que nunca lo habías visto tan lleno.

Y lo abrió para enseñarle las monedas.

—Cierto, podría jurarlo, Monkbarns; mientras fue mío nunca tuvo dentro más de seis peniques de rapé. Pero me imagino que usted cree que es una antigüedad, como ha creído que lo eran muchas otras cosas. Dios, ojalá alguien hiciera de mí una antigüedad; pero muchos encontrarán más valor en trozos de cobre tostado y cuernos y hierro que en un viejo semejante de su mismo país.

—Ahora puede adivinar —dijo Oldbuck, volviéndose hacia sir Arthur— a qué buenos oficios se confió usted la otra noche. Rastrear esta cornucopia suya hasta un minero es como traerla bastante cerca de un amigo nuestro; espero que tengamos el mismo éxito esta mañana sin pagar por él.

—Y ¿hacia dónde se dirigen los señores —dijo el mendigo— con los picos y las palas? Éste debe de ser alguno de sus trucos, señor Monkbarns: será para sacar algo de las tumbas de los monjes antes del juicio final. Pero, con su permiso, los seguiré para ver qué resulta de esto.

No tardaron en encontrarse en las ruinas del priorato, y se detuvieron al llegar al presbiterio para considerar qué rumbo debían seguir. El anticuario, mientras tanto, se dirigió al adepto.

—Por favor, señor Dousterswivel, ¿cuál es su opinión en la materia? ¿Tendremos más probabilidades si cavamos desde el este hacia el oeste, o desde el oeste hacia el este? O ¿nos va a ayudar con el vial de rocío de María, o con su varilla de zahorí de escoba de bruja? O ¿tendrá la bondad de obsequiarnos con un par de rimbombantes y jactanciosos términos de arte que, si fracasan en nuestra actividad actual, podrán al menos serles útiles a los que no tienen la suerte de ser licenciados, para que adormezcan con ellos a sus hijos?

—*Señorr* Oldenbuck —dijo Dousterswivel con obstinación—, ya le he dicho que no *podrrá llevarr* a cabo ninguna *emprresa*, y *encontrarré* un modo de *agradecerrle* todas sus atenciones conmigo, vaya si lo *harré*.

—Si los señores están pensando en levantar el suelo —dijo el viejo Edie— y quieren el consejo de un pobre viejo, yo empezaría por esa gran piedra que tiene un hombre de espaldas grabado en ella.

—Yo, personalmente, tengo razones para aprobar ese plan —dijo el baronet.

—Y yo no tengo nada en contra —dijo Oldbuck—; no era poco frecuente esconder tesoros en las tumbas de los fallecidos; pueden citarse muchos ejemplos, empezando por Bartholinus[199].

La losa, la misma bajo la cual habían encontrado las monedas sir Arthur y el alemán, fue de nuevo apartada, y la tierra dejó entrar la pala con facilidad.

—Eso es tierra removida —dijo Edie—, es muy fácil cavar. Lo sé bien, pues trabajé un verano con el viejo Will Winnet, el enterrador, y cavé más de una tumba en mis días; pero lo dejé en invierno, porque era un trabajo muy frío; luego vino una navidad cálida, y el viejo se murió de repente… Ya saben, una navidad cálida alimenta el cementerio, como dice el proverbio, y yo nunca he podido aguantar mucho en un trabajo, así que me fui y dejé que Will cavara solo su última morada.

Los excavadores habían avanzado lo suficiente en sus faenas para descubrir que los laterales de la tumba que estaban despejando estaban originalmente asegurados por cuatro muros de piedra caliza que formaban un paralelogramo destinado, probablemente, a contener el ataúd.

—Merece la pena continuar —dijo el anticuario a sir Arthur—, aunque solo sea por curiosidad. Me gustaría saber de quién es este sepulcro al que han dispensado tantas y tan singulares atenciones.

—Las armas del escudo —dijo sir Arthur, carraspeando— son las mismas que las de la Torre de Misticot, que supuestamente construyó Malcolm el Usurpador. Nadie sabe dónde está enterrado, y una antigua profecía de nuestra familia dice que el descubrimiento de su tumba no augura nada bueno.

—Lo sé —dijo el mendigo—, lo escuchaba a menudo cuando era joven:

e encuentra la tumba de Misticot,
ın perdidos y reconquistados
dominios de Knockwinnock.

Oldbuck, con los anteojos sobre la nariz, ya se había arrodillado delante del monumento y estaba inspeccionando, con los ojos y los dedos, los ruinosos emblemas de la efigie del guerrero fallecido.

—Son las armas de Knockwinnock, estoy seguro —exclamó—, y el escudo de armas de los Wardour.

—Richard, llamado Wardour el Manos Rojas, se casó con Sybil Knockwinnock, la heredera de la familia sajona, y esa alianza —explicó sir Arthur— trajo el castillo y

la tierra al nombre de los Wardour, en el año de Dios de 1150.

—Muy cierto, sir Arthur; y aquí está la contrabanda, la señal de ilegitimidad, que se extiende en diagonal por los dos escudos. ¿Cómo es posible que no hayamos visto este curioso monumento antes?

—Sí, ¿dónde estaba la losa, cómo es que no ha aparecido antes ante nuestros ojos? —dijo Ochiltree—. Porque yo conozco esta iglesia desde que era niño, hace ya más de sesenta años, y nunca la había visto; y no tiene precisamente el tamaño de una mota de polvo que uno no ve en sus gachas.

Y todos forzaron la memoria para traer a ella el estado anterior de esa esquina del presbiterio, y hubo acuerdo en recordar un considerable montón de escombros que debían de haber retirado y esparcido en otro lugar para que la tumba fuera visible. Solo sir Arthur podría, de hecho, recordar el monumento por la ocasión precedente, pero su cabeza estaba entonces demasiado agitada para percibir la novedad.

Mientras los asistentes estaban absortos en estos recuerdos y conversaciones, los obreros continuaban su labor. Habían cavado casi cinco pies y, como sacar la tierra era cada vez más difícil, empezaban a resentirse del esfuerzo.

—Hemos llegado al fondo —dijo uno de ellos—, y aquí no hay féretro ni nada; apuesto a que algún listo ha estado aquí antes que nosotros.

Y el obrero salió de la tumba.

—A ver, amigo —dijo Edie, ocupando su sitio—, deja que lo intente este viejo enterrador; sois buenos buscadores, pero malos encontradores.

Apenas hubo entrado en la tumba, hundió la empuñadura de su bastón en el fondo; encontró resistencia, y el mendigo exclamó:

—Ni mitades ni cuartos; todo para mí, y nada para mi vecino.

Todos, desde el descorazonado baronet hasta el huraño adepto, se arremolinaron alrededor de la tumba, ahora poseídos por la curiosidad, y habrían saltado dentro si hubiera habido suficiente espacio. Los obreros, que habían empezado a decaer en su aparentemente vano esfuerzo, recogieron sus herramientas y volvieron al trabajo con renovado ardor. Pronto las palas rozaron una dura superficie de madera, que, al despejar la tierra, adoptó la forma definida de un cofre, aunque mucho más pequeña que la de un ataúd. Todas las manos se aplicaron en sacarlo de la tumba, y todas las voces, al alzarlo, elogiaban su peso y auguraban su valor. No se equivocaban.

El cofre o la caja fue colocado en la superficie, y la tapa forzada con la ayuda de un pico; ante ellos apareció en primer lugar una burda lona que cubría una capa de estopa; debajo vieron una cantidad de lingotes de plata. Una exclamación general aclamó un descubrimiento tan sorprendente como inesperado. El baronet alzó sus brazos y su vista hacia el cielo, con el éxtasis del que ha sido liberado de un inconmensurable sufrimiento. Oldbuck, casi incapaz de creer lo que veían sus ojos, levantaba una pieza de plata tras otra. No había inscripción ni sello alguno sobre ellas, menos en una, que parecía ser española. No cabía ninguna duda de la pureza y el gran valor del tesoro que tenía delante. Aun así, sacó uno tras otros los lingotes

para examinar cada una de las filas, con el presentimiento de que quizá las capas inferiores fueran de menor valor; pero no fue capaz de apreciar diferencia alguna, y se vio forzado a admitir que sir Arthur acababa de adquirir lingotes de un valor de alrededor de mil libras esterlinas. Sir Arthur prometió a los obreros una espléndida recompensa por sus esfuerzos, y empezaba a ocuparse de cómo transportarían esta fortuna caída del cielo hasta el castillo de Knockwinnock cuando el adepto, recobrándose de su sorpresa, que había superado a la manifestaba por cualquier otro miembro del grupo, le sacudió por la manga, y, tras expresarle sus humildes felicitaciones, se volvió hacia Oldbuck con aire triunfante.

—Ya le dije, mi buen amigo *señorr* Oldenbuck, que *buscarría* una *oporrtunidad* de *agrradecerrle* su *corrtesía* conmigo; ¿no *crree* que he *encontrrado* una buena *manerra* de *darrle* las *grracias*?

—Así que, señor Dousterswivel, ¿pretende usted haber contribuido a nuestro éxito? Olvida usted que nos negó la ayuda de su ciencia; y está aquí sin ninguna de las armas que tendrían que haber luchado en la batalla que pretende haber ganado: no ha recurrido ni a hechizos, ni a amuletos, ni a sellos ni a talismanes, encantamientos, cristales, pentagramas, espejos mágicos, ni siquiera a una figura geomántica. ¿Dónde están los amuletos, los abracadabras, el helecho de mayo, la verbena…

stros sapos, cuervos, dragones y panteras,
stro sol, vuestra luna, vuestro firmamento,
stro latón, vuestros pigmentos, vuestro azogue,
stro caballero rojo, vuestra dama blanca, todos esos potajes,
ıstruos y sustancias […]
ı traer un hombre al mundo?[200]

»¡Ah! ¡Ben Jonson! ¡Larga paz a tus cenizas, azote de los charlatanes de tu tiempo! ¿Quién esperaba que los veríamos renacer en el nuestro?

La respuesta del adepto a la diatriba del anticuario la veremos en nuestro próximo capítulo.

Capítulo XXIV

ɔra conocerán al tesoro de los mendigos del rey:
ıquí se alojará antes de mañana;
ne falle, pues si vivo, nos veremos las caras.

The Beggar's Bush[201]

El alemán, que se mostraba dispuesto a defender el terreno ventajoso en el que lo colocaba el descubrimiento, respondió con gran pompa y majestad al ataque del anticuario.

—*Maestrre* Oldenbuck, todo esto puede *serr* muy cómico y *entrretenido, perro* no tengo nada, absolutamente nada que *decirrle* a la gente que no *crree* ni lo que sus ojos contemplan. Es muy *cierrto* que no tengo ninguno de los *accesorrios* de mi *arrte*, y eso hace aún más *marravilloso* lo que he hecho hoy. Pero le pido a usted, mi *honorrable*, bueno y *generroso* mecenas, que meta la mano en el bolsillo *derrecho* de su chaleco, y me enseñe lo que *encontrrarrá* en él.

Sir Arthur obedeció, y sacó el pequeño sello de plata que había usado bajo los auspicios del adepto en la ocasión precedente.

—Es cierto —dijo sir Arthur, mirando con gravedad al anticuario—, esto es el sello graduado y calculado con el que llevamos a cabo nuestro primer descubrimiento.

—¡Bah! ¡Bah! Mi querido amigo —dijo Oldbuck—, es usted demasiado sabio para creer en la influencia de una moneda falsa de una corona aplastada con unos arañazos sobre ella. Le digo, sir Arthur, que si, Dousterswivel hubiera sabido dónde conseguir el tesoro por sí mismo, no habría sido usted dueño de siquiera una mínima parte.

—En realidad, señor —dijo Edie, que intervenía cada vez que podía—, creo que, ya que el señor Torpeswivel ha tenido tanto mérito en el descubrimiento de estas fortunas, lo menos que pueden hacer es concederle, por sus esfuerzos, las que aquí quedan; pues, sin duda, quien sabía dónde encontrar tanto no tendrá dificultad en encontrar más.

El semblante de Dousterswivel se ensombreció ante la propuesta de dejarlo a su propio albedrío, como indicó Ochiltree; pero el mendigo, en un aparte, le susurró al oído unas palabras a las que pareció prestar mucha atención.

Entretanto sir Arthur, con el corazón generoso por su buena fortuna, le dijo en alto:

—No le haga caso a nuestro amigo Monkbarns, señor Dousterswivel, y venga mañana al castillo, donde le convenceré de que le estoy bien agradecido por los consejos que me ha dado en este asunto. Y el vil billete de cincuenta de Fairport, como usted lo llama, está a su plena disposición. Vamos, amigos, tapemos de nuevo este cofre.

Pero la tapa, en la confusión, había caído a un lado, entre los escombros o la tierra que habían extraído de la zanja; en cualquier caso, no se la veía por ningún sitio.

—Da igual, amigos, cúbranlo con la lona, y pónganlo en el carruaje. Monkbarns, ¿querría usted ir andando? Debo volver a su casa a recoger a la señorita Wardour.

—Y, espero, a tomar una buena cena y una copa de vino para celebrar nuestra feliz aventura. Además, tendría usted que escribir sobre este asunto a la Cámara de Cuentas, para evitar interferencia alguna por parte de la Corona. Como es usted propietario de las tierras, será fácil hacer una donación si reclamaran algo. Pero tenemos que hablarlo.

—Y ruego encarecidamente silencio a todos los presentes —dijo sir Arthur, mirando a un lado y otro. Todos se inclinaron y aseguraron su mutismo.

—Bueno, a este propósito —dijo Monkbarns—, rogar silencio cuando hay una docena de personas que conocen la circunstancia que debe ser ocultada es solo enmascarar la verdad, puesto que la historia circulará bajo veinte formas distintas. Pero no nos preocupemos: nuestra declaración a los barones de la Cámara de Cuentas será exacta, y eso es lo único que importa.

—Me inclino por enviar un correo urgente esta misma noche —declaró el baronet.

—Puedo recomendarle al señor a alguien de confianza —dijo Ochiltree—: el pequeño Davie Mailsetter, y el rebelde poni del carnicero.

—Hablaremos del asunto de camino a Monkbarns. —Sir Arthur se dirigió entonces a los obreros y añadió—: Amigos, vengan conmigo a la posada de Las Cuatro Herraduras, para que tome sus nombres. Dousterswivel, no le voy a pedir que nos acompañe a Monkbarns, puesto que el señor y usted difieren tanto en sus opiniones; pero no deje de venir a verme mañana.

Dousterswivel refunfuñó una respuesta, de la que únicamente se distinguieron las palabras «obligación», «*honorrable* mecenas», «*parra serrvirrle, sirr Arthurr*»; y, después de que el baronet y su amigo se hubieron alejado de las ruinas, seguidos por los criados y los obreros, que, con la esperanza de la recompensa y del whisky, se dejaron guiar con gran alegría, el adepto se quedó, inmerso en lúgubres reflexiones, al lado de la tumba abierta.

—¿Quién lo *habrría* dicho? —pronunció inconscientemente—. *¡Mine Heiligkeit!* [202] He oído *hablarr* de tales cosas, y he hablado mucho de ellas, *perro, porr* Dios, que nunca *crreí* que las *verría*. Y si *hubierra* ahondado dos o *trres* pies más en la *tierra*, ¡cielos! *Ahorra serría* todo mío, mucho más de lo que he estado intentando *sacarrle* a ese viejo loco.

En ese momento el alemán cesó su soliloquio, puesto que, al alzar los ojos se encontró con los de Edie Ochiltree, que no había seguido a los demás, sino que, apoyado como siempre en la empuñadura de su bastón, se había colocado al otro lado de la tumba. Los rasgos del anciano, por naturaleza astutos y expresivos hasta el punto de ofrecer una apariencia poco de fiar, parecían en aquel momento tan

penetrantes que incluso la seguridad de Dousterswivel, pese a ser un aventurero declarado, se derrumbó ante sus miradas. Pero vio la necesidad de una aclaración, y, reuniendo todas sus fuerzas, comenzó al instante a sondear al mendigo sobre los acontecimientos del día.

—Buen *maestrre* Edie Ochiltree…

—Edie Ochiltree, no maestre, pobre *bedesman* a su disposición y a la del rey —respondió el casaca azul.

—Bien, entonces, buen Edie, ¿cuál es su opinión de todo esto?

—Estaba pensando que es muy amable por su parte (pues no me atrevo a decir muy simple) ofrecerle a esos dos ricos gentiles, que poseen tierras y señoríos, e infinito dinero, este gran tesoro de plata (purificado tres veces[203], como dicen las escrituras), que podría procurarle a usted y a dos o tres personas honradas más tanta felicidad y alegría como las horas del día.

—Así es, Edie, amigo mío, es muy *cierrto* lo que dice; solo que no sabía, es *decirr*, no estaba *segurro*, dónde *encontrarr* el caudal solo.

—¡Cómo! ¿No ha sido gracias a sus consejos por lo que han llegado hasta aquí Monkbarns y el señor de Knockwinnock?

—Ajá, sí, *perro* fue *porr otrra cirrcunstancia*. No sabía que *encontrrarrían* el *tesorro*, amigo mío; aunque supuse, *porr* el bullicio, las toses, los *estorrnudos* y los lamentos de los *espírritus* la *otrra* noche, que *porr* aquí *podrría haberr* un *tesorro* o unos lingotes. *¡Ach, mein Himmel!*[204] El *espírritu gemirrá* y se *lamentarrá porr* su *tesorro*, como si *fuerra* un *burrgomaestrre* holandés que *contarra* sus monedas *trras* una copiosa cena en el Stadthaus[205].

—Y ¿cree usted eso realmente, señor Doustersdiablo, un hombre sabio como usted? ¡No esperaba oír eso de usted!

—Amigo mío —respondió el adepto, forzado por las circunstancias a decir más verdades que de costumbre—, no lo *crreía* más que usted o *cualquierr otrro hombrre*, hasta que yo mismo los oí *gemirr y lamentarrse* la *otrra* noche, y hasta que he visto hoy la causa, que *erra* ese *cofrre* lleno de plata *purra* de México. ¿Qué *habrría* pensado usted?

—Y ¿qué le daría usted a alguien —dijo Edie— que le ayudara a encontrar otro cofre de plata?

—*¿Darrle? ¡Mein Himmel!* Un *cuarrto* de las ganancias.

—Pues, si el secreto fuera mío —dijo el mendigo—, yo pretendería la mitad; pues, ya ve, aunque soy un pobre andrajoso, y no podría llevar encima ni plata ni oro por miedo a que me lo robaran, podría sin embargo encontrar a gente que me lo quitara de encima con mejores ganancias de las que cree.

—*¡Ach, Himmel!* Mi buen amigo, ¿qué he dicho? *Querría decirr* que *deberría* usted *llevarrse trres cuarrtos*, y *dejarrme* a mí el *cuarrto*.

—No, no, señor Doustersdiablo, dividiremos a partes iguales lo que encontremos, como hermanos. Mire usted esta plancha que tiré a un lado oscuro, mientras

Monkbarns miraba embelesado la plata. Monkbarns es astuto; fue un placer quitar esto de su vista. Quizá usted pueda leer los caracteres mejor que yo, no tengo muchas letras, y tampoco mucha práctica.

Con esta modesta declaración de ignorancia, Ochiltree sacó a la luz de detrás de una columna la tapa del cofre del tesoro, que, tras forzar sus bisagras, había sido olvidada ante la curiosidad que inspiraba aquello que ocultaba, y después, escondida por el mendigo, según parecía. Había una palabra y un número en la plancha, y el mendigo las limpió de la arcilla que los oscurecía con su andrajoso pañuelo azul sobre el que previamente había escupido. Eran unas gruesas letras negras góticas.

—¿Saca algo en claro? —dijo Edie al adepto.

—P —dijo el filósofo, como un niño que tomara sus lecciones de primaria—. P, U, S, T, U, L, A. ¡Pústula!

—¡Búsqueda! —exclamó Ochiltree—; vaya, vaya, señor Doustersdiablo, es usted mejor hechicero que bachiller; es «Búsqueda», hombre, búsqueda.

—¡Ajá! *Ahorra* lo veo, es *Búsqueda I. ¡Mein Himmel!* Entonces debe de *haberr* un *númerro* dos, mi buen amigo: pues búsqueda *quierre decirr* excavación, ¡y éste no es más que el *númerro* uno! *Porr* Dios, hay un buen *prremio* en la rueda de la *forrtuna parra nosotrros*, buen *maestrre* Ochiltree.

—Bien, eso parece; pero no podemos cavar ahora: no tenemos palas, se las han llevado, y es probable que los manden a echar de nuevo la tierra en la zanja, y a dejarlo todo limpio. Pero, si viene usted conmigo un rato al bosque, se dará cuenta de que ha encontrado usted al único hombre capaz de hablarle de Malcolm Misticot y su tesoro escondido. Pero primero borraremos las letras de la plancha, no vayan a traicionarnos.

Y, con la ayuda de su cuchillo, el mendigo borró y desfiguró los caracteres hasta hacerlos ininteligibles, y extendió arcilla por la plancha para que no se vieran las marcas.

Dousterswivel lo miraba en un ambiguo silencio. Había una inteligencia y una agilidad en los movimientos del anciano que indicaban que era duro de pelar, y así (pues incluso los canallas reconocen hasta cierto punto el espíritu de superioridad) nuestro adepto sintió la ignominia de no desempeñar más que un papel secundario, y de tener que dividir ganancias con tan vil socio. Su apetito de bienes, sin embargo, fue lo bastante fuerte para superar su orgullo herido y, aunque era con más frecuencia impostor que víctima, no le faltaba cierto grado de fe personal en las supersticiones con las que se imponía a los demás. Aun así, por la costumbre de actuar como líder en esas ocasiones, se sentía humillado al verse en el papel de buitre conducido hacia su presa por una corneja negra.

«Escuchemos de todos modos esta *historria* hasta el final —pensó Dousterswivel —, y malo *serrá*, que no saque yo mis cuentas más de lo que *crree* el *maestrre* Edie Ochiltree.»

Así pues, el adepto, transformado en alumno por un maestro del arte místico,

siguió a Ochiltree con pasiva aquiescencia hasta el Roble del Prior, lugar, como quizá recuerde el lector, a poca distancia de las ruinas, donde se sentó el alemán, y esperó en silencio la intervención del anciano.

—Maestre Doustinútil —dijo el narrador—, hace mucho que oí esta historia; pues a ninguno de los propietarios de Knockwinnock, ni a sir Arthur, ni a su padre, ni a su abuelo (yo los conocí a todos un poco), les gustaba escucharla, y sigue sin gustarles. Pero lo mismo da; puede estar seguro de que era tema de conversación en las cocinas, como cualquier cosa en una gran mansión, aunque estuviera prohibido en sus salones, y yo lo conozco por boca de viejos criados de la familia; y en estos días, en que las cosas de entonces ya no las cuenta nadie al amor del hogar como antes hacían, me pregunto si habrá alguien más en la región que pueda narrar la historia, además de mí, y del propietario, pues hay un libro de pergamino, he oído, en la biblioteca del castillo de Knockwinnock.

—Bueno, todo eso está muy bien, *perro* continúe usted su *historria*, mi buen amigo —dijo Dousterswivel.

—Bien, verá —prosiguió el mendigo—, tomar por la fuerza y saquear por el país entero era un trabajo en los viejos tiempos, cuando se aplicaba la regla del cada uno lo suyo, y Dios lo de todos; cuando a ningún hombre le faltaba propiedad si tenía la fuerza de tomarla, y la conservaba únicamente mientras tenía el poder de defenderla. Reinaba la ley del más fuerte en todo el este del país, y sin duda también sería así en el resto de Escocia.

»Dicen que en esos días sir Richard Wardour llegó al país, y fue el primero en llevar ese nombre aquí. Desde entonces ha habido muchos, y la mayoría, como aquel al que llamaban Infierno en Armadura, y los demás, yacen ahora bajo las ruinas. Eran hombres duros y rudos, pero valientes, y siempre defendieron el bien del país, que Dios los bendiga (y lo digo sin pizca de papismo). Los llamaban los Wardour normandos, aunque venían del sur. Y este sir Richard, al que llamaban el Manos Rojas, se puso de acuerdo con el viejo Knockwinnock de entonces, pues entonces había varios Knockwinnock aquí, y quiso desposar a su única hija, es decir, apropiarse del castillo y de las tierras. La muchacha (Sybil Knockwinnock, según los que me contaron la historia) no sentía ningún contento ante esta boda, pues estaba un poco más apegada de lo debido a un primo suyo al que su padre mostraba cierta aversión; y dicen que, después de apenas cinco meses de matrimonio con sir Richard (parece ser que tuvo que casarse), le hizo el presente de darle un hermoso niño. Entonces se armó un rifirrafe como no se había visto ninguno; lo más suave que salió de sus bocas fue la amenaza de quemarla a ella y matarlo a él. Pero todo se arregló de algún modo, y enviaron al niño a que lo criaran cerca de las Tierras Altas, y creció y se convirtió en un ágil muchachote, como muchos de los ilegítimos; y sir Richard, el Manos Rojas, tuvo su propia descendencia, y todo estuvo en paz hasta que su cabeza reposó en la tierra. Pero entonces apareció Malcolm Misticot (sir Arthur dice que debería ser Misbegot, pero siempre lo llamaron Misticot), llegó, pues, Malcolm

Misticot, el engendrado por amor, de Glen-Isla con una legión de norteños zanquilargos, dispuestos a ocasionar una desgracia, y declaró que el castillo y las tierras eran suyas, por ser el primogénito, y puso a los Wardour en la puerta. Hubo bastantes luchas y derramamientos de sangre, pues los gentiles se dividieron entre ambos bandos, pero Malcolm tuvo la supremacía bastante tiempo, y conquistó el castillo de Knockwinnock, y lo fortificó, y construyó esa torre que aún sigue llevando su nombre.

—Mi buen amigo *señorr* Edie Ochiltree —interrumpió el alemán—, ésta es como las *larrgas historrias* de *barrones* de dieciséis *cuarrteles*[206] de mi país; pero *preferrirría oirr* algo *acerrca* del *orro* y la plata.

—Bueno, verá —continuó el mendigo—, el tal Malcolm recibió mucha ayuda de un tío suyo, un hermano de su padre, que era prior de Saint Ruth; y juntos amasaron grandes riquezas que asegurarían la sucesión de su linaje en las tierras de Knockwinnock. La gente dice que los monjes, en aquella época, sabían ennoblecer los metales (lo que es cierto es que eran muy ricos). Y al final, el joven Wardour, el hijo del Manos Rojas, desafió a Misticot a luchar con él en el palenque, como lo llamaban, que no era más que un terreno cercado por vallas para luchar, como se hace para las peleas de gallos. En fin, Misticot fue derrotado, y se encontró a merced de su hermano; pero éste no quiso matarlo, pues corría por sus venas la sangre de los Knockwinnock: así que obligaron a Malcolm a hacerse monje, y poco después murió en el priorato, de puro despecho y vejación. Nunca se supo dónde lo enterró su tío el prior, ni qué hicieron con el oro y la plata, pues alegaba secreto de confesión, y no soltaba prenda. Pero se extendió por el país la profecía de que, cuando se descubriera la tumba de Misticot, los dominios de Knockwinnock serían perdidos y reconquistados.

—Ah, mi buen amigo, *maestrre* Edie, eso no es tan poco *prrobable*, si *sirr Arthurr* sigue peleando con sus amigos *parra complacerr* al *señorr* Oldenbuck. ¿Y *crree* usted que el *orro* y la plata *perrtenecían* al buen *señorr* Malcolm Mestizón?

—Pues lo cierto es que sí, señor Doustersdiablo.

—Y ¿*crree* usted que hay más cosas así escondidas?

—Por supuesto que sí. ¿Podría ser de otro modo? «Búsqueda I.» Eso es como decir, busca y encontrarás el número dos. Además, el cofre tiene solo plata, y yo he oído decir que el tesoro de Misticot tenía mucho oro.

—Entonces, amigo mío —dijo el adepto, levantándose de un salto—, ¿*porr* qué no nos ponemos ya manos a la *obrra*?

—Por dos buenas razones —respondió el mendigo, que seguía tranquilamente sentado—; primero, porque, como dije antes, no tenemos con qué cavar, pues se han llevado los picos y las palas; y, segundo, porque un montón de ociosos vendrá a curiosear mientras sea de día, y quizá el propietario mande a alguien a rellenar la tumba, y nosotros no deseamos que nos vea nadie en ninguna circunstancia. Pero si se encuentra usted conmigo allí a las doce en punto con un farol, yo traeré las

herramientas, y haremos tranquilamente nuestro trabajo a solas, sin que nadie se entere.

—*Pe-pe-perro*, mi buen amigo —dijo Dousterswivel, que no había olvidado su pasada aventura nocturna, ni siquiera bajo el efecto de las espléndidas esperanzas que alentaban las narraciones de Edie—, no es muy *segurro irr* a la tumba del *señorr* Mestizón a esas *horras* de la noche; ¿ha olvidado lo que le conté de los llantos y lamentos de los *espírritus*? Le *asegurro* que no es un *lugarr trranquilo*.

—Si le dan miedo los fantasmas —respondió con frialdad el mendigo—, haré yo solo el trabajo, y le traeré su parte del dinero al lugar que usted elija.

—No, no, excelente *señorr* Edie, es demasiada molestia, no lo consiento, yo *irré* también, y así *serra mejorr*; pues, *querrido* amigo, fui yo, Herman Dousterswivel, quien *descubrrió* la tumba del *maestrre* Mestizón, cuando buscaba un *lugarr parra ponerr* unas monedas de señuelo *parra hacerrle* un *trruco* a mi *querrido* amigo *sirr Arthurr, porr purra diverrsión*. Sí, fui yo quien quitó los *escombrros y descubrrí* el monumento al *señorr* Mestizón, así que yo debo *serr* su *herederro*, y no *serría correcto* que no *fuerra* a *buscarr* mi *prropia herrencia*.

—A las doce en punto, entonces —dijo el mendigo—, nos encontraremos bajo este árbol. Me quedaré un rato vigilando para asegurarme de que nadie viene a husmear a la tumba, después iré a cenar a casa de Ringan el granjero y me quedaré a dormir en su establo; y me escaparé por la noche sin que nadie me vea.

—Hágalo así, mi buen *maestrre* Edie, y me *encontrarré* con usted aquí mismo, aunque todos los *espírritus* giman y *estorrnuden* hasta que se les caiga la cabeza.

Y, dicho esto, se estrecharon las manos, y con esta promesa de mutuo compromiso, se despidieron por el momento.

Capítulo XXV

y antes de nuestra llegada, cuida de vaciar los sacos de esos abades atesorados; pon en libertad a los encarcelados ángeles…

Ni campana, breviario ni cirio me harán retroceder cuando el oro y la plata me den la señal de avance.

El rey Juan[207]

La noche se anunciaba tormentosa, con viento y chubascos ocasionales.

—¡Señores! —dijo el viejo mendigo, según ocupaba su sitio al abrigo del roble para esperar a su socio—, ¡oh, señores, si no es la naturaleza humana cosa caprichosa y obstinada! ¿No es la codicia lo que va a traer hasta aquí a este Dousterswivel con la ventolera que hace, a las doce de la noche, en este paraje desolado? Y ¿no estoy yo, que estoy aquí esperándolo, igual de chiflado que él?

Tras estas sabias reflexiones, se enrolló en su capa y se puso a mirar la luna. Ésta iba atravesando las tormentosas y oscuras nubes con que el viento de vez en cuando la cubría. Los melancólicos e inciertos destellos que emitía al pasar entre ellas caían sobre los agrietados arcos y ventanas con parteluces de la antigua construcción, que en un momento se veían en su ruinoso estado, e inmediatamente se convertirían de nuevo en una masa oscura, sombría e indistinguible. El pequeño lago también recibía parte de estos resplandores fugaces, y sus aguas se mostraban rotas, blanqueadas, agitadas bajo el paso de la tormenta, apenas distinguibles por su ahogado rumor al llegar a la playa cuando las nubes tapaban la luna. El frondoso valle se hacía eco, a cada ráfaga desmesurada que cruzaba velozmente el cañón, del profundo y variado gemido con el que los árboles replicaban al torbellino; pero el eco se perdía otra vez, al pasar el impulso del aire, en un débil y pasajero murmullo, parecido a los suspiros de un criminal exhausto tras pasar los primeros momentos de su tortura. La superstición podría haber encontrado en estos ecos amplia satisfacción, por ese estado de terror nervioso que teme y sin embargo tanto adora. Pero tales sentimientos no formaban parte de los pensamientos de Edie. Su cabeza vagaba por escenas de su juventud.

«He hecho guardias en las avanzadas tanto de Alemania como de América —se decía—, en muchas noches peores que éstas, y a sabiendas de que probablemente tenía enfrente una decena de fusileros, en la trinchera. Pero estaba atento a mi tarea: nadie ha sorprendido nunca a Edie dormido.»

Y, mientras murmuraba para sí, cargó instintivamente al hombro su fiel báculo, adoptó el porte de un centinela de servicio, y, al oír unos pasos que se dirigían al árbol, gritó, con un tono que armonizaba más con sus reminiscencias militares que con su situación actual:

—¡Alto! ¿Quién va?

—El diablo, buen Edie —respondió Dousterswivel— ¿*porr* qué *grrita* como un *Baarenhauter*, lo que ustedes llaman *faccionarrio*, en fin, centinela?

—Pues porque en este momento me parecía ser un centinela —respondió el mendigo—. ¡Qué noche tan horrible! ¿Ha traído usted el farol y el saco para el dinero?

—Sí, amigo, sí —dijo el alemán—, aquí están: una *alforrja* con una bolsa para usted y *otrra parra* mí; la *pondrré sobrre* mi caballo para *ahorrarrle esfuerrzo*, debido a su avanzada edad.

—¿Ha traído un caballo, pues? —preguntó Edie Ochiltree.

—Oh, sí, amigo, está ahí, atado a la *verrja* —respondió el adepto.

—Bien, solo tengo una objeción al acuerdo: no pondré mi parte sobre la espalda de su bestia.

—¿Qué tiene que *temerr*? —dijo el forastero.

—Solo perder de vista el caballo, y el dinero —replicó el pordiosero.

—¿Sabe usted que hace *parrecerr* canallas a los *grrandes caballerros*?

—Muchos caballeros —contestó Ochiltree— se muestran como tales sin ayuda de nadie. Pero ¿qué sentido tiene discutir? Si quiere usted venir, venga; si no, volveré a la paja del establo de Ringan Aikwood, que he dejado de mala gana, y pondré el pico y la pala donde los encontré.

Dousterswivel deliberó un momento; si dejaba que Edie se fuera, podría asegurarse el total de la esperada fortuna para su uso exclusivo. Pero la falta de herramientas, y la incertidumbre de si, aunque las tuviera, podría cavar la tumba a la profundidad suficiente sin ayuda, y sobre todo, la reticencia que sentía, a raíz de la experiencia de la otra noche, a aventurarse solo en los horrores del sepulcro de Misticot, lo convencieron de que el intento sería arriesgado. Se esforzó, pues, por adoptar su tono engatusador, y, aunque interiormente estaba furioso, le rogó «a su buen amigo Edie que *abrrierra* el camino», y le aseguró «su aquiescencia a todo lo que tan excelente amigo *pudierra prroponerr*».

—Bien, bien, entonces —dijo Edie—, tenga cuidado con los pies, que la hierba está crecida y las piedras sueltas. Espero que podamos mantener la luz encendida pese a este horrible viento, aunque a veces hay rayos de luna.

Y, dicho esto, el viejo Edie, seguido de cerca por el adepto, abrió el camino hacia las ruinas, pero al poco hizo un alto delante de ellas.

—Es usted un hombre instruido, señor Doustersdiablo, y conoce muchas de las maravillosas obras de la naturaleza. ¿Puede decirme algo? ¿Cree usted en espíritus y fantasmas que recorren la tierra? ¿Cree en ellos, sí o no?

—Veamos, buen *señorr* Edie —susurró Dousterswivel, en un tono de súplica—, ¿es éste el momento y el *lugarr* de *hacerr* tales *prreguntas*?

—Lo es, tanto el momento como el lugar, señor Dousterspala; pues puedo decirle con seguridad que hay testimonios de que el viejo Misticot anda. Ésta podría no ser la mejor noche para encontrarse con él, y ¿quién sabe si le gustará nuestra visita a su tumba de noche?

—*Alle guten Geister*[208] —susurró el adepto, y el resto del conjuro se perdió en

el tembloroso gorjeo de su voz—, le ruego que no hable de ese modo, *señorr* Edie; pues, después de lo que oí la *otrra* noche, *crreo*, y mucho…

—Pues yo —dijo Ochiltree mientras entraba en el baptisterio y hacía un gesto de desafío con el brazo— me quedaría igual si lo viera aparecer en este momento; no es más que un espíritu incorpóreo, como nosotros corpóreos.

—*Porr amorr* de Dios —dijo Dousterswivel—, no hable de *cuerrpos*, sea con alma o sin ella.

—Bien —dijo el vagabundo mientras alumbraba con el farol—, ahí está la piedra, y, con o sin espíritu, voy a cavar un poco más en la tumba.

Y saltó al lugar de donde habían extraído por la mañana el preciado cofre. Al cabo de unas cuantas paladas, se cansó, o fingió cansarse, y le dijo a su compañero:

—Estoy viejo y débil, y no puedo seguir; ahora le toca a usted, vecino: entre, coja la pala, saque la tierra removida, y yo me turnaré con usted.

Dousterswivel ocupó el sitio del mendigo, y se puso manos a la obra con todo el celo que la avaricia, mezclada con el ansioso deseo de llevar a término la empresa y huir de esos parajes lo antes posible, podía inspirar en un espíritu usurero, receloso y asustadizo a partes iguales.

Edie, cómodamente de pie al lado de la zanja, se conformaba con animar a su compañero a trabajar de firme.

—Por los cielos que pocos trabajaron un día por jornal parecido; aunque no haya en él más que la décima parte del primer cofre, doblará su valor, al estar lleno de oro en lugar de plata. Dios, trabaja usted como si hubiera nacido para el pico y la pala; podría ganar usted media corona al día. ¡Tenga cuidado con los dedos y esa piedra! —dijo dándole una patada a un gran canto que el adepto había levantado con mucha dificultad, y que Edie devolvió a su sitio para dolor de las piernas de su socio.

Exhortado por el mendigo, Dousterswivel se afanaba y trabajaba entre las piedras y la arcilla seca, con esfuerzo de caballo y maldiciones internas en alemán. Cuando de sus labios escapaba una sílaba impía, Edie cambiaba de táctica.

—¡No maldiga! ¡No maldiga! Quién sabe quién nos escucha. Eh, que Dios nos asista, ¿qué es eso? Ah, es solo una rama de hiedra golpeando contra el muro; a la luz de luna parecía el brazo de un hombre muerto con un candil, pensé que era el propio Misticot. Pero no se preocupe, siga trabajando, quite la tierra de en medio. Dios, sería usted tan buen enterrador como el propio Win Winnet. ¿Por qué se para? Está usted ya casi a punto.

—*¡Parrarr!* —exclamó el alemán en un tono de furia y decepción—. Pero ¡si estoy encima de la roca *sobrre* la que *constrruyerron* estas malditas ruinas (que Dios me *perrdone*)!

—Bien —dijo el mendigo—, es el emplazamiento más probable. Seguramente será una losa puesta para ocultar el oro; ponga más empeño, muchacho, un golpe seco la partirá, se lo garantizo. Así, así es, golpea usted tan fuerte como William Wallace.

De hecho, el adepto, animado por las exhortaciones de Edie, infligió dos o tres

palazos que consiguieron romper no aquello que golpeaba, que, como él había supuesto, era sólida roca, sino la herramienta que sujetaba, lo que le provocó un temblor en los brazos que se extendió hasta los hombros.

—¡Hurra, muchachos! ¡Ahí va el pico de Ringan! —gritó Edie—. Es una pena que en Fairport vendan instrumentos tan frágiles. Pruebe con la pala, ¡a ello, señor Doustersdiablo!

El adepto, sin responder, trepó fuera de la zanja, que ahora tenía una profundidad de unos seis pies, y se dirigió a su socio con voz temblorosa de ira.

—¿Sabe usted, *señorr* Edie Ochiltree, de quién se está usted mofando?

—Perfectamente, señor Doustersdiablo, lo conozco a usted perfectamente, y hace más de un día; pero en este caso no se trata de mofas, estoy ansioso por ver nuestros tesoros; a estas alturas ya deberíamos tener ambas alforjas llenas. Espero que quepa todo el tesoro en ellas.

—*Mirre*, ruin *perrsonaje* —dijo el iracundo filósofo—, ¡si vuelve usted a *burrlarrse*, le *arrancarré* la *calaverra* con esta pala!

—Y ¿dónde quedarían en ese caso mi bastón y mis manos? —contestó Edie en un tono que no revelaba el menor miedo—. Vamos, vamos, maestre Doustersdiablo, no he vivido tanto tiempo en este mundo para que me den con esta puerta en las narices. ¿Por qué se pone así con sus amigos? Apuesto a que encuentro el tesoro en un minuto.

Y, dicho esto, saltó a la fosa y tomó la pala.

—Le *jurro* —dijo el adepto, lleno de sospechas— que si me está usted engañando, le *darré* una buena paliza, *señorr* Edie.

—¡Óiganlo! —dijo Ochiltree—. Sabe cómo hacer que la gente encuentre el tesoro. Cielos, me lleva a pensar que quizá alguien le haya tratado igual a usted.

Ante esta insinuación, que aludía claramente a la escena de la noche anterior entre él y sir Arthur, el filósofo perdió la escasa paciencia que le quedaba y, al ser de naturaleza violenta, levantó el mango del pico roto a fin de descargarlo sobre la cabeza del anciano. El golpe habría resultado fatal con toda probabilidad, si quien iba a recibirlo no hubiera exclamado con voz severa y firme:

—¿No le da vergüenza? ¿Cree usted que el cielo le permitirá matar a un anciano que podría ser su padre? ¡Mire a su espalda!

Dousterswivel se volvió por instinto, y contempló con gran asombro una alta silueta oscura detrás de él. La aparición no le dio tiempo a hacer exorcismos, sino que, recurriendo al instante a la *voie de fait*[209], midió tres o cuatro veces los hombros del adepto con tal somanta de palos que lo desplomaron, y éste quedó sin sentido algunos minutos de terror y estupefacción. Cuando volvió en sí, estaba solo en el derruido baptisterio, tumbado sobre la suave y húmeda tierra que había extraído de la tumba de Misticot. Se incorporó con una confusa sensación de ira, dolor y pánico, y necesitó sentarse algunos minutos para ordenar sus ideas hasta recordar cómo había llegado hasta allí, y con qué propósito. Según volvían sus recuerdos, no

podía albergar muchas dudas sobre el señuelo utilizado por Edie Ochiltree para llevarlo a aquel paraje solitario, los sarcasmos que habían conducido a la pelea, y el rápido auxilio que tenía preparado para el final, pues no parecían sino parte de un plan concebido para atraer desgracia e ignominia sobre la cabeza de Herman Dousterswivel. Se le antojaba poco probable que la fatiga, la ansiedad y los golpes se debieran tan solo a la malicia de Edie Ochiltree, pero concluyó que el mendigo había desempeñado un papel que una persona de mayor importancia le había asignado. Sus sospechas oscilaban entre Oldbuck y sir Arthur Wardour. El primero ni siquiera había intentado disimular la antipatía que sentía por él, pero al segundo lo había perjudicado gravemente. Y, aunque sospechaba que sir Arthur no estaba al corriente de la magnitud de los perjuicios que le había ocasionado, no era difícil imaginar que había atado cabos suficientes para alimentar deseos de venganza. Ochiltree había aludido al menos a una circunstancia que el adepto tenía razones para suponer que eran conocidas solo por sir Arthur y él, y que por lo tanto el mendigo debía de conocer de boca del baronet. Las palabras de Oldbuck también sugerían una íntima convicción sobre la truhanería del filósofo, y sir Arthur lo había escuchado sin defenderle en ningún momento. Por último, la forma en que sospechaba que el baronet había ejecutado su venganza no era incompatible con los hábitos de otros países que el adepto conocía mejor que los del norte de Gran Bretaña. En su interior, como suele ocurrir con los malvados, sospechar un perjuicio y alimentar el propósito de venganza eran una sola cosa. Y, antes de que Dousterswivel hubiera podido recobrar por completo el uso de las piernas, ya había planeado la ruina de su benefactor, la cual, por desgracia, estaba en posición de acelerar, y mucho.

Pero, aunque el propósito de venganza le rondaba la cabeza, no era el momento de permitirse tales especulaciones. La hora, el lugar, su propia situación y quizá la presencia o cercanía de sus asaltantes, hicieron que su primer objetivo fuera buscarse protección. El farol se había caído y apagado durante la disputa. El viento, que antes soplaba con tanta fuerza por las naves laterales de las ruinas, había amainado bastante, arrullado por la lluvia, que caía en tromba. La luna, por la misma razón, estaba totalmente negra y, pese a que Dousterswivel tenía algún conocimiento de las ruinas, y sabía que debía intentar ganar la puerta oriental del baptisterio, su confusión era tal que durante un rato dudó si podría asegurar en qué lado la encontraría. Ante tanta perplejidad, la sugestión de las supersticiones, con la ventaja de la oscuridad y de su mala conciencia, empezó de nuevo a aparecer en su perturbada imaginación.

«¡Bah! —dijo para sí con valentía—. Son todo *majaderrías*; todo es *parrte* de la engañifa. ¡Diablos! ¡Que ese bobo de *barronet* escocés, al que llevo cinco años *arrastrrando* por la *narriz*, haya engañado a Herman Dousterswivel!»

Apenas había terminado esta reflexión cuando se produjo un incidente que contribuyó a sacudir el terreno en el que se movía. Entre el melancólico suspiro del viento y el rumor de las gotas de lluvia sobre hojas y piedras, se alzó, al parecer a no mucha distancia, un coro de música vocal tan triste y solemne como si los espíritus

fallecidos de los eclesiásticos que una vez habitaron esas ruinas desiertas se lamentaran por la soledad y la desolación a la que habían sido abandonadas sus murallas. Dousterswivel, que ahora se había puesto en pie y estaba tanteando el muro del baptisterio, se quedó quieto como si hubiera echado raíces en el suelo cuando aconteció este nuevo fenómeno. Todas las potencias de su alma parecieron por el momento concentrarse en el sentido del oído, y todas devolvían la información de que el profundo, indómito y prolongado canto que estaba escuchando era la música de uno de los himnos fúnebres más solemnes de la Iglesia de Roma. Por qué lo tocaban en aquellas soledades, y qué tipo de coro lo cantaba, eran incógnitas cuya respuesta no deseaba siquiera conocer la aterrorizada imaginación del adepto, impregnada de todas las supersticiones alemanas sobre ondinas, hadas de robles, licántropos, duendes y espíritus blancos, azules y grises.

La pesquisa pronto ocupó otro de sus sentidos. En el extremo de uno de los cruceros de la iglesia, detrás de unos escalones que bajaban, había una pequeña puerta con rejas de hierro que daba, si recordaba bien, a una especie de pequeño panteón abovedado. Mirando hacia donde venían los cantos, observó un fuerte reflejo de luz roja que parpadeaba a través de las rejas y contra las escaleras que bajaban hasta ellas. Dousterswivel se quedó un momento inmóvil sin saber qué hacer; después, con una repentina resolución, recorrió la nave hacia el lugar de donde provenía la luz.

Protegido por la señal de la cruz y cuantos exorcismos podía recordar, avanzó hacia el enrejado, desde el que podía observar sin ser visto lo que pasaba en el interior del panteón. Mientras se acercaba con paso tímido e inseguro, el canto, tras un par de cadencias abruptas y prolongadas, dio paso a un profundo silencio. El enrejado, cuando llegó a él, dejaba ver un singular espectáculo en el interior de la sacristía. Un sepulcro abierto, con cuatro antorchas encendidas de alrededor de seis pies de altura en cada una de sus cuatro esquinas; unas andas con un cadáver amortajado que tenía los brazos cruzados sobre el pecho descansaban sobre caballetes a un lado del sepulcro, como si lo fueran a enterrar; un sacerdote, con su capa pluvial y su estola, tenía abierto el libro; otro eclesiástico, con sus vestiduras, llevaba un hisopo en la mano, y dos niños con sobrepellizas, incensarios; un hombre cuya figura una vez había sido alta e imponente, pero encorvada ahora por la edad o las dolencias, estaba solo al lado del féretro, absorto en un profundo duelo; ésas era las figuras más destacadas de la reunión. A poca distancia había dos o tres personas de ambos sexos, cubiertas de capas y capuchones; y seis o siete más con el mismo lúgubre atuendo, aún más alejadas del cuerpo, cerca de las paredes del panteón, formaban una fila inmóvil, cada una con un enorme cirio negro en la mano. La luz de las humeantes antorchas se dispersaba por la roja y vaga atmósfera y daban una apariencia fantasmal, brumosa y sospechosa a esta singular escena. La voz del sacerdote, alta, clara y sonora, estaba ahora recitando del breviario que tenía en la mano las palabras solemnes que el ritual católico ha dedicado a devolver el polvo al

polvo. Entretanto, Dousterswivel, considerando el lugar, la hora y la sorpresa, aún dudaba de si lo que veía era material, o una representación sobrenatural de los ritos que en tiempos antiguos eran habituales entre aquellas paredes, pero que ya raramente se practicaban en los países protestantes, y casi nunca en Escocia[210]. Dudaba de si debía esperar hasta el final de la ceremonia, o intentar volver al baptisterio, cuando un cambio de posición lo expuso, a través de la reja, a la vista de uno de los que llevaban luto. La primera persona que lo vio comunicó su descubrimiento mediante una seña a aquel que se encontraba más cerca del féretro, y cuando éste respondió con otra, dos miembros del grupo se separaron, y, con paso sigiloso, como si temieran interrumpir el servicio religioso, abrieron la puerta que los separaba del adepto. Lo prendieron por ambos brazos, y, con cierta violencia a la que el alemán no habría podido resistir si su miedo le hubiera permitido oponer resistencia, lo arrojaron al suelo del baptisterio, y se sentaron cada uno a un lado, como para retenerlo. Satisfecho de estar en poder de mortales como él, el adepto les habría formulado con gusto algunas preguntas; pero, mientras uno señalaba al panteón, desde el que se oía con claridad la voz del sacerdote, el otro se llevó el dedo a los labios en señal de silencio, consejo que el alemán creyó prudente seguir. Y no se movió hasta que un sonoro aleluya repicó entre los desiertos arcos de Saint Ruth y concluyó la singular ceremonia que había tenido la suerte de contemplar.

Cuando el himno y sus ecos se hubieron desvanecido, la voz de uno de los sombríos personajes que había custodiado al adepto pronunció en un tono y dialecto familiar:

—Querido señor Dousterswivel, ¿es usted? ¿Por qué no nos dijo que quería estar presente en la ceremonia? Mi señor no puede estar satisfecho de que haya llegado usted de ese modo, como a escondidas.

—*Porr* todos los cielos, dígame quiénes son —interrumpió el alemán a su vez.

—¿Quién soy? Pues ¿quién voy a ser sino Ringan Aikwood, el granjero de Knockwinnock? Y ¿qué hace usted aquí a estas horas de la noche, si no ha venido a asistir al funeral de la dama?

—Pues le *inforrmo*, mi buen *granjerro* Aikwood —dijo el alemán, incorporándose—, de que esta misma noche he sido asesinado, robado y he temido *porr* mi vida.

—¡Robado! Y ¿qué haría aquí un ladrón? Y, para haber sido asesinado, habla usted con mucha propiedad. ¿Temido por su vida? ¿Qué le hizo temer por ella, señor Dousterswivel?

—Se lo *dirré, maestrre grranjerro* Aikwood Ringan, solo ese perro viejo, villano *descrreído*, casaca azul, como llaman ustedes a Edie Ochiltree.

—Nunca creería eso —respondió Ringan—; Edie siempre ha sido conocido, tanto por mí como por mi padre antes de mí, por ser leal y de confianza; y, además, está durmiendo en nuestro granero, y lleva allí desde las diez. Así que, le hicieran lo que le hicieran, y le hicieran algo o no, estoy seguro de que Edie es inocente.

—*Maestrre grranjerro* Ringan Aikwood, no sé a qué llama usted inocente, *perro*, diga usted lo que diga *sobrre* la lealtad y confianza, yo le *asegurro* que esta noche me ha robado cincuenta *librras* su leal amigo Edie Ochiltree; y que no está en su *grranerro* como yo no estoy, ni *estarré*, en el reino de los cielos.

—Bien, señor, si viene usted conmigo, ya que la comitiva fúnebre se ha dispersado, le haremos una cama en el pabellón, y veremos si Edie está en el granero. Había dos sujetos de mirada extraña en la iglesia cuando nosotros vinimos con el cadáver, eso es seguro; y el sacerdote, que no quiere que los herejes presencien nuestras ceremonias religiosas, envió a dos muñidores a caballo para que los buscaran; así que tendremos noticias de ellos.

Y, dicho esto, la amable aparición, con ayuda del personaje mudo, que era su hijo, se deshizo de la capa, y ambos se dispusieron a escoltar a Dousterswivel al lugar donde encontraría el descanso que tanto necesitaba.

—*Irré* mañana a la junta de *magistrrados* —dijo el adepto—; *caerrá* todo el peso de la ley *sobrre* esa gente.

Y mientras iba murmurando palabras de venganza contra el causante de sus males, salió tambaleándose de las ruinas, apoyado en Ringan y su hijo, cuya ayuda era imprescindible para su debilidad.

Cuando hubieron salido del priorato, y llegado al prado en el que se halla, Dousterswivel pudo observar las antorchas que tanta alarma le habían causado saliendo en procesión irregular de las ruinas, y contempló su resplandor, como los fuegos fatuos, a la orilla del lago. Tras avanzar por el camino con movimientos irregulares y oscilantes, las luces finalmente se desvanecieron.

—En tales ocasiones, siempre apagamos las antorchas en el pozo de la Santa Cruz —dijo el granjero a su invitado. Y, efectivamente, no percibía ningún otro signo visible de la procesión, aunque su oído podía apreciar el eco distante y decreciente de los cascos de los caballos allí donde se dirigía el cortejo fúnebre.

Capítulo XXVI

remar puede el barquito
ás puede acelerar,
mar puede el barquito,
e que ganarse el pan.
reme y reme el barquito,
da velocidad
lices los que traen
escado y el sedal.

Antigua balada

Ahora debemos introducir a nuestro lector dentro de la cabaña del pescador mencionada en el capítulo XI del primer volumen de esta edificante historia. Ojalá pudiera decir que el interior estaba bien arreglado, decentemente amueblado, o aceptablemente limpio. Por el contrario, me veo obligado a admitir que reinaba la confusión, el abandono, y una buena dosis de suciedad. Sin embargo, aun así, sus ocupantes, la señora Meiklebackit y su familia, ofrecían cierta apariencia de prosperidad, desahogo y comodidad que parecía confirmar el viejo y asqueroso refrán «Cuanto más sucio, más acogedor». Aunque era verano, ardía en el hogar una gran hoguera, que servía al mismo tiempo para proporcionar luz y calor, y para preparar la comida. La pesca había ido bien, y desde que descargaron la barca, la familia había emprendido, con la acostumbrada falta de previsión, la incansable operación de asar y freír una parte reservada para su propio consumo, y sobre las planchas de madera yacían espinas y trozos de pescado, mezcladas con pedazos de torta de avena y jarras de cerveza quebradas a medio beber. La robusta y atlética figura de la propia Maggie, que se afanaba aquí y allá entre una manada de muchachas y niños pequeños, a los que apartaba al grito de «Fuera de aquí, desastrillos», contrastaba con la mirada y la actitud pasiva y medio estúpida de la madre de su marido, una mujer en la última fase de la vida humana, sentada en la que acostumbraba ser su silla, al lado del fuego, cuyo calor ansiaba, aunque apenas pareciera sentirlo; susurraba entre dientes, o dirigía una sonrisa vacía a los niños que tiraban de las cintas de su cofia o de su mandil de cuadros azules. Con la rueca en el regazo y el huso en la mano, hilaba perezosa y mecánicamente al antiguo modo escocés. Los niños más pequeños, que se arrastraban entre los pies de los más mayores, observaban el progreso del hilado de la abuela, y de vez en cuando se atrevían a interrumpirlo cuando el hilo danzaba en el suelo con esos movimientos erráticos que han sido desbancados por el torno de hilar, hasta tal punto que incluso la princesa del cuento podría ya recorrer toda Escocia sin peligro de pincharse con el huso y morir por la herida. Pese a ser tarde (había pasado la medianoche), la familia entera estaba aún despierta y lejos de pensar en irse a dormir; la señora estaba aún asando tortitas en la plancha, y la niña mayor, sirena semidesnuda conmemorada en otro lugar, estaba preparando una pila de arenques

Findhorn (es decir, arenques ahumados con madera verde), para comerlos con las demás apetitosas provisiones.

Mientras se ocupaban de estas tareas, un leve golpe en la puerta, acompañado de la pregunta «¿Están todavía despiertos, señores?», anunció una visita. La respuesta («Sí, sí, entre en el salón, querida») llevó a que se levantara el pestillo, y Jenny Rintherout, la criada del anticuario, hizo su aparición.

—Bueno, bueno —exclamó la señora de la casa—. ¿Eres tú, Jenny? ¡Cuánto tiempo sin verte, hija!

—Oh, hemos estado tan ocupados con la herida del capitán Hector que no he puesto un pie fuera de la casa en quince días; pero ahora está mejor, y el viejo Caxon está durmiendo en su habitación por si necesita algo. En fin, que, en cuanto se fueron a dormir, me puse la cofia, dejé la puerta cerrada sin cerrojo, no fuera a ser que alguien quisiera salir o entrar mientras estoy fuera, y vine a ver qué novedades me contáis.

—Ya, ya —respondió la señora Meiklebackit—, ya veo que llevas las galas; estás buscando a Steenie, ¿eh? Pero no está en casa esta noche, y además tú no sirves para Steenie, chiquilla; una debilucha como tú no puede mantener a un hombre.

—Steenie no me sirve —replicó Jenny, con un gesto de la cabeza que podría haber sido el de una doncella de alta cuna—; yo quiero un hombre que pueda mantener a su mujer.

—Oh, sí, querida, esas ideas cogéis en las ciudades. Las mujeres de los pescadores saben más: cuidan del hombre, cuidan de la casa, y cuidan del dinero también, querida.

—Un hatajo de pobres siervas, eso sois —respondió la ninfa de la tierra a la ninfa del mar—. En cuanto la quilla del barco toca la arena, el perezoso pescador no hace nada, pero las mujeres tienen que ponerse las capas y entrar a chapotear para sacar el pescado. Y después el hombre se quita la ropa mojada y se pone la seca, y se sienta con su pipa y su licor al lado del hogar, como una vieja, y no se mueve hasta que el barco vuelve a salir a flote. Y la mujer, con la cesta de pescado a la espalda, debe ir con ella hasta la ciudad más próxima, y pelear a gritos con otras mujeres hasta que se venda, y así viven las mujeres de los pescadores, pobres esclavas.

—¿Esclavas? ¡Qué dices, mujer! ¿Las cabezas de familia, esclavas? Sabes poco de estas cosas, chiquilla. Dime una palabra que mi Saunders se atreva a pronunciar, o un movimiento que haga en la casa, sin que sea para comer, beber, o tener un poco de diversión, como los niños. Sabe lo bastante para decir que nada en la casa es suyo, desde el árbol hasta esa simple plancha que está sobre el banco. Demasiado bien sabe quién le alimenta, quién le viste, quién pone todo en orden cuando su barca está en el Forth, el pobre. No, no, muchacha, quien vende la mercancía guarda la cartera, quien guarda la cartera dirige la casa. Dime cuál de vuestros granjeros dejaría que su mujer fuera con la mercancía al mercado y llevara las cuentas. No, no.

—Bien, bien, Maggie, cada sitio tiene sus costumbres. Pero ¿dónde se ha metido

Steenie esta noche, que todos han vuelto ya? Y ¿dónde está tu hombre?

—Lo he acostado, porque estaba agotado; y Steenie está fuera, divirtiéndose con el viejo vagabundo, Edie Ochiltree: volverán pronto, puedes sentarte.

—En realidad, mujer, no tengo mucho tiempo. —Y tomó asiento—. Voy a contarte las novedades. Habrás oído hablar del cofre de oro que sir Arthur ha encontrado en Saint Ruth. Ahora será más importante que nunca. No se atreverá ya ni a bajar la cabeza para estornudar, por miedo de no verse los zapatos.

—Oh, sí; toda la región ha oído hablar de eso; pero el viejo Edie dice que cuando hablan lo multiplican por diez, y él los vio desenterrarlo. Dios, por qué no lo habrá encontrado alguien que tenga necesidad…

—Sí, seguro. Habrá oído decir también que la condesa de Glenallan ha muerto y la están velando, y la van a enterrar en Saint Ruth esta noche, con antorchas; y los criados católicos, y Ringan Aikwood, que es también católico, estarán allí, y será el espectáculo más majestuoso que se haya visto nunca.

—De veras, querida —respondió la nereida—, si no dejan que asistan más que los católicos, no será un gran espectáculo en este país, pues la meretriz de Babilonia, como la llama el buen señor Blattergowl, hace beber a pocos de su copa encantada[211] en estos parajes. Pero ¿por qué entierran a la vieja cascarrabias por la noche? Me atrevo a decir que mi suegra lo sabrá.

Y levantó la voz para exclamar dos o tres veces:

—¡Madre! ¡Madre!

Pero, perdida en la apatía de la edad y la sordera, la anciana sibila a la que se dirigía continuó hilando su rueca sin hacer el menor caso a la llamada que se le dirigía.

—Pregúntale a tu abuela, Jenny. Cielos, preferiría arrastrar la barca una milla con el viento del noroeste golpeándome en plena cara.

—Abuela —dijo la sirenita, con una voz a la que la anciana estaba más acostumbrada—, madre quiere saber por qué los Glenallan entierran a los suyos a la luz de las velas en las ruinas de Saint Ruth.

La anciana hizo una pausa con el huso, se volvió hacia los presentes y alzó su mano marchita, temblorosa y de color de arcilla; pudo verse un rostro ceniciento y arrugado, que solo los rápidos movimientos de dos ojos azules distinguían de las facciones de un cadáver, y, como si ese contacto la hubiera traído de vuelta al mundo de los vivos, respondió:

—¿Qué dice la niña? ¿Que por qué los Glenallan entierran a sus muertos a la luz de antorchas? ¿Ha muerto algún Glenallan?

—Hasta nosotros podríamos estar muertos y enterrados, y la misma cuenta te darías —dijo Maggie, y después, alzando la voz para que la escuchara su suegra, dijo —: la vieja condesa, madre.

—¿Ha muerto por fin? —preguntó la vieja señora, con una voz que parecía agitada por muchos más sentimientos de los que se presuponen a su avanzadísima

edad, y la indiferencia y apatía general de su actitud—. ¿Tendrá por fin que rendir cuentas después de tantos años de soberbia y poder? ¡Que Dios la perdone!

—Pero madre pregunta —continuó la pequeña— por qué los Glenallan entierran a sus muertos a la luz de las antorchas.

—Así lo hacen —dijo la abuela— desde que el gran conde cayó en la batalla de Harlaw[212], cuando dicen que entonaron la elegía desde la desembocadura del Tay hasta el Buck de Cabrach, y que no se oía otra cosa que no fuera el lamento por los que habían caído luchando contra Donald de las Islas. Pero la madre del gran conde estaba viva (las mujeres Glenallan eran duras y valientes) y ella no cantó la elegía por su hijo, sino que lo tuvo de cuerpo presente en el silencio de la medianoche en su última morada, sin himnos ni lamentos. Dijo que había matado a bastantes aquel día para que las viudas e hijas de los norteños que había degollado cantaran la elegía por los que habían perdido y por su hijo también; así que lo dejó yacer en su tumba sin derramar ni una lágrima, sin un lloriqueo, sin un suspiro. Y esto se convirtió en motivo de orgullo para la familia, y lo conservaron, cuánto más entonces, pues por la noche tenían más libertad para celebrar sus pomposas ceremonias en la oscuridad y la intimidad que en pleno día, al menos así era en mi época; de día les habrían molestado las autoridades y la comunidad de Fairport; ahora he oído decir que no es así, los tiempos cambian, y yo apenas sé si estoy de pie o sentada, o viva o muerta.

Y, mirando hacia la hoguera, como si la poseyera la inconsciente incertidumbre de la que se quejaba, la vieja Elspeth volvió a su mecánica y habitual ocupación de hilar.

—¡Cielos! —dijo Jenny Rintherout a su comadre en voz baja—. Es increíble escuchar los arrebatos de la abuela. Es como si los muertos hablaran con los vivos.

—No es muy distinto, muchacha. No se da cuenta de nada de lo que ocurre durante el día; pero sácale sus viejas historias, y hablará como un libro abierto. Sabe más que nadie de los Glenallan: el padre de mi marido fue pescador suyo durante un tiempo. Ya sabe que los católicos comen mucho pescado (esa parte de su religión no está mal, sea como sea el resto); se podía vender el mejor pescado al mejor precio para la mesa de la propia condesa, especialmente en viernes, ¡que la gracia sea con ella! Pero ¡mira cómo mueve las manos y la boca la abuela! Es como si su cerebro estuviera produciendo levadura, esta noche hablará. A veces no abre la boca en una semana, si no es a los niños más pequeños.

—Vaya, señora Meiklebackit, ¡es una mujer increíble! —contestó Jenny—. ¿Cree que está bien? La gente dice que no iba a la iglesia, ni hablaba con el diácono, y que antes era católica pero que, desde que murió su marido, nadie sabe qué es. ¿No será un poco bruja?

—Pero ¡serás tonta! ¿Piensas que por ser vieja se es bruja? Descartando a Alison Breck: por ella no podría poner la mano en el fuego. He visto sus cestas llenas de cangrejos, cuando…

—Chitón, Maggie —susurró Jenny—, la abuela va hablar otra vez.

—¿No ha dicho una de vosotras —preguntó la anciana sibila—, o lo he soñado, o ha sido una revelación, que Joscelind, lady Glenallan, está muerta y la van a enterrar esta noche?

—Sí, abuela —gritó su nuera—, lo hemos dicho.

—Pues que así sea —dijo la vieja Elspeth—, rompió más de un corazón en su día. Sí, incluso el de su hijo, ¿está vivo todavía?

—Sí, él vive; pero ¿cuánto vivirá? ¿No recuerda que vino a verla esta primavera, y le dio dinero?

—Quizá sí, Maggie, no lo recuerdo, pero qué apuesto caballero era, y su padre también. Bueno, si su padre hubiera vivido, quizá hubieran sido felices. Pero él murió, y la condesa se quedó con su hijo, y le hizo creer lo que nunca debió creer, y hacer aquello de lo que se ha arrepentido toda su vida, y de lo que seguirá arrepintiéndose, aunque su vida sea tan larga y cansada como la mía.

—Y ¿qué fue, abuela?

—Y ¿qué fue, madre?

—Y ¿qué fue, señora Elspeth?

Preguntaron al mismo tiempo la niña, la madre y la visita.

—No preguntes nunca qué fue —respondió la vieja sibila—; ruega a Dios que no se apoderen de tu corazón el orgullo y la testarudez: son tan poderosos en la cabaña como en el castillo. Soy triste testigo de ello. ¡Oh, noche aciaga y terrible! ¡Mi viejo corazón nunca la olvidará! ¡Verla yaciendo en el suelo, con su largo cabello chorreando agua salada! El cielo se vengará de quien fue responsable. ¡Cielos! ¿Mi hijo está en la barca con este viento?

—No, no, madre; ninguna barca puede salir con este viento; está durmiendo en su cama, ahí en su habitación.

—¿Entonces está Steenie en el mar?

—No, abuela; Steenie está con el viejo Edie Ochiltree, el vagabundo; quizá hayan ido a ver el entierro.

—Eso no puede ser —dijo la madre de familia—; no sabíamos nada de eso hasta que vino Jock Rand, y nos dijo que los Aikwood tenían orden de asistir; guardan esas cosas en secreto. Tenían que traer el cuerpo desde el castillo, diez millas de camino, en mitad de la noche. La han tenido de cuerpo presente estos diez días en la casa de los Glenallan, en una gran cámara revestida de negro y alumbrada con velas.

—¡Que Dios la perdone! —profirió la vieja Elspeth, aún pensando en el asunto de la condesa—. Era una mujer de mal corazón, pero tendrá que rendir cuentas, y la misericordia del Señor es infinita, ¡ojalá que así sea!

Y de nuevo guardó un silencio del que ya no saldría en toda la noche.

—Me gustaría saber qué pueden estar haciendo ese viejo vagabundo sordo y nuestro Steenie en una noche así —dijo Maggie Meiklebackit; y su expresión de sorpresa se reflejó en el rostro de la visitante—. Que una de vosotras, pequeñas, suba a la colina y les dé una voz, a ver si os oye; las tortas se van a carbonizar.

La pequeña emisaria partió, pero en pocos minutos había vuelto al grito de:

—¡Mamá! ¡Abuela! ¡Hay un fantasma blanco persiguiendo a dos fantasmas negros por la colina!

Un ruido de pasos siguió a este singular anuncio, y el joven Steenie Meiklebackit, seguido de cerca por Edie Ochiltree, irrumpió en la cabaña. Llegaban sin resuello. Lo primero que hizo Steenie fue buscar la barra que atrancaba la puerta, que se había roto, como su madre le recordó, en el duro invierno de hacía tres años.

—¿Para qué —le preguntó ella— quieres la barra?

—No nos persigue nadie —respondió el vagabundo, tras tomar aliento—; como los impíos, huimos sin que nadie nos persiga[213].

—Es verdad, pero nos perseguía un espíritu o algo poco mejor que eso.

—Era un hombre de blanco a caballo —dijo Edie— y, como la tierra estaba blanda y no sostenía bien al caballo, éste tiró al jinete, eso lo vi; pero no imaginaba que mis viejas piernas pudieran transportarme a tal velocidad. Corrí tan rápido como si estuviera en Prestonpans[214].

—¡Vaya par de bobos! —exclamó la señora Meiklebackit—. Habrá sido alguno de los jinetes del funeral de la condesa.

—¡Cómo! —dijo Edie—. ¿Van a enterrar a la condesa en Saint Ruth? Eso explicaría las luces y el ruido que nos asustaron. Ojalá lo hubiéramos sabido: les habría esperado, y no habría dejado al hombre allí; pero ya se ocuparán de él. Le diste demasiado fuerte, Steenie, espero que no se haya desmayado.

—En absoluto —declaró Steenie entre risas—; tiene los brazos bien fuertes, y solo le acerqué la estaca para tomarle las medidas. Cielos, si yo no hubiera estado cerca, le habría dado a usted una buena paliza.

—Bueno, yo saco algo en claro de todo esto —afirmó Edie—: no tentaré más a la Providencia. Pero no puedo pensar que darle un escarmiento a ese perezoso canalla, que vive solo de engañar a gente honrada, sea algo injusto.

—Pero ¿qué vamos a hacer con esto? —preguntó Steenie, sacando una libreta.

—¡Que Dios nos guarde, muchacho! —exclamó Edie alarmado—, ¿qué le hizo coger eso? Basta con una simple hoja de esa libreta para que nos cuelguen a los dos.

—No lo sabía —dijo Steenie—; se le había caído del bolsillo, imagino, porque lo encontré entre mis pies mientras intentaba a tientas ponerlo en pie, y me lo metí en el bolsillo para que no se perdiera; y después llegó el maldito caballo, y gritó usted que nos fuéramos corriendo, y no volví a acordarme de la libreta.

—Debemos devolvérselo a ese malandrín sea como sea; mejor que lo lleve usted mismo, creo, en cuanto apunte el día, a casa de Ringan Aikwood. No querría ni por cien libras que nos lo encontraran encima.

Steenie se comprometió a actuar como le habían indicado.

—Menuda noche ha pasado, señor Steenie —dijo Jenny Rintherout, que, impaciente ante tanto tiempo de indiferencia, se dirigía ahora al joven pescador—. Menuda noche que ha pasado, vagando por ahí con mendigos, y perseguido por

demonios, cuando tendría que estar usted durmiendo en la cama, como su padre, que es un hombre honrado.

Este ataque le valió una respuesta en el mismo tono de rústico sarcasmo por parte del joven pescador; después éste concentró sus energías en las tortas y el pescado ahumado, con la persistente ayuda de una jarra de cerveza y de una botella de ginebra. El mendigo se retiró entonces al pajar de la cabaña vecina, los niños se habían ido uno a uno a sus nidos, la vieja abuela fue depositada en su lecho de broza y Steenie, pese a su anterior cansancio, tuvo la galantería de acompañar a la señorita Rintherout a su propia casa, y la historia no cuenta a qué hora volvió. Y, por último, la matrona de la familia, después de añadir carbón para que el fuego no se apagara, y poner algo de orden, se retiró a descansar.

Capítulo XXVII

chos grandes darían parte de sus tierras
tener el orgullo y el mérito
nendigar en buena sociedad.

The Beggar's Bush

El viejo Edie se levantó con las alondras, y lo primero que hizo fue preguntar por Steenie y la libreta. El joven pescador se había visto en la necesidad de ayudar a su padre antes del amanecer, para aprovechar la marea, pero había prometido que, nada más regresar, entregaría la libreta, con todo lo que contenía, cuidadosamente envuelta en una lona, a Ringan Aikwood, para que se la diera a Dousterswivel, su propietario.

La matrona había preparado el desayuno para la familia, y, con la cesta de pescado al hombro, marchó con paso firme hacia Fairport. Los niños remoloneaban alrededor de la puerta, pues el día estaba despejado y soleado. La anciana abuela, de nuevo en su silla de mimbre junto al fuego, había retomado el hilado, completamente indiferente a los gritos y alaridos de los niños, y a la regañina maternal que había precedido a la dispersión de la familia. Edie había arreglado su equipaje y estaba resuelto a reanudar su vida errante, pero primero quiso despedirse con la debida cortesía de la anciana.

—Que tenga usted buenos días, comadre, y que sean muchos. Volveré para el final de la cosecha, y espero encontrarla sana y saludable.

—Ruegue por encontrarme en mi dulce tumba —dijo la buena mujer, con una voz apagada y sepulcral, pero sin que ninguna de sus facciones se agitara lo más mínimo.

—Es usted mayor, comadre, y yo también; pero debemos conformarnos con Su voluntad; Él no olvidará nuestra hora.

—Ni nuestras deudas tampoco —dijo la anciana—; el espíritu responderá de las acciones de la carne.

—Cierto; y yo, que he llevado una vida disoluta y desordenada, tendría que aplicarme el cuento. Pero usted es virtuosa. Hemos cometido pecados, pero no creo que tenga usted tantos en su haber como para que la dobleguen.

—Menos de los que podría haber cometido, pero ¡más, muchos más, de los necesarios para hundir el bergantín más grande que haya navegado por la bahía de Fairport! ¿No dijo alguien ayer…? Al menos así lo creo yo, pero los viejos tenemos extrañas ocurrencias… ¿No dijo alguien que Joscelind, condesa de Glenallan, había dejado este mundo?

—Pues quien lo dijera dijo la verdad —respondió el viejo Edie—; fue enterrada ayer a la luz de las antorchas en Saint Ruth, y yo, como un tonto, me di un susto al ver las luces y a los jinetes.

—Así lo han hecho desde los días en que el gran conde cayó en Harlaw; lo hacían para mostrar su desprecio ante el hecho de morir y ser enterrados como los demás; las

mujeres de la casa de Glenallan no lloran a sus maridos, ni las hermanas lloran a los hermanos. Pero ¿seguro que ha sido llamada para rendir cuentas?

—Tan seguro —dijo Edie— como que todos seremos llamados.

—Entonces descargaré mi espíritu de su peso, y que sea lo que sea.

Esto lo dijo con más vivacidad de la acostumbraba en sus expresiones, y acompañó sus palabras con un gesto de la mano, como si estuviera desprendiéndose de algo. Entonces incorporó ese cuerpo que una vez había sido alto y aún conservaba la apariencia de haberlo sido, pese a estar doblado por la edad y el reumatismo, y se detuvo frente al vagabundo como una momia animada a una resurrección temporal por un espíritu errante. Sus ojos azul claro vagaban de acá para allá, como si ocasionalmente olvidara y recordara de nuevo el propósito de que sus largas y ajadas manos estuvieran buscando entre los misceláneos contenidos de un gran bolso pasado de moda. Al fin sacó de ahí una pequeña caja de madera, la abrió y cogió un hermoso anillo con un mechón de pelo de dos colores, negro y castaño claro, trenzados entre sí y rodeados por brillantes de considerable valor.

—Buen hombre —le dijo a Ochiltree—, si quiere ganarse la gloria, lleve mi mensaje a la casa de Glenallan, y pregunte por el conde.

—¡El conde de Glenallan, comadre! Ni siquiera recibe a los gentiles de la provincia, ¿cómo va a querer recibir a un viejo mendigo?

—Vaya e inténtelo; y dígale que Elspeth de Craigburnfoot (me recordará mejor por ese nombre) quiere verlo antes de emprender su último viaje, y que le envía este anillo en prenda del asunto del que quiere hablarle.

Ochiltree miró el anillo con cierta admiración por su aparente valor, y después, tras ponerlo de nuevo en la caja y envolverlo en un viejo pañuelo rasgado, guardó la prenda en su pecho.

—Bien, mujer —dijo—, intentaré lo que me pide; por mí que no quede. Pero desde luego, nunca se vio que una anciana pescadora hiciera presente tan espléndido a un conde, y por medio de un viejo vagabundo.

Con esta reflexión, Edie cogió su bastón, se puso su sombrero de ala ancha y emprendió su camino. La anciana esperó algún tiempo aún de pie, sin moverse, con los ojos pendientes de la puerta que había cruzado su mensajero. El aparente nerviosismo que le había producido la conversación fue poco a poco abandonando su rostro; se hundió de nuevo en su sitio de costumbre, y volvió a su mecánica labor con la rueca y el huso, con su acostumbrado aire apático.

Edie Ochiltree, entretanto, avanzó en su viaje. La distancia hasta la casa Glenallan era de diez millas, una marcha que le llevó alrededor de cuatro horas al antiguo soldado. Con la curiosidad que caracterizaba sus costumbres ociosas y su animado carácter, pasó todo el camino torturándose con preguntas acerca del significado del misterioso mensaje que le habían confiado, y de qué relación podría tener el soberbio, rico y poderoso conde de Glenallan con los pecados y penitencias de una anciana senil cuya posición social apenas estaba por encima de la de su mensajero. Intentó

traer a su memoria todo lo que había oído o sabía de la familia Glenallan, pero, después de hacerlo, siguió siendo incapaz de formar una conjetura. Sabía que las extensas propiedades de esta antigua y poderosa familia habían recaído todas en la condesa, recientemente fallecida, que heredó de modo notable el carácter rígido, orgulloso e indomable que había distinguido a la casa de Glenallan desde su primera aparición en los anales escoceses. Como el resto de sus ancestros, conservaba una celosa fe en la Iglesia católica y se casó con un caballero inglés de la misma comunión y enorme fortuna que no sobrevivió dos años a su unión. La condesa, pues, tuvo muy pronto que hacer frente a la viudez y a la administración conjunta de las grandes fortunas de sus dos hijos. El mayor, lord Geraldin, que debía ser el sucesor del título y la fortuna de los Glenallan, fue totalmente dependiente de su madre mientras ésta vivió. El segundo, cuando fue mayor de edad, adoptó el nombre y el escudo de armas de su padre, y tomó posesión de su fortuna, según lo previsto en el acuerdo nupcial de la condesa. Vivía principalmente en Inglaterra, y hacía pocas y breves visitas a su madre y a su hermano, de las que prescindió después, tras convertirse a la religión reformada.

Pero incluso antes de que le infligiera esta ofensa mortal a la condesa, la residencia en Glenallan ofrecía pocos alicientes a un joven alegre como Edward Geraldin Neville, mientras que la soledad y el aislamiento parecían adecuarse a las costumbres retiradas y melancólicas de su hermano mayor. Lord Geraldin, al principio de su vida, había sido un joven lleno de esperanzas y triunfos. Aquellos que lo conocieron en el curso de sus viajes alimentaron las mayores expectativas sobre su futura carrera. Pero a menudo tales luminosos comienzos se ven extrañamente ensombrecidos. El joven noble regresó a Escocia, y después de vivir alrededor de un año en compañía de su madre en la casa Glenallan, pareció adoptar todo el severo abatimiento de su carácter. Excluido de la política por las limitaciones impuestas a los de su religión[215], y de entretenimientos más ligeros por elección propia, lord Geraldin llevaba una vida de estricto retiro. Sus compañías habituales se limitaban a la del sacerdote de su credo, que a veces visitaba la mansión; y muy raramente, en días festivos, una o dos familias que aún profesaban la religión católica eran formalmente invitadas a la casa Glenallan. Pero eso era todo; sus herejes vecinos no sabían nada del solemne desfile que se celebraba en estas ocasiones, de las que todos volvían sin saber si debían preocuparse más por el comportamiento severo y majestuoso de la condesa, o por el profundo y melancólico desánimo que nunca dejaba de oscurecer el semblante de su hijo. Los últimos acontecimientos lo dejaban en posesión de su fortuna y su título, y el vecindario ya había empezado a preguntarse si su alegría reviviría con esa independencia; pero los que tenían algún trato ocasional con la familia extendieron el rumor de que la constitución del conde se había visto minada por las austeridades religiosas, y que con toda probabilidad no tardaría mucho en seguir a su madre a la tumba. Esto era lo más probable, pues su hermano había muerto de una prolongada enfermedad que, en los últimos años de su vida, había

afectado al mismo tiempo a su cuerpo y a su espíritu; y, de este modo, los heraldos y genealogistas ya estaban comprobando los registros para descubrir al heredero de esta desgraciada familia, y los abogados hablaban ya, con jubilosa anticipación, de la probabilidad de una «gran causa Glenallan».

Cuando Edie Ochiltree se acercaba a la fachada de la casa Glenallan, edificio antiguo de gran extensión, cuya parte más moderna había sido diseñada por el celebrado arquitecto Iñigo Jones, empezó a considerar de qué modo le sería más fácil llegar a dar su mensaje; y, tras mucha deliberación, resolvió enviar la prenda al conde por medio de uno de sus criados.

Con este fin hizo parada en una cabaña, donde obtuvo los medios para envolver el anillo en un paquete sellado, en el que escribió: «A su *hexselencia* el conde Glenllan, esto». Pero, consciente de que las misivas que las personas como él entregan en la puerta de las mansiones no siempre llegan a su destino, Edie determinó, como viejo soldado que era, hacer una vuelta de reconocimiento por el campo de batalla antes de emprender el ataque final. Mientras se acercaba a la choza del guarda, descubrió, por el número de pobres, indigentes del vecindario y otros mendigos errantes que hacían cola delante de ella, que iba a efectuarse un reparto o distribución de caridad.

«Una buena acción —se dijo Edie— nunca queda sin recompensa. Quizá consiga una buena limosna que me habría perdido de no haber aceptado el encargo de la anciana.»

De este modo, se unió a las filas del andrajoso regimiento, buscando la posición más cercana al frente, una distinción que merecía, en su opinión, tanto por su casaca azul y su distintivo como por sus años y experiencia; pero pronto le informaron de que había otro criterio de prioridad en la asamblea del que no había sido advertido.

—¿Es usted de los triples, amigo, para empujar tanto? Creo que no, porque no hay católicos con ese distintivo.

—No, no, no soy católico —dijo Edie.

—Entonces vaya allí con los de doble o simple, los episcopalianos o presbiterianos; es una pena ver a un hereje con una barba tan larga que parece un eremita.

Ochiltree, expulsado de esta suerte de la compañía de los mendigos católicos, o de los que así se llamaban, fue a colocarse con los pobres de la comunión de la Iglesia de Inglaterra, a quienes el noble hacía un donativo doble de caridad. Pero nunca fue un pobre conformista ocasional[216] tan rudamente rechazado por la congregación de la Alta Iglesia[217], ni siquiera en los tiempos de la reina Ana, en los que el asunto traía mucha cola.

—¡Miren a ese del distintivo! —dijeron—. Escucha los sermones de los capellanes presbiterianos el día del nacimiento del rey, y ahora quería hacerse pasar por episcopaliano. ¡No, no! ¡No lo permitiremos!

Y Edie, rechazado por Roma y los prelados, estuvo encantado de protegerse de las mofas de sus hermanos entre el escaso grupo de presbiterianos, que, o bien habían

evitado ocultar sus creencias religiosas por recibir una parte mayor, o quizá supieran que no podían fingir sin ser descubiertos.

La misma prioridad se observó asimismo en el modo de distribución de las limosnas, que se componían de pan, ternera y una moneda para todos los individuos, cualquiera que fuera su credo. El limosnero, un clérigo de apariencia y actitud graves, vigilaba en persona la distribución entre los mendigos católicos; les hacía un par de preguntas al darles la caridad, y les recomendaba que oraran por el alma de Joscelind, la difunta condesa de Glenallan, madre de su benefactor. El guarda, a quien se distinguía gracias a su bastón con empuñadura de plata, y por la casaca negra adornada con cintas del mismo color, que llevaba en señal del duelo general de la familia, supervisaba el reparto de limosnas entre los episcopalianos. Los menos favorecidos, los presbiterianos, estaban a cargo de un criado de avanzada edad.

El nombre de este último, que oyó al discutir de un asunto con el guarda, y después sus rasgos, impresionaron a Ochiltree, y revivieron recuerdos de tiempos pasados. La asamblea se estaba dispersando, cuando el criado, acercándose de nuevo a donde Edie se encontraba aún, dijo, con un fuerte acento del condado de Aberdeen:

—¿Qué hace aquí este viejo, que no se va ahora que ha cogido la carne y el dinero?

—Francis Macraw —respondió Edie Ochiltree—, ¿no recuerdas Fontenoy[218], y el «no se separen, frente y retaguardia»?

—¡Oh! ¡Oh! —gritó Francis, con un auténtico bramido del norte al reconocerlo —. ¡Solo mi viejo compañero de avanzadilla puede decir eso, Edie Ochiltree! Pero siento verte en tan pobre estado, amigo.

—No tan malo como crees, Francis. Pero no me siento inclinado a irme de aquí sin una charla contigo, y no sé cuándo volveré a verte, pues los tuyos no reciben muy bien a los protestantes, y por eso no había venido nunca.

—¡Bah! —dijo Francis—. No se hable más, y ven conmigo, te daré algo mejor que ese hueso de ternera, amigo.

Tras cruzar unas palabras confidenciales con el guarda (posiblemente para solicitar su connivencia), y esperar a que el limosnero entrara de nuevo en la casa con paso lento y solemne, Francis Macraw introdujo a su amigo en el patio de los Glenallan, cuyo lúgubre portón estaba coronado por un enorme blasón en el que el heraldo había mezclado, como de costumbre, los emblemas del orgullo y de la insignificancia humana; así era el escudo de armas heredado de la condesa, con todos sus cuarteles, dispuesto en losange, y rodeado por los escudos separados de sus ancestros paternos y maternos, entremezclados con guadañas, relojes de arena, calaveras y otros símbolos de esa mortalidad que iguala cualquier distinción. Macraw condujo a su amigo lo más rápido posible a través del enorme patio pavimentado hasta una puerta lateral que daba a un pequeño departamento cerca del vestíbulo de los criados, que, en virtud de su asistencia personal al conde de Glenallan, podía permitirse llamar suyo. Obtener fiambres de varios tipos, cerveza fuerte e incluso un

vaso de licor no era difícil para alguien de la importancia de Francis, cuya dignidad no le había hecho perder la obstinada prudencia del norte que recomendaba buen entendimiento con el mayordomo. Nuestro mendigo mensajero bebió cerveza, y recordó viejas historias con su camarada, hasta que, agotados los temas de conversación, se decidió a sacar a colación el tema de su embajada, que había abandonado su pensamiento durante un rato.

Dijo que tenía una petición que presentar al conde, pues juzgó prudente no mencionar en absoluto el anillo, al no saber, según confesó después, hasta qué punto la moralidad de un soldado raso podía haberse corrompido en el servicio de una gran mansión.

—Espera un momento, amigo —dijo Francis—, el conde no prestaría oídos a peticiones; pero puedo comunicársela al limosnero.

—Pero está relacionada con un secreto, y quizá el lord quiera verlo por sí mismo.

—Justamente por eso creo que el limosnero debe verlo primero.

—Pero he recorrido todo este camino para entregarlo, Francis, podrías ayudarme un poco.

—Entonces, haré lo que pueda —respondió el del condado de Aberdeen—; aunque tengan el carácter del diablo, no pueden más que echarme, y yo justamente estaba pensando en despedirme e ir a pasar el resto de mis días a Inverurie.

Con la firme resolución, pues, de ayudar a su amigo en todo lo posible, ya que no podía enfrentarse a nada que le incomodara en demasía, salió Francis Macraw de la habitación. Tardó bastante en volver y, cuando lo hizo, sus gestos indicaban sorpresa y agitación.

—¡Ya no estoy seguro de si eres Edie Ochiltree de la compañía de Carrick del regimiento cuarenta y dos, o el diablo en persona!

—¿Qué te hace hablar así? —preguntó el mendigo asombrado.

—Porque mi señor se encuentra en un estado de confusión y sorpresa que nunca he visto en un hombre en toda mi vida. Pero te verá; eso está arreglado. Estuvo como fuera de sí unos minutos, y pensé incluso que se iba a desmayar. Y, cuando volvió en sí, me preguntó quién había traído el paquete. Y ¿qué crees que dije?

—Un viejo soldado —dijo Edie—, eso es lo mejor en las casas de los gentiles; en las de los granjeros es mejor decir que eres un viejo calderero, si necesitas alojamiento, pues quizá la mujer de la casa tenga algo que reparar.

—Pues ninguno de los dos —respondió Francis—; a mi señor le importa tan poco una como otra: es mejor para él que sea alguien que repare los pecados. Así que le dije que el papel lo había traído un anciano de larga barba blanca, quizá un hermano capuchino por lo que sé, pues iba vestido como un peregrino. Así que vendrán a buscarte en cuanto reúna fuerzas para verte.

—Ojalá hubiese terminado con este asunto —pensó Edie para sí—; se dice que el conde no está bien de la cabeza, y ¿quién sabe hasta qué punto puede ofenderse por mezclarme en esto?

Pero ya no había vuelta atrás; sonó una campana en una parte lejana de la mansión, y Macraw dijo, reprimiendo su acento como si ya estuviera en presencia de su señor:

—¡Ésa es la campana de mi señor! Sígueme a paso lento y ligero, Edie.

Edie siguió a su guía, que parecía pisar como con temor de ser oído, a través de un largo pasaje y por una escalera trasera que los condujo hasta los aposentos familiares. Eran amplios y extensos, y estaban amueblados con todo el lujo que exigían la alcurnia y esplendor de la familia. Pero todos los adornos eran del gusto de una época pasada y distante, y uno casi podía imaginarse atravesando los vestíbulos de un noble escocés antes de la unión de las dos Coronas[219]. La difunta condesa, en parte por un soberbio desdén por la época en la que vivía, en parte por su sentido del orgullo familiar, no había permitido que el mobiliario fuese alterado o modernizado mientras vivió en la casa Glenallan. La parte más majestuosa de la decoración era una colección de cuadros de los mejores maestros, con marcos macizos que habían perdido el brillo con el tiempo. También aquí parecía predominar el sombrío gusto de la familia. Había unos valiosos retratos familiares de Van Dyke y otros eminentes maestros; pero la colección era más rica en santos y martirios de Domenichino, Velázquez y Murillo, y otros temas parecidos, antes que en paisajes y composiciones históricas. El modo en que estos asuntos horribles, y a veces desagradables, se veían representados armonizaba con el sombrío estado de los aposentos, circunstancia que no se le escapó al anciano según avanzaba bajo la guía de su antiguo compañero de armas. Estuvo a punto de expresar un sentimiento de este tenor, pero Francis lo mandó callar con gestos, y, abriendo una puerta al final de la larga galería de cuadros, lo introdujo en una antecámara revestida de negro. Aquí se encontró al limosnero, con la oreja apoyada sobre una puerta que había enfrente de aquella por la que acababan de entrar, en la postura de alguien que escucha con atención, pero al mismo tiempo tiene miedo de que lo pillen con las manos en la masa.

El viejo criado y el sacerdote se sobresaltaron al verse. Pero el limosnero se repuso antes, y, dirigiéndose hacia Macraw, le dijo en un susurro, pero con un tono autoritario:

—¿Cómo te atreves a entrar en los aposentos del conde sin llamar? Y ¿quién es ese extranjero, y qué hace aquí? Retiraos a la galería y esperadme allí.

—Me es imposible ahora mismo atender al reverendo señor —respondió Macraw, alzando la voz para que se le oyera también en la habitación vecina, consciente de que el sacerdote no prolongaría la pelea si su señor podía oírles—; el conde ha tocado la campana.

Apenas había pronunciado estas palabras cuando la campana sonó de nuevo, con mayor violencia que antes; y el clérigo, dándose cuenta de que era imposible proseguir la conversación, levantó el dedo señalando a Macraw, con gesto amenazante, y salió de los aposentos.

—Ya te lo había dicho —dijo el hombre de Aberdeen a Edie en un susurro, y

después procedió a abrir la puerta junto a la cual habían visto parado al capellán.

Capítulo XXVIII

El anillo, este anillo de poderes necrománticos, ha despertado fantasmas de placer para mi horror, ha conjurado el sentido del honor y el amor en tales formas, que de pensarlo me horrorizo.

The Fatal Marriage[220]

En la casa Glenallan se observaban las antiguas tradiciones de duelo, a pesar de la terquedad con la que se decía que los miembros de la familia negaban a los muertos el acostumbrado tributo de los lamentos. Es de notar que, cuando la condesa recibió la carta fatal que anunciaba la muerte de su segundo hijo, que, según se creía, era su favorito, su mano no tembló ni pestañeó más que si hubiera estado leyendo alguna carta referente a un asunto cotidiano. Solo Dios sabe si la contención del dolor maternal que ordenaba su orgullo ayudó a precipitar de algún modo su propia muerte. Era creencia general que su ataque de apoplejía, que tan poco después terminaría con su existencia, fue la venganza de la ultrajada naturaleza por el dominio al que había sometido sus sentimientos. Pero pese a que lady Glenallan refrenara los usuales signos externos de tristeza, había revestido muchos de los aposentos, entre otros el suyo propio y el del conde, con los atavíos del dolor.

El conde de Glenallan estaba pues sentado en un aposento revestido de paño negro, que ondeaba en apagados pliegues sobre las altas paredes. Un biombo, cubierto del mismo material y orientado hacia la alta y estrecha ventana, interceptaba gran parte de la luz que pasaba a través de la vidriera, en la que se veía una representación, con toda la habilidad del siglo XIV, de la vida y las soledades del profeta Jeremías. La mesa a la que se sentaba el conde estaba alumbrada con dos lámparas de plata labrada que exhalaban esa luz desagradable y dudosa que surge de la mezcla del brillo artificial con la luz natural. En la misma mesa había un crucifijo de plata, y dos libros de pergamino cerrados con broches. Un enorme lienzo, pintado con exquisitez por José Ribera, representaba el martirio de san Esteban, y era el único adorno del aposento.

El ocupante y señor de esta desconsolada cámara era un hombre en la flor de la vida, y, sin embargo, tan abatido por la enfermedad y la tristeza tan demacrado y fantasmal, que no parecía más que los restos de un hombre; al levantarse con precipitación para recibir al visitante, el esfuerzo pareció embargar su enjuta figura. Cuando se encontraron en mitad del aposento, el contraste fue chocante. Las robustas mejillas, el paso firme, la postura recta y la presencia y actitud resuelta del mendigo indicaban paciencia y satisfacción a una edad tan avanzada, aun en la más baja condición que puede alcanzar la humanidad; mientras que los ojos hundidos, las mejillas pálidas, y la tambaleante silueta del noble que tenía enfrente mostraba cuán poco tienen que ver la riqueza, el poder, e incluso las ventajas de la juventud, con lo que da reposo al espíritu y firmeza a la figura.

El conde se encontró con el anciano en el medio de la sala y, tras pedirle a su asistente que se retirara a la galería, y no dejara entrar a nadie en la antecámara hasta que tocara la campanilla, esperó, con agitada y temerosa impaciencia, hasta que oyó primero la puerta de su aposento, y después la de la antecámara, cerrarse con cerrojo. Cuando se aseguró de que nadie podía oírles, lord Glenallan se acerco al mendigo, al que probablemente confundía con un miembro de una orden religiosa que se hubiera disfrazado, y dijo, en un tono irritado pero vacilante:

—Por lo más sagrado de nuestra religión, dígame, reverendo señor, ¿qué debo esperar de una comunicación que se inicia con una prenda llena de tan horribles recuerdos?

El anciano, consternado por la actitud, tan distinta de la que esperaba, del orgulloso y poderoso caballero, no sabía cómo responderle y sacarle de su engaño.

—Dígame —continuó el conde, en un tono de creciente agonía y alarma—, dígame, ¿viene a decirme que todo lo que se ha hecho para expiar tan tremenda culpa ha sido demasiado pequeño y trivial en comparación con la ofensa, y a señalarme nuevas penitencias más eficaces? No huiré de ellas, padre; prefiero sufrir los dolores de mi crimen en este mundo a sufrirlos en el más allá.

Edie tuvo la agudeza de prever que, si no interrumpía la franqueza de las confesiones de lord Glenallan, se convertiría en el confidente de más secretos de los que era seguro para él saber. De este modo, susurró con voz angustiada y temblorosa:

—El señor está equivocado. No comparto su credo, ni soy clérigo, sino que, con todos mis respetos, soy tan solo el pobre Edie Ochiltree, *bedesman* del rey y de su ilustrísimo señor.

La explicación fue acompañada por una profunda reverencia a su modo, y, después, incorporándose, dejó su mano sobre el bastón, echó hacia atrás su larga melena blanca y miró al conde, esperando una respuesta.

—Así pues, ¿no es usted —dijo lord Glenallan, tras una pausa de sorpresa— un sacerdote católico?

—¡Que Dios me salve! —repuso Edie, olvidando a causa de su confusión con quién estaba hablando—. Soy solo el *bedesman* del rey y de su ilustrísimo señor, como ya dije antes.

El conde se dio la vuelta precipitadamente, y recorrió dos o tres veces la sala, como para recobrarse de su error, y después, acercándose al mendigo, preguntó en un tono severo e imperioso qué pretendía al introducirse de ese modo en su intimidad, y de dónde había sacado el anillo que había juzgado oportuno mandarle. Edie, hombre de mucho ingenio, se sintió menos intimidado por este interrogatorio que confuso antes por el tono de confidencia con el que el conde había iniciado la conversación. A la reiterada pregunta sobre el origen del anillo, respondió con serenidad que de alguien a quien el conde conocía más que él.

—¿A quién yo conozco más, amigo? —dijo lord Glenallan—. ¿A qué se refiere? Explíquese al instante, o sufrirá en sus carnes las consecuencias de irrumpir en horas

de dolor familiar.

—Ha sido la anciana Elspeth Meiklebackit quien me ha enviado —dijo el vagabundo—, para decirle…

—¡Está loco, anciano! —dijo el conde—. Nunca he oído ese nombre, pero esta terrible prenda me recuerda…

—Ahora recuerdo, señor conde —dijo Ochiltree—, que me dijo que la conocería si la llamaba Elspeth de Craignburnfoot. Ése era el nombre que tenía cuando vivía en las tierras del señor conde, es decir, en las de su honorable madre, entonces. ¡Que la gracia sea con ella!

—Sí —dijo el noble, horrorizado, mientras su semblante se hundía y sus mejillas adoptaban un tono aún más cadavérico—; ese nombre está de veras escrito en la página más trágica de una historia deplorable. Pero ¿qué puede querer de mí? ¿Está viva o muerta?

—Viva, mi lord; y solicita ver al ilustrísimo señor antes de morir, pues tiene que comunicarle algo que ensombrece su alma, y dice que no podrá descansar en paz hasta que no lo vea.

—¿Hasta que no me vea? ¿Qué puede significar eso? Ha perdido la razón por la edad y la enfermedad. Le digo, amigo, que yo mismo fui a su cabaña hace menos de un año, al tener noticia de su enfermedad, y no conoció ni mi cara ni mi voz.

—Si el ilustrísimo señor me permite —dijo Edie, a quien la longitud de la conferencia restituía parte de su audacia profesional y locuacidad natural— si el ilustrísimo señor tiene la bondad de permitirme, yo diría, a no ser que usted me corrija, que la anciana Elspeth es como algunas de las antiguas fortalezas y castillos ruinosos que uno ve entre las colinas. Hay muchas partes en su cabeza que parecen, se podría decir, yermas y deterioradas, pero hay partes que parecen más firmes, más fuertes y más grandiosas, justamente porque se alzan como fragmentos entre las ruinas. Es una mujer que impone temor.

—Siempre lo fue —afirmó el conde, haciéndose eco casi inconscientemente de la observación del mendigo—; siempre fue diferente de las demás mujeres, solo se parecía a la que ahora ya no es, ni en carácter ni en inteligencia. ¿Así que desea verme?

—Antes de morir —dijo Edie— solicita ese placer.

—No sera un placer para ninguno de nosotros —dijo el conde con severidad—, pero se le concederá. Vive, creo, en la costa sur de Fairport, ¿verdad?

—Justo entre Monkbarns y el castillo de Knockwinnock, pero más cerca de Monkbarns. Sin duda, el señor conoce al terrateniente y a sir Arthur, ¿me equivoco?

Por toda respuesta, lord Glenallan le miró como si no comprendiera lo que le decían. Edie se dio cuenta de que estaba pensando en otra cosa, y no se atrevió a repetir una pregunta tan poco pertinente con el asunto del que trataban.

—¿Es usted católico, anciano? —preguntó el conde.

—No, mi lord —dijo Ochiltree con firmeza, pues le vino el recuerdo de la

división desigual de la caridad—. Doy gracias a Dios de ser un buen protestante.

—El que con conciencia puede llamarse a sí mismo bueno tiene sobradas razones de dar gracias a Dios. Pero ¿quién puede atreverse a hacerlo?

—Yo no —dijo Edie—. Confío en evitar el pecado de presunción.

—¿A qué se dedicaba en su juventud? —continuó el conde.

—Fui soldado, mi lord; y he pasado muchos días tristes en los campamentos. Tenía que haber llegado a sargento, pero…

—¡Soldado! Entonces ¿ha matado y quemado, saqueado y robado?

—No le diré —respondió Edie— que haya sido mejor que mis vecinos; es una profesión muy dura: la guerra solo es dulce para aquellos que no la prueban.

—Y, ahora que es usted viejo y miserable, ¿viene a pedir por caridad la comida que en su juventud arrancaba de las manos de los pobres campesinos?

—Soy mendigo, es cierto, mi lord; pero tampoco soy tan miserable. He tenido la gracia de arrepentirme de mis pecados, si me permite, y de ponerlos donde alguien los aguante mejor que yo; y, en cuanto a mi comida, nadie da a regañadientes a un anciano un bocado y un trago. Así pues, vivo como puedo, y me conformaré con mi muerte cuando llegue.

—Así pues, con pocos recuerdos a la espalda que sean agradables o loables, y menos aún que esperar a este lado de la eternidad, ¿se conforma usted con vagabundear para el resto de su existencia? ¡Váyase! Y, pese a su edad, pobreza y cansancio, nunca envidie al señor de una mansión como ésta, ni en sueño ni en vela. Aquí hay algo para usted.

El conde puso en la mano del anciano cinco o seis guineas. Edie quizá habría apelado a sus principios contra la cantidad de su limosna, como en otras ocasiones, pero el tono de lord Glenallan era demasiado terminante para admitir respuesta o protesta. El conde llamó entonces a su criado.

—Lleve a este hombre sano y salvo fuera del castillo; que nadie le pregunte nada. Y usted, amigo, váyase, y olvide el camino que trae a mi casa.

—Me será difícil —dijo Edie, mirando el oro que aún tenía en la mano—, me será difícil, puesto que el señor me ha dado tan buena razón para recordarlo.

Lord Glenallan lo miró, como si apenas comprendiera la terquedad del anciano al atreverse a replicarle, y, con su mano, le hizo otro gesto para que se fuera, que el mendigo obedeció al instante.

Capítulo XXIX

lie le hacía sombra en los deportes de ocio,
nonarca de los terrenos de juego,
omba del arco, la pelota al vuelo,
ate, los palos, tales eran sus negocios.

GEORGE CRABBE, *The Village*

Francis Macraw, de conformidad con las instrucciones de su señor, se ocupó del mendigo a fin de que no se acercara a sus posesiones y no conversase o entablara relación alguna con los subordinados o criados del conde. Pero, juiciosamente y considerando que él había quedado fuera de dicha restricción —pues él era el hombre a cargo de la escolta—, hizo uso de todos los recursos en su haber para extorsionar a Edie y averiguar la naturaleza de la entrevista, secreta y confidencial, que este último había tenido con lord Glenallan. Sin embargo, Edie ya estaba acostumbrado a este tipo de interrogatorios, por lo que consiguió esquivar fácilmente el de su anterior camarada. «Los secretos de los nobles —se dijo Ochiltree— son como bestias salvajes encerradas en jaulas. Atándolos corto, la cosa va bien o mejor que bien, pero, como los sueltes, irán a por ti y te harán pedazos. Aún no sé cómo es posible que a ese desgraciado de Dugald Gunn se le fuese la lengua con lo de la esposa del comandante y el capitán Bandilier.»

Por consiguiente, los asaltos a la fidelidad del mendigo fueron frustrados y Francis, cual impasible jugador de ajedrez, iba quedando, a cada movimiento malogrado, más expuesto a los jaques de su oponente.

—¿Conque no tenías nada en particular que decirle a mi señor? ¿Solo cuestiones personales?

—Sí, y sobre varias cosillas que he traído de fuera —dijo Edie—. Ya sé que vosotros los papistas tenéis gran interés por las reliquias de iglesias lejanas y cosas así.

—Cierto, mi señor no debe de andar muy bien del todo —adujo el criado—, si se pone en ese estado con algo que tú le has traído, Edie.

—No pongo en duda tus palabras, vecino —contestó el mendigo—, aunque tal vez se deba a alguna mala experiencia en su juventud, Francis; eso a veces desequilibra enormemente a la gente.

—En efecto, Edie, y podría decirte además, ya que dudo que vuelvas a esta casa y, de hacerlo, difícilmente me encontrarás aquí, podría decirte que incluso de mozo, su corazón estaba tan destrozado, tan desgarrado, que es un milagro que no se haya roto mucho antes.

—¡No me digas! —respondió Ochiltree—. Y me imagino que por una mujer.

—En efecto, has acertado —respondió Francis—, precisamente de una prima suya, la señorita Eveline Neville, así se llamaba. La gente murmuró mucho pero el

asunto fue silenciado porque había nobles implicados. Le hablo de hace más de veinte años, él tenía veintitrés por aquel entonces.

—Sí, yo estaba en América —dijo el mendigo—, y no estaba al tanto de los conflictos del país.

—El conflicto no fue gran cosa, amigo —alegó Macraw—; le gustaba esa joven dama y se habría casado con ella, pero su madre se enteró y entonces se armó un gran alboroto. Al final, la pobre muchacha saltó al mar desde el acantilado de Craigburnfoot, poniendo así fin a la historia.

—Fin de la historia para la pobre dama —dijo el mendigo—, pero, por lo que sé, no para el conde.

—No tendrá fin mientras viva —respondió el de Aberdeen.

—Y ¿por qué razón prohibió la anciana condesa el matrimonio? —preguntó el mendigo con insistencia.

—¿Por qué razón? Tal vez ni ella misma lo supiese, tal vez, para bien o para mal, hacía que todos se rindieran a sus exigencias, pues era bien sabido que la joven dama tenía inclinación a ciertas herejías del país y, además, sus lazos de sangre con el hijo de la condesa eran más estrechos de los permitidos por nuestra Iglesia. Todo esto llevó a la muchacha a cometer tal acto de desesperación y desde entonces el conde no ha levantado cabeza.

—¡Pobre señor! —respondió Ochiltree—. Qué raro que no haya oído antes esta historia.

—Lo raro es que la hayas oído ahora, ya que ninguno de los sirvientes se habría atrevido a contarla de haber estado viva la anciana condesa. ¡Ay, amigo! Esa mujer era de armas tomar; habría hecho falta un hombre muy hábil para plantarle cara. Pero ahora que descansa en su tumba no pasa nada si nos vamos un poco de la lengua. En fin, me despido, tengo que volver ya, me toca turno de noche. Si vienes por Inverurie en unos seis meses, no te olvides de preguntar por Francis Macraw.

Le apretó gentilmente la mano a modo de firme promesa y así se despidieron los amigos, con el testimonio de mutuo respeto; el criado de lord Glenallan tomó el camino de vuelta a la casa de su señor, dejando a Ochiltree proseguir su peregrinaje habitual.

Era una deliciosa tarde de verano y, el mundo, es decir, ese pequeño círculo, pues para el individuo que lo recorre no es más que eso, se extendía ante Edie Ochiltree, quien debía elegir dónde pasar la noche. Atrás quedaban los parajes más inhóspitos de Glenallan y ahora tenía a su disposición tantas opciones de refugio que se mostró selecto, incluso puntilloso, en su elección. La taberna de Ailie Sim quedaba de camino, más o menos a una milla, pero seguramente se encontraría con un grupito de jovenzuelos, pues era sábado por la noche; además era el tipo de bar en el que se debe conversar. Le vinieron a la imaginación otros *gudemen* y *gudewives*, que es como en Escocia llaman a los granjeros y a sus mujeres respectivamente. Pero uno estaba sordo y no podía oírle; otro estaba desdentado y no podía hacerse entender; un tercero

tenía muy mal carácter; y el cuarto tenía un perro rabioso. Seguro que en Monkbarns o en Knockwinnock le dispensarían un recibimiento favorable y hospitalario, pero estaban demasiado lejos para llegar a buena hora esa misma noche.

—No sé por qué —dijo el anciano— tengo tantos reparos a la hora de decidir dónde pernoctar esta noche, muchos más de los que he tenido en toda mi vida. Creo que ver todas esas cosas tan estupendas y darme cuenta de que uno puede ser más feliz sin ellas me ha hecho sentirme orgulloso de mi propia suerte. Pero espero que sea un buen presagio, pues antes del quebrantamiento es la soberbia[221]. En cualquier caso, el peor granero en el que haya dormido un hombre sería una morada más agradable que la casa Glenallan, con todos sus cuadros y terciopelos negros y ornamentos de plata. Así que no me lo pienso más, me quedo donde Ailie Sims.

A medida que el anciano bajaba la colina rumbo a la pequeña aldea hacia la que encaminaba sus pasos, la puesta de sol iba liberando a los aldeanos del cautiverio de sus quehaceres; así, los muchachos, aprovechando la apacible tarde, practicaban el juego de bochas mientras las mujeres y los mayores los observaban. Los gritos, las risas, las exclamaciones de ganadores y perdedores llegaban en un coro entremezclado hasta el camino por el que Ochiltree descendía y despertaron en su memoria los días en los que también él había sido un ferviente competidor y, a menudo, ganador, en juegos de fuerza y agilidad. Muy rara vez no consiguen tales recuerdos provocar un suspiro, incluso cuando al ocaso de la vida se llega con el consuelo de una perspectiva más brillante que la de nuestro pobre mendigo. «En ese momento de mi vida —se dijo, en una de sus habituales reflexiones—, no habría reparado en un cuerpo encorvado y vetusto que bajase por la ladera de Kinblythemont, de igual modo que ninguno de esos lozanos jóvenes repara ahora en el viejo Edie Ochiltree.»

Sin embargo, poco después se animaría al ver que su llegada iba a tener más importancia de la que su modestia había anticipado. Una trifulca se había librado entre los dos bandos de jugadores y, puesto que el recaudador estaba a favor de un equipo y el maestro del otro, el asunto tenía que ser llevado a instancias superiores. Asimismo, el molinero y el herrero se habían decantado por bandos diferentes y, teniendo en cuenta el temperamento de ambos contrincantes, había razones para dudar de que el rifirrafe se solucionase de manera amistosa. Así, la primera persona que alcanzó a ver al mendigo exclamó:

—Eh, aquí viene el viejo Edie, él conoce las reglas de los juegos de nuestro país mejor que nadie que sepa lanzar bolas, tirar de carretillas o aporrear piedras. Dejemos de discutir, compañeros, que sea el viejo Edie quien decida.

Por tanto, tras ser debidamente bienvenido, Edie fue asignado como árbitro entre un clamor general de exultación. Con la modestia de un obispo al que se le ofreciese la mitra, o la de un presidente llamado a ocupar su puesto, el anciano declinó la gran confianza y responsabilidad depositadas en él y, en compensación por su negativa y humildad, obtuvo la satisfacción de recibir la reiterada confirmación por parte de

jóvenes, ancianos y personas de mediana edad de que él era simple y llanamente la persona mejor cualificada para el cargo de árbitro «a lo largo y ancho del país». Sintiéndose, pues, respaldado, procedió con gravedad a desempeñar su labor y, tras prohibir estrictamente cualquier expresión de agravio en cualquiera de los bandos, escuchó al herrero y al recaudador por una parte, y al molinero y al maestro por otra, a los primeros en calidad de abogados novatos, y a los segundos en calidad de expertos. Edie ya había tomado una decisión antes de que comenzasen los alegatos; no obstante, un juez debe seguir todos los procedimientos y aguantar hasta el final las elocuencias y argumentaciones de la abogacía. Una vez que todo fue dicho por ambas partes y, con frecuencia, repetido más de una vez, nuestro experto, tras haber sido sabia y convenientemente aconsejado, emitió el juicio conciliador y moderado de que la disputa debía acabar en empate y que, por tanto, no habría de contar para ninguno de los dos bandos. La sensata decisión restableció la concordia en el campo; los jugadores reanudaron sus juegos y apuestas y el acostumbrado júbilo que acompaña los deportes del pueblo; los más ávidos ya estaban quitándose las chaquetas y confiándolas, junto con sus coloridos pañuelos, al cuidado de sus esposas, hermanas y amantes. Sin embargo, la alegría fue extrañamente interrumpida.

Alrededor del grupo de jugadores empezaron a oírse sonidos singulares, muy diferentes a los habituales en el deporte: las exclamaciones y débiles suspiros con los que se reciben las primeras noticias de una desgracia. Un rumor empezó a extenderse entre las mujeres:

—¡Pobres hombres! ¡Con lo jóvenes que eran y así tan de repente!

Después se extendió entre los hombres hasta silenciar del todo los ecos de júbilo deportivo. Todos comprendieron de inmediato que había ocurrido algún desastre, y unos y otros se preguntaban cuál habría sido el motivo, sin que ninguno llegase a saber gran cosa. Finalmente el rumor llegó con claridad a oídos de Edie Ochiltree, el cual se encontraba en el meollo de la congregación. La barca de Meiklebackit —los pescadores que tantas veces hemos mencionado— se había ido a pique, y se afirmaba que cuatro hombres habían perdido la vida, entre ellos Meiklebackit y su hijo. Sin embargo, el rumor, al igual que en otros casos, había ido más allá de la verdad. Era cierto que el barco había naufragado, pero Stephen —o Steenie Meiklebackit, pues así era como le llamaban— había sido el único en ahogarse. A pesar de que su lugar de residencia y su modo de vida habían apartado al joven de la compañía de sus paisanos, hicieron una pausa en su rústica alegría para rendir el tributo a la repentina calamidad que rara vez deja ésta de recibir cuando ocurren cosas extraordinarias. Para Ochiltree, en particular, la noticia fue como un tañido fúnebre, tanto más cuanto que poco antes el joven le había ayudado en el asunto de la jugarreta a Dousterswivel, y aunque el adepto alemán no sufrió descalabro o daño alguno, la tarea en cuestión no era precisamente la más indicada para cumplir en las últimas horas de vida.

Las desgracias nunca vienen solas. Mientras Ochiltree —apoyado meditabundo sobre su bastón— sumaba su pesar al de los demás aldeanos que lamentaban la

inesperada muerte del joven e interiormente se culpaba por haberle mezclado en aquella aventura, un condestable lo agarró por el cuello y, esgrimiendo la porra con la mano derecha, exclamó:

—¡En el nombre del rey!

El recaudador y el maestro unieron sus retóricas para hacerle ver al condestable y a su ayudante que no tenían derecho a detener a un fiel *bedesman* del rey como si de un maleante se tratase; por otra parte, el molinero y el herrero —con un elocuente mutismo que convergía en sus apretados puños— se disponían a asegurar la libertad de su árbitro mediante la fuerza. Su casaca azul, adujeron, era su salvaguarda para viajar por la región.

—Pero su casaca azul —respondió el oficial— difícilmente le protegerá de los cargos de asalto, robo y asesinato; y mi orden judicial contra él se basa en dichos delitos.

—¡Asesinato! —exclamó Edie—. ¡Asesinato! ¿A quién he asesinado?

—Al alemán Dousterswivel, agente de minas de Glen-Withershins.

—¿Que he asesinado a Doustersllorica? Pero si ese señor está vivo y coleando.

—Si lo está, no será gracias a usted; libró una dura batalla por su vida, de ser cierto todo lo que él dice, y usted tendrá que responder ante la ley.

Los defensores del mendigo se amilanaron al oír la atrocidad de los cargos imputados, pero más de una mano amiga le tendió carne, pan y peniques a Edie para que pudiese mantenerse en la prisión a la que los agentes de la justicia estaban a punto de conducirle.

—¡Muchas gracias, Dios os bendiga a todos, hijos míos! He conseguido escapar de trampas peores cuando menos merecía la liberación. Escaparé como un pájaro del cazador. Acabemos la farsa[222] y jamás os preocupéis por mí; tengo más pesar por el pobre muchacho que se nos ha ido que por lo que pudiese ocurrirme.

Así pues, el prisionero se puso en marcha sin ofrecer resistencia, a la par que, de forma mecánica, iba aceptando y almacenando en sus bolsillos las limosnas que le caían en las manos, y poco después abandonó la aldea tan bien surtido de cosas como un proveedor del Gobierno. Sin embargo, el trabajo de soportar esta carga extra fue aliviado por el oficial, que se procuró carro y caballo para llevar al anciano hasta un magistrado, a fin de que se le interrogase y juzgase.

El infortunio de Steenie y la detención de Edie pusieron fin a las diversiones; los reflexivos habitantes empezaron a especular sobre las vicisitudes de los asuntos humanos, los cuales, repentinamente, habían llevado a uno de sus camaradas a la tumba, y habían puesto al maestro de los festejos en peligro de ser ahorcado. El carácter de Dousterswivel era de sobra conocido —lo que en este caso equivale a decir que era de sobra detestado—, y eran muchos los que consideraban probable que su acusación fuese malintencionada. Pero todos estaban de acuerdo en que, si Edie Ochiltree estaba destinado en cualquier caso a sufrir en esta ocasión, era una lástima que no hubiese matado a Dousterswivel en el acto y haber merecido, así, su porvenir.

Capítulo xxx

ıién es él? El que a falta de tierras
a batallas en los mares; ha desafiado
ballena, y entre sus victorias,
ıran entre otras Leviatán y Behemot.
nidió con un pez espada. ¡Canastos, señor!
ɔez venció y la contienda
pesa en los calzones del campeón.

Antigua obra[223]

—Así que al pobre muchacho, Steenie Meiklebackit, lo entierran esta mañana —dijo nuestro amigo el anticuario mientras se quitaba su batín forrado y se ponía un anticuado abrigo negro en lugar del pardusco que habitualmente llevaba—. Y doy por hecho que se espera que yo asista al funeral, ¿no es así?

—Claro que sí —respondió el fiel Caxon mientras cepillaba oficiosamente los hilachos blancos y las pelusas del hábito de su patrón—. El cadáver, Dios nos asista, estaba tan quebrantado por haberse estrellado contra las rocas que quieren proceder al entierro cuanto antes. Con el mar nunca se sabe, es lo que le digo a mi hija, la criaturita, cuando quiero levantarle el ánimo; el mar, le digo a Jenny, es un negocio tan incierto…

—Como el negocio de un viejo fabricante de pelucas que se viene abajo con la moda del pelo al rape y el impuesto de los polvos[224]. Caxon, tu elección del argumento de consuelo es tan poco afortunada como ajena al propósito que nos ocupa. *Quid mihi cum fœmina?* ¿Qué tengo yo que ver con tus mujeres? Bastante y de sobra tengo yo con las mías. Te lo vuelvo a suplicar, ¿esa pobre gente espera de mí que acuda al funeral de su hijo?

—Oh, sin duda, su presencia es esperada —respondió Caxon—; bueno, sé que se espera que vaya usted. Ya sabe, en este país se supone que los caballeros deben ser lo suficientemente educados para ver el cadáver cuando aún no toca el suelo; no es necesario que cruce la puerta, nadie espera que renuncie a su honor, la escolta Kelso[225] es suficiente, a un paso y medio del umbral será suficiente.

—La escolta Kelso —repitió el anticuario inquisitivo—. ¿Y por qué la escolta Kelso y no cualquier otra?

—Estimado señor —respondió Caxon—, ¿cómo iba yo a saberlo? Es solo un proverbio.

—Claro, Caxon —replicó Oldbuck—, de las pelucas no se te puede sacar; si le hubiese preguntado a Ochiltree, ya me habría contado alguna fábula a mi medida.

—Mi cometido —argumentó Caxon, más fogoso de lo habitual— tiene como meta el honor externo de su cabeza, tal y como usted acostumbra a decir.

—Cierto, Caxon, cierto; y no puede reprochársele a un techador que no sea tapicero.

Entonces sacó su cuaderno de notas y apuntó: «Escolta de Kelso; debo quedarme a un paso y medio del umbral. Autor: Caxon. *Quære*[226]: ¿de dónde procede? Nota: escribir al doctor Graysteel sobre el asunto».

Tras registrar esta entrada, prosiguió:

—Y, ciertamente, esta costumbre de que el terrateniente visite el cadáver de un campesino me parece bien, Caxon. Se remonta a tiempos antiguos y se fundamenta en las nociones de auxilio y dependencia mutuos entre el terrateniente y el cultivador de la tierra. Y por ende he de decir que el sistema feudal… ejem, y sus costumbres (también en su excesiva cortesía hacia las mujeres) mitigaron y suavizaron la severidad de la época clásica. Ningún hombre, Caxon, habrá oído jamás de un espartano que haya asistido al funeral de un hilota; si bien me atrevo a jurar que John de Girnell, ¿has oído hablar de él, Caxon?

—Sí, sí, señor —respondió Caxon—; nadie puede haber pasado mucho tiempo en su honorable compañía sin haberle oído hablar de ese caballero.

—Bien —prosiguió el anticuario—, apostaría una bagatela a que no ha habido *kolb-kerl*, siervo, campesino o *ascriptus glebæ*[227] que haya muerto en los dominios de la abadía y al que John de Girnell no haya visto, con probidad y decencia, ser inhumado.

—Sí, pero en honor a la verdad, parece ser que tenía más que ver con los nacimientos que con los entierros —se rió jovialmente entre dientes el encargado de la peluca.

—¡Bien, Caxon, muy bien! Te veo muy lúcido esta mañana.

—Y, además —añadió Caxon con malicia, animado por el beneplácito de su patrón—, por lo visto en esa época los sacerdotes católicos recibían algún tipo de compensación por asistir a los entierros.

—Cierto, Caxon, tan cierto como que llevo guante, como dice el refrán. Por cierto, diría que ese dicho proviene de la costumbre de prometer un guante en señal de fe irrefutable. Pues, como iba diciendo, Caxon, tan cierto como que llevo guante, nosotros, los de ascendencia protestante, tenemos mayor mérito al tener que desempeñar esa tarea sin recibir nada a cambio, lo cual acarrea gastos en el reino de la emperatriz de la superstición[228], a quien Spenser menciona en su alegórico verso:

hija de la mujer ciega,
essa, hija de Corecca.

»Pero ¿para qué te contaré estas cosas a ti? El pobre Lovel me ha malcriado, me ha acostumbrado a hablar en alto, cuando en verdad es casi igual que hablar conmigo mismo. ¿Dónde está mi sobrino, Hector MacIntyre?

—Está en la sala, señor, con las damas.

—Muy bien —dijo el anticuario—. Me dispongo, pues, a ir hacia allá.

—Por favor, Monkbarns —dijo su hermana en cuanto entró en la sala—, no vayas a enfadarte ahora.

—¡Mi querido tío! —comenzó a decir la señorita MacIntyre.

—¿Qué significa todo esto? —dijo Oldbuck, alarmado por la inminencia de alguna mala noticia, a juzgar por el tono suplicante de las damas, igual que una fortaleza se dispone a atacar al oír la primera floritura—. ¿A qué viene todo esto? ¿Por qué hacéis alusión a mi paciencia?

—Por nada en particular, espero, señor —dijo Hector, sentado a la mesa del desayuno con el brazo en cabestrillo—; sin embargo, sea lo que fuere, soy yo quien debe responder, ya que son muchas las inconveniencias que he causado y por las que nada tengo que ofrecer a excepción de mi gratitud.

—No, no, acepto tu gratitud de corazón, tómalo solo como una advertencia —dijo el anticuario— por tus arranques de furia, que son una locura pasajera. *Ira furor brevis*[229], pero ¿y esta nueva desgracia, qué es lo que ha ocurrido?

—Por desgracia, señor, mi perro ha roto…

—¡Por el amor de Dios, dime que no ha roto el lacrimatorio de Clochnaben! —interrumpió Oldbuck.

—Pues sí, eso mismo, tío —dijo la joven dama—; me temo que era el que estaba en el aparador, el pobre animalito solo quería comerse la barra de manteca fresca.

—Empresa que llevó a cabo con éxito, debo suponer, a juzgar por los restos de sal en la mesa. Pero eso es irrelevante. Mi lacrimatorio, el pilar principal sobre el que se fundamenta mi teoría (a pesar de la ignorante obstinación de Mac-Cribb) de que los romanos habían cruzado los desfiladeros de estas montañas, dejando atrás los restos de sus artes y armas. Se ha esfumado, ha sido aniquilado, reducido a fragmentos que bien podrían ser los de un florero cualquiera.

:tor, te estimo,
› no serás nunca más mi oficial.[230]

—Me temo, señor, que yo sería una mala presencia en un regimiento que usted levantase.

—Por último, Hector, haré que te envíen tus pertenencias. Debes marchar *expeditus* o *relictis impedimentis*[231]. No puedes ni imaginar cuán enojado estoy por culpa de esa bestia; además, es culpable de robo, pues, tras abrir todas las puertas que habían sido previamente cerradas, cometiendo así allanamiento de cocina, se zampó una paletilla de carnero.

Nuestros lectores, si tienen ocasión de recordar la precaución que tuvo Jenny Rintherout al dejar la puerta abierta cuando fue a la cabaña del pescador, probablemente absuelvan a la pobre Juno del agravio de culpabilidad al que los abogados se refieren como *claustrum fregit*[232], y que distingue el robo del simple hurto.

—Siento muchísimo, señor —dijo Hector—, todo el desbarajuste que ha causado Juno; pero ni Jack Muirhead, el adiestrador de perros, fue capaz de disciplinarla. Y

eso que, por lo que sé, ha hecho más viajes que ningún otro perro, pero…

—En tal caso, Hector, deseo que esa perra salga de mis dominios y emprenda otro de sus viajecitos.

—Los dos nos iremos mañana, hoy mismo si hace falta, pero no desearía marcharme habiendo incomodado al hermano de mi madre por culpa de una mísera vasija.

—¡Oh, hermano, hermano! —profirió la señorita MacIntyre totalmente desesperada al oír este adjetivo tan fustigador.

—¿Qué, qué quieres que diga? —continuó Hector—. Si no era más que uno de esos cacharros que usan en Egipto para enfriar el vino, los zumos o el agua. Yo llevé a casa un par de ellos, y podría haberme traído veinte de haber querido.

—¿Cómo? —dijo Oldbuck—. ¿Iguales que el que tu perra acaba de romper, con la misma forma?

—Sí, señor, casi iguales que el jarrón de barro que estaba en el aparador. Los tengo en Fairport, donde me alojo; trajimos unos cuantos para enfriar el vino durante el viaje, enfrían el vino de maravilla. Si pudiesen de algún modo reparar su pérdida, si fuesen de su agrado, sin duda alguna me sentiría honrado si los aceptase.

—De hecho, hijo mío, me sentiría muy agradecido de tenerlos. Rastrear los vínculos entre naciones a partir de sus costumbres, así como la similitud de sus utensilios, ha sido durante mucho tiempo mi objeto de estudio predilecto. Cualquier cosa que pueda ilustrar dichos vínculos resulta de gran valor para mí.

—Está bien, señor, me sentiré muy agradecido si los acepta junto con otras fruslerías del estilo. Y ahora, espero que me haya perdonado.

—Ay, hijo mío, tu único pecado es ser irreflexivo e insensato.

—Y Juno también: lo único que le pasa es que es irreflexiva, se lo aseguro. El adiestrador me ha dicho que no tiene vicios ni obsesiones.

—De acuerdo, le concedo a Juno mi perdón, a condición de que la imites, de que no seas vicioso ni obsesivo y de que no la dejes entrar más en esta sala.

—En tal caso, tío —adujo el soldado—, y puesto que antes me habría avergonzado enormemente de ofrecerle una cosa que considero digna de su agrado, por miedo a que se tomara por expiación de mis pecados o los de mi seguidora, permita, ahora que todo está perdonado, a este sobrino huérfano, para el cual ha sido usted un padre, ofrecerle un pequeño presente, que me han asegurado que es muy curioso y que no le he podido ofrecer antes por culpa de la herida sufrida en mi accidente. Lo recibí de un erudito francés a quien presté ciertos servicios tras mis andanzas por Alejandría.

El capitán puso una cajita en manos del anticuario y cuando éste la abrió pudo ver un antiguo anillo de oro macizo, con un camafeo, primorosamente tallado y con la cabeza de Cleopatra. El anticuario no pudo reprimir su éxtasis: dio cordialmente la mano a su sobrino, le dio las gracias un centenar de veces y les enseñó el anillo a su hermana y a su sobrina; esta última tuvo el tacto de manifestar suficiente admiración,

pero la señorita Griselda (a pesar de sentir el mismo afecto por su sobrino) no tuvo la deferencia de seguir el ejemplo de la sobrina.

—Qué lindo —dijo ella—, Monkbarns, y me atrevería a decir que de gran valor, pero yo con estas cosas me pierdo, no sé valorar este tipo de objetos.

—Parece como si todo Fairport hablase por tu boca —exclamó Oldbuck—, el espíritu del municipio nos ha infectado a todos; en estos dos días no he dejado de oler el humo, adherido al viento del nordeste como una rémora. Y sus prejuicios se extienden más lejos que el vapor. Créeme, querido Hector, si anduviese por la calle principal de Fairport mostrando esta gema inestimable a los ojos de todo aquel con quien me cruzase, no habría criatura humana, ya fuera el preboste o el pregonero, que se interesase por su historia. Pero, si llevase bajo el brazo un fardo de tela, a cada dos pasos me acribillarían a preguntas sobre la textura y el precio exactos. Podría parodiarse su brutal ignorancia en palabras de Gray.

limbre y trama entretejen,
udario del ingenio y sensatez,
da y deslustrada armadura,
tra la que el dinero nada puede hacer.[233]

La prueba más fehaciente de la buena acogida que tuvo este ofrecimiento de paz fue el hecho de que, mientras el anticuario estaba inmerso en su declamación, Juno —que lo miraba con cierto temor gracias al notable instinto por el que los perros descubren al momento quién les tiene afecto y quién no— se asomara varias veces a la sala y, al no ver nada especialmente amenazador, se decidiera finalmente a entrar; sintiéndose aún más audaz en vista de su impunidad, se comió la tostada del señor Oldbuck mientras éste intercambiaba miradas con su público y repetía autocomplaciente: «Urdimbre y trama entretejen…».

—Seguramente recordéis el pasaje de *Las hermanas fatales* que, por cierto, no es comparable al original. Pero ¡un momento! ¡Mi tostada ha desaparecido! Ya veo, es cosa de esa forma de hembra. No es de extrañar que su apelativo genérico se considere ofensivo —dijo, enseñándole los puños a Juno, que salió brincando de la sala—. No obstante, ya que Júpiter, según Homero, no pudo someter a Juno en el cielo y Jack Muirhead, de acuerdo con Hector MacIntyre, ha sufrido la misma suerte en la tierra, sospecho que este animal debe seguir su propio rumbo.

Esta suave reprimenda fue justamente considerada por los hermanos como un perdón absoluto a las ofensas de Juno y seguidamente se sentaron satisfechos a desayunar.

Cuando concluyó el desayuno, el anticuario propuso a su sobrino que lo acompañase al funeral. El soldado alegó que no tenía ropa de luto adecuada.

—Oh, eso es secundario, tu presencia es lo único importante. Te aseguro que verás algo muy entretenido; no, ese adjetivo no es exacto, algo muy interesante en las semejanzas que te haré notar entre las costumbres populares de tales ocasiones y las

costumbres más antiguas.

«Que Dios se apiade de mí —pensó MacIntyre—, seguro que me fallan los modales y pierdo todo el buen nombre ganado tan recientemente de forma accidental.»

Cuando partieron, el soldado —avisado por las miradas amenazantes y suplicantes de su hermana— se reafirmó en su propósito de no ofender a su tío y evitó a toda costa dar muestras de falta de atención o impaciencia. Pero hasta el mejor de nuestros propósitos es frágil cuando se enfrenta a nuestras inclinaciones más pronunciadas. Nuestro anticuario, en su empeño por dejarlo todo bien explicado, había empezado a disertar sobre los ritos funerarios de los antiguos escandinavos cuando su sobrino le interrumpió para señalarle una enorme gaviota que revoloteaba sobre ellos y que se había puesto a tiro un par de veces. Después de que Hector reconociera su error y su tío lo perdonase, Oldbuck continuó con su disquisición.

—Éstos son los acontecimientos a los que debes asistir y con los que has de familiarizarte, querido Hector, pues, dadas las extrañas contingencias de la actual guerra que sacude cada rincón de Europa, nunca se sabe dónde te llamarán a filas. Ya sea en Noruega, por ejemplo, o en Dinamarca, o en cualquier lugar de la antigua Escania, o en Escandinavia, nada sería más conveniente que tener a mano la historia y las reliquias del los antiguos pueblos, la *officina gentium*[234], la madre de la Europa moderna, la escuela de aquellos héroes,

:astigo severo y obstinada resistencia,
ién ha sonreído en su muerte?[235]

»Qué estimulante, por ejemplo, sería encontrarte, tras una agotadora marcha, en las inmediaciones de un monumento rúnico y descubrir que has montado la tienda junto a la tumba de un héroe.

—Me temo, señor, que más estimulante sería para nosotros si acampásemos cerca de un buen gallinero.

—¡Qué triste resulta oírte decir eso! No cabe duda de que los días de Cressy y Agincourt quedan ya lejos viendo cómo el respeto por los valores antiguos ha expirado en el seno de las tropas británicas.

—De ningún modo, señor, de ningún modo. Me atrevería a decir que Eduardo, Enrique[236] y los demás héroes pensaban más en su cena que en examinar viejas lápidas. Pero le aseguro que no somos insensibles a la gloria pasada de nuestros padres. Yo solía pedirle a Rory MacAlpine que nos cantase por la noche canciones de Ossian sobre las batallas de Fingal y Lamon Mor, Magnus y el espíritu de Muirartach[237].

—¿Y tú —preguntó el sorprendido anticuario— te llegaste a creer que todas esas historias de Macpherson[238] eran antiguas de verdad? Valiente chico tan simplón.

—¿Que si me las creí, señor? ¿Cómo no iba a creérmelas, si he escuchado esas

canciones desde que era niño?

—Pero no las mismas que el Ossian inglés de Macpherson. No eres tan necio como para decir eso, espero que no —dijo el anticuario con el ceño ensombrecido por la ira.

No obstante, Hector supo aguantar el chaparrón resueltamente; como acérrimo celta, creía que el honor de su país y de su lengua materna estaban vinculados a la autenticidad de estos poemas populares y habría luchado a capa y espada e incluso perdido su vida y sus tierras antes que renunciar a una línea de ellos. Por tanto, sostuvo impertérrito que Rory MacAlpine era capaz de repetir el libro entero de cabo a rabo y no fue hasta después, tras el interrogatorio de su tío, cuando aclaró una afirmación tan general:

—Por lo menos, siempre y cuando llevara bastante whisky en el cuerpo y hubiese alguien que le prestase atención.

—Sí, sí —respondió el anticuario—, y supongo que nadie le prestaba atención por mucho tiempo.

—Bueno, teníamos nuestras obligaciones que atender y no podíamos pasar toda la noche escuchando a un gaitero.

—Pero ¿puedes recordar ahora —preguntó Oldbuck, apretando firmemente los dientes y hablando sin abrirlos, pues ésa era su costumbre cuando le contradecían—, puedes recordar alguno de esos versos que para ti eran tan hermosos e interesantes ahora que eres plenamente consciente de estas cosas?

—No creo que esté muy capacitado para ello, tío, pero tampoco es muy razonable enojarse conmigo por admirar las reliquias de mi propio país más que la de los Harald, Harfagri, Haakon y esos reyes nórdicos que tanto le interesan a usted.

—Porque tus ancestros eran esos poderosos e invencibles bárbaros. Los celtas desprovistos de calzones ante quienes se subyugaron, y para quienes la mera existencia era un sufrimiento, ya que eran gentes temerosas que vivían en las hendiduras de las rocas, no eran sino sus *mancipia*[239].

Ahora fue el turno de Hector de ruborizarse.

—Señor —dijo—, desconozco el significado de la palabra *mancipia*, pero intuyo que aplicar dicho vocablo a los escoceses es del todo impreciso: ningún hombre salvo el hermano de mi madre se ha atrevido jamás a hablar de ese modo delante de mí; y le ruego que tenga en cuenta que, desde mi punto de vista, dicho uso está lejos de ser hospitalario, decoroso, amable o generoso en presencia de su invitado y pariente. Mis antepasados, señor Oldbuck…

—Fueron fantásticos y aguerridos líderes, podría decirse, Hector; y de veras que no era mi intención infligir tal ofensa al debatir un asunto de tan remota antigüedad, cuestión ante la que siempre me muestro frío, reflexivo e impasible. Pero estás irritado y te estás precipitando, como si fueras Hector y Aquiles, y Agamenón también.

—Siento haberme expresando tan bruscamente, tío, especialmente con usted que

ha sido tan bueno y generoso, pero mis antepasados…

—Se acabó el tema, muchacho; no era mi deseo causarles afrenta alguna.

—Me alegro, señor, por la estirpe de los MacIntyre…

—Que la paz esté con ellos, con todos sus hombres —dijo el anticuario—. Pero, volviendo al tema que nos ocupa, ¿recuerdas alguno de esos poemas que tanta diversión te procuraron?

«Qué duro resulta —pensó MacIntyre— que hable con tanto regocijo de cualquier cosa antigua, excepto de mi familia.» Después, tras varios esfuerzos por recordar algo, exclamó:

—Sí, señor, creo que recuerdo algunas líneas, pero usted desconoce el idioma gaélico.

—Lo cual bien justifica que no podré entenderlo. Pero ¿serías capaz de darme alguna idea del sentido en nuestra lengua vernácula?

—Seré un pésimo intérprete —dijo MacIntyre, mientras trataba de recordar el original, tan aderezado de sonidos guturales como *agh*, *augh* y *ough*, tosiendo y aclarándose la voz como si la traducción se le hubiese atragantado. Finalmente, tras partir de la premisa de que el poema recreaba un diálogo entre el poeta Oisín (u Ossián)[240] y Patricio, el santo patrono de Irlanda y de que era difícil, si no imposible, reproducir la exquisita placidez de las dos o tres primeras líneas, dijo que trataría de transmitir el sentido:

:icio, recitador de salmos,
ɥue no escucharás ninguna de mis historias,
:sar de no haberlas oído antes,
ıto decirte
poco te diferencias de un asno.

—¡Muy bien, muy bien! —exclamó el anticuario—. Pero sigue. Después de todo, como mofa es admirable. Me atrevería a decir que el poeta tenía toda la razón. ¿Qué responde el santo?

—Respondió de acuerdo con su personaje —respondió MacIntyre—, pero tendría que oír a MacAlpin cantar el original. Los parlamentos de Oisín los cantaba en un tono grave y profundo y en los de Patricio parecía un tenor.

—Como el roncón y los bordones pequeños de la gaita, imagino —dijo Oldbuck —, ¿verdad? Sigue, por favor.

—Entonces Patricio le responde a Oisín:

hecho, hijo de Fingal,
ntras gorjeo los salmos
ɯmor de tus relatos de abuela
:urba mis ejercicios de lealtad.

—Excelente, cada vez mejor. Espero que san Patricio cantase mejor que el director del coro de Blattergowl o, de lo contrario, sería difícil elegir entre el poeta y el

recitador de salmos. Pero lo que admiro es la cortesía que se manifiestan mutuamente ambas eminencias. Es una lástima que no hubiese mención a esto en la traducción de Macpherson.

—Si está seguro de lo que dice —dijo MacIntyre con seriedad—, debe haberse tomado licencias no justificables con el original.

—Y cerca anda de que lo creamos[241]. Pero continúa, por favor.

—Entonces —dijo MacIntyre—, ésta fue la respuesta de Oisín:

no te atreves a comparar tus salmos,
› de…

—¿Hijo de qué? —exclamó Oldbuck.

—Creo que quiere decir —dijo el joven soldado con cierta reticencia— hijo de perra:

tás comparando tus salmos
los relatos de los fenianos de brazos desnudos?

—¿Estás seguro de que traduces correctamente el último adjetivo, Hector?

—Bastante seguro, señor —respondió Hector con obstinación.

—Según mi parecer, la condición de desnudez habría de hacer referencia a otras partes del cuerpo.

Con cierto desdén, Hector evitó responder a esta insinuación y prosiguió recitando:

creo que te cause gran dolor
ıncarte esa calva cabeza de los hombros.

—¿Qué es eso de ahí? —gritó Hector interrumpiendo el poema.

—Uno de los animales de Proteo —dijo el anticuario—: un fócido o foca que duerme en la playa.

Dicho lo cual, MacIntyre, con la impaciencia de un joven deportista, se olvidó por completo de Ossian, de Patricio, de su tío y de su herida y a la voz de «¡Voy a por ella, es mía!», le arrebató de las manos el bastón al atónito anticuario, aun a riesgo de que se cayese, y salió corriendo a toda velocidad para interponerse entre el animal y el mar, elemento hacia el que la foca, alarmada, iniciaba una retirada.

Ni el mismo Sancho, cuando su señor interrumpió su narración sobre los combatientes de Pentapolín del Arremangado Brazo para arremeter contra el rebaño de ovejas, se quedó más perplejo que Oldbuck ante la súbita huida de su sobrino.

—Es cosa del diablo —fue lo primero que articuló— ir a molestar a una bestia que ni se ha fijado en ti.

Y, seguidamente, en un tono de voz más alto, añadió:

—¡Hector, sobrino, no seas tonto, deja en paz al fócido, deja en paz al fócido!

Muerden como erinias. Vaya caso que me hace. ¡Cáspita, el fócido tiene todas las de ganar! Estoy deseando verlo —dijo el anticuario llevado por la acritud de su corazón a pesar de estar verdaderamente preocupado por la seguridad de su sobrino—. Estoy deseando verlo, con todo mi corazón y toda mi alma.

En realidad, la foca, al ver que su huida era interceptada por el soldado de pies ligeros, se enfrentó a él con valentía y, tras haberle asestado un duro golpe sin infligirle herida alguna, arrugó la frente —como es costumbre del animal cuando se enfurece—; seguidamente hizo uso de sus extremidades delanteras y de su obtusa fuerza para arrebatar el arma de las manos del asaltante y dejarlo tumbado en la arena, después de lo cual se sumergió en el mar sin ocasionarle mayores daños.

El capitán MacIntyre, bastante avergonzado por su hazaña, se incorporó a tiempo de recibir la irónica enhorabuena de su tío a propósito de un combate digno de ser conmemorado por el mismo Ossian, pues, en palabras del anticuario «el magnánimo oponente ha huido, aunque sin levantar alas como las águilas[242], llevándose además mi bastón mediante *spolia opima*[243]».

MacIntyre tenía poco que decir, excepto que un escocés jamás podía dejar pasar de largo a un ciervo, una foca o un salmón, si había alguna posibilidad de medirse en habilidad con ellos, y que había olvidado que tenía uno de sus brazos en cabestrillo. También utilizó su caída como excusa para regresar a Monkbarns y escapar, de este modo, de las pullas de su tío, así como de sus lamentaciones por el bastón.

—Lo corté —dijo— en los clásicos bosques de Hawthornden, cuando no esperaba ser un solterón toda la vida. No se lo habría dado a nadie ni por un océano de focas. ¡Oh, Hector, Hector! Tu tocayo nació para ser el sostén de Troya, y tú para ser la plaga de Monkbarns.

Capítulo XXXI

nnegable, amigo, los jóvenes derraman
a salmuera al llorar; de nuestros fósiles ojos,
cambio, el pesar cae cual granizos del norte,
ando los surcos de estas ajadas mejillas,
y endurecido como nuestra esperanza y pasión,
lágrimas al caer naufragan inadvertidas; las nuestras
oceden, se amontonan y todo lo nublan.

Antigua obra

El anticuario, ahora que iba solo, apretó el paso —retrasado por las discusiones anteriores y por el encontronazo que les puso fin— y en breve se encontró ante la media docena de casitas que formaban Mussel-crag, las cuales, ya de por sí escuálidas y poco acogedoras, exhibían además los tristes aderezos del luto. Los barcos estaban dispuestos a lo largo de la playa y, a pesar de que el día era apacible y la estación favorable, el canto que entonan los pescadores al navegar se oía taciturno, al igual que el murmullo de los niños y el agudo tarareo de la madres mientras remendaban las redes, sentadas junto a la puerta. Varios vecinos —algunos con sus antiguos trajes negros bien conservados, otros con su indumentaria habitual, si bien todos con una expresión de condolencia y súbitos e inesperados arranques de angustia — se habían reunido en la puerta de la cabaña de los Meiklebackit esperando a que el cadáver fuese levantado. Cuando el terrateniente de Monkbarns se dirigió hacia ellos, le hicieron sitio para que pudiese entrar, quitándose sombreros y gorros a su paso, con un aire de nostálgica cortesía que él reproducía de igual forma en su saludo.

Dentro de la cabaña pudo apreciarse una escena que bien podría haber sido pintada por sir David Wilkie, con ese exquisito sentido de la naturalidad que caracteriza sus obras.

El difunto se encontraba en su ataúd, dentro del armazón de la cama que el joven pescador había ocupado en vida. A escasa distancia se hallaba el padre, cuyo semblante —surcado por las inclemencias del tiempo y abrigado por las canas— delataba incontables días y noches de tormenta. Parecía estar dándole vueltas a la muerte, con esa intensa sensación de tormento y congoja tan común en personas de carácter áspero y rudo, y que parece abrirse paso en forma de odio contra el mundo y contra todo lo que queda en él después de que la persona amada le haya sido arrebatada. El anciano había hecho lo imposible por salvar a su hijo; es más, tuvieron que sujetarlo a la fuerza, pues él habría seguido intentándolo a pesar de ser del todo imposible y aún a riesgo de perder su propia vida. Todo esto parecía estar bullendo en sus pensamientos mientras miraba de soslayo el ataúd, como si fuese un objeto al que no pudiese mirar fijamente y del que, sin embargo, no fuese capaz de apartar la vista. Sus respuestas a las obligadas preguntas que ocasionalmente le formulaban eran breves, bruscas, casi feroces. Su familia aún no se había atrevido a dirigirle palabra

alguna, ni de pésame ni de consuelo. A su masculina esposa, una virago de los pies a la cabeza e indiscutible cabeza de familia, algo de lo que justamente solía presumir en cuanto tenía ocasión, se la veía hundida en el silencio y la sumisión más absolutos a raíz de la enorme pérdida y se sentía obligada a ocultar de la atenta mirada de su marido cualquier arrebato de dolor femenino. Ya que su marido había decidido no probar bocado desde que ocurrió la desgracia y ella misma no se había atrevido a decirle nada, esa mañana, como efecto de una tierna maniobra de complicidad, el benjamín de los niños, el favorito del anciano, fue a ofrecerle un poco de alimento. Su primera reacción fue apartarlo con una violencia que asustó al chico; un segundo después, lo abrazaba con fuerza y se lo comía a besos.

—Serás un excelente muchacho, no me cabe duda, Patie, pero nunca, ¡nunca podrás ser lo que él era para mí! Él venía a pescar conmigo desde que tenía diez años, era capaz de hacer una red que llegase hasta el faro de Buchan Ness. La gente me dice que tengo que resignarme… Haré lo que pueda.

Y a partir de ese momento enmudeció y no volvió a abrir la boca hasta que tuvo que responder a las obligadas preguntas que mencionamos anteriormente. Tal era el estado de desconsuelo del padre.

En otra esquina de la casa, cubriéndose el rostro con un mandil, estaba su madre, sentada; la naturaleza de su dolor quedaba de sobra reflejada en su modo de retorcer las manos y en la convulsiva agitación de su pecho, que ni siquiera el mandil podía disimular.

Dos de sus íntimas amigas le susurraban al oído las habituales palabras de resignación que deben pronunciarse ante desgracias irremediables, tratando de aturdir al menos el dolor que no eran capaces de consolar.

En los niños, la tristeza se mezclaba con la sorpresa por los preparativos que contemplaban a su alrededor y por el inusitado despliegue de pan de trigo y vino que los campesinos o pescadores más pobres solían ofrecer a sus invitados en los velatorios; de este modo, el dolor por la muerte de su hermano quedaba casi diluido por el asombro ante el esplendor de su funeral.

Sin embargo, era la figura de la anciana abuela la que más destacaba de todos los asistentes. Sentada en su silla, con su habitual aire de apatía y falta de interés por lo que pasaba, a cada poco parecía reanudar de forma mecánica el giro del huso; después miraba hacia su seno en busca de la rueca, aunque ambos instrumentos habían sido retirados. Luego buscaba algo con los ojos, como extrañada por la ausencia de alguna herramienta de su oficio; también parecía sorprendida por el color negro de su traje, y avergonzada por tener tantas personas alrededor. Después, por último, levantaba la cabeza con una mirada de espanto fijándose en la cama sobre la que descansaba el ataúd de su nieto, como si de repente y por primera vez, se percatase de la inefable calamidad. Estos sentimientos alternos de vergüenza, sorpresa y dolor parecían sucederse continuamente en su letárgico estado. Pero no soltó ni una palabra, ni derramó una sola lágrima, ni nadie de su familia pudo deducir

por su mirada o expresión hasta qué punto era capaz de entender el extraordinario ajetreo que la rodeaba. Sentada entre los asistentes al funeral, parecía actuar como vínculo entre los vivos y el cadáver del muerto, un ser en el que la luz de la existencia se oscurecía con el avance de las sombras de la muerte.

Cuando Oldbuck entró en la casa fue recibido con una silenciosa reverencia general y, según la costumbre escocesa en tales ocasiones, se ofreció vino, licores y pan entre los invitados. Mientras tanto, Elspeth sorprendió y sobresaltó a todos los reunidos al dirigirse a la persona que llevaba dichos refrigerios; seguidamente, se hizo con una copa de vino, la alzó y, con una sonrisa de demente que cruzaba sus marchitas facciones, dijo con voz apagada y trémula:

—Les deseo salud, señores, y que tengamos más encuentros felices como éste.

Todos se quedaron aturdidos ante el ominoso brindis y soltaron sus copas intactas con una sensación de terror y escalofrío, que no ha de sorprender a quien conozca las numerosísimas supersticiones del escocés de a pie. Pero, cuando la vieja mujer dio un sorbo a la copa, exclamó con una especie de alarido:

—Pero ¿qué es esto? Es vino, ¿cómo puede haber vino en casa de mi hijo? Ya veo —prosiguió entre débiles gemidos—, ahora entiendo el doloroso motivo.

Y, soltando la copa, se quedó observando la cama sobre la que estaba depositado su nieto; luego se dejó caer poco a poco en su silla mientras se tapaba los ojos y la frente con sus pálidas y ajadas manos.

En ese momento entró en la casa el pastor. El señor Blattergowl —a pesar de su terrible oratoria, especialmente en asuntos de aumentos salariales, localidades, diezmos y propuestas en el pleno de la Asamblea General, a la que para desgracia de sus oyentes acudió un año como moderador— era una buena persona y, como reza la antigua frase escocesa presbiteriana, «mostraba el debido respeto tanto a Dios como al hombre». Ningún ser divino podría haber sido más solícito a la hora de visitar a enfermos y afligidos, catequizar a jóvenes, educar a analfabetos, reprender pecados. Por consiguiente, el señor Oldbuck, a pesar de impacientarse por su prolijidad, a pesar de sus prejuicios, tanto personales como profesionales, y a pesar también de cierto desprecio congénito por su forma de entender las cosas, especialmente las cuestiones de ingenio y buen gusto, ante las cuales Blattergowl solía ser difuso, pues albergaba la esperanza de poder luchar algún día por una cátedra en retórica o en *belles lettres*; pues bien, como decía, a pesar de todos los prejuicios generados por las circunstancias descritas, nuestro amigo el anticuario mostraba gran consideración y respeto al susodicho señor, aunque rara era la vez que alguien conseguía —aun contraviniendo su sentido de la decencia y la oposición de las mujeres de su casa— engatusarlo, como solía decir, para ir a verlo predicar. Aun así, a menudo se avergonzaba de no estar presente cuando el pastor acudía a Monkbarns a cenar. Blattergowl siempre era invitado a cenar en domingo: era éste un modo de manifestarle respeto, pues, según el anticuario, es el día más indicado para un pastor, y también el más acorde con sus propios hábitos.

Volviendo de la digresión que tenía por objeto presentar al honrado pastor de una forma más concreta a nuestros lectores, el señor Blattergowl, nada más entrar en la casa y recibir los sordos y tristes saludos de los presentes, se dirigió hacia el infortunado padre y trató de hacerle llegar algunas palabras de condolencia o consuelo, palabras que el viejo hombre era aún incapaz de acoger; no obstante, asintió con la cabeza, bruscamente, y apretó la mano del pastor en reconocimiento de sus buenas intenciones, pero no tuvo la capacidad ni el ánimo de articular una respuesta verbal.

Después se dirigió a su madre, con movimientos lentos, silenciosos y graduales, como si temiese que el suelo, cual inseguro hielo, se pudiese resquebrajar al pisarlo, o que el primer eco de un paso pudiese desatar algún hechizo que precipitase la cabaña y a sus habitantes en un abismo subterráneo.

El motivo de las palabras que dirigía a la pobre mujer únicamente podía adivinarse por las respuestas de ésta, quien, ahogada entre sollozos y con el rostro cubierto, iba respondiendo débilmente a cada pausa de la alocución del pastor:

—Sí, señor, sí. Es usted tan bueno, es usted tan bueno. Sin duda, sin duda. Nuestro deber es resignarnos. Pero ¡ay, querido! ¡Mi pobre Steenie! El orgullo de mi corazón, tan guapo y tan adorable, con lo que ayudaba a esta familia, era un sostén para todos nosotros. ¡Mi niño, mi niño, mi niño! ¿Por qué tienes que estar ahí tumbado, eh? ¿Por qué tengo que ser yo la que se despide de ti?

Nadie opuso contención a este arranque de tristeza y sentimiento puro. Oldbuck volvió a recurrir a su caja de rapé para ocultar sus lágrimas, las cuales —a pesar de su temperamento mordaz y cáustico— eran propensas a aparecer en este tipo de ocasiones. Las mujeres empezaron a sollozar, los hombres se llevaban el sombrero a la cara y hablaban entre ellos. El pastor, entretanto, ofreció su consuelo espiritual a la anciana abuela. Al principio la anciana escuchaba, o parecía escuchar, lo que éste le decía, con la habitual apatía de su inconsciencia. Pero el pastor se acercó tanto a su oído que las palabras empezaron a ser perceptibles para ella (e ininteligibles para los demás) y su semblante adquirió enseguida ese aire severo y vehemente que caracterizaba sus ráfagas de inteligencia. Entonces se apartó bruscamente moviendo la cabeza de un modo que indicaba, al menos, desasosiego, si no repudio de sus palabras, y después agitó la mano suavemente pero con gran expresividad, como si quisiera indicar a todos los testigos el decidido y displicente rechazo del consuelo espiritual que le había sido dispensado. El pastor retrocedió como si le hubiesen repelido y, alzando primero la mano y bajándola después, trató de manifestar su sorpresa, pesar y compasión por el terrible estado mental de la anciana. Los demás asistentes se compadecieron y un tenue suspiro recorrió la sala, indicando hasta qué punto habían quedado impresionados por actitud, desesperada y deliberada, de la vieja mujer, que les había llegado a inspirar sobrecogimiento y hasta horror.

Entretanto llegaron al velatorio las dos personas que faltaban por venir de Fairport. El vino y los licores empezaron de nuevo a circular, así como el mudo

espectáculo de saludos e intercambio de cumplidos. La anciana señora tomó por segunda vez una copa de vino y, nada más bebérsela, exclamó entre lo que parecían risas:

—¡Ja, ja! La segunda vez que tomo vino en el mismo día. ¿Cuándo he hecho yo algo así antes, amigas? Nunca, nunca…

Y, cuando el fugaz brillo se desvaneció de su semblante, dejó la copa y se hundió de nuevo en su asiento.

A medida que el asombro general iba amainando, el señor Oldbuck, cuyo corazón sangraba por haber sido testigo de lo que él calificaba de yerros del debilitado intelecto que lucha contra el tórpido helor de la edad y de la pesadumbre, le dijo al pastor que era hora de comenzar la ceremonia. El padre del fallecido parecía incapaz de dar indicaciones, así que el pariente más cercano de la familia hizo una señal al carpintero, que en estos casos se encarga de la dirección de la ceremonia fúnebre, para que procediese con su cometido. Poco después, el sonido de los clavos anunció que la puerta de la última morada de la mortalidad estaba en curso de ser tapada con el inquilino dentro. Este acto final, que separa a los demás para siempre del difunto, e incluso de sus reliquias mortales, suele ejercer cierto efecto hasta en aquellos que por lo general se muestran más indiferentes, egoístas e insensibles. De manera contradictoria —perdonable tal vez si apreciamos su estrechez de miras—, los padres de la Iglesia escocesa rechazaban, incluso en una ocasión tan solemne, la posibilidad de hacer mención a la Divinidad, por miedo a que esto se considerara tributo a los ritos de Roma y de Inglaterra. Con un juicio mucho más acertado y liberal, la mayoría de los pastores escoceses pronuncian en este momento una oración o exhortación que haga mella entre los vivos, aprovechando que aún se encuentran en presencia del difunto, a quien hasta hace nada veían como uno más de ellos y a quien ahora contemplan como el reflejo de lo que a su debido tiempo habrán de convertirse. Pero esta práctica decente y elogiable no fue adoptada en el momento que estoy tratando o, al menos, el señor Blattergowl no actuó de acuerdo con ella, y la ceremonia continuó sin ejercicio de devoción alguno.

El ataúd, cubierto con un paño mortuorio, era sostenido mediante una vara por los parientes más cercanos, que esperaban que se les uniese el padre para ir en cabeza, como era la costumbre. Un par de estos privilegiados trataron de hablarle, pero él se cerró en banda, agitando la cabeza y las manos en señal de declinación. Con mejor intención que juicio, los amigos, que consideraban esta costumbre una obligación por parte de los vivos y una muestra de respeto al difunto, habrían seguido insistiendo de no haber intervenido Oldbuck entre el afligido padre y sus bienintencionados torturadores, informándoles de que él personalmente, como terrateniente y señor del fallecido, «llevaría la cabecera del ataúd hasta la tumba». A pesar de ser una ocasión amarga, el corazón de los familiares se sintió reconfortado ante tal gentileza de su señor, y Alison Breck, que estaba presente entre otras pescadoras, juró casi en voz alta:

—Al señor Monkbarns nunca le faltarán dos docenas de ostras de temporada, aunque yo misma tenga que ir al mar y arrancarlas con mis propias manos con el peor de los vientos. —Según parece, ese molusco era de gran interés para él.

Así es el carácter del pueblo escocés y, de este modo, con tal muestra de respeto a sus costumbres y a sus gentes, el señor Oldbuck consiguió más popularidad que con todas las sumas que había distribuido anualmente en la parroquia en concepto de caridad particular y general.

La triste procesión avanzaba ahora lentamente precedida por los muñidores y sus batutas, viejos abatidos que se tambaleaban como si tuviesen ya un pie en la tumba hacia la que desfilaban, y vestidos, según la costumbre escocesa, con abrigos negros deshilachados y sombreros de caza decorados con rancio crepé. De haber sido consultado, Monkbarns seguramente habría expresado sus reparos a este gasto superfluo, pero habría causado una ofensa mayor que la popularidad ganada al dignarse llevar la cabecera del ataúd. Consciente de ello, se contuvo con buen juicio de hacer ninguna reprimenda, pues la reprimenda y el consejo habrían sido igualmente inútiles. El hecho es que el campesinado escocés sigue aún infectado de ese furor por las honras fúnebres, que en su día distinguieron a los nobles del reino de modo tal que fue necesario crear una ley en el Parlamento de Escocia con el propósito de restringirlas. Y a muchos he conocido que, siendo de baja posición social, se han negado no solo ciertas comodidades, sino también necesidades básicas para la vida con el fin de ahorrar dinero suficiente para que los amigos que habrían de sobrevivirles pudieran darles entierro como buenos cristianos: tampoco podían estos fieles ejecutores destinar —aunque estuviesen igualmente necesitados— ese dinero al uso y supervivencia de los vivos en vez de dilapidarlo en el entierro.

La procesión hasta el cementerio de la iglesia, a media milla de distancia, se realizó con la lúgubre solemnidad que se acostumbra en estas ocasiones. El difunto fue consignado a la tierra de sus padres, y una vez que los excavadores llenaron la zanja y la cubrieron de cepellón, el señor Oldbuck, quitándose el sombrero, se despidió de los asistentes, los cuales, sumidos en un lúgubre silencio, empezaron a dispersarse.

El pastor se ofreció a acompañar a casa a nuestro anticuario, pero el señor Oldbuck, muy afectado por el comportamiento del pescador y de su madre, movido además por la compasión y, quizá en cierta medida por la curiosidad de buscar el origen de lo que nos produce dolor, prefirió ir andando solo por la costa y hacer una nueva visita a la cabaña.

Capítulo XXXII

ado oculto, inconfesa intriga
mposible purga, inextricable al arte
a músculo en su sitio;
perturbación ni rigidez,
rubor súbito ni labio vacilante.

The Mysterious Mother[244]

El ataúd no estaba ya sobre el lecho. Los dolidos allegados iban abandonando la casa progresivamente, según su rango o relación con el fallecido, mientras los niños más pequeños mecían el armazón del féretro y observaban con asombro una ceremonia que apenas alcanzaban a entender. Las comadres fueron las siguientes en marcharse y, en consideración con la situación de los padres, se llevaron con ellas a las niñas de la familia para dar a la infeliz pareja la oportunidad de abrir su corazón y mitigar su aflicción. Pero tan noble intención no surtió el efecto deseado. Cuando la última salió al fin de la casa y cerró la puerta, el padre, después de echar un vistazo y comprobar que no quedaba ningún extraño, se echó las manos a la cabeza, dio un grito de desesperación —reprimido hasta ese momento— y, arrastrado por la impotente impaciencia del dolor, corrió tambaleándose hasta la cama en la que había descansado el ataúd, se echó sobre ella y casi asfixiándose, con la cabeza hundida entre las sábanas, dio salida a toda la emoción de su pena. La desdichada madre, asustada por la vehemente aflicción de su marido —aflicción aún más temible cuando es a un hombre de toscas maneras y robustas hechuras a quien embiste—, reprimió sus propios sollozos y lágrimas y, sujetándolo de las faldas del abrigo, le imploró en vano que se pusiese en pie y que recordase que, si bien uno le había sido arrebatado, aún tenía una mujer e hijos a los que consolar y mantener. La súplica se hizo en un momento aún inicial de la angustia de su marido, por lo que fue incapaz de atenderla. Siguió postrado, inmerso en un llanto tan amargo y violento que hizo temblar la cama y el tabique en que ésta se apoyaba; se agarró fuertemente con las manos a las sábanas a la vez que agitaba las piernas con movimientos impetuosos y convulsos. Así de profunda y terrible puede llegar a ser la agonía de un padre.

—¡Oh, cómo nos puede pasar esto, cómo nos puede pasar esto! —dijo la pobre madre, quien, tras agotar las lágrimas de su desconsuelo de mujer, parecía ahora sumida en un estado de pavor al ver el comportamiento de su marido—. ¿Cómo nos ha podido pasar esto? ¿Quién me ayudará ahora, con lo sola que estoy? Abuela, ¿por qué no intenta hablar con él? Tal vez usted pueda consolarlo.

Para su asombro, e incluso para su creciente miedo, la madre de su marido hizo caso a su petición. Se levantó; cruzó la habitación sin ningún apoyo y, sin aparente debilidad, se detuvo frente a la cama en la que su hijo estaba echado y dijo:

—Levántate, hijo mío, y no tengas pesar por él, que está lejos de todo pecado,

tristeza o tentación. El pesar es para aquellos que anden en el valle de las sombras de muerte[245]. Yo, que no siento ni puedo sentir pesar por nadie, soy la que más lo necesita y todos vosotros tendríais que compadeceros de mí.

La voz de la madre, enmudecida durante años, sin haber tomado parte en los quehaceres de la vida, ni haber ofrecido consejo o consuelo en tanto tiempo, fue efectiva. De este modo, su hijo se incorporó y se sentó en un lado de la cama; su apariencia, su actitud y sus gestos pasaron de la desesperación colérica al dolor y al abatimiento profundo. Entonces la abuela se retiró a su rinconcito y la madre, de forma inconsciente, se puso aparentemente a leer su deteriorada Biblia, aunque sus ojos estaban inundados de lágrimas.

Estaban, pues, atareados cuando un fuerte golpe se oyó en la puerta.

—¡Por Dios bendito! —dijo la pobre madre—. ¿Quién puede ser ahora? Sea quien sea, no debe estar al tanto de nuestra desgracia.

Volvieron a golpear la puerta, así que se levantó y abrió la puerta, diciendo en tono quejumbroso:

—¿Quién viene a molestar en este momento de luto?

Frente a ella se hallaba un hombre alto, ataviado de negro, a quien enseguida identificó como lord Glenallan.

—¿Se hospeda aquí —inquirió—, o en alguna cabaña de la zona, una anciana llamada Elspeth, que vivió mucho tiempo en Craigburnfoot, en la casa Glenallan?

—Es mi suegra, señor —respondió Margaret—, pero ahora no puede ver a nadie. ¡Ay de nosotros! Estamos pasando un momento muy doloroso, hemos sufrido una gran pérdida.

—Que Dios me prohíba —dijo lord Glenallan— importunar su dolor en una ocasión así, pero tengo los días contados y, a tenor de la provecta edad de su suegra, temo que, de no verla hoy, no pueda verla jamás, al menos en este hemisferio temporal.

—Y ¿qué es —preguntó la desolada madre— lo que quiere de una anciana mujer, abatida por el dolor y por la edad y con el corazón hecho pedazos? Noble o plebeyo, nadie ensombrecerá la puerta de mi casa el día en que se han llevado de ella el cadáver de mi hijo.

Las palabras que acababa de pronunciar alimentaron su irritabilidad natural —tanto de ánimo como de profesión—, la cual empezó a confundirse en cierta medida con su dolor, ahora que el primer brote incontrolado de amargura había desaparecido. Dejó un tercio de la puerta abierto y encajó su cuerpo en el hueco, como queriendo impedir la entrada al visitante. Pero la voz de su marido se oyó desde dentro:

—¿Quién es, Maggie? ¿Por qué no lo dejas entrar? Deja entrar a quien sea, a este viejo lobo de mar ya le da lo mismo quien entre o salga de esta casa.

La mujer se echó a un lado siguiendo la orden de su marido y permitió que lord Glenallan entrase en la casa. La languidez de su quebrada figura y la demacración de su rostro contrastaban enormemente con los efectos del luto, según se iban

vislumbrando, en la expresión tosca y castigada del pescador y en los rasgos masculinos de su señora. El caballero se acercó a la anciana mujer —sentada en su rincón habitual— y le preguntó en el tono más audible que fue capaz de alcanzar:

—¿Es usted Elspeth, de la casa Glenallan en Craigburnfoot?

—¿Quién pregunta por la impía residencia de esa maligna mujer? —fue la respuesta a su pregunta.

—El infeliz conde de Glenallan.

—¡El conde… el conde de Glenallan!

—Conocido como William lord Geraldin —respondió el conde— y quien al fallecimiento de su madre se convirtió en el conde de Glenallan.

—Abre la ventana —ordenó la anciana con firmeza y celeridad a su nuera—, abre la ventana de inmediato que vea bien si es lord Geraldin, el hijo de mi señora, al que acuné en mis brazos en su primera hora de vida y al que le sobran razones para maldecirme por no haberlo asfixiado antes de que concluyese esa hora.

La ventana, cerrada a cal y canto para envolver en una penumbra sombría la solemnidad del funeral, arrojó al ser abierta una luz repentina e intensa que atravesó la atmósfera neblinosa de la sofocante cabaña. Un caño de luz cayó sobre la chimenea, y los rayos —que parecían dirigidos por el mismo Rembrandt— iluminaron los rasgos del infortunado noble y de la vieja sibila, la cual, erguida y sujetándole una mano a lord Glenallan, inspeccionaba impaciente los rasgos con sus claros ojos azules. Después de poner su largo y atrofiado índice a escasa distancia del rostro del conde, comenzó a moverlo pausadamente, dibujando cada contorno, como si tratase de rescatar los recuerdos que guardaba de él. Cuando concluyó el escrutinio, dijo con un profundo suspiro:

—Es un cambio muy… muy doloroso, ¿de quién es culpa? Mas está escrito donde habrá de ser recordado, en placas de bronce y con lápiz de acero, donde todo lo que sobre carne se perpetra, grabado queda. Y ¿qué es lo que —continuó tras una pausa— lord Geraldin busca de una pobre y vieja criatura como yo, que está más muerta que viva, que pertenece a los vivos de milagro?

—Nada —respondió lord Glenallan—, en nombre de Dios, ¿por qué requería verme con tanta urgencia? Y ¿por qué acompañó su requerimiento con un obsequio que a ciencia cierta sabía que yo no podría rechazar?

Mientras decía estas palabras, sacó de la cartera el anillo que Edie Ochiltree le había entregado en la casa Glenallan. La visión de este presente produjo, al instante, un extraño desconcierto en la anciana. La parálisis del miedo se sumó a la de la edad; empezó a hurgarse los bolsillos con la agitación trémula y acelerada de quien acaba de percatarse de la pérdida de algo muy importante. Después, convencida de que sus temores se habían hecho realidad, se dirigió al conde preguntándole:

—¿Cómo ha llegado hasta usted? ¿Cómo ha llegado hasta usted? Pensaba que lo tenía a buen recaudo, ¿qué dirá la condesa?

—Al menos —dijo el conde— se habrá enterado de que mi madre ha muerto.

—¡Que ha muerto! ¿Se está burlando de mí? ¿Me está diciendo que ha dejado finalmente todas sus tierras, títulos y linajes?

—Todo, todo —dijo el conde—, los mortales han de desprenderse de todas sus vanidades humanas.

—Sí, ahora recuerdo —respondió Elspeth—, me lo habían dicho antes, pero hemos pasado tantas calamidades en esta casa, y me falla tanto la memoria… Pero ¿está seguro de que su madre, la señora condesa, ha pasado a mejor vida?

El conde le aseguró una vez más que la que fue su señora no se hallaba ya entre ellos.

—Entonces —dijo Elspeth—, ¡ya no volverá a lastrar mi espíritu! Estando ella viva nadie se habría atrevido a abrir la boca: ella se habría enfadado tanto, no quería que se supiese nada. Pero, ahora que ya no está, lo confesaré todo.

Y entonces, volviéndose hacia su hijo y nuera, les ordenó con severidad que saliesen de la casa y que la dejasen a solas con lord Geraldin —ella seguía llamándolo así—. Pero Maggie Meiklebackit, recuperada ya de su primer arrebato de pena, no estaba de ningún modo dispuesta a mostrar sumisa obediencia en su propia casa a las órdenes de su suegra, una autoridad que resulta curiosamente detestable en condición de nuera, y cuyo renacer —tras años de renuncia y olvido— la pilló completamente por sorpresa.

—Sería algo chocante —dijo entre dientes, pues el rango de lord Glenallan le causaba cierto respeto—, sería algo chocante obligar a una madre a que abandone su propia casa cuando aún llora por la muerte de su hijo mayor.

El pescador, en un tono terco y huraño, dijo contribuyendo a la misma causa:

—No es día para sus historias del viejo mundo, madre. Mi señor, si se comporta como tal, puede venir en cualquier otro momento, o puede decir delante de nosotros lo que desee; a ninguno de los aquí presentes le interesa lo que cualquiera de los dos pueda decir. Pero nadie, ya sea terrateniente o un don nadie, un noble o un plebeyo, me hará abandonar mi casa el mismo día en que mi pobre…

En este momento su voz se ahogó y no pudo continuar; aun así, puso de manifiesto su obcecación al sentarse en una silla —pues había estado de pie desde la llegada de lord Glenallan— y adoptar la postura huraña de quien está decidido a cumplir su palabra.

Pero la vieja mujer, a quien la crisis parecía haber restituido todas las facultades de superioridad mental con las que en su día había sido eminentemente dotada, se levantó y, dirigiéndose hacia él, dijo con voz solemne:

—Hijo mío, sé que es tu deseo evitar deshonra a tu madre, y que no desearías ser testigo de su culpa, y bien sé que quieres ser merecedor de su bendición y evitar su maldición; en tal caso, te exijo, por la persona que te llevó en su seno y que te crió, que me dejes decir libremente a lord Geraldin lo que ningún oído mortal excepto el suyo debe oír. Obedece mis palabras y, así, el día en que debas echar tierra sobre mi nívea cabeza, pues ese día habrá de venir, podrás recordar este momento sin tener que

reprocharte haber desobedecido la última orden terrenal que te dio tu madre.

El tono de esta solemne exigencia revivió en el corazón del pescador el hábito de obediencia instintiva en el que su madre le había instruido y al que él se había sometido calladamente mientras sus dotes de mando no habían sido mermadas. El recuerdo también se mezcló con la intensidad dominante del momento; de este modo, después de mirar un momento la cama donde el muerto había yacido, se dijo a sí mismo entre dientes:

—Él jamás me desobedeció a mí, llevase o no razón. ¿Por qué motivo iba yo a contrariarla a ella?

Entonces tomó a su reticente esposa del brazo y se la llevó delicadamente fuera de la cabaña, cerrando la puerta al salir.

Una vez que los infelices padres se fueron, lord Glenallan, a fin de evitar que la anciana recayese en su letargo, insistió de nuevo en la revelación que ésta había resuelto hacer.

—Se lo diré en breve —replicó—, mi cabeza goza ahora de suficiente claridad, por lo que no es posible, creo que no lo es, que me olvide de lo que tengo que decir. Mis años en Craigburnfoot se presentan ante mis ojos como si de verdad aún estuviese allí; la verde ribera, justo donde el sol se encontraba con el mar al atardecer, los dos barquitos, con sus velas plegadas, flotando en esa cala natural y el alto acantilado que la unía con los jardines de la casa Glenallan y que descendían hasta el arroyo. Oh, sí, tal vez olvide que tuve un marido y que lo perdí, que solo me queda un hijo vivo de los cuatro que tuve, que una desgracia tras otra ha devastado nuestra maltrecha riqueza, que esta mañana se han llevado de casa el cadáver del primogénito de mi hijo, pero ¡jamás olvidaré los días que pasé en Craigburnfoot!

—Usted era muy importante para mi madre —dijo lord Glenallan, deseoso de llevarla al tema en torno al cual ella divagaba.

—Lo era, lo era, no hace falta que me lo diga. Ella me ascendió de cargo y me ofreció mayores saberes que a mis compañeros pero, como el viejo tentador, además del conocimiento del bien también me mostró el conocimiento del mal.

—Por amor de Dios, Elspeth —exclamó el atónito conde—, explíqueme, si puede, la aterradora insinuación que acaba de hacer. Sé que usted guarda un terrible secreto que bien podría partir en dos el techo con solo mencionarlo, pero siga, siga contando.

—Lo haré —respondió—, lo haré. Tan solo aguarde un segundo.

Y de nuevo pareció perderse en sus recuerdos; sin embargo, no había rastro de aturdimiento o insensibilidad. Se estaba adentrando en un asunto que, por mucho tiempo, había supuesto un lastre en su pensamiento y que había llegado a invadir, sin duda, la totalidad de su alma en momentos en que parecía muerta ante todo lo que le rodeaba. Y, como hecho destacable, podría añadir que fue hasta tal punto intenso el esfuerzo físico y mental y el desgaste de su sistema nervioso que, a pesar de padecer sordera, cada palabra del notable parlamento de lord Glenallan —aun cuando fuera

pronunciada en el tono apocado que marca el horror o la agonía— llegó al oído de Elspeth con la misma claridad que en períodos anteriores de su vida. También ella habló con lucidez, claridad, lentitud —como queriendo asegurarse de que el saber que comunicaba era entendido a la perfección—, mostrándose al mismo tiempo concisa, sin la prolijidad ni los circunloquios típicos de quien comparte su sexo y condición. En resumen, su forma de expresarse sugería una educación exquisita, además de un espíritu de insólita solidez y agudeza, y el marcado carácter de las personas de quienes cabe esperar grandes virtudes o grandes crímenes. Los detalles de su revelación serán expuestos en el siguiente capítulo.

Capítulo XXXIII

nordimiento, él jamás nos abandona;
l tenaz sabueso, rastrea nuestros pasos
avés del laberinto del verde frenesí
calma, tal vez, hasta la edad caduca.
s cuando el Tiempo hiele nuestras rodillas,
utile nuestra esperanza de combate o huida,
mos su profundo aullido, anunciando
a, el mal y el castigo que nos aguarda.

Antigua obra

—No necesito decirle que yo era la asistente y confidente favorita de Joscelind, condesa de Glenallan, a quien, espero, Dios haya acogido en su seno —dijo la anciana dirigiéndose al conde de Glenallan mientras se santiguaba—. Y creo además, y es posible que usted no lo haya olvidado, que correspondí a su aprecio muchos años. Lo correspondí estando a su lado en todo momento, pero caí en desgracia a partir de un trivial acto de desobediencia, del cual su madre fue puesta al tanto por una persona que creía, y no le faltaba razón, que yo estaba espiando las acciones de su madre y las suyas propias.

—Le exhorto —dijo el conde con un temblor de emoción en la voz— a que no la nombre.

—Debo hacerlo —respondió la penitente con firmeza y serenidad—, o ¿cómo si no iba a entenderme?

El conde se apoyó en una de las sillas de madera de la cabaña y, tras inclinar el sombrero hacia delante para cubrirse parcialmente el rostro, entrelazar las manos y apretar los dientes como armándose de valor para resistir una operación dolorosa, le hizo una señal a la anciana para que continuase.

—Como iba diciendo —prosiguió—, caí en desgracia con mi señora debido principalmente a la señorita Eveline Neville, quien en aquel entonces fue recibida en la casa Glenallan como la hija de un difunto primo hermano e íntimo amigo de su padre. El pasado de la señorita Neville estaba envuelto en grandes misterios, pero nadie se atrevía a preguntar más allá de lo que la condesa convenía en contar. Todos en la casa Glenallan querían a la señorita Neville, todos menos dos personas, su madre y yo, ambas la odiábamos.

—¡Dios! ¿Por qué motivo? Nunca una criatura tan cándida, tan gentil, tan proclive a inspirar afecto había puesto los pies en este miserable mundo.

—No digo que no —continuó Elspeth—, pero su madre odiaba todo lo que viniese de la familia de su padre, señor conde, todo menos a él. Sus razones se remontan a una agria disputa que tuvieron poco después de su matrimonio cuyos detalles no son relevantes a este propósito. Pero sí, odiaba a Eveline Neville, por partida doble además, especialmente cuando se percató del creciente afecto entre

usted y la desdichada dama. Tal vez sepa que, en un principio, el disgusto de la condesa no iba más allá de un trato frío y distante, pero a la larga estalló con la más absoluta violencia, de modo tal que la señorita Neville se vio obligada a buscar refugio en el castillo de Knockwinnock con la señora de sir Arthur, que en paz descanse.

—Mi corazón se desgarra ante el recuerdo de esos detalles, pero siga. Sirva mi presente agonía como penitencia adicional por el crimen involuntario.

—Estuvo ausente varios meses —prosiguió Elspeth—; entonces, una noche, estaba yo en mi casa esperando a que mi marido regresase de pescar, derramando en la intimidad las amargas lágrimas que mi orgulloso espíritu me arrancaba cuando pensaba en mi desgracia. El cerrojo no estaba echado y su madre, la condesa, entró en mi vivienda. Pensé que había visto un espectro, pues a pesar de tenerme en alta estima, éste era un honor que jamás me había rendido; tenía un aspecto pálido y fantasmagórico, como si se hubiese levantado de la tumba. Se sentó y se sacudió las gotas del pelo y del sayo, pues había llovizna esa noche y para llegar hasta mi casa hubo de atravesar las plantaciones, cubiertas de rocío. Menciono estos pormenores para que entienda la viveza con que guardo esa noche en mi memoria. Me sorprendí de verla pero no tuve el valor de arrancarme a decir nada, ni un fantasma me habría acobardado tanto. No, no me atreví, mi señor, yo que he presenciado tantos horrores sin inmutarme ante ellos. De modo que, tras un silencio, me dijo: «Elspeth Cheyne —pues siempre me llamaba por mi apellido de soltera—, ¿no eres tú la hija de Reginald Cheyne, que murió para salvar a su señor, lord Glenallan, en el campo de Sheriffmuir?». Y yo le respondí casi tan orgullosa como ella: «Tan seguro como que es usted la hija del conde de Glenallan, a quien mi padre salvó la vida con su propia muerte».

En este punto de la narración hizo una prolongada pausa.

—Y ¿qué pasó después, qué pasó? Por amor de Dios, buena mujer… ¿Por qué habré elegido este adjetivo? En fin, buena o mala, le exijo que continúe.

—Poco caso haría a su mundana orden —respondió Elspeth— de no ser por esa voz que me ha estado hablando despierta y en sueños y que me incita a contarle esta triste historia. Pues bien, mi señor, la condesa me dijo: «Mi hijo ama a Eveline Neville, le ha pedido la mano, están comprometidos. Si tuviesen un hijo, mis derechos sobre la casa Glenallan se perderían. En ese momento dejaría de ser una condesa para convertirme en la miserable y estipendiaria viuda de un noble; yo, que traje tierra y vasallos, rancio abolengo y notoriedad a mi marido, tendré que renunciar a ser patrona cuando mi hijo tenga un heredero varón. Pero eso no me preocuparía y habría sido paciente si se casase con cualquier mujer, con cualquiera menos con una de las infames Neville. Tratándose de quien se trata, solo pensar en que ellos y sus descendientes puedan gozar de los derechos y honores de mis ancestros me atraviesa el corazón como un puñal de dos puntas. Y esa muchacha… ¡la detesto!», a lo cual yo respondí, pues mi corazón se encendió con sus palabras, que su odio era equiparable

al mío.

—¡Mezquina! —exclamó el conde, a pesar de su propósito de guardar silencio—. ¡Mezquina mujer! ¿Qué odio podía despertar un ser tan inocente y amable?

—Yo odiaba todo lo que mi señora odiase como era tradición entre los vasallos de la casa Glenallan, y sepa usted, mi señor, que yo me casé por debajo de mi rango, y que no fue un ancestro suyo el que acudió al campo de batalla, sino un ancestro de esta frágil, demente, vieja e inútil mezquina que ahora le habla quien llevaba el escudo para protegerle. Pero hubo más —continuó la arpía, cuyas aviesas pasiones mundanas se encendían al calor de su narración—, hubo más. Fue la señorita Eveline Neville quien se ganó a pulso mi odio; cuando la traje de Inglaterra se estuvo mofando todo el trayecto de mi acento y hábitos escoceses, de igual modo que lo habían hecho sus amigas y doncellas sureñas del internado.

Por extraño que parezca, habló de una afrenta de una necia y descerebrada colegiala con un grado de contumacia que, visto ahora con la perspectiva del tiempo, ni una ofensa mortal podría haber despertado y azuzado en un espíritu bien formado. Y prosiguió:

—Sí, se mofó y se burló de mí, mas descuide, señor, que ya sufrirán el miedo al puñal aquellos que al tartán[246] escarnecen. —Y continuó, tras una pausa—: Aun así, no niego que la odiase más de lo que se merecía. Mi señora, la condesa, no dejaba de hacer hincapié en el mismo asunto: «Elspeth Cheyne, este joven desobediente quiere crearse lazos con la falsa sangre inglesa. Si fuesen otros tiempos, podría encerrarla a ella en la mazmorra de Glenallan y encadenarlo a él en la torre de Strathbonnel. Pero los tiempos son otros y la autoridad que los nobles ejercían ha sido delegada a los quisquillosos abogados y a sus mezquinos subalternos. ¡Óyeme bien, Elspeth Cheyne! Si eres hija de tu padre como yo lo soy del mío, encontraré la forma de que no se casen. Ella suele ir a pasear al acantilado que está junto a tu casa para ver el barco de su amante (seguramente recuerde lo mucho que a usted le gustaba hacerse a la mar entonces, mi señor); pues la encontrará, sí, pero cuarenta brazas más abajo de lo que él espera». ¡Sí! Puede mirarme y fruncir el ceño y retorcer las manos, pero lo que digo es tan cierto como que tendré que enfrentarme al único Ser al que tengo miedo. Éstas fueron las palabras de su madre. ¿Qué ganaría yo mintiéndole? Solo que yo me negué a manchar mis manos de sangre. Entonces ella dijo: «Según la religión de nuestra santa Iglesia, guardan un vínculo de sangre mayor del permitido. Sin embargo, seguro que a ellos no les importa convertirse en herejes y desobedientes réprobos», tal fue el apéndice a su argumento. Y fue entonces, pues el diablo está siempre ocupado en entendimientos como el mío, cuya sutileza va más allá de su uso y condición, cuando se me permitió hacer este infeliz inciso: «Pero se les podría hacer creer que su vínculo de sangre es tan estrecho que ninguna ley cristiana les permita el matrimonio».

En este momento, el conde de Glenallan repitió sus palabras con un rugido tan penetrante que casi arranca el tejado de la cabaña.

—¡Ah! Entonces Eveline Neville y yo no éramos…

—¿Hermanos, supongo que quiere decir, por parte de padre? —prosiguió Elspeth —. No, para su tormento o alivio, debe saber la verdad, ella no era más hermana de usted de lo que yo pudiera serlo.

—¡Mujer, no me engañe! No me obligue a mancillar la memoria de la madre a quien tan recientemente he visto enterrar, por tomar parte en la trama más cruel e infernal que…

—Reflexione un momento, lord Geraldin, está mancillando la memoria de un progenitor fallecido, ¿no hay ningún otro Glenallan con vida cuyos errores hayan conducido a esta terrible catástrofe?

—¿Se refiere a mi hermano? Él también falleció —dijo el conde.

—No —respondió la sibila—. Me refiero a usted, lord Geraldin. De no haber transgredido la obediencia de un hijo al casarse en secreto con Eveline Neville con un testigo en Knockwinnock, nuestra trama tal vez los habría separado por un tiempo, pero al menos sus penas no se habrían ulcerado. Fueron sus propios actos, en cambio, los que pusieron el veneno en el arma que nosotras arrojamos y, si la atravesó con mayor fuerza, fue porque usted se abalanzó sobre ella. Si su matrimonio hubiese sido un acto anunciado y público, nuestra estratagema de poner un obstáculo en su camino no habría ido a mayores, ni habría jugado en su contra.

—¡Oh, cielos! —dijo el infortunado noble—. Es como si me hubiesen quitado una venda de los ojos. Sí, ahora entiendo las dudosas insinuaciones de consuelo de mi desgraciada madre, vertidas para impugnar indirectamente la prueba de los horrores, de los que, con sus malas artes, me hizo creer culpable.

—No podría haberlo dicho más claro —respondió Elspeth— sin confesar su propia farsa, y ella habría preferido ser despedazada por caballos salvajes antes que confesar lo que había hecho; y, si estuviese viva, tampoco yo lo habría dicho por su bien. La raza Glenallan estaba hecha de corazones robustos, tanto hombres como mujeres; hubo un tiempo en que todos acudían al grito de guerra de su clan, «Clochnaben», hombro con hombro: ningún hombre se separaba de su líder por amor al oro o al lucro, por seguir el buen o el mal camino. Ahora, por lo que veo, los tiempos han cambiado.

El infortunado noble estaba demasiado enredado en sus propias reflexiones, confusas y delirantes, para reparar en las burdas expresiones de primitiva fidelidad en las que, aun en su último reflujo de vida, la infeliz autora de sus desgracias parecía encontrar una firme y obstinada fuente de consuelo.

—¡Oh, cielos! —exclamó—. Estoy libre de la más siniestra culpa que pueda deshonrar a un hombre, y cuyo motivo, a pesar de ser involuntario, ha destruido mi paz, arruinado mi salud y me ha arrojado a una tumba prematura. —Entonces, con fervor, pronunció, levantando los ojos—: Acepte mi humilde gratitud. Si vivo infeliz, al menos no moriré con la mancha de esa culpa antinatural. Y usted, continúe si tiene algo más que decir, continúe mientras le quede voz y a mí energía para oírla.

—Sí —respondió la arpía—, a la hora en que usted puede oír y yo hablar le queda, de hecho, poco para concluir. La muerte le ha señalado el ceño con su dedo, y yo noto cómo su garra se vuelve cada día más fría en mi corazón. No vuelva a interrumpirme con exclamaciones, gruñidos y reproches, limítese a escuchar la historia hasta el final. Y entonces, si de verdad lleva usted sangre Glenallan, como me dijeron en su día, haga que sus seguidores hagan una montaña de espina, zarza y verde acebo que alcance la altura de un mástil y prenda ¡fuego!, ¡fuego!, ¡fuego! a la vieja bruja Elspeth y a todo lo que pueda recordarle que semejante criatura se arrastró alguna vez sobre la faz de la tierra.

—Siga —dijo el conde—, no volveré a interrumpirla.

Su voz se oyó entrecortada, aunque decidida, pues tenía la determinación de no causar ningún disgusto que pudiera privarlo de la oportunidad de adquirir pruebas que confirmasen la extraordinaria historia que le había sido revelada. Pero Elspeth estaba ya agotada por un relato de una longitud tan poco común. La siguiente parte de su historia tuvo un curso más intermitente, y a pesar de ser claramente inteligible en casi todo su desarrollo, careció de la lúcida concisión de que tan asombrosamente había hecho gala en la primera parte. A lord Glenallan no le quedó más remedio —en los momentos en que la anciana trataba de continuar su historia sin éxito— que azuzarle la memoria en busca de las pruebas de las que disponía para esclarecer la verdad de una historia tan distinta a la que había contado todo ese tiempo.

—La prueba —respondió ella— de la auténtica partida de nacimiento de Eveline Neville estuvo en posesión de la condesa, quien tenía motivos para guardarla cierto tiempo en secreto; aún podrá encontrarla (si ella no la ha destruido) en el cajón izquierdo del armario de ébano que había en su vestidor. Su intención era ocultarla por un tiempo, hasta que usted se fuese al extranjero de nuevo, pues su plan era mandar de nuevo a la señorita Neville a su país o bien concertarle un matrimonio antes de que usted volviese.

—Entonces ¿aquellas cartas de mi padre que me enseñaron? A menos que todos mis sentidos me fallasen en ese fatal momento, en ellas confesaba su parentesco con… con la infeliz…

—Así es, así es, ¿cómo puede ponerlo en duda? Pero callamos el verdadero motivo que llevó a su padre a escribir esas cartas; él consideraba conveniente hacer pasar a la joven dama por su hija durante algún tiempo a cuenta de ciertos asuntos familiares.

—Y ¿por qué, después de conocerse nuestra unión, siguió en pie este atroz artificio?

—Lady Glenallan —respondió la anciana— no contó esta falsa historia hasta que empezó a sospechar de la boda, y ni siquiera entonces quiso usted confesar si la ceremonia se había celebrado o no. Pero recordará, oh, seguro que lo recuerda bien, lo que ocurrió en aquel terrible encuentro.

—¡Mujer! Juró usted ante el Evangelio los hechos que ahora está desmintiendo.

—Así fue, y habría jurado por algo aún más sagrado si tal voto hubiera existido. Estaba más que dispuesta a poner la sangre de mi cuerpo o la culpa de mi alma al servicio de la casa Glenallan.

—¡Desgraciada! ¿Se enorgullece de ese horrible perjurio, al que siguieron consecuencias aún más aterradoras? ¿Lo considera un buen servicio a la casa de sus benefactores?

—Yo la serví a ella, la que era entonces cabeza de los Glenallan, del modo en que ella me lo solicitó. El motivo atañe a Dios y a la conciencia de la condesa; la forma, a Dios y a la conciencia de esta anciana. Ella ya se ha ido y yo habré de seguirla. ¿Hay algo más que necesite saber?

—Sí, hay más, tiene que contarme la muerte del ángel a quien su perjurio llevó a la desesperación, deshonrándola, como ella creyó, con un crimen tan espantoso. Diga la verdad: ¿ocurrió ese terrible…? ¿Ocurrió ese horrible incidente… tal y como se nos informó? —A duras penas podía articular las palabras—. O ¿fue otro acto más de crueldad atroz infligido por terceros?

—Le entiendo —repuso Elspeth—, pero lo que se le dijo era cierto. Nuestro falso testimonio fue la causa, pero el hecho en sí fue efecto de sus propios actos. En esa horrible revelación, cuando usted huyó de la presencia de la condesa, abandonando a caballo el castillo, veloz como un rayo, ella aún no estaba al tanto de su boda secreta, no había descubierto que la unión (por la que había fraguado esta fatal historia, pues no deseaba otra cosa que evitarla) se había celebrado ya. Usted salió huyendo de la casa como si el Fuego de Dios estuviese a punto de caer sobre ella, y la señorita Neville fue puesta bajo custodia, pero el guardia se quedó dormido y la prisionera se despertó, la ventana estaba abierta, el camino se extendía ante ella… Allí estaba el acantilado, allí estaba el mar. ¡Oh, cuándo podré olvidar todo aquello!

—Y de este modo murió —dijo el conde—. Tal y como se nos informó.

—No, mi señor. Yo había ido a la cala, la marea era creciente y llegaba, como recordará, hasta los pies del acantilado, lo cual era muy conveniente para las faenas de mi marido… Ya me estoy desviando del tema. Entonces vi un objeto blanco caer desde lo alto del acantilado como una gaviota que atraviesa la niebla; después, un enorme destello en las aguas me mostró que era una criatura humana la que había chocado contra las olas. Yo era audaz y fuerte, y conocía bien las mareas. Fui corriendo hacia ella y la agarré por el vestido, la saqué del agua y la cargué sobre mis hombros (podría haber llevado dos como ella entonces), la llevé hasta mi cabaña y la tumbé en mi cama. Llegaron los vecinos y trajeron ayuda, pero las palabras que ella pronunciaba en sus desvaríos, cuando recuperó la facultad del habla, eran tales que tuve que decirles que se fueran y que avisaran a la casa Glenallan. La condesa mandó a su criada española, Teresa (si alguna vez ha habido sobre la tierra demonios con forma humana, esa mujer era uno de ellos). Ella y yo debíamos vigilar a la infeliz dama, sin dejar que nadie se acercase. Dios sabe la función que Teresa había de desempeñar, no me lo dijo a mí, pero el Cielo llegó a la conclusión por sí mismo. La

pobre muchacha empezó a sentir los dolores del parto antes de tiempo, llevaba un niño varón. La señorita Neville murió en mis brazos, ¡los brazos de su enemiga mortal! Sí, puede llorar, era una criatura tan adorable, pero piense, si yo no lloré su muerte entonces, ¿cómo podría llorarla ahora? No, no podía, dejé a Teresa con el cadáver y el bebé recién nacido y fui a hablar con la condesa para que me dijese qué hacer. Tarde como era, la llamé y ella me ordenó que llamase a su hermano.

—¿Mi hermano?

—Sí, lord Geraldin, también su hermano; según decían muchos, la condesa siempre quiso que él fuese su heredero. Más que ninguna otra, él era la persona a quien más afectaba la sucesión y herencia de la casa Glenallan.

—Y ¿es posible creer entonces que mi hermano, llevado por la avaricia y el deseo de quedarse con mi herencia, se prestara a tan abyecto y terrible ardid?

—Su madre así lo creyó —dijo la vieja arpía con una risa diabólica—. Esa trama no fue ocurrencia mía, lo que dijeron o dejasen de decir no se lo podré contar, pues no llegué a escucharlo. Largo y tendido estuvieron debatiendo en el vestidor de negro zócalo, y, cuando su hermano pasó por la estancia en la que yo me encontraba, me pareció (y siempre lo he creído desde entonces) que las llamas del infierno ardían en sus mejillas y en sus ojos. Algunas ascuas, no obstante, dejó con su madre, eso seguro. Cuando ella entró en la estancia parecía una mujer demente y las primeras palabras que pronunció fueron: «Elspeth Cheyne, ¿has arrancado alguna vez un capullo en flor?»; a lo que yo respondí, como podrá suponer, que a menudo lo había hecho. «Entonces —dijo ella—, mejor que nadie sabrás como malograr la espuria y sacrílega flor que ha brotado esta noche para desgracia de la noble casa de mi padre. Toma —dijo mientras me daba un punzón de oro—, nada excepto el oro debe hacer derramar la sangre de un Glenallan. Ese niño es como si perteneciese ya a los muertos, y ya que solo tú y Teresa sabéis de su existencia, no hace falta que os diga cuál es vuestro cometido.» Y se dio la vuelta presa de la ira y me dejó con el punzón en la mano. Aquí está: el punzón y el anillo de la señorita Neville es lo único que he conservado de mi mal habida fortuna, pues grande fue la que tuve. Pero, si he guardado el secreto, no fue por el oro ni por la fortuna.

Su larga y huesuda mano extendió a lord Glenallan el punzón de oro, bajo el cual pudo ver en su imaginación la sangre de su retoño correr.

—¡Desgraciada! ¿Cómo tuvo corazón?

—No sabía si podría hacerlo o no. Regresé a mi cabaña sin sentir el suelo que pisaba, pero Teresa y el niño habían desaparecido. Todo lo que tenía vida se había ido, solo quedaba el cadáver.

—Y ¿nunca llegó a conocer el destino de mi hijo?

—Imaginar si acaso. Ya le he dicho cuál era el objetivo de su madre, y sé que Teresa era un demonio. Pero nadie volvió a verla jamás en Escocia, parece ser que regresó a su país. Una oscura cortina cayó sobre el pasado, y las conjeturas de quienes presenciaron alguna parte de él apuntan tramas de seducción y suicidio.

Usted mismo…

—Lo sé, lo sé todo —respondió el conde.

—Ya sabe todo lo que yo podía contarle. Y ahora, heredero de Glenallan, ¿puede perdonarme?

—Pida el perdón de Dios, no el del hombre —dijo el conde dándose la vuelta.

—¿Cómo voy a pedir al Ser puro e inmaculado lo que sin duda va a negar a una pecadora como yo? Si he pecado, ¿acaso no he sufrido? ¿He tenido un solo día de paz, una hora de descanso desde que esta larga cabellera se tendía sobre mi almohada en Craigburnfoot? ¿No ardió mi casa estando mi retoño en la cuna? ¿No se hundieron mis barcos mientras los demás sobrevivían al vendaval? ¿Hay alguna persona cercana a mí que no haya sufrido penitencia por mi pecado? ¿No se ha llevado ya el fuego su tajada? ¿Y los vientos otro tanto? ¿Y el mar? Y ¡oh! —añadió, con un prolongado quejido, mirando primero al cielo y bajando después la mirada al suelo—. ¡Oh, que la tierra se lleve ya su parte, pues cansada está de seguir aún pegada a ella!

Lord Glenallan había alcanzado ya la puerta de la cabaña, pero su generosa naturaleza no le permitió abandonar a la infeliz mujer en ese estado de desesperada reprobación.

—Que Dios la perdone, desdichada mujer —dijo—, con la misma sinceridad que yo lo hago. Busque perdón en Él, pues es el único que puede otórgalo, y que sus oraciones sean oídas como si fuesen las mías. Haré que la visite un sacerdote.

—¡No, no, de sacerdote nada! —prorrumpió la anciana, pero el portazo del conde al salir la dejó con la palabra en la boca.

Capítulo XXXIV

:te el puño que aún sostiene las cuerdas
agitan el corazón del padre; el miembro
gado que yace en la tumba aún mantiene
'año comercio con el muñón, en cuyos nervios
dura la picazón de su mutilada existencia.

Antigua obra

El anticuario, como habíamos informado a nuestros lectores al final del segundo capítulo[247], había rehusado la compañía del respetable señor Blattergowl, a pesar de que éste se ofreció a amenizarlo con un resumen del más hábil discurso jamás oído en el Tribunal de Diezmos[248], el cual fue pronunciado por el procurador de la iglesia con motivo del conocido caso de la parroquia de Gatherem. Resistiéndose a la tentación, nuestro señor optó por el sendero solitario que, de nuevo, le condujo hasta la casa de Meiklebackit. Una vez frente a la cabaña del pescador, vio a un hombre que trabajaba afanosamente en la playa —parecía estar arreglando los destrozos de una barca— y, para su sorpresa, al acercarse a él, pudo comprobar que se trataba del mismo Meiklebackit.

—Me alegro, Saunders, de que se sienta capaz de hacer este esfuerzo.

—Qué remedio —respondió el pescador bruscamente—. No voy a dejar que mis cuatro hijos se mueran de hambre porque su hermano se haya ahogado. La gente de bien puede quedarse en casa secándose los ojos con un pañuelo, pero los que somos como yo tenemos que volver al trabajo aunque el corazón nos golpee con más fuerza que el martillo.

Sin prestar más atención a Oldbuck, continuó con su trabajo y el anticuario —a quien el ejemplo del género humano bajo la influencia de pasiones turbulentas nunca dejaba indiferente— se quedó a su lado, atento y en silencio, como si estuviese observando el progreso de su trabajo. Reparó varias veces en los duros rasgos del hombre, tratando de establecer asociaciones; Meiklebackit parecía acompañar el ruido de la sierra y del martillo con su habitual sinfonía de rústicas tonadas, que iba tatareando o silbando, pero a menudo una leve contracción convulsiva indicaba —antes de articular las notas— que acababa de recordar la causa que le impedía continuar. Finalmente, cuando hubo reparado una parte considerable de la barca y se disponía a arreglar otra, sus sentimientos parecieron entorpecer su capacidad de concentración. El trozo de madera que estaba a punto de clavar era demasiado largo, así que lo serró, pero quedó demasiado corto; entonces eligió otro trozo que tampoco le iba bien para su propósito. Al final, lo arrojó con enfado y, frotándose los turbios ojos con su temblorosa mano, exclamó:

—Aquí hay algo maldito; si no soy yo, es esta barca endiablada que tantas veces he arrastrado a tierra firme para repararla y restaurarla. Quién sabe si no fue esta

barca la que ahogó a mi pobre Steenie al cabo de tantos años y ahora está muerto por su culpa.

Y lanzó el martillo contra la barca, como si ésta hubiese sido la causante intencional de su desgracia. Después, tras recapacitar un momento, añadió:

—Aunque de qué sirve enfadarse con ella, si no tiene alma ni entendimiento. No es que yo sea mucho mejor. Esta barca no es más que un hatajo de tablones unidos unos con otros, alabeados por el viento y el mar… Pero ¿y yo? Tan solo soy un hombre tosco, azotado por las inclemencias del mar y de la tierra, casi tan insensible como ella. Aun así, tiene que estar reparada para la marea de la mañana. Es cosa de necesidad.

Diciendo esto, fue a por sus herramientas e intentó reanudar su labor, pero Oldbuck le sujetó levemente del brazo.

—Venga, venga —le dijo—, Saunders, hoy no tiene que trabajar. Le diré a Shavings el carpintero que venga a reparar el barco, y su jornal por el día de trabajo correrá de mi cuenta; además, sería conveniente que no saliese mañana y se quedase a dar consuelo a su familia bajo esta exención; el jardinero le traerá algunas verduras y alimentos de Monkbarns.

—Se lo agradezco, Monkbarns —respondió el pobre pescador—. Soy un hombre parco en palabras y hay poco que sea capaz de decir por mí mismo. Tal vez hace años aprendiese mejores modales de mi madre, pero nunca vi que a ella le sirviesen de mucho; aun así, le doy las gracias. Es usted amable y un buen vecino, aunque la gente diga que es tacaño y miserable; muchas veces he dicho, cuando querían poner a la gente pobre en contra de los nobles; muchas veces he dicho: «Nunca un hombre tocará un pelo a Monkbarns mientras Steenie y yo podamos mover un dedo», y lo mismo decía Steenie. Monkbarns, cuando usted llevó la cabecera de su ataúd hasta la tumba, cosa por la que me siento muy agradecido, debe saber que vio echar tierra sobre un honrado muchacho que le tenía aprecio, aunque fuera parco en palabras.

Oldbuck, abatido por el orgullo de su afectado cinismo, no habría permitido por voluntad propia que nadie le citase en aquella ocasión sus máximas favoritas de la filosofía estoica. Grandes lágrimas empezaron a caer súbitamente de sus ojos mientras rogaba al padre —que ahora se conmovía al recordar los valientes y generosos sentimientos de su hijo— que refrenase su inútil pesar; seguidamente, lo sujetó del brazo y lo condujo hacia su propia casa, donde el anticuario habría de encontrarse con otra escena memorable. Al entrar, la primera persona que vio fue a lord Glenallan.

Cuando se saludaron, ambos semblantes reflejaron la misma sorpresa, con altanera discreción por parte del señor Oldbuck y embarazo por parte del conde.

—Lord Glenallan, ¿verdad? —dijo el señor Oldbuck.

—El mismo, a pesar de lo mucho que ha cambiado desde que conociera al señor Oldbuck.

—No es mi intención —dijo el anticuario— inmiscuirme en sus menesteres, tan

solo he venido a visitar a la desolada familia.

—Y ha encontrado a alguien, señor, que tiene incluso más necesidad de su compasión.

—¿Mi compasión? Difícilmente pueda lord Glenallan tener necesidad de mi compasión. Y, si así fuese, dudo mucho de que lord Glenallan la requiriese.

—Nuestro anterior encuentro… —dijo el conde.

—Se remonta a un tiempo tan pretérito, mi señor, fue de tan corta duración y se produjo en circunstancias tan sumamente dolorosas que creo que debe quedar exento de continuación.

Y, diciendo esto, el anticuario se volvió y salió de la cabaña, pero lord Glenallan salió tras él y, a pesar de que Oldbuck le despidió con un rápido «Buenos días, mi señor», el conde le pidió conversar con él varios minutos y el privilegio de su consejo en una importante cuestión.

—El señor conde encontrará a muchos hombres más capaces de aconsejarle que yo, y para quienes además será un gran honor prestarle tal servicio. Yo soy un hombre retirado de los negocios y del mundo, sin demasiado interés por sacar a relucir sucesos pasados de mi fútil vida. Y perdóneme si le digo que me entristece especialmente volver a esos días en que me comporté como un bobo y usted, señor, como… —se detuvo en seco.

—Como un villano podría decir —interrumpió lord Glenallan—, pues eso es lo que debí parecerle.

—Mi señor, mi señor, no es mi deseo oír su confesión —dijo el anticuario.

—Pero, señor, si pudiera demostrarle que se ha pecado contra mí más de lo que yo he pecado, que he sido un hombre desgraciado, más de lo que las palabras puedan expresar, y que en este momento solo me cabe esperar una tumba prematura como paraíso, entonces no podrá negarse a oír mi confesión, y, tomando su aparición en este momento crítico como señal del Cielo, me atrevo, pues, a insistirle.

—Con toda certeza, mi señor, no evitaré por más tiempo la continuación de esta insólita entrevista.

—En tal caso tendremos que remontarnos a veinte años atrás, a nuestros ocasionales encuentros en el castillo de Knockwinnock; supongo que se acordará de una dama que por aquel entonces era miembro de esta familia.

—La infortunada señorita Eveline Neville, mi señor; la recuerdo bien.

—Por la cual profesaba usted sentimientos.

—Muy distintos de los que, antes y después de conocerla, he profesado por las personas de su sexo. Su dulzura, su docilidad, su placer en los estudios en los que yo la instruía, atrajeron mi afecto más de lo que correspondía a mi edad (si bien ésta no era muy avanzada entonces) o a la firmeza de mi carácter. Pero no hace falta que le recuerde, mi señor, los diversos modos en que usted se regocijó a costa de un torpe y solitario estudiante, avergonzado por la expresión de sentimientos tan nuevos para él, y no me cabe duda de que la joven dama también participó de tan merecido ridículo:

así es el género femenino. Ahora que ya le he hablado de las dolorosas circunstancias de mis atenciones y de su rechazo, sospecho que el señor conde habrá quedado satisfecho de que todo esté grabado en mi memoria y podrá, en lo que a mí respecta, contar su historia sin necesidad de escrúpulos o superfluas delicadezas.

—Lo haré —dijo lord Glenallan—, pero déjeme decirle primero que no hace justicia a la memoria de la más tierna y noble de las mujeres, la más desdichada también, al suponer que ésta se burlase del honrado afecto de un hombre como usted. A menudo me acusaba, señor Oldbuck, de ejercer mi frivolidad a su costa. ¿Sería lícito conjeturar en este momento que podrá usted perdonar las disolutas libertades que entonces le ofendieron? Mi estado mental nunca me había impuesto la necesidad de disculparme por la inadvertencia de un temperamento tan ligero y licencioso.

—Mi señor, está completamente perdonado —dijo el señor Oldbuck—. Debe saber que, al igual que todo el mundo, yo no era consciente de estar compitiendo con usted, y pensé que la señorita Neville se encontraba en una situación de dependencia que podría haberla inclinado a elegir una independencia suficiente y la mano de un hombre honrado. Pero pierdo el tiempo. Querría poder creer que las intenciones que otros manifestaron eran tan justas y sinceras como las mías.

—Señor Oldbuck, está usted juzgando con severidad.

—No sin motivo, mi señor. Pues fui el único de todos los magistrados de este condado que sin tener (como era el caso de otros) el honor de estar vinculado a su poderosa familia, ni la bajeza de temerla, se atrevió a investigar las circunstancias en que la joven dama perdió su vida. Tal vez se sienta hostigado, mi señor, pero debo ser claro. Pienso que tuve razones para creer que la señorita Neville fue víctima de la más injusta de las tramas, bien por verse obligada a contraer matrimonio, o bien porque se tomaron duras medidas para borrar y destruir la prueba de una unión real. Y no me cabe la menor duda de que esta crueldad del señor conde, ya fuese por voluntad propia o por influencia de la condesa, llevó a la infortunada dama al acto de desesperación con el que puso fin a su vida.

—Está alcanzando, señor Oldbuck, conclusiones erróneas e injustas, si bien entendibles dadas las circunstancias. Créame, yo lo respeté a usted incluso cuando me sentí del todo abochornado por sus enérgicos intentos de investigar las desgracias de nuestra familia. Usted demostró ser más digno de la señorita Neville que yo, pues no dudó en reivindicar su buena reputación incluso después de su muerte. Pero, empujado por la firme convicción de que sus bienintencionados esfuerzos solo servirían para arrojar luz sobre una historia demasiado horrible para ser desvelada, opté por secundar los planes de mi infeliz madre, eliminando o destruyendo cualquier prueba de la unión legal que habíamos contraído Eveline y yo. Y ahora sentémonos en este reborde, me siento incapaz de seguir de pie por más tiempo, y tenga la bondad de escuchar este extraordinario descubrimiento que me ha deparado el día de hoy.

Se sentaron, según su deseo, y lord Glenallan relató los detalles de su infeliz historia familiar, su boda secreta, la terrible invención de su madre con el fin de

imposibilitar la unión que ya se había producido. Señaló las artes mediante las que la condesa, teniendo en su haber todos los documentos que se referían al nacimiento de la señorita Neville, sacó a relucir únicamente aquellos referidos a un período de tiempo en el que, por motivos familiares, su marido había consentido en admitir la paternidad natural de la joven dama; asimismo recalcó cuán imposible le había sido a su marido sospechar o detectar el engaño urdido por la condesa, y que respaldaron los juramentos de sus servidoras, Teresa y Elspeth.

—Abandoné la mansión de mi padre —concluyó— como si las furias del infierno me arrastrasen, enloquecido, sin saber adónde ir. No guardo ningún recuerdo de lo que hice o de dónde estuve hasta que me encontró mi hermano. No le aburriré con el relato de mi enfermedad y recuperación ni de cómo, tiempo después, me atreví a preguntar por mi compañera de desgracias y me enteré de que su desesperación encontró un terrible remedio a todas las amarguras de la vida. Lo primero que espabiló mis facultades mentales fueron sus pesquisas sobre este cruel asunto, y no se sorprenderá de que, a tenor de mis ideas en aquel momento, yo decidiese favorecer los intentos de detener su investigación que mi hermano y mi madre habían emprendido tan activamente. La información que les proporcioné sobre las circunstancias y los testigos de nuestra boda secreta les permitió, de hecho, frustrar la investigación que usted llevaba a cabo. El pastor, por tanto, y los testigos, siendo personas que habían tomado parte en el asunto únicamente para contentar al poderoso heredero de Glenallan, fueron permeables a las promesas y amenazas de mi hermano y de mi madre, y fueron tan bien provistos que no pusieron objeción alguna en abandonar este país por otro.

»En cuanto a mí, señor Oldbuck —prosiguió el infeliz hombre—, desde ese momento me sentí excluido del libro de los vivos, sin nada más que hacer en este mundo. Mi madre trató de reconciliarme con la vida de todas las formas posibles, incluso ofreciéndome indicios que, según mi actual interpretación, estaban destinados a hacerme dudar de la horrible historia que ella había elaborado. Sin embargo, yo atribuí todas sus palabras a la ficción del afecto materno. No obstante, me abstendré de todo reproche, pues ella ya no está y, como bien dijo su infeliz compinche, no era consciente de lo envenenado que estaba el dardo ni de lo profundo que llegaría a hundirse cuando lo lanzó con su mano. Señor Oldbuck, si alguna vez en estos veinte años se ha arrastrado un ser vivo sobre la tierra que merezca su compasión, soy sin duda yo. La comida no me ha alimentado, el sueño no me ha reparado, mi devoción no me ha reconfortado. Todo lo que es esperanzador y necesario para el hombre ha sido veneno para mí. Las escasas y limitadas relaciones que he tenido con los demás siempre me han resultado de lo más odiosas. Me sentía como si ensuciase con mi culpa antinatural e innombrable a aquellos que gozaban de alegría e inocencia. En algunos momentos he tenido pensamientos de otra naturaleza, como lanzarme a la aventura de la guerra, poner mi vida en peligro en algún viaje en climas extranjeros y bárbaros, tomar parte en intrigas políticas o retirarme al austero aislamiento de los

ermitaños de nuestra religión; todas éstas son ideas que se han sucedido alternativamente en mi cabeza, pero todas ellas requerían una energía de la que yo carecía después del fulminante golpe que me había sido asestado. Me quedé vegetando como pude sin moverme de mi sitio; la imaginación, los sentimientos, el juicio y la salud iban mermando gradualmente, como un árbol al que le arrancan la corteza: primero mueren los frutos, después las ramas, hasta convertirse en el tronco débil y moribundo que tiene delante. ¿Se compadece ahora de mí y me perdona?

—Mi señor —respondió el anticuario, tremendamente afectado—, no tiene que pedir mi compasión ni mi perdón, pues su amarga historia es en sí misma no solo una justificación de cualquier comportamiento que hubiese resultado misterioso por su parte, sino que también podría arrancar lágrimas e inspirar la condolencia de sus peores enemigos, entre los cuales, mi señor, nunca figuré. Pero permítame preguntarle lo que piensa hacer ahora y por qué me ha honrado a mí (pues mi opinión puede ser de escasa relevancia) brindándome su confianza en esta ocasión.

—Señor Oldbuck —respondió el conde—, puesto que jamás podría haber adivinado la naturaleza de la confesión que hoy me ha sido revelada, no hace falta que le diga que no había planeado consultarle a usted ni a nadie sobre asuntos cuyo desenlace no podría haber sospechado siquiera. Pero no tengo ningún amigo, he perdido el pulso de los negocios debido a mi largo retiro, y las leyes de la tierra y las costumbres de las generaciones vivas me resultan poco familiares; y entonces, cuando menos lo esperaba, me veo inmerso en lances de los que casi nada sé, motivo por el que me agarro, cual náufrago, al primer sostén que me sale al paso. Usted es mi sostén, señor Oldbuck. Siempre he oído hablar de su sabiduría e inteligencia; yo mismo he podido comprobar que es un hombre de espíritu resuelto e independiente, y se da una circunstancia que en cierto modo nos emparenta: ambos hemos rendido tributo a la misma excelsitud de carácter, el de la pobre Eveline. Usted mismo se había ofrecido a ayudarme cuando tuve necesidad, y ya era conocedor del inicio de mis desgracias. A usted, por tanto, recurro para pedir consejo, consideración y apoyo.

—Y aquí podrá encontrarlos, mi señor —dijo Oldbuck—, hasta donde lleguen mis limitadas facultades; me siento, además, honrado por su elección, tanto si es premeditada como azarosa. En cualquier caso, éste es un asunto que requiere maduración. ¿Podría preguntarle cuáles son sus consideraciones principales de momento?

—Averiguar la suerte de mi hijo —dijo el conde—, sean cuales sean las consecuencias, y limpiar el honor de Eveline, del cual me he permitido dudar únicamente con el fin de evitar que se descubriese el deshonor aún más horrible del que se me hizo creer responsable.

—Y ¿la memoria de su madre?

—Tendrá que llevar su propia carga —respondió el conde con un suspiro—, mejor es que ella sea culpable de engaño, si fuese necesario, que otros sean acusados injustamente de crímenes mucho más horribles.

—En tal caso, mi señor —dijo Oldbuck—, lo primero que tenemos que hacer es confirmar formalmente la información ofrecida por la anciana Elspeth.

—Me temo —dijo lord Glenallan— que no va a ser posible de momento. Está totalmente agotada; además, su afligida familia está con ella. Tal vez mañana, cuando esté sola, y aun así dudo, debido a su imperfecto sentido del bien y del mal, de que sea capaz de hablar en presencia de alguien que no sea yo. Yo también me encuentro profundamente fatigado.

—Entonces, mi señor —dijo el anticuario, cuyo interés en ese momento alcanzó cotas más elevadas que el dispendio y la conveniencia, cuestiones ambas que solían pesar bastante más en sus consideraciones—, le sugiero que, en vez de regresar, fatigado como está, a la casa Glenallan, o tomar la alternativa poco cómoda de alojarse en una mediocre posada de Fairport, llamando la atención de todos los entrometidos de la ciudad, le sugiero, como iba diciendo, que sea mi invitado en Monkbarns esta noche. Mañana esta pobre gente habrá reanudado sus tareas fuera del hogar, pues, aun desconsolados, no pueden permitirse interrumpir sus labores, por lo que podremos visitar a la anciana Elspeth a solas y tomarle declaración.

Tras una disculpa formal por la invasión, lord Glenallan accedió a ir con él y soportó con paciencia todo el trayecto la historia de John de Girnell, una leyenda que el señor Oldbuck nunca dejaba de contar a todo aquel que cruzase el umbral de su casa.

La llegada de un extraño de tal calibre, con dos caballos de montura y un criado ataviado de negro, con pistoleras en el arzón delantero y filigranas sobre las pistoleras, creó un estado de conmoción general en la casa de los Monkbarns. Jenny Rintherout, no del todo recuperada del estado de nervios en que la había sumido la desgracia del pobre Steenie, salió detrás de los pavos y de las aves de corral, cacareando y gritando más alto que ellas, y acabó matando a más de la mitad. La señorita Griselda hizo múltiples y sabias reflexiones sobre la impetuosa obstinación de su hermano, el cual había ocasionado un cataclismo sin precedentes al haber traído ante ellos a un noble papista. Y se atrevió a transmitir al señor Blattergowl algunas indirectas sobre la extraordinaria carnicería que se había producido en la *basse-cour*[249], lo que llevó al honrado pastor a preguntar qué tal había llegado a casa su amigo Monkbarns, y si no era algo inadecuado haber asistido al funeral faltando tan poco para que la campana anunciase el comienzo de la cena, ante lo cual el anticuario no tuvo más opción que invitarle a que se quedase y bendijese la carne. La señorita MacIntyre, por su parte, tenía cierta curiosidad por ver a este poderoso noble, de quien había oído decir tantas cosas, como si se tratase de un califa o de un sultán de Oriente; pero sintió cierto temor ante la idea de encontrarse con una persona cuyos hábitos huraños y austeras formas habían dado tanto que hablar, de modo que su miedo y su curiosidad terminaron caminando a la par. La anciana ama de llaves no estaba menos nerviosa y ajetreada, trataba de obedecer las continuas y contradictorias órdenes de su señora sobre las confituras, los pasteles y la fruta, el modo de poner y

servir la mesa, la importancia de evitar que la mantequilla derretida se clarifique, y el peligro de que Juno —que, a pesar de estar formalmente desterrada del salón, no dejaba de merodear por las posesiones de la familia— entrase en la cocina.

El único habitante de Monkbarns que fue del todo indiferente a este memorable acontecimiento fue Hector MacIntyre, a quien la presencia de un conde le preocupaba tanto como la de un plebeyo, y cuyo único interés por la visita radicaba en el hecho de que podría procurarle cierta protección contra el posible disgusto de su tío por no haber asistido al funeral, pero sobre todo contra su sátira si recordaba el gallardo, si bien infructuoso, asalto al fócido o foca.

Ante todos ellos, habitantes de la casa, Oldbuck hizo la presentación del conde de Glenallan, quien aguantó, con sumiso y subyugado civismo, los prosaicos discursos del clérigo y las dilatadas excusas de la señorita Griselda Oldbuck, que su hermano —en vano— trató de abreviar. Antes de que llegase la hora de la cena, lord Glenallan pidió permiso para retirarse un momento a su cámara. El señor Oldbuck acompañó a su invitado hasta la Habitación Verde, que había sido rápidamente acondicionada para su visita. El conde echó un vistazo con un aire de mortificante recuerdo.

—Creo —observó finalmente—, creo, señor Oldbuck, que he estado en esta dependencia con anterioridad.

—Sí, mi señor —respondió Oldbuck—, con motivo de una excursión que partió de aquí a Knockwinnock; y, ya que hacemos mención a un asunto tan melancólico, tal vez recuerde el buen gusto de quien sugirió estas líneas de Chaucer que ahora forman el motivo del tapiz.

—Puedo imaginarlo —dijo el conde—, si bien no lo recuerdo. Ella me superaba, de hecho, en gusto literario y conocimientos, al igual que en todo lo demás. Misteriosa intervención de la Providencia, señor Oldbuck, privarnos de forma tan miserable de una criatura de prodigioso intelecto y precioso cuerpo por el mero hecho de establecer una fatídica unión con un desgraciado como yo.

El señor Oldbuck no trató de responder a esta explosión de dolor que lo acercó aún más al corazón de su invitado; estrechó, en cambio, con una mano la mano de lord Glenallan y se pasó la otra por sus pobladas pestañas, como queriendo disipar una bruma que le enturbiaba la vista; y, de este modo, dejó al conde en libertad para que pudiese prepararse para la cena.

Capítulo XXXV

vida, contigo,
nflama en el cerebro y danza en las arterias
ıo el vino que a los dichosos embriaga,
grando el corazón y elevando los sentidos:
s de mi copa tan solo un poso queda
pido y anodino, pálido y huero,
ennegrece el cristal que lo alberga.

Antigua obra

—Y ahora dígame qué clase de hombre es mi hermano, señor Blattergowl, tan sabio y tan cultivado, que se le ocurre traernos a este conde a casa sin decir palabra a nadie. Y con la desgracia de los Meiklebackit… Ni la aleta de un pez podemos poner en la mesa, y tampoco tenemos tiempo de ir a Fairport a por ternera, y el cordero ya lo matamos… Y esa frívola de Jenny Rintherout se ha puesto como una histérica, lo único que hace es reír y congratularse, con esos gritos y esas carcajadas, dos días lleva así; y ni siquiera puedo ir a la cocina a organizar nada, porque anda por allí el criado del conde, más solemne si cabe que su propio señor, preparándole no sé qué puré, porque él tampoco come como el resto de los mortales… De verdad le digo, señor Blattergowl, que todo esto supera mi cordura.

—Ciertamente, señora Griselda —respondió el clérigo—, Monkbarns ha sido un desconsiderado. Tendría que haber avisado con un día de antelación, como se hace con el informe seglar en los procesos de tasación y venta. Si bien es cierto que no hay casa en la feligresía que pudiese ofrecer mejores víveres a ese gran hombre, eso hay que decirlo, y también que los olores que salen de la cocina resultan muy gratificantes a mi olfato; y, si tiene tareas del hogar que atender, señora Griselda, no me considere ajeno a la casa; yo me entretengo solo con Erskine y sus estudios de Derecho escocés.

Junto a la ventana se encontraba el asombroso pliego (comentarios del escocés Coke sobre Littleton). Lo abrió instintivamente por el décimo título del Libro Segundo, «De los diezmos y estipendios» y se enfrascó en un abstruso debate sobre la temporalidad de los beneficios eclesiásticos.

Los alimentos, por los cuales la señorita Oldbuck mostraba una gran preocupación, fueron trasladados finalmente a la mesa; y el conde de Glenallan, por primera vez desde que ocurriese su calamidad, se sentó a la mesa de un extraño, rodeado de extraños. Se veía como si estuviese en un sueño, o como si su cerebro no se hubiese recuperado del todo de los efectos de alguna poción venenosa. Aliviado, desde esa misma mañana, de la sensación de culpa que tanto tiempo había aprisionado su imaginación, sintió su pesar como una carga más ligera y tolerable, si bien aún era incapaz de tomar parte en la conversación que discurría a su alrededor.

Ésta, de hecho, era de una índole bien diferente a la que él estaba acostumbrado. La brusquedad de Oldbuck, las cansinas y arrepentidas arengas de su hermana, la

pedantería del clérigo y la vivacidad del joven soldado, con más aire de cuartel que de corte, resultaban novedosas para el noble, a quien —tras tantos años de retiro y melancolía— las maneras del mundo se le antojaban ajenas y displicentes. Solo la señorita MacIntyre, con su natural cortesía y su discreción sin pretensiones, le parecía pertenecer a la sociedad que él frecuentaba en sus buenos tiempos, hace ya años.

La actitud de lord Glenallan tampoco dejó indiferentes a los demás comensales. A pesar de ofrecérsele un sencillo pero excelente almuerzo en familia (pues como justamente apuntó el señor Blattergowl, era imposible pillar a contrapié a la señorita Griselda incluso cuando su despensa estaba vacía), y a pesar de que el anticuario alardeó de su mejor oporto comparándolo al Falerno de Horacio, lord Glenallan se mostró impermeable a los encantos de ambas cosas. Su criado le puso por delante un pequeño revuelto de verduras —plato cuya elaboración había alarmado a la señorita Griselda— preparado con la mayor pulcritud. Tales provisiones, de las que comió moderadamente, junto con un vaso de agua pura del manantial, constituyeron su menú. Ésta, según palabras del criado, había sido la dieta de su señor muchos años, tan solo quebrantada por las grandes festividades de la Iglesia, o cuando la casa Glenallan daba cobijo a invitados de primera categoría, momentos en que relajaba un poco su austeridad y se permitía una copa de vino o dos. Sin embargo, en Monkbarns, ningún anacoreta habría hecho una comida más simple y escasa.

El anticuario era un caballero, como hemos visto, en materia de sentimientos, pero era brusco y poco atento por culpa del hábito de vivir con personas ante las que no tenía nada que reprimir. Atacó a su distinguido invitado sin escrúpulos por la severidad de su dieta.

—Verduras tibias, patatas y un vaso de agua gélida para digerirlas: no hay constancia de semejante exigüedad en los libros de historia, mi señor. Esta casa solía ser un *hospitium*, un lugar de retiro para cristianos, pero la dieta de su excelencia es de un pagano pitagórico o de un brahmán hindú, o más severa incluso si rechaza también estas deliciosas manzanas.

—Soy católico, como sabe —respondió lord Glenallan queriendo evitar la discusión—, y ya sabe que nuestra Iglesia…

—Establece muchas reglas de mortificación —continuó el intrépido anticuario—, pero nunca he oído decir que se pusiesen en práctica de manera tan rigurosa. Buena fe de ello es mi predecesor, John de Girnell, o el alegre abad, que dio nombre a esta manzana, mi señor.

Mientras pelaba la pieza de fruta, y a pesar del «¡Diantres, Monkbarns!» de su hermana y de la prolongada tos del pastor, seguida de una sacudida de su enorme peluca, el anticuario continuó enumerando los pormenores que habían dado fama a la manzana del abad con más socarronería y detalle de los necesarios. Su broma —pues fácilmente puede concebirse como tal— erró su objetivo, pues la anécdota referente a la galantería del abad no arrancó la más mínima sonrisa del rostro del conde.

Entonces Oldbuck sacó el tema de Ossian, Macpherson y Mac-Cribb, pero lord

Glenallan no había oído hablar jamás de ninguno de los tres, tal era su escasa familiaridad con la literatura moderna. La conversación estaba ahora en peligro de esfumarse, o de caer en manos del señor Blattergowl, quien acababa de pronunciar la formidable expresión «exento de diezmo» cuando se inició el debate sobre la Revolución francesa, acontecimiento político que lord Glenallan contemplaba con el horror prejuicioso de un católico intransigente y de un ferviente aristócrata. Oldbuck estaba lejos de llevar a tal extremo su disgusto por tales principios.

—Había muchos hombres en la primera Asamblea Constituyente —dijo— que sustentaban y defendían la doctrina liberal, promoviendo las libertades del pueblo como base de la Constitución. Y, si un hatajo de locos furiosos tomaron las riendas del Gobierno, fue porque eso es lo que suele ocurrir en las grandes revoluciones cuando se adoptan medidas extremas en el furor del momento, y podría decirse que el Estado se asemeja a un péndulo que se balancea de un lado a otro durante un tiempo hasta que adquiere la posición perpendicular que le corresponde. O bien puede compararse con la tormenta o con el huracán, que a su paso por una región ocasiona grandes daños, pero también se lleva consigo los hedores estancados, compensando con salubridad y fertilidad futuras la desolación y estragos del momento.

El conde movió la cabeza, pero era tal su desgana e indiferencia por el debate que dejó pasar su turno de réplica.

Esta conversación dio pie al joven soldado a narrar sus experiencias; habló de las actuaciones en las que se había visto implicado con una modestia y un aire de entusiasmo que deleitó al conde, quien había sido educado, al igual que otros miembros de su familia, en la opinión de que la profesión de las armas era el principal cometido del hombre, y pensaba que hacer uso de ellas frente a los franceses era, en cierto modo, una especie de guerra santa.

—Qué no daría yo —dijo dirigiéndose a Oldbuck, cuando dejaron la mesa para reunirse con las damas—, qué no daría yo por tener un hijo con tanto entusiasmo como el de este joven caballero… Tal vez necesite pulir un poco sus maneras, y pronto lo logrará cuando empiece a frecuentar las esferas oportunas; pero ese talante y ese ánimo con el que se expresa, tan devoto de su oficio, tan generoso con los méritos ajenos y tan modesto con los suyos propios…

—Hector se siente tremendamente honrado, mi señor —respondió su tío, agradecido, si bien no tanto como para anular la conciencia de su propia superioridad mental sobre el joven soldado—. Creo de corazón que nadie había hablado jamás tan bien de él, exceptuando quizá al sargento de su sección, cuando trataba de convencer a un recluta escocés de que se alistara con él. Es un buen muchacho, aunque tal vez no sea el héroe que presupone el señor conde, y mis elogios avalan más la bondad que la vivacidad de su carácter. De hecho, su elevado fervor puede catalogarse como una suerte de vehemencia constitucional, que le acompaña en todo lo que emprende y resulta a menudo inconveniente para sus amigos. Hoy mismo pude ver cómo tomaba parte en un combate contra un fócido o foca con tanta pasión como si estuviese

luchando contra Dumouriez[250]. El fócido, mi señor, se alzó con la victoria, de igual modo que el susodicho Dumouriez en su enfrentamiento con otros pueblos. Asimismo, le embarga el mismo éxtasis, o incluso más, cuando habla de un perro perdiguero que cuando alude a un plan estratégico.

—Si es aficionado a la caza, puede contar con mi permiso para practicar y ejercer ese deporte en todas mis tierras —comentó el conde.

—Si le da vía libre para liarse a escopetazos con una nidada de perdices o de lagápodos escoceses, lo tendrá a sus pies para siempre. Yo prefiero persuadirlo mediante la inteligencia. Pero, mi señor, debería conocer a Lovel, un dechado de virtudes, el príncipe y señor de la juventud de hoy, provisto también de un gran entusiasmo; le aseguro que le dio a mi pendenciero pariente un *quid pro quo*, un Rolando para su Oliver, como dice el pueblo llano en alusión a las dos célebres paladines de Carlomagno.

Después del café, lord Glenallan solicitó una entrevista privada con el anticuario, quien lo acomodó en la biblioteca.

—Debo apartarlo de su afable familia —dijo el conde— para inmiscuirlo en las perplejidades de un hombre infeliz. Usted está familiarizado con el mundo, del cual hace tiempo que he sido desterrado, pues la casa Glenallan ha sido para mí una cárcel más que un hogar, una cárcel de la que no he tenido ni la fuerza ni el valor de escapar.

—Permítame que le pregunte, mi señor —dijo el anticuario—, ¿cuáles son sus deseos y planes en este asunto?

—Lo que más deseo —respondió lord Glenallan— es hacer público mi infortunado matrimonio y reivindicar la reputación de la infeliz Eveline; es decir, si usted cree posible llevarlo a cabo sin sacar a relucir lo que hizo mi madre.

—*Suum cuique tribuito* —dijo el anticuario—, es decir, hay que hacer el bien a todo el mundo. La memoria de la infeliz dama ha padecido demasiado tiempo y creo que podría limpiarse sin impugnar en exceso la de su madre: basta con que se entienda en líneas generales que a ella no le parecía bien el enlace y se opuso frontalmente a él. Todo aquel (y disculpe mi atrevimiento, señor), todo aquel que haya oído hablar alguna vez de la condesa de Glenallan podrá comprenderlo sin llevarse una gran sorpresa.

—Pero olvida una terrible circunstancia, señor Oldbuck —intervino el conde con vehemencia.

—No acierto a entender —respondió el anticuario.

—La suerte del niño, su desaparición con la criada personal de mi madre, y las horribles conjeturas que podrían extraerse de mi conversación con Elspeth.

—En mi opinión, señor —respondió el señor Oldbuck—, y no deseo que con ella se forje esperanzas prematuras, diría que es muy posible que el niño siga aún con vida. Por lo que he podido averiguar a partir de mis anteriores pesquisas sobre el suceso acontecido aquella deplorable tarde, un niño y una mujer fueron llevados en un carruaje esa noche desde la cabaña de Craigburnfoot, escoltados por cuatro

personas, entre ellas su hermano Edward Geraldin Neville, el viaje rumbo a Inglaterra con estos acompañantes he tenido ocasión de rastrearlo en sus diferentes fases. Creí que era parte del acuerdo familiar sacar del país a un niño al que se creía bajo el estigma de la ilegitimidad y de este modo eludir la posibilidad de que alguien reclamara o aportara pruebas de sus derechos. Pero ahora considero que su hermano, teniendo razones al igual que usted para creer que el niño estaba manchado por una vergüenza aún más indeleble, se lo habría llevado lejos en cualquier caso, en parte por el honor de su casa y en parte por el riesgo al que podría haberse visto expuesto en la vecindad de lady Glenallan.

Mientras hablaba Oldbuck, el rostro del conde de Glenallan iba adquiriendo un tono cada vez más pálido; a punto estuvo de caerse de la silla. El alarmado anticuario empezó a correr de acá para allá en busca de algún remedio; pero en su museo, generosamente provisto de una ingente variedad de cachivaches, no había nada que pudiese serle de utilidad ni en esta ni en ninguna otra ocasión. Mientras salía de la biblioteca en busca de las sales de su hermana, no pudo evitar proferir un monumental gruñido de disgusto y asombro en vista de los diversos incidentes que habían convertido su mansión primero en hospital para un duelista accidentado y ahora en la sala de reposo de un noble moribundo.

«Yo —se decía el anticuario—, precisamente yo, que siempre me he mantenido al margen de la milicia y de la nobleza. A este paso no está muy lejos el día en que mi *cœnobitium*[251] acabe convirtiéndose en un hospital en toda regla.»

Cuando regresó con el remedio, lord Glenallan se encontraba mucho mejor. La nueva e inesperada luz que el señor Oldbuck había arrojado sobre la triste historia de su familia le había abrumado sobremanera.

—Entonces, señor Oldbuck, ¿usted piensa (pues usted es capaz de pensar, no como yo) que es posible, es decir, que no es imposible que mi hijo siga vivo?

—Pienso —argumentó el anticuario— que es imposible que pudiese sufrir alguna agresión violenta por parte de su hermano. Se le conocía por ser un hombre alegre y de costumbres disipadas, no por ser cruel o privado de honor; tampoco es posible que, de haber pensado algún plan siniestro, se hubiese hecho cargo de custodiar al recién nacido, como le demostraré a continuación.

Diciendo esto, el señor Oldbuck abrió un cajón del armario de su ancestro Aldobrand y sacó un fajo de papeles atados con un lazo negro con la etiqueta «Investigaciones, etc., llevadas a cabo por Jonathan Oldbuck, J. P., el 18 de febrero de 17…». Un poco más abajo estaba escrito en letra pequeña «¡Eheu, Eveline!». Las lágrimas se agolparon en los ojos del conde mientras trataba, en vano, de deshacer el nudo que aseguraba estos documentos.

—El señor conde —dijo el señor Oldbuck— no debería leer eso de momento. En el estado de conmoción en que se encuentra y teniendo tantos cometidos por delante, no debería agotar sus fuerzas. Me figuro que los bienes de su hermano le pertenecen ahora a usted, por lo que le resultará sencillo tantear a sus criados y subordinados y

enterarse del paradero del niño, si es que, con fortuna, sigue con vida.

—Poca es la esperanza que tengo de conseguirlo —dijo el conde suspirando profundamente—. ¿Por qué motivo mi hermano no me dijo nada?

—No, mi señor, ¿por qué motivo tenía que comunicarle a usted la existencia de un ser del cual usted habría supuesto que era hijo de…?

—En efecto, existe una razón obvia y piadosa que explica su silencio. Si algo hubiera podido sumar más dolor al horrendo sueño que ha envenenado mi existencia de principio a fin, habría sido conocer la existencia de un niño fruto de la miseria.

—Entonces —prosiguió el anticuario—, aunque sería precipitado concluir, después de más de veinte años, que su hijo debe seguir vivo, ya que no fue destruido en su infancia, pienso que tendría que poner de inmediato en marcha sus investigaciones.

—Así lo haré —respondió lord Glenallan, aferrándose con ahínco al hilo de esperanza que le había sido arrojado, el primero que había tenido en muchos años—. Escribiré a un fiel mayordomo de mi padre que después lo fue de mi hermano. Pero, señor Oldbuck, debe saber que yo no soy el heredero de mi hermano.

—¡No me diga! Lo lamento, mi señor, pues los bienes son cuantiosos y las ruinas del viejo castillo del municipio de Neville constituyen las más soberbias reliquias de la arquitectura anglonormanda en esta parte del país; son sin duda una posesión tremendamente codiciada. Pensaba que su padre no tenía más hijos ni familiares cercanos.

—Y no los tiene, señor Oldbuck —confirmó lord Glenallan—, pero mi hermano abrazó una visión política y una forma de religión ajenas a las que siempre se habían adoptado en nuestra casa. Nuestros temperamentos siguieron cursos muy distintos y, en lo que respecta a mi infeliz madre, opinaba que mi hermano no le prestaba la devoción suficiente. En resumidas cuentas, se produjo una disputa familiar y, mi hermano, cuyos bienes estaban a su libre disposición, se aprovechó del poder que le había sido concedido para elegir a un desconocido como heredero. Se trata de un hecho que para mí nunca tuvo la menor consecuencia, pues, si las posesiones mundanas hubiesen podido aliviar mi desgracia, yo ya tenía bastantes y de sobra. Pero ahora es posible que lo lamente si llegase a ser óbice para nuestras investigaciones, y creo que así será, pues en caso de tener un hijo legítimo de mi sangre y habiendo fallecido mi hermano sin descendencia, las posesiones de mi padre habrían de pasar a mi hijo. Por tanto, no es muy probable que este heredero de mi hermano, sea quien sea, nos brinde su ayuda para realizar un descubrimiento que podría ir en su propio detrimento.

—Y es muy probable que el mayordomo que ha mencionado esté también a su servicio —apuntó el anticuario.

—Es más que probable y, tratándose de un protestante, no sé hasta qué punto es seguro confiar en él…

—Debo esperar, mi señor —dijo Oldbuck con gravedad—, que un protestante

pueda ser tan de fiar como un católico. Mi interés por la fe protestante es doble, mi señor. Un antepasado mío, Aldobrand Oldenbuck, estuvo a cargo de la impresión de las célebres Confesiones de Augsburgo, como podrá apreciar en la edición original que guardo en esta casa.

—No albergo la menor duda de lo que dice, señor Oldbuck —respondió el conde—, ni deseo hablar de fanatismos e intolerancias; pero es probable que el mayordomo favorezca al protestante antes que al católico, en el supuesto, claro, de que mi hijo haya sido educado en la fe de su padre y de que siga, Dios mediante, con vida.

—Debemos analizar detenidamente este punto —dijo Oldbuck— antes de dar ningún paso. Tengo un amigo escritor en York con quien he tenido una larga correspondencia sobre el cuerno sajón que se conserva en la catedral de su ciudad. Nos hemos carteado a lo largo de seis años y de momento solo hemos podido descifrar la primera línea de la inscripción. Le escribiré ahora mismo a este caballero, el doctor Dryasdust, y le pediré que se interese por la identidad del heredero de su hermano, por el señor que contrató para sus asuntos y por cualquier otra información que pudiera ser de ayuda para sus investigaciones. Entretanto, el señor conde puede buscar la prueba del matrimonio, espero que sea posible recuperarla.

—Claro que sí —respondió el conde—; los testigos, que fueron alejados inicialmente de sus pesquisas, siguen aún con vida. Mi preceptor, que celebró el matrimonio, fue apremiado a vivir en Francia y posteriormente regresó a su país como emigrante, víctima del fervor de su fidelidad, legitimidad y religión.

—He aquí una afortunada consecuencia de la Revolución francesa, al menos podrá admitir eso —apostilló Oldbuck—; lo digo sin ánimo de ofender, mi señor, pues yo actuaré con el mismo afán en este asunto que si perteneciese a mi mismo credo político y religioso. Y acepte mi consejo: si quiere que un asunto relevante se gestione competentemente, déjelo en manos de un anticuario, pues están eternamente ejercitando su genio y talento investigador en cada mínimo detalle, por lo que es imposible que se les engañe en asuntos de importancia. La práctica lleva a la perfección: los cuerpos que más se entrenan en el campo de instrucción serán los más rápidos el día de la batalla. Y, ya que ha salido el tema, y a fin de hacer más llevadera la espera hasta la cena, sería mi deseo leerle al señor conde algún pasaje…

—Espero no perturbar sus costumbres familiares —interrumpió lord Glenallan—, pero nunca pruebo bocado después de ponerse el sol.

—Ni yo, mi señor —respondió su anfitrión—, a pesar de que según parece tal era la costumbre de los antepasados. Pero, dado que mi almuerzo fue de mayor consistencia que el del señor conde, podré prescindir de esas elaboradas exquisiteces que mis mujeres, es decir, mi hermana y mi sobrina, se complacen en poner sobre la mesa, más por hacer gala de su propia diligencia en las tareas hogareñas que por atender nuestras necesidades. No obstante, unas chuletitas asadas, un bacalao ahumado, alguna ostra, o una loncha de panceta de curación casera, con una tostada y una jarra de vino, o cualquier tentempié semejante que cierre la boca del estómago

antes de ir a dormir no entra dentro de mis restricciones y espero que tampoco en las del señor conde.

—Mi ayuno es literal, señor Oldbuck, pero asistiré a la cena con gran placer.

—En tal caso, mi señor —respondió el anticuario—, trataré de complacer sus oídos ya que no podré satisfacer su paladar. Lo que voy a leerle guarda relación con las cañadas de las Tierras Altas.

Lord Glenallan, a pesar de que habría preferido tratar el asunto de sus propias incertidumbres, se vio obligado a hacer un gesto de atribulado civismo y aquiescencia.

El anticuario, por tanto, sacó su portafolios de hojas sueltas y, partiendo de la premisa de que los apuntes topográficos habían sido tomados para ilustrar un breve ensayo sobre castrametación y que su lectura en varias sociedades de anticuarios había despertado gran interés, comenzó:

—El ensayo, mi señor, versa sobre el cerro fortaleza de Quickens-bog, emplazamiento con el que mi señor estará sin duda familiarizado, pues se encuentra encima de su granja-almacén de Mantanner, en la baronía de Clochnaben.

—Creo que me suenan los nombres de esos lugares —dijo el conde en respuesta a la observación del anticuario.

—¿Que le suenan los nombres? Si la granja le aporta seiscientos al año, por Dios bendito —dijo el anticuario sin esforzarse mucho en disimular el retintín, aunque finalmente, y en virtud de la hospitalidad, prefirió darle un aire de sorpresa.

Así pues, comenzó a leer el ensayo en un tono de voz audible, con gran regocijo por haberse ganado a un oyente paciente y, con suerte, interesado.

—A priori, el topónimo *Quickens-bog* parece derivarse de la palabra *quicken*, por la cual entendemos «grama» o el *Triticum repens* del célebre botánico sueco Carlos Linneo. Con respecto al monosílabo *bog*, podemos convenir que en lengua inglesa significa «pantano» o «cenagal» (*palus*, en latín). Pero tal vez los precipitados defensores de estas raíces etimológicas tan obvias se sientan desconcertados al saber que la grama o, científicamente hablando, el *Triticum repens* de Linneo, no crece en un cuarto de milla a la redonda de este castro o cerro, cuyas laderas están uniformemente pobladas por un tupido y verde césped. Asimismo, el pantano o *palus* más cercano se encuentra en Gird-the-mear, a una media milla de distancia. La última sílaba, *bog*, es claramente una derivación corrupta del sajón *burgh* («burgo» o «fortaleza»), de la cual podemos encontrar diversas transmutaciones como *burgh, burrow, brough, bruff, buff* o *boff*: esta última variante se halla muy cerca del sonido en cuestión; así, suponiendo que la grafía originaria sajona de la palabra fuese *borgh*, es posible que se produjera una ligera modificación (algo que ocurre a menudo con las voces antiguas), dando lugar primeramente a *bogh* y, después, tras la supresión de la *h* o la reducción del sonido gutural, de acuerdo con la práctica vernacular, se obtendrían las variantes *boff* o *bog*, como es el caso. El vocablo *quickens* habremos de alterarlo de idéntica forma; es decir, descomponerlo y reducirlo a su sonido

primitivo y original y, a partir de aquí, podremos discernir su significado real. En conformidad con la habitual sustitución de *qu*, por *wh* (familiar incluso para el más rudo lector que haya abierto un libro de poesía escocesa), obtendríamos *whilkens* o *whichens* («de quién», en escocés), como si aquellos que le pusieron el nombre, asombrados por la extrema antigüedad del lugar, hubiesen querido expresar en él esta interrogación: ¿a quién pertenecía esta fortaleza? También es posible que su etimología sea *Whachens-burg*, del sajón *whacken*, «golpear con la mano», pues sin duda las escaramuzas acontecidas cerca de un lugar de consecuencias tan evidentes bien podrían haber legitimado tal variante…

Etcétera, etcétera, etcétera. Seré más indulgente con los lectores de lo que Oldbuck fue con su invitado, pues, considerando que las posibilidades de ganarse la paciente atención de una persona tan trascendente como lord Glenallan eran más bien escasas, aprovechó, o, mejor dicho, exprimió la ocasión hasta la última gota.

Capítulo XXXVI

ez áspera y juventud
ueden vivir unidas.
uventud está llena de regocijo;
ejez de cuidados.
uventud semeja el estío matinal;
ejez, la noche del invierno.
uventud es parecida al opulento verano;
ejez, al invierno desnudo.

SHAKESPEARE[252]

A la mañana siguiente, Caxon despertó al anticuario, un tanto perezoso, una hora antes de lo acostumbrado.

—Y ¿ahora qué pasa? —exclamó entre bostezos y alargó la mano hacia el enorme reloj de repetición, envuelto en su pañuelo de seda india, que tenía a buen recaudo bajo la almohada—. ¿Qué pasa ahora, Caxon? No pueden ser las ocho todavía.

—No, señor. Pero su huésped me lo ha pedido, me ha tomado por su *valet-de-chambre* y, de hecho, lo soy, no cabe duda de ello, tanto el suyo como el del reverendo o, al menos, no tienen a nadie más que yo sepa; también le echo una mano a sir Arthur de vez en cuando, pero eso tiene más que ver con mi profesión.

—Bien, bien, déjalo —dijo el anticuario—, dichoso aquel que puede ser su propio *valet-de-chambre*, como dices, pero ¿por qué motivo desea el conde perturbar mi descanso matutino?

—Oh, señor, el noble hombre lleva en vela desde el alba, e incluso ha ordenado traer su carruaje de la ciudad para marcharse, el cual llegará en breve, y le gustaría poder ver al señor antes de irse.

—¡Diantre! —prorrumpió Oldbuck—. Estos hombres de la nobleza hacen uso de la casa y del tiempo de uno como si fuesen de su propiedad. En fin, una y no más. ¿Ha vuelto ya Jenny a la vida, Caxon?

—Así es, señor, pero solo a medias; se ha visto envuelta en cierto embrollo por culpa del chocolate esta mañana, parece ser que lo ha vaciado entero y se lo ha bebido todo en pleno éxtasis, pero ya se ha recuperado con la ayuda de la señorita MacIntyre.

—Entonces, en vista de que están ya en pie todas mis mujeres y armando algún alboroto, no tendré más remedio que abandonar la tranquilidad de mi lecho para poner orden en la casa. Acércame la ropa. Y, dime, ¿alguna noticia de Fairport?

—Oh, señor, solo se habla de la visita del conde a su casa; al parecer, algo completamente inaudito en veinte años.

—Ya veo —dijo Monkbarns—, y ¿qué es lo que dicen, Caxon?

—En realidad, señor, hay opiniones diversas. Los llamados demócratas, que están contra el rey y contra las leyes y contra los polvos para pelucas y la indumentaria de

los caballeros (en definitiva, una cuadrilla de canallas), dicen que el conde ha venido a hablar con mi señor con el propósito de traer a todos los mozos y arrendatarios de las Tierras Altas para disolver las reuniones de Los Amigos del Pueblo; y, cuando les dije que mi señor sería incapaz de comprometerse en asuntos semejantes, con revueltas y derramamiento de sangre, ellos me respondieron que usted sí, pero que no ocurría lo mismo con su sobrino, un soldado con sed de batalla, y que usted era la cabeza pensante y él el brazo ejecutor, y que el conde les avituallaría de hombres y de metal.

—Vaya, me alegro de que esta guerra solo me vaya a costar un par de consejos.

—No, no, nadie piensa que usted pueda comprometerse en la lucha, ni pertrechar a ninguno de los bandos del conflicto.

—Hummm, de acuerdo, ésa es la opinión de esos a los que llamas demócratas, y ¿qué opina el resto de Fairport?

—En realidad —respondió el cándido cronista—, no puedo decir que su opinión sea mucho mejor. El capitán Coquet, quien al parecer será el nuevo recaudador, junto con otros caballeros de las Fuerzas Voluntarias[253], anda diciendo que no es acertado permitir que papistas como el conde de Glenallan, con tantos amigos franceses, circulen por el país, y… Bueno, espero que no se enfade por lo que le voy a contar.

—No, no, Caxon, dispara, como si fueras el capitán Coquet con su pelotón al completo: podré soportarlo.

—De acuerdo; pues dicen, señor, que como usted no apoyó la petición a favor de la paz ni del nuevo impuesto, y que, como se opuso a la intervención de los voluntarios en las revueltas del hambre, dicen que no es usted simpatizante del Gobierno y que es necesario vigilar de cerca esos encuentros entre un hombre tan poderoso como el conde y un hombre tan sabio como usted, y que algún día intentarán asaltar entre los dos el castillo de Edimburgo.

—Palabra de honor —dijo el anticuario— que me siento infinitamente agradecido a mis vecinos por sus generosa opinión de mí. Es curioso que yo, que jamás me he inmiscuido en sus disputas más que para recomendar medidas pacíficas y moderadas, sea considerado ahora por ambas partes un hombre capaz de cometer alta traición contra el rey o el pueblo. Acércame el abrigo, Caxon, acércame el abrigo; suerte que la realidad dista mucho de sus elucubraciones. ¿Tienes noticias de Taffril y su navío?

El semblante de Caxon se oscureció.

—No, señor, y los vientos han sido fuertes, y es muy arduo navegar por esta costa, sobre todo con los vendavales del este; tampoco hay ningún puerto o ciudad donde refugiarse, solo peñascos y oleaje; los navíos que se acercan a tierra acaban saltando por los aires, como los polvos cuando agito la polvera. Yo le digo estas cosas a mi hija cuando se entristece por no recibir carta del lugarteniente Taffril. «No debes culparlo —le digo—, pues poco sabes de lo que haya podido ocurrir.»

—Sí, sí, Caxon, eres tan bueno en los consejos como un *valet-de-chambre*. Dame un corbatín blanco, ¿no creerás que puedo presentarme con un simple pañuelo al

cuello?

—Mi apreciado señor, el capitán dice que el pañuelo de tres nudos está a la última moda y que el corbatín solo se lo ponen las personas mayores como usted y yo. Le ruego que me perdone por incluirme en el mismo saco que usted, pero eso fue lo que dijo.

—El capitán es un borrico y tú, un ganso, Caxon.

—Es muy posible que así sea. Estoy seguro de que el señor sabe qué es lo más acertado.

Antes de desayunar, lord Glenallan, que parecía estar de mejor humor que la noche anterior, examinó las distintas pruebas reunidas gracias a los esfuerzos de Oldbuck, y tras repasar los medios de los que disponía para acreditar su matrimonio, expresó su resolución de acometer cuanto antes la dolorosa tarea de conseguir y recuperar las pruebas relativas al parto de Eveline Neville, las cuales, según palabras de Elspeth, se encontraban en poder de su madre.

—Aun así, señor Oldbuck —apuntó—, me siento como un hombre que recibe excelentes noticias y, a pesar de estar completamente despierto, duda de si éstas se refieren a la vida real o si son la continuación de un sueño. Esta mujer, Elspeth, es extremadamente anciana, y muchas de sus facultades están muy deterioradas. Es una pregunta odiosa, pero ¿es posible que me haya precipitado al admitir los hechos que ella ha confirmado, a pesar de contradecir los que declaró en un principio?

El señor Oldbuck hizo una pausa y después respondió con firmeza:

—De ningún modo, mi señor. No creo que exista ninguna razón para dudar de la veracidad de su última declaración, pues ha sido motivada por la urgencia de descargar su conciencia. Su confesión ha sido voluntaria, desinteresada, clara, coherente y sin que existan otros condicionantes. No obstante, creo que no debería perder más tiempo en examinar y organizar los demás documentos a los que se refirió; asimismo considero que se le debería tomar declaración de una manera formal a ser posible. Aunque en un principio decidimos efectuar estos trámites juntos, creo que sería un alivio para el señor conde, y favorecería la imparcialidad del caso, si soy yo solo el que se ocupa de la investigación en mi capacidad de magistrado. Me encargaré de ello, o al menos así lo intentaré, en cuanto vea que la anciana goza de un estado mental favorable para someterla a interrogatorio.

Lord Glenallan le estrechó la mano en señal de agradecida aquiescencia.

—No puedo expresar —le dijo—, señor Oldbuck, en qué gran medida su presencia y cooperación en este asunto tan oscuro y siniestro me llenan de alivio y confianza. Bendita sea la hora en que me dejé llevar por el súbito impulso que me llevó a buscar su confianza, seguramente porque era conocedor de su firmeza y buen hacer como magistrado y sabía de su respeto por la memoria de mi infeliz amada. Sea cual sea el resultado (y albergo la esperanza de que un nuevo amanecer se abra paso en el porvenir de mi casa, aunque yo no viva para ver su luz), pero sea cual sea el resultado mi familia y yo le estaremos agradecidos hasta el fin de nuestros días.

—Mi señor —respondió el anticuario—, necesariamente guardo el mayor de los respetos por el señor conde y su familia, la cual es una de las más antiguas de Escocia, descendiente de Aymer de Geraldin, representante del Parlamento de Perth durante el reinado de Alejandro II, y de quien, según la tradición nacional no tan divulgada pero plausible al fin y al cabo, se dice que proviene del virrey de Clochnaben. A pesar de mi veneración por su antigua ascendencia, admito que, si brindo mi asistencia y mis limitadas capacidades al señor conde, se debe sobre todo a mi más sincera compasión por su dolor y a mi repugnancia por los engaños de los que ha sido víctima. Pero, mi señor, el desayuno está, por lo que veo, preparado. Permítame mostrarle el camino a través de los intrincados corredores de mi *cœnobitium*, que es más bien una combinación de células extrañamente dispuestas y apiladas que una casa propiamente dicha. Espero que introduzca algunas correcciones a su frugal dieta de ayer.

Pero esto no formaba parte del plan de lord Glenallan. Después de saludar a los comensales con la educada seriedad y melancolía que acompañaban a sus maneras, su criado le sirvió una rebanada de pan tostado y un vaso de agua. Mientras se servía un desayuno bastante más sustancioso al soldado y al anticuario, se pudo oír un ruido de ruedas.

—El carruaje del señor conde, creo —dijo Oldbuck acercándose a la ventana—. Una hermosa *quadriga* por lo que veo; pues tal, de acuerdo con el mejor *scholium*[254], era la *vox signata*[255] de los romanos para designar un coche que, al igual que el del señor conde, era arrastrado por cuatro caballos.

—Y me atrevería a decir —exclamó Hector mientras miraba ansioso a través de la ventana— que son los cuatro bayos más hermosos a los que se haya puesto jamás un arnés. ¡Qué antebrazos, qué potencia! ¿Podría preguntarle al señor conde si son de su propia hacienda?

—Creo, creo que sí, pero he sido tan negligente con mis asuntos domésticos que temo que debo consultarlo con Calvert —dijo lord Glenallan mirando al criado.

—Son de su hacienda, señor —aseguró Calvert—, cruces entre Mad Tom y Jemina y Yarico, las yeguas del señor conde.

—¿Tenemos más de este cruce? —preguntó lord Glenallan.

—Dos, mi señor, uno de cuatro años y otro de cinco, ambos muy hermosos.

—En tal caso, que Dawkins los traiga a Monkbarns mañana —dijo el conde—. Espero que el capitán MacIntyre convenga en aceptarlos, si son aptos para el servicio.

Al capitán MacIntyre le brillaron los ojos y fue profuso en agradecimientos, mientras Oldbuck, por su parte, sujetando al conde por la manga, trató de interceptar un obsequio que no presagiaba nada bueno para su granero y pajar.

—Mi señor, mi señor, muchísimas gracias, de verdad, pero Hector es una persona pedestre y nunca monta a caballo en la batalla; además es un soldado escocés y su uniforme no es el indicado para las caballerías. Los antepasados de Even Macpherson jamás montaron a caballo, aunque él tuvo la insolencia de decir que iban en coche, y

eso, mi señor, es lo que ronda a Hector por la cabeza; es el vehículo y no el ejercicio ecuestre lo que él envidia…

t quos curriculo pulverem Olympicum
egisse juvat.[256]

»Está loco por un carruaje, pero no tiene ni el dinero ni la habilidad para conducirlo; y le aseguro, señor conde, que la posesión de tales cuadrúpedos le causaría mayores rasguños que cualquiera de sus duelos, ya sean con enemigos humanos o con mi amigo el fócido.

—Usted es quien tiene la última palabra, señor Oldbuck —dijo el conde educadamente—, pero confío en que no me impedirá gratificar a mi joven amigo brindándole este regalo que de seguro le complacería.

—Mejor un regalo de utilidad, mi señor —dijo Oldbuck—, pero no un *curriculum*. Seguro que querría también agenciarse una *quadriga* en cuanto viese la ocasión. Y por cierto, ¿qué hace ahí esa vieja silla de posta? Yo no he pedido que venga.

—He sido yo quien la ha pedido, señor —dijo Hector, bastante malhumorado, pues no había sido plato de su gusto el intento de su tío de poner freno a la generosidad del conde, ni que pusiese en tela de juicio sus habilidades como conductor, ni la degradante alusión a su malogrado duelo con la foca.

—¿Has sido tú, señor? —repitió el anticuario en respuesta a la concisa información facilitada—. Y ¿en qué clase de asuntos andas envuelto para necesitar ese vehículo? ¿No será este espléndido carruaje, esta *biga*, como bien podría llamarse, la antesala de una *quadriga* o de un *curriculum*?

—Ya que me exige una explicación concreta, le diré que voy a ir a Fairport a atender algunos asuntillos.

—¿Permites que te pregunte sobre la naturaleza de esos asuntillos, Hector? —inquirió su tío, a quien le encantaba ejercer cierta autoridad sobre su familiar—. Creo que los asuntos del regimiento deberían ser gestionados por tu respetable sargento, ese caballero tan honrado y tan bueno que en cuanto puso un pie en Monkbarns se hizo el amo y señor de la casa. Creo, supongo e imagino que él puede hacerse cargo de cualquier asunto tuyo, ahorrándote de este modo el jornal de dos pencos como ésos y semejante amasijo de maderas podridas, cristales rotos y piel; o, lo que es lo mismo, esa calesa esquelética que está en la puerta.

—Señor, no son asuntos del regimiento los que requieren mi atención y, puesto que insiste en saber de qué se trata, debo decirle que Caxon nos ha informado esta mañana de que el viejo Ochiltree, el mendigo, será sometido hoy a interrogatorio antes de que se celebre el juicio. Yo simplemente voy a comprobar que el pobre hombre reciba un trato justo, nada más.

—¿Sí? Creo que algo me contaron, pero pensé que no era nada serio. Y dime, capitán Hector, con lo dispuesto que estás a auxiliar a todos los hombres en cualquier

situación de conflicto, ya sea civil o militar, por tierra o por mar, o incluso en la playa, ¿a qué se debe ese especial interés por Edie Ochiltree?

—Él fue soldado en la compañía de mi padre, señor —respondió Hector—, y además, un día en que estuve a punto de cometer una locura, él intercedió para evitarlo y me dio muy sabios consejos, señor, tal y como usted mismo habría hecho.

—Y me atrevo a jurar que sus consejos surtieron el mismo efecto que los míos, ¿a que sí, Hector? Vamos, confiesa que cayeron en saco roto.

—Así fue, señor, pero mi estupidez no es razón para que esté menos agradecido por su amabilidad.

—¡Bravo, Hector! Eso es lo más sensato que has dicho en la vida. No obstante, te ruego que me comuniques tus planes sin reservas porque iré contigo a Fairport, sobrino. Estoy seguro de que el pobre hombre no es culpable, y yo podré ayudarle a salir del embrollo con mayor eficacia que tú. Además, te ahorrarás media guinea, consideración ésta que debes tener presente con mayor frecuencia.

La caballerosidad de lord Glenallan le había llevado a retirarse y a charlar con las damas en el momento en que la disputa entre el tío y el sobrino parecía haber tomado tintes de acritud poco convenientes al oído de un extraño, pero el conde tomó parte de nuevo en la conversación en cuanto percibió que el tono del anticuario volvía a ser tranquilo y amistoso. Después de haber sido puesto al tanto brevemente de la situación del mendigo y de la acusación que pesaba sobre él, de la cual Oldbuck aseguraba que Dousterswivel era responsable, lord Glenallan preguntó si el individuo en cuestión había sido soldado con anterioridad, pregunta que tuvo una respuesta afirmativa.

—¿Es posible que llevara —prosiguió el señor conde— un traje o abrigo azul, con una insignia? ¿Era un hombre alto, de cabello y barba canosos, que siempre andaba muy erguido y hablaba con una soltura y elocuencia que contrastaban enormemente con su ocupación?

—Lo que dice es un fiel retrato de él —afirmó Oldbuck.

—Pues entonces —continuó lord Glenallan—, aunque temo que no podré serle de gran utilidad en esta ocasión, lo cierto es que estoy en deuda con él por ser la primera persona que me trajo noticias de grandísima importancia. Con gusto le ofrecería un lugar de confortable retiro una vez que consiga superar su actual situación.

—Me temo, mi señor —dijo Oldbuck—, que le resultará complicado conciliar sus errantes hábitos con la aceptación de su ofrecimiento, o al menos sé que se ha dado la misma circunstancia sin que tuviese efecto. Para él, mendigar de unos y otros es su forma de ser independiente y lo prefiere a apoyarse en la caridad de una única persona. Es hasta tal punto un filósofo que desdeña todas las reglas convencionales relativas a las horas del día. Come cuando tiene hambre, bebe cuando tiene sed, y duerme cuando está agotado, y muestra tal indiferencia a los medios y artilugios por los que los demás mortales nos llevamos las manos a la cabeza, que dudo mucho que haya tenido una mala cena o haya pasado una mala noche en toda su vida. Él es, en

cierta medida, el oráculo de la región por donde viaja: el genealogista, el cronista, el maestro de los festejos, el curandero o el adivino. Le prometo que tiene tantas ocupaciones y se dedica a todas con tanto fervor que sería muy difícil sobornarlo para que renunciara a ellas. Pero lamentaría enormemente que encerrasen semanas a un pobre hombre como él, de espíritu tan alegre. Estoy convencido de que el confinamiento le rompería el corazón.

Y de este modo concluyó la conferencia. Lord Glenallan, tras despedirse de las damas, renovó su oferta al capitán MacIntyre de practicar con total libertad la caza en sus tierras, la cual fue felizmente aceptada.

—Solo me falta añadir —dijo el conde— que, siempre y cuando sus ánimos no sean susceptibles de languidecer en mi gris compañía, las puertas de la casa Glenallan estarán abiertas para ustedes en todo momento. Dos días por semana, viernes y sábado, me quedo en mis dependencias, lo que sería un alivio para ustedes, ya que podrían disfrutar a sus anchas de la compañía de mi limosnero, el señor Gladsmoor, erudito y hombre de mundo.

Hector, cuyo corazón estaba exultante ante la perspectiva de circular por los dominios de la casa Glenallan, más allá de los protegidos páramos de Clochnaben, y sobre todo, por el bosque de ciervos de Strath-Bonnel, expuso al conde el honor y agradecimiento que sentía. El señor Oldbuck acogió de buen grado la atención del conde con su sobrino. La señorita MacIntyre estaba encantada por la gratificación ofrecida a su hermano, y la señorita Griselda Oldbuck pensaba con regocijo en la posibilidad de cocinar ollas y ollas de lagópodos y gallos lira, de los cuales el señor Blattergowl era un gran admirador. De esta forma —que es siempre el caso cuando un hombre de alto rango deja la casa de una familia con la que se ha esforzado en ser atento—, todos empezaron a alabar al conde en cuanto las ruedas de su carruaje se pusieron en marcha gracias al empuje de los cuatro admirados cuadrúpedos. Pero el panegírico terminó pronto, en cuanto Oldbuck y su sobrino se acomodaron en el infame coche que, arrastrado por un jamelgo al trote y otro a medio galope, iba dando sacudidas y bandazos rumbo al célebre puerto de mar, en profundo contraste con la rapidez y suavidad con que el carruaje de lord Glenallan parecía haberse esfumado ante sus ojos.

Capítulo XXXVII

amo la justicia, tanto como tú,
o la dama, que es ciega, sabrá perdonarme
con el tiempo y la razón, mudo me quedase;
s el resuello que ahora escapa de mí jamás podrá
pojarme de mi resuello en el futuro.

Antigua obra

Gracias a la caridad de la gente del pueblo que le había procurado provisiones para su encierro, Edie Ochiltree había pasado sin demasiado desasosiego un par de días en prisión, sin lamentar apenas su falta de libertad, ya que además el tiempo había sido lluvioso y triste.

—La cárcel —decía— no es un lugar tan terrible como dicen. Aquí tienes un buen tejado para resguardarte de la lluvia, y la falta de vidrios en las ventanas permite la entrada de una agradable brisa veraniega. Y hay gente de sobra con la que hablar, y pan suficiente que llevarse a la boca, ¿qué necesidad hay de preocuparse por otra cosa?

El coraje de nuestro filosófico mendigo empezó no obstante a decaer cuando los rayos de sol se filtraron a través de las oxidadas rejas de su decadente calabozo, mientras un desventurado pardillo cuya jaula colgaba de la ventana gracias al permiso otorgado a algún pobre preso por deudas empezaba a saludarle con sus silbidos.

—Te veo de buen ánimo —le dijo Edie al pajarillo—, no como yo, que no me atrevo a silbar ni a cantar para no acordarme de las hermosas praderas y frescas sombras por las que podría estar paseando en un día de sol como éste. Y tú… con tres migajas de pan, y tan contento. Tienes motivos para cantar, di que sí; además, si estás en esa jaula no es culpa tuya; yo, en cambio, si estoy encerrado en este sitio desagradable es porque me lo he buscado.

El soliloquio de Ochiltree fue interrumpido por un condestable que le comunicó que debía comparecer ante el magistrado. Así pues, el mendigo inició una tétrica procesión entre dos pobres guardias, ninguno de ellos tan robusto como él, hasta llegar al recinto de la justicia inquisitorial.

A medida que el anciano preso era conducido por los decrépitos guardias, la gente exclamaba:

—¡Eh! ¿Es que no veis que un hombre tan mayor, con un pie en la tumba, no puede haber cometido un robo semejante?

Y los niños saludaban a los agentes, Puggie Orrock y Jock Ormston, objetos a veces de terror y a veces de diversión por llevar a un preso casi tan viejo como ellos mismos.

Con esta escolta, Edie fue presentado —y no era por cierto la primera vez que esto ocurría— ante el venerable magistrado Littlejohn, quien, a diferencia de lo que

su apellido indicaba[257], era un magistrado alto y corpulento a quien no en vano le había sido asignado aquel cargo. Se trataba de un fervoroso jurista en tiempos igualmente fervorosos, algo riguroso e implacable en la ejecución de sus funciones y en gran medida petulante en lo que respecta a su propio poder y relevancia; no obstante, era un ciudadano honrado, bienintencionado y útil.

—Tráiganlo, tráiganlo aquí —exclamó—. Estamos viviendo tiempos terribles y en cierto modo antinaturales. Los limosneros y los *bedesman* de su majestad son los primeros en quebrantar las leyes. He aquí el atraco cometido por un casaca azul. A este paso, acabará pagando con alta traición o sedición la caridad real que le proporciona vestido, pensión y licencia para mendigar. Pero tráiganlo, tráiganlo aquí.

Edie, tras la debida reverencia, se irguió con la firmeza que le era habitual y con el rostro ligeramente alzado, como queriendo captar cualquier palabra que el magistrado pudiese dirigirle. A las primeras preguntas de carácter general, relativas a su nombre y ocupación, el mendigo respondió con buena disposición y exactitud; pero cuando el magistrado, que había ordenado a su amanuense tomar nota de estos pormenores, le preguntó sobre los lugares en que el mendigo había estado la noche en que Dousterswivel se dio cita con su desgracia, Edie empezó a mostrar sus objeciones:

—¿Podría decirme, magistrado, usted que entiende de leyes, qué bien me haría a mí responder a sus preguntas?

—¿Qué bien? En efecto, mi amigo, ningún bien, a menos que lo que cuente sea cierto y sea inocente, en cuyo caso le supondría la libertad.

—Pero me parece más razonable en este momento que usted, magistrado, o cualquiera que tenga algo en mi contra, aporte pruebas de mi culpabilidad, y no que sea yo quien deba probar mi inocencia.

—Yo no estoy aquí —respondió el magistrado— para debatir aspectos jurídicos con usted. Mi pregunta, si es que le interesa dar respuesta a ella, es si estuvo en casa de Ringan Aikwood, el guardabosques, el día que he especificado.

—De veras, señor, no soy capaz de acordarme —respondió el cauteloso mendigo.

—O si, en el transcurso del día o de la noche —prosiguió el magistrado—, vio a Steven o Steenie Meiklebackit. Supongo que lo conoce, ¿verdad?

—Oh, conocía muy bien a Steenie, pobre muchacho —respondió el preso—, pero no podría entrar en detalles sobre el día o la hora en que lo vi por última vez.

—¿Estuvo usted en las ruinas de Saint Ruth en algún momento de esa tarde?

—Magistrado Littlejohn —dijo el mendigo—, si es deseo de su señoría, podemos abreviar la historia: déjeme tan solo decir que no estoy dispuesto a responder a ninguna de esas preguntas. Soy un viajero demasiado viejo para permitir que mi lengua me juegue una mala pasada.

—Escriba —dijo el magistrado— que se niega a responder todas las preguntas del interrogatorio porque decir la verdad podría acarrearle inconvenientes.

—No, no —dijo Ochiltree—, ésa no ha sido en modo alguno mi respuesta; lo

único que quería decir es que, hasta donde mi memoria y experiencia alcanzan, jamás vi a un buen hombre tener que dar respuestas a vanas preguntas.

—Escriba —dijo el magistrado— que, estando el acusado ampliamente familiarizado con interrogatorios judiciales y, habiendo resultado perjudicado por preguntas que le formularon en tales ocasiones, el declarante rehúsa…

—No, no, magistrado —reiteró Edie—, tampoco me hará pasar por ese aro.

—En tal caso, dicte la respuesta usted mismo, amigo —respondió el magistrado —, y el amanuense tomará nota de lo que salga directamente de su boca.

—Muy bien —dijo Edie—, a eso le llamo yo juego limpio. Procederé sin perder más tiempo. Por tanto, vecino, puede escribir que Edie Ochiltree, el declarante, apela por su libertad; no, tampoco debería decir eso, no soy un chico de la libertad, he luchado contra ellos en los disturbios de Dublín[258]; además, hace tiempo que el rey me da de comer. Un segundo, déjeme ver. Sí, escriba que Edie Ochiltree, el casaca azul, apela por la prerrogativa, asegúrese de escribir correctamente la palabra, que es muy larga, por la prerrogativa de los súbditos de este país, y no responderá a una sola pregunta que le sea formulada en este día, a menos que entienda que existe un motivo para ella. Escriba eso, joven.

—Entonces, Edie —dijo el magistrado—, ya que no ofrecerá usted ninguna información sobre el asunto, debo enviarle de nuevo a prisión hasta nueva orden.

—Está bien, señor, si tal es la voluntad de Dios y la voluntad del hombre, no me queda más remedio que resignarme —respondió el mendigo—. Con respecto a la cárcel, no tengo mucho que objetar, salvo que las personas no pueden salir de ella; y tal vez le agrade saber, magistrado, que le doy mi palabra de comparecer ante el Tribunal Superior de Justicia, o ante el tribunal que desee, cualquier día de su conveniencia.

—Más bien creo, mi buen amigo —respondió el magistrado Littlejohn—, que su palabra es de escasa credibilidad cuando es su cuello el que corre peligro. Tengo motivos para pensar que se expone a perder el derecho a fianza. Si pudiese darme suficiente seguridad de que…

En este momento, el anticuario y el capitán MacIntyre entraron en la sala.

—Buenos días, caballeros —dijo el magistrado—, aquí me tienen ejercitando mi habitual vocación, velando por las injusticias de la gente, al servicio de la *res publica*, señor Oldbuck, y del rey nuestro señor, capitán MacIntyre, pues supongo que saben que he vuelto a desenvainar la espada.

—Es uno de los emblemas de la justicia, sin duda —respondió el anticuario—, pero habría dicho que la balanza le iría mejor a usted, magistrado, especialmente al disponer de ella en su almacén.

—Muy bien, Monkbarns, ¡excelente! Pero yo no desenvaino la espada como protector de la justicia, sino como soldado; de hecho, debería decir mejor el mosquete y la bayoneta; pues tengo ambas armas aquí, apoyadas contra mi sillón de gotoso, ya que no me siento aún preparado para disparar por culpa de un pequeño recuerdo de

nuestra vieja amiga la podagra; no obstante, aún puedo sostenerme en pie mientras nuestro sargento pasa revista. Me gustaría saber, capitán MacIntyre, si éste sigue las normas correctamente o si nos conduce torpemente al presente.

El magistrado renqueó hacia sus armas para ilustrar sus dudas y hacer gala de sus conocimientos.

—Es un placer ver que tenemos tan fervientes defensores, magistrado —intervino el señor Oldbuck—, y me atrevería a decir que Hector le gratificará con su opinión de los progresos que haga usted en su nuevo oficio. Porque usted, señor mío, rival de la Hécate de los antiguos, comerciante en el mercado, soldado en las filas, *quid non pro patria*[259]? Pero mi menester tiene que ver con la justicia, así que dejemos tranquilos el comercio y la guerra.

—Bien, señor mío —dijo el magistrado—, ¿qué le trae hasta mí?

—Aquí se encuentra un viejo amigo mío llamado Edie Ochiltree, a quien algunos de sus mirmidones han detenido a cuenta de un presunto asalto al señor Dousterswivel, de quien no creo ni una sola palabra.

En este punto el magistrado adoptó un semblante muy serio.

—Debería saber que ha sido acusado de robo con agresión, una cuestión muy grave de hecho; muy rara vez tengo que interrogar a delincuentes de este tipo.

—Y usted —repuso Oldbuck— aprovecha tenazmente la oportunidad de hacer que así sea. Pero ¿es en realidad tan grave el caso de este pobre anciano?

—Es bastante fuera de lo común —respondió el magistrado—, pero, como usted forma parte de la comisión, Monkbarns, no vacilaré en mostrarle la declaración de Dousterswivel y el resto de las precogniciones[260].

Y, diciendo esto, entregó los documentos al anticuario, el cual echó mano a sus lentes y se sentó en una esquina para examinarlos. Los agentes, entretanto, habían recibido órdenes de trasladar al preso a otra dependencia, pero, antes de que pudiesen hacerlo, MacIntyre tuvo ocasión de saludar a Edie y de darle una guinea en mano.

—Dios le bendiga —dijo el anciano—. Es el regalo de un joven soldado, y tendría sin duda que prosperar con un viejo como yo. No lo rechazaré a pesar de ir en contra de mis principios; pero lo cierto es que, si me encierran aquí, es bastante posible que mis amigos se olviden de mí; ya se sabe, ojos que no ven, corazón que no siente, y no sería muy digno por mi parte, como *bedesman* del rey, autorizado a pedir limosna, acabar pescando calderilla por la ventana de la celda con un calcetín y un cordel.

Así habló mientras se lo llevaban de la sala.

La declaración del señor Dousterswivel era un relato exagerado de lo ocurrido, tanto en lo referente a la violencia como a los bienes robados.

—Pero me habría gustado preguntarle —dijo Monkbarns— cuál era el propósito de su visita a las ruinas de Saint Ruth, siendo éste un lugar tan solitario, a esa hora, con un compañero como Edie Ochiltree. No hay ningún camino que conduzca hasta allí y me cuesta concebir que el motivo que llevase al alemán a semejante paraje en

una noche de tormenta y viento fuese su pasión por lo pintoresco. Parece posible que estuviese complicado en algún tipo de treta o embrollo y que con toda probabilidad le tendieran una trampa en su propio terreno. *Nec lex justitior ulla*[261].

El magistrado admitió que había algo misterioso en esa circunstancia y se disculpó por no haber dudado de Dousterswivel, pues su declaración había sido voluntariamente emitida. Pero, como fundamento del cargo principal, le enseñó la declaración de los Aikwood sobre el estado en que Dousterswivel fue hallado, donde se establecía el importante hecho de que el mendigo había abandonado el granero en el que se alojaba y no regresó a él. Dos empleados de la funeraria de Fairport, que habían estado ocupados esa noche en el funeral de lady Glenallan, también declararon haber visto a dos personas sospechosas salir de las ruinas de Saint Ruth al oír que la comitiva fúnebre se les acercaba, motivo por el que creyeron que podrían estar saqueando algunos ornamentos que habían sido preparados para la ceremonia. A pesar de perderlos de vista en más de una ocasión debido a la naturaleza del terreno, poco propicio para montar a caballo, finalmente pudieron determinar que ambos se alojaron en la cabaña de Meiklebackit. Y uno de los hombres añadió que «él, el declarante, habiéndose bajado del caballo y tras acercarse a la ventana de la cabaña, pudo ver al viejo casaca azul y al joven Steenie Meiklebackit, con algunos más, comiendo y bebiendo en el interior, y también observó que Steenie Meiklebackit enseñaba una libreta a los demás; asimismo, al declarante no le cabe duda de que Ochiltree y Steenie Meiklebackit eran las personas a quien su camarada y él habían perseguido de la manera anteriormente descrita». Y, cuando se le preguntó el motivo por el que no entró en la mencionada cabaña, el declarante afirmó que «no tenía orden judicial para hacerlo y, dado que Meiklebackit y su familia eran famosos por sus malas pulgas, el declarante no tuvo deseo de inmiscuirse en sus asuntos, *causa scientiæ patet*[262]. Declara ser verdad todo lo dicho, etc.».

—¿Qué tiene que decir sobre esta prueba en contra de su amigo? —preguntó el magistrado al ver que el anticuario había pasado la última hoja.

—Bueno, si se tratase de cualquier otra persona, diría que, *prima facie*, la cosa huele un poco mal, pero jamás consideraría delito que alguien propine una paliza a Dousterswivel. Si yo fuese una hora más joven o tuviese una gota más de sangre guerrera, magistrado, se la habría dado yo mismo hace tiempo. Ese individuo es un *nebulo nebulonum*[263], un insolente, un estafador, un mentiroso y un charlatán, que con sus artimañas me sacó cien libras a mí y Dios sabe cuántas a mi vecino sir Arthur. Y además, magistrado, no considero que este señor sea lo que se dice un sólido amigo del Gobierno.

—¿En serio? —preguntó el magistrado Littlejohn—. Si así fuese, el asunto cambiaría considerablemente.

—Cierto, pues, al propinarle una paliza —observó Oldbuck—, el mendigo habría mostrado su gratitud al rey golpeando al que es su enemigo; y robar a ese hombre sería como saquear a un egipcio, acto que las leyes permiten. Ahora, suponga que

esta entrevista en las ruinas de Saint Ruth hubiese girado en torno a cuestiones políticas, y que esta historia del tesoro escondido y demás misterios fuesen parte de un soborno, o que los fondos tuviesen por objetivo sustentar un movimiento sedicioso.

—Mi estimado señor —dijo el magistrado aferrándose a la idea—, justamente eso me estaba pasando por la cabeza. Ojalá pudiese encontrar la forma de desentrañar este asunto hasta el final. ¿No cree que deberíamos llamar a los voluntarios y ponerlos manos a la obra?

—No mientras la podagra los prive de un miembro esencial de su cuerpo. Pero ¿me permitiría interrogar a Ochiltree?

—Claro que sí, aunque no sacará nada de él. Me dio a entender perfectamente que sabía del peligro de una declaración judicial para una persona acusada, lo que, a decir verdad, ha llevado a la horca a hombres más honrados que él.

—Ya veo, magistrado; de todos modos —continuó Oldbuck—, no tiene ningún inconveniente en dejarme probar suerte, ¿verdad?

—Ninguno en absoluto, Monkbarns. Me parece oír al sargento por ahí abajo. Voy a dar un repaso al manual entretanto. Vamos, querida, ayúdame a llevar la bayoneta y el mosquete abajo, allí no se hace tanto ruido al apilar las armas.

Y de este modo se marchó el marcial magistrado seguido de la doncella que le llevaba las armas.

—No es mala escolta esa mozuela para el rey de la gota —observó Oldbuck—. Hector, muchacho, sé bueno, anda. Ve con él y entretenlo una hora y media más o menos, puedes adularlo con terminología castrense, piropea su atuendo y sus maneras.

El capitán MacIntyre, como otros muchos de su profesión, miraba con infinito sarcasmo a los civiles que llevaban armas sin ningún título profesional. Se levantó con gran renuencia y argumentó que él no sabría qué decirle al señor Littlejohn y que ver al viejo tendero gotoso hacer las veces de soldado le resultaba ridículo en grado sumo.

—No digo que te falte razón, Hector —dijo el anticuario, que rara vez coincidía con el primer razonamiento expuesto por una persona—. Posiblemente así sea en esta y otras ocasiones, pero ahora mismo el país se asemeja a los demandantes de un tribunal de pequeñas deudas, donde las distintas partes alegan personalmente, a la vista de la falta de capital para contratar a los héroes expresos de la abogacía. Estoy seguro de que, por una parte, jamás lamentamos la falta de exactitud y elocuencia de los abogados y, de este modo, espero, por otra parte, que podamos cambiar el rumbo con nuestros corazones y mosquetes, aunque nos falte la disciplina de los ordenancistas.

—Me da exactamente lo mismo que el mundo entero se ponga a luchar si tal es su deseo, siempre y cuando a mí me dejen tranquilo —dijo Hector con obcecada repugnancia.

—Sí, de hecho, eres una persona muy tranquila —apuntó su tío—, tan tranquila que no fuiste capaz siquiera de dejar dormir a un pobre fócido en la playa.

Pero Hector, viendo el rumbo que estaba tomando la conversación y puesto que detestaba cualquier alusión al duelo que había tenido con el animal, se escabulló antes de que el anticuario pudiese terminar la frase.

Capítulo XXXVIII

·obo ni acuñación
cargos que se me imputan,
; del sepulcro nacía una nueva vida
·iquezas desconocidas.
justo intercambio jamás fue robo,
a más lejos, pura recompensa.

Antigua obra

El anticuario, haciendo uso del permiso obtenido para interrogar a la parte acusada, optó por ir en persona a la celda donde se encontraba Ochiltree, en vez de traerlo a la sala del magistrado, con el fin de rebajar la formalidad del interrogatorio. Encontró al anciano sentado junto a una ventana con vistas al mar; mientras miraba a través de ella, grandes lágrimas se abrieron paso desde sus ojos y resbalaron por sus mejillas hasta caer en su blanca barba. No obstante, sus rasgos mostraban calma y entereza, y su postura y semblante indicaban paciencia y resignación. Oldbuck se había acercado a él sin ser visto, y lo despertó de su estado meditabundo diciendo con amabilidad:

—Siento mucho, Edie, verte tan abatido por este asunto.

El mendigo se recompuso, se secó los ojos rápidamente con la manga de su traje y, tratando de recuperar su habitual tono de indiferencia y jocosidad, respondió, aunque con una voz más trémula de lo normal:

—Podía imaginar, Monkbarns, que era usted o alguien como usted quien venía a importunarme, pues una de las grandes ventajas de las prisiones y tribunales de justicia es que puedes estar llorando a moco tendido, que nadie te preguntará jamás el motivo.

—Bien, Edie —respondió Oldbuck—, espero que la razón actual de tu aflicción no sea tan terrible y puedas pasar página.

—Y yo esperaba, Monkbarns —respondió el mendigo en un tono de reproche—, que usted me conociera lo suficiente para saber que este insignificante contratiempo no podría llenar de lágrimas estos ojos, que tantos sufrimientos han visto. No, no, se deben a esa pobre muchacha, la hija de Caxon, que ha venido a pedir consuelo y ha obtenido bastante poco, por cierto. No ha tenido noticias del navío de Taffril desde el último vendaval, y la gente comenta que un barco del rey ha chocado contra los arrecifes de Rattray sin que se hayan encontrado supervivientes. Dios no lo quiera, pues de verdad le digo, Monkbarns, que, de ser así, el joven Lovel, por quien tanto afecto siente, habría entonces fallecido.

—¡Dios no lo quiera! —repitió el anticuario; la palidez de su rostro se hizo más intensa—. Antes preferiría que la casa Monkbarns echase a arder. ¡Mi pobre amigo y colaborador! ¡Me voy inmediatamente al muelle!

—Estoy seguro de que no averiguará más de lo que yo le he contado, señor —dijo Ochiltree—, pues en esta ocasión los agentes fueron muy civilizados, más de lo que

acostumbran, y aunque echaron mano de todos sus conocimientos y autoridades, no pudieron arrojar ninguna luz sobre el asunto.

—¡No puede ser verdad! ¡Dios, que no sea verdad! —exclamó el anticuario—. Y, aunque lo fuese, no lo creería. Taffril es un excelente marino y Lovel, mi pobre Lovel, es el perfecto compañero de viaje, que inspira seguridad y agrado, ya sea por tierra o por mar; él es, por su ingenuo carácter, la persona que elegiría para hacer un viaje en barco (cosa que nunca hago, excepto cuando tomo el Queensferry), *fragilem mecum solvere phaselum*[264], para ser el compañero de mis riesgos, alguien contra quien los elementos no albergan deseos de venganza. No, Edie, no es y no puede ser verdad, es un engaño del ocioso e indiscreto Rumor, a quien deseo ver colgado, con su trompeta alrededor del cuello; ese que con su lúgubre voz trata de atemorizar a las gentes honradas. Y ahora, dime cómo has podido llegar a esta situación.

—¿Me está interrogando en calidad de magistrado, Monkbarns, o solo por satisfacción propia?

—Solo por satisfacción propia —respondió el anticuario.

—En tal caso, guárdese el cuaderno y la pluma, pues no soltaré ninguna palabra mientras tenga material de escritura en sus manos; para gente ignorante como yo, esos instrumentos son aterradores. El agente de la sala de al lado escribirá lo que haga falta para colgar a un hombre antes de saber siquiera qué es lo que ha dicho.

Monkbarns, cumpliendo los deseos del anciano, guardó su cuaderno de notas.

A continuación, Edie relató con gran franqueza la parte de la historia que ya conocen nuestros lectores, informando al anticuario de la escena que había presenciado entre Dousterswivel y su patrón en las ruinas de Saint Ruth, y confesando sin tapujos que no pudo dejar pasar la oportunidad de convencer al alemán para que visitase la tumba de Misticot con el propósito de vengarse, o al menos mofarse, de su desfachatez. No le costó mucho convencer a Steenie, un joven muchacho atrevido e imprudente, para que participase también en la jugarreta, pero la broma se les fue inadvertidamente de las manos. En cuanto a la libreta, explicó que se hicieron con ella de forma involuntaria y que él mismo mostró su sorpresa y malestar en cuanto se percató de lo sucedido; de hecho, hizo público ante todos los habitantes de la cabaña su intención de devolverla al día siguiente, y si no pudo hacerlo fue debido al inoportuno desenlace.

El anticuario vaciló un instante y seguidamente dijo:

—Tu versión parece bastante congruente, Edie, y, por mi conocimiento de ambas partes, me inclino a pensar que es cierta. Pero creo que sabes bastante más de lo que has convenido en contarme sobre este asunto del tesoro; sospecho que estás representando el papel de lar familiar de Plauto, una especie de duendecillo nocturno, para que me entiendas, encargado de custodiar tesoros ocultos. Recuerdo que fuiste tú la primera persona que encontramos cuando sir Arthur perpetró su bien logrado ataque a la tumba de Misticot y también recuerdo que, cuando los excavadores empezaron a flaquear, fuiste el primero que saltó a la zanja y descubrió el tesoro. Es

hora de que me lo cuentes todo con detalles a menos que quieras hacer tan mal uso de mí como Euclión hizo de Stáfila en la *Aulularia*[265].

—¡Por el amor de Dios, señor! —respondió el mendigo—. ¿Qué voy a saber yo de *Aurulalia* o como quiera se diga? Si parece el idioma de los lobos…

—Sin embargo, ¿sabías que el cofre con el tesoro estaba allí? —continuó Oldbuck.

—Apreciado señor —respondió Edie adoptando un aire de gran ingenuidad—, ¿qué probabilidad hay de que lo supiera? ¿Cree que una criatura pobre y vieja como yo podría haber tenido conocimiento de una cosa así y no haber sacado tajada? Y usted sabe de sobra que yo ni buscaba ni tenía nada, como el recadero de Michael Scott[266]. ¿Qué tengo yo que ver con eso?

—Eso es justo lo que quiero que me expliques —respondió Oldbuck—, pues estoy categóricamente seguro de que sabías que estaba allí.

—Mi señor es un hombre categórico y, como hombre categórico que es, debo admitir que a menudo está en lo cierto.

—¿Entonces admites, Edie, que mi opinión está bien fundamentada?

Edie asintió con la cabeza.

—Si es así, haz el favor de explicármelo todo de cabo a rabo —dijo el anticuario.

—Si hubiese sido un secreto mío, Monkbarns —respondió el mendigo—, no tendría que haber preguntado dos veces, pues siempre he dicho a sus espaldas que, a pesar de todas las extravagancias que a veces transitan por su cabeza, es usted el caballero más sabio y discreto del país. Pero me sinceraré con usted y le diré que se trata del secreto de un amigo, y que antes me dejaría arrastrar por caballos salvajes que decir una sola palabra, y menos en este caso, en que no existe mala fe; al contrario, pues el propósito es servir a aquellos que son veinte veces más valiosos que un servidor. Pero que yo sepa no existe ninguna ley que condene saber dónde se encuentra un tesoro en el que nunca se ha puesto una mano encima.

Oldbuck empezó a dar vueltas por la celda ensimismado, esforzándose por encontrar razones plausibles que diesen cuenta de unas transacciones de naturaleza tan misteriosa, pero su ingenio andaba de capa caída. Entonces se detuvo frente al preso.

—Esta historia, amigo Edie, es un enigma en toda regla y haría falta un segundo Edipo para resolverlo (recuérdame que te explique en otra ocasión quién era Edipo). No obstante, ya sea por mi sabiduría o por mis extravagancias, como apuntaste anteriormente, lo cierto es que me inclino a creer que has dicho la verdad, pues no has recurrido a ninguna instancia superior, cosa que, según he podido observar, es muy común entre tú y tus camaradas cuando tratáis de engañar a la gente.

En ese momento Edie no pudo evitar sonreír.

—Si, por tanto, me respondes a una pregunta, trataré por todos los medios de ponerte en libertad.

—Si me dice cuál es la pregunta —respondió Edie con la precaución de un

prudente escocés—, le diré si puedo responderla o no.

—Es una pregunta muy simple —dijo el anticuario—: ¿sabía Dousterswivel de la existencia de un cofre escondido?

—¿Qué iba a saber ese loco trastornado? —respondió Edie—. No habría quedado nada de haber sabido que se encontraba allí: habría sido como dejar una ristra de salchichas al cuidado de un perro.

—Justo lo que yo pensaba —dijo Oldbuck—. Está bien, Edie, si te pongo en libertad, tendrás que comparecer el día en que te citen y evitarme el pago de una fianza: los tiempos no son propicios para que hombres prudentes tengan que hacer frente a confiscaciones, a menos que puedas descubrir otro *aulam auri plenam quadrilibrem*[267], una nueva Búsqueda I.

—¡Oh! —dijo el mendigo negando con la cabeza—. Creo que la gallina que puso esos huevos de oro ha huido y yo no pienso llamar a su gallo. Compareceré el día en que me cite, Monkbarns, no perderá ni un solo penique por mi culpa. Y, si es cierto que salgo de aquí, aprovecharé que hace buen tiempo para recabar alguna información sobre el paradero de nuestros amigos.

—De acuerdo, Edie, parece que han cesado los golpetazos de abajo, supongo que el magistrado Littlejohn ha terminado ya con su preceptor militar y ha dejado las labores de Marte para dedicarse a las de Temis[268]. Voy a hablar con él. Pero no puedo creer ni creeré las terribles noticias que me acaba de decir.

—Dios quiera que tenga usted razón —respondió el mendigo mientras Oldbuck salía de la celda.

El anticuario encontró al magistrado exhausto por el ejercicio, hundido en su silla de gotoso, resoplando.

—¡Qué bien viven los soldados! —exclamó entre jadeos mientras se tomaba a cucharazos una reconfortante sopa de tortuga.

Pidió un tentempié similar para Oldbuck, pero éste —al no ser hombre castrense y no querer romper el horario de sus comidas— lo declinó.

—Los soldados como usted, magistrado, deben aprovechar cualquier momento para alimentarse. Lamento decir que me han llegado malas noticias del bergantín del joven Taffril.

—¡Oh, pobre muchacho! —dijo el magistrado—. Era un hombre ejemplar en la ciudad que destacó por su valor el primero de junio[269].

—Pero —interrumpió Oldbuck— su uso del pretérito cuando habla de él me resulta sumamente inquietante.

—Cierto, me temo que existen muchas razones para ello, Monkbarns; aun así, esperemos que no haya pasado nada malo. Por lo visto el accidente se produjo en los arrecifes de Rattray, unas veinte millas al norte, cerca de la bahía de Dirtenalan. He ordenado que investiguen el asunto, y su sobrino ha salido a toda prisa, como si fuese en busca de la gaceta que anunciase una victoria.

En ese momento apareció Hector exclamando:

—Creo que es todo una maldita mentira, nadie ha confirmado nada oficialmente; son solo rumores.

—Y reza por que así sea, señor Hector —dijo su tío—. De ser verdad, ¿a quién habría que culpar de que Lovel estuviese a bordo?

—A mí no, desde luego —respondió Hector—; eso habría sido solo cuestión de mala suerte.

—En efecto —respondió su tío—, no quiero ni pensar en esa posibilidad.

—¿Cómo es eso, señor? Usted que siempre tiende a pensar mal de mí —adujo el joven soldado—. Supongo que reconocerá que mi intención no tiene la culpa en este caso. Hice lo posible por disparar a Lovel y, de haberlo conseguido, está claro que su herida habría sido la mía y viceversa.

—Y ¿a quién quieres disparar ahora con ese cargamento etiquetado como «Pólvora»?

—Debo estar preparado, a las doce estaré en los páramos de lord Glenallan —respondió MacIntyre.

—¡Oh, Hector! Tú y tu gloriosa *chasse*, como dicen los franceses, tendría mejor porvenir

ıe cum Proteus pecus egit altos
ɔre montes.

»¿Por qué no vas al encuentro de un belicoso fócido en vez de un inocente pajarillo?

—Al diablo con la foca, o el fócido, como prefiera llamarla. ¿Es que no voy a dejar de oír nunca esa ridícula historieta?

—Está bien, está bien —dijo Oldbuck—; me alegro de que tengas la gentileza de avergonzarte de ella; de igual modo que detesto toda la estirpe de Nemrod, deseo que ésta tenga un justo competidor. Nunca seas el primero en abrir fuego en una broma, sobrino. Y, a propósito de fócidos, magistrado, ¿sabría decirnos a cuánto se cotiza la piel de foca en estos momentos?

—Al alza —respondió el magistrado—, su valor está por las nubes, la caza de estos animales ha sido poco afortunada últimamente.

—Tenemos un testigo que puede dar fe de ello —dijo el anticuario en tono sarcástico, encantado con el juego que este incidente le había brindado para provocar al joven deportista—. Una cosa más, Hector,

> y cuelga de tus hombros cobardes una piel de foca.[270]

»¡Eh, muchacho! No te lo tomes a mal. En fin, debo irme a atender unos asuntos, magistrado, solo quería decirle una cosa: Ochiltree debe quedar en libertad bajo fianza, una fianza moderada, ya me entiende.

—¿Ha pensado bien lo que me está pidiendo? —preguntó el magistrado—. Se le acusa de asalto y robo.

—¡Chis! No diga ni una palabra de eso —dijo el anticuario—. Ya le di una pista antes; le facilitaré todos los detalles más adelante. Se lo prometo, hay un secreto.

—Pero, señor Oldbuck, si es una cuestión que atañe al Estado, se me debería consultar a mí, que soy quien ocupa el puesto de magistrado y quien carga con todo el trabajo de peso, y hasta que…

—¡Chis, chis! —dijo el anticuario, guiñándole el ojo y llevándose el índice a la boca—. Usted tendrá todas las atribuciones y se ocupará de todas las gestiones en cuanto el asunto haya madurado. Pero se trata de un viejo obstinado, y no permitirá que dos personas a la vez se inmiscuyan en el misterio, y ni siquiera me ha terminado de contar a mí todos los entresijos de la trama de Dousterswivel.

—En fin… que habremos de aplicar a este tipo la ley de extranjeros[271], imagino.

—A decir verdad, deseo que así se haga.

—No me diga más —manifestó el magistrado—: así se hará. Será deportado como *tanquam suspect*, creo que esa frase es suya, ¿verdad, Monkbarns?[272]

—Es un clásico, magistrado; cada día me sorprende.

—Teniendo en cuenta que los negocios públicos me han ocupado últimamente tanto tiempo, me he visto en la obligación de introducir a mi encargado en la sociedad. Me he escrito dos veces con el subsecretario de Estado; una sobre el impuesto propuesto sobre la semilla de cáñamo de Riga, y otra sobre el cese de sociedades políticas. Por tanto, le ruego que, en la medida de lo posible, me mantenga al tanto del descubrimiento de esta trama contra el Estado.

—Lo haré de inmediato, en cuanto la descubra —respondió Oldbuck—; es más, resolver estos asuntos por mí mismo me resulta odioso. Recuerde, no obstante, que mis palabras no fueron «trama contra el Estado»: únicamente dije que espero descubrir, con la ayuda de Ochiltree, «una sucia trama».

—Si se trata de una trama, tendría que haber traición en ella, o un acto sedicioso al menos —repuso el magistrado—. ¿Le parece bien una fianza de cuatrocientos merks?

—¡Cuatrocientos merks por un viejo casaca azul! Por favor, tenga en cuenta la ley 1701 que regula el importe de las fianzas; elimine un cero de la cantidad; estoy dispuesto a pagarle una fianza de cuarenta merks.

—De acuerdo, señor Oldbuck, es un placer para todos en Fairport servirle a usted; y además, sé que es un hombre prudente, y que además le produciría el mismo disgusto perder cuarenta merks que cuatrocientos. Acepto, pues, su fianza, *meo periculo*[273], ¿qué me dice de esta frase? La tomé de un erudito abogado. «Respondo de ello, señoría —decía el abogado—, *meo periculo*».

—Y yo responderé de Edie Ochiltree, *meo periculo*, de idéntica forma —respondió Oldbuck—. En cuanto su agente redacte la fianza, procederé a su firma.

Una vez cumplimentados todos los trámites, el anticuario comunicó a Edie la buena nueva de que había sido puesto en libertad una vez más, y le dio indicaciones para que se dirigiese a la casa Monkbarns, a la que su sobrino y él regresaron también

tras haber ultimado los detalles de su buena hazaña.

Capítulo XXXIX

no de sesudos adagios y de modernas citas.

Como gustéis[274]

—Por el amor de Dios, Hector —dijo el anticuario a la mañana siguiente después del desayuno—, no nos desquicies más y deja ya de dar golpecitos con ese arcabuz.

—De acuerdo, señor, siento mucho molestarle —respondió el sobrino aún con el arma de caza entre las manos—, pero se trata de una escopeta magnífica, una Joe Manton ni más ni menos, me salió por cuarenta guineas.

—Un tonto y su dinero no están juntos mucho tiempo, sobrino. Hay una Joe Miller[275] para tu Joe Manton —respondió el anticuario—. Me alegro de que tengas tantas guineas que despilfarrar.

—Cada cual tiene sus obsesiones, tío: a usted le pierden los libros.

—Así es, Hector —dijo el tío—, y si mi colección fuese tuya, ya estaría en manos del armero, del vendedor de caballos o del criador de perros. *Coemptos undique nobiles libros… mutare loricis Iberis*.[276]

—De nada me servirían sus libros, mi apreciado tío —respondió el joven soldado —; pero es cierto, hará bien en dejarlo en mejores manos. Aun así, no acuse a mi corazón de los errores de mi cabeza. Jamás me desharía de una gramática Cordier que perteneciese a un viejo amigo a cambio de unos caballos como los de lord Glenallan.

—No creo que lo hicieses, muchacho, no creo que lo hicieses —repuso, más temperado, su tío—. Me gusta provocarte de cuando en cuando: es una forma de mantener el espíritu de la disciplina y el hábito de la subordinación. El tiempo que pases aquí te resultará más grato estando bajo mis órdenes, en vez de bajo las del «capitán o coronel o caballero de armas», como diría Milton. —Y, recayendo en su irónico humor, prosiguió—: Y en vez de los franceses tienes los *gens humida ponti*, pues, según palabras de Virgilio:

Sternunt se somno diversæ in littore phocæ;

»que podría verterse a nuestro idioma como

ócido dormita en la playa
lcance de Hector, nuestro escocés.

»De acuerdo, si te enfadas, no sigo. Además, veo que el viejo Edie está en el patio y tengo negocios pendientes con él. Adiós, Hector. ¿Recuerdas cómo chapoteaba en el mar al igual que su maestro Proteo, *et se jactu dedit æquor in altum*[277]?

MacIntyre esperó a que la puerta se cerrase para dar rienda suelta a la impaciencia de su temperamento.

—Mi tío es el mejor hombre del mundo y el más noble a su manera, pero, antes que seguir oyéndole hablar del endiablado fócido, como él le llama, preferiría irme a las Indias y no verle más la cara en mi vida.

La señorita MacIntyre, muy apegada a su tío y a la vez gran apasionada de su hermano, actuaba en estas ocasiones como vehículo de reconciliación. Fue corriendo al encuentro de su tío antes de que entrase en la sala.

—¿Qué le ocurre ahora a la dama por antonomasia? ¿Qué significa ese matiz de súplica en su rostro? ¿Ha vuelto a hacer Juno una de las suyas?

—No, tío, pero el dueño de Juno no puede aguantar todas sus mofas sobre la foca. Le aseguro que a él le duele mucho más de lo que usted desearía; es muy tonto por su parte, eso seguro, pero es que usted tiene la habilidad de ridiculizar a la gente con tanta dureza…

—Está bien, querida —respondió Oldbuck animado por el cumplido—, pondré freno a mi sátira y, en la medida de lo posible, no diré más la palabra foca; es más, evitaré cualquier expresión que la contenga, como «enfocar» o «sofocar». No soy *monitoribus asper*[278], sino el más tranquilo, apacible y blando de los seres humanos, a quien su hermana y sobrinos manejan a su antojo.

Después del panegírico sobre su propia docilidad, el señor Oldbuck entró en la sala y propuso a su sobrino un paseo por Mussel-crag.

—Tengo algunas preguntas que hacer a una mujer de la cabaña de los Meiklebackit —observó— y me gustaría tener un testigo sensato conmigo, así que para bien o para mal, Hector, tú eres con quien puedo contar ahora mismo.

—Y ¿por qué no Edie, señor, o Caxon? ¿No lo harían ellos mejor que yo? —exclamó MacIntyre alarmado ante la perspectiva de un prolongado *tête-à-tête* con su tío.

—Te doy las gracias, joven, por remitirme a tan agradables compañeros y por tu cortesía —respondió el señor Oldbuck—. Sin embargo, mi intención es que el viejo casaca azul venga conmigo, pero no como testigo competente, pues él es de momento, como dice nuestro amigo el magistrado Littlejohn (¡Dios bendiga sus conocimientos!), *tanquam suspectus*, mientras que tú, de acuerdo con nuestras leyes, eres *suspicione major*.

—Ojalá tuviese el rango de *mayor*, señor —dijo Hector, habiéndose enterado solo de la última palabra, la cual, a oídos de un soldado, era la más llamativa de la expresión—, pero, sin dinero y sin interés, las oportunidades de dar ese paso son escasas.

—Bien, bien, valiente hijo de Príamo —dijo el anticuario—, déjate guiar por tus amigos y no te preocupes por lo que pueda ocurrir. Ven conmigo y aprenderás cosas que tal vez te sean de utilidad si alguna vez compareces ante un tribunal militar.

—He estado en muchos tribunales militares, señor —respondió el capitán MacIntyre—. Por cierto, aquí tiene un nuevo bastón.

—Muchísimas gracias, muchísimas gracias.

—Se lo compré al cachiporrero —añadió MacIntyre—; estaba con el ejército bengalí y se encontró con nuestro regimiento de camino al mar Rojo. El bastón fue cortado en las riberas del Indo, se lo aseguro.

—Es de madera de rota excelente. Te doy mi palabra, y sin duda puede reemplazar al que se llevó la fo… ¡Uy! ¿Qué es lo que iba a decir?

La expedición, formada por el anticuario, su sobrino y el anciano mendigo, inició el camino hacia Mussel-crag; el primero ardía en deseos de transmitir información y los otros, un poco por obligación y un poco por esperanza de favores futuros, se mostraban decentemente receptivos. El tío y el sobrino andaban a la par, y el mendigo, un paso y medio detrás, lo justo para que su patrón pudiese hablarle con una ligera torsión de cuello sin tener que darse la vuelta del todo. (Adam Petrie, en su ensayo sobre las buenas costumbres destinado a los magistrados de Edimburgo, recomienda, basándose en su propia experiencia como tutor en una familia distinguida, esa actitud a todos los capitanes, tutores, subordinados, etc.). Con esta escolta, avanzaba el anticuario rebosante de enseñanzas, cual altanero hombre de guerra, virando ora a estribor, ora a babor, y descargando interminables parrafadas sobre sus seguidores.

—¿Así que tu opinión —le preguntó al mendigo— es que esta ganancia inesperada, esta *arca auri*[279], como la que tuvo Plauto, no servirá de mucho dadas las necesidades de sir Arthur?

—No, a menos que encuentre otras diez —respondió el mendigo—, cosa que dudo mucho, la verdad. Se lo oí decir a Puggie Orrock y a otro ladronzuelo; y las cosas se ponen feas de verdad cuando gentuza como ésa habla a sus anchas de los asuntos de un caballero. No me extrañaría que metiesen a sir Arthur en el calabozo por sus deudas, a menos que reciba ayuda rápida y certera.

—No sabes lo que dices —respondió el anticuario—. Sobrino, es un hecho destacable que en este afortunado país ningún hombre pueda ser legalmente encarcelado por deudas.

—¿De veras, señor? —preguntó MacIntyre—. No lo había oído decir nunca, seguro que alguien ha sacado partido a ese aspecto de nuestras leyes.

—Y, si no pueden ser encarcelados por deudas —intervino Ochiltree—, ¿qué hacen todas esas pobres criaturas en las cárceles de Fairport? Todos dicen que están allí por culpa de sus acreedores. ¡Qué raro! Les debe gustar la cárcel más que a mí si están en ella por voluntad propia.

—Justo la observación que esperaba, Edie, la misma que harían otros muchos, si bien es fruto de una total ignorancia del sistema feudal. Hector, ten la bondad de escucharme, a menos que estés buscando otra fo… ¡ejem! —Hector se apresuró ante la indirecta de su tío a prestar atención—. Edie, sería útil para ti *rerum cognoscere causas*[280]. La naturaleza y el origen de una orden de arresto es algo *haud alienum a Scævolæ studiis*[281]. Lo repito una vez más: en Escocia nadie puede ser arrestado por deudas.

—Eso es algo que no me preocupa mucho, Monkbarns —dijo el anciano—, pues nadie fiaría un solo céntimo a un mendigo.

—Escúchame un momento, buen hombre. Cuando un deudor no efectúa el pago, situación bastante frecuente y que yo mismo he podido comprobar por experiencia propia, se le envían cuatro cartas a modo de petición cortés, mediante las cuales nuestro soberano señor el rey, mostrándose él mismo interesado, como todo monarca debiera hacer, por la buena marcha de los asuntos privados de sus súbditos, invita gentilmente al deudor a que proceda al pago; en las siguientes cartas se muestra algo más autoritario y finalmente establece una obligación severa. ¿Qué tiene de extraordinario ese pájaro, Hector? No es más que una gaviota.

—Tiene la cabeza negra, señor —dijo Edie.

—Y ¿qué pasa si la tiene, qué importancia puede tener en este momento? Está bien, veo que no tenéis paciencia; olvidaré los cuatro tipos de cartas e iré directo al grano, según los procedimientos modernos. ¿Creéis entonces que este hombre irá a la cárcel por no poder pagar sus deudas? Nada de eso: lo cierto es que el rey tiene la deferencia de intervenir en la petición del acreedor y de hacer llegar al deudor una orden real requiriéndole que salde su deuda en un determinado plazo, quince o seis días, según el caso. Supongamos que el hombre se resiste y desobedece: ¿qué ocurre entonces? En tal caso, pasaría a ser legalmente declarado rebelde a nuestro excelso soberano, cuya orden ha desobedecido, proceder que se anunciará en la plaza principal de Edimburgo, la metrópolis de Escocia. Y entonces será encarcelado legalmente, pero no a cuenta de sus deudas civiles, sino por su ingrato desacato a un mandato real. ¿Qué dices a esto, Hector? ¿A que es la primera vez que lo oyes?

—Sí, tío, pero creo que, si tuviese deudas que pagar, me sentiría más agradecido al rey si me mandase un poco de dinero que si me declarase rebelde por no hacer algo que no puedo hacer.

—Te faltan estudios para poder apreciar la magnitud de estas cosas —respondió su tío—. Eres incapaz de valorar la elegancia de la ficción legal y la medida en que ésta permite reconciliar la coacción, la cual ha sido necesaria imponer a deudores refractarios a fin de salvaguardar las actividades comerciales, con el más escrupuloso respeto a las libertades del individuo.

—No sé, señor —observó Hector, hombre poco ilustrado—, pero, si un hombre debe pagar su deuda o ir a prisión, lo mismo le da que sea encarcelado por deudor o por rebelde, creo yo. Ahora bien, si yo me viese en ese berenjenal, dado que el mandato real concede un plazo de varios días, pondría pies en polvorosa y dejaría que el rey y el acreedor se las arreglasen como buenamente pudieran.

—Yo haría lo mismo —dijo Edie—, carretera y manta, sin duda.

—Cierto —respondió Monkbarns—, pero en el caso de quienes se sospecha una falta de disposición a la hora de acatar los dictámenes de la justicia, ésta hace un llamamiento más breve y menos ceremonioso; considérense por ejemplo aquellas personas que han conseguido agotar toda su paciencia y atenciones.

—Sí —dijo Ochiltree—, es lo que llaman la «orden contra prófugos», estoy al tanto de eso. Existe un puesto fronterizo al sur del país donde se ocupan de casos de lo más extraño; una vez me detuvieron en la feria de Saint James y me encerraron en la antigua iglesia de Kelso veinticuatro horas, qué lugar tan frío y tan siniestro, en serio se lo digo. Pero ¿quién es esa señora con el canasto a la espalda? Diría que es la mismísima Maggie, ¿verdad?

En efecto, era ella. Su terrible expresión de dolor por la pérdida de un hijo no había disminuido, pero al menos había sido mitigada por la inexorable necesidad de sacar a su familia adelante. En su saludo a Oldbuck podía entreverse una extraña mezcla entre la habitual solicitud con que despachaba a sus clientes y un tono de pesadumbre por su reciente calamidad.

—¿Qué tal está usted hoy, Monkbarns? Disculpe mi falta de ánimo por no haberle agradecido aún su honorable gesto con mi pobre Steenie, llevando la cabecera de su precoz ataúd, ay, mi pobre niño. —Al decir esto, empezó a gimotear y se secó los ojos con una esquina de su mandil azul—. Mi marido no ha tenido voluntad de salir a faenar de nuevo. Debería decirle que se pusiese a trabajar, que le hará bien, pero me da muchísimo miedo hablar con él. De hecho, nadie en casa se atreve a decirle nada; más que un hombre, parece que es una pared. Pero mire qué eglefinos tan frescos y tan hermosos llevo, a tres chelines la docena: no me quedan ni fuerzas para regatear; a la primera alma cristiana que los quiera se los vendo, sin más discusión.

—¿Qué hacemos, Hector? —preguntó Oldbuck, deteniéndose—. Caí en desgracia con mis mujeres por mi desafortunado regateo con ella la última vez. Estos animales marinos, Hector, traen mala suerte a nuestra familia.

—Bah, señor, ¿qué iba a hacer si no? Dele a la pobre Maggie lo que pide, o permítame que obsequie a la casa Monkbarns con una bandeja de pescado.

Y, diciendo esto, fue a darle el dinero a la mujer, pero Maggie retiró su mano.

—No, no, capitán, es usted muy joven, guárdese esas monedas, nunca debería aceptar la primera oferta de una pescadera; creo que mejor me acerco a la casa Monkbarns a hablar con la vieja ama de llaves, o con la señorita Griselda. Y de paso pregunto qué tal está Jenny Ritherout: me han dicho que está como una chota; por lo visto le ha afectado mucho lo de Steenie, qué tontorrona, ¡si él no se había fijado en ella siquiera! En fin, Monkbarns, que llevo pescado fresco y buenísimo: como llegue a un acuerdo en su casa, se va a chupar los dedos con unas cabecitas de eglefino rellenas.

Y así, con palabras de dolor y de gratitud por la compasión mostrada y sus habituales elogios a la mercancía, se fue alejando poco a poco cargando con su canasto.

—Y, ahora que estamos en la puerta de la cabaña —dijo Ochiltree—, me gustaría saber, Monkbarns, por qué me ha traído hasta aquí. Si le digo la verdad, no me produce especial alegría tener que entrar ahí dentro. Me siento incapaz de plantearme el hecho de que un joven como él haya perdido la vida y yo, un viejo inútil y lisiado,

continúe aún sobre este mundo.

—Esta anciana mujer —explicó Oldubk— le dio un mensaje para el conde de Glenallan, ¿no es así?

—Sí —respondió el mendigo sorprendido—, ¿cómo puede usted saber eso?

—El propio lord Glenallan me lo dijo —respondió el anticuario—; así que no ha habido delator ni quebrantamiento de confianza por su parte, y, puesto que él quiere que la interrogue sobre algunos asuntos familiares de cierta relevancia, te he elegido para que me acompañes, ya que, en la situación de esta mujer, a caballo entre el deterioro mental y la cordura, es posible que tu voz y tu imagen pongan en marcha los trenes del recuerdo que de otra manera no tendrían forma de arrancar. La mente humana… ¿Qué estás haciendo, Hector?

—Estaba silbándole al perro, señor —respondió el capitán—, siempre se va a la quinta puñeta… Ya le dije que yo acabaría siendo un estorbo para usted.

—En absoluto, en absoluto —dijo Oldbuck con el fin de reanudar cuanto antes el asunto de su disquisición—. La mente humana ha de tratarse como una madeja de hilo de seda, y es necesario asegurar con precaución un extremo antes de poder desenredarla.

—Poco o nada sé de la mente humana —indicó el mendigo—: lo que sí sé es que, como esa mujer siga siendo quien yo conocí, o algo parecido a lo que yo conocí, tal vez sea ella la que nos enrede a nosotros. Da miedo verla y oírla cuando agita los brazos y se pone a hablar como una energúmena, que parece que estuviese recitando un libro… quién lo diría, la anciana mujer de un pescador, si me saca más de diez años… Pero es cierto, recibió una educación excelente antes de casarse, por cierto, por debajo de sus posibilidades. Aun así hicieron lo posible por darle bombo y platillo a un matrimonio de tres al cuarto con Simon Meiklebackit, el padre de Saunders, como si hubiese sido una dama de la aristocracia. Entonces volvió a recibir el favor de la condesa para después perderlo de nuevo; yo mismo oí decir a su hijo, cuando era un niño, que llegaron a amasar una gran fortuna; finalmente abandonaron los dominios de la condesa y se establecieron aquí. Pero las cosas nunca les llegaron a ir bien. De todas formas, ella es una mujer muy bien formada; eso sí, como saque su lado energúmeno, cosa que le ha pasado alguna vez que otra, es posible que nos deje a todos con la boca abierta.

Capítulo XL

vida flaquea en la edad vetusta, inadvertida y silenciosa
l lentas olas de marea muerta que dejan varada la galera,
ue antaño se mecía feliz al menor impulso
viento, de las olas, asienta ahora su quilla
re la blanca arena; y su mástil, perpendicular
ielo, de sus antiguos vaivenes ya no se acuerda.
olas pierden fuerza, apenas a rozarla llegan
ší, postrada en la arena, dirá adiós a la vida,
il, petrificada.

Antigua obra

Cuando el anticuario alzó la aldaba de la cabaña, se sorprendió al oír la aguda y trémula voz de Elspeth entonando una antigua balada con una declamación salvaje y lúgubre.

ırenque ama la luz de la luna,
caballa, el viento le pierde,
; la ostra, la honda canción adora
s de noble estirpe procede.

Como buen coleccionista de estos legendarios retazos de poesía antigua, su pies se negaron a cruzar el umbral atendiendo a las órdenes de sus cautivados oídos e, instintivamente, echó mano del lápiz y de su cuaderno de notas. Por momentos, la mujer hablaba como si estuviese dirigiéndose a un grupo de niños:

—¡Silencio, granujillas! ¡Chis, chis! Callaos y os contaré otro aún mejor…

rido y mujer, mordeos ambos la lengua,
esten atención, grandes y pequeños,
hablaré del conde de Glenallan
luchó en la batalla de Harlaw.

raron la muerte de Bannachie
e Don y la de todos;
flicción se extiende de norte a sur
la dolorosa batalla de Harlaw.

»No recuerdo bien el siguiente verso, la memoria me falla, y extraños pensamientos se apoderan de mí, ¡que Dios nos libre de la tentación!

En este momento su voz se hundió en un murmullo indefinido.

—Es una balada histórica —dijo Oldbuck entusiasmado—, un fragmento auténtico y genuino de una canción juglaresca. Thomas Percy admiraría sin duda su simplicidad; en cuanto a Joseph Ritson, no podría impugnar su autenticidad.

—Sí, pero qué triste —observó Ochiltree— ver a una criatura humana tan echada a perder, mira que ponerse a cantar de ese modo justo después de haber perdido a un nieto.

—¡Chis, chis! —dijo el anticuario—. Parece que ha retomado el hilo de la historia.

ntaron cien níveos corceles
otros cien azabache embridaron
un *chafron* de acero a la cabeza
ı honorable caballero al lomo.

—¡*Chafron!* —exclamó el anticuario mientras tomaba notas en su cuaderno rojo—. El equivalente gaélico al cheurón, o al *cheveron* francés tal vez; ese término vale su peso en oro.

ɔían recorrido una milla, dos,
, cuatro, diez tal vez,
ndo viose a Donald bajar de la colina
veinte mil hombres con él.

tartanes al viento se agitaban,
lanzas relucían al sol,
narcha de flanco a flanco entonaban
ın coro ensordecedor.

:onde se alza sobre los estribos,
:aballero robusto y con empaque
.sa las tierras a lo lejos;
ɔosible que os ponga en jaque.

ıé haríais en mi lugar, escudero
cabalgas junto a mí,
o fuese el conde de Glenallan
ɔs Roland Cheyne?

ado y vergüenza las riendas tomar,
ɔlito peligro, combatir
os fueseis el conde de Glenallan,
é haríais ahora, Roland Cheyne?

»Debéis saber, pequeñajos, que Roland Cheyne era antepasado de esta pobre vieja que ahora se sienta junto a la chimenea; un hombre atormentado, en la batalla, aquel día, y más aún después de que cayese el conde, culpándose a sí mismo por el consejo brindado; a la batalla de Mar le precedieron las de Mearns, Aberdeen y Angus.

Subió el tono de voz, parecía sentirse más animada al recitar el consejo de su antepasado:

'o fuese el conde de Glenallan,
ɔs Roland Cheyne,
cicate estaría en mi caballo
brida en vuestro corcel.

ıte mil espadas blanden
ɔsotros la mitad,
ś cota de malla llevamos,

s tan solo el tartán.

caballo se adentrará en sus filas
l helecho en yermo desierto
ca un noble normando
oldado celta le tuvo miedo.

—¿Oyes eso, sobrino? —preguntó Oldbuck—. Ya ves que tus antepasados gaélicos no gozaban de muy buena reputación entre los guerreros de las Tierras Bajas.

—Lo que oigo —respondió Hector, alzando la cabeza y respirando con indignación— es a una necia anciana cantar canciones antiguas y necias como ella. Me sorprende, señor, que usted se niegue a escuchar las canciones de Selma de Ossian y en cambio disfrute con estas patrañas. Le juro que jamás había visto ni oído una balada más lamentable. Cualquier buhonero del país podría deleitarle con canciones mejores que ésa. Sería vergonzoso pensar siquiera que semejantes ramplonerías pudiesen poner en entredicho el honor de Escocia.

La anciana parecía haber oído sus voces, ya que dejó de cantar y dijo:

—Entren, señores, entren, la bondad nunca se detuvo en el umbral de esta puerta.

Entraron en la cabaña y, para su sorpresa, encontraron que Elspeth estaba sola, sentada «cual espectro al calor de la chimenea», como la personificación de la Antigüedad en la canción del cazador del búho[282]: «Ajada, rota, repugnante, medio ciega, pálida, tórpida». Al verlos entrar les dijo:

—Se han ido todos, pero siéntense un momento, deben de estar al llegar. Supongo que querrán hablar con mi nuera, o con mi hijo. Me temo que yo de poco les puedo servir. Niños, ofrecedles un asiento, ah, creo que también se han ido —exclamó mirando a su alrededor—. Antes de que llegasen les estaba cantando bajito para que se estuvieran quietos, pero se han debido escabullir por alguna puerta. Siéntense, señores, deben de estar al llegar.

La anciana soltó de sus manos el huso, que acabó dando vueltas en el suelo; y así, se dedicó en exclusiva a regular el movimiento de dicho instrumento, inconsciente de la presencia de los visitantes, indiferente a su rango u ocupación.

—Desearía —intervino Oldbuck— que prosiguiera ese cántico, o fragmento de leyenda. Siempre sospeché de la existencia de tormentosas refriegas antes de la batalla de Harlaw.

—Si al señor no le importa —dijo Edie—, tal vez sería mejor idea proceder con los negocios que nos han traído hasta aquí. Podríamos dejar las canciones para otra ocasión.

—Creo que tienes razón, Edie. *Do manus*, es decir, me rindo. Pero ¿cómo nos las vamos a ingeniar? Mírala, si es la viva imagen de la senilidad. Habla con ella, Edie, intenta hacerle recordar lo del mensaje que quería transmitirle a la casa Glenallan.

Edie actuó en consecuencia y, cruzando la habitación, se detuvo en el mismo lugar que ocupó en su anterior conversación con ella.

—Me alegra ver que está tan bien, amiga; el señor de la guadaña se ha cebado con

esta casa desde que estuve aquí la última vez.

—Así es —dijo Elspeth, guiada más por una sensación general de desgracia que por el recuerdo exacto de lo que había ocurrido—, hemos pasado lo nuestro últimamente. No sé cómo los jóvenes lo pueden resistir, a mí me cuesta mucho. No puedo oír el silbido del viento, ni el rugido del mar, pero me parece ver la barca a la deriva, quilla arriba, y a varios hombres luchando entre las olas. ¿Se dan cuenta, señores? Estas pesadillas me acechan en mi duermevela, espero que no me falte mucho para el sueño eterno. Entre esos hombres estaba mi hijo, y también Steenie, mi nieto, a quien vi enterrar hace tan poco. ¿No es un sueño raro para un vieja boba como yo? ¿Por qué motivo tenían que morir antes que yo? Sepan ustedes que eso se sale del curso normal de la naturaleza.

—Creo que tiene poco que hacer con esta estúpida vieja —dijo Hector, que aún albergaba, quizá, resentimientos por su peyorativa mención a los hombres del país—. Creo que tiene poco que hacer con ella, señor, y es una pérdida de tiempo sentarnos aquí a escuchar sus chocheces.

—¡Hector! —dijo el anticuario indignado—, si eres incapaz de respetar sus desgracias, respétala al menos por su edad y sus canas. Ésta es la última fase de la existencia, tan delicadamente tratada por el poeta latino:

›mni
nbrorum damno major dementia, quæ neo
ıina, servorum, nec vultus agnoscit amici,
ı queis preterita cœnavit nocte, nec illos
s genuit, quos eduxit.[283]

—¡Eso es latín! —exclamó Elspeth, irguiéndose como si quisiese prestar atención a los versos que el anticuario recitaba con gran pompa y correcta dicción, y repitió con una iracunda mirada a su alrededor—: ¡Eso es latín! ¿No habrá dado conmigo un sacerdote?

—¿Ves, sobrino? Su comprensión del pasaje es casi idéntica a la tuya.

—Espero que quiera decir, señor, que tanto ella como yo sabíamos que era latín, sin que por ello, como caballero de provincias, deje de acoger de buen grado una explicación.

—La tendrás en palabras de un gran moralista —respondió Oldbuck—, y fíjate lo bien que puede aplicarse a la triste escena que has presenciado, aunque bastante inferior al gran

›mni
nbrorum damno major dementia, quæ neo.

»Espera, está a punto de hablar.

—No me verá ningún sacerdote, ninguno —dijo la vieja con impotente vehemencia—. Como que me llamo Elspeth que no. Nadie me oirá decir que

traicioné a mi señora, ni siquiera si es para salvar mi alma.

—Eso revela una conciencia turbia. Espero que lo confiese todo, aunque solo sea por su propio bien —dijo el mendigo; y volvió a asaltarla—. Bien, señora, cumplí su encargo para el conde.

—¿Para qué conde? Yo no conozco a ningún conde. Una vez conocí a una condesa. ¡Ojalá Dios no me hubiese hecho conocerla! Pues con ella llegaron también —y empezó a contar con sus tullidos dedos— primero, el Orgullo, después la Mala Voluntad, la Venganza, el Falso Testimonio y por último, el Asesinato: todos fueron llamando a la puerta uno a uno. Y no eran precisamente invitados agradables para alojar en el corazón de una mujer. Con ellos tuve compañía de sobra.

—Pero, amiga —prosiguió el mendigo—, no me refería a la condesa de Glenallan, sino a su hijo, el que entonces era lord Geraldin.

—Ahora recuerdo —dijo—, lo vi no hace mucho, y tuvimos una gran conversación. Con lo gallardo que era ese hombre, y ahora está hecho un viejo enclenque como yo. Por culpa de la pena, señores: el pobre señor se cruzó con el amor verdadero y le rompieron el corazón. Y ¿no tendría su madre que haberse ocupado de él ella sólita? A nosotras no nos quedaba otra que acatar sus órdenes, ya saben. Estoy segura de que nadie puede echarme la culpa: él no era mi hijo, y ella era mi señora. Ya lo dice la canción; espero que me disculpen por lo mal que canto, esta vieja cabeza mía hasta de cantar se ha olvidado…

ɔ y claro te diré:
ni madre nadie se burla.
jeres, muchas tendré,
ɔ madre, solo una.

»Eran hermanos de padre, ya saben, y la condesa tenía por tanto todo el derecho del mundo. No, no, jamás me arrepentiré de lo que hice y sufrí por la condesa Joscelin, jamás me arrepentiré de eso.

Y retiró el hilo de la rueca con ese aire obstinado de quien decide no confesar nada, reanudando así el trabajo que le había sido interrumpido.

—He oído —intervino el mendigo, tomando el hilo de lo que Oldbuck le había contado de la historia familiar—, he oído decir que ciertas malas lenguas se interpusieron entre el conde, es decir, lord Geraldin, y su joven prometida.

—¿Las malas lenguas? —preguntó alarmada—. Y ¿qué tenía ella que temer de las malas lenguas? ¿No era tan buena y tan justa? Al menos eso es lo que decía todo el mundo. Si hubiese podido callar esas malas lenguas, tal vez habría podido vivir como una honorable dama a pesar de todo lo ocurrido.

—Pero hay quien dice, señora —continuó Ochiltree—, que hubo un revuelo en el país, que se casaron a pesar de tener un vínculo de sangre más estrecho del permitido.

—¿Quién se atreve a decir eso? —se apresuró a preguntar la anciana—. ¿Quién se atreve a decir que se casaron? ¿Quién podría saber tal cosa? Desde luego la

condesa no, y yo tampoco. Si se casaron en secreto, se separaron también en secreto. Bebieron de la fuente de su propio engaño.

—¡De eso nada, maldita arpía! —exclamó Oldbuck, incapaz de quedarse callado por más tiempo—. Bebieron del veneno que usted y su malvada señora le prepararon.

—¡Ja, ja! —respondió—. Sabía que venían a eso. No soltaré prenda por mucho que me interroguen. Hoy en día ya no hay torturas y, si las hubiese, ya pueden desgarrarme de pies a cabeza, que no morderé la mano de quien me dio de comer.

—Habla con ella, Edie —dijo el anticuario—, conoce tu voz y es más fácil que te responda a ti.

—No vamos a sacar nada más de ella —dijo Ochiltree—. Cuando se pone así, cruzada de brazos, dicen que no abre el pico en semanas. Y, además, me da la impresión de que está mucho más pálida desde que hemos venido. De todas formas, lo volveré a intentar para complacer a mi señor. Entonces, amiga, ¿puede al menos recordar que su anciana señora, la condesa Joscelin, ha abandonado este mundo?

—¿Que ha abandonado este mundo? —exclamó, pues ese nombre nunca la dejaba indiferente—. Entonces todos debemos seguirla mientras ella lleve las riendas. Deje recado a lord Geraldin de que hemos salido tras ella. Necesito mi sombrero y mi chal, no puedo ir en el carruaje de mi señora con estos pelos.

Levantó sus ajados brazos e hizo como si se pusiera un abrigo para salir; después los bajó lenta y torpemente: la idea del viaje aún parecía estar flotando en su cabeza; después siguió diciendo, rápida y entrecortadamente:

—Llame a la señorita Neville. ¿Qué quiere decir con «lady Geraldin»? He dicho «Eveline Neville», no «lady Geraldin», no existe ninguna lady Geraldin. Dígale eso, y que se cambie ese vestido mojado y que se dé color en las mejillas, qué pálida está. ¡El niño! ¿Qué hacemos con el niño? Las doncellas no tienen niños, supongo. ¡Teresa, Teresa, mi señora nos llama! Trae una vela. La escalinata está tan oscura, como si fuese noche cerrada de invierno. ¡Ya llegamos, mi señora!

Y con estas palabras se desplomó en la silla y después cayó en el suelo.

Edie fue corriendo a socorrerla, pero apenas la había sujetado en sus brazos cuando dijo:

—Todo ha terminado, ha fallecido y con ella su confesión.

—Imposible —dijo Oldbuck, acercándose rápidamente con su sobrino.

Pero nada era más cierto. Había expirado tras la última palabra que habían pronunciado sus labios, y lo único que quedaba ahora ante Oldbuck y sus compañeros eran las reliquias mortales de una criatura que había luchado años contra una sensación interior de culpabilidad encubierta y contra los estragos de la edad y de la pobreza.

—Quiera Dios que se haya ido a un lugar mejor —dijo Edie mientras observaba su cuerpo sin vida—, aunque llevaba una dura congoja en el corazón. He visto a muchos morir en el campo de batalla, o plácidamente en su casa, y habría preferido volver a verlos a todos ellos antes que presenciar la muerte de esta aterrada criatura.

—Tenemos que llamar a los vecinos —dijo Oldbuck, una vez recuperado del horror y del asombro— y dar noticia de la nueva calamidad. Qué lastima que no confesase y qué lástima, aunque en menor grado, no haber transcrito ese fragmento métrico. En fin, debemos acatar la voluntad de Dios.

Salieron de la cabaña y dieron la noticia en la aldea, donde las matronas enseguida se juntaron para arreglar el cadáver de la anciana, a quien posiblemente se tenía por la madre de todo el vecindario. Oldbuck prometió su asistencia al funeral.

—El señor —dijo Alison Breck, de edad cercana a la fallecida— debiera tal vez enviarnos algo para el velatorio. La ginebra de Saunders, pobre hombre, se terminó en el entierro de Steenie, y nosotros no tenemos dinero para refrescar los labios de los asistentes. Elspeth era bastante lista en sus años mozos, lo recuerdo bien, pero es posible que no tuviese demasiada suerte. No se debe hablar mal de los difuntos, más que nada por respeto, y más siendo amiga y vecina, pero se decían cosas raras de una dama y un niño antes de que dejase Craigburnfoot. La verdad es que será un velatorio muy pobretón a menos que el señor nos envíe algo.

—Os haré llegar un poco de whisky —respondió Oldbuck—, el suficiente para que podáis cumplir vuestra palabra de velar a la difunta según la antigua costumbre. ¿Te das cuenta, Hector?, la palabra latina *vigilare* se transforma, tras una contracción vocálica, en «velar», de la cual se derivan palabras como «velatorio» o «velorio».

«Creo —se dijo Hector— que mi tío sería capaz de regalar la casa Monkbarns al primero que se lo pidiese en perfecto latín. Ni una gota de whisky les habría dado a estas viejas criaturas si llegaran a decir otra palabra de raíz no latina.»

Mientras Oldbuck les procuraba algunas indicaciones y les prometía su asistencia, un sirviente de sir Arthur que venía cabalgando detuvo su caballo cuando vio al anticuario.

—Ha ocurrido algo muy extraño en el castillo. —No quiso o no pudo explicar el qué—. La señorita Wardour me ha enviado expresamente a Monkbarns a rogarle que acuda sin perder un segundo.

—Me temo —dijo el anticuario— que el curso de otra vida también toca a su fin. ¿Qué puedo hacer yo?

—¿Que qué puede hacer, señor? —exclamó Hector con su habitual impaciencia —. Montarse en el caballo y salir corriendo; llegará al castillo de Knockwinnock en diez minutos.

—Es un caballo muy ligero —dijo el sirviente apeándose para ajustar la cincha y los estribos—. Solo da sacudidas si nota que lleva un peso muerto sobre su sillín.

—Pronto seré un peso muerto fuera de su sillín, amigo —dijo el anticuario—. ¿Por qué demonios estás tan harto de mí, sobrino? O ¿acaso crees que estoy tan harto de mi vida como para cabalgar sobre un bucéfalo como ése? No, no, amigo mío, si tengo que llegar hoy a Knockwinnock, será andando tranquilamente, cosa que haré sin mayor dilación. El capitán MacIntyre puede ir en ese animal si tal es su deseo.

—Dudo mucho de que yo pueda resultar de ayuda, tío, pero el único modo que se

me ocurre de mostrar al menos cierto respeto por sus tribulaciones es adelantarme y anunciar que llegará usted más tarde. Me harán falta sus espuelas, amigo.

—Apenas las necesitará, señor —dijo el hombre, mientras se las quitaba para abrocharlas a los tobillos del capitán MacIntyre—, este caballo sigue el camino a la perfección.

Oldbuck se quedó atónito ante esta última temeridad.

—¿Estás loco, Hector? —gritó—. O ¿es que has olvidado las palabras de Quinto Curcio, con quien, como soldado, deberías estar familiarizado: *Nobilis equus umbra quidem virgæ regitur; ignavus ne calcari quidem excitari potest*[284]? Lo que viene a demostrar que las espuelas son inútiles en todas las situaciones, e incluso me atrevería a decir que peligrosas en la mayoría de ellas.

Pero Hector, a quien poco le importaba la opinión de Quinto Curcio o del anticuario sobre este asunto, se limitó a responder sin hacer caso de nada:

—¿Miedo? ¡Eso jamás, señor!

ntado gentilmente en su hábil caballo,
inó el busto y golpeó sus armados tobillos
tra los sufridos costados del corcel,
endo las espuelas, una y otra vez,
ecía devorar el camino en su carrera,
ndo una nube de polvo a su paso.

—Ahí van, tal para cual —dijo Oldbuck mirando cómo se alejaban—, un caballo chiflado y un muchacho salvaje, las dos criaturas más rebeldes de la cristiandad, y todo para llegar media hora antes a un lugar donde nadie los necesita, pues sospecho que las aflicciones de sir Arthur difícilmente puedan ser aliviadas por nuestro ligero jinete. Debe ser cosa del villano de Dousterswivel, por quien sir Arthur hizo tanto; no puedo evitar observar que, con ciertas naturalezas, la máxima de Tácito se sustenta bien: *Beneficia eo usque læta sunt dum videntur exsolvi posse; ubi multum antevenere, pro gratia odium redditur*[285], según la cual un hombre sabio debe tomar precauciones, no conceder favores que excedan sus posibilidades de compensación, no vaya a ser que su deudor acabe en bancarrota en muestra de gratitud.

Mientras se decía a sí mismo estos retazos de cinismo filosófico, nuestro anticuario encaminó sus pasos hacia Knockwinnock, pero es necesario que nosotros le tomemos la delantera con el propósito de explicar los motivos por los que con tanta angustia era requerida su presencia.

Capítulo XLI

ɛntras la gallina de la fábula,
huevos de oro empollaba,
chaba impaciente el cruel chico
ı asaltar sin piedad el secreto nido,
ıando así el dorado sueño
ano revuelo y agónico grito.

Los amores de las algas

Desde el preciso instante en que sir Arthur Wardour se vio en poder del tesoro de la tumba de Misticot, se había sumido en un estado mental que recordaba más al éxtasis que a la sobriedad. De hecho, en cierto momento su hija llegó a mostrar una grave aprensión por dicho estado; cierto es que guardaba el secreto de poseer una fortuna inabarcable, pero sus palabras y sus actos eran los de un hombre que hubiese encontrado la piedra filosofal. Decía querer comprar todas las tierras adyacentes para poder recorrer la isla de Gran Bretaña de punta a punta, como si se hubiese propuesto no tener más vecinos que el mar. Mantuvo correspondencia con un eminente arquitecto sobre un plan de renovación del castillo de sus antepasados de acuerdo con un estilo de máxima magnificencia que pudiese competir con el de Windsor. En su cabeza, tropas de uniformados sirvientes desfilaban ya por los pasillos. ¿Acaso había algo a lo que el dueño de una riqueza infinita no pudiese aspirar? La corona de un marqués, de un duque quizá, relucía también en su imaginación. Su hija podría ser digna del más distinguido pretendiente. Ni siquiera una alianza con la sangre real quedaba fuera de sus expectativas. Su hijo era ya un destacado general, y él mismo podría ambicionar cualquier sueño, hasta el más disparatado.

En este estado, cada vez que alguien trataba de poner los pies de sir Arthur en la tierra de los mortales, sus respuestas seguían la línea de la antigua Pistola:

ʻoba con el mundo y los viles mundanos!
ɔlo de África y de las doradas alegrías.[286]

El lector podrá hacerse una idea del asombro de la señorita Wardour cuando, en vez de emprender una investigación en torno a Lovel —tal y como habría esperado a tenor de la extensa conversación de su padre con el señor Oldbuck la mañana del fatídico día en que el tesoro fue descubierto—, las palabras de sir Arthur revelaban una imaginación avivada por la esperanza de poseer toda suerte de riquezas. El asombro de la señorita Wardour se convirtió en desasosiego cuando mandó llamar a Dousterswivel, el cual se encerró con él, fue consolado por el percance sufrido, se llevó su parte y vio retribuidas sus pérdidas. Todas las sospechas que ella había albergado sobre este hombre se vieron reforzadas al observar el empeño de éste en animar los gloriosos sueños de su padre, asegurándose él mismo —con pretextos de

diferente índole— la mayor tajada posible de la riqueza que de modo tan extraño había ido a parar a manos de sir Arthur.

Otros graves síntomas empezaron a manifestarse sin tregua. Llegaban cartas de distintos sitios que sir Arthur, nada más mirar el remitente, echaba al fuego sin tomarse siquiera la molestia de abrirlas. La señorita Wardour no podía dejar de imaginar que estas epístolas, cuyo contenido parecía intuir su padre, eran en realidad apremiantes demandas de acreedores. Entretanto, el tesoro, y el pasajero alivio que éste había supuesto, parecían caer en picado. La mayor parte fue a parar al pago de la deuda de seiscientas libras que había estado asfixiando a sir Arthur. Del resto, una parte fue entregada al adepto, otro tanto se dilapidó en extravagancias que, según el pobre caballero, eran totalmente legítimas de acuerdo con sus infladísimas expectativas, y una última parte fue destinada a callar de una vez la boca de prestamistas que, cansados ya de bellas promesas, habían cerrado filas con Harpagón[287] y buscaban algo más sustancial que palabras vanas. Las circunstancias apuntaban con insultante claridad a que la bolsa quedaría vacía a los dos o tres días de su descubrimiento, sin esperanzas de volverla a llenar. Sir Arthur, con su impaciencia habitual, empezó a recriminar a Dousterswivel por haber incumplido su promesa de convertir el plomo en oro. Pero el respetable caballero rápidamente echó mano de sus estudiadas artimañas y recursos dialécticos con el fin de no presenciar el derrumbe de la casa que él mismo había minado y no ser atosigado antes de tiempo. Se marchó asegurándole que volvería a Knockwinnock a la mañana siguiente con una información que, sin duda, aliviaría enormemente todas las preocupaciones de sir Arthur.

—*Porrque*, desde que me ocupo de estos asuntos —dijo el señor Herman Dousterswivel—, nunca he estado tan *cerrca* del *grran misterrio* o *arcanum*, como usted lo llama, *Panchresta, o Polychresta*, no estoy tan ducho en este tema como Pelaso de Taranta, o Basilio[288], *perro* en dos o *trres* días le *trraerré* el *númerro* III del *señorr* Mestizón, y si fallo a mi *palabrra*, le *darre perrmiso parra* que me llame rufián y no vuelva a *mirrarrme* a la *carra*.

Dicho lo cual, el adepto se marchó con la firme resolución de cumplir la última parte de la promesa y no verle la cara jamás a su malherido patrón. Sir Arthur se quedó en un estado mental de incertidumbre y ansiedad; a menudo le habían engañado con esa jerga, motivo por el que no había conseguido despejar sus dudas del todo. Por la noche se retiró a su biblioteca con la sensación de estar al borde de un precipicio del que no podía retroceder, viendo cómo poco a poco la piedra sobre la que descansaba su peso se iba desprendiendo del peñasco.

La esperanza dejaba paso a la febril agonía de un hombre educado en los valores de responsabilidad y opulencia, portador de un nombre de rancio abolengo y padre de dos niños de prometedor futuro. Sir Arthur veía cómo se acercaba la hora en que le sería arrebatado todo el esplendor al que, con los años, se había habituado y sin el que no concebía su existencia; ahora tendría que vérselas con el mundo, la pobreza, la

voracidad, la humillación. Con estas funestas premoniciones, su ánimo, lacerado por la llaga de la esperanza que no llega, se tornó agrio y quejumbroso; sus palabras y actos daban cuenta de una imprudente desesperación que alarmó sobremanera a la señorita Wardour. Habíamos visto, en una ocasión anterior, que sir Arthur podía ser un hombre de pasiones intensas e impulsivas en contraposición a la debilidad de carácter que manifestaba en otros aspectos; no estaba habituado a que lo contradijeran y, si hasta la fecha, por lo general, lo habíamos visto contento y de buen humor, es porque en el curso de su vida no se habían dado las circunstancias que hiciesen de su irritabilidad la tónica general.

A la tercera mañana tras la marcha de Dousterswivel, el criado, como de costumbre, puso en la mesa del desayuno las cartas y el periódico del día. La señorita Wardour empezó a leer este último para esquivar el incesante malhumor de su padre, el cual acababa de ponerse hecho una furia porque la tostada estaba ligeramente requemada.

—Ya veo lo que pasa —dijo, concluyendo su interesante debate con el criado—: mis criados, que se han llevado parte de mi fortuna, empiezan a creer que no tengo futuro. Pero, mientras yo sea el señor de estos canallas, no permitiré la menor negligencia, ni toleraré la más mínima falta de respeto por su parte.

—Si hace falta, puedo dejar de servir al señor en este momento —dijo el criado al que se le había imputado el error—, en cuanto ordene el pago de mi jornal.

Sir Arthur, como si le hubiese mordido una serpiente, se metió la mano en el bolsillo y sacó de inmediato el dinero que tenía en él, pero no era suficiente para lo que pedía el hombre.

—¿Cuánto dinero tienes, señorita Wardour? —le preguntó a su hija en un tono de afectada calma que ocultaba una violenta turbación.

La señorita Wardour le dio su monedero; él intentó contar los billetes que tenía, pero era incapaz de hacer cálculos. Después de errar dos veces la suma, le arrojó todo el dinero a su hija diciéndole con voz severa:

—Págale al granuja y que se vaya de casa inmediatamente.

Y diciendo esto salió del comedor. La señora y el criado se quedaron atónitos ante la agitación y vehemencia de su reacción.

—Le aseguro, señorita, que, si yo hubiese hecho algo mal, no habría contestado a sir Arthur. He estado a su servicio mucho tiempo y él ha sido muy amable, y usted también, señorita, y no me gustaría que creyese que era mi intención importunarlo. Desde luego, no estuvo bien por mi parte sacar lo del jornal delante del señor cuando tal vez tenía motivos para estar enojado. No era mi intención abandonar su familia de esta manera.

—Ve abajo, Robert —dijo la señorita Wardour—, hay algo que preocupa a mi padre. Ve abajo y dile a Alick que suba si oye la campanilla.

Cuando el hombre abandonó la habitación, sir Arthur volvió a entrar como si hubiese estado esperando su salida.

—¿Qué significa esto? —preguntó con irritación al ver que los billetes estaban aún sobre la mesa—. ¿No se ha ido todavía? ¿Es que nadie me va a obedecer, ni como señor de esta casa, ni como padre?

—Ha bajado a decirle al ama de llaves que se haga cargo de sus funciones, señor, no pensaba que hubiese tanta prisa.

—Pues sí que hay prisa, señorita Wardour —la interrumpió su padre—. De ahora en adelante, lo que ordene en casa de mis antepasados habrá de hacerse de inmediato, y si no, mejor que no se haga nunca.

Seguidamente se sentó a la mesa y con su temblorosa mano sujetó el tazón de té que le habían preparado; le daba sorbos pausadamente, como queriendo prorrogar el momento de abrir las cartas que tenía en la mesa, a las que de vez en cuando echaba una ojeada, temiéndolas como un nido de víboras a punto de cobrar vida y saltar sobre él.

—Le alegrará oír —dijo la señorita Wardour tratando de alejar a su padre de las sombrías reflexiones en las que parecía estar sumido—, le alegrará oír, señor, que el bergantín del lugarteniente Taffril está a salvo en Leith Roads. Al parecer, ha habido rumores de naufragio; me alegro de no haberlos oído hasta que se ha confirmado lo contrario.

—Y ¿a mí qué me importan Taffril y su bergantín?

—Pero ¡señor! —dijo asombrada la señorita Wardour, pues sir Arthur, en condiciones normales, mostraba un vivo interés por todos los chismes de la región.

—Te digo —repitió en un tono más alto y aún más impaciente— que me importa un bledo que haya naufragado o no. Nada tiene que ver conmigo, ¿me equivoco?

—No sabía que estuviese tan ocupado, sir Arthur; y pensé que, como el señor Taffril es un hombre valiente y paisano nuestro, le alegraría saber…

—Oh, sí, me alegra mucho, no te imaginas cuánto, y para alegrarte a ti también, te daré algunas noticias estupendas a cambio —dijo mientras cogía una carta—. Puedo empezar por cualquiera, todas dicen la misma cantinela.

Rompió el sello con impaciencia, sacó la carta y se la arrojó a su hija.

—En efecto, nada podría alegrarme tanto. El colmo de la felicidad.

La señorita Wardour, sumida en un silencioso terror, cogió la carta.

—¡Léela, léela en alto! —le dijo el padre—, no es algo que se lea con frecuencia: te servirá además para irte acostumbrando a más noticias de este tenor.

La voz le temblaba a su hija mientras empezaba a leer la carta:

—«Estimado sir.»

—Ahora resulta que hasta me estima, fíjate qué cosas… Insolente esclavo de oficina, hace menos de doce meses ni siquiera era digno de sentarse a la mesa de mis criados. Supongo que dentro de poco seré su «estimado caballero».

—«Estimado sir» —continuó la señorita Wardour para, acto seguido, interrumpirse ella sola—: Veo que lo que dice es desagradable, señor. Solo conseguiré sacarle de quicio si se la leo en alto.

—Permíteme que sea yo quien decida con qué placeres me deleito, señorita Wardour. Te ruego que continúes. Supongo que, de no ser necesario, no te pediría que te molestases.

—«Habiendo sido aceptado recientemente como socio —prosiguió la señorita Wardour— por el señor Gilbert Greenhorn, hijo de su último corresponsal y abogado, el letrado Girnigo Greenhorn, de cuyos negocios me ocupé muchos años como oficial en el Parlamento y de los que ahora en adelante la firma Greenhorn & Grinderson (rubro en lo sucesivo al que habrá de dirigir su correspondencia), tengo el honor acusando recibo de sus últimas cartas dirigidas a mi mencionado socio, Gilbert Greenhorn, y habida cuenta de encontrarse éste ausente por tener que asistir a las carreras de Lamberton, de ser yo quien responda a sus cartas.»

—Ya ves lo metódico que es mi amigo, primero me explica los motivos por los que me han facilitado un corresponsal tan modesto y elegante. Sigue, podré soportarlo.

Y entonces soltó una risa de amargura, quizá la más temible expresión de sufrimiento mental. Temblando ante la idea de continuar, pero con miedo a desobedecer, la señorita Wardour prosiguió con la lectura:

—«Tanto mi socio como yo lamentamos no poder complacerle en lo referente a la suma que menciona, ni concederle una suspensión de la obligación de pago en el caso de Goldiebirds debido a un conflicto de intereses, pues hemos sido contratados para actuar en el susodicho caso como sus representantes legales, en cuya capacidad hemos iniciado un requerimiento judicial de ejecución del pago, de cuya suma debe estar al tanto de acuerdo con la carta de pago que le fue entregada por el oficial y que asciende a cuatro mil setecientas cincuenta y seis libras, cinco chelines, seis peniques y un cuarto. A dicha suma habrá que sumar los intereses anuales y costas generadas, cantidades que serán fijadas a lo largo del período establecido para la ejecución del pago a fin de evitar mayores complicaciones. Al mismo tiempo, me veo en la obligación de notificarle que su deuda con nosotros (de setecientas sesenta y nueve libras, diez chelines y seis peniques) ha vencido, siendo por consiguiente necesaria su liquidación; no obstante, como tenemos sus derechos de explotación, escritura de propiedad y demás documentos a modo de aval, no tendremos inconveniente en concederle un margen de tiempo razonable; por ejemplo, hasta el próximo vencimiento. Tanto a mi socio como a mí nos resulta difícil añadir que, siguiendo las instrucciones del señor Goldiebirds, vamos a proceder *peremptorie* y *sine mora*[289], hecho del cual tengo el gusto de avisarle a fin de evitar posibles malentendidos, reservándonos en cualquier caso el derecho de actuar de la forma que sea necesaria. Quedando a su entera disposición, GABRIEL GRINDERSON, GREENHORN & GRINDERSON.»

—Ingrato villano —dijo la señorita Wardour.

—¿Por qué? Es lo habitual, imagino; la jugada no habría podido salir más redonda en otras manos. Es tal y como debería ser —respondió el pobre baronet con

una afectada compostura traicionada por el temblor de sus labios y el parpadeo de sus ojos—. Pero hay una posdata, no me había fijado. Vamos, acaba de leer la epístola.

—«Debo añadir (a petición de mi socio) que el señor Greenhorn estaría dispuesto a aliviar su compromiso de pago aceptando su servicio de plata, o su manada de caballos, en caso de que estuviesen sanos, como parte del pago de su deuda.»

—¡Que S…s le quite el juicio! —exclamó sir Arthur perdiendo todo dominio sobre sí mismo ante esta condescendiente propuesta—. Su abuelo herraba los caballos de mi padre, y este descendiente de un miserable herrador pretende ahora arrebatarme los míos. Ya le escribiré yo la respuesta que se merece.

Dicho esto, se sentó y se puso a escribir con gran vehemencia, después se detuvo y leyó en voz alta:

—«Señor Gilbert Greenhorn, en respuesta a mis dos ultimas comunicaciones, he recibido una carta de un tal Grinderson que se designa a sí mismo como socio suyo. Cuando le escribo a alguien, por lo general, no espero que delegue la respuesta en otra persona. Creo que fui de utilidad a su padre, a la par que amable y cortés con usted y, por consiguiente, me sorprende…» —dijo y se paró en seco—. ¿Por qué me iba a sorprender esto o cualquier otra cosa? ¿Por qué voy a perder el tiempo escribiéndole a semejante sinvergüenza? No me pasaré la vida en la cárcel, supongo, y, en cuanto salga de ella, le romperé los huesos a ese descarado, sí, será lo primero que haga.

—¿En la cárcel, señor? —dijo débilmente la señorita Wardour.

—Sí, la cárcel, no me queda otra. ¿Tienes algo que preguntar? Porque eso es lo que se deduce de la carta del señor como se llame y su socio, a menos que tú o alguien tengáis cuatro mil ciento y pico libras, con la correspondiente proporción de chelines y peniques, para ejecutar el pago requerido, como él dice.

—¿Yo, señor? ¡Oh, si tuviese los medios! Pero… ¿y mi hermano, por qué no viene nunca a Escocia? Él podría hacer algo para ayudarnos.

—¿Quién, Reginald? Supongo que se habrá ido con el señor Gilbert Greenhorn, o con cualquier persona respetable, a las carreras de Lamberton. Esperaba que viniese la semana pasada, pero no me sorprende que mis hijos me abandonen igual que todo el mundo. Pero debo rogarte que me perdones, hija mía, que jamás en tu vida me has abandonado ni ofendido.

Y al besar su mejilla ella le rodeó el cuello con los brazos: tuvo así ese consuelo que reciben los padres —hasta en la situación más dolorosa— al saber que cuentan con el afecto de un hijo.

La señorita Wardour aprovechó este rebullir de sentimientos para intentar calmar los ánimos de su padre. Le recordó que tenía muchos amigos.

—Así es, tenía muchos amigos —dijo sir Arthur—, pero he agotado su amabilidad con mis disparatados proyectos; o bien no pueden o no quieren ayudarme. Todo ha terminado para mí. Lo único que espero es que a Reginald le sirva mi locura como ejemplo de lo que no debe hacerse.

—Y ¿si avisamos a Monkbarns, señor? —dijo su hija.

—¿Para qué? Él no puede prestarme esa suma, y tampoco lo haría si pudiese, pues sabe que estoy de deudas hasta el cuello; solo me daría retales de misantropía y pintorescas citas en latín.

—Pero él es astuto y sensato, está curtido en los negocios y estoy segura de que siempre le ha tenido afecto a esta familia.

—Sí, creo que tienes razón. Curiosa encrucijada esta, en que el afecto de un Oldbuck puede ser decisivo para un Wardour. Pero, cuando se está al límite, y supongo que ésa es nuestra situación actual, me parece buena idea que lo avises. Y ahora, hija mía, puedes marcharte: me encuentro más tranquilo ahora que me he permitido esta maldita revelación. Ya sabes lo peor, y sabes que puede ocurrir en cuestión de días o de horas. Márchate, hija mía, necesitaría estar a solas un rato.

Cuando la señorita Wardour salió, lo primero que hizo fue —teniendo en cuenta que contaba con el beneplácito del padre— mandar a la casa Monkbarns a un emisario, el cual, como hemos visto, se encontró con el anticuario y su sobrino en la playa.

Con poca cautela y escaso conocimiento de los parajes por donde salió a deambular, la señorita Wardour dio por casualidad con el camino que discurre bajo la ribera de Briery Bank. Un arroyo que, hacía años, abastecía de agua el foso del castillo y que descendía a través de un estrecho valle por el que ella parecía conducir sus pasos de forma natural, rendida a la placidez del entorno. Le parecía que encajaba bien con el carácter de la pequeña cañada, rebosante de matorrales y arbustos, alerces y avellanos en su mayoría, entremezclados con las habituales variedades de espinos y majuelos. Ahí se produjo la escena de la explicación entre Lovel y ella, de la cual el viejo Edie Ochiltree fue testigo casual. Con el corazón ablandado por el dolor que se cernía sobre su familia, la señorita Wardour se acordó de cada palabra pronunciada por Lovel en su declaración, y no pudo evitar cierto sentimiento de vanidad por haber inspirado a un joven de tan encomiables talentos y con una pasión tan fuerte y desinteresada. Cejar en sus propósitos profesionales en los que tan rápidamente estaba ascendiendo para confinarse en un lugar desapacible como Fairport y dejarse arrastrar por una pasión no correspondida podrían tacharlo algunos de ridículo romanticismo, pero tan desmesurado afecto puede perdonarlo la persona que es el objeto de tanta atracción. Si Lovel hubiese gozado de independencia económica, aunque fuera modesta, o podido acceder al rango social para el que estaba cualificado, ahora ella podría contar con él para ayudar a su padre en sus desgracias, y ofrecerle un refugio propio. Estos pensamientos, tan favorables para el amante ausente, fueron poblando su cabeza, uno tras otro, reproduciendo todos los detalles, palabras, miradas y actos, de una forma tan íntima que comprendió que su anterior rechazo había sido dictado más por el deber que por sus sentimientos. Isabella siguió cavilando alternativamente sobre este asunto y sobre las penurias de su padre cuando, al dar la vuelta a una pequeña colina cubierta de matorrales, se encontró de repente

con el viejo casaca azul.

Con aire de tener algo importante y misterioso que comunicar, el anciano se quitó el gorro y adoptó la distancia y el tono de voz confidenciales de quien no quiere que nadie le oiga.

—Hace tiempo que quería verla, señorita; sabrá que no he ido a su casa por miedo a cruzarme con Dousterswivel.

—Algo me han contado —dijo la señorita Wardour soltando alguna limosna en la gorra—. Me he enterado de que ha cometido usted una locura, por no decir una fechoría. Lo lamento.

—¿Una locura, mi dulce señorita? Todo el mundo las comete, y el viejo Edie Ochiltree no iba a ser menos. Y, en cuanto a ese desgraciado, pregúntele al que haya tenido trato alguna vez con Dousterswivel si no se ha llevado su justo merecido.

—Puede que tenga razón, Edie; aun así —dijo la señorita Wardour—, es posible que haya cometido un grave error.

—Bueno, bueno, no discutamos eso ahora; mi intención era hablarle de otra cosa. ¿Sabe qué es lo que está ocurriendo en Knockwinnock?

—Una gran desgracia, me temo, Edie —respondió la señorita Wardour—, pero me sorprende que sea de dominio público.

—¡De dominio público! Sweepclean, el mensajero de la justicia, se va a presentar aquí con todo su séquito de un momento a otro. Lo sé por uno de sus secuaces, que me advirtió. Y creo que están ya de camino, y cuando te enganchan ya no hay manera de soltarse, esta gente ata bien corto.

—¿Está seguro de que falta tan poco para que lleguen, Edie? Ay, Dios, no me diga eso.

—Es tal y como le estoy diciendo, señorita, pero no nos vengamos abajo, un cielo se extiende sobre nosotros, como en aquella terrible noche entre el Ballyburghness y el Halket-head. ¿No cree que Él, que separó las aguas, nos protegerá contra la ira de los hombres, aunque se hallen éstos bajo el manto de la autoridad humana?

—De hecho, es lo único en lo que podemos confiar.

—Si usted supiese, si usted supiese… Cuanto más oscura es la noche, más cerca está el alba. Si tuviese un buen caballo y fuerzas para cabalgar, aún podría serle de ayuda. Confiaba en conseguir una plaza en el Royal Charlotte, el coche correo, pero parece ser que volcó a la altura de Kittlebrig. Por lo visto había un joven caballero en la diligencia que se ofreció de guía; y Tam Sang, que tendría que haber sido más cauteloso, se lo permitió, y el muy patán volcó en un recodo del camino, como el que vuelca una jarra vacía. Suerte tuve de no estar en esa diligencia. Y entonces vine hacia aquí, guiado a medias por la esperanza y la desesperación, para ver si usted podía facilitarme el modo de salir de Fairport.

—Pero, Edie, ¿adónde quiere ir? —preguntó la joven dama.

—A Tannonburgh, señorita (primera parada después de Fairport, aunque bastante más cerca de Knockwinnock), y sin demora, es la única forma de ayudarla a

solucionar sus asuntos.

—¿Nuestros asuntos, Edie? Le agradezco sus buenas intenciones, pero…

—No hay peros que valgan, señorita, tengo que llegar como sea —dijo el perseverante casaca azul.

—Pero ¿qué es lo que piensa hacer en Tannonburgh? Y ¿cómo puede arreglar desde allí los asuntos de mi padre?

—En realidad, mi dulce dama —respondió el mendigo—, debe confiar ese pequeño secreto a este preso y no hacer preguntas. Si una noche expuse mi vida por la suya, no tengo ningún motivo para traicionarla precisamente ahora que está pasando este mal trago.

—Está bien, Edie, en tal caso, sígame —dijo la señorita Wardour—, y haré lo posible por facilitarle el viaje a Tannonburgh.

—¡Dese prisa, señorita, dese prisa, por el amor de Dios!

Y de este modo continuó insistiendo el mendigo en la premura de la situación hasta que llegaron, por fin, al castillo.

Capítulo XLII

e mire quien quiera, yo no puedo:
.avo era del rango y de la pompa
e todo el fausto al que ahora renuncia
el duro sino de la miseria cruel.
n su frente, inquieta, alterada,
ino velo de la Vanidad trasluce
profundos surcos del arrepentimiento.

Antigua obra

Cuando la señorita Wardour llegó al patio del castillo, se dio cuenta enseguida de que la visita de los agentes de la ley estaba ya en curso. Reinaba un aire de confusión, penumbra y pesar, también de curiosidad entre los criados, mientras los agentes iban de aquí allá, elaborando un inventario de los bienes muebles e inmuebles sujetos a embargo según las leyes escocesas. El capitán MacIntyre fue corriendo hacia ella cuando, perpleja y sin palabras, segura de la inminente desgracia que se cernía sobre su padre, se detuvo en el umbral de la puerta.

—Querida señorita Wardour —le dijo—, no se inquiete, mi tío está a punto de llegar y estoy seguro de que encontrará alguna forma de echar de su casa a estos desvergonzados.

—¡Ay, capitán MacIntyre, me temo que será demasiado tarde!

—No lo será —intervino Edie impaciente—, si consigo llegar a Tannonburgh. Por todos los santos, capitán, búsqueme la manera de llegar hasta allí y hará por esta pobre familia el mayor bien que se le haya hecho desde los días del Manos Rojas, pues con más claridad que nunca este viejo sabe que la casa y los dominios de Knockwinnock serán perdidos y reconquistados en este día.

—¿Por qué? ¿Qué bien puede usted hacer allí, anciano señor? —inquirió Hector.

Entonces, Robert, el criado con quien sir Arthur se había disgustado tanto por la mañana, como si hubiese estado acechando la oportunidad de mostrar su fidelidad, se acercó rápidamente y le dijo a la señorita Wardour:

—Permítame decirle, señorita, que el anciano Ochiltree es un señor muy habilidoso, un zorro viejo, conoce remedios para curar a las vacas, a los caballos, sabe de todo. Estoy seguro de que si insiste tanto en ir hoy a Tannonburgh será por algo y, si a la señorita no le importa, yo podría acercarle hasta allí en carreta, no tardaré más de una hora, y de este modo podré serle de alguna utilidad. Me dan ganas de morderme la lengua cuando pienso en lo de esta mañana.

—Te lo agradezco, Robert —respondió la señorita Wardour—, y si de veras crees que puede servir de algo…

—¡Por el amor de Dios —dijo el anciano—, ata el caballo al yugo, Robie! Y, si no soy de utilidad, te doy permiso para que me dejes arrumbado en Kittlebrig y te vuelvas tú solo. Pero, por favor, date prisa; hoy más que nunca, el tiempo es oro.

Después de que la señorita Wardour entrara en la casa y, en vista de que no se lo había prohibido, Robert fue corriendo al establo, situado junto al patio, con el fin de uncir el caballo. Aunque un viejo mendigo parecía ser la persona menos indicada para prestar ayuda en un asunto de fatalidad pecunaria, entre los allegados a Edie existía la opinión generalizada de que éste era un hombre prudente y sagaz, motivo por el que Robert llegó a la conclusión de que, si Edie había insistido tanto en la urgencia de la expedición, era porque estaba convencido de que surtiría efecto. Pero en cuanto el criado se hizo con uno de los caballos para atarlo al yugo, un agente le sujetó por el hombro y le dijo:

—Amigo, suelte a la bestia, forma parte del inventario.

—¿Qué? —dijo Robert—. ¿No puedo disponer del caballo de mi señor para hacer un porte encomendado por la señorita Wardour?

—De aquí nadie se puede llevar nada —dijo el oficial— o tendrá que atenerse a las consecuencias.

—¿Qué diablos pasa aquí, señor? —exclamó Hector, quien, tras haber examinado más de cerca la naturaleza de las esperanzas y expectativas de Ochiltree, se había encrespado más que un terrier de sus montañas nativas, y buscaba la primera excusa decente para descargar su mal humor—. ¿Tiene la insolencia de prohibir que el criado de una joven dama obedezca sus órdenes?

Había algo en el tono del joven soldado que indicaba que difícilmente podría hacerse frente a su intervención con meros argumentos; de hecho, parecían estar gestándose las desagradables circunstancias que suelen acarrear un delito de obstrucción a la autoridad pública. El agente, al enfrentarse con el militar, agarró con una mano —temblorosa por cierto— el sucio garrote, emblema de su autoridad, y con la otra sacó su bastón, con el puño de plata y un anillo móvil sobre él:

—Capitán MacIntyre, no es mi deseo enfrentarme con usted, pero, si interfiere en mis funciones, habré de romper la vara de la paz y declararme oficialmente agraviado por obstrucción a la justicia.

—Y ¿a quién diablos le importa —preguntó Hector— que se declare oficialmente agraciado o feúcho? Y, por lo de romper la varita, o lo que sea que haya dicho, lo que sí le voy a romper yo son los huesos como no deje a este hombre obedecer a su señora y poner los arreos al caballo.

—Pongo a todos los que están aquí por testigos —dijo el agente— de que le he mostrado mi blasón y le he explicado los motivos. Pero, ya se sabe, el que la sigue la consigue.

Y, diciendo esto, deslizó su enigmático anillo de un extremo a otro del bastón: era éste el símbolo de haber sido obstruido en el ejercicio de sus funciones.

El noble Hector, más acostumbrado a la artillería del campo de batalla que a la de la justicia, observó la mística ceremonia con gran indiferencia, y con idéntica despreocupación vio cómo el agente se sentaba para levantar un acta de obstrucción a la justicia. Pero entonces, justo a tiempo de salvar al bienintencionado e irascible

joven, apareció el anticuario, entre resoplidos y jadeos, con el pañuelo remetido debajo del sombrero y la peluca en el puño del bastón.

—¿Qué diantres está pasando aquí? —exclamó mientras se ajustaba apresuradamente la peluca—. He venido todo el camino con miedo a toparme con tu cabeza hueca estampada contra cualquier roca, y ahora llego y te encuentro con tu bucéfalo, peleándote con Sweepclean. Hector, querido, un agente de la justicia es un enemigo más peligroso que un fócido, ya sea una *phoca barbata* o la *phoca vitulina* de tu reciente conflicto.

—¡M…s sean los fócidos, señor! —exclamó Hector—. Lo mismo me da que sean de un tipo o de otro. ¡M…s sean las focas, sobre todo esas dos! ¿No pensará que me voy a quedar quieto viendo cómo un canalla como éste, que dice ser un agente del rey (espero que el rey tenga agentes mejores que este mezquino), insulta a una joven dama de la categoría y el abolengo de la señorita Wardour?

—Tu argumento es acertado, Hector —dijo el anticuario—, pero el rey, al igual que otros muchos, tiene a veces misiones odiosas y, por eso, cuenta también con tipos odiosos para desempeñarlas. Aun suponiendo que desconozcas los estatutos de Guillermo de León, en cuyo *capite quarto versu quinto* el delito de obstrucción a la justicia se explica como *despectus Domini Regis*, desprecio, en consecuencia, del propio rey, en cuyo nombre se efectúan todas las diligencias legales, sé que no habrías actuado de esa manera si hubieses sabido la información que con extremo dolor te comunico en el día de hoy: aquellos que se entrometen en una orden de prendimiento incurren en un delito de *tanquam participes criminis rebellionis*, considerando que aquel que presta ayuda a un rebelde, es también, *quodammodo*, un incitador a la rebelión. No obstante, te sacaré de este embrollo.

Seguidamente se puso a hablar con el agente, quien, desde su llegada, había abandonado la idea de levantar el acta y aceptó las garantías del señor Oldbuck de que el caballo y la carreta estarían de vuelta en dos o tres horas.

—Muy bien, señor —dijo el anticuario—, ya que se muestra usted tan civil, le compensaré con otro trabajo más a su altura, un hecho de índole política, un delito punible *per legem Juliam*[290]: señor Sweepclean, acérquese un momento.

Y, al cabo de cinco minutos hablando entre susurros, le dio un pliego al funcionario, quien, tras guardarlo convenientemente, se montó en su caballo y partió sin perder un segundo acompañado por uno de sus ayudantes. El agente que se quedó al mando parecía retrasar las operaciones adrede: continuó con sus quehaceres con gran parsimonia, con la precaución y precisión de quien se siente observado por un diestro y severo inspector.

Entretanto, Oldbuck sujetó a su sobrino del brazo y lo llevó a la casa, donde fueron conducidos hasta la presencia de sir Arthur Wardour. Éste, abatido por la herida de su orgullo y envuelto en un aire de agónica aprensión, trataba en vano de disimular su lamentable estado bajo el barniz de la indiferencia.

—Me alegro de verle, señor Oldbuck, siempre es una alegría ver a mis amigos,

haga buen o mal tiempo —dijo el pobre baronet luchando por guardar la compostura con una alegría forzada que contrastaba enormemente con su nervioso y prolongado apretón de manos y con sus movimientos convulsos—. Me alegro de verlo. Ha venido a caballo por lo que veo. Espero que con este alboroto alguien se haya ocupado de ellos, me gusta cuidar bien de los caballos de mis amigos. ¡Vaya! Ahora tendrán todas mis atenciones porque, como ve, a mí me van a dejar sin ninguno, je, je, je, ¿verdad, señor Oldbuck?

Este conato de broma fue acompañado por una risa histérica que el pobre sir Arthur trató de enmascarar con un tono de indolencia.

—Yo nunca monto a caballo, ya lo sabe, sir Arthur —respondió el anticuario.

—Le ruego que me disculpe, pero estoy seguro de haber visto a su sobrino montado en uno no hace mucho. Tenemos que cuidar los caballos de los oficiales. El de su sobrino, por cierto, es un caballo gris muy hermoso.

Sir Arthur estaba a punto de tocar la campanilla cuando el señor Oldbuck dijo:

—Ese caballo gris en el que ha venido mi sobrino es suyo, sir Arthur.

—¿Mío? —dijo el pobre baronet—. ¿Era mío? Debe haberme deslumbrado el sol. En tal caso, no merezco tener más caballos cuando ni siquiera sé reconocer cuáles son los míos.

«¡Cielo santo! —pensó Oldbuck—, qué alterado está este hombre, con lo estólido que era; se vuelve caprichoso ante la adversidad. *Sed pereunti mille figuræ*[291].»

Y seguidamente prosiguió en voz alta:

—Sir Arthur, tenemos que hablar un poco de negocios.

—Claro —respondió sir Arthur—, pero es que tiene gracia, ¡mira que no reconocer al caballo que llevo cinco años montando! ¡Ja, ja, ja!

—Sir Arthur —interrumpió el anticuario—, no nos haga perder un tiempo tan valioso; tendremos, espero, razones mucho mejores por las que bromear; *desipere in loco*[292] es la máxima de Horacio. Tengo serias sospechas de que todo esto es obra del ruin Dousterswivel.

—¡Ni se le ocurra nombrarlo, señor! —dijo sir Arthur, y su actitud cambió de la afectada alegría a la furia desatada; echaba chispas por los ojos, espuma por la boca y apretaba los puños. Vociferó—: ¡Ni se le ocurra nombrarlo, señor, a menos que quiera ver cómo me vuelvo loco en su presencia! Cómo he podido ser tan imbécil, tan necio, tan animal, el más estúpido de los animales, cómo me he podido dejar llevar y engañar por ese sinvergüenza, y con ese pretexto tan ridículo. Señor Oldbuck, me dan ganas de abrirme el pecho cuando lo pienso.

—Solo quería decir —respondió el anticuario— que ese tipo tendrá su merecido, y lo que creo es que, si conseguimos dar con su punto débil, es muy posible que usted salga beneficiado. Creo que él ha mantenido cierta correspondencia ilícita con el otro lado del océano.

—¿Ah, sí? ¿De veras? Entonces al diablo la casa, las pertenencias, los caballos y todo lo demás: iré a la cárcel, sí, pero seré un hombre feliz, señor Oldbuck. Espero

por lo más sagrado que haya una oportunidad razonable de que lo cuelguen.

—Nada sería más justo —dijo Oldbuck, tratando de desviar la conversación hacia ese punto con la esperanza de mitigar los sentimientos que parecían trastornar la cordura de su amigo—, a hombres más intachables les han puesto una soga al cuello: tendría que burlar muy bien a la justicia para salir de ésta. Y, con respecto a ese infortunado asunto suyo, ¿no hay nada que se pueda hacer? Déjeme ver los cargos.

Echó un vistazo a los documentos y, mientras los leía, su rostro se fue ensombreciendo hasta parecer desconsolado y sin esperanzas. La señorita Wardour, también presente, no dejaba de mirarlo, como si tratase de leer su destino en los ojos del anticuario. Pudo deducir fácilmente por la expresión de su mirada y por el descenso de su mandíbula inferior que las esperanzas eran más bien pocas.

—Entonces estamos irremediablemente arruinados, ¿verdad, señor Oldbuck? —inquirió la joven dama.

—¿Irremediablemente? Espero que no, pero la demanda es muy extensa y, sin duda, vendrán más.

—Si, seguro que sí, Monkbarns, porque dondequiera que estuviere el cadáver, allí se juntarán las águilas[293]. Yo soy como una oveja a la que han visto caer por un precipicio, o desfallecer por una enfermedad. Tal vez pasen quince días sin ver un solo cuervo o corneja, pero basta que uno aparezca para que a los diez minutos venga media docena a picotearle los ojos —dijo llevándose las manos a los suyos— y desgarrarle las entrañas antes de que al pobre diablo le dé tiempo siquiera a morir. Pero dígame, ese m… buitre carroñero que me ha estado acechando tanto tiempo, ¿ha conseguido atraparlo, verdad?

—Justo a tiempo —dijo el anticuario—; el caballero quería levantar el vuelo esta mañana y salir disparado en la diligencia, pero se ha debido encontrar ramitas impregnadas de lima[294] en Edimburgo. Así que no ha podido ir más lejos puesto que el carruaje ha volcado: ¿cómo iba a llegar a salvo con semejante Jonás a bordo? Ha volcado de una forma catastrófica y los han llevado a una cabaña cerca de Kittlebrig; además, a fin de evitar cualquier posibilidad de huida, he enviado a su amigo Sweepclean para que lo traiga de vuelta a Fairport *in nomine regis*[295], y de camino preste también su ayuda como enfermero, que seguramente será requerida. Y ahora, sir Arthur, permítame tener una conversación con usted sobre la desagradable situación actual de sus negocios: veamos qué se puede hacer para desenredar este asunto.

El anticuario encabezó el camino hacia la biblioteca seguido por el infortunado caballero.

Llevaban encerrados alrededor de dos horas cuando la señorita Wardour los interrumpió; llevaba la capa puesta como si estuviese a punto de salir de viaje. Tenía el rostro muy pálido, sin haber perdido por ello su expresividad característica.

—El agente ha vuelto, señor Oldbuck.

—¿Que ha vuelto? ¡Qué diablos! ¿No habrá dejado escapar a nuestro amigo?

—No, creo que lo ha llevado a prisión y ahora está aquí para ocuparse de mi padre: dice que no puede esperar más.

Entonces se oyó una fuerte discusión en las escaleras en la que sobresalía la voz de Hector.

—Con usted, señor agente, y ese hatajo de pordioseros no tengo ni para empezar; vaya formando sus escuadrones, a ver quién puede más.

Entonces se oyó un gruñido indefinido que parecía ser la respuesta del agente, a la que Hector replicó:

—Vamos, vamos, señor, ya están tardando, llévese a su escuadrón fuera de aquí si no quiere que los eche yo mismo a patadas.

—¡Dichoso Hector, no se lo llevasen los demonios! —dijo el anticuario dirigiéndose a la escena donde transcurría la acción—. Otra vez le está quemando la sangre montañesa: a este paso lo veo batiéndose en duelo con el mismísimo magistrado. Señor Sweepclean, por favor, tiene que darnos un poco más de tiempo, sé que no es su deseo apremiar a sir Arthur.

—De ninguna manera, señor —dijo el agente quitándose el sombrero, el cual había arrojado al suelo previamente en señal de desafío a las amenazas del capitán MacIntyre—, pero su sobrino habla de un modo muy poco civilizado; ya he aguantado bastante y, según las instrucciones que he recibido, no puedo dejar que el preso se quede aquí por más tiempo, a menos que reciba el pago de las sumas especificadas.

Y le mostró el escrito de alegaciones señalando con el temible garrote que sostenía en la mano derecha la descomunal línea de cifras anotadas en el reverso.

Hector, por su parte, callaba por respeto a su tío, si bien no pudo evitar desafiar al oficial mostrándole el puño apretado y el ceño fruncido e iracundo.

—No seas tonto y tranquilízate —dijo Oldbuck—. Vamos, ven conmigo, el hombre está cumpliendo con su detestable deber y oponiéndote solo conseguirás empeorar las cosas. Me temo, sir Arthur, que tendrá que acompañar a este hombre hasta Fairport; de momento, es inevitable. Yo iré con usted para comprobar si hay algo más que se pueda hacer. Mi sobrino escoltará a la señorita Wardour hasta Monkbarns, espero que se encuentre bien allí hasta que estos desagradables asuntos se aclaren.

—Yo me voy con mi padre, señor Oldbuck —dijo con firmeza la señorita Wardour—; ya he preparado su ropa y la mía. Supongo que podremos hacer uso del carruaje, ¿verdad?

—De cualquier cosa que sea razonable —respondió el agente—; está ahí fuera, en la puerta. Yo iré delante con el cochero, no es mi deseo entrometerme, pero dos de los aquí presentes tendrán que ir a caballo.

—Yo iré también —dijo Hector, y bajó las escaleras corriendo para asegurarse un caballo para él.

—Vayamos, pues —dijo el anticuario.

—A la cárcel —suspiró involuntariamente el baronet, y prosiguió en un tono de afectado júbilo—: y ¿qué más da? Al fin y al cabo, no es más que una casa de la que no se puede salir. Me imaginaré que tengo un ataque de gota: si lo tuviera en Knockwinnock tampoco podría salir. Sí, eso es, Monkbarns, me imaginaré que tengo un ataque de gota pero sin el m… dolor.

Sin embargo, sus ojos se iban llenando de lágrimas mientras decía todo esto, y su titubeante acento revelaba lo mucho que le costaba mantener ese júbilo ficticio. El anticuario le estrechó la mano y, al igual que los indios banianos —que establecen las condiciones de un regateo mediante signos mientras aparentan hablar de asuntos triviales—, la mano de sir Arthur sujetó temblorosamente la del anticuario expresando de este modo su gratitud al amigo a la vez que la situación real de su angustia. Mientras bajaban lentamente la majestuosa escalera, los objetos que los rodeaban cobraron una apariencia más prominente y clara de lo habitual para el infeliz padre y su hija, como si tratasen de llamar su atención por última vez.

En el primer rellano, sir Arthur hizo una agónica pausa y, viendo la mirada de preocupación del anticuario, dijo afectando dignidad:

—Sí, señor Oldbuck, al descendiente de una larga estirpe, representante de Richard el Manos Rojas y Gamelyn de Guardover, se le puede perdonar un suspiro en el momento en que abandona el castillo de sus padres escoltado de una forma tan triste. Cuando nos enviaron a mi padre y a mí a la Torre, en el año 1745, fue debido al peso de nuestra cuna, acusados de alta traición, señor Oldbuck; la guardia real nos escoltó desde Highgate, con una orden del secretario de Estado. Y ahora, míreme, tan viejo, aguantando que una criatura miserable como ésa —dijo señalando al agente— me saque a rastras de mi castillo, y todo por una mísera cuestión de libras, chelines y peniques.

—Al menos —dijo Oldbuck— tiene la compañía de una hija obediente y de un amigo sincero, si me permite atribuirme tal honor; y eso puede ser de cierto consuelo, a pesar de que en esta ocasión aún no sea posible descartar que lo ahorquen, le saquen las vísceras y lo descuarticen. Ya está otra vez ese colérico muchacho dando voces. Dios quiera que no se haya metido en un nueva reyerta. Ha sido una fatídica casualidad la que lo ha traído hasta aquí después de todo.

Efectivamente, un repentino griterío, donde una vez más destacaban la potente voz de Hector y su acento norteño, interrumpió la conversación. El motivo podrá el lector descubrirlo en el siguiente capítulo.

Capítulo XLIII

Fortuna, dicen, nos rehúye, en círculos:
l ave marina alrededor del caique,
aparece en la niebla para volver de nuevo,
riciando el navío con su blanca ala,
ejando, así, al objetivo. La Experiencia
igila, lleva el timón de su destino.

Antigua obra

La voz de triunfo que profirió Hector en ese tono tan beligerante fácilmente había podido confundirse con un grito de guerra. Hasta que no subió las escaleras con una carta en la mano y exclamó: «¡Viva el viejo soldado! Edie ha llegado y trae buenas noticias», no quedó claro que el motivo de su alboroto era de lo más halagüeño. Hizo entrega de la carta a Oldbuck, estrechó con gran entusiasmo la mano de sir Arthur y expresó sus mejores deseos a la señorita Wardour con la franqueza escocesa que le caracterizaba. El agente, que había ido incubando una especie de terror instintivo por el capitán MacIntyre, se acercó al preso sin quitar ojo a cada movimiento del joven.

—Tranquilo, mequetrefe, no voy a perder el tiempo con usted —dijo el soldado —; tome esta guinea como recompensa por los malos ratos que le he ocasionado; además, aquí tiene a un hombre venerable de cuarenta y dos años, un rival más apropiado para usted.

El agente —uno de esos perros que se tragan todo lo que le pongan por delante— aceptó la guinea que Hector le había lanzado a la cara y aguardó impaciente el nuevo giro que estaba a punto de dar la situación. Entretanto, se oía un griterío de preguntas a las que nadie parecía dar respuesta.

—¿Qué ha pasado, capitán MacIntyre? —dijo sir Arthur.

—Pregúntele al viejo Edie —respondió Hector—. Yo solo sé que está todo arreglado.

—¿Cómo es eso, Edie? —preguntó la señorita Wardour al mendigo.

—La señorita debe dirigirse a Monkbarns, él tiene la carta que he traído.

—¡Dios salve al rey! —exclamó el anticuario tras echar un primer vistazo a la carta.

Y por una vez dio rienda suelta a su sorpresa sin recurrir al decoro, a la filosofía o la flema: lanzó al aire su sombrero… —que no volvió a tocar el suelo al ser interceptado en su caída por uno de los brazos de la luminosa araña—; a continuación, embargado por el gozo, miró a un lado y a otro y fue a echar mano de su peluca con el previsible propósito de lanzarla también, pero Edie intervino a tiempo:

—¡Por el amor de Dios, se ha vuelto loco! Tenga en cuenta que Caxon no está aquí para reparar el daño.

En ese momento todos asediaron al anticuario, ansiosos por conocer el motivo de

tan súbito arrebato; pero entonces, avergonzado tal vez por su entusiasmo, el viejo Oldbuck, cual zorro que oye el aullido de una jauría de sabuesos, metió el rabo entre las piernas y subió los escalones de dos en dos hasta llegar al rellano superior. Una vez allí, se dirigió a la atónita audiencia con las siguientes palabras:

—Mis queridos amigos, *favete linguis*[296]. Para comunicarles la información, debo primero, siguiendo los dictámenes de la lógica, estar en posesión de ella y, por consiguiente, con su permiso, me retiraré a la biblioteca para examinar esta documentación. Espero que sir Arthur y la señorita Wardour tengan la bondad de entrar en la sala conmigo. Señor Sweepclean, *secede paulisper*[297], o, para que me entienda, concédanos cinco minutos más. Hector, deshazte de tus impulsos y traslada tu campo de batalla a otra parte. Y, por último, señores, que no decaiga la alegría, habré vuelto en un instante.

Lo que decía la carta era hasta tal punto inesperado que no sería difícil excusar al anticuario, primero por su trance y segundo por su deseo de postergar la comunicación de dicha información hasta que él mismo la hubiese emplazado y digerido.

Había en el sobre una carta dirigida a Jonathan Oldbuck, terrateniente de Monkbarns, que decía lo siguiente:

Estimado señor:

Me dirijo a usted —a quien considero un padre e inestimable amigo— atrapado en este sitio por obligaciones militares de naturaleza perentoria. A estas alturas seguramente estará al tanto del desconcertante estado de nuestros negocios; por tanto, estoy seguro de que será una gran alegría para usted saber que mi situación actual —tan afortunada como inesperada— me permite brindarle una ayuda efectiva. Me han informado de que sir Arthur ha sido amenazado con graves procedimientos por ciertas personas que en otro tiempo actuaron como sus agentes; de modo que, guiado por el consejo de un respetable abogado que se halla aquí conmigo, incluyo el siguiente escrito con la esperanza de detener dichos procedimientos hasta que la demanda sea debatida desde un punto de vista legal y reducida a la cantidad adecuada. Asimismo adjunto letras por valor de mil libras para satisfacer el pago de cualquier demanda acuciante. Permítame recurrir a su amistad para que dichas letras sean aprovechadas de acuerdo con su buen criterio. Tal vez le sorprenda que lo comprometa en este engorro cuando lo natural sería dirigirme directamente a mi padre. Lo cierto es que no estoy seguro de que éste haya abierto aún los ojos al verdadero carácter de cierta persona contra la cual sé que usted le ha advertido, y cuya nefasta influencia ha sido la causante de estos reveses. Y como, si ahora estoy en posición de prestar mi ayuda a sir Arthur, es gracias a la generosidad de un gran amigo, es mi deber tomar las medidas más seguras para que los importes se destinen a los propósitos pertinentes, y sé que dejarlo en manos de su sabiduría y bondad es una garantía.

Mi amigo, que solicita un interés que habrá de tener en cuenta, detalla sus consideraciones en la carta adjunta. Debido a la fama no excesivamente buena de la oficina de correos de Fairport, me veo en la obligación de enviar esta carta a Tannonburgh; pero el viejo Ochiltree, a quienes particulares circunstancias han recomendado como merecedor de la mayor confianza, está al corriente del día en que probablemente llegará la epístola, y se encargará de entregársela a usted. Espero tener pronto una oportunidad de disculparme en persona por los inconvenientes que ahora le ocasiono y, hasta entonces, quedo a su disposición para cualquier eventualidad que necesite,

REGINALD GAMELYN WARDOUR
Edimburgo, 6 de agosto de 179…

El anticuario rompió rápidamente el sello de la otra carta, que le proporcionó idéntica sorpresa y placer. Después de haberse recompuesto en cierta medida de las inesperadas mareas, inspeccionó con atención los demás documentos adjuntos; introdujo las letras en su portafolios y escribió un breve acuse de recibo con la idea de que fuese enviado en el correo del día, pues era extremadamente metódico en los asuntos monetarios; por último, abrumado por el peso de tan importante revelación, bajó a la sala.

—Sweepclean —le dijo nada más entrar al agente, que aguardaba respetuosamente en la puerta—, debe abandonar el castillo de Knockwinnock con todo su circo de seguidores. Mire esto, señor.

—Una orden de revisión —dijo el agente con mirada de decepción—. Ya me extrañaba a mí que fuese tan fácil prender por deudor a un caballero como sir Arthur. Está bien, señor, me voy con mi escuadrón, pero ¿quién me paga mis honorarios?

—Aquellos a quienes presta servicio —respondió Oldbuck—, como de sobra sabe. Pero ahora viene otro emisario; parece que hoy es el día de las noticias.

Se trataba del señor Mailsetter, que venía en su yegua desde Fairport con una carta para sir Arthur, otra para el agente, y ambas, según dijo, debían ser entregadas con extrema urgencia. La carta dirigida al agente explicaba que Greenhorn & Grinderson acarrearía con los gastos ocasionados y que debía suspender de forma inmediata todo trámite contra sir Arthur. Cumpliendo estas instrucciones, el agente reunió a su escuadrón y se marcharon inmediatamente; tras lo cual, según palabras de Hector, que observó su partida como observa un celoso mastín la expulsión de un mendigo repudiado, «concluyó la evacuación de Flandes»[298].

La carta para sir Arthur provenía del señor Greenhorn, cuyo curioso contenido, junto con los comentarios del respetable baronet, reproducimos a continuación:

Sir:

(¡Ah!, ya he dejado de ser «estimado»; los señores Greenhorn y Grinderson

solo estiman a las personas cuando se encuentran en situación adversa). Lamento enormemente la noticia, que he podido saber a mi regreso al país, al que vine para atender ciertos negocios (apuestas en juegos de azar, supongo), de que mi socio se extralimitó en mi ausencia al anteponer los asuntos de los señores Goldiebirds a los suyos y que, además, se dirigió a usted por escrito de forma poco acertada. Le ofrezco, pues, mis más humildes disculpas, también en nombre del señor Ginderson (vaya, parece que puede escribir en su propio nombre y en el del socio), y confío en que no haya pensado ni por un instante que me he olvidado del constante apoyo que mi familia (¡su familia, valiente familia!) ha recibido continuamente de los Knockwinnock. Lamento haberme enterado, a partir de una entrevista que he tenido en el día de hoy con el hijo del señor Wardour, del enorme disgusto que le ha sido causado, y es mi deber cargar con la responsabilidad de lo ocurrido. Pero, a fin de poner remedio cuanto antes a los errores que pesan sobre mí (¡menudo error, meter a su señor en la cárcel!), he enviado esta misiva para ordenar la suspensión de todos los procedimientos contra su persona y bienes; y, al mismo tiempo, transmitirle mi más respetuosa disculpa. Solo me queda añadir que el señor Grinderson opina que, si vuelve a confiar en él, podría indicarle ciertas circunstancias en relación con la demanda de los señores Goldiebird que podrían reducir enormemente la cantidad reclamada (ajá, así que juegan a dos bandas); y que no existe el menor apremio en saldar su deuda con nosotros. Tanto el señor G. como un servidor (oh, vaya, se incluye para parecer más cercano y familiar), estimado señor, quedamos a su entera disposición para cualquier cosa que necesite.

GILBERT GREENHORN

—Bien dicho, señor Gilbert Greenhorn —dijo Monkbarns—. Ahora comprendo la utilidad que pueden tener dos abogados en una sola firma. Sus movimientos se asemejan a los del hombre y la mujer en una casa de muñecas holandesa: cuando luce el sol para el cliente, sale el socio amable para adularlo como un perrillo faldero; cuando el tiempo se pone feo, aparece el hermano implacable para arremeter como un bulldog. De todos modos, doy gracias a Dios de que mi abogado siga llevando un sombrero de tres picos, viva en el barrio antiguo, tenga el mismo miedo de los caballos que yo, juegue al golf los sábados, vaya a la iglesia los domingos y no tenga ningún socio y, por tanto, ningún desatino adicional, aparte del suyo propio, por el que pedir perdón.

—Los hay que son muy honrados —intervino Hector—. A ver quién se atreve a decir que mi primo, Donald MacIntyre, séptimo hijo de Strathtudlem (los otros seis están en el ejército), no es una persona honrada.

—No me cabe duda, Hector, todos los MacIntyre lo son; es la patente de tu estirpe, querido sobrino. Pero lo que iba a decir es que se trata de una profesión en la

que debe depositarse una confianza ilimitada, y no es de extrañar que los más necios cometan negligencias por ociosidad, y los más pícaros, abusos a cuenta de su bellaquería. Por tanto, es doblemente meritorio el honor de aquellos (y son muchos a los que incluyo) que combinan la integridad, la destreza y la diligencia, y son además capaces de sortear tantos riesgos y obstáculos. Los ciudadanos sí pueden confiar con tranquilidad a estos hombres la custodia de sus derechos patrimoniales y de los más sagrados privilegios y principios legales del país.

—Lo mejor, no obstante, es tener el menor trato posible con ellos —dijo Ochiltree, que se había asomado a la puerta de la sala, pues, en vista de que la confusión general en torno a la familia aún no se había disipado, los criados, como olas tras el huracán, no habían recuperado aún la posición que les correspondía y deambulaban a sus anchas por la casa.

—¿Estás ahí, buena pieza?[299] —dijo el anticuario—. Sir Arthur, permítame dejar entrar al mensajero de la buena suerte, aunque un poco cojo, el pobre. Antes habló de las águilas que podían oler el cadáver desde lejos, pero he aquí una paloma azul (una de las más antiguas y fuertes, le garantizo) que olió las buenas nuevas a seis o siete millas, voló hasta allí en carreta y regresó con la ramita de olivo.

—Sí, se lo debo al pobre Robie, que me llevó hasta allí; pobre muchacho —dijo el mendigo—, cree que ha caído en desgracia con la señorita y sir Arthur.

El semblante arrepentido y tímido de Robert podía verse detrás del hombro del mendigo.

—¿En desgracia conmigo? —dijo sir Arthur, que había olvidado ya lo sucedido con la tostada—. ¿Cómo es eso? Oh, ya recuerdo, Robert, yo estaba enfadado, y tú cometiste un error: vuelve a tu trabajo y nunca respondas a un patrón que te habla con tanta fogosidad.

—Ni a nadie —añadió el anticuario—, pues la blanda respuesta quita la ira[300].

—Y dile a tu madre, que sé que anda mal del reuma, que venga mañana a hablar con el ama de llaves —dijo la señorita Wardour— y trataremos de encontrarle una tarea que no le resulte muy fatigosa.

—Dios la bendiga, señorita —dijo el pobre Robert—, y a usted, sir Arthur, y al señorito, y a la casa de Knockwinnock y a todos sus parientes, lejanos y cercanos. Su casa ha acogido con bondad a muchos pobres en estos cien años.

—En ese punto —dijo el anticuario a sir Arthur— no hay discusión posible; ya ve, los pobres muestran su gratitud a las serviciales virtudes de su familia. No les habrá oído jamás una queja del Manos Rojas o de Infierno en Armadura. Por mi parte, debo decir, *odi accipitrem qui semper vivit in armis*[301], así que comamos y bebamos en paz y demos alegría a nuestro corazón, caballero.

En un momento prepararon la mesa y todos se sentaron felizmente a tomar un refrigerio. Por petición de Oldbuck, a Edie Ochiltree se le permito sentarse junto al aparador en una gran silla de cuero, oculta en su mayor parte detrás un biombo.

—Accedo encantado a su petición —dijo sir Arthur— porque recuerdo que

cuando vivía mi padre esta silla la ocupaba Ailshie Gourlay, quien, por lo que sé, fue el último bufón a quien protegían todas las familias distinguidas de Escocia.

—Bien, sir Arthur —respondió el mendigo, que nunca dudaba entre sus amigos y un buen sarcasmo—, muchos son los hombres sabios que se sientan en la silla de un bufón y muchos los bufones que lo hacen en la de un sabio, especialmente en familias distinguidas.

La señorita Wardour, temiendo el posible efecto de estas palabras (por muy respetable que fuese Ailshie Gourlay o cualquier otro bufón privilegiado) sobre el humor de su padre, se apresuró a preguntar si se iba a ofrecer cerveza y ternera a los criados y a la gente que había acudido al castillo con motivo de la noticia.

—Claro que sí, hija mía —respondió el padre—, tal es la costumbre de nuestra familia cuando se levanta un asedio.

—Sí, un asedio encabezado por Saunders Sweepclean, el alguacil, y levantado por Edie Ochiltree, el mendigo, *par nobile fratrum*[302] —observó el anticuario—, y bien distintos uno del otro en cuanto a respeto se refiere. Pero qué más da, sir Arthur, tales son los asedios y liberaciones de nuestros días, y nuestra salvación bien merece ser conmemorada con este excelente vino; un Borgoña, si no me equivoco.

—Si hubiese alguno mejor en la bodega —dijo la señorita Wardour—, no sería suficiente regalo para compensar sus leales esfuerzos.

—¿De veras? —dijo el anticuario—. En tal caso, querida enemiga, un millón de gracias, y espero que experimente el asedio preferido por las damas y firme las capitulaciones en la capilla de Saint Winnox.

La señorita Wardour se ruborizó; Hector se puso rojo y, después, pálido.

Sir Arthur respondió:

—Mi hija está muy agradecida por sus palabras, Monkbarns pero, a menos que la acepte usted mismo, no sé quién puede buscar alianza con la hija de un pobre caballero en estos tiempos tan mercenarios.

—¿Yo, sir Arthur? No, no, yo no. Pero reclamo el privilegio de este duelo y, siendo yo incapaz de medirme con mi querida enemiga, actuaré como representante de mi paladín. Pero tratemos este asunto más tarde. ¿Qué lees en esos papeles, Hector? Tienes la cabeza metida en ellos como si te sangrase la nariz.

—Nada en particular, señor; es solo que, como mi brazo ya está casi bien, creo que le libraré de mi compañía uno o dos días y me iré a Edimburgo. Por lo visto el mayor Neville está allí. Me gustaría verlo.

—¿El mayor qué? —inquirió su tío.

—El mayor Neville —respondió el joven soldado.

—Y ¿quién diablos es el mayor Neville? —preguntó el anticuario.

—Oh, señor Oldbuck —dijo sir Arthur—, seguro que sabe quién es, su nombre aparece frecuentemente en los periódicos, un joven oficial muy distinguido. Pero me congratula decir que el señor MacIntyre no debe abandonar Monkbarns para verlo, puesto que mi hijo menciona en su carta que el mayor va a venir a Knockwinnock y

huelga decir que sería un honor para mí poder presentarle al joven caballero, a menos que ya se conozcan, claro.

—No, no personalmente —respondió Hector—, pero he tenido ocasión de oír muchas cosas de él, y tenemos varios amigos en común, su hijo, por ejemplo. De todas formas, tengo que ir a Edimburgo, me parece que mi tío se está empezando a cansar de mí y temo que…

—Y ¿no será que tú te estás empezando a cansar de tu tío? —interrumpió Oldbuck—. Me temo que ya no hay nada que hacer, pero olvidas que el festivo 12 de agosto se acerca y tienes una cita con uno de los guardabosques de lord Glenallan, Dios sabe dónde, para dar caza a pacíficas criaturas con plumas.

—Cierto, cierto, tío, lo había olvidado —dijo el volátil Hector—, es que antes ha dicho usted algo que me ha dejado aturdido.

—Y le gustará saber al señor —se entrometió el viejo Edie, sacando su blanca cabeza por detrás del biombo, tras el que se había estado atiborrando de cerveza y fiambre—, le gustará saber que hay algo que retendrá al capitán entre nosotros tanto o más que la caza de perdices. ¿Se ha enterado de que vienen los franceses?

—¿Los franceses? ¿Qué dices, bobalicón? —exclamó Oldbuck—. ¡Bah!

—No he tenido tiempo —dijo sir Arthur Wardour— de mirar mi correspondencia esta semana; de hecho, tengo la costumbre de leerla solo los miércoles, excepto en casos de apremio, pues todo lo hago de forma metódica, pero, por lo que pude observar a primera vista, parece que hay cierto estado de alerta.

—¿Alerta? —dijo Edie—. Claro que hay alerta; el preboste ha ordenado que reparen a toda prisa el faro de Halket-head (hace medio año que tendrían que haberlo reparado), y el consejo ha nombrado nada más y nada menos que al viejo Caxon para vigilarlo. Hay quien dice que es para complacer al lugarteniente Taffril (cierto es que contraerá matrimonio con Jenny Caxon); otros que es para complacer a sir Arthur y a Monkbarns por llevar sus pelucas; incluso corren rumores sobre un magistrado que le encargó una peluca que nunca llegó a pagar. En cualquier caso, ahí tenemos a Caxon, como un cuervo marino en lo alto de un acantilado, preparado para graznar cuando llegue la tormenta.

—Un estupendo guardián, en mi opinión —dijo Monkbarns—. Y ¿qué va a pasar con mi peluca todo este tiempo?

—Lo mismo le pregunté a Caxon —respondió Ochiltree— y dijo que podría ocuparse de su peluca todas las mañanas, y darle un retoque antes de irse a dormir, pues hay otro hombre que vigila de día; Caxon insiste en que encontrará el momento de rizar su peluca, ya sea de día o de noche.

Estas noticias llevaron la conversación al tema de la defensa nacional y el deber de luchar por la tierra en la que uno vive, cuestión que les tuvo entretenidos hasta que llegó la hora de marcharse. El anticuario y su sobrino emprendieron el regreso a casa tras partir de Knockwinnock con las más cálidas expresiones de respeto mutuo y el compromiso de volverse a ver lo antes posible.

Capítulo XLIV

ella no me ama, qué más da.
debiera palidecer por sus encantos
aspirar cuando a otros sonríe?
paz, a Dios juro, jamás habrá de bailar,
l pluma que adorna su sombrero,
ortuoso son que sus caprichos dicten.

Antigua obra

—Hector —dijo su tío al capitán MacIntyre de camino a casa—, a veces me inclino a sospechar que, en cierto modo, eres tonto.

—Si solo lo cree en cierto modo, señor, sin duda me honra más de lo que esperaba o merecía.

—Quiero decir, en un sentido *par excellence*[303] —respondió el anticuario—. A veces tengo la impresión de que te fijas mucho en la señorita Wardour.

—¿Y bien, señor? —dijo MacIntyre circunspecto.

—¿Y bien, señor? —repitió su tío—. Menudo es el caballero. Me responde, como si fuese la cosa más razonable del mundo, que él, capitán del ejército y nada más aparte de eso, puede desposar a la hija de un baronet.

—Me atrevo a pensar, señor —dijo el joven montañés—, que no sería para la señorita Wardour degradación alguna en lo que respecta a mi familia.

—¡Oh, Dios me libre de poner semejante cuestión en tela de juicio! No, no, en eso vais a la par, los dos tenéis el mismo aire aristocrático y miráis con altivez a todo *roturier*[304] que se os cruce en Escocia.

—Y en fortuna también estamos bastante igualados, ya que ninguno de los dos tiene un penique —continuó Hector—. Tal vez esté equivocado, pero de ninguna manera voy a declararme culpable de antemano.

—Pero ahí está el error, si quieres llamarlo así —respondió su tío—. Ella no te elegirá, Hector.

—¿Eso cree, señor?

—Totalmente, Hector, y para despejar cualquier duda, te informaré de que le gusta otro hombre. Ella malinterpretó ciertas palabras que yo le dije una vez y, desde entonces, he podido adivinar el significado que les dio. En ese momento, fui incapaz de entender su titubeo y su sonrojo, pero, ay, Hector, Hector, ahora comprendo que sus señales aniquilan todas tus esperanzas y pretensiones. Así que te recomiendo que aceptes tu derrota y retires tus fuerzas lo mejor que sepas, pues el fuerte está muy bien guarnecido y no podrás atacarlo.

—No tengo que aceptar ninguna derrota, tío —dijo Hector andando muy erguido y con cierto aire de ofendida solemnidad—; no hay derrota que aceptar cuando jamás he tomado parte en ninguna guerra. Hay más mujeres en Escocia aparte de la señorita

Wardour que también son de buena familia…

—Y de mejor gusto —apostilló el tío—, sin duda las hay, Hector. Y, aunque es imposible negar que ella es una de las muchachas más completas y sensatas que he visto, me temo que, en tus manos, una gran parte de sus méritos se echaría a perder. Una figura imponente, con dos plumas cruzadas a la cabeza, una verde y otra azul, con destreza militar para montar a caballo, hoy conduciendo un calesín, mañana pasando revista al poni gris que tira del vehículo, *hoc erat in votis*[305]; éstas son las cualidades ante las que tú te rendirías, sobre todo si la muchacha tuviese interés por la historia natural y fuese amante de los fócidos.

—Resulta un poco duro —dijo Hector— que aproveche cualquier ocasión para echarme en cara la maldita foca; pero me da lo mismo, y no voy a dejar que la señorita Wardour me parta el corazón. Ella es libre de elegir a quien quiera y le deseo que sea muy feliz.

—Magnánimamente resuelto, puntal de Troya; la verdad, Hector, es que me estaba temiendo una escenita. Tu hermana me dijo que estabas locamente enamorado de la señorita Wardour.

—Señor —respondió el joven—, ¿no creerá que me voy a enamorar locamente de una mujer a la que no le importo un rábano?

—Cierto, sobrino —dijo el anticuario con más seriedad—, lo que dices tiene, sin duda, mucho sentido; ya me habría gustado a mí, hace veinte o veinticinco años, pensar como piensas tú ahora.

—Cada cual, supongo, es libre de pensar como le plazca sobre estos asuntos —dijo Hector.

—No según la vieja escuela —repuso Oldbuck—, pero, como he dicho antes, las prácticas modernas parecen, en este caso, las más prudentes; si bien despiertan escaso interés. Y ahora, cuéntame, ¿qué piensas de la posible invasión de la que todo el mundo habla? Se grita siempre: «¡Ahí vienen!»[306].

Hector, tragándose su tormento, que trataba a toda costa de resguardar de las satíricas observaciones de su tío, tomó parte enseguida en una conversación que alejaba a la señorita Wardour y a la foca de la cabeza del anticuario. Una vez en Monkbarns, estos delicados temas se olvidaron, pues nada más llegar informaron a las mujeres de todo cuanto había ocurrido en el castillo, y éstas, por su parte, detallaron el largo tiempo que habían esperado antes de decidirse a cenar en ausencia del señor.

A la mañana siguiente el anticuario se levantó temprano y, como Caxon aún no había hecho acto de presencia, empezó a acusar mentalmente la ausencia de las triviales conversaciones y chismes que el ex *perruquier* le solía contar, hábito que se había convertido en necesidad, como sus ocasionales inhalaciones de rapé; si bien el anticuario sostenía, o pretendía sostener, que ambas cosas tenían el mismo valor intrínseco. El sentimiento de vacuidad característico en casos de privación semejantes fue aliviado por la aparición del viejo Ochiltree, que paseaba por el recortado tejo,

entre los setos y acebos; parecía haberse hecho rápidamente a la casa; es más, era ya tan de la familia que ni siquiera Juno le ladraba y se conformaba con vigilarlo de cerca. Nuestro anticuario salió en batín a saludarlo.

—Vienen ya, la cosa va en serio, Monkbarns. He venido expresamente desde Fairport a darle la noticia y me vuelvo. *La Búsqueda* acaba de llegar a la bahía y dicen que una flota francesa la ha estado persiguiendo.

—*¿La Búsqueda?* —interpeló Oldbuck mientras reflexionaba un momento—. ¿Eh?

—Sí, sí, el bergantín del capitán Taffril, *La Búsqueda*.

—¿Cómo? ¿Tiene algo que ver con la «Búsqueda II»? —dijo Oldbuck, acercándose a la luz que el nombre del navío parecía arrojar sobre el misterioso cofre del tesoro.

El mendigo, como un hombre sorprendido en un momento de jocosidad, se cubrió el rostro con el gorro, pero no puedo evitar reírse a carcajadas.

—Pero ¡qué cosas tiene, Monkbarns! ¿Qué tendrá que ver la velocidad con el tocino? ¿Qué le ha hecho pensar que ambas cosas podían estar relacionadas? Bueno, de acuerdo, me ha pillado.

—Ahora lo veo claro —dijo Oldbuck—, tan claro como la leyenda de una medalla antigua: el cofre donde se halló el tesoro pertenecía al bergantín, y el tesoro a Lovel, ¿verdad?

Edie asintió.

—Y fue enterrado allí para ayudar a sir Arthur en sus dificultades.

—Yo lo enterré —dijo Edie—, con la ayuda de dos marineros del bergantín, pero ellos desconocían lo que había dentro, pensaron que sería algún asunto de contrabando del capitán. Lo estuve vigilando día y noche hasta cerciorarme de que llegaba a las debidas manos; y entonces, cuando ese demonio alemán le echó el ojo a la tapa del cofre, como perro salivando por chupetear un hueso, creo que algún diablillo escocés me metió en la cabeza la idea de hacerle una jugarreta. Ahora entenderá que no podía decirle nada al magistrado Littlejohn: tenía que esperar a que todo saliese a la luz para no perjudicar a Lovel; antes muerto que soltar una palabra.

—Debo decir que Lovel eligió al mejor confidente —dijo Oldbuck—, aunque me extraña en cierto modo.

—Puedo decirle, Monkbarns —respondió el mendigo—, que no hay nadie mejor que yo en este país a quien confiar una cuestión de dinero, pues ni lo quiero, ni lo deseo, ni sabría cómo utilizarlo si lo tuviese. Pero el muchacho tampoco tenía muchas opciones, pues pensaba abandonar el país para siempre (espero que haya cambiado de opinión). Se nos había echado la noche encima cuando nos enteramos por casualidad de los infortunios de sir Arthur, pero Lovel tenía que estar a bordo antes del amanecer. Entonces, cinco noches después, el bergantín hizo parada en la bahía, así que quedamos en el barco y enterramos el tesoro donde lo encontró.

—Una proeza muy romántica, aunque imprudente —dijo Oldbuck—. ¿Por qué no

confió Lovel en mí, o en cualquier otro amigo?

—La sangre del hijo de su hermana —explicó Edie— estaba aún fresca en las manos de Lovel; incluso era posible que el capitán hubiese muerto. No tenía tiempo que perder y a usted, menos que a nadie, se atrevía a pedir ayuda.

—Tiene razón. Pero ¿y si Dousterswivel hubiese llegado antes que usted?

—Eso no nos preocupaba, era muy poco probable que apareciese por allí sin sir Arthur: había pasado mucho miedo la noche anterior y no se le habría ocurrido acercarse al sitio a menos que lo llevasen a rastras. Él fue quien escondió las primeras monedas, así que lo último que podría esperarse era encontrar allí un segundo tesoro. Lo único que hizo fue calentarle la cabeza a sir Arthur para intentar sacarle los cuartos.

—Entonces —dijo Oldbuck— ¿cómo habría ido sir Arthur si no lo hubiera llevado el alemán?

—Ajajá —respondió irónicamente Edie—. Para eso me guardaba una historia en la manga sobre Misticot, que sin duda le habría hecho ir hasta allí de haber estado incluso a cuarenta millas, y a usted también, Monkbarns. Además, era de esperar que volviese a visitar el lugar donde había encontrado el primer tesoro, pues él no estaba al tanto de la artimaña. En resumidas cuentas, teníamos el tesoro, a sir Arthur en dificultades extremas, y a Lovel que quería prestarle ayuda pero sin querer revelar su identidad (en eso hizo especial hincapié). No se nos ocurrió una forma mejor de hacerle llegar el tesoro, aunque requirió muchísimo tiempo, eso sí. Y si por alguna extraña casualidad Dousterswivel hubiese metido sus narices, yo le habría puesto al corriente inmediatamente a usted o al sheriff de toda la historia.

—Bien, a pesar de todas estas sabias precauciones, opino que vuestra estratagema funcionó mejor de lo esperado, Edie. Y ¿de dónde diablos sacó Lovel todos esos lingotes de plata?

—Eso es algo que no le puedo decir: la cuestión es que se encontraban a bordo junto con sus cosas en Fairport; guardamos los lingotes en una de esas cajas de municiones del bergantín, así iban seguros y bien escondidos.

—¡Cielos! —exclamó Oldbuck al recordar sus primeros encuentros con Lovel—. Y pensar que este joven, a quien quise publicarle un libro por suscripción y le pagué el billete del transbordador, es capaz de poner en peligro tantísimo dinero. No volveré a pagar el billete de nadie, eso seguro. En fin, y supongo que mantiene correspondencia con Lovel, ¿no?

—Solo recibí unas líneas suyas avisándome de que fuese a por una carta a Tannonburgh, la que recogí ayer, con documentación de tremenda relevancia para la familia Knockwinnock. La envió a Tannonburgh por temor a que la abriesen en Fairport, y con razón, pues parece ser que le van a cerrar la oficina a la señora Mailsetter por entrometerse en los asuntos ajenos y descuidar los suyos propios.

—Y ¿qué esperas a cambio, Edie, después de haber sido el consejero, el mensajero, el guardián y la persona de confianza en todos estos asuntos?

—Nada de nada: solo que asistan todos al funeral del mendigo y quizá que sea usted quien lleve la cabecera de mi ataúd, como hizo con el pobre Steenie Meiklebackit. Al fin y al cabo, no me costaba nada hacerlo, si de todas formas me paso el día vagando de un sitio a otro. En fin, menos mal que salí de la cárcel a tiempo; sabe Dios qué habría pasado si hubiera estado aún encerrado como una ostra al llegar la carta. Todo habría salido mal. Estuve tentado de contárselo a usted, pero entonces habría contravenido las órdenes del señor Lovel; yo sabía que él tenía que ver a alguien en Edimburgo antes de poder hacer lo quería hacer por sir Arthur y su familia.

—Y, volviendo a las otras noticias, Edie, ¿vienen entonces los franceses?

—Eso parece, señor, y han dado órdenes estrictas de que las fuerzas y los voluntarios estén en guardia; además, estamos esperando a que llegue un joven oficial, muy inteligente por lo visto, para que nos diga cuál es la mejor estrategia defensiva. Vi a la ayudante del magistrado que estaba limpiando sus cinturones y pantalones blancos. Le eché una mano, pues la chica no es muy hábil que digamos, y así fue como me enteré de todas estas tristes noticias.

—Y ¿cuál es tu opinión como soldado?

—La verdad, no sé qué pensar; si son tantos como dicen, la cosa está cruda. Hay muchos viejos entre los voluntarios, y no creo que estén muy capacitados, pero mejor me callo porque yo soy uno de ellos. En cualquier caso, haremos lo que podamos.

—¿Cómo? No me digas que ha renacido en ti el espíritu marcial…

> Incluso de nuestras cenizas se agita el fuego[307].

»Edie, no pensaba que tuvieses tantos motivos por los que luchar.

—¿Que yo no tengo tantos motivos por los que luchar, señor? ¿Y los campos por los que tantas veces paseo? ¿Y el corazón de las señoras que me ofrecen un poco de pan? ¿Y los niños que vienen corriendo a jugar conmigo cuando me ven llegar? Diablos —prosiguió enarbolando su bastón con gran énfasis—, si tuviese la misma fuerza que voluntad y motivos, se iban a enterar ésos de lo que es luchar.

—¡Bravo, bravo, Edie! El peligro de un país es mínimo cuando el mendigo está dispuesto a luchar por su comida y el señor por sus tierras.

La conversación posterior versó sobre los detalles de la noche que pasaron el mendigo y Lovel en las ruinas de Saint Ruth, ante los cuales el anticuario mostró un gran asombro.

—Habría dado una guinea —dijo— por ver a ese sinvergüenza alemán probar de su propia medicina. Habría que verlo, presa del pánico, temblando de miedo por la furia de su patrón y por las apariciones.

—Cierto —dijo el mendigo—, se llevó un buen susto, parecía que el mismísimo espíritu de Infierno en Armadura se hubiese apoderado del cuerpo de sir Arthur. Por cierto, ¿qué ha pasado con el fugitivo?

—Me ha llegado una carta esta mañana y, según parece, ha retirado los cargos contra ti y ofrece hacer descubrimientos de tal magnitud, que los asuntos de sir Arthur quedarán resueltos de una forma más fácil de lo que podamos imaginar. Eso es lo que ha escrito el sheriff, el cual añade que le ha facilitado cierta información privada de relevancia gubernamental, en consideración de lo cual, entiendo que será devuelto a su país, donde seguirá haciendo de las suyas.

—Y todas las máquinas, ruedas, grutas y zanjas que hay en Glenwithershins, ¿qué vamos a hacer con todo eso? —preguntó Edie.

—Espero que los hombres, antes de que se vayan, hagan una buena hoguera con todos los armatostes, de igual modo que el ejército destruye la artillería cuando se ve obligado a levantar un asedio. Y las zanjas, Edie, podemos dejarlas como ratoneras y que las aprovechen los hombres sabios del futuro que decidan abandonar la sustancia por la sombra.

—Pero, señor, ¿quemar las máquinas? Por el amor de Dios, eso sería un desperdicio. ¿No prefiere intentar recuperar parte de sus cien libras poniendo a la venta los materiales? —prosiguió con un tono de afectada condolencia.

—Ni remotamente —dijo el anticuario malhumorado alejándose un par de pasos para después regresar con una media sonrisa fruto de su propio enojo—; ven a casa si quieres, Edie, y recuerda mi consejo: nunca vuelvas a nombrar las minas en mi presencia, ni los fócidos en presencia de mi sobrino.

—Debo iniciar mi regreso a Fairport —dijo el vagabundo—, quiero enterarme de lo que dicen de la invasión; pero tengo en cuenta lo que me dice el señor, no le hablaré de focas, ni le diré al capitán nada de las cien libras que le dio a Douster…

—¡Maldito seas! Ya has vuelto a decirlo otra vez.

—¡Válgame Dios! —dijo Edie con afectado asombro—. Pensaba que para el señor no había ningún tema delicado de conversación, dejando aparte los antiguos pretorianos y el penique que aquel buhonero le vendió haciéndole creer que era una moneda antigua.

—¡Chis, chis! —dijo el anticuario alejándose de él rápidamente en dirección a su casa.

El mendigo, tras mirarlo un momento, soltó una carcajada, como las urracas o los loros cuando celebran una travesura; seguidamente, reanudó su camino hacia Fairport. Sus hábitos le habían procurado cierta inquietud, aumentada ahora por el placer de recabar noticias. En poco tiempo llegó a la ciudad de la que había salido esa misma mañana sin un motivo aparente, o quizá simplemente el de «charlar un rato con Monkbarns».

Capítulo XLV

o brillaba el faro de Pownell
es relucían en Skiddaw,
ı el páramo podía oírse
anto de la cometa.

JAMES HOGG[308]

El primer centinela que hizo guardia en el cerro seguramente creyó, al mirar hacia Birnam, que estaba soñando cuando vio que el bosquecillo maldito avanzaba hacia Dunsinane. No por ello Caxon —quien, desde su refugio, elevaba sus pensamientos al inminente matrimonio de su hija y la dignidad que supondría para él convertirse en suegro del lugarteniente Taffril mientras, de cuando en cuando, echaba un vistazo al puesto de señalización que le correspondía— se sintió menos sorprendido cuando vio una luz que venía de ese lado. Se frotó los ojos, volvió a mirar, enfocando el objetivo con una vara de Jacob que había sido emplazada en el punto de observación. Y así pudo contemplar que la luz iba aumentando, como un cometa a los ojos de un astrónomo, que «con miedo de cambio a las naciones confunde»[309].

—¡Que Dios nos ampare! —dijo Caxon—. ¿Qué tengo que hacer ahora? Debe de haber cabezas más sabias que la mía: voy a encender el faro ahora mismo.

Y dicho esto procedió a encender el faro, que arrojó al cielo un largo tren de luz titubeante, sobresaltando a las aves marinas —que salieron en bandadas de sus nidos — y reflejándose en las olas lejanas del mar que se iban tiñendo de rojo. Los compañeros guardianes de Caxon repitieron, con idéntica diligencia, la señal. Las luces podían verse desde cualquier promontorio, cabo o colina, y todo el distrito se puso en guardia ante la señal de invasión.

Nuestro anticuario, con la cabeza envuelta en dos cálidos gorros de dormir, estaba disfrutando tranquilamente de su reposo cuando, de repente, le despertaron los gritos de su hermana, de su sobrina y de dos doncellas.

—¿Qué diablos ocurre? —dijo incorporándose en la cama—. ¡Tantas mujeres en mi dormitorio a estas horas! ¿Os habéis vuelto locas?

—¡El faro, tío! —dijo la señorita MacIntyre.

—¡Los franceses vienen a matarnos! —gritó la señorita Griselda.

—¡El faro, el faro! ¡Los franceses, los franceses! ¡Quieren matarnos o hacernos cosas peores! —gritaron las dos doncellas como el coro de una ópera.

—¿Los franceses? —dijo Oldbuck—. ¡Señoras, salid de mi habitación hasta que me ponga algo decente! Y ¡traedme mi espada!

—¿Cuál de ellas, Monkbarns? —gritó la hermana, ofreciéndole un bracamarte romano de bronce en una mano, y una Andrea Ferrera[310] sin empuñadura en la otra.

—La más larga, la más larga —vociferó Jenny Rintherout, arrastrando una espada bastarda del siglo XII.

—Señoras —dijo Oldbuck tremendamente inquieto—, calma: no os dejéis llevar por el terror gratuito. ¿Estáis seguras de que vienen?

—¡Sí, sí! —exclamó Jenny—, completamente seguras; todas nuestras defensas de mar y tierra, y los voluntarios y la caballería, están preparadas: se dirigen a Fairport todo lo rápido que pueden sus caballos y hombres, y el viejo Meiklebackit también está con ellos, ay, madre mía, qué gran hombre, renunciando al luto para servir al rey y a su país.

—Dame —dijo Oldbuck— la espada que mi padre llevó en el año 42, no tiene cincha ni bandolera, pero valdrá de todos modos.

Y diciendo esto se ciñó el arma a la cintura. En ese momento entró Hector, que había subido a un promontorio cercano para comprobar que la alarma era de verdad.

—¿Dónde están tus armas, sobrino? —exclamó Oldbuck—. ¿Dónde está tu célebre escopeta de dos cañones, esa que siempre tenías a mano cuando no había necesidad de vanidad semejante[311]?

—¡Bah, señor! —dijo Hector—. ¿Quién es capaz de cazar un ave al vuelo? Mire, tengo el uniforme puesto, pero espero ser de más utilidad al mando de un batallón que con diez escopetas de dos cañones. Y usted, señor, debe ir a Fairport, para acuartelar y organizar a hombres y caballos y evitar confusiones.

—Tienes razón, Hector, emplearé a fondo tanto mi cabeza como mis manos. Y ya tenemos aquí a sir Arthur Wardour. Que quede entre nosotros, pero ni su cabeza ni sus manos dan para mucho.

Probablemente sir Arthur fuera de una opinión diferente, pues, dirigiéndose a Fairport ataviado en su uniforme de teniente, reclutó, de camino, al señor Oldbuck, quien, a tenor de los últimos acontecimientos, había demostrado con creces la sagacidad por la que era conocido. Y, a pesar de que las mujeres no dejaron de rogarle al anticuario que se quedase a guarnecer Monkbarns, el señor Oldbuck y su sobrino aceptaron de inmediato la propuesta de sir Arthur.

Solo aquellos que hayan presenciado una escena similar podrán concebir el estado de agitación que reinaba en Fairport. Detrás de las ventanas podían verse cientos de luces que aparecían y desaparecían, dando cuenta de la confusión que se había apoderado de la gente en sus casas. Las mujeres de rango inferior se reunían y vociferaban en las calles. La caballería, que se había reunido en Fairport tras cabalgar por diferentes valles, recorría las calles al galope: algunos iban solos, otros en grupos de cinco o seis, según se iban encontrado en el camino. Los tambores y los pífanos de los voluntarios se confundían con la voz de los oficiales, el toque de los clarines y el tañido de las campanas de la iglesia. En el puerto, las embarcaciones habían encendido las luces de los mástiles, y desde los barcos de la armada iban y venían botes con hombres y armas dispuestos a incorporarse a la defensa de la ciudad. Taffril se encargaba de dirigir, con gran dinamismo, esta parte de los preparativos. Dos o tres navíos ligeros habían soltado ya amarras y se alejaban mar adentro con el propósito de descubrir al supuesto enemigo.

Tal era la escena de tumulto generalizado cuando sir Arthur Wardour, Oldbuck y Hector llegaron —no sin dificultades— a la plaza mayor, en la que estaba el Ayuntamiento. Estaba iluminada y, el cuerpo de magistrados, junto con numerosas personalidades del distrito, estaba allí reunido. Y en esta ocasión, al igual que en otras similares en Escocia, fue memorable cómo la buena disposición y el tesón del pueblo consiguieron suplir casi todas las deficiencias de la falta de experiencia.

Los magistrados eran acuciados por los oficiales de intendencia de los diferentes cuerpos para que diesen cobijo a hombres y caballos.

—Permítannos —decía el magistrado Littlejohn— alojar los caballos en nuestros cobertizos y a los hombres en nuestras casas; compartiremos la cena con unos y el forraje con otros. Hemos aumentado nuestra riqueza gracias a un gobierno libre y paternal, y ésta es la oportunidad de demostrar nuestra gratitud.

Todos los presentes expresaron su conformidad con gritos de ánimo, y fue unánime el deseo, sin distinción de rangos, de poner todos los bienes a disposición de la defensa del país.

El capitán MacIntyre actuó en esta ocasión como consejero militar y edecán del magistrado principal y dio muestras de un grado de presencia de ánimo y conocimiento de la profesión del todo inesperadas para su tío, quien, recordando su habitual *insouciance*[312] e impetuosidad, observaba con asombro la templanza y la firmeza con que explicaba las distintas medidas de precaución que debían tomarse según su experiencia y daba las instrucciones pertinentes para que fuesen ejecutadas. Encontró los diferentes cuerpos en perfecto orden, dada la heterogeneidad de sus miembros, elevados en número, en confianza y en entusiasmo. Y, de igual modo, la experiencia militar tuvo mayor peso en ese momento que ninguna otra cosa; tanto fue así que al viejo Edie —en vez de abandonarlo como a Diógenes de Sinope, condenado a rodar en su tinaja mientras el resto se preparaba para la defensa— se le encomendó la misión de supervisar el suministro de munición, función que desempeñó con gran solicitud.

Aún faltaban por llegar dos cosas que se esperaban con gran impaciencia: la presencia de los voluntarios de Glenallan, los cuales, dada la importancia de la familia, formaban un cuerpo independiente, y la llegada del oficial del que antes se ha hablado, a quien el comandante en jefe había asignado la estrategia defensiva en la costa, y a cuyo cargo y disposición se habían confiado todas las fuerzas militares.

Por fin se oyeron los clarines de la caballería de Glenallan, y al propio conde —para sorpresa de quienes eran conocedores de sus hábitos y de su estado de salud— cabalgando a la cabeza y uniformado. Formaban un escuadrón muy elegante y bien dispuesto, constituido íntegramente por arrendatarios de las tierras en las llanuras del conde. A ellos los seguía un regimiento de quinientos hombres reclutados en los altos valles, avanzando al son de sus gaitas y completamente ataviados con el uniforme escocés. La apariencia íntegra y servicial de esta tropa de subordinados feudales despertó la admiración del capitán MacIntyre; a su tío, sin embargo, le sorprendió

más ver cómo, en una crisis como ésta, el veterano espíritu militar de la casa Glenallan parecía animar e inyectar valor a la decaída figura del conde, su líder. Éste había solicitado y obtenido, tanto para él como para sus seguidores, la posición que entrañaba mayor peligro; demostró gran vivacidad a la hora de disponer lo necesario e idéntica agudeza al debatir la conveniencia de las medidas tomadas. Y así, el amanecer sorprendió a los consejos militares de Fairport mientras seguían debatiendo las precauciones que debían adoptar para su defensa.

Finalmente, un grito en la multitud anunció:

—¡Por fin llega el valiente mayor Neville con otro oficial!

Efectivamente, una silla de posta arrastrada por cuatro caballos hizo su entrada en la plaza entre los hurras de voluntarios y vecinos. Los magistrados, con sus asesores de lugartenencia, salieron rápidamente a la puerta del Ayuntamiento para recibirlos. Mas cuál fue la sorpresa de todos, en especial del anticuario, cuando vieron que tras aquel elegante uniforme y gorro militar se hallaban la figura y rasgos del pacífico Lovel. El anticuario necesitó un cálido abrazo y un afectuoso apretón de manos para convencerse de que sus ojos no le estaban jugando una mala pasada. La sorpresa de sir Arthur no fue menor cuando reconoció a su hijo, el capitán Wardour, en compañía de Lovel —o, mejor dicho, del mayor Neville—. Las primeras palabras de los jóvenes oficiales confirmaron con rotundidad a todos los presentes que todo el valor que habían desplegado había sido en vano, si bien constituía una prueba indudable de su coraje y presteza.

—El centinela de Halket-head —dijo el mayor Neville—, de acuerdo con las investigaciones que hemos llevado a cabo en nuestra ruta, cometió el comprensible error de dar la voz de alarma al ver una hoguera que ciertos individuos ociosos habían encendido en la colina de Glenwithershins, justo en la línea del faro que le correspondía.

Oldbuck dirigió una mirada de remordimiento a sir Arthur, que éste le devolvió con idéntico embarazo y un encogimiento de hombros.

—Seguro que ha sido la maquinaria que condenamos a las llamas llevados por nuestra cólera —dijo el anticuario armándose de valor, aunque no por ello menos avergonzado por haber sido el causante de semejante caos—. ¡Ojalá el diablo se lleve a Dousterswivel! Creo que ha sido él quien nos ha dejado todo este legado de despropósitos y equivocaciones, una traca final a modo de regalo de despedida. Aquí viene el prudente Caxon. ¡No seas tonto, levanta esa cabeza! Tu única culpa ha sido actuar con la mejor intención. Anda, quédate con esta como se llame. Quién me iba a decir a mí que hoy tendría que cargar con un apéndice como éste.

Y le entregó su espada.

En ese momento lord Glenallan sujetó cortésmente a Oldbuck del brazo y se lo llevó a otra dependencia.

—Por el amor de Dios, ¿quién es ese joven caballero que se parece tanto a…?

—A la infortunada Eveline —interrumpió Oldbuck—. Creo que despertó mi

afecto desde el primer momento en que lo conocí, y el señor conde acaba de sugerir el motivo.

—Pero ¿quién… quién es él? —continuó lord Glenallan agarrándose convulsivamente del anticuario.

—Hasta hace poco le habría llamado Lovel, pero ahora resulta ser el mayor Neville.

—¿A quien mi hermano crió como su hijo natural, a quien designó como heredero? ¡Santo Cielo, el hijo de mi amada Eveline!

—¡Espere, señor, espere! —dijo Oldbuck—. No debe precipitarse en sacar conclusiones, ¿cuáles son las probabilidades?

—¿Probabilidades? Ninguna. Lo que hay es certeza, certeza absoluta. El agente que le mencioné me explicó en una carta toda la historia. La recibí ayer mismo. Hágale venir, por amor el de Dios, para que los ojos de su padre puedan bendecirle antes de que se marche.

—De acuerdo, pero por el bien de él y de usted mismo, concédale unos minutos para que se prepare.

Y, con la determinación de seguir investigando antes de ceder sus convicciones a una historia tan extraordinaria, buscó al mayor Neville, a quien halló dedicado a las gestiones necesarias para retirar las fuerzas que había congregado.

—Le ruego, mayor Neville, que deje un segundo sus quehaceres en manos del capitán Wardour y de Hector, con quien, espero, se haya reconciliado totalmente —Neville se echó a reír y le estrechó la mano a Hector—, y me conceda unos minutos de su atención.

—Y, aunque mis asuntos revistiesen mayor urgencia, señor Oldbuck —dijo Neville—, usted cuenta con todo mi tiempo, máxime cuando le debo una disculpa por haberme presentado con un nombre falso y, por si fuese poco, por no tener mejor forma de corresponder a su hospitalidad que hiriendo a su sobrino.

—Mi sobrino no se merecía menos —dijo Oldbuck—, aunque es verdad que hoy ha demostrado tener muy buen juicio y coraje. ¡Dios! Si completase su formación y leyese a César y a Polibio, y la *Stratagemata Polyaeni*[313], estoy seguro de que haría carrera en el ejército, y sin duda, yo le brindaría todo mi apoyo.

—Hector es merecedor de él —apuntó Neville—, y me alegro de que me perdone, pues lo cierto es que no tengo más derecho a llevar el nombre de Neville, por el que generalmente se me distingue, que el de Lovel, por el que usted me conoció.

—En ese caso, confío en que podamos encontrar un nombre sobre el que tenga un derecho sólido y legal.

—¡Señor! No creo que el infortunio de mi nacimiento sea un tema apropiado para…

—De ninguna manera, joven —le interrumpió el anticuario—. Creo que sé más de su nacimiento que usted mismo y, para convencerle de ello, le diré que fue educado y conocido como hijo natural de Geraldin Neville del municipio de Neville,

en Yorkshire, y sospecho que también fue nombrado su heredero, ¿me equivoco?

—Perdóneme, pero esa visión no se corresponde con la realidad. Me educaron según los principios liberales, y si ingresé en el ejército fue motivado por el dinero y el interés; pero imagino que mi supuesto padre albergaba desde hace tiempo ideas de matrimonio, aunque nunca las pusiese en práctica.

—¿Ha dicho su «supuesto padre»? ¿Qué le lleva a suponer que el señor Geraldin Neville no fuese su verdadero padre?

—Sé, señor Oldbuck, que usted no me haría estas preguntas tan delicadas únicamente para satisfacer su curiosidad. Y por consiguiente le contaré con toda franqueza que el año pasado, mientras ocupábamos una pequeña ciudad del Flandes francés, conocí en un convento cercano al cuartel a una mujer que hablaba nuestro idioma con notable fluidez. Era española y se llamaba Teresa D'Acunha. En el curso de nuestras conversaciones, se dio cuenta de que ya me conocía de antes; de hecho, me confesó que fue ella la persona que se encargó de mí en mi infancia. Me insinuó algo acerca de mi rango, y de una injusticia de la que fui víctima, y me prometió que me revelaría más detalles en caso de fallecer cierta dama de Escocia a la que había prometido guardar el secreto mientras estuviese viva. También insinuó que el señor Geraldin Neville no era mi padre. Entonces fuimos atacados por el enemigo y tuvimos que abandonar la ciudad, que acabó siendo saqueada y expoliada por la ferocidad brutal los republicanos. Las órdenes religiosas sufrieron especialmente su odio y su crueldad. Quemaron el convento y varias monjas murieron, Teresa entre ellas, y de este modo toda oportunidad de conocer la historia de mi nacimiento, el cual debió de ser trágico según parece.

—*Raro antecedentem scelestum* o, como diría en esta ocasión, *scelestam* —dijo Oldbuck—, *deseruit poena*[314], hasta los epicúreos lo admiten. Y entonces, ¿qué hizo a este respecto?

—Pedí cuentas al señor Neville por carta, aunque sin el menor éxito. Entonces obtuve una excedencia y me arrojé a sus pies, rogándole que concluyese la revelación que Teresa había comenzado. Él se negó y, ante mi insistencia, me echó en cara indignamente todos los favores que me había otorgado. Me pareció que abusaba de su poder como benefactor, pero al final admitió que no tenía derecho de llamarse padre, con lo que nos despedimos disgustados. Renuncié al apellido Neville y adopté el de Lovel, por el que usted me conoció. Fue entonces, mientras vivía en el norte de Inglaterra con un amigo que respaldaba mi artificio, cuando conocí a la señorita Wardour y mis impulsos románticos me llevaron a seguirla hasta Escocia. Mi cabeza se debatía entre varios proyectos de vida y finalmente decidí recurrir una vez más al señor Neville para que arrojase luz sobre el misterio de mi nacimiento. Hace tiempo que recibí su respuesta: usted estaba presente cuando llegó a mis manos. Me informó de su precario estado de salud y me rogó, por mi propio bien, que dejase de investigar la naturaleza de mi vínculo con él y que me conformase con saber que nuestra relación era tan estrecha que me nombraría heredero. Mientras ultimaba los

preparativos para salir de Fairport e ir a verlo, un segundo comunicado me informó de su defunción. La posesión de aquellas riquezas no fue capaz de acallar los remordimientos por mi reciente comportamiento con mi benefector. Algunas alusiones de su carta parecían sugerir que mi nacimiento estaba salpicado de manchas más humillantes que la mera ilegitimidad, lo que me hizo recordar ciertos prejuicios de sir Arthur.

—Y prefirió sumergirse en esas ideas melancólicas hasta caer enfermo en vez de venir a mí en busca de consejo y contarme toda la historia, ¿no? —dijo Oldbuck.

—Exacto, fue entonces cuando tuve esa rencilla con el capitán MacIntyre y me vi obligado a marcharme de Fairport y de sus inmediaciones.

—Por amor y por poesía, la señorita Wardour y los caledonios.

—En efecto.

—Y desde entonces habrá estado ocupado, supongo, planeando el modo de ayudar a sir Arthur.

—Sí, señor, con el apoyo del capitán Wardour desde Edimburgo.

—Y el de Edie Ochiltree desde aquí, ¿ve como estoy al tanto de toda la historia? Y ¿cómo llegó el tesoro a sus manos?

—Se trataba de una cantidad de plata que había pertenecido a mi tío y fue dejada en custodia a una persona de Fairport. Un poco antes de su muerte, dio órdenes de que fuese fundida. Tal vez con la intención de evitar que yo viese las armas de Glenallan en ella.

—Bien, mayor Neville, o déjeme llamarle Lovel, pues ese nombre me resulta más agradable; creo que debe cambiar ambos seudónimos por el título de «honorable William Geraldin», comúnmente conocido como «lord Geraldin».

Seguidamente el anticuario le relató los pormenores de las extrañas y sombrías circunstancias que rodearon la muerte de su madre.

—No tengo la menor duda —dijo— de que su tío deseaba que la gente creyese que el fruto de ese infeliz matrimonio no había en realidad existido, tal vez con vistas a la herencia de su hermano; además, por aquel entonces era un joven rebelde y algo desorientado. Pero, a pesar de todos los ataques de su tío contra usted, y por mucho que la mala conciencia de Elspeth la llevase a sospechar de él debido al estado de agitación en que se encontraba, la historia de Teresa y la suya propia lo absuelven por completo. Y ahora, querido señor, concédame el placer de presentar un hijo a su padre.

Sería imposible tratar de describir con palabras dicho encuentro. Asimismo, se hallaron todas las pruebas necesarias para disipar cualquier duda, pues el señor Neville había dejado constancia de todas las transacciones con su mayordomo en un pliego sellado que no debía ser abierto hasta la muerte de la anciana condesa; su motivo para ocultar el secreto había sido el miedo por el efecto que dicha revelación, teñida de tantas desgracias, produciría sin duda en el carácter soberbio y violento de su madre.

Al caer la tarde, la caballería y los voluntarios de Glenallan desearon en sus brindis prosperidad a su joven señor. Un mes más tarde, lord Geraldin se casaba con la señorita Wardour y el anticuario le ofrecía a la dama como regalo el anillo de boda: un aro macizo labrado con motivos antiguos con la consigna de Aldobrand Oldenbuck, *Kunst macht Gunst*[315].

El viejo Edie, el más importante de los hombres que haya vestido una casaca azul, continuó danzando de casa en casa, jactándose de que nunca viajaba a menos que luciese el sol. Algún tiempo después, sin embargo, pareció volverse más sedentario y a menudo se le podía ver sentado en un rincón de una acogedora cabaña entre Monkbarns y Knockwinnock, a la que Caxon se retiró después de la boda de su hija, con el fin de estar cerca de las tres pelucas parroquiales, de las cuales se sigue ocupando, aunque solo por distracción. Hay quien afirma haber oído a Edie decir que se estaba bien en ese sitio, que era agradable tener un rinconcito en el que acomodarse cuando el tiempo era desapacible. Se cree que, debido a la creciente rigidez de sus articulaciones, acabará sentando allí la cabeza.

Por su parte, los ricos patrones lord y lady Geraldin reparten a menudo su generosidad entre la señora Hadoway y los Meiklebackit. La primera hace un buen uso de ellas; en cambio, los últimos la despilfarran. Aun así, continúan siendo beneficiarios de ella, aunque bajo la administración de Edie Ochiltree, a quien no dejan de refunfuñar cada vez que les hace entrega de una suma.

Hector sigue con su ascendente carrera en el ejército y ha aparecido en más de una ocasión en la *Gaceta de Londres*. Ascendente también es el afecto que poco a poco se ha ido ganando de su tío. Y, para colmo de dichas, también consiguió cazar dos focas, poniendo así fin a las perpetuas mofas del anticuario a costa de la historia del fócido. La gente habla de boda entre la señorita MacIntyre y el capitán Wardour, pero ese extremo requiere aún confirmación.

El anticuario se ha convertido en asiduo visitante de Knockwinnock y de la casa Glenallan, ostensiblemente con el propósito de completar dos ensayos, uno sobre la cota de malla del gran conde, y otro sobre el guantelete izquierdo de Infierno en Armadura. Con frecuencia pregunta a lord Geraldin si ha comenzado su *Epopeya de Caledonia*, y siempre se lleva las manos a la cabeza ante las respuestas que recibe. *En attendant*[316], no obstante, ha concluido sus notas, las cuales, creemos, estarán a disposición de quien desee publicarlas sin que suponga, eso sí, riesgo o gasto alguno para EL ANTICUARIO.



WALTER SCOTT nació en Edimburgo en 1771, noveno hijo de un abogado. Estudió Leyes y ejerció la abogacía desde 1797; fue también, desde 1799, *sheriff* de Selkirkshire y, desde 1806, canciller del Tribunal Supremo de Edimburgo. Sin embargo, el Derecho no era su vocación. Desde 1792 se dedicó —pese a su cojera, secuela de la polio que contrajo durante la infancia— a recorrer los más remotos rincones de Escocia y a recoger antiguas baladas del folklore local, con las que en 1802 publicó la colección *Minstrelsy of the Scottish Border*. A partir de 1805, con *The Lay of the Last Minstrel*, inició una serie de poemas narrativos de creación propia, todos ellos de tema histórico escocés, como *Marmion* (1808) o *La dama del lago* (1810), que le valieron fama y fortuna. Invirtió secretamente en la imprenta de los hermanos Ballantyne, que publicaban sus obras, pero una grave crisis financiera le impulsó a convertirse, de forma anónima, en novelista. Inspirándose, como en sus poemas, en episodios de la historia de Escocia, publicó en 1814 *Waverley*, cuyo gran éxito le animó a seguir con *Guy Mannering* (1815) y *El anticuario* (1816). En 1816 inició la serie *Tales of My Landlord* con *El enano negro* y *Eterna Mortalidad*. Posteriormente ampliaría su campo de referencias y situaría sus argumentos fuera de Escocia: así, en *Ivanhoe* (1820), *Kenilworth* (1821), *Quentin Durward* (1823) o *El talismán* (1825). En 1827 salió finalmente del anonimato y se reconoció autor de sus novelas, que se habían convertido en modelo del relato histórico romántico, tanto entre novelistas como entre historiadores. A pesar de sus éxitos, las deudas y los apuros económicos le perseguirían toda la vida.

Notas

[1] Henry Carey, *Chrononhotonthologos* (1734). [*Esta nota, como las siguientes, a menos que se indique otra procedencia, es de los traductores.*] <<

[2] En la naturaleza de las cosas. <<

[3] Alexander Gordon (c1692-1755) fue un anticuario y cantante escocés, autor de *Itinerarium Septentrionale* (1726). <<

[4] Oliver Goldsmith, *The Good Natured Man* (1768). <<

[5] Campamento permanente y campamento de verano. <<

[6] Los jacobitas eran partidarios de la familia Estuardo y se alzaron entre 1688 y 1745. Los partidarios de la sucesión protestante, en cambio, apoyaban a la familia de Orange, en el poder desde 1688. <<

[7] Derrochador de lo suyo. <<

[8] «*The cat, the rat, and Lovel our dog*», verso de William Collyngbourne (c1435-1484) que hace referencia a Catesby (*the cat*) y Richard Ratcliffe (*the rat*), consejeros de Ricardo III. <<

[9] En el libro I de las *Odas* de Horacio (65-8 a. C.) aparecen estos dos tipos de vino. El de Falerno era de mejor calidad y más caro que el Sabino. <<

[10] El granero de los monjes. <<

[11] Arte de jardinería que consiste en dar forma artística a las plantas mediante la poda. <<

[12] El otón de cobre era una moneda que se creía originaria de Antioquía y Alejandría y ahora se considera una falsificación. <<

[13] De otra persona o lugar. <<

[14] Alusión a la conversación entre Polonio y Hamlet sobre la forma de una nube, que parece un camello, o una comadreja (Pope cambió *owzel*, comadreja, por *ousel*, mirlo) en *Hamlet*, acto III, escena II. (Las citas de Shakespeare provienen de la edición de las *Obras completas*, versión de Astrana Marín; en las siguientes citas de Shakespeare no se nombrarán las fuentes.) <<

[15] El anticuario se refiere a un libro llamado *Antigoni Carystii Historiarum Mirabilium Collectanea* (1619). <<

[16] El doctor Orkborne es un personaje de *Camilla* (1796), de Francés Burney, que, en una escena, se enfurece al encontrar su estudio ordenado. <<

[17] *Hudibras* (publicado entre 1663 y 1678), poema satírico de Samuel Butler. En una escena, Hudibras visita al astrólogo Sidrophel. El fragmento citado proviene de ese poema. <<

[18] Pátera: plato ceremonial utilizado en la Antigüedad. <<

[19] El tapiz ilustra *Las bodas de sir Gawain*, balada artúrica que cuenta la boda de Gawain con la Dama Horrenda. Gawain pretende así ayudar al rey Arturo a resolver la desaparición de un caballero. Aparece en varias fuentes, como *Reliques of Ancient English Poetry*, de Thomas Percy (1794) o en *Los cuentos de Canterbury*, de Chaucer (1387). <<

[20] Cayo Mario (157-85 a. C.) fue un militar y político romano que se vio forzado a huir a África. Según Plutarco (*Vidas paralelas*, libro 3), al llegar a Cartago, le salió al encuentro Sextilio, que le dijo que si se quedaba allí, se le trataría como un enemigo de Roma. Tras la sorpresa inicial, Mario contestó: «Diles que has visto a Mario fugitivo sentado sobre las ruinas de Cartago». <<

[21] Robert the Bruce (1274-1329), noble escocés que llegó al trono de Escocia en 1306. Antes de la batalla de Bannockburn puso trampas para herir a los soldados ingleses que debían recorrer ciertos trechos a pie. <<

[22] Los *covenanters* eran miembros de un movimiento religioso presbiteriano que tuvo especial importancia en Escocia en el siglo XVII y a los que el autor dedicaría su siguiente novela, *Eterna mortalidad* (1816). <<

[23] Se trata de una adaptación de un fragmento del prólogo de *Los cuentos de Canterbury*, de Chaucer. <<

[24] William Caxton publicó en Brujas en 1475 el libro llamado *The Game and Play of the Chesse*. Sin embargo, en tiempos de Scott se creía que había sido el primer libro impreso en Inglaterra. <<

[25] Referencia al libro *Colloquia Scholastica* (1564), una gramática latina escrita por Mathurin Cordier. <<

[26] Luciano de Samósata (siglo I d. C.) escribió una obra satírica dedicada a un coleccionista de libros. <<

[27] *The Complete Syren* (1739), obra que recopila cuatrocientas treinta y dos canciones inglesas. <<

[28] *Complaynt of Scotland* (1548), obra de Robert Wedderburn. <<

[29] Libros publicados por la familia Elzevir, de origen holandés, durante el siglo XVII. <<

[30] David Teniers II (1610-1690), pintor de interiores de origen flamenco. <<

[31] Benvenuto Cellini (1500-1571), escultor y orfebre florentino. <<

[32] Este fragmento pertenece a un poema atribuido a Jacobo V por Allan Ramsay en *The Teatable Miscellany* (1724). <<

[33] Robert Sibbald (1641-1722), físico, anticuario y naturalista que escribió varias obras de historia y arqueología. <<

[34] Véase nota número 3. <<

[35] William Roy (1726-1790) fue cartógrafo, agrimensor y autor de *The Military Antiquities of the Romans in Britain*. <<

[36] William Stukeley (1687-1765), fundador de la Sociedad de Anticuarios. <<

[37] Dedicado a Agrícola con placer y efusión. <<

[38] Cayo Calígula hizo el faro. <<

[39] «Quien coloca el campamento entre los caledonios se hiela»: proviene de la línea 26 del panegírico de Claudio a Honorio. <<

[40] Tienda del general. <<

[41] En aquella época se contaba que la Sociedad de Anticuarios tuvo que intentar descifrar una inscripción con el siguiente texto: *KEE PONT* / *HI SSIDE*. Después de varias hipótesis, fueron ridiculizados al averiguar que realmente decía *KEEP ON THIS SIDE* (Siga por este lado). <<

[42] Quinto Roscio Gallo, actor romano que murió en el 62 a. C. <<

[43] Esta frase es una cita de *Las alegres comadres de Windsor*, acto I, escena I. <<

[44] Joe Miller (1684-1738) fue un actor. Después de su muerte John Mottley publicó un libro de chistes y frases ingeniosas titulado *Joe Miller's Jests*, que gozó de tanta popularidad que a cualquier frase ingeniosa se la acabó llamando «una Joe Miller». <<

[45] Shakespeare, *El mercader de Venecia*, acto II, escena II. <<

[46] La guerra de 1793 hizo que se formaran compañías voluntarias por todo el país. El propio Scott formó parte de una de ellas. <<

[47] Se trata de una asociación gestada en el Reino Unido a finales del siglo XVIII por los grupos liberales que buscaba una reforma política radical que permitiera dar derecho a voto a más población. <<

[48] En efecto, el nombre de Lovel era recurrente en la novela y el teatro inglés del siglo XVIII. <<

[49] «Estilo nuevo»; hace referencia al calendario gregoriano, que se introdujo en Gran Bretaña en 1751. <<

[50] Sellada y firmada. <<

[51] Charles Churchill, *The Ghost* (1763). <<

[52] Entre los jacobitas era un gesto codificado que mostraba su desprecio por Guillermo de Orange, sucesor de Jacobo II Estuardo, que gobernó de 1689 hasta 1702. <<

[53] Carlos Estuardo (1720-1788), nieto de Jacobo II, dirigió la revuelta jacobita de 1745. <<

[54] Clérigo episcopaliano que no habría jurado pleitesía a favor de la Corona ni del pretendiente al trono de Escocia. <<

[55] Al morir Ana I en 1714 sin descendiente directo, se instaló en el poder la casa de Hannover. Los Estuardo no volverían a acceder al trono. <<

[56] Hector Boece escribió la historia de Escocia en *Scotomm Historiae* (1526). En ella aparece una lista que contiene varios reyes escoceses imaginarios. Por su parte, George Buchanan, tutor de Jacobo VI de Escocia (después Jacobo I de Inglaterra), siguió la obra de Boece en *Rerum Scoticarum Historia* (1582). <<

[57] Fergus fue el fundador mítico de la monarquía escocesa en 330 a. C. <<

[58] Shakespeare, *Macbeth*, acto IV, escena I: los herederos de Banquo, que accederían al trono de Escocia, desfilan ante los ojos de Macbeth en la cueva de Hécate. <<

[59] María Estuardo (1542-1587), reina de Escocia. Estuvo implicada en el asesinato de su marido y cometió adulterio con el conde de Bothwell. <<

[60] Los principios revolucionarios de la Revolución Gloriosa de 1688 limitaban el poder de la monarquía; diversas leyes aprobadas en Inglaterra y Escocia excluían del trono a candidatos católicos. <<

[61] Referencia a *The Fair Penitent* (1703), de Nicholas Rowe. <<

[62] John Bellenden tradujo la *Historia de Escocia* de Boece en 1536. <<

[63] William Cartwright escribió esta obra, publicada de forma póstuma en 1651. <<

[64] «Clogdogdo»: un término inventado por Ben Jonson en la obra *Epicoene, or The Silent Woman* (1609) y que pone en boca del personaje Tom Otter. <<

[65] En leyendas folklóricas, Griselda o Grizzel es el epónimo de paciencia y obediencia. <<

[66] *The Ladies Own Memorandum Book: or Daily Pocket Journal for the Year 1771*, publicado en Londres y Newcastle en 1770, era un almanaque para el año 1771, con consejos de belleza y para el hogar. <<

[67] Los caballos de Frisia eran una estructura defensiva utilizada en torno a fortalezas que consistía en vigas de madera cubiertas de astas o lanzas de madera o metal. <<

[68] William Cartwright, *The Ordinary* (1651). <<

[69] Al hablar de escarlatina, se refiere a los abrigos de los militares de la época, que eran de color rojo. <<

[70] Davie Lindsay (1486-1555), poeta y dramaturgo escocés; Charles Dibdin (1745-1814), actor, escritor de teatro, músico y director. <<

[71] *Auld Reekie* es un nombre con el que se conoce a la ciudad de Edimburgo, en especial la ciudad antigua, por estar siempre cubierta de una nube de humo o *reek*. <<

[72] Se refiere al temor a una invasión del ejército revolucionario francés. La acción de la novela puede fecharse en 1794. <<

[73] La casa de Hannover («alemana») aseguraba su poder con ejércitos permanentes. <<

[74] Con todo el cuerpo del reino. <<

[75] Boudica fue la reina de los icenos, un pueblo celta que se opuso a la conquista romana; las amazonas eran mujeres guerreras en la mitología griega; Zenobia fue la reina de Palmira, que se enfrentó a los romanos. <<

[76] Adam Ferguson, *The History of the Proceedings in the case of Margaret, commonly called Peg, only lawful Sister of John Bull, Esq*. (1761). Es una alegoría política contra los opositores a la ley de milicia escocesa. <<

[77] John Pinkerton, anticuario e historiador que escribió *An Inquiry into the History of Scotland Preceding the Reign of Malcolm III* (1789). George Chalmers, anticuario e historiador autor de *Caledonia*, obra publicada en tres volúmenes (1807, 1810 y 1824). Alexander Gordon, véase nota número 3. Robert Sebbald, (1641-1722), médico y anticuario escocés. Thomas Innes, anticuario, historiador que escribió *A Critical Essay on the Ancient Inhabitants of the Northern Parts of Britain or Scotland…* (1729). Joseph Ritson (1752-1803), anticuario y editor especializado en detectar falsificaciones. <<

[78] «Casi un bosque que no se ve»: la frase se utilizaba para referirse a una etimología sin sentido. <<

[79] Mac: esto es, hijo. <<

[80] Henry Maule, autor de *The History of the Picts* (1706). <<

[81] Probablemente se trate del *Liber Cartarum prioratus Sancti Andree in Scotia* y el *registrum* de san Andrés, hoy desaparecido. <<

[82] La *Crónica de Núremberg* o *Das Buch der Chroniken und Geschichten* (1493) es la versión alemana que hizo George Alt del libro latino *Liber Chronicarum*. <<

[83] *Ragman-roll* es un documento en el que figura una lista de quienes juraron lealtad al rey Eduardo I de Inglaterra en 1296. <<

[84] «Quien camina entre tinieblas no sabe adónde va»: Juan, 21, 34. <<

[85] William Wallace (1270-1305), noble escocés que lideró la revuelta escocesa contra las tropas inglesas de Eduardo I de Inglaterra. <<

[86] *The Rambler*, revista literaria publicada por Samuel Johnson. El número en el que aparece la historia del rey Seged es el 205, publicado el 3 de marzo de 1752. <<

[87] George Crabbe, poeta y naturalista conocido sobre todo por sus obras *The Village* (1783) y *The Borough* (1810); a esta última pertenece la cita. <<

[88] Shakespeare, *El rey Lear*, acto IV, escena I. <<

[89] «Cuide del final, cuide de la cuerda»: cita de la obra de Shakespeare *La comedia de las equivocaciones*, acto IV, escena IV. <<

[90] *Suspendatur per funem, suspendatur per collem* (que lo cuelguen de la cuerda, que lo cuelguen del cuello). El refrán al que se refiere es *He that is bom to be hanged shall never be drowned* (quien nace para la horca no muere ahogado). <<

[91] Véase nota número 85. <<

[92] «Colgar del acantilado cubierto de maleza»; referencia a Virgilio, *Égloga I*. <<

[93] «Es agradable estar en mar abierto»; cita de Lucrecio (99 a. C.-55 a. C.), *De rerum natura*, libro 2. <<

[94] Un *shathmont* es un palmo, equivalente a unos quince centímetros. <<

[95] En mi opinión. <<

[96] Probablemente se trate de versos de Scott. <<

[97] Quasia es un arbusto con el que se preparaba una bebida amarga. <<

[98] John Aubrey, anticuario y biógrafo que escribió *Miscellanies* (1696), recopilación folclórica. <<

[99] «Desapareció en el aire pero su olor perduró»: cita de *Fastos*, de Ovidio, libro V. <<

[100] Cuanto sea suficiente. <<

[101] Frederic Anthony Mesmer (1734-1815), descubridor del hipnotismo. J. G. Shröpfer, exorcista sajón del siglo XVIII. Conde Alessandro di Cagliostro (1743-1795), seudónimo de un curandero que recorrió Europa vendiendo el secreto de la eterna juventud. <<

[102] William Robert Spencer, poeta inglés, incluyó este poema, «The Visionary», en *Poems by the Hon* (1811). <<

[103] William Wordsworth, «The Fountain» (incluido en *Lyrical Ballads*, 1798). <<

[104] Estos versos provienen de *The Floure and the Leafe* (c1470). Antes se creía que era obra de Chaucer, pero ahora la crítica discute su autoría. <<

[105] Chaucer, *The Book of the Duchess* (entre 1367 y 1372). <<

[106] Este poema es de Richard Brinsley Sheridan (1751-1816), autor y político de origen irlandés. <<

[107] Referencia a *Troilo y Cresida* de Shakespeare, acto III, escena III. <<

[108] Peluquero. <<

[109] «Davideis», incluido en *Poems* (1656), de Abaham Cowley. Se trata de un poema épico sobre el rey David. <<

[110] Según costumbre de los antepasados. <<

[111] Gedeón fue el quinto de los jueces del pueblo judío. Se enfrentó a los madianitas para proteger al pueblo de Israel (Jueces, 7, 20-23). (Las citas bíblicas provienen de la versión de Reina-Valera de 1960. En lo sucesivo, no se volverán a citar las fuentes.) <<

[112] *Haggis* es un plato tradicional escocés, un embutido con asaduras mezcladas con verdura, harina y especias. <<

[113] Shakespeare, *Antonio y Cleopatra*, acto II, escena V. <<

[114] Peter Wilkins es el personaje principal del libro *The Life and Adventures of Peter Wilkins, A Cornishman* (1751). Su barco se hundió en el Antártico y llegó a una tierra donde sus habitantes podían volar. Glum y Gawrie son dos de los habitantes de esa tierra. <<

[115] «En el pecho»: se utiliza con el sentido de tener algo en mente. <<

[116] James Macpherson publicó en varios libros poemas atribuidos al poeta Ossian, del siglo III. Estos poemas adquirieron una gran fama, pero su autenticidad ha sido objeto de enorme polémica. <<

[117] Malcolm Laing (1762-1818), natural de las islas Orcadas, fue un historiador que criticó la autenticidad de la colección de Macpherson de los poemas de Ossian. <<

[118] Giulio Cesare Scaligero (1484-1558), humanista italiano conocido por ser muy controvertido. <<

[119] «Sobre un lecho de hojas verdes»: cita de la *Égloga* I de Virgilio. <<

[120] Cita algo modificada de *A Joviall Crew, or the Merry Beggars* (1641), de Richard Brome. <<

[121] Shakespeare, *Como gustéis*, acto III, escena V. <<

[122] «Tienen arte sin arte, parte sin parte, su medio es la mentira e ir a mendigar su vida»: cita de Athanasius Kircher (1601-1680), jesuita alemán, filólogo y físico. <<

[123] *Misbegot* en inglés bastardo, y el linaje latino significa Malcolm el Bastardo. <<

[124] Pronta muerte o fin cercano. <<

[125] «Pulido y redondeado»: cita de las *Sátiras* de Horacio. <<

[126] Shakespeare, *Romeo y Julieta*, acto V, escena I. <<

[127] «Si no damos crédito a las visiones de los locos, no entiendo por qué hay que confiar en las visiones aún más trastornadas de los soñadores»: Cicerón, de su obra *De Divinatione* o *Sobre la adivinación*. <<

[128] Según la tradición bíblica, Daniel se hizo famoso interpretando sueños en la corte del rey de Babilonia. <<

[129] Término latino que significa frenar usando la galga, el mecanismo de freno de los carros. <<

[130] Mammon es un término arameo utilizado en el Nuevo Testamento para designar la avaricia. <<

[131] Teucro, héroe griego conocido por su habilidad con el arco. Disparaba sus flechas desde detrás del escudo de Áyax. <<

[132] Inspiración divina. <<

[133] Este personaje aparece solo una vez en la Biblia (Crónicas, 5, 15). Milton lo convierte en un serafín en *Paraíso perdido* (1667), que denuncia a Satán por su traición y acaba siendo el único fiel entre infieles (libro V, 896-907). <<

[134] Calgaco, líder de la lucha caledonia contra la ocupación romana. <<

[135] «Más allá de la sandalia»: se utiliza en sentido figurado para expresar que se ha excedido. <<

[136] Shakespeare, *Primera parte de Enrique IV*, acto II, escena II. <<

[137] Caldo de pollo con huevos batidos, un plato típico escocés. <<

[138] Véase nota número 72. <<

[139] Según la edición de 1893 de *The Antiquary* (editado por Andrew Lang), el maestro Morphie habría sido el hijo mayor de Robert Grahame de Morphie, del condado de Kincardine. Su familia era conocida por su amor a los buenos caballos. <<

[140] Confía en el experto. <<

[141] «Esta pena se les da a quienes viven mucho»: cita de la *Sátira* X de Juvenal. <<

[142] Shakespeare, *La tempestad*, acto II, escena I. <<

[143] Irritable soldado que siempre recibía o infligía ofensas en *The Orphan* (1680), tragedia de Thomas Otway. <<

[144] Típica espada de los habitantes de las Tierras Altas escocesas. <<

[145] John Milton, *Comus* (1634). <<

[146] Sin venir a cuento. <<

[147] John Milton, *Lycidas* (1637). <<

[148] James Graham, primer marqués de Montrose, en un principio defensor de la Alianza Nacional, pasó a engrosar las filas de los partidarios del rey Carlos I de Inglaterra en las llamadas Guerras de las Tres Naciones, que enfrentaron a Escocia, Irlanda e Inglaterra de 1639 a 1651. <<

[149] John Leland (1506-1552), anticuario inglés, que investigó las bibliotecas conventuales y monásticas. <<

[150] John Knox (1513-1572), figura principal de la Reforma escocesa, al que se acusa de la destrucción de manuscritos anteriores a la Reforma. <<

[151] La reina Mab es una criatura del folclore inglés, la reina de los sueños, que visita a los durmientes. <<

[152] John Milton, *Paraíso perdido* (1667). Versión de Juan de Escoiquiz (1844). <<

[153] El esquema de esta historia es alemán, aunque el autor es ahora incapaz de decir en cuál de las diferentes antologías de leyendas populares en tal lengua se encuentra el original. *[N. del A.]* <<

[154] Se supone que es la sombra de la persona que ve el fantasma, al reflejarse sobre una nube de niebla, como la imagen de una linterna mágica sobre una sábana blanca, la que forma la aparición. *[N. del A.]* <<

[155] El infierno, en Isaías, 30, 33: «Porque Tofet ya de tiempo está dispuesto y preparado para el rey, profundo y ancho, cuya pira es de fuego, y mucha leña; el soplo de Jehová, como torrente de azufre, lo enciende». <<

[156] Hermes, el dios de la alquimia y otros misterios, y Satán. <<

[157] Obra fruto de la colaboración entre el escritor Thomas Middleton y el actor William Rowley (1617). <<

[158] Referencia a *The Pursuits of Literature: A Satyrical Poem in Four Dialogues*, de Thomas James Mathias (1798). <<

[159] Shakespeare, *Macbeth*, acto I, escena II. <<

[160] Jacobo Carlos Estuardo (1566-1625), Jacobo VI de Escocia y I de Inglaterra, rey de Escocia desde 1567 hasta su muerte, y de Inglaterra e Irlanda desde 1603 hasta su muerte. <<

[161] Que reciben los diezmos tanto en grano como en vicaría y nunca antes separados. <<

[162] A partir de 1707 el Tribunal Civil supremo de Escocia celebraba sesiones los miércoles alternos, para esclarecer asuntos relativos a diezmos, estipendios de clérigos y demás asuntos eclesiásticos. <<

[163] *Decreet of certification*, en el original: en el derecho escocés, decisión judicial en la que se cita a una persona. <<

[164] *Hotspur*: literalmente, «fiero». Apodo de sir Henry Percy (1364-1403), rebelde inglés. Aparece como personaje en *Enrique IV* de Shakespeare. <<

[165] Shakespeare, *Segunda parte de Enrique IV*, acto II, escena IV. Irene es el nombre de una espada. <<

[166] «Tener la cabeza tranquila»: cita de Horacio, *Odas*, libro II, parte III. <<

[167] Forma tradicional de dirigirse a los ancianos en Escocia. <<

[168] Para asustar. <<

[169] Josué, 2, 19: «Cualquiera que saliere fuera de las puertas de tu casa, su sangre será sobre su cabeza, y nosotros sin culpa. Mas cualquiera que se estuviere en casa contigo, su sangre será sobre nuestra cabeza, si mano le tocare». <<

[170] Thomas Dekker (1572-1632) fue un escritor y dramaturgo inglés. La obra citada es una comedia publicada en 1623. <<

[171] La promesa de vida eterna que se halla en el Antiguo y Nuevo Testamento. <<

[172] Las llaves del rey eran, en lenguaje legal, las palancas y martillos con los que se forzaban las puertas y candados al ejecutar las órdenes de detención. <<

[173] Tras la Reforma, la Iglesia protestante llegó a creer que la música en las ceremonias religiosas impedía la comunicación con Dios. <<

[174] Isaías, 1, 13: «No me traigáis más vana ofrenda; el incienso me es abominación; luna nueva y día de reposo, el convocar asambleas, no lo puedo sufrir; son iniquidad vuestras fiestas solemnes». <<

[175] Moneda de escaso valor, proveniente de los Países Bajos. <<

[176] Obra hermética, atribuida a Hermes Trimegisto, personaje mítico asociado al ocultismo. <<

[177] Frase cabalística que significa «Demonio de los demonios de la luna», según la *Filosofía oculta* (1553) de Cornelio Agrippa. <<

[178] Johann Christian Fischer (1733-1800), oboe y compositor alemán. <<

[179] Rey de los «tres nobles espíritus del norte», según *The Discovery of Witchcraft* (1584), de Reginald Scot. <<

[180] ¡Alabado sea Dios! <<

[181] Blind Harry (c1440-1492), poeta escocés, autor de una epopeya sobre las hazañas de William Wallace. <<

[182] Referencia a la costumbre de que el rey, el Jueves Santo, diera dinero a tantos ancianos como años tuviera él. <<

[183] Joseph Hall (1574-1656), *Virgidemiarum*, *Sex Libri*. <<

[184] Es como una orden de francmasonería, o un asunto de conciencia, entre las clases bajas escocesas, no admitir nunca que un paciente está mejor. Lo más parecido que se puede obtener de ellos es que el paciente por el que se pregunta «no está peor». *[N. del A.]* <<

[185] Fieras de la naturaleza. <<

[186] Sin duda una obra dorada. <<

[187] El espíritu de Loda representa la casa de los espíritus humanos. Aparece con frecuencia en el ciclo de Ossian de James Macpherson. <<

[188] Aclaración. <<

[189] Shakespeare, *Macbeth*, acto II, escena III. <<

[190] Raras, y más raras, incluso rarísimas. <<

[191] El sabio dominará los astros. <<

[192] Nicolaus Remigius (1530-1616) fue autor del tratado *Demonolatriae*; Petras Thyraeus (1546-1601), por su parte, escribió el tratado *De apparitionibus*. Ambas obras tratan de demonología y apariciones. <<

[193] Referencia al libro *An Essay on Medals*, del numismático, cartógrafo y anticuario británico John Pinkerton (1758-1826). <<

[194] John Mair (1467-1550) fue un economista y filósofo escocés. Boece aparece en la nota 56 del capítulo V. <<

[195] Referencia a las dos columnas de la entrada del templo de Salomón, que aparecen citadas en el Libro primero de Reyes, 7, 21: «Estas columnas erigió en el pórtico del templo; y cuando hubo alzado la columna del lado derecho, le puso por nombre Jaquín, y alzando la columna del lado izquierdo, llamó su nombre Boaz». <<

[196] Ben Jonson, *El alquimista* (1610), traducción de Marcelo Cohen, Bosch, Barcelona, 1983. <<

[197] Realizado en 1465 para Cristian I, duque de Oldemburgo, es de plata y tiene muchos adornos. La leyenda cuenta que una hermosa ninfa se lo ofreció a un ancestro de Cristián, prometiéndole riqueza y prosperidad si bebía de él; él se negó, aunque guardó el cuerno. <<

[198] Término escocés para designar a los mendigos del rey o casacas azules. <<

[199] Thomas Bartholinus, autor de la obra *Antiquitates Danicae* (1689). <<

[200] Ben Jonson, *El alquimista* (1610). <<

[201] John Fletcher (1579-1625) y Philip Massinger (1583-1640) fueron dramaturgos ingleses. La obra citada presenta el mundo de los mendigos de forma idealizada. <<

[202] Véase nota 204. <<

[203] Salmos 12, 6-7: «Las palabras de Jehová son palabras limpias, como plata refinada en horno de tierra, purificada siete veces. Tú, Jehová, los guardarás; de esta generación los preservarás para siempre». <<

[204] ¡Oh, cielos! <<

[205] Ayuntamiento. <<

[206] Por cuartel se refiere a cada una de las divisiones que puede tener un escudo de armas según las reglas heráldicas; uno de dieciséis cuarteles indica un linaje muy antiguo. <<

[207] Shakespeare, *El rey Juan*, escena III, acto II. <<

[208] Por todos los buenos espíritus. <<

[209] *Voie de fait*, en derecho penal francés, es un ataque violento hacia una persona. <<

[210] En 1690 se estableció una ley que prohibía celebrar públicamente ceremonias católicas en Escocia. <<

[211] La meretriz de Babilonia es uno de los personajes del libro del Apocalipsis; aquí personifica a la Iglesia católica. Según dice el Apocalipsis, 18, 3: «Porque todas las gentes han bebido del vino del furor de su fornicación; y los reyes de la tierra han fornicado con ella, y los mercaderes de la tierra se han enriquecido de la potencia de sus deleites». <<

[212] En 1411, Donald, señor de las Islas, al frente de un ejército de las Tierras Altas y las islas escocesas, fue derrotado en Harlaw por el señor de Mar, de las Tierras Bajas de Aberdeen, Kincardine y Agus. <<

[213] Proverbios, 28, 1: «Huye el impío sin que nadie lo persiga, mas el justo está confiado como un león». <<

[214] La batalla de Prestonpans se libró en 1745, cuando los jacobitas derrotaron a las fuerzas del Gobierno. <<

[215] Los católicos tenían prohibido por ley desempeñar cualquier cargo público. <<

[216] Conformista se aplicaba en Inglaterra a quien estaba de acuerdo con la religión oficial. Al ser excluidos de los cargos públicos, los no conformistas (por ejemplo, los protestantes) adquirieron la costumbre de acudir en ocasiones a la Iglesia de Inglaterra para poder incorporarse al empleo público. Esto fue denominado «conformismo ocasional». <<

[217] La Alta Iglesia (High Church) es la corriente anglicana que defiende la continuidad de la tradición católica. Se opone a la Baja Iglesia. <<

[218] Batalla de 1745 de la guerra de sucesión austríaca, en la que participaron británicos, franceses, holandeses y austríacos. <<

[219] En 1603, Jacobo VI de Escocia fue también coronado rey de Inglaterra bajo el nombre de Jacobo I de Inglaterra. <<

[220] Obra publicada en 1692 por el dramaturgo escocés Thomas Southerne (1660-1745). <<

[221] Proverbios, 16, 18. <<

[222] Shakespeare, *Primera parte de Enrique IV*, acto II, escena IV. <<

[223] Según los críticos, las citas de este y de capítulos siguientes referidas a una Antigua obra son invención del propio Scott. <<

[224] En 1796 se creó un impuesto sobre los polvos para pelucas. <<

[225] *Kelso convoy*: acto de acompañar solamente hasta la puerta a un invitado que se marcha. Se trata de una expresión escocesa. <<

[226] Buscar. <<

[227] «Adscrito a la tierra»: en la antigua Roma, trabajador o campesino ligado a las tierras de un señor. <<

[228] Referencia a la Iglesia de Roma. <<

[229] La ira es una locura pasajera. <<

[230] Referencia a *Otelo, el moro de Venecia*, de Shakespeare, acto II, escena III. <<

[231] Sin responsabilidad o dejando atrás el equipaje. <<

[232] En latín significa «rompió la barra». En derecho escocés se utiliza esta fórmula cuando a un robo se le une el agravante de abrir algo cerrado con llave. <<

[233] Thomas Gray, *El bardo* (1757). <<

[234] El taller de las gentes. <<

[235] Versos de la *Edda poética*. <<

[236] Eduardo de Woodstock, conocido como el Príncipe Negro, y Enrique V, fueron vencedores de las batallas de Cressy y Agincourt respectivamente. <<

[237] Fingal, personaje mítico protagonista de los *Poemas de Ossian* de James Macpherson; Lamon o Lathmon fue un rey británico que atacó a Fingal; el espíritu de Muirartach aparece en un poema gaélico publicado en *The Scots Magazine* en 1783. <<

[238] En la época en la que está ambientada la novela, la autenticidad de los poemas ossiánicos publicados por Macpherson era un tema extremadamente polémico. <<

[239] Siervos o esclavos. <<

[240] Aquí se distingue entre Oisín, el bardo de la tradición literaria gaélica, y Ossian, el supuesto autor de los poemas publicados por James Macpherson. <<

[241] Shakespeare, *Mucho ruido y pocas nueces*, acto IV, escena II. <<

[242] Isaías, 40, 31. <<

[243] «Ricos expolios»: se aplicaba a los trofeos que los generales romanos se quedaban como trofeos de guerra. <<

[244] Horace Walpole, *The Mysterious Mother* (1768). <<

[245] Salmos, 23, 4. <<

[246] Tela a cuadros típica de las Tierras Altas de Escocia. <<

[247] El segundo capítulo del tercer volumen, en la primera edición. Corresponde a nuestro capítulo XXXI. <<

[248] Véase nota 162. <<

[249] Corral. <<

[250] Charles François Dumouriez (1729-1823), general francés, al frente de la compañía de Bélgica en 1793. <<

[251] Cenobio. <<

[252] *El peregrino apasionado*, número 12. <<

[253] En 1794 se creó el regimiento de voluntarios denominado The Royal Edinburgh Volunteers, con la idea de movilizar a la población civil en la defensa de las costas británicas frente a una posible invasión francesa. <<

[254] Escolio. <<

[255] La voz misma. <<

[256] «Están aquellos que se regocijan al levantar el polvo en la carrera olímpica»: Horacio, *Odas*, I, I. <<

[257] El significado de *Littlejohn* en inglés es «pequeño John». <<

[258] Se refiere a una revuelta, en agosto de 1765 en Dublín, contra las tropas acantonadas en la ciudad. A los sublevados se los llamaba *liberty boys*. <<

[259] ¿Qué no haría por la patria? <<

[260] En Derecho escocés, práctica de tomar declaración a un testigo antes de que se celebre el juicio. <<

[261] Ya no hay ley justa. <<

[262] «La razón del conocimiento es evidente»: en Derecho escocés, se aplicaba cuando un testimonio era directo. <<

[263] Bribón de bribones. <<

[264] Desatar conmigo la frágil barca. <<

[265] *Aulularia*, comedia de Plauto (c254-184 a. C.) en torno al hallazgo de un tesoro enterrado. <<

[266] Michael Scott (1175-1235) estudió en Oxford, Bolonia y París y se convirtió en astrólogo del emperador Federico II Hohenstaufen. En una nota al poema narrativo *The Lay of the Last Minstrel* (1805) de Walter Scott, éste cuenta la historia de cómo Michael Scott, para vengarse de una bruja que la había convertido en liebre, proveyó a su criado de un conjuro y lo mandó a que pidiese pan a la bruja, sabiendo que ella se lo negaría. Efectivamente, así fue y el criado dejó en la puerta un papel en el que figuraba, entre otras palabras cabalísticas, la rima *Maister Michael Scott's man* / *Sought meat and gat none*. [El recadero de Michael Scott / pidió carne pero nada se llevó.] Entonces la mujer empezó a bailar alrededor del fuego repitiendo la rima. <<

[267] Recipiente lleno de cuatro libras de oro. <<

[268] Marte, dios de la guerra; Temis, personificación de la justicia. <<

[269] Hace referencia a la victoria naval británica sobre los franceses el 1 de junio de 1794. <<

[270] Referencia a *El rey Juan*, de Shakespeare, acto III, escena I. <<

[271] La ley de extranjeros entró en vigor en 1793 con el propósito de controlar el flujo de refugiados a Gran Bretaña e identificar y expulsar a posibles agentes revolucionarios. <<

[272] En latín debería ser *tanquam suspectus*, «supuesto sospechoso». <<

[273] Bajo mi propio riesgo. <<

[274] Shakespeare, *Como gustéis*, acto II, escena VII. <<

[275] Véase la nota 44. <<

[276] «Intercambiar nobles libros de todas partes por armaduras ibéricas»: Horacio, *Odas*, I, XXIX. <<

[277] «Y se lanzó al mar profundo»: Virgilio, *Geórgicas*, 4, 420. <<

[278] «Reacio a los maestros»: Horacio, *Ars poética*, 163. <<

[279] Arca de oro. <<

[280] Conocer las causas de las cosas. <<

[281] «No del todo ajeno a los intereses de Escévola»: Quinto Mucio Escévola fue un senador y cónsul del siglo I a. C. con gran influencia en la legislación romana. <<

[282] Referencia a la obra *Essay on the Superstitions of the Highlands of Scotland* [Ensayo sobre las supersticiones de las Tierras Altas de Escocia] 1811, de Ann Grant (1755-1838). <<

[283] Juvenal, *Sátiras*, X, 232-236: «Pero / peor que cualquier deficiencia física es la demencia, que le hace / ignorar el nombre de los esclavos y no reconoce la cara de un amigo / con quien cenó la noche pasada, ni tampoco a los que engendró, / a los que ha educado» (traducción de Bartolomé Segura Ramos, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid, 1996). <<

[284] El caballo noble también se guía por la sombra del látigo; al caballo perezoso no se le puede excitar ni con espuelas. <<

[285] «Los beneficios son bien recibidos mientras parezca que se pueden recompensar, pero si se exceden, el resultado es odio, no gratitud»: Tácito, *Anales*, IV, XVIII. <<

[286] Shakespeare, *Segunda parte de Enrique IV*, acto V, escena III. <<

[287] Personaje de *El avaro* (1668), de Molière. <<

[288] Velasco de Taranta fue un médico y cirujano de Montpellier entre los siglos XIV y XV. Basilio Valentino, un alquimista del siglo XV. <<

[289] Perentoriamente y sin dilación. <<

[290] La Lex Julia de Maiestate consideraba los delitos de traición en época de Julio César y Augusto. <<

[291] Pero hay mil formas de morir. <<

[292] La cita completa es *dulce est desipere in loco*, es decir, «es bueno perder el juicio alguna vez». <<

[293] Mateo, 24, 28. <<

[294] Método utilizado para capturar aves. <<

[295] En el nombre del rey. <<

[296] Guardad silencio. <<

[297] «Retírese unos momentos»: Séneca, *Epístolas*, 67. <<

[298] Referencia a la retirada británica de Flandes en 1794. <<

[299] Shakespeare, *Hamlet*, acto I, escena V. <<

[300] Proverbios, 15, 1. <<

[301] Odio el halcón que vive siempre en armas. <<

[302] «Un noble par de hermanos»: Horacio, *Sátiras*, 2, 3. <<

[303] Especialmente. <<

[304] Persona sin título nobiliario. <<

[305] «Aquello que estaba en las oraciones»: frase utilizada para mostrar alegría espiritual. <<

[306] Shakespeare, *Macbeth*, acto V, escena V. <<

[307] Thomas Gray (1716-1771), *Elegía escrita en un cementerio de aldea*, traducción de Ángel Rupérez. <<

[308] Fragmento del poema «Lord Derwent», perteneciente a *The Mountain Bard*, de James Hogg (1770-1835), publicado en Edimburgo en 1807. <<

[309] John Milton, *Paraíso perdido*, traducción de Esteban Pujals. <<

[310] Andrea Ferrera fue un espadero italiano de finales del siglo XVI. Su nombre se convirtió en un sello de calidad en Escocia: muchas espadas escocesas llevan su nombre, si bien se sospecha que no todas son obra del espadero. <<

[311] Shakespeare, *Mucho ruido y pocas nueces*, acto III, escena II. <<

[312] Despreocupación. <<

[313] Tratado de estrategia de Polieno (siglo II a. C.). <<

[314] «Es raro que la pena no logre alcanzar al perverso que huye de ella» (Oldbuck cambia el género de *scelestus* para referirse a Teresa): Horacio, *Odas*, II, III. <<

[315] Lema del antepasado impresor de Oldbuck (véase página 118). <<

[316] Mientras esperamos. <<